

Seix Barral Biblioteca Breve

Juan José Millás

Articuentos completos





Seix Barral Biblioteca Breve

Juan José Millás
Articuentos completos

SELECCIÓN

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre 2011

© Juan José Millás, 1995, 2000, 2011

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2011

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.es

ISBN: 978-84-322-0942-0

Depósito legal: NA. 2.986 - 2011

Impreso en España

Rodesa, Rotativas de Estella, S. L., Navarra

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

También disponible en e-book

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y
está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

INDICE

PRÓLOGO

CUERPO

Dios

Vesícula

Verano 3

El cordón

Arte y putrefacción

Una cuestión de cerebro

¿Me vas a hacer daño?

Empezar

Experimentos de choque

Una historia real de replicantes

La espalda

Verano 6

Primer amor

Autoestima y leucopenia

La espalda dolorosa

Un ruido

La mano tonta

¿De dónde?

Continuará

Cuerpo y prótesis

El mundo es portentoso

Patria
Gripe
Tejidos
Pájaros
Muela
Las manos
Los dedos
Reformas
Besos
El paladar
La lengua
Curiosidades
Delirios normales
Deseos
Días extraños
El punto ciego
Heridas infantiles
Imágenes seductoras
Inseguridades
Ojo con la automedicación
Orina e ideas
Propaganda gubernamental
Remordimientos de conciencia
Un hombre feo
Vísperas de la boda
Una erección inesperada
El cordón

Preguntas

El miedo a la dicha

Discurso del método

Los pies

El origen de la vida

Lo real

Vacunas

Lo real

La mosca

Linfoma

Obesidad y círculo vicioso

Pornografía

El diente

Avatares

Cosas

Lo que les quería decir

Una tontería

Así nos va

El mapa de la fiebre

Aventura nocturna

Una mirada de pena

El viaje [I]

Quizá no

Sólo fumo en presencia de mi abogado

Manos

Gestión

Cabezas

La sombra

Hambre

La caca

Quizá soy uno de ellos

Una experiencia sexual con Demi Moore

Sobre el pánículo adiposo

Territorios míticos

Mi dedo índice

Viva la ósmosis

La pasión por la sinopsis

Una belleza sobrenatural

Cicatrices

El orgasmo espontáneo

El genoma

Tuberías

Los insectos

Nacer

La conciencia

Frío en el tuétano

La úlcera

La migraña y el ángel

La respiración pulmonar

Cultura clínica

No tengo ni idea de ligar

Tus eosinófilos

MENTE

El afán vertebrador

Mariposas muertas
La memoria de Françoise
Ladrones del yo
Tomo nota
La llamada
Limpiadoras
Verano 1
Verano 5
La tabla de multiplicar
Lógicas estacionales
Soy muy feliz
Llamadas
Andar
Zapatos
Ojalá me alcance
Ficción
Horóscopo
El sueño
Supongamos
Madrid
A veces
Aislamiento
Inventarios
Berlín
Final
Accidente
Una casa

La granja
La pastilla
Agujeros
Una vida
Rareza
Límites
El libro
El insomne
Jano
En el pasillo
Suicidios
El clavo
Los números
El miedo
Un cuento
El perro fantasma
Fontanería existencial
Formularios
Habitaciones sin alma
Me acuesto pronto
Milagros
No sé si me creerán
Pedir hora
Problemas existenciales
Subcolumna
Va a llover
Sí y no

Zapatos
El progreso
Disparates verosímiles
La ropa
Una hija secreta
La tos
El chupete sin humo
Horóscopo
Un brujo fantástico
Una comprobación
Nada
Mundo
Disparates
Acerca de las redes inalámbricas
El funcionamiento de la cabeza
Historia de un malentendido
La cuarta parte
Una reparación imposible
Diario [I]
El galán
Mi tío
Fulgores
Nostalgia
Natalia Bustó
Problemas de cabeza
Confesión
Desdoblamiento

Sensación de descanso
El ensueño
Círculos viciosos
El jefe de recursos humanos y la mariposa
Espacios oníricos
He vuelto a cojear
No le di el gusto
Locura y muerte
Por mentiroso
Todo tiene un final
Volcanes portátiles
Ya es la hora
Una erección de origen dudoso
Un odio que atraviesa las paredes
Freud
La opinión
No soy bueno
El agente de la Interpol
Cuestiones de fe
Descréditos
Mujeres pequeñas
No hay final bueno
Todo era irreal
Tú eres tú
Un mentiroso
Fantástico
Ratas y zapatos

El efecto cadera
Espacios respirables
La radio fantasma
La Asociación de Amigos
Los números
Fuera de mí
Las tardes muertas
En marcha
Una queja
Viva el sentido
Plomo
Un caso de agobio
Fantasía y realidad
El regreso
Los días más raros de mi vida
Los muertos
Los muertos y los vivos
Mi madre y mi hermana
Pasear y soñar
Un buen comercial
Desórdenes
¿Estás bien?
La mujer del autobús
La vida es absurda
Mientras el mundo duerme
Mientras dormimos
Mosca española

Restos diurnos y nocturnos

LENGUAJE

Letras

Escribir

Besar con unción

Diario

Enhebrar la aguja

La cosa

Formas de ganarse la vida

El verbo se hizo carne

Diez

Viva la gramática

No tienen perdón

Amortización

Conversaciones raras

Dominga negra

Kierkegaard

Las lenguas

Significados metafóricos y literales

Leer

Pendasco

Posología de la dosis

Punto final

Biografía

Palabras, palabras

Las axilas

Obeliscos

Palabras

Efímero

Adverbios, política, palancas y teología

La duda

La plaga

Pérdidas de crudo

Restricciones

El poema

La contrición me mata

El lector

Punto final

Atmósferas

Escribir/ 1

Escribir/ 2

Las hormigas

Firmas

Alimentos básicos

Vampiros

Así son mis días

Cuadernos

De nonatos y póstumos

Descatalogado

El tendón flexor

El topo

Una depresión merecida

Espías

Éxito, fracaso y cojera

Ideas
La columna
Percebes y palabras
Profesiones
Rutinas
Contables y poetas
Una historia de escritores
El silencio
Novelas
El lomo
El grito del siglo
El libro
No importa qué
Desconcierto
Una historia paralela
Unas preguntas
Falta de valor
Altos hornos
El viaje
Un suceso
Firmas
Currículum
Palabras
La corrección en el lenguaje
El cine y la vida
El orden ideal
Decálogo

Juegos de palabras
Una araña en la bóveda
Progreso
Las moscas
La Gaité
Palabras
Ánimo
La Biblia
El tonto balear
La zarza ardiente
Todo era muy raro
Peor para ella
Problemas
Hacer manitas
Simultáneo
Autofagia
R.I.P.
La sopa
La torre
Confusión
Deduje y deducí
El papel impreso
Cruelmente asesinado
Zoo
SOCIEDAD
La fama
Volver al barro

Días laborables
Agujeros
Sombras
Fallecidos ayer en Madrid
Números
Cómo somos
El viaje a ninguna parte
Bolsitas de té
Homenaje para el doctor Doreste
El chaflán
Preferencias
Un caso de alcoholismo
El caso de las siamesas
El árabe
Volver
Calaveras
La prisa
La bomba
Hipoteca
Censos
Relaciones humanas
Eutanasia y tabaco
Ex fumadores españoles
Luna
Tropismos
Estupro
El empleo

Adecuaciones
Nichos
Embarazo
Viva el Papa
Porno duro
Ahorrar costes
Echarse al monte
Viajes
Padres e hijos
Puntos de articulación
Un dinerillo póstumo
El otro
Aseo de jefes
Monólogos al lado del estanque
Confusión
Viva el silencio
Una cuestión de carácter
Pactar
Vidas
A vueltas con la copia
Álter ego
Enhorabuena
Los sueños se cumplen
No tenemos remedio
A ver si voy a estar bien
La moral
Centroeuropa

Trabajo temporal
La fe
La vida
El tamaño de las cosas
El juego y las reglas
Ejercicios de retórica
Mucha maña
Etiopía
Nada
Teologías
Un siglo de muerte
Inestabilidad
La radio triste
Sin receta
Guerras de religión
Perro mundo
Como ahora
Compañeros de gimnasio
El mundo está lleno
El tema de mi vida
Disculpen las molestias
Metales no ferruginosos
El cerdo
La realidad es una pesada
Un ataque de sentimentalismo
Viva la simbiosis
Demagogia en vena

Pollo asado
Leer entre líneas
La muerte a plazos
La lógica
Lo normal
Barbacoas familiares
Despido voluntario
La mudanza mental
Miss Kafka
Todo es confusión
Surrealismo cotidiano
La acera de enfrente
Cuento de Navidad
Cambiar de casa
Good morning, good morning, good...!
Los grandes inventos
La Ostrería
Tortilla francesa
Bienvenidos a casa
El peligro de las esquinas
Normalidad en Barajas
La bolera
Yo, tú, él
Averías
Ese jersey con cremallera
Historia de la basura
El regreso

Las maletas y la muerte
Chuletas de palo
Reclamar
Técnicas de mercado
Comprender el mundo
La hora de comer
Vaya por Dios
Una chica sin acreditación
El móvil
Primer aviso
Ulises
Fusión
La piedra de Sísifo
Misterio
Un fallo
Monjas
Doce años
Amantes
La muerte del otro
El enigma
Muchedumbres familiares
Mucha suerte
Creo que me he hecho mayor
Piratería viral
Tortilla de patata
CAJÓN DE SASTRE
El caracol

Drácula y los niños
Maniobra
La economía de trueque
Un misterio
La inmortalidad
Un paso atrás
El coleccionista
Me da apuro ir al baño
El pasillo
Cuento de Navidad
Conversaciones
El ferretero desconocido
Nudos
Los físicos
El moscardón
Júpiter
Moldes
Eso fue todo
Próstata
Una amistad rota
Sorteos
Adiós
Ácaros
El periódico
El hígado de los perros pequeños
El sistema nervioso central
Impostores aristotélicos

Marcianos pacíficos
Diciembre
Mañana
La peste
Así son las cosas
Misterio
Nos tienen engañados
El caso es chupar
El as en la manga
Inmigrantes natos
Verdades inútiles
Pulpos, hongos, humanoides
Cambios
Acuerdos
Lo crudo y lo cocido
Dios y el diablo
Radicales libres
Falsificación
Vamos a cambiar de vida
Cuestión de precio
Una duda metafísica
La culpa
Oposiciones
La realidad digital
Rencor de clase
Canguro
El aeropuerto

La «ropa»
Parecíamos niños
Problemas sucesorios
El dinero
Vivir intensamente
Luego empezó a llover
Porcentajes locos
Alicatado hasta las cejas
La vida misma
No supo contestarme
Parejas
Tensión conyugal
Un chico raro
Una explicación científica
El horizonte como droga
Lo duro y lo blando
He visto
Ginebra con tónica
Aún no amanece
Dios dirá
La conciencia
Un asunto menor
A excepción de una Barbie
El diván
El lugar de la virtud
La caca
Todo va a peor

Resurrección
El rosario de su madre
Genéticas
Qué raro
Hombres y perros
Un fallo aleatorio
La metástasis del cerdo
El mensaje del naufrago
Fantasmas
Actividades asmáticas
Inventos
La llave de la vida
Turismo de grandes almacenes
Gente que cuenta tu vida
Seducción
Una vivienda loca
Nieve
Notas

PRÓLOGO

Al concebir este volumen, decidí eliminar los articulentos que guardaran alguna relación con un tipo de actualidad perecedera ya que, al expirar esa actualidad, el articuento referido a ella se había quedado también un poco rígido. El rígor mortis me gustaba por un lado y me disgustaba por otro. Me gustaba porque soy aficionado a coleccionar carcasas de animales dotados de exoesqueleto, pero me disgustaba porque la desaparición de las partes blandas, lejos de potenciar su sentido, como ocurre con los restos de los escarabajos, atentaba contra él.

También decidí suprimir aquellos textos que, pese a su intemporalidad, ya no me parecían conmovedores. En esta segunda criba, cuando había disparidad de juicios entre la editora y yo, prevaleció siempre mi opinión, que fue más cruel que indulgente. Aun así, ha quedado un volumen algo

incómodo para leer en la cama, aunque apto para ser utilizado como almohada.

Frente a la duda de ordenar los articulentos por la fecha de nacimiento o por sus temas, opté por lo segundo, pues siendo la clasificación temática tan arbitraria como la cronológica (¿de verdad las cosas ocurren unas después de otras?), tiene sobre ésta una ventaja que acabo de olvidar mientras me deslizaba frase abajo.

Los presentes textos nacieron de un estado de necesidad tal que su ausencia, de no haber sido escritos, ocuparía más espacio que el libro que sostienes ahora entre las manos. Arrebatas al conjunto de mi obra los articulentos y es como si le extirparas el hígado a un señor. Tan vitales resultan que, debido al título concluyente que se les ha asignado (en lo de Articulentos completos ganó la batalla mi editora), es muy posible que dedique los próximos años a escribirlos de nuevo punto por punto y letra por letra, para no repetirme. Salud.

JUAN JOSÉ MILLÁS

CUERPO

Los pobres

Dice David Bodanis en *Los secretos de una casa* que cuando vamos del dormitorio a la cocina, el roce de los pantalones hace que se desprendan de la piel millones de escamas muertas de las que se alimentan universos enteros de bacterias y ácaros que viven en la alfombra del pasillo. La realidad está llena de seres microscópicos que dependen de nuestro sudor, de nuestra caspa. Así, cada vez que nos peinamos, colonias enteras de microorganismos, cuya patria es la moqueta del cuarto de baño, permanecen con la boca abierta hacia el cielo esperando ese raro maná que les envían

los dioses.

También según Bodanis, basta un gesto inconsciente, como el de abandonar el periódico sobre la mesa de la cocina, para destruir civilizaciones enteras de neumomonas que viven en las grietas de la madera. Lo que llamamos polvo está compuesto en realidad de un conjunto de partículas, entre las que se incluyen esqueletos de ácaros, patas de insectos diminutos, excrementos infinitesimales y las células muertas de nuestra piel. Todo eso flota en el aire, a nuestro alrededor. Si no nos espantamos de ello, es porque no lo vemos. Sin embargo, quizá la realidad visible no sea muy distinta: el 80 por ciento de la población mundial está constituido por pobres que no vemos, aunque ellos viven con la boca abierta, como bacterias, esperando que les caiga algo de nuestros cubos de basura: viven de las escamas muertas que desprendemos al andar. Y cada vez que realizamos un gesto cotidiano, como el

de firmar un tratado de libre comercio o solicitar un préstamo a bajo interés, miles de ellos perecen ahogados en la tinta de la pluma. A veces, desde los pelos de una alfombra fabricada en la India o desde el corazón de la selva Lacandona, nos llega un alarido que el fundamentalismo de la moderación no nos deja escuchar.

Dios

En el campo suceden muchas cosas. Ahora mismo se ha detenido sobre el teclado del ordenador un saltamontes que mira con un ojo lo que escribo y con el otro me contempla a mí. Es evidente que no sabe lo que ve, pero no importa porque no mira para él, sino para alguien lejano: para Dios. Dios está ciego, de otro modo no se entiende que haya creado tantos ojos, y tan diferentes, para controlar el universo. La suma de la mirada del saltamontes y la mía arroja un resultado de superficies horadadas y cuerpos cavernosos por cuyos túneles se arrastra Dios intentando entender su creación.

Le grito al saltamontes que se aparte, pero no me oye. Quizá sea capaz de percibir el roce de una babosa sobre la hierba, pero no le llega mi voz, como a mí no me llega el ruido de su mandíbula al masticar. Los dos oímos para otro: para Dios, sin duda, que está sordo. Por eso ha llenado el mundo de los insectos, mamíferos, aves y reptiles que graban toda clase de sonidos y conversaciones para él. La suma de lo que recogen mis oídos y los del saltamontes es la sinfonía con la que se desayuna Dios, mientras huele la mañana con nuestro olfato.

El saltamontes ha recogido un resto orgánico del teclado del ordenador —quizá una escama microscópica de la yema de mis dedos— y lo mastica al tiempo que yo trago saliva. ¿Comeremos también para Dios?, me pregunto. Dios no soporta no tener estómago, por eso ha llenado el universo de abdómenes especializados en digerir para él. Dios carece de vista, tacto, oído, olfato, gusto.

Quizá no existe, así que para tapar esa carencia atroz ha llenado el universo de anélidos, lamelibranquios, vertebrados, acéfalos, reptiles... Todo te parece poco si no existes, y demasiado si un día, al asomarte a los ojos de un insecto, comprendes que aunque es él el que te mira, es otro el que te ve.

Vesícula

Estaba intentando concentrarme en la escritura de un cuento circular cuando sonó el teléfono y una mujer preguntó si me habían quitado hace poco la vesícula. Dije que sí, claro, porque era la verdad. Entonces, la que hablaba se identificó y supe que se trataba de una novia de mi juventud que había devenido en patóloga. «Imagínate la gracia que me hizo cuando vi la etiqueta con tu nombre adherida a la víscera —dijo—, las vueltas que da la vida, ¿no? Habría pagado cualquier precio por tener tu corazón y años más tarde me envían gratuitamente tu vesícula.» «¿Cómo te ha llegado?», pregunté. «Como me llegan todas, en una

especie de tartera refrigerada con una nota del cirujano pidiéndome que la analice.»

Mientras hablaba, entre la niebla de mi memoria se iba abriendo paso el rostro de la patóloga con veinte años menos de los que tendría ahora. Nos habíamos hecho novios al poco de que muriera Franco y habíamos roto después de que ganara las primeras elecciones Adolfo Suárez. A través de nuestra descomposición sentimental se podría haber contado la miseria de aquella época mucho mejor que con los recursos metodológicos de la historia. Y para quien aspirara a un sobresaliente, allí estaba aquella vesícula con un bulto cuyo diagnóstico dependía de mi pasado político. No era una situación agradable; la patóloga respiraba venganza.

Me resistí a preguntar por mi tumor, pero ella me contestó de todos modos. «No me gusta su aspecto —dijo—, me recuerda el de mi estado de ánimo

cuando rompimos.» «Esto no está nada bien —le imploré—, después de todo parece que sobreviviste.» «No te imaginas en qué condiciones», respondió antes de colgar. Por supuesto, no he recogido los análisis del mismo modo que no he leído nada sobre estos veinte años: hay cosas que senotan en la cara.

Verano 3

Era la hora de la siesta y, de súbito, en medio del calor, sucedió una explosión universal a la que sólo sobrevivimos el hormiguero del jardín y yo. Pasados los primeros instantes de terror, y una vez resignado a la catástrofe, consumía el tiempo sentado en una piedra, observando las costumbres de las hormigas con la pena de no haber leído más atentamente a los mimecólogos de la época, cuando aún había hombres y libros sobre la superficie de la Tierra. De vez en cuando, alargaba la mano, tomaba un puñado de insectos y me los metía en la boca para aliviar las acometidas del hambre. La red formada por los

pequeños seres se recomponía con una rapidez prodigiosa, en un proceso de cicatrización acelerado. Recibía todo lo que necesitaba, pues, instrucción y alimento, de las hormigas, que me enseñaron, entre otras cosas, la importancia de la rutina en la lucha contra el pánico. Con el tiempo, para variar mi dieta, aprendí a introducir en el hormiguero un palo largo y flexible, que salía lleno de larvas, que resultaron un manjar exquisito, muy rico en propiedades energéticas. Un día el hormiguero habló y dijo que ya era hora de devolverle lo que había tomado de él. Entonces sentí en la espalda un cosquilleo sobre el que me dejé caer como sobre una cama, y así, tumbado, con las manos sobre el pecho, a la manera de un cadáver, fui arrastrado hasta el agujero. En ese momento pasó un avión por encima de la siesta, me desperté de golpe y vi a un grupo de hormigas arrastrando a un saltamontes moribundo. Comprendí

enseguida quién era el saltamontes, y al deslizarme por el cráter del hormiguero tuve una visión de la conciencia, que resultó ser un lugar oscuro, húmedo, lleno de galerías y de túneles. Esa noche fui devorado minuciosamente. Lo que sobró soy yo: esta cáscara llena de escrúpulos.

El cordón

Si uniéramos todos los cordones umbilicales que han precedido al tuyo, sellando herméticamente sus juntas, obtendríamos una fontanería orgánica por la que una cucaracha podría llegar caminando hasta el primer vientre de la historia, saliendo a su superficie como por el sumidero de un lavabo. No es difícil vivir una experiencia parecida si se dispone de un pasillo largo. Te habrá ocurrido en alguna casa a la que habías sido invitado para celebrar una fiesta incomprensible, cuando al asomarte al pasillo, y atraído por el resplandor de la cocina, no pudiste controlar las ganas de internarte en él con la excusa de ir a

buscar un hielo. Mucha gente se da la vuelta antes de llegar. Por eso se cruza uno con tantos invitados que regresan con la expresión y la copa vacías.

En cualquier caso, a medida que uno progresa por el interior del cordón, va transformándose en un insecto lleno de patas enormemente funcionales. Y cuando alcanza la cocina, si no se ha rendido antes, se encuentra allí con otros insectos que fuman o beben o intercambian feromonas con una naturalidad perturbadora. Dado que por lo general están ensimismados, uno puede ir de acá para allá, buscando restos de comida en los alrededores del fregadero sin llamar la atención. Una vez saciada el hambre, conviene asomarse de nuevo al cordón umbilical, es decir, al pasillo, y soplar con todas las fuerzas de que uno disponga para oír cómo el viento de la historia personal recorre ciego de furia los úteros de los que procedemos dando, como el soplo de Dios, vida (y en

consecuencia muerte) a todo lo que toca. Hay siempre un punto de tristeza en ese instante que coincide con la obtención del hielo, cuyo tacto te abrasará los dedos y el corazón.

Enseguida, tras lanzar una mirada melancólica al conjunto, vuelve uno en dirección contraria, hacia la fiesta. Y a medida que progresa va perdiendo patas y élitros, y se va irguiendo, de manera que llega al futuro convertido en un hombre, y como hombre que es negocia con sus semejantes, y en lugar de feromonas intercambia palabras; con suerte, ideas. De vez en cuando, todavía escucha aullar el viento a través del túnel y entonces le dan ganas de llorar.

Arte y putrefacción

Parece que hay una corriente artística de escultores que trabajan con carne y además tienen éxito. Así, el británico Damien Hirst ha recibido el premio de arte moderno más importante del Reino Unido por una vaca seccionada por la mitad, e introducida en un estuche de metacrilato. En realidad, son una vaca y un ternero, pues la obra se titula *Madre e hijo divididos*. Hirst saltó a la fama hace tiempo con un cordero muerto introducido en una urna de formol, y una de sus obras más conocidas, titulada *La imposibilidad física de la muerte en la mente de alguien vivo*, es un tiburón en conserva. Si lo viéramos en un supermercado no pasaría de ser un

producto alimenticio, pero en una sala de arte, así es la vida, es una escultura. O sea, que el hábito sí hace al monje.

El artista catalán Marcel·lí Antúnez fabrica con carne de cerdo cabezas humanas cuya visión le pone a uno los pelos de punta. Por lo visto, también son esculturas. Yo tuve un tío médico que coleccionaba fetos en garrafas de cristal, pero los fetos eran fetos y mi tío estaba loco. Ya murió y es una pena, porque hoy sería un escultor de primera. En un museo de Cataluña hay un negro disecado.^[1] ¿Se trata de una obra de arte o de un negro disecado hasta sus últimas consecuencias? No lo sabemos. A lo mejor si lo sacan de allí y lo meten en la prestigiosa galería Saatchi, de Londres, se convierte por arte de magia en una escultura.

Una vez fui a casa de un amigo que acababa de adquirir un cuadro de un famoso pintor español que trabaja con materia orgánica. Al rato noté un olor

raro y pregunté de dónde venía.

—Es el cuadro este tan caro, que ha comenzado a descomponerse — comentó mi amigo con naturalidad.

Por lo visto, la putrefacción formaba parte del proceso artístico. Si usted tiene una merluza un poco pasada en la nevera, no la tire: el día de mañana puede ser una escultura. Y cuando se le muera el abuelo, no lo entierre: en una urna de metacrilato podría ganar un premio internacional. Mi carnicero no vende y quiere cerrar, pero yo le he sugerido que quite el rótulo donde pone «Carnicería» y escriba «Galería de Arte». Seguro que se forra.

Una cuestión de cerebro

Por lo visto, el oftalmólogo de Einstein le arrancó los ojos a su paciente mientras le realizaban la autopsia y acaba de ponerlos a la venta. Michael Jackson se ha apresurado a ofrecerle 600 millones de pesetas en la creencia de que, al comprar los ojos, va a adquirir también la mirada del físico. Pero el oftalmólogo aún no ha decidido nada: está esperando más ofertas.

De manera que es verdad aquello de «cría cuervos y te sacarán los ojos». En realidad, da igual lo que críes: al final, de todos modos, te sacan los ojos. De hecho, el oftalmólogo este no era un cuervo, sino un ser humano, un tipo

normal, como usted o como yo, sólo que con más vista. O sea, que la función crea el órgano: a lo mejor, si nosotros hubiésemos asistido a la función de la autopsia, también nos habríamos transformado en animales carroñeros, porque es que aquellas vísceras en las que escarbaban valían un dinero.

No sé cuántos médicos participaron en la autopsia de Einstein, pero, según el forense que la dirigió, cada cual se llevó lo que pudo. Lo que viene a demostrar de nuevo que el cuervo no nace, se hace. De hecho, es muy difícil que en una sala de autopsias coincidan de repente nueve o diez cuervos; no digo que no pueda pasar, pero las probabilidades son escasas. Así que tenemos que admitir que se transformaron en pájaros de mal agüero a medida que extraían las vísceras y calculaban su valor. Seguramente, se les hizo la boca agua con el intestino grueso y se pelearon por las piedras del riñón.

O sea, que lo que en principio no iba a ser más que una autopsia, se transformó enseguida en un festín. Desde luego, el que más vista tuvo fue el oftalmólogo. Pero Einstein necesitó tener mucho estómago para aguantar, incluso muerto, a aquella panda de insolventes. En cuanto a lo de Michael Jackson, lo suyo no es una cuestión de vista, ni de estómago, sino decerebro.

¿Me vas a hacer daño?

Fui a sacarme sangre para un control de colesterol, y me gustó. Me gustó todo: salir de casa a una hora extraña para mí, contemplar la agitación de la gente que se dirigía al trabajo, sentir el estómago vacío, pues me habían dicho que no desayunara. La chica de la recepción, en la clínica, hablaba con alguien de la guardería donde hacía un rato había dejado a su hijo. Le estaban diciendo que tenía fiebre, pero ella debió de escuchar que estaba agonizando. Una madre angustiada por una nadería resulta un espectáculo conmovedor. Le dije que no sería nada, un catarro, y añadí que la fiebre era una defensa. No sé

dónde escuché esto de que la fiebre es una defensa, pero lo repito siempre que puedo. Además (esto no se lo dije) la fiebre purifica. Yo, al menos, siempre vuelvo de esas situaciones más limpio, como si se me permitiera estrenar una vez más mi cuerpo.

La enfermera encargada de sacar la sangre llegó enseguida. Era un poco gordita y jovial. Me preguntó en qué brazo se me veían mejor las venas y le dije que no lo sabía. No suelo buscarme las venas, francamente. Recordé cuando en las tiendas me preguntan por mi talla. Nunca lo sé.

—No importa —dijo la enfermera—, probaré con el izquierdo y si no la encontramos, vamos al derecho.

Aquello empezó a inquietarme. Era el primer paciente de la mañana. De súbito, las cosas ya no me parecieron tan bien. A lo mejor lo del niño de la recepcionista era grave.

—¿Me vas a hacer daño? —pregunté.

Me pareció curioso que me saliera un «¿me vas a hacer daño?» que parecía referirse más al dolor moral que al físico, como si se lo preguntara a una novia a punto de abandonarme en vez de a una enfermera. Ella sonrió y me dijo que un poco de daño sí, pero un «poquito» nada más. Me gustó su tono. Me gustó la idea de que me hiciera un «poquito de daño» y se restableció el orden anterior. Lo del hijo de la recepcionista sería un catarro. La enfermera me puso una goma alrededor del brazo y dio un par de golpecitos en el lugar donde pensaba pincharme. Apareció un bulto azul y los dos sonreímos satisfechos. Por alguna razón, en vez de volver la cara, decidí observar cómo penetraba la aguja en mi cuerpo. Me hizo un daño que me gustó, pero lo más increíble es que sentí un placer inexplicable al ver salir la sangre. Deseaba que no dejara nunca de salir. Pero duró muy poco. Ya está, dijo ella y me dio un pedazo de algodón

empapado en alcohol para que me lo aplicara a la herida.

Abandoné la consulta en estado de trance y entré en una cafetería para desayunar. Pedí un zumo de naranja, café con leche y una ensaimada. Mientras daba cuenta de todo, fui atacado por una fantasía absurda. Me imaginé tumbado en una especie de mostrador, desnudo, con el cuerpo lleno de agujas huecas. La gente se acercaba a mí, accionaba un pequeño grifo y tomaba una muestra de mi sangre. Yo sentía un placer enorme cada vez que se producía una de estas pérdidas.

Esa tarde tenía sesión con mi psicoanalista. Le conté la fantasía de la sangre y preguntó con qué lo relacionaba yo. Le dije lo primero que se me vino a la cabeza:

—La sangre es un trasunto de la tinta. De hecho la gente introducía la muestra en un tubo que guardaba algún parecido

con el tubo de un bolígrafo.

—¿Y? —insistió ella.

—Tal vez con aquella tinta escribirían luego poemas geniales.

—Pero es a usted al que le gustaría escribir un poema genial.

—Sí, pero no me sale.

Me di cuenta de que dije «no me sale» como si el poema estuviera dentro y no encontrara yo la forma de echarlo fuera. Mi psicoanalista calló. Yo también. Permanecimos unos minutos en silencio. Finalmente, intervino ella.

—¿Y? —preguntó.

—No sé —dije yo—. La sangre es un poema. Fíjese en el cuerpo de Cristo. Piense en Drácula...

A los pocos días, volví a recoger el resultado del análisis. Una vez dentro del coche, abrí el sobre y lo leí despacio, como si fuera el primer texto que leía en mi vida. Más aún: como si fuera el primer texto desde la creación del universo. Juro que aquella nomenclatura de hematíes,

glóbulos blancos y plaquetas me pareció un poema genial, un poema que me hizo llorar y que escondí al llegar a casa en un cajón. Luego abrí la guía telefónica, busqué al azar un médico y pedí hora para hacerme otro análisis. Ya no soy capaz de pensar en otra cosa.

Empezar

Me incorporé sobre la cama y tuve de mi cuerpo la percepción que proporciona un edificio vacío. Escuchando atentamente, podía oír el gemido remoto de alguna articulación, como una puerta que se cerrara a lo lejos. El aire atravesaba el pecho con la extrañeza de no tropezar con ningún mueble y silbaba un poco al salir por las ventanas nasales. La gripe me había abandonado. Me levanté, fui al baño y aisé con esmero lo que había quedado de mí. Una vez reconstruido, me propuse recuperar la rutina anterior a la enfermedad, pero las cosas no fluían. El café no sabía a café ni el periódico a tinta. La calle, siendo en

aparición la de siempre, había perdido los lazos que la unían a mí. Entré en un bar donde creyeron reconocerme, pero yo sabía que saludaban a otro que había vivido en este mismo cuerpo que ahora era un edificio vacío. Me acerqué a la máquina de tabaco y me pareció un artefacto incomprensible. No la usé por miedo a que me diera las gracias. La gripe se había llevado el 80 por ciento de mí al desaparecer. Volví a casa decidido a esperar. De vez en cuando, se escuchaba un frenazo procedente de la calle. Por la noche, unos borrachos pasaron cantando bajo la ventana y estrellaron una botella vacía contra el suelo. Tomé un libro de los garantizados y leí unas páginas sin recuperar el placer que su lectura solía proporcionarme. De madrugada, fui a la cocina y abrí un yogur que no me supo a nada, como si se lo hubiera comido alguien que detestara los lácteos. Lo peor de la gripe no es lo que te da cuando viene, sino lo que te

quita cuando se va. Es cierto que dentro de ese edificio vacío, si tienes paciencia, vuelves a germinar con el paso del tiempo. Pero tardas lo tuyo en alumbrarte. Entre tanto, es tal la sensación de que nada te concierne que con gusto regresarías a la cama. Para no salir.

Experimentos de choque

Llevo varios días siguiendo una noticia sobrecogedora, según la cual el Instituto de Medicina Legal de la Universidad de Heidelberg ha venido utilizando cadáveres de adultos y niños para simular accidentes de circulación y mejorar así el diseño de las sillas infantiles y de los cinturones de seguridad. Cogían un muerto, lo metían en un Opel, un Ford, un Volkswagen o un Mercedes, según su estatus social, supongo, y hacían que el coche se estrellara contra una tapia. Luego sacaban el cadáver y le contaban el número de costillas rotas.

Los responsables del Instituto, que se

han apresurado a confirmar la veracidad de esta información, han señalado también que gracias a estos experimentos se han salvado muchas vidas. Por lo visto, un catedrático de Teología y Ética de la Universidad de Tubinga, un tal Dietmar Mieth —doy su nombre para que nunca se confiesen con él—, ha defendido esta práctica porque va en beneficio de la seguridad de millones de conductores. Y, en Washington, un tal George Parker —digo cómo se llama para que a nadie de ustedes se le ocurra ir a morir en sus brazos—, afirmó que se necesitaban este tipo de experimentos para saber con exactitud qué partes del cuerpo se dañan, y en qué modo, cuando estrellas un coche contra un muro de la vergüenza a cien por hora.

Yo ya aviso que prefiero morir por llevar un cinturón imperfecto a salvarme a costa de maltratar a un cadáver, incluso aunque se trate de un cadáver completamente muerto. Con los difuntos

no se juega. Que usen maniquíes; ya sé que los muñecos no resultan tan excitantes como un cuerpo de verdad, aunque sean capaces de hacer pis y de llorar, como los de la señorita Pepis, pero también tienen su corazoncito. Por ejemplo, dicen los expertos en accidentes que el muñeco más avanzado para esta clase de experimentos de choque, el Hybrid III, pese a su perfección, no se comporta aún como un muñeco humano. No me extraña, hay que tener mucho estómago para querer ser como nosotros.

Una historia real de replicantes

Tuve en la Facultad de Filosofía y Letras una compañera cuya temperatura corporal era más baja de lo corriente. Siempre estaba fría. No recuerdo quién dio la voz de alarma, pero desde que se corrió la noticia todos, con una excusa u otra, intentábamos rozarnos con ella para comprobar aquel portento. Se llamaba Marta y había llegado a Filosofía tras pasar dos años en Derecho, equivocándose minuciosamente de carrera. Era, pues, un poco mayor que nosotros, por lo que la suponíamos también más experimentada, lo que

aumentaba su atractivo.

Yo hablé con ella por primera vez en la cafetería de la facultad. Al tomar mi taza de café, rocé disimuladamente el dorso de mi mano con el de la suya y sentí un escalofrío. Imaginé que se trataba de un robot imperfecto, al que sus inventores no habían logrado dotar de la temperatura del cuerpo humano, lo que me excitó sobremanera. Conviene tener en cuenta que acabábamos de ver *Blade Runner*, donde salía una replicante bellísima, una mujer que marcó a toda una generación sin ser una mujer de verdad. ¿Cómo saber, por otra parte, quién es de verdad o de mentira? Precisamente, el protagonista masculino del film duda acerca de sí mismo, ignora si es un hombre de verdad o un robot. Tiene recuerdos, sí, y memoria y manos, tiene deseos y objetivos vitales. Tiene piedad y miedo e hígado. Tiene todo lo que tiene un hombre, pero ¿cómo saber si se lo han introducido en la mente, a la

manera de un programa informático, o lo ha construido él como se construye una existencia? En la versión primera, la del productor, el protagonista era un hombre de verdad. En la del director, era un replicante. Qué vida. Acerca de todo eso reflexionaba yo en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras. ¿Será esta chica una replicante? ¿Y yo? ¿Seré yo de verdad o la copia de mí? Todavía no lo sé. Recuerdo como una de las escenas más emotivas de la película aquella en la que a los robots de carne se les muestran fotografías que ilustran su vida familiar. Su novela familiar, preferiría decir, evocando a Freud. La novela familiar constituye uno de los rasgos más definitorios de nuestra identidad. Somos porque pertenecemos a una familia. Y ahí está el álbum de fotos para corroborarlo. Ahí estoy yo de pequeño, de adolescente, de joven. Ahí estoy vestido de almirante, para la primera comunión; ahí estoy con un

grupo de compañeros del bachillerato; ahí estoy en un viaje de fin de curso... ¿Y si todos esos recuerdos fueran prefabricados? ¿No lo son en cierto modo incluso cuando son verdaderos?

Marta, la chica con una temperatura más baja de lo normal... Aquella mujer me volvió loco porque alimentó la parte menos racional de mí. Desde muy pequeño me han gustado los maniqués. Incluso los maniqués cutres de mi infancia, que vivían en el interior de escaparates desastrosos, llamaban mi atención. Daba un rodeo increíble al volver del colegio para pasar delante de una mercería en la que había una mujer de cartón piedra a la que vestían y desnudaban a la vista de todos. Yo lo observaba desde la acera de enfrente, por vergüenza, con la respiración entrecortada. Llegué a imaginar que entre aquel maniquí y yo se establecía una complicidad secreta. Años más tarde, en el diván, me pregunté por

qué me gustaban tanto los maniqués y la única respuesta que obtuve (de mí mismo, pues mi psicoanalista era muy silenciosa) era que todos habíamos sido maniqués en una época remota, de ahí la fascinación que nos producen. Esto está en la Biblia: Dios hizo al hombre de barro, es decir, construyó un muñeco. Luego le introdujo el *software*, es verdad, pero aquellos minutos o segundos durante los que sólo fuimos muñecos se quedaron grabados en nuestra memoria de reptil.

¿Desean los maniqués a los hombres como los hombres a los maniqués? Quizá sí. No hay más que mirarlos a la cara (a los maniqués). Pero a medida que uno se hace mayor, se vuelve también más exigente. Quiere que el maniquí esté articulado, que hable, que sonría, que le lleve la contraria... Seguramente hubo una época en la que fuimos robots y a la que inconscientemente desearíamos volver.

Tal vez la expresión «polvo eres y en polvo te convertirás» está profetizando ese regreso al puro *hardware*. En cuanto a Marta, se casó con un tipo raro, con cara de invasor extraterrestre y, según me contaron unos compañeros de la facultad con los que cené la semana pasada, tuvieron un chico y una chica, los dos fríos. El chico se dedica a la política. La chica se acaba de matricular en Filosofía y Letras tras pasar dos años en Derecho, equivocándose minuciosamente de carrera.

La espalda

El pecho y la espalda viven en dimensiones diferentes lo mismo que la nuca y el rostro, o la puntera y los talones. La espalda acude a las fiestas del pecho porque no puede separarse del conjunto, pero no participa de su lógica. En los cócteles, si te fijas, mientras las corbatas de colores y las bocas pintadas se mienten sin parar, las espaldas mantienen entre sí una conversación discreta. No gesticulan, claro, ni se abrazan, porque los brazos están al servicio de la parte delantera de la realidad, pero se rozan con cuidado e intercambian mensajes. Las espaldas, si pudieran separarse del tronco, saldrían

corriendo (hacia atrás, naturalmente, sobre los talones) y no volveríamos a verlas.

Si eres diestro, habrás observado que tu mano derecha no para de hacer cosas, mientras que la izquierda colabora en tareas auxiliares o permanece ociosa en el interior del bolsillo. Sin embargo, es posible que nuestra mano izquierda tenga un lado derecho diligente, de manera que lo que percibimos como ocio constituya un modo de actividad cuyos fines ignoramos. La mano izquierda fuma, y mientras pasamos las hojas del libro con la derecha, ella sostiene el libro. Quizá sostenga también el universo. A lo mejor la mano izquierda está al servicio de la espalda sin que lo sepa la derecha.

Esto que lees ahora está en la espalda del periódico, cuya lógica poco tiene que ver con la parte de delante. Si pudiera, se separaría del conjunto: sabe que los espantos de la primera página son

retóricos, colaboran a la perpetuación del horror que afirma detestar, como los movimientos de las bocas que en los cócteles se escandalizan del hambre del mundo. Si uno pudiera, escribiría en el envés, y con la mano izquierda. Además sólo publicaría a traición. Pero los ojos, que nos hacen tan ciegos, están enamorados de las bocas pintadas.

Verano 6

Estaba dando una cabezada después de comer, cuando se acabó el mundo, aunque sobrevivimos a la catástrofe mi pierna derecha y yo. El paisaje era desolador, pero la pierna parecía feliz recorriendo a la pata coja los escombros de la cultura. Toda su vida, aseguraba, no había deseado otra cosa que sentirse libre del resto del organismo para dar saltos a su antojo. Yo admiraba su capacidad de adaptación, pues personalmente sentía que me faltaba algo sin el cuerpo. Ahora era indoloro, incoloro e insípido, y no es que echase en falta las migrañas anteriores al desastre, pero sí la capacidad de tocar, de oler, y las

sensaciones de frío y de calor. Un día le pedí que me dejara instalarme dentro de ella, y no dijo que no. Enseguida recuperé el sabor del tacto y de la violencia. Dejaba que el viento peinara mis pelillos y daba patadas existenciales a las piedras. Una vez que uno se habitúa al cuerpo, es muy difícil vivir sin él. No debe de pasar lo mismo con el alma, porque a los pocos días la pierna empezó a quejarse de mi presencia. Por lo visto, le había ido imponiendo unas pautas de conducta con las que no estaba de acuerdo. «Antes —dijo—, dormía cuando quería, como todas las piernas, pero desde que te llevo dentro has impuesto unos horarios muy rígidos, la verdad, no te aguanto.» No era sólo eso, sino que conmigo se había introducido en la carne la moral, y el pie, de súbito, se había vuelto puntilloso. No le parecían bien algunas cosas. En cuanto a los dedos, se habían hecho ateos o creyentes, incluso agnósticos, y discutían todo el rato.

Hacíamos mala combinación, en fin, mi pierna y yo, de modo que me salí de ella con lástima, y en ese momento desperté de una siesta pegajosa, pero tardé aún dos o tres horas en entrar en el cuerpo. Cuando lo conseguí, me sentí rechazado por él. Y con razón.

Primer amor

Había en mi barrio una chica manca a la que sus padres habían regalado un brazo de madera con el que solía jugar como si fuera una muñeca. Le daba de comer y luego lo ponía a dormir sobre una especie de cuna alargada y estrecha en la que la mano hacía las veces de cabeza. Se trataba sin duda de un juego algo macabro al que nos llegamos a acostumbrar, sin embargo, con una naturalidad sorprendente. Pasado el tiempo, todos contribuíamos al cuidado de aquel miembro y a veces gozábamos del privilegio de que la manca nos lo prestara un día o dos. Cuando me tocaba a mí, lo metía en casa a

escondidas y dormía abrazado a él: aquella chica me gustaba muchísimo y tuve mis primeras experiencias sexuales con su brazo, más cariñoso que los de carne y hueso que amé después.

(Por si el lector no lo ha advertido, estoy hablando de un barrio muy pobre, en el que ni siquiera había bicicletas. Teníamos, en cambio, varios cojos que nos prestaban sus muletas para hacer los recados.)

Con el tiempo me hice novio de aquella chica y un día, sin haber llegado a pedir su mano, logré que me regalara su brazo. Mi madre, quizá por celos, no se llevaba bien con él y tenía que esconderlo debajo de la cama. Pero por la noche lo rescataba y dormíamos juntos, yo acariciado por su mano torpemente articulada y él protegido por mi cuerpo. Más tarde le puse una manga de seda, muy excitante, que logré coserle con grapas al muñón. Excuso decir que mi interés por la manca decrecía a

medida que me enamoraba de su brazo. Finalmente rompimos y ella me exigió que le devolviera las cartas y todos sus regalos, incluida la extremidad. No me pude negar, pues era la costumbre, y desde entonces, aunque he tenido aventuras con otras prótesis, con ninguna he sido tan feliz. El primer amor es el primer amor.

Autoestima y leucopenia

Me dolían las muelas, me dolían las muelas (dos veces, sí, dos veces), y el médico me recetó un analgésico en cuyo prospecto leí que, excepcionalmente, en pacientes hipersensibles, podía provocar leucopenia. Soy muy sensible, la verdad, lloro por nada y me dio miedo suponer que tras la ingestión del fármaco podría sobrevenirme una leucopenia galopante sin que se me hubiera quitado por eso el dolor. Telefoneé al médico para preguntarle qué era *leucopenia*, pero se había marchado ya y no volvería hasta el lunes (era sábado). Entre tanto, el dolor de muelas corría en dirección a los oídos, dispuesto a taladrarme el tímpano.

Tengo varios diccionarios en casa. Podría haber buscado el término *leucopenia* en ellos, pero me daba miedo que después de ver la definición oficial no me atreviera a tomar el analgésico, cuya necesidad crecía por momentos. Un rayo de dolor, un verdadero latigazo, recorrió mi rostro desde la mandíbula hasta la sien y me hizo perder la voluntad, de manera que fui a la cocina, tomé un vaso de agua, me tragué dos cápsulas y me metí en la cama.

Inmóvil bajo las sábanas, fui vigilando la marcha del dolor, que más que irse se escondió en las profundidades de la encía tumefacta. Como un conejo en su madriguera, el daño se ocultó en las cavernas del tejido esponjoso a la espera de que pasara el peligro para salir de nuevo a torturarme. Aun así, pasada una hora y media, me encontraba tan bien que fantaseé incluso con la idea de leer un libro. Decidí cuál: *La muerte de Iván Illich*, de Tolstói, pero cuando me

disponía a levantarme de la cama para ir a buscarlo, me dio un ataque de leucopenia que fue peor, si cabe, que el dolor de muelas. Lo primero que sentí fue una congoja tremenda, que casi me inmoviliza frente al espejo. Tenía barba de dos días, y como me había acostado vestido, la camisa estaba toda arrugada, además de haber perdido dos botones. Sentí lástima, o quizá leucopenia, de mí mismo y aunque siempre he odiado la autocompasión, y quizá la autoleucopenia, lo cierto es que no pude evitar un movimiento de pena que me devolvió al lecho, donde decidí morir.

El domingo, milagrosamente, me desperté mucho mejor. La inflamación de la encía había desaparecido y en el sitio del dolor había un tacto como de corcho que tenía un punto agradable. Bajé a comprar el periódico, pues, y fui a leerlo a una cafetería cercana. Lo raro es que cuando llegó el café volví a sentir la leucopenia a la altura del pecho, como

una bola de angustia que me hundió en la miseria. Regresé a casa sin desayunar y el lunes telefoneé al médico para decirle que el analgésico me había producido leucopenia. «No digas tonterías —respondió—, la leucopenia consiste en una disminución de los glóbulos blancos: nada que ver con los síntomas que me cuentas.» Ahora pienso que me engañó para tranquilizarme porque lo cierto es que desde aquel día no encuentro sosiego en nada y tengo la autoestima, o quizá la autoleucopenia, por los suelos.

La espalda dolorosa

Había comenzado a juntar unos fascículos sobre el punto de cruz, cuando veo en el kiosco un coleccionable sobre la espalda. Dios mío, cuarenta entregas sobre la espalda y la gente se apunta, esto tiene que significar algo. De momento, quiere decir que esa parte del cuerpo, a la que nunca hemos prestado atención, cobra protagonismo sobre el pecho. Ya era hora: estaba uno harto de tanta delantera. Un baño en las aguas sosegadas y lisas de la espalda siempre viene bien. Los viciosos pueden demorarse en los omoplatos, que son los pechos de la cara oculta de la luna; la escalera de servicio como si dijéramos.

Con la primera entrega, de regalo, te dan una nuca, lo que es de agradecer. Uno siempre ha buscado algo infructuosamente en esa cavidad. La nuca es una boca silente cuyas obscenidades sólo entienden las yemas de los dedos.

Mucho nos tememos sin embargo que esta moda sea producto del dolor más que del placer. De unos años a esta parte la gente se queja de dolores de espalda. De hecho, sabemos de la existencia de esta zona anatómica porque duele. Todo lo que duele existe. De lo que no duele, sin embargo, unas cosas son ciertas y otras no. Los sueños agradables, por ejemplo, no tienen constatación real alguna, pero las pesadillas se materializan con más frecuencia de la deseable. Los fascículos, con excepciones, suelen explotar el territorio del dolor. Ahora han salido también unas entregas de kiosco para aprender a escribir, que es una de las cosas que más daño hacen,

sobre todo cuando ves que no puedes, como lo de aprender inglés, que ni con vídeos. El inglés es para los españoles la espalda del castellano, hay zonas que no logramos alcanzar por más que extendamos los brazos.

Total, que estaba uno tan contento con los fascículos del punto de cruz, que son una cosa neutra, incolora o insípida, cuando lanzan este coleccionable sobre la espalda dolorosa. Cómo no comprarlo, si además te regalan una nuca para atravesar las melancólicas tardes del otoño, mientras aprendes, con daño, a escribir cuentos en inglés. Soportamos la caída de la hoja gracias a los fascículos: creemos que su lectura cambiará nuestra vida, aunque el dolor de espalda sigue ahí, impertérrito ante las demandas del mercado. Qué daño.

Un ruido

En Francia han trasplantado la mano de un cadáver a un señor que llevaba nueve años manco. Parece un avance médico, pero es una onomatopeya, o sea, un ruido que imita el sonido de otro ruido. Muchas veces, ve uno la propia mano acercándose al pan de cada día o al clítoris de cada noche, y no puede evitar decirse: Dios mío ¿por qué tengo esa formación al extremo del brazo? Si los dedos de uno se vuelven huéspedes en más de una ocasión, ¿qué no sucederá con los ajenos? No es lo mismo el trasplante de un hígado o un páncreas que el de una mano. Sabemos que las vísceras existen, pero no nos han visitado

nunca, de forma que nos las podemos imaginar como queramos. Personalmente, imagino mi hígado al jerez, y mis riñones encebollados, con una hoja de laurel. Al corazón lo veo siempre en mi cabeza como una bomba de relojería que estallará cuando menos lo espere. Cuento con ello, pues, y no tomo mayores precauciones, aunque he dejado de fumar una vez más para aliviar la culpa.

Pero con las manos no se puede fantasear: están presentes en todos nuestros actos cotidianos. Son más familiares que unos alicates de punta redonda para un electricista o que una llave inglesa para un fontanero. A la hora de quitar un tornillo, a cada uno le gusta usar su destornillador y no el del vecino, del mismo modo que ninguna mano es tan eficaz como la propia para el onanismo, y perdonen la comparación. En el antiguo zoológico de Madrid hubo un cuidador al que el león le arrancó el

brazo derecho de una caricia. Durante mucho tiempo, según le he oído contar, era incapaz de mantener el equilibrio hasta que logró crearse un brazo fantasma con el que igualó el peso del izquierdo. Ese brazo virtual con el que todavía vive es tan real como una berza, aunque nadie ha sido capaz de vérselo.

Lo que no puede ser real es la mano de un cadáver pegada al brazo propio, incluso aunque pueda uno pelar con ella un plátano, y perdonen de nuevo la comparación. Por eso digo que esa mano no es una mano, sino una onomatopeya, o si ustedes lo prefieren, un ruido que imita la forma de los dedos.

La mano tonta

Aquel sujeto, ¿recuerdan?, al que le implantaron la mano de un cadáver hace unas semanas, ha comenzado a mover los dedos como si fueran suyos, eso dice él. Se le ve muy contento en las fotos, pero yo en su lugar no me fiaría. A lo mejor la mano está haciendo como que se deja gobernar, pero lo más probable es que tenga ideas propias. Si las manos que son nuestras de toda la vida toman sus iniciativas (generalmente desastrosas), ¿por qué las de los otros se van a plegar de una manera tan dócil a nuestras órdenes? Lo más probable es que cuanto más sumisa se muestre, mayor sea su grado de individualidad. Si no, ¿por qué

habría de parecer tan colaboradora? ¿Qué le va en ello? ¿Qué intenta disimular? ¿Por qué se hace la tonta, en suma?

Quienes dependemos de las manos para nuestro trabajo sabemos que no se las puede dejar sueltas porque enseguida montan algún estropicio. Las mías están deseando que me levante con resaca para escribir sus propios artículos, lo que estaría bien si fueran buenos, pero por lo general son peores que los míos. No es lo mismo que recorran el teclado del ordenador bajo mis órdenes que a su libre albedrío, en fin. Cometan innumerables faltas de ortografía, y bailan las letras de la mitad de las palabras. Las manos son muy disléxicas. Si no fuera por nosotros, sus dueños, el mundo del bricolaje sería un desastre. Un «manitas» no es más que alguien que ha logrado esclavizar a sus dedos hasta el punto de obligarles a cumplir el menor de sus caprichos sin ninguna desviación. Algunas manos llegan a arreglar las

cisternas de los retretes, que es la cosa más difícil de enderezar del mundo, lo digo por experiencia propia, pero para ello hay que haberlas amaestrado como a un perro de circo.

Por mucho que digan, pues, una mano ajena nunca podrá ser como una propia. Yo no dormiría tranquilo con la mano de un cadáver pegada al extremo de mi brazo. Vete a saber qué le da por hacer entre las sábanas cuando uno se queda dormido, sobre todo si se muestra tan manejable como dicen. Ese hombre, el del trasplante, está loco. Y a todo esto, ¿qué ha dicho el cadáver?

¿De dónde?

La prensa viene informándonos con inquietante regularidad sobre los progresos de una mano muerta que fue trasplantada a un cuerpo vivo el año pasado en Francia. Hace unos meses nos dijeron que ya movía los dedos tímidamente, siendo capaz de tamborilear sobre una superficie plana. Ayer hemos sabido que puede escribir y conducir una moto. Se trata de una mano muy versátil, pues, y muy voluntariosa, de manera que llegará donde quiera. Y eso es lo que nos preocupa, que llegue donde quiera ella y no su nuevo dueño. Si la mano propia saca del botiquín un tubo de valium cuando lo que uno

buscaba era una aspirina, ¿qué no podrá sacar una mano ajena, que además ha sido arrancada a un cadáver para ser cosida a nuestro brazo?

¿Será aficionada a los productos caducados? ¿Bajará del armario alto de la cocina una lata de sardinas (o, peor aún, de mejillones) pasada de fecha en lugar del paquete de galletas que le hemos ordenado buscar?

La cuestión plantea multitud de interrogantes de tipo fantástico antes que éticos. Las manos pasan mucho tiempo fuera de nuestra vista (en los bolsillos, en los armarios, debajo de la cama) sin rendir cuentas de lo que hacen por ahí. Esta ignorancia es tolerable cuando han crecido con nosotros y conocemos sus inclinaciones como ellas las nuestras. Aun así, no es raro que en determinadas circunstancias, y según la expresión acuñada para explicar este sentimiento de extrañeza, los dedos se nos hagan huéspedes.

¿Cuántas veces no habremos sentido, al acariciar un cuerpo, al pelar un plátano o al tomar un objeto en nuestras manos, que el destinatario del placer o del horror era otro, quizá el fantasma de un difunto que utilizaba nuestros órganos a manera de prótesis? ¿Cómo soportar esto mismo con un miembro que no reconocemos?

Las manos, además, tienen memoria. Fíjense si no en la tendencia de los dedos a pasar su yema por las superficies que les recuerdan el tacto de un tejido remoto o la humedad de una hendidura orgánica. Si el seguimiento periodístico de la mano francesa nos inquieta tanto es porque evoca algo oscuro de nuestra propia historia. Todos estamos un poco trasplantados, sí. Pero ¿de dónde?

Continuará

¿Recuerdan a aquel individuo al que trasplantaron hace dos años la mano de un cadáver? Seguro que sí. No nos desayunamos con noticias tan biodegradables cada mañana. Durante todo este tiempo, los periódicos han venido informándonos de los progresos de esa mano. Un día, sus dedos golpeaban las teclas de un piano. Al poco, podían atar los cordones de un zapato. También habían aprendido a entrecruzarse con los de la mano contraria, en un gesto parecido al de la oración... Se trataba de una mano inteligente, en fin, que incluso escribía, aunque no nos dijeron si prosa o verso,

novela o ensayo, biografía o humor. ¿Qué puede escribir la mano de un cadáver?

Nadie ha vuelto del mundo de los muertos para decirnos si hay vida al otro lado, y de qué tipo. Nadie ha vuelto, excepto esa mano que llegó a estar enterrada, que acarició la seda del ataúd, el tejido de la mortaja, la oscuridad reinante debajo de la lápida. Quizá cuando esa mano fue arrebatada a un muerto para colocársela a un vivo, había conocido ya los placeres de la caricia de ultratumba. Es posible que se hubiera enamorado de un esqueleto, de un alma, de una momia. Tal vez, cuando le pusieron un bolígrafo entre los dedos, esa mano empezó a escribir un diario terrible sobre los sufrimientos que comporta regresar a la vida. O tal vez sólo escribía recetas de cocina para difuntos. No sabemos lo que comen los muertos. Ninguno ha regresado para decírnoslo. Pero quizá esa mano tuviera un instinto periodístico y después de atar los zapatos

para satisfacer al respetable, se pusiera a describir los ingredientes de una paella para cuatro cadáveres. No sabemos qué escribió, la verdad, cuando le pusieron una cuartilla delante. El caso es que el receptor, que vive en Australia, ha viajado hasta Lyon, donde se produjo el trasplante, para pedir de rodillas a los médicos que se la quiten. «No puedo ni verla», ha dicho. Pero los médicos han respondido que santa Rita Rita, lo que se da no se quita, y que el trasplante ha sido un éxito. Más que un éxito, yo diría que ha sido un *best seller*, pero un *best seller* de literatura de terror. Continuará.

Cuerpo y prótesis

Yo siempre tuve cuerpo. Y mis padres también, y mis hermanos, así como la gente con la que fui al colegio, o a la universidad. Más tarde, en los sucesivos trabajos con los que me gané la vida, sólo conocí a individuos corporales, por eso me choca que hablemos de él como si se tratara de una adquisición reciente, cuando lo cierto es que ya en la antigüedad prehistórica nuestros abuelos se desenvolvían con cuerpos que en lo sustancial no eran muy distintos de los actuales. Sin embargo, no hemos logrado convertir esta pertenencia orgánica en un suceso rutinario; de hecho, no vamos a ningún sitio sin el cuerpo, al que hemos

convertido en el centro de nuestras atenciones y en el protagonista de los mensajes publicitarios, que son los más eficaces en la creación de modelos de realidad. Otra cosa rara es que, pese a las pasiones que despierta, aún no se sabe de nadie que haya conseguido tener más de un cuerpo, lo que sería muy ventajoso, incluso para quienes no viven directamente de él. Bien pensado, quizá sea la nostalgia de no poder tener más de uno lo que mueve al mundo. Algunos empresarios se refieren a los trabajadores de su plantilla como si fueran órganos propios. «Mi empresa es una gran familia que da de comer a siete mil familias», dicen cuando intentan conseguir algún beneficio de la Administración, y uno nota que se refieren a esas personas como un conjunto de cuerpos que multiplican de alguna forma misteriosa el suyo. «Este año se han *incorporado* dos mil personas más a nuestra cadena de montaje en Japón», decía hace poco un magnate del

sector automovilístico. La utilización habitual de este verbo, *incorporar*, da una idea de hasta qué punto la actividad empresarial viene a cubrir la nostalgia de no tener más que un cuerpo en exclusiva.

Cuando un empresario logra que su negocio adquiera el tamaño mínimo exigible para ser temido o respetado en la sociedad en que actúa, lo primero que hace es contratar a alguien capaz de diseñarle una imagen *corporativa*. A nadie le gusta que confundan su cuerpo con el de otro, aunque sean iguales, de ahí que ganen tanto dinero quienes se dedican a construir las señas de identidad de los grandes monstruos financieros. Y cualquier empleado que pretenda progresar no ignora que hay un estilo IBM, Philip Morris, o TWA, al que debe ajustarse su comportamiento: más de uno ha sido relegado a tareas secundarias por carecer de identidad corporativa.

El sueño de un hipocondriaco sería tener tres o cuatro cuerpos en casa, para

distribuir de forma racional los miedos y dolores que no hay manera de ordenar en un único recipiente anatómico. Además, si esto fuera posible, la gente no se casaría, o lo haría con un cuerpo propio en lugar de tener que acudir, como en la actualidad, a buscarlo fuera del hogar. Sin duda, insisto, esta ley no escrita, limitadora de las posesiones carnales, es una de las causas de la configuración del mundo. Si uno pudiera tener tantos cuerpos como quisiera, o como fuera capaz de manejar, no existiría, por ejemplo, el ejército, que no es más que una colección de cuerpos obligados a renunciar a su identidad para ponerse al servicio de la de otro. El éxito del comercio sexual está montado sobre la fantasía de que el cuerpo en alquiler puede ser tuyo durante el tiempo del contrato. Así que si le ordenas que te enseñe el culo no tiene más remedio, igual que tu mano se abre cuando se lo pides. La gratificación que proporciona la

instrucción militar a los mandos es del mismo tipo: no hay nada más absurdo que un conjunto de cuerpos marcando el paso, o colocándose alternativamente el fusil en el hombro derecho o en el izquierdo (con esta arma se realizan posturas aún más perversas): para entenderlo hay que acudir al mundo de la prostitución, donde el cliente exige a la puta desfilarse, levantar la pierna o colocarse a cuatro patas sin otro fin que el de obtener el placer incomparable que proporciona ver fuera de su cuerpo otro que ejecuta cuanto se le solicita, por humillante que resulte, lo que lo hace tan servil como el suyo, con el que realiza en la intimidad cosas que le daría vergüenza confesar en público.

Lo curioso es que si bien es cierto que uno no puede tener más de un cuerpo, un cuerpo sí puede ser poseído por más de un individuo. Existe abundante literatura clínica y de la otra sobre el caso. Particularmente, continúa

conmoviéndome cada vez que lo leo un cuento de H. G. Wells, *El cuerpo robado*, en el que se describe con notable precisión la existencia de un mundo inmaterial, paralelo al nuestro, donde habitan miles de personalidades cuya sed de cuerpo es tal que se cuelan con frecuencia en los nuestros si ven una rendija o grieta por la que penetrar en él. De otro lado, el cuerpo es sin duda la casa de los antepasados, de manera que, además de su propietario legítimo, viven en él los muertos, los desaparecidos, los fantasmas de nuestra propia sangre. Normalmente, se mueven con tal sigilo entre el pulmón y el bazo, o entre el estómago y el cráneo, que no llegamos a advertir su presencia.

Otras veces, sin embargo, hacen ruido y tú notas que están ahí, aprovechándose de tus órganos para obtener alguna clase de placer carnal. Hace poco, me encontraba en un restaurante, fascinado por los movimientos de una camarera que

me recordaba a mi difunta madre, cuando noté que alguien utilizaba mis ojos para contemplarla al mismo tiempo que yo.

Quiero decir, en efecto, que me sentí habitado por alguien capaz de apropiarse de mis sentidos para disfrutar de algo que le conmovía. Hice como que no me había dado cuenta de la presencia del intruso, para que se confiara, y mientras él desnudaba con mis ojos a la camarera, yo estudiaba sus reacciones, hasta que llegué a la conclusión de que se trataba de mi padre, que en paz descanse. En ese momento se dio cuenta de que lo vigilaba y desapareció en dirección a los pulmones, entre cuyos alvéolos le perdí la pista. Pero a los postres, después de haberme hecho el distraído durante un buen rato, lo noté trepar de nuevo hasta la abertura de los ojos para embelesarse en la contemplación de aquella mujer que, ya digo, tenía un parecido sorprendente con mi madre. Le dejé

disfrutar de ella un buen rato y luego, mientras me tomaba el café, le dirigí un pensamiento con la intención de establecer con él algún tipo de contacto. No fue posible: huyó hacia los intestinos en el momento en que percibió que yo no era ajeno a su presencia.

Otro día me encontraba en el museo Thyssen, contemplando una pintura de Canaletto que le gustaba mucho a un amigo recientemente fallecido, y al poco me di cuenta de que la mirada que estaba depositando sobre el lienzo no era mía. Aguanté la respiración y, tras un breve ejercicio retrospectivo, advertí que el que gozaba a través de mí de aquel lienzo que tanto había amado en vida era en realidad mi amigo. Intenté decirle algo, pero se retiró también al advertir mi presencia, como las cucarachas cuando enciendes la luz. Una vez, sin darme cuenta, pedí en un restaurante un postre que detestaba, y al poco de empezar a saborearlo con un placer inexplicable

advertí que quien estaba disfrutando de él era una hermana de mi madre, también fallecida, que adoraba los derivados de la leche. ¿No os ha sucedido nunca que al tocar algunos objetos o al acariciar a determinadas personas os atacaba una suerte de inquietante extrañeza, como si estuvierais tocando o acariciando para otro o para otros que quizá se han quedado sin cuerpo y se han visto obligados a refugiarse en algún pliegue del vuestro para continuar teniendo, incluso de forma vicaria, sentimientos corporales? En general, si no eres una persona muy llena de ti misma y has dejado huecos libres a lo largo de tu anatomía, habrás sentido alguna de estas experiencias, porque la sed de cuerpo, como decía H. G. Wells en el cuento citado, es insaciable. Tan insaciable como la sed de alma, la verdad, porque el cuerpo, desde algún punto de vista, resulta excesivamente tosco para actuar de

intermediario entre uno y lo real.

Por eso a veces nos parece un fastidio necesitar de los ojos para ver y de las manos para tocar y de la lengua para saborear. No voy a decir ahora que el cuerpo sea una cosa absolutamente detestable, da muchas satisfacciones, ya lo hemos visto, pero uno intuye que la verdadera sabiduría consistiría en ver sin mirar, sentir sin tocar, paladear sin masticar. Si te has asomado con algún detenimiento a una calavera, o a una caja torácica, estarás de acuerdo en que parecen instrumentos rudimentarios, al menos si los comparamos con materiales como la fibra óptica o algunas resinas sintéticas de reciente aparición. Una de las cosas por las que más cuesta traer de vuelta a los anoréxicos a nuestro mundo es por lo grosera que les resulta la realidad una vez que se relacionan con ella desde un cuerpo bien alimentado.

El ojo, con toda su complejidad, apenas es capaz de captar una estrecha

franja de la realidad. Y el tacto, el oído o el olfato no alcanzan a recoger ni un 10 por ciento de cuanto nos rodea. Es decir, que entre uno mismo y la realidad se interponen multitud de impurezas: la más grave de ellas es sin duda el cuerpo. No estoy proponiendo que nos despojemos de él (entre otras cosas no sabríamos cómo hacerlo), sino constatando que su espesor nos impide el contacto con todo lo esencial. Fíjense en las piernas: constituyen una verdadera ridiculez, una tontería. No están bien concebidas para su función y llevan dentro una formación muy arcaica, el hueso, que se rompe con mirarlo. Para mí, que detesto pasear, las piernas son de lo peor que se le ha ocurrido al organismo. Y los brazos nos parecen útiles, sí, pero porque tenemos el vicio de coger cosas, y ya no podríamos vivir dejándolas caer. Sin embargo, hay muchos cuerpos desprovistos de extremidades superiores que se

desenvuelven tan bien o mejor que el nuestro. Ahora, que para lugar absurdo la espalda: un espacio devastado, sin vegetación, un desierto en el que es imposible dar con una sombra. Yo paso meses sin acordarme de la espalda, pero cuando me viene a la memoria es porque sucede algo malo entre sus confines.

Total, que el cuerpo es una lata. Yo no creo en él, todo lo que dije antes de los antepasados y demás fue por matar el tiempo. Lo malo es que tampoco creo en el alma. No me parece que tengamos nada especialmente metafísico en el tuétano. Esto es una contradicción porque si no crees en la materia has de creer en el espíritu, o viceversa. Lo dice el sentido común o, en su defecto, la lógica, aunque personalmente tampoco creo en el sentido común ni en la lógica. Ni en la belleza de los atardeceres. No creo en nada, la verdad. Aunque lo malo de no creer en nada es que de súbito ves tu propia mano apoyada sobre la mesa,

mientras se calienta el café, y te deja fascinado su pertinencia y funcionalidad. O te encuentras con un atardecer al regresar del trabajo y lloras de gratitud por la gama de violetas que han incendiado el horizonte. Y a veces, al cerrar los ojos, tienes la impresión de que un alma pequeña, un soplo, baila dentro de ti. La vida es muy confusa, porque cuando has hecho el esfuerzo de no creer en nada, entonces, inopinadamente, te invade una fe que maldita la falta que te hacía. Pero si la cultivas, enseguida te estrellas de nuevo contra un agnosticismo desolador.

El único modo de tener fe en algo, ya sea de orden espiritual o material, es no creer en ello, aunque sin enfatizar esa falta de fe, porque el énfasis te lleva siempre al otro lado. Así que, llegado a este punto, uno no sabría decir si el cuerpo es una alucinación de la conciencia o la conciencia una alucinación del cuerpo. Lo único evidente es que las dos cosas no

pueden existir a la vez, porque eso sería un disparate comparable al de construir una joya de platino con incrustaciones de plomo. En nuestra tradición, se tiende a considerar que lo real es el cuerpo, y que desde él, para aliviar las limitaciones que comporta su posesión, se ha inventado el alma, que, aun careciendo de existencia real, posee una notable capacidad analgésica. Se trataría, en fin, de un placebo de consumo masivo, cuya mera administración produce una riqueza económica que no se puede comparar con ninguna otra industria, a no ser, quizá, con la del *software* en su vertiente de realidad virtual y videojuegos.

Pero, puestos a pensar, tampoco sería un disparate concluir que lo único real es el alma, la conciencia, y el cuerpo una ilusión de ella. ¿Por qué no? Desde algún punto de vista tan legítimo, y desde luego tan indemostrable como el anterior, el cuerpo podría ser una convención parecida a la del lenguaje, o sea, una

prótesis arbitraria que sirve para comunicarnos cosas, lo mismo que el calendario o las palabras. En tal caso, el cuerpo sería una representación: algo, en fin, que está en lugar de una ausencia que no sabemos manejar, lo mismo que el pronombre va en lugar del nombre. Lo malo es que si aceptamos la idea del cuerpo como prótesis tendremos que admitir que ha venido a sustituir a alguna clase de amputación, y esto es lo que hoy por hoy no hemos conseguido averiguar: de qué estamos amputados para necesitar una morfología corporal.

Desde nuestra cultura, y pese a ser los inventores de la anorexia y la bulimia, de la obesidad y el enflaquecimiento, de la base proteínica y el ácido nucleico, no es nada fácil aceptar que el cuerpo pueda ser una cosa imaginaria. Sin embargo, todos conocemos gordos que se perciben delgados y delgados que se perciben gordos, porque los límites del cuerpo no están sujetos a ninguna medida objetiva,

ni siquiera cuando se asocian a esa otra cosa imaginaria que es la salud.

Personalmente, comprendí esta rareza un día que abrí la jaula a un pájaro criado en cautividad, obligándole a salir. El animal aleteó desesperado por la habitación, y sólo recuperó la paz cuando se vio de nuevo dentro de la jaula, cuyos barrotes constituían, desde su percepción, los límites de su propio cuerpo, así que no podía permanecer fuera de ella sin tener la impresión de estar fuera de sí.

Probablemente, una de las cosas por las que al niño le cuesta tanto adquirir las coordenadas espaciales es porque ha de hacerlo desde una referencia, el cuerpo, que carece de realidad, al menos si lo compara con el músculo de su mundo imaginario. En cualquier caso, lo cierto es que cuando uno se habitúa al cuerpo ya no puede vivir sin él, aunque se trate de una cosa imaginaria. De ahí que para demostrar su existencia hayamos

inventado los argumentos más inverosímiles, incluso el del dolor, o la muerte, que tanto daño nos hacen. Pensamos que si duele y muere es porque se trata de un asunto real. Pero también el alma, que no existe, duele, y más que el cuerpo si me apuran, así que el dolor no es ningún instrumento de medida para calibrar el grado de existencia de las cosas. Si todo lo que duele tuviera una existencia real, no habría lugar en el universo para contener tanta vida.

De todos modos, soy el primero en reconocer que el cuerpo, aunque se trate de una construcción fantástica, está bien si puedes atenderlo como es debido; en caso contrario, da más trabajo que uno de esos animales domésticos a los que has de sacar tres veces al día para que hagan sus cosas en la calle. Pero la cuestión no es ésa; la cuestión es que si el cuerpo carece de existencia real tendríamos derecho a saber al menos desde dónde se

proyecta ese fantasma. Desde el alma, contestarán algunos. ¿Y si el alma no existe, que es lo más verosímil?

Como ven, no hay respuesta para nada. Lo único cierto es que sentimos tal pasión por la carne que cualquiera diría que la acabamos de adquirir, cuando ya hemos dicho que se trata de una pertenencia ancestral. No hay, pues, nada más antiguo que la carne. Ni más profundo; por eso, al cortarla, aparecen en su superficie labios que no besan, bocas que no hablan. Y porque ya ni las heridas son capaces de hablar o de besar, quienes tenemos cuerpo desde pequeños continuamos encelados con ese silencio celular, así que no somos capaces de dejar de escribir sobre él, quizá para provocarle, con la ingenua esperanza de que un día nos mire a los ojos y nos confiese para qué sirve, aunque se trate de algo atroz.

El mundo es portentoso

En la revista para la que entonces trabajaba me encargaron escribir un reportaje sobre mujeres cojas. Les dije que parecía un tema de verano y que estábamos en otoño, por lo que prefería escribir sobre un asunto de entretiem po.

—¿Qué entiendes por un asunto de entretiem po? —preguntó el redactor jefe con cara de pocos amigos.

—Mancos —dije, y ante su expresión de estupor añadí—: Mancos, sí. En esta revista no se ha escrito nunca un buen reportaje sobre mancos. Los mancos están deseando que llegue el otoño para ponerse manga larga, pero tienen pánico al verano por la manga corta. Es un tema

perfecto para esta época del año.

Como es de suponer, me lo acababa de inventar. Quería escribir sobre mancos porque tengo un amigo diestro al que le falta el brazo derecho. Hasta ahí, todo normal (dentro de un desorden, claro). Lo curioso es que mi amigo es un tenista frustrado. Dios no debería dar la vocación de tenista a alguien manco como no debería dar pan al que no tiene hambre. Pero las cosas son como son y lo cierto es que mi amigo habría dado el brazo que le queda por haber ejercido de tenista profesional. Este asunto me tortura desde hace años. Durante algún tiempo pensé que no era posible que alguien sin dotes para la filosofía aspirara a ser filósofo o que alguien sin dotes para la escritura aspirara a ser escritor. Me parece una crueldad excesiva, un malentendido insostenible. La vida, sin embargo, me ha enseñado que lo normal es que pretendamos ser lo que no podemos. Yo mismo daría el brazo derecho al tenista frustrado por haber sido

cantautor, lo que es un disparate, pues estoy absolutamente negado para la música.

—Preferiría escribir un reportaje sobre mancos —insistí manteniendo la mirada al redactor jefe.

—Pues vas a escribir un reportaje sobre mujeres cojas, porque los contenidos de la revista los decidimos el director y yo.

Permanecí en silencio unos segundos, digiriendo la humillación, y al fin, por incordiar un poco, sugerí.

—¿Y por qué no de hombres cojos? Los hombres cojos son más interesantes que las mujeres cojas.

—Por la cuota, muchacho —respondió el redactor jefe abandonando su tono agresivo—, por la cuota. Por lo visto, en los últimos cinco años hemos escrito tres reportajes sobre cojos y ninguno sobre cojas. Hay que equilibrar. Abandoné la redacción y estuve dando vueltas un par de horas por la calle, buscando mujeres cojas. La verdad es que no tardé en dar con

una que cojeaba de la pierna derecha, pero cuando la abordé, magnetófono en mano, diciéndole que trabajaba para la revista equis y que estaba haciendo un reportaje sobre cojas, me dijo que a ella sólo le rozaba el zapato. Creo que me engañó, pero no era cuestión de ponerme a discutir en medio de la calle un asunto tan delicado. Di también con una anciana con bastón que deseché porque no era coja de nacimiento. Por alguna razón, pensaba que las cojas de nacimiento eran más interesantes que las sobrevenidas.

Llegué a casa desanimado y me dejé caer sobre el sofá dispuesto a hojear (o a ojear, como ustedes prefieran) el periódico. Caí por casualidad (¿por casualidad?) en la sección de contactos sexuales, donde había un anuncio que decía así: «Madurita viciosa y coja, domicilio y hotel. Llámame y voy corriendo.» Lo de «voy corriendo», teniendo en cuenta su problema, me

pareció un acierto literario, quizá un rasgo de humor. El caso es que descolgué el teléfono y le pedí que viniera a mi casa.

—En media hora estoy allí —me dijo.

Mientras la esperaba, recogí un poco el salón y preparé mentalmente un cuestionario acerca de la cojera que no me dio tiempo a poner sobre el papel porque el timbre sonó antes de lo previsto. Se trataba de una mujer de unos cuarenta y cinco años, muy alta, lo que acentuaba su cojera. Tenía los labios operados y una cicatriz en la frente. Actuaba con la eficacia de alguien acostumbrado a resolver los problemas cuanto antes. Cuando comenzó a desnudarse le pedí que se estuviera quieta.

—¿Entonces qué? —preguntó desconcertada.

—Verás, soy un perverso, sólo quiero hablar.

La mujer se sentó en el sofá y comenzamos a hablar de su cojera. Como la sorprendiera en varias contradicciones,

acabó confesándome que era una coja falsa, pues a los hombres les excitaba mucho esa minusvalía. Me quedé anonadado, pero escribí un reportaje sobre cojas falsas que al redactor jefe le encantó y por el que me dieron el primer premio de mi carrera periodística. El mundo es portentoso.

Patria

El cuerpo es un territorio con escasa vegetación, aunque con abundante fauna. Está recubierto por un tegumento elástico, llamado piel, que proporciona uniformidad al conjunto. Esta capa, que es la más superficial, se interrumpe a veces para dar paso a diversas aberturas, cada una de las cuales cumple una o varias funciones a la vez. La abertura más meridional del rostro sirve, por ejemplo, para nutrir el organismo; se llama boca y se utiliza también con alguna frecuencia para besar y ser besado. Produce un humor algo viscoso que denominamos saliva. En la parte superior de esta zona, dos membranas móviles —los

párpados— actúan de frontera entre la realidad y los órganos de la visión. Por estos órganos penetra en el territorio corporal el horror; a veces, entra también por los oídos, o por todos los agujeros a la vez. El caso es que entra y, según sean las características del cuerpo atacado, se establece en el estómago, en el vientre o en una oquedad orgánica llamada pecho; cuando se asienta aquí, adopta una forma esférica a la que se le da el nombre de angustia.

El cuerpo es una clase de territorio que, por su carácter móvil, se puede encontrar en cualquier parte, aunque lo más común es hallarlo en compañía de otros cuerpos, formando grandes concentraciones que favorecen su reproducción. Como el resto de los territorios, es objeto de invasiones y guerras que se agrupan bajo la denominación general de patología. También como el resto de los territorios, el cuerpo tiene dueño, aunque no

sabemos quién es, o si cambia con la edad o con las estaciones. Veranean en él los muertos, los desaparecidos, los fantasmas. Tampoco es raro que se queden a pasar un invierno o una década, produciendo graves trastornos en el sistema nervioso de su geografía. Pero a veces hay suerte y se van y, con más suerte aún, tardan en volver. Entonces desaparece la opresión del pecho o del estómago, las vísceras se acoplan entre sí, y el cuerpo se convierte en nuestra patria.

Gripe

La gripe viene de Asia; los fantasmas, del armario; el terror, de las sombras. La gripe es un proceso. Un día, después de comer, empiezas a mirar las cosas con cierta extrañeza. Te parece que tus compañeros de trabajo se mueven a una velocidad excesiva; además, no tienen frío, mientras que tú, desde hace dos o tres horas, sientes en la espalda —tan deshabitada habitualmente— un movimiento especial, como si alguien hubiera abierto una ventana a la altura de los riñones. Los muebles del despacho son opacos; no comunican nada, excepto esta voluntad intransitiva. En la calle, los coches y la gente arrastran una pesadez

mortal. Parecen manejados a distancia por un mecánico poco hábil. A lo mejor no te has dado cuenta todavía de que tienes fiebre, pero lo cierto es que las articulaciones de tu cuerpo han empezado a enviar leves mensajes de aflicción que se traducen en un estado de ánimo que tiende a la indiferencia. Al acostarte, te has encogido con placer y tu mujer te ha dicho que estás ardiendo. Estás ardiendo. Mañana tenías un compromiso importante y te hace gracia pensar que el compromiso no te importa nada, como el resto de la realidad.

Los huesos todavía no te duelen demasiado, de manera que fantaseas con que vas a poder leer. Tres días de cama, dos novelas. No acabas de coger el sueño, ahora estás algo excitado. Haces un repaso de la semana y te sorprendes de la pasión que has puesto en placeres absurdos, perecederos. Te duermes y sueñas los pasos de tu madre en el pasillo. Eres un niño y el mundo no

depende de ti. Puedes ser irresponsable y eso te proporciona un latigazo de felicidad. Te encoges un poco más y notas los dedos de tu madre en la frente.

Algo así no puede venir de Asia, tiene que proceder de lo más hondo de uno mismo, como los fantasmas que parecen salir del armario, como el terror que emerge de las sombras.

Tejidos

Como no quiero hablar de la guerra porque ya es imposible decir algo que no suene a retórica, voy a hablar del tejido conjuntivo. El tejido conjuntivo está formado por manojos de hebras finas; tiene una variedad, el fibroso, que constituye el principal elemento de los tendones y los ligamentos. El tejido conjuntivo y el adiposo tienen muy mala fama, de ahí el follón que se organizó con las hamburguesas, que, al parecer, contienen altos porcentajes de los dos.

Naturalmente, no se pueden comparar estos tejidos con el cartilaginoso, que es del que están hechas las princesas y las clases nobles en

general. Dicen que las mujeres y los hombres más bellos del universo son puro cartílago recubierto o forrado con una fina capa de tejido epidérmico. De ahí que sean tan flexibles y pálidos.

En las carnicerías caras, cuando abren a una vaca en canal, tiran a la basura todo lo que sea fibra o grasa para no disgustar a los clientes. O sea, que en el cuerpo animal, como en el cuerpo social, hay unos tejidos más prestigiados que otros. No sé si me siguen. Acabo de oír que, en las guerras, de cada diez personas muertas, nueve son civiles. No se nota, porque los civiles que mueren en las guerras son el tejido conjuntivo y graso del cuerpo social. No es que no sirvan para nada, es que hacen subir el colesterol y llenan la piel de puntos negros.

Si ustedes se fijan bien, el presidente Bush está hecho de tejido cartilaginoso. Es flexible como una vara de avellano, pero duro como una fibra óptica. De ahí

su convencimiento de que Estados Unidos es el único país con estatura moral y medios para dirigir esta guerra. Los países en los que ha encontrado apoyo, sin embargo, somos puro tejido conjuntivo cohesionado en torno a pelotas de grasa. Por eso estamos tan contentos, porque, cuando esta parte del mundo se haya convertido en una gran hamburguesa, nuestra estatura moral será más alta.

Pájaros

La fiebre constituía siempre un acontecimiento singular, como la nieve o el granizo. Aquel año le sorprendió redactando un informe comercial con el que se jugaba el puesto. Mientras escribía, las ingles se le llenaban de sensaciones y su piel adquiría la transparencia del hierro al rojo vivo. En eso, entró el director para interesarse por la marcha del informe. Mientras le atendía cortés, aunque mecánicamente, imaginó, para atenuar las dificultades respiratorias, que sus pulmones estaban poblados por bosques de pinos, álamos y abetos. Así, cada vez que respiraba, una corriente de aire movía alegremente las

minúsculas ramas de los árboles ventilando su pecho. También había pájaros que volaban entre los bronquiolos y anidaban en las vesículas aéreas. El director le ofreció un cigarro, pero él lo rechazó para no ahumar su paisaje.

En un acceso de tos le pareció que había expulsado algo con plumas que fue a depositarse sobre la funda de las gafas. Disimuladamente, sin dejar de hablar, tomó una lupa que había sobre el escritorio y lo examinó. Era un canario; tenía las plumas amarillas y el pico naranja. Respiró aliviado: por un momento había temido que se tratara de un gorrión. Siempre había pensado que los gorriones eran las cucarachas de los pájaros grandes, y por eso le producían tanto asco.

El director ojeó unos gráficos que ilustraban el informe e hizo un comentario despectivo. La cosa no marchaba; perdería el puesto y con él el

suelo y la dignidad. De todos modos, el paisaje pulmonar se había completado con un río que discurría entre montañas de eucaliptos; vio una casa de piedra en la ladera. Tosió otra vez y una bandada de cuervos diminutos salió por su boca; volaron ordenadamente hasta el rostro del director, le sacaron los ojos y regresaron graznando a los pulmones. Lafiebre comenzó a remitir.

Muela

Con la sensación de que le habían puesto sobre los hombros la cabeza de otro, abandonó la consulta del dentista, se fue a casa y se metió en la cama. Cuando se atrevió a pasar la punta de la lengua por el lugar donde antes había estado la muela, encontró un agujero de dimensiones insospechadas, cuyos bordes, inflamados, tenían un sabor rojo y eléctrico.

A partir de entonces, su lengua no hacía otra cosa que explorar las irregularidades de aquella caverna orgánica, intentando alcanzar su fondo inútilmente. Un día, mientras se dirigía en el metro a su trabajo, imaginó que se

asomaba a las profundidades del hoyo producido por la mutilación y que, tras resbalar, caía sobre una superficie blanda, irregular y carnosa. Una vez recuperado del golpe, se incorporó, miró hacia arriba y comprendió que no podría salir de allí por sus medios. Entonces descubrió un túnel por el que se introdujo, alumbrándose con la llama del mechero. El conducto, que recorría toda la base de la mandíbula inferior, ascendía tras pronunciar una curva suave. De este modo alcanzó una galería abierta en la encía superior y por la que llegó a uno de los cornetes de las fosas nasales. Desde allí trepó sin esfuerzo al ojal formado por los párpados y se asomó con cuidado al exterior: el metro había recorrido cuatro estaciones y en el asiento contiguo al suyo seguía sentada la señora de la pierna ortopédica. Todo era igual, pero al mismo tiempo todo había cambiado, como si lo que se veía desde allí hubiera sucedido en un tiempo remoto. En esto,

el párpado se cerró instintivamente, para lubricar el ojo, golpeándole en la nuca con la violencia de un cierre metálico. Cayó al vacío y, tras golpearse en la rodilla, se reventó contra el suelo del vagón.

Cuando entró en la oficina era otro.

Las manos

Tengo que averiguar si los bolsillos, como los armarios empotrados, se comunican entre sí secretamente. En tal caso, igual que ahora puedo entrar en el armario de un hotel para aparecer al instante en el de tu dormitorio, también sería posible que un objeto cualquiera introducido en el bolsillo de mi chaqueta —un anillo, una flor, una postal— cayera en realidad en el de la tuya.

A ver si puedo confirmar esta hipótesis y encontrar el conducto que une todos los bolsillos del universo mundo, porque de esta manera, al meter mi mano en el bolsillo del pantalón, podría aparecer en el bolsillo de tu falda; así, en

lugar de sentir a través del forro mi muslo, presentiría el tuyo, y al rascarme rascaría tu pierna, y al alcanzar con la punta de los dedos mi sexo estaría en realidad rozando el tuyo. Mientras esperara el autobús, metería distraídamente las manos en los bolsillos y nadie sospecharía que al acariciar mis ingles y sus alrededores estaría en realidad explorando la periferia de las tuyas.

Y tú, dondequiera que estuvieras — quizá en el metro o en otra parada de autobús—, percibirías mis caricias y meterías las manos en los bolsillos de tu falda, pero en lugar de alcanzar tu sexo tropezarías con el mío, porque tus dedos se habrían trasladado de bolsillo. Y así, aunque separados por calles y edificios, yo me ocuparía de tu excitación y tú de la mía sin que los transeúntes ni los guardias llegaran a percibir este tráfico de manos y de sexos. Y dejaríamos dispuesto que al morirnos nos enterraran

con las manos en los bolsillos para no dejar de tocarnos, primero con nuestras fallecidas huellas dactilares y después con la punta de los huesos. Y así no importaría que nuestras tumbas estuvieran muy separadas, porque por entre los forros de nuestras mortajas intercambiaríamos uñas y falanges y gusanos de seda.

Los dedos

Como hacía una mañana muy agradable, decidí ir a la oficina dando un paseo. Todo iba bien, si exceptuamos que al mover el pie derecho me parecía escuchar un ruido como de sonajero proveniente del dedo gordo de ese pie; daba la impresión de que algún objeto duro anduviera suelto en su interior golpeándose contra las paredes.

Cuando llegué al despacho me descalcé y comprobé que, en efecto, el sonido procedía del pie y no del zapato. Observé el dedo gordo desde todos los ángulos por si tuviera alguna grieta o ranura que permitiera asomarse a su interior, pero choqué con una envoltura

hermética, repleta de callosidades y muy resistente a mis manipulaciones. Finalmente advertí que la uña actuaba como tapadera y que se podía quitar desplazándola hacia adelante, igual que la de los plumierres. De este modo, abrí el dedo y vi que estaba lleno de pequeños lápices de colores que se habían desordenado con el movimiento. Los coloqué como era debido y luego me entretuve con los otros dedos, cuyas tapaderas se quitaban con idéntica facilidad. En uno había un cuadernito con dibujos para colorear. En otro, un sacapuntas diminuto; en el siguiente, una reglita; por fin, en el más pequeño, encontré una goma de borrar del tamaño de un valium. Saqué el cuaderno y un lápiz para pintar, pero en ese momento se abrió la puerta del despacho y apareció mi jefe, que se puso pálido de envidia y salió dando gritos. La verdad es que yo no había tenido la precaución de colocar las uñas en su sitio y me pilló

con todas las cajas de los dedos abiertas. Por taparlas con prisas me hice algunas heridas y me han traído al hospital. Ahora estoy deseando que me manden a casa para mirar con tranquilidad lo que tengo en los dedos del pie izquierdo, porque cuando lo muevo suenan como si hubiera canicas de cristal.

Reformas

En la oficina, mientras masticaba con pereza el bocadillo de media mañana, escuché unos crujidos procedentes del interior de la cabeza, como si una parte de mi calavera se estuviera astillando. Levanté los ojos del dibujo que formaban las migas de pan sobre la mesa y observé a mis compañeros, pero no advertí en ellos ningún signo de extrañeza. Permanecí atento y noté crecer un alboroto de tabiques caídos y muebles arrastrados en el interior del cráneo. Al rato, estaba haciendo unas anotaciones en el libro mayor cuando me empezó a salir de las narices un polvo fino, como de cemento. Pensé que quizá estaban ya

desescombrando, porque también de los oídos caían virutas y desperdicios sólidos que se depositaban con suavidad sobre los hombros, produciendo un efecto como de caspa. Me fui a llorar al servicio, y comprobé que en el agua de las lágrimas navegaban limaduras y despojos de ideas fijas u obsesiones que envolví con cuidado en un trozo de papel higiénico.

Regresé al despacho disimulando mi turbación, y mientras saltaba del haber al debe con la punta del lápiz, imitando el picoteo nervioso de un pájaro, comprobé que el estrépito anterior había dado paso a un golpeteo rítmico: deduje que habían empezado a alicatar o a colgar cuadros.

Hacia el mediodía cesaron los ruidos y me marché a casa alegando un malestar indefinido. Me encerré en el dormitorio y saqué del armario una caja de zapatos donde conservo el recordatorio de la primera comunión, una partida de

nacimiento caducada, dos dientes de leche y cosas así. Desenvolví los restos que había guardado en el papel higiénico y les hice un hueco entre todos aquellos escombros de mi existencia. Luego me metí en la cama y llamé al médico, que dijo que tenía gripe.

Besos

Sentado en el borde de la cama se hacía cargo de la realidad mientras con la punta de la lengua acariciaba la cara interna de los dientes; entonces percibió algo raro en aquella relación tan familiar, como si durante la noche le hubieran cambiado la dentadura, o quizá la lengua.

Durante todo el día fue consciente de que tenía aparato bucal. La lengua no cesó de hacer nuevos reconocimientos que le devolvían un territorio cada vez más ajeno, pues tampoco las encías parecían las mismas, ni las muelas. Entre la nariz y el cuello todo emanaba la extrañeza de la prótesis. Esa noche

durmió con la ayuda de un somnífero, y al día siguiente, mientras intentaba saborear una tostada, tuvo que reconocer que tampoco la lengua que tenía dentro de la boca era la suya.

A partir de ese instante, cuando besaba a su mujer, tenía la impresión de que la besaba para otro, como si la erección consecuente se produjera en un cuerpo distinto al suyo. «¿Para quién besaré?», se preguntaba. «¿Para un ministro? ¿Para un académico? ¿Para un obispo?» Al poco empezó a tener erecciones en los momentos más inoportunos, en medio de un bostezo, por ejemplo. Parecía que su anterior aparato bucal estuviera funcionando en el interior de otro rostro, desde el que enviaba estremecimientos a sus ingles. Estudió las horas del usurpador y procuró adaptarlas a los encuentros con su mujer. De ese modo, mientras alguien, en algún lugar del planeta, besaba para él, él besaba para otro. Quizá a su mujer

le pasara lo mismo, pues su arco dentario, al tacto al menos, parecía más abierto, y había en sus encías unas durezas nuevas. Calculó que cada vez que la amaba se ponían en juego no menos de seis bocas. Aunque quizá aquello no fuera tan nuevo; después de todo, jamás había creído realmente que cuando su mujer le besaba fuera él el besado.

El paladar

El caso es que me aburría en aquella reunión de trabajo y empecé a explorar con la lengua la gruta bucal. Entonces descubrí en el paladar algunos surcos inhabituales que parecían letras. Tras recorrerlos con cuidado advertí que esas letras formaban la palabra *Hola*. Me acordé de una mujer de la que estuve enamorado que siempre empezaba así sus cartas. Presionando la lengua contra el cielo del paladar escribí: «¿Cómo estás?» Y ella me respondió enseguida: «¿Y tú?» Le contesté que bien y luego pasó un rato sin que sucediera nada, excepto que las intervenciones de los que participaban en la reunión resultaban

cada vez más pringosas. Yo mantenía la boca cerrada, fingiendo que me enteraba de todo, mientras evocaba el rostro y la melena de aquella mujer. En esto, sentí un hormigueo en el paladar y cuando fui con la lengua a ver qué pasaba, noté que los surcos habían cambiado otra vez de posición para construir una frase: «¿Te acuerdas?» «Claro», respondí enseguida, estremeciéndome como un adolescente. No se me ocurría nada que fuera al mismo tiempo muy corto y muy intenso. Entonces escribí: «¿Dónde estás?», a lo que ella respondió:

«Lejos.» La lengua me dolía por el esfuerzo y mi mutismo empezaba a resultar incómodo en la reunión. Dije que me parecía todo muy bien, en especial algo que acababa de proponer mi jefe, y volví a concentrarme en aquellas extrañas conversaciones palatinas. Con grandes dificultades le pregunté ahora si se había casado, si tenía hijos, pero no quiso responder a estas cuestiones; en

cambio, me advirtió: «Lleva cuidado.» Después no dijo nada más, pero desde entonces cada vez que me toco el paladar tengo la impresión de que estoy tocando el suyo y hasta mi lengua me parece que es la suya, y cuando mastico ya no sé si mastico para aquella mujer o para mí.

La lengua

Me quedé dormido con la boca abierta y se me fue la lengua. Estuve todo el día como si me faltara algo: no echaba tanto de menos su función como su volumen, que hasta entonces había llenado un espacio moral cuyo vacío resultaba insoportable. Los dientes se volvieron remotos: tenía que tocarlos con los dedos todo el rato para confirmar su existencia. Dejé de comer después del primer bocado porque los alimentos, de súbito, se habían vuelto tristes: rodaban por el borde de los labios y se depositaban en el fondo de la gruta bucal, sobre las glándulas productoras de saliva, con la amargura de las cosas que

caen por un instinto puramente mecánico.

Esa noche estuve en una fiesta a la que había sido invitado y no hice más que observar las bocas de los otros por si reconocía en alguna de ellas a mi lengua. Advertí por primera vez que existe una gran variedad: las había pequeñas y ágiles; rosadas y oscuras; lisas y rugosas. No estaba seguro de cómo era la mía, pero decidí que se trataba de una lengua plana, sin grandes complicaciones musculares. En esto, oí hablar a una mujer detrás de mí. Me pareció que tenía dificultades con la erre, igual que yo. La seduje con los ojos y la besé en el pasillo con intención de arrancársela, pero la lengua de la mujer exploró brevemente mi cavidad bucal, y la abandonó enseguida con un movimiento de terror, como cuando descubres algo muy familiar en otro. Ella se alejó con los labios apretados.

Esa noche volví a quedarme dormido

con la boca abierta y al despertar noté que había vuelto. La saqué delante del espejo y me pareció una lengua ajena: era muy gruesa y decía cosas que no me concernían. Además, pronuncia bien la erre y está un poco mordida, como si perteneciera a alguien que no dice siempre lo que piensa. De todas formas, es mejor que nada.

Curiosidades

Me ha dicho el médico que me pese cada mañana. De ese modo, si un día cojo unos gramos, al siguiente pondré los medios para perderlos. No es preciso añadir que se trata de un médico obsesivo, pero ni los médicos ni las esposas nos tocan en la lotería. Si estoy con él, me digo, por algo será. De otro lado, me gusta la idea de corregir el martes los errores del lunes. Lo primero que hago al sentarme frente al ordenador, a primera hora, es repasar las páginas escritas la jornada anterior. Siempre tacho algunas palabras o añado otras. Gracias al médico obsesivo he empezado a relacionarme con mi cuerpo

como si fuera una novela que escribo día a día. Hoy peso 200 gramos más que ayer por culpa de una cena que ni siquiera me hizo feliz. Pues nada: a tachar esos doscientos gramos a base de frutas y punto (punto aparte).

Tachar kilos es tan difícil como tachar adjetivos. Se les coge cariño a los unos y a los otros. Aunque sabes que no le vienen bien a la escritura ni al cuerpo, nos cuesta cortar por lo sano, ésta es la verdad. Pero quiero insistir en la idea del cuerpo como novela; a veces, como novela de terror. Me hice unos análisis que me entregaron en un sobre cerrado donde ponía la palabra «confidencial». Iba por la calle con aquel sobre debajo del brazo como si fuera un agente del Centro Nacional de Inteligencia. Pero sólo era un espía de mi propio cuerpo. Se lo entregué al médico y fue entonces cuando me recomendó que me pesara todos los días, para tachar el miércoles los gramos de más escritos durante el martes. En eso

estoy.

Para amortizar la báscula, me peso siempre que paso cerca de ella. Por las noches, no sé por qué, peso siempre dos kilos más que por la mañana. Pero son dos kilos que se tachan solos, también de forma inexplicable, durante el sueño, como si los gramos se colaran por un sumidero invisible.

El otro día me desperté de madrugada y estuve una hora sobre el peso, para sorprender al cuerpo en el instante de adelgazar, pero es más difícil que ver crecer la hierba. He hecho también experimentos con algunos libros. Las novelas pesan más por la noche que por la mañana. La poesía, en cambio, siempre pesa igual. Cuestión de metabolismo, supongo.

Delirios normales

En la última época de su vida, mi padre se ponía un traje encima de otro. Creía que tenía dos cuerpos y que su obligación era vestir a los dos. Uno de los trajes era de invierno y el otro de verano, porque cada cuerpo vivía en una estación. Exigía así mismo que se le sirvieran dos primeros platos, dos segundos platos y dos postres. Le dábamos también una comida de invierno y otra de verano. Así, un día podía comer de primero sopa y gazpacho; de segundo, solomillo y pescado a la plancha y, de postre, arroz con leche y helado. En realidad, comía como si tuviera tres cuerpos porque

padeció durante aquella época una bulimia muy frecuente, según nos explicó el médico, a esas edades.

Como mi madre había muerto antes que él, algunos de mis hermanos sostenían que el segundo cuerpo de mi padre podría ser el de ella. Según tal teoría, al no ser capaz de asumir su fallecimiento, la había «incorporado» a su existencia, de tal modo que ahora era simultáneamente nuestro padre y nuestra madre. Yo no compartía esa opinión. Estaba seguro de que el segundo cuerpo de mi padre procedía más bien de la materialización de una idea fantástica que había tenido acerca de sí mismo a lo largo de la vida. Mi padre trabajó en las oficinas de unos grandes almacenes. Llegó a ser el responsable de compras de prendas de vestir para caballeros. Pero su pasión era la música. Aunque había estudiado en el conservatorio, no llegó a terminar la carrera porque la situación económica de su familia le obligó a

ponerse a trabajar. Su entretenimiento favorito era dirigir orquestas imaginarias. Se ponía un disco de música clásica en el equipo del salón, tomaba una varita y se pasaba la tarde del sábado dirigiendo. Lo hacía sin ningún pudor, delante de la familia. Yo dejé de invitar a mis amigos porque me daba vergüenza.

Cuando se jubiló, empezó a dirigir dos y tres conciertos diarios. Se compró un ordenador en el que diseñaba unas invitaciones muy sobrias de las que imprimía cuatro o cinco ejemplares. Cuando la enfermedad redujo a mi madre a la silla de ruedas, la obligaba a escuchar todos los conciertos. Yo escuché alguno también. Superado el primer momento de ridículo, lograba entrar en la fantasía paterna y llegaba a ver una orquesta entera. Poco a poco, la fantasía fue invadiendo la realidad de tal modo que se hizo incontrolable. Recuerdo que un día le llamé para invitarle a comer y me dijo que esa tarde tenía concierto.

—Ya sabes —añadió— que el día que tengo concierto apenas como.

Hablamos con un psiquiatra que no dio mayor importancia al asunto. Si el hombre era feliz así —vino a decirnos—, para qué traerlo a la realidad. Supongo que nosotros queríamos traerlo a la realidad porque nos daba un poco de miedo. No nos gustaba que dijera a sus nietos que era director de orquesta porque no era verdad. Si su delirio hubiera ido acompañado de otros síntomas (agresividad, melancolía, pérdida del sentido de orientación...), el psiquiatra lo habría tratado con gusto. Pero, fuera de esta rareza, mi padre tenía un comportamiento perfectamente normal.

Las alarmas saltaron cuando afirmó que tenía dos cuerpos. Por esa época había dejado de dirigir porque sus brazos no soportaban la tensión. Yo hablaba mucho con él. Comprobé que no negaba que se había ganado la vida en

las oficinas de unos grandes almacenes, pero eso no le parecía incompatible con el hecho de haber sido también un afamado director de orquesta. Comprendí que a lo largo de los años, durante las horas de oficina, había ido levantando dentro de sí un individuo fantástico que recorría los auditorios más famosos del mundo. Todos tenemos fantasías de éxito en un terreno u otro, pero las de mi padre habían alcanzado un grado tal de intensidad que en algún momento saltaron a la realidad. Lo curioso era que el director de orquesta no había anulado al jefe de compras, sino que había llegado a un acuerdo con él. Tal acuerdo, imaginé yo, porque él no me lo dijo, incluía que uno de ellos viviera en invierno y el otro en verano, para no confundirse. Mientras el oficinista descansaba en agosto a la orilla del mar, el director de orquesta daba conciertos en las capitales más importantes del mundo.

Cuando falleció, y aunque algunos de

mis hermanos se opusieron, ordené que lo amortajaran con dos trajes, uno de verano y otro de invierno. De esto hace ya cuatro o cinco años, pero me he acordado ahora porque también yo he empezado a sentir que poseo dos cuerpos. Es una sensación extraña, como si el cuerpo espiritual se hubiera materializado. No se lo he dicho a nadie todavía.

Deseos

Todos los sueños se cumplen. Quizá no en quien los ha soñado, pero sí en otros. No hay un solo sueño por cumplir. ¿Que quisiste escribir una obra maestra? La historia de la literatura está llena de obras maestras. ¿Que habrías dado la mano derecha por ser un gran pintor? La historia del arte está llena de genios. ¿Que un gran arquitecto? Ahí tienes a Foster, a Calatrava, a Zumthor. ¿Que hubieras preferido ser famoso a secas, sin demostrar ningún mérito? Enciende la tele y la verás llena de gente que alcanzó tu sueño, que quizá no era el suyo. Muchas personas han destacado en esto o lo otro por casualidad, sin habérselo

propuesto. No estaba en mi horizonte, dicen, jamás pensé que me convertiría en actor o en neurocirujano o en cómico o en obispo. Sin duda, fueron sueños de otros que se cumplieron en ellos.

También los deseos malos se cumplen. Si has imaginado disponer de un sótano secreto, con una presa a la que violabas a discreción, ahí tienes al monstruo de Amstetten. Si has fantaseado con la posibilidad de bombardear una población civil y enviar luego ambulancias a recoger los restos, ahí tienes a Bush. Si en sueños te has visto provocando una catástrofe económica de carácter planetario, ahí tienes a Madoff. ¿Que todos estos deseos que nacieron en ti no se han cumplido en ti? De acuerdo, pero seguro que tú has realizado algún sueño que pertenecía a otro. Quizá aprobaste a la primera las oposiciones a juez o a notario. Tal vez te tocó la lotería sin que nunca hubieras pensado en esa contingencia. Es posible

que el ascenso a director general, que ni se te había pasado por la cabeza, se fraguara en la imaginación de un compañero que lo deseaba de verdad. La mayoría de las ambiciones no se cumplen en quien las alimenta. Cada cuerpo, sin embargo, es dueño de su digestión y de su hambre y de su dolor.

¿Por qué?

Días extraños

Llevaba dos semanas sin que me doliera nada (pese a no estar muerto), por lo que acudí al médico, que me auscultó, me tomó la tensión y me miró la garganta sin observar, en efecto, nada raro.

—¿No me puedes dar un jarabe o algo para que me duela un poco el estómago? —pregunté.

—Es mejor que tomes productos naturales —dijo—. Por las mañanas, en el café, pon una guindilla y echa un poco de vinagre.

Lejos de empeorar, mis digestiones mejoraron una barbaridad con aquella receta. Mis días se convirtieron en un

extraño desierto de bienestar. Salía de la cama con un entusiasmo absurdo, trabajaba todo el día sin agotarme y por la noche, antes de dormir, hacía un cuadro de gimnasia aeróbica que había leído en una revista de deportes. Mis hijos, que tienen alergia al polvo y sufren de unas neuralgias enloquecedoras, empezaron a mirarme mal, como si me estuviera alejando de la familia, como si hubiera dejado de quererles. Mi mujer, cuya úlcera se abre en primavera como una sandía, me preguntó si había otra.

—¿Otra qué? —inquirí a mi vez desconcertado.

—Otra mujer, idiota. ¿De qué crees que hablamos?

—Sabes que no.

—Entonces por qué estás tan bien.

—No tengo ni idea, te juro que no tengo ni idea, yo soy el primero que no logra explicárselo.

Total que volví a fumar y a tomar alcoholes de cuarenta grados. Pero ni por

ésas. Estaba pletórico y subía las escaleras, pese al tabaco, como un crío. Por si fuera poco, tampoco tenía ataques de angustia. Había perdido misteriosamente el miedo al ascensor, a los aviones y a los lugares cerrados en general. Se lo dije a mi psicoanalista:

—Ya no me angustio por nada ni discuto con nadie ni pienso que me persiguen.

—¿Está usted seguro de que no le persiguen? —insistió ella.

—Completamente. Además es que no le veo sentido a que venga nadie detrás de mí, no soy un tipo interesante.

—¿Y no le angustia el hecho de no ser interesante?

—En absoluto, ahora me parece tranquilizador, me da más libertad, me relaja.

—Pues no sé qué vamos a hacer —dijo ella.

Entonces me acordé de que Phil K. Dick, el autor de *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, la novela que sirvió de

base para el guión de *Blade Runner*, aseguraba que alguien le metía en el café unas pastillas que le volvían paranoico. Phil K. Dick era medio psicótico, por eso se le ocurrían estas ideas geniales.

—¿No podría usted recetarme unas pastillas que me vuelvan paranoico?

—pregunté.

—No existen esas pastillas —dijo ella.

—¿Y un placebo inverso?

—¿A qué llama usted placebo inverso?

—A una pastilla inocua de la que yo crea que me hace daño.

—Está usted loco —dijo mi psicoanalista.

—Al contrario —repliqué—, nunca he estado tan cuerdo.

—¿Y no le hace daño estar cuerdo?

—Daño, daño, lo que se dice daño, no, pero tengo dificultades para comunicarme con la gente, que está toda fatal. En un mundo de enfermos, encontrarse bien tiene sus desventajas.

—Ha llegado la hora —dijo ella—, seguiremos el viernes.

Me levanté del diván y me fui. Hacía una tarde maravillosa, llena de pólenes que ya no me producían alergia y de una luz como de cuadro de Velázquez que no me hacía ningún daño a los ojos. De hecho, no me puse las gafas de sol, cuando antes las llevaba hasta en el cine, por la fotofobia.

Paseé un rato, disfrutando del sol y de la brisa, que penetraba por todos los poros de mi piel, y luego me senté en una terraza.

—Tráigame un gin-tonic en vaso bajo y con cuatro piedras muy frías, por favor.

El camarero, que era cojo y estaba cabreado, regresó al poco con la bebida. Al primer sorbo, volé, directamente, de felicidad. Entonces encendí un cigarrillo cuya primera calada me supo a gloria. Jamás había sentido aquel grado de dicha que no veía el modo de quitarme de encima. Al llegar a casa, no obstante, puse cara de dolor y por la noche me metí una ración de ibuprofeno.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi mujer.

—No sé, no me encuentro bien —
mentí.

Como ella tampoco se encontraba bien, se tomó otra ración de lo mismo y esa noche follamos como locos.

El punto ciego

Mi padre tenía en el rostro un punto ciego que lógicamente no se afeitaba, por lo que cada tres o cuatro días mi madre le pasaba la maquinilla para ponerlo al día. Durante las comidas, yo no podía dejar de mirar aquella sombra con forma de lenteja que solía destacar en su pómulo derecho. De pequeño, cuando me tomaba en sus brazos, disfrutaba pasando la yema del dedo sobre ella, con ese placer que proporcionan al tacto las irregularidades. Un día le pregunté por qué no se lo afeitaba y me respondió que aquellos pelos nacían en un lugar de la cara al que no accedía su vista. Un punto ciego, añadió. La expresión punto ciego

me inquietó. Significaba que había cosas que uno no podía ver, aunque fueran visibles.

De noche, en mi cuarto, con la luz apagada, todo era un punto ciego. Pero después de aquella información, al encenderla, tenía miedo de no ver algo que sin embargo estuviera delante de mis ojos. Si le ocurría a mi padre, ¿por qué no a mí? A veces, sentado en la cama, me pasaba horas observando la realidad, buscando lo que no veía, cosa absurda por razones obvias. Crecí en cualquier caso, con el miedo a heredar aquel problema de mi padre. Me daba pánico mirarme un día en el espejo y no verme los dientes, o la lengua, o una de las orejas. Cada noche, antes de acostarme, revisaba todos los accidentes de mi rostro, incluidas las pecas, comprobando que no faltaba ninguno. Por supuesto, una vez hecha esa revisión, me bajaba los pantalones del pijama para acreditar que también el sexo, con sus

complementos, continuaba en su sitio.

Desde hace algún tiempo, mis hijos me reprochan que me deje sin afeitarse un trozo de la cara, el mismo que mi padre no veía. Al principio no daba crédito. Pero cuando le pregunté a mi mujer, confirmó mis sospechas. Tengo, pues, un punto ciego, el mismo que mi padre. Eso, por lo que respecta a la vista, pero no puedo ni imaginar cuántos puntos ciegos hay dentro de mi cabeza de los que ni siquiera soy consciente y que los otros tampoco ven. Quizá sería más propio señalar lo que vemos, que es, frente a lo invisible, la excepción.

Heridas infantiles

Nuestro profesor de ciencias naturales, cuando éramos pequeños, decía que la costra era un tapón que hacía la sangre sobre las heridas para que no nos quedáramos vacíos. Se trataba de un profesor muy truculento, muy dado a lo morboso. Le gustaba, creo, que sintiéramos miedo. Hablaba también con un entusiasmo absurdo de la hemofilia, que consistía en la incapacidad del cuerpo para taponar las heridas. En mi clase no había ningún hemofílico, lo que nos permitía jugar con las heridas sin problemas. No había día en el que no nos hiciéramos hermanos de sangre de alguien. Para ello, había que cortarse

previamente, por lo general en un dedo, con una cuchilla de afeitar. Ni a nuestros padres ni a nuestros profesores les parecían mal aquellos juegos. Tiempos raros aquellos. O éstos.

Ahora los niños no tienen costras en las rodillas. Ignoro cómo lo logran. Nosotros nos las arrancábamos con cierta crueldad para producir otra. El cuerpo humano, aseguraba nuestro profesor, tenía unos cinco litros de sangre. Yo llené un día de agua cinco botellas de litro, con el grifo abierto a tope, y comprendí que desangrarse llevaba su tiempo. Aparecía la costra antes de que hubieras perdido medio vaso. Una vez pregunté a mi profesor cómo conseguían morir los que se abrían las venas. Me proporcionó una explicación muy sugestiva.

—Porque se meten en la bañera — dijo—, con el agua caliente, para evitar la coagulación.

La imagen del suicida en la bañera me persiguió durante años, sobre todo

cuando pensé que podía tratarse también de una mujer. Me turbaba y me excitaba a la vez. Todos estos recuerdos me vienen a la mente cuando veo por la tele las noticias acerca de la pérdida de crudo provocada, en el fondo del mar, por la plataforma petrolera de BP. La hemorragia de petróleo se parece mucho a una pérdida de sangre en el interior de una bañera. Parece que los esfuerzos de los médicos (o de los ingenieros) por taponar la herida no dan, de momento, resultado alguno. ¡Lo bien que vendría ahí una costra como la que se formaba en nuestras rodillas! Cuando se acaba la noticia, cambio de canal en busca de otro donde continúen hablando de mi pasado.

Imágenes seductoras

Los niños, en Francia, juegan a no respirar. Aquí también, pero menos porque las modas llegan con retraso. La cosa es que cuando el cerebro se queda sin oxígeno, ataca al crío una especie de éxtasis, un placer que no proporciona ninguna droga: quizá el placer de encontrarse en la frontera misma de la muerte: un orgasmo seco, por entendernos. Como todo placer, tiene su mecánica, que algunos perfeccionan con la llamada técnica del «pañuelo», también conocida como el «sueño indio». Consiste en atarse un pañuelo alrededor del cuello de tal forma que interrumpa o disminuya el paso de la

sangre por la carótida. Los resultados son idénticos, pero más duraderos. A veces duran toda la vida, aunque quizá deberíamos decir toda la muerte, pues algunos de los practicantes fallecen.

En la antigüedad los niños venían de París. Más tarde, París exportó moda (y modas). En la última Pasarela Cibeles hubo un desfile de lencería femenina muy de cabaret vienés, pero también muy parisino, lo que quiere decir que la ciudad de la luz no ha perdido su vieja influencia entre nosotros. Llamaba, por cierto, la atención el modo de andar de las modelos: lo hacían como si estuvieran muertas. Y no me refiero a su delgadez ni a su masa muscular, sino a la expresión de su rostro, a los movimientos de su cuerpo. En el sector textil se identifica la elegancia con la defunción. Y algo de eso hay, puesto que se vieron muchos modelos de ropa interior de luto. Daban ganas de levantarse y quitarse el sombrero. Un amigo mío que ve muertos

(hoy los ve cualquiera, están a la orden del día) asegura que por el pasillo de su casa hay un desfile continuo de difuntas en paños menores. Caminan, dice, como las modelos de la Pasarela Cibeles o de cualquier otra demostración de este tipo, así que no molestan. Por lo visto, en la casa donde él vive residió hace años un diseñador de moda famoso, también muerto.

Pero hablábamos de los adolescentes franceses y de los juegos respiratorios en los que incurren para captar imágenes hipnagógicas, a cuya seducción es muy difícil escapar. El cerebro fabrica espontáneamente tales imágenes en los instantes inmediatamente anteriores o inmediatamente posteriores al despertar y tienen la calidad de una alucinación. Quiere decirse que son enormemente vívidas y que te dejan un sabor a realidad impresionante durante todo el día, a veces durante toda la vida. Algunos éxtasis religiosos no son sino visiones de

este tipo provocadas por una falta ocasional de oxígeno en el cerebro. Los americanos tienen, casi sin excepción, una bolsa de papel a mano para producirse una ligera asfixia en los momentos de tensión. Lo puede probar usted mismo en su casa, es muy sencillo. Si un día se siente acelerado, tápese la nariz y la boca con ambas manos y respire el anhídrido carbónico que expulsan sus pulmones. Al poco notará una paz semejante a la que produce el valium, pero sin sus efectos secundarios.

Hace años, murió ahorcado en su casa un ministro inglés aficionado a jugar con el cerebro de este modo. El hombre se había puesto unas medias negras con liguero, y me parece que un corsé, ahora no caigo. Luego se había subido a una silla y se había pasado un cordel, cuyo cabo pendía de la pared, alrededor del cuello. El juego consistía en masturbarse de tal modo que la eyaculación coincidiera con la pérdida de

oxígeno cerebral. Le fue tan bien que se murió mientras eyaculaba. El espectáculo, para quienes descubrieron el cadáver, fue sin embargo lamentable. No sabíamos que los ministros ingleses tenían esas aficiones (¿o sí?).

Al final, el juguete que más nos gusta es el cuerpo (el nuestro y el de los otros, claro). Mucha Play Station, mucha tele, mucho vídeo, mucho Internet, mucho lo que ustedes quieran, pero nada como tu propio cerebro, nada como tus propias manos, nada como tus propias papilas gustativas para pasar un rato inolvidable. Ahí tienen a los niños franceses. Dice la prensa que han muerto más de 25 críos jugando al «sueño indio». Los indios hablaban de la muerte como de una especie de ensueño y no hay mejor juguete que el ensueño, esa situación en la que uno está con un pie en el sueño y el otro en la vigilia (uno en la vida y otro en la muerte). No hay circunstancia más creativa, ni más integradora. Pero no se

da cuando nosotros la buscamos, sino cuando al cuerpo le da la gana. Hay quien la busca desesperadamente, sea por medios mecánicos o químicos. Lo difícil es acertar en la presión del pañuelo o en la cantidad de miligramos. En esto, como en casi todo, lo que mejor funciona es la homeopatía, o sea, veneno, sí, pero en porciones controlables.

Inseguridades

Apuraba tranquilamente el gin-tonic de media tarde, cuando en la mesa de al lado un individuo le dijo a otro que estaba muy contento, porque el médico, tras un chequeo, le había dicho que todo estaba en orden.

—El colesterol y la tensión también — preguntó el otro —, ¿todo?

—Todo, sí. Me dan ganas de irme a bailar.

Los dos habían superado con creces (qué rayos significará creces) la cincuentena y parecían hermanos. Tras unos segundos de silencio, el que parecía más joven continuó preguntando.

—¿Y el PSA está en orden?

—En orden. Además me he hecho una ecografía pélvica y la próstata tiene el tamaño de un tipo de cuarenta años. Por otra parte, y como hace ya siete años que he dejado de fumar, me ha dicho el médico que tengo los pulmones de un no fumador. Como si no hubiera fumado nunca.

—¿Te importa que encienda un cigarrillo? —preguntó el hermano aguafiestas.

—Tú verás, son tus pulmones, es tu vida. Tienes cuatro años menos que yo, todavía estás a tiempo de dejarlo sin pagar por ello.

La conversación comenzó a parecerme sobrecogedora. Había por debajo de lo que hablaban una fe ciega en la culpa y una fe ciega también en la suerte. La vida era una combinación de suerte y de fe. Si dejabas de fumar y tenías suerte, podías regresar al principio, reiniciarte como un ordenador. La suerte, por su parte, se atraía con

gestos de la voluntad.

El fumador dio un par de caladas, con la mirada perdida, como si buscara dentro de sí otro argumento para amargarle la tarde al hermano mayor.

—¿Te has hecho también una colonoscopia? —preguntó al fin.

—¿Una colonoscopia? No, ¿por qué?

—A partir de los cincuenta conviene.

Un vecino mío estaba bien de todo, excepto por unas formaciones musgosas que le salieron en el intestino, a la altura del colon. Duró dos meses, y no había fumado nunca.

—No hay modo de estar seguro de todo —respondió con expresión de derrota el mayor.

—Es lo que te quería decir —concluyó el fumador.

Ojo con la automedicación

Es conocido que sólo tomamos conciencia del cuerpo cuando nos duele algo. Carecemos de cabeza, por citar un órgano, hasta la aparición de la primera migraña (o de la primera idea obsesiva). Personalmente, prefiero que me duela algo. No que me duela mucho, se entiende, pero sí lo bastante como para que me resulte imposible olvidar que soy frágil, que tengo que morir, que la plenitud no es de este mundo (ni de ningún otro, que se sepa). Una pequeña dolencia crónica, no demasiado molesta, le obliga a uno a relativizar las cosas y lo mantiene atado a la tierra, al polvo (es decir, al cuerpo). Por alguna razón, yo

soy mejor persona cuando me duele algo que cuando no me duele nada (no descarto que estos ataques de bondad estén relacionados con las medicinas, sobre todo las que incluyen alguna porción de codeína, una sustancia que me inclina al bien).

En cualquier caso, tampoco es habitual que no duela nada. Un cuerpo estándar de hombre (1,75 de estatura y 70 kilos de peso) posee más complejidades que un rascacielos de doscientos metros. Los rascacielos disponen de un servicio de mantenimiento preparado para reparar en el acto cualquier desperfecto. Los cuerpos tienen la Seguridad Social, que no es tan solícita como los fontaneros o los albañiles de los hoteles de 400 habitaciones. De ahí la automedicación y, en general, la autoayuda. ¿Que hay una migraña en el último piso? Pues analgésico al canto (mejor con codeína). ¿Dolor en las lumbares? Ibuprofeno a toda pastilla (y perdón por la

redundancia). ¿Dificultades con el sexo? Viagra a granel. Y así, mal que bien, vamos tirando.

Con los países sucede algo parecido a lo que ocurre con los cuerpos: que no los notas hasta que no te duelen. Y España lleva una temporada que, con perdón de Unamuno, no deja de dar la lata. Que nos duela un poco no está mal, así somos conscientes de ella. Pero lo de los últimos tiempos, por unas cosas o por otras, es un sinvivir. El problema es que acudes a los médicos (o sea, a los políticos) y a la segunda frase adviertes que no tienen ni idea de nada (ni del diagnóstico ni de las soluciones), están tan desconcertados como uno. Lo malo es que la automedicación, en lo que se refiere a la patria, es verdaderamente peligrosa.

Orina e ideas

Sé que existe el hígado y que hay personas necesitadas de un transplante. Pero jamás se me habría ocurrido pensar que ahí había un nicho de mercado (me pone los pelos de punta esta expresión, «nicho de mercado»). Pues bien, el tráfico de órganos mueve ya cantidades notables de dinero. Eso significa que hay gente dispuesta a abrir clandestinamente un cuerpo, sacar de él una pieza y volver a cerrar. Luego ha de tener la sangre fría de guardar la víscera en una nevera portátil y llevarla de un lado a otro. Para todo eso hay que valer. Has de haber nacido con esa mirada capaz de detectar nichos de mercado. Del mismo modo que

el cuentista manipula la realidad para crear fábulas, el traficante la utiliza para hacer negocio.

¿Cómo no se nos había ocurrido antes que hay gente dispuesta a pagar un riñón por un hígado?

Los lugares en los que se lleva a cabo la entrega (voluntaria o no) de los órganos codiciados son un poco siniestros. Nada que ver con la asepsia del quirófano, ni con su luminosidad blanca. Estamos hablando de garajes sucios, de camarotes de barco, de trastiendas o sótanos de peluquerías. Dame un trozo de tu hígado, dame uno de tus pulmones, dame tu corazón... Dame tu vida. Con el progreso de las técnicas de transplante, el mercado negro se llenará de ojos, de testículos, de próstatas. Pero llegará un momento en que se podrá transplantar la vida. Dámela, dame tu vida.

Vi en la tele el caso de una señora que entró en el quirófano para una operación

ginecológica y le robaron un riñón. La señora comenzó a sentirse mal. Fue al médico, le hicieron una ecografía y se descubrió la ausencia de la pieza. La pobre tuvo que demostrar que tenía dos antes de operarse. Los transplantes salvan muchas vidas y están muy bien, pero nos ponen delante un espejo en cuyo reflejo no nos gustamos. No nos podemos gustar ni en calidad de donantes ni de receptores ni de especuladores. Hay algo ignominioso en el hecho de estar fabricados con piezas intercambiables. Uno sospecha que si se pudiera transplantar el pensamiento, salvo excepciones, el de cualquiera serviría para cualquiera. Quiere decirse que somos tan poco originales a la hora de producir orina como a la de generar ideas.

Propaganda gubernamental

«Este año, nadie con una pierna o un brazo más largo que el otro», rezaba el anuncio del periódico, añadiendo un número de teléfono y la dirección de una clínica. Llamé y me dieron hora para ese mismo día, por la tarde. Tuve que tomar dos autobuses y un metro, pues la clínica estaba en la otra punta de la ciudad. Durante el recorrido comprobé asombrado que había mucha gente con brazos y piernas desiguales, de lo que nunca antes me había dado cuenta. Yo tenía las piernas más o menos simétricas, pero el brazo derecho me llegaba casi al suelo, mientras que el izquierdo apenas medía diez centímetros.

Había una sala de espera donde me invitaron a entrar en compañía de otros pacientes. Cogí, por entretenerme, una revista cuyas páginas impares eran notablemente más anchas que las pares. Se trataba de una publicación para personas que padecían mi problema. Había otras que tenían las páginas pares más anchas que las impares, para quienes padecían del problema contrario. Al cabo de un rato una señorita con el seno izquierdo más desarrollado que el derecho me acompañó hasta una consulta donde había un médico con un ojo más desarrollado que el otro.

—Siéntese —dijo—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tengo el brazo derecho más largo que el izquierdo —señalé, aunque era evidente.

—A ver, póngase de pie, por favor.

Me puse de pie, dejando colgar mi brazo derecho a lo largo del cuerpo mientras el izquierdo se quedaba arriba, balanceándose, como el badajo de una

campana. El médico, o lo que fuera, estuvo observándome un buen rato al cabo del cual dijo que él me veía bien.

—Eso es porque usted tiene el ojo derecho más grande que el izquierdo —aventuré yo.

—Entonces pida hora en recepción para que le atienda un médico con el ojo derecho más pequeño que el izquierdo —dijo.

—Bastaría con que tuviera los dos ojos iguales —me atreví a señalar.

El médico hizo una seña a la enfermera y ésta me acompañó a la salida con gesto de disgusto. En recepción pedí el libro de reclamaciones y me puse a describir minuciosamente en él la escena que acababa de vivir. Como soy diestro y ya he dicho que mi brazo derecho es muy largo, escribía a mucha distancia del libro. En esto, observé que una joven me miraba con escepticismo a través del ojo derecho y con lástima a través del ojo izquierdo.

—¿Por qué me mira usted con escepticismo con el ojo derecho y con lástima con el izquierdo?

—Porque tengo un ojo escéptico y otro piadoso. He venido para que me pongan los dos igual.

—Yo también había venido a que me pusieran los dos brazos igual — dije—, pero mire lo que me ha ocurrido.

—La propaganda gubernamental es asquerosa —dijo ella con rabia al tiempo que se levantaba disponiéndose a salir a la calle.

Una vez en la calle, la invité a un café y me dijo que por el lado derecho le apetecía, pero por el lado izquierdo no. Le sugerí que se lo tomara por el lado derecho y aceptó, aunque tuvo que hacer mil equilibrios para que no pasara ni una gota al lado izquierdo. Me explicó que era azafata de vuelo los lunes, miércoles y viernes y azafata de tierra los martes, jueves y sábados. Tuve suerte porque era jueves. Si hubiera sido miércoles o

viernes no habríamos coincidido. Mientras tomábamos café, discutimos acerca de las disimetrías físicas y psicológicas. Según ella, eran más difíciles desobrellevar las segundas.

—Dices eso porque no sabes lo que es tener un brazo más largo que otro

—señalé con expresión de dolor físico.

—Y tú no sabes lo que es amar a una persona con un costado y detestarla con el otro —respondió ella con gesto de dolor psicológico.

Como la mujer empezaba a gustarme mucho, estuve de acuerdo en que su situación era más complicada que la mía. Le propuse entonces que fuéramos a mi apartamento, pero ella prefirió que fuéramos al suyo.

—Vivo con mi madre —dijo—, pero está en coma y no se mete con nadie, así que por un lado es desagradable, pero por otro agradable.

Fuimos a su apartamento, donde ella se quedó dormida y yo despierto. Por

hacer algo, puse la tele, donde en ese instante anunciaban una campaña de erradicación de las disimetrías psicológicas. Daban el número de teléfono y la dirección de la clínica donde había estado esa tarde. Propaganda gubernamental, me dije rascándome el oído izquierdo con la manita de ese lado.

Remordimientos de conciencia

Me levanto de la cama con un pinchazo en la garganta. No es lo suficientemente grave como para acudir al médico ni tan leve como para no tomar alguna decisión. Se trata de un pinchazo fronterizo. Si evoluciona hacia allá, acabaré con fiebre; si hacia acá, mañana estaré como nuevo. Acudo a una comida de trabajo. Mientras mi interlocutor habla de nuevos proyectos, yo me meto en la boca bolitas de miga de pan de diversos tamaños, para tomar nota del daño que me producen al atravesar la garganta y evaluar la situación. A los

postres, voy al servicio, me coloco frente al espejo, y abro la boca, para observarme la faringe. Pero la luz es muy mala. Al regresar a la mesa, la persona con la que comparto mantel me pregunta si me sucede algo.

—¿Por qué? —digo yo—, ¿me ves mala cara?

—Es que no has atendido a nada de lo que te he dicho.

De vuelta a casa, entro en una farmacia y compro unas pastillas que venden sin receta y que no sirven para nada. Sé que no sirven para nada porque ya he incurrido en ellas en otras ocasiones. La garganta es uno de mis puntos débiles. A veces sueño que se me cierra y no puedo respirar. He mirado en Internet cómo se hace una traqueotomía en plan doméstico, por si acaso. Tengo un cuchillo de cocina permanentemente desinfectado, para cuando llegue la ocasión. Ya que estoy en la farmacia, me peso. He cogido tres kilos. Lo sabía,

pero no me había atrevido a afrontarlo. Mal asunto, cada día me cuesta más adelgazar. Descubro también un aparato para medir la tensión, pero paso de la tensión. Bastante tengo con el sobrepeso y la garganta.

Llego a casa y compruebo que el cuchillo de la traqueotomía se encuentra en condiciones. Me como una manzana a mordiscos y noto que entra bien. Los trozos de la fruta, muy duros, no me producen daño alguno. Qué raro. Estoy acostumbrado a que los síntomas aparezcan de golpe, no a que se esfumen de repente. Menos mal que no he ido al médico, me digo. Abro el ordenador con idea de trabajar un poco, pero ¿por qué no celebrar que me encuentro bien? Dicho y hecho. Cierro el ordenador y dedico la tarde a ver capítulos antiguos de *La sala oeste de la Casa Blanca*. Por la noche, al remorderme la conciencia, vuelvo a notar un pinchazo en la garganta.

Un hombre feo

Su familia consiguió ocultarle que era feo hasta los once años. A esa edad escuchó una conversación entre dos niñas que hablaban de él como de un ser monstruoso. Una de ellas añadió que la cara era el reflejo del alma. Esa noche se observó detenidamente en el espejo del cuarto de baño y comprendió que las miradas que hasta entonces le habían dirigido los demás no eran de admiración, sino de espanto. Desde entonces adquirió la costumbre de pasar horas frente al espejo, intentando moldear sus rasgos con la yema de los dedos, como si su rostro estuviera hecho de arcilla. Cuando lograba una expresión

que consideraba agradable, intentaba mantenerla forzando los músculos de esa zona. Con el tiempo llegó a controlarlos todos, hasta el punto de que sobre el rostro original fue construyendo poco a poco una careta natural. Al elevar los extremos de las cejas, logró atenuar la apariencia de mezquindad de la mirada, que adquirió una expresión despierta, admirativa, frente al gesto de desolación anterior. Consiguió también, con un leve estiramiento de los músculos que soportaban los párpados inferiores, obtener la apariencia de unos ojos risueños, incluso chispeantes. La zona más fácil de modificar fue la de las fosas nasales, pues bastaba abrirlas hasta el límite para transmitir una impresión de franqueza que agradaba al interlocutor. En cuanto a la boca, logró corregir la dirección de las comisuras, tristemente inclinadas hacia abajo, y evitar que el labio superior cabalgara sobre el inferior, lo que provocaba una extraña sensación

de monotonía idiota.

Todo esto, por lo que se refiere a los grandes trazos, a las líneas estructurales, aunque su dominio de los músculos faciales llegaría a ser tal que llenó de matices los pómulos, las mejillas, la frente... Con el tiempo, logró incluso aproximar las orejas al cráneo, eliminando aquel defecto por el que algunos compañeros le llamaban Dumbo.

El proceso de transformación completo duró siete años, lo que permitió a su familia acostumbrarse sin sobresaltos al nuevo rostro. Llegó a los diecisiete convertido en un joven atractivo. Por si fuera poco, la fealdad invisible que latía en el fondo de aquella fisonomía generaba en el rostro una tensión excitante. Durante aquellos años de construcción de su nueva personalidad se encerraba dos o tres veces al día en el cuarto de baño y, para descansar, abandonaba todos los músculos faciales a la posición original.

Entonces, cuando su rostro se derrumbaba como un edificio dinamitado, hasta él mismo se espantaba del individuo que le miraba con expresión idiota desde el otro lado. Con el tiempo los periodos de descanso se redujeron, tanto en cantidad de sesiones como en la duración de éstas, pero de vez en cuando, por puro agotamiento, necesitaba abandonarse a su condición original, que era más horrible a medida que se hacía mayor. Estas caídas coincidían por lo general con épocas de tristeza, de depresión, con fracasos laborales o amorosos. Cuando algo le salía mal, en fin, se encerraba en una habitación cualquiera, o se metía en un ascensor, y dejaba que el hombre feo se abriera paso entre las facciones del hombre atractivo. Por fortuna, nunca tuvo la tentación de abandonarse a la fealdad de forma concluyente. Siempre funcionó en él una suerte de instinto de conservación que le empujaba a

perseverar en el fingimiento, en la máscara.

Se casó a los treinta años y durante algún tiempo se negó a tener hijos.

No soportaba la idea de que se parecieran a él, quedando así condenado a ver fuera, durante el resto de su vida, lo que había logrado reprimir dentro. Finalmente, las presiones de su mujer y un aumento temporal de la autoestima provocado por un ascenso en el trabajo, le obligaron a ceder. El niño nació bien, pues resultó ser casi idéntico a la madre, pero la tensión nerviosa que supusieron los nueve meses de embarazo (una eternidad), así como los días previos al nacimiento y el mismo parto, fue tal que empezó a necesitar más periodos de descanso y más largos, cada día más largos. Si el niño era guapo, pensó, quizá él podía por fin resignarse a ser feo. Fuera lo que fuera, lo cierto es que dejó de extremar las precauciones.

Ahora no siempre se encerraba en el

cuarto de baño para regresar a su condición original, que tenía, curiosamente, algo de regreso a casa. A veces, en la oscuridad del cine, con su mujer al lado, dejaba los músculos en reposo y se convertía, en medio de las sombras, en el monstruo que en realidad era. En otras ocasiones fingía un estornudo para taparse la cara durante unos segundos en los que aparecía el otro detrás de sus dos manos. Tampoco era raro que cuando caminaba solo por barrios alejados del suyo se abandonara a su condición natural sin importarle el gesto de espanto con el que era observado por los transeúntes.

Un día, en uno de estos paseos, se cruzó casualmente con su mujer, que se detuvo extrañada ante aquella aparición que evocaba en ella algo inconsciente. Aquel hombre horrible llevaba las ropas con las que su marido había salido de casa esa misma mañana. Además, era corporalmente idéntico a él, se movía

como él y quizá tuviera la misma voz que él, así que, para comprobarlo, le preguntó la hora. El hombre feo miró su reloj (idéntico también al de su marido) y se la dio con una voz extraña, como si la estuviera forzando, antes de continuar su camino.

Esa noche, cuando marido y mujer se encontraron en casa, hubo entre ellos una tensión especial. Dieron, como era su costumbre, de cenar al niño y lo bañaron entre los dos y lo metieron en su cuna. Mientras realizaban estos ritos, ella intentó mantener a su esposo alejado del bebé, de lo que él se dio cuenta. Finalmente, cuando el niño se durmió, cenaron ellos. Luego se sentaron a ver la televisión. Ponían una película de miedo. En uno de los descansos, la mujer se volvió y le dijo:

—Dime una cosa y nunca más volveremos a hablar sobre el asunto: ¿tú eres él?

—Sí —respondió el hombre feo.

En ese instante salió de la pantalla de la televisión un grito, el grito de la protagonista de la película de miedo. Nunca supieron si había gritado por lo que sucedía dentro de la película o fuera de ella.

Vísperas de la boda

Estaba tomándome el gin-tonic de media tarde cuando en la mesa de al lado un hombre le preguntó a una mujer si era capaz de imaginarse una libélula gorda.

—Pero gorda gorda —añadió—, como tu madre.

—¿Estás comparando a mi madre con una libélula? —preguntó la mujer.

—Si hubiera libélulas gordas —dijo él—, estoy seguro de que se parecerían a tu madre.

—Pero ¿qué tiene mi madre de libélula?

—No sé, la expresión de la cara, los movimientos de las piernas... Además, cuando riega las plantas, se acerca y se

aleja de ellas con movimientos semejantes.

La mujer cortó un trozo de su tortita, que untó con nata, y se lo llevó a la boca pensativa, como tratando de decidir si el hombre trataba de piropear o de insultar a su progenitora. Por fin, pasados unos segundos, preguntó:

—¿Te imaginas un hipopótamo delgado?

—¿Cómo de delgado?

—Pues que se le notaran las costillas.

—No es fácil, pero sí.

—Pues si hubiera hipopótamos delgados serían igual que tu madre.

Aunque me pareció advertir en las palabras de la mujer una intención ofensiva, lo cierto es que el hombre no se dio por enterado.

—A mi madre —se limitó a señalar— no se le notan las costillas.

—Pero actúa como un hipopótamo.

La ves avanzar en toda su delgadez por el pasillo y te dices: ahí viene un hipopótamo famélico.

Yo di un sorbo a mi gin-tonic e imaginé una escena de documental de La 2 en la que una libélula gorda se posaba sobre el cuerpo de un hipopótamo delgado. Parecía una escena surreal, un regalo onírico. Mientras me perdía en estas ensoñaciones potenciadas por el alcohol, la pareja se hundió en un silencio hosco que rompió ella preguntando si invitaban o no invitaban a su boda al «ministro». «Vale», dijo él, y eso fue todo.

Una erección inesperada

En la mesa de al lado, a la hora del gin- tonic de media tarde, dos hombres jóvenes apuraban sendos whiskys con expresión de circunstancias. Iban trajeados y daban la impresión de esperar a alguien, quizá a sus esposas, para acudir al teatro, por ejemplo. Uno de ellos llevaba la cabeza afeitada, lo que me hizo pensar que era policía. El otro llevaba un bigote- felpudo, de los que cubren todo el labio superior. Pensé que podría ser juez. Di un primer sorbo al gin- tonic y comprendí que era perfecto. Me habían servido, podríamos decir, un gin- tonic platónico, de los que no se encuentran en el mundo de las cosas.

Desplegué el periódico y fingí interesarme en su lectura mientras en realidad atendía a la conversación de los dos hombres de la mesa de al lado.

—Bueno, ¿qué eso tan importante que me tenías que contar? —dijo al fin el del bigote-felpudo.

—Me separo de Luisa —dijo el de la cabeza afeitada—, ella todavía no lo sabe, pero yo ya he tomado la decisión.

Hubo un silencio. Luego se escuchó el pitido de la cafetera, al otro lado de la barra, y a continuación habló de nuevo el del bigote:

—¿Y se puede saber por qué?

—Es que te va a parecer una tontería.

—Pues suéltala ya, que están a punto de venir —dijo el del bigote echando un vistazo al reloj.

—La historia —expuso entonces el de la cabeza afeitada— es que nopuedo soportar que tenga intestinos.

—¿Que no soportas que tenga intestinos? —repitió, en forma de

pregunta, el que parecía juez.

—En realidad no soporto que tenga aparato digestivo —añadió el policía.

—¿Y eso? —preguntó el juez.

—No sé, las vísceras, en general, me dan asco, me parecen groseras —respondió el policía.

—Pero todos tenemos vísceras —arguyó el juez.

—De acuerdo, pero que todos seamos unos cabrones no significa que la cabronería tenga que parecerme bien —discrepó el policía.

—No es lo mismo —dijo el juez.

—Para mí, sí —concluyó el policía.

Volvieron a hundirse en un silencio tenso (los silencios, en este tipo de relatos, siempre son tensos). Yo pasé la página del periódico fingiendo estar muy concentrado en su lectura. En México, leí, las autoridades carcelarias dejaban salir a los criminales para matar y luego ellos mismos volvían dócilmente a la prisión. Había también una noticia sobre Cuba

ilustrada por una fotografía de Fidel Castro. Pensé en los intestinos de Fidel, y en los de Raúl, su hermano. Todo el mundo tiene intestinos, pero no pensamos en ello, no vamos por la vida imaginando cómo serán las entrañas del camarero que nos sirve el gin-tonic, ni las del funcionario de Hacienda que nos atiende desde el otro lado de la ventanilla, ni las del carnicero que nos despacha medio kilo de filetes.

En esto, una de las camareras salió de la barra y se dirigió a mi mesa con un platillo de almendras fritas. Era alta y delgada, y tenía cara de ángel. La vi avanzar, poderosa, en dirección a mí y desvié la mirada hacia su vientre, tratando de imaginar su paquete intestinal. No sé si fue por el gin-tonic, que estaba muy cargado, pero el caso es que tuve una visión fugaz de sus vísceras, que se movían dulcemente de un lado para otro al compás de sus piernas. Me pareció excitante. Fingí que

le daba las gracias por las almendras, pero en realidad se las daba por su aparato digestivo. No había visto nada igual en la vida.

Entre tanto, la conversación del supuesto juez y del supuesto policía había derivado hacia las ventajas y las desventajas de tener mucosidades.

—Un cuerpo sin mucosidades — decía ahora el juez— será muy limpio y todo lo que tú quieras, pero no es un cuerpo real. Las mucosidades forman parte de nuestra naturaleza.

—Pues yo te daba a ti todas mis mucosidades —contestaba el policía—, y toda mi saliva. Detesto la saliva.

Entonces entraron en la cafetería dos mujeres jóvenes que resultaron ser las parejas del juez y el policía. Eran muy bellas, cada una con sus intestinos y con sus mucosidades. Pedí otro gin-tonic platónico, que me sirvió la camarera alta, y me acomodé detrás del periódico para continuar escuchando la conversación.

Pero se fueron enseguida, quizá al teatro,
y yo me quedé pensando en las vísceras
de las mujeres, lo que me provocó una
erección inesperada.

El cordón

El cordón umbilical es la frontera entre el cuerpo de la madre y el del niño. Al cortarlo, el pequeño es arrojado a una realidad hostil, como cuando los peces salieron del agua, en la prehistoria, obligados a respirar en un medio que no era el suyo con un par de globos rudimentarios alojados dentro del pecho y denominados pulmones. En algunas culturas se conserva, momificado, ese cordón, en homenaje al continente al que estuvimos unidos antes de convertirnos en un territorio autónomo, en una isla. La mayoría de la gente sobrevive con mejor o peor fortuna a ese corte que convierte al cuerpo materno en otro respecto al

nuestro, pero lo primero que hacemos al nacer es explorar sus accidentes, del mismo modo que más tarde, en el colegio, estudiamos los cabos y los golfos y las penínsulas. Las manos, los pies, los ojos, la nariz, las piernas, los tobillos, la caja pectoral, todo eso, no somos nosotros, sino el terreno en el que habrá de transcurrir nuestra vida. Antes del cuerpo no existíamos; después, probablemente, tampoco, y sin embargo él no somos nosotros, al menos no exactamente. El cuerpo, en fin, es la primera patria.

Por eso hay tanta gente nacionalista de sí misma. Del mismo modo que hay gente orgullosa de haber nacido en Nueva York o en Cuenca, convirtiendo ese suceso casual en algo trascendente, hay personas que consideran que sus cinco dedos y sus treinta y dos pestañas tienen unas esencias tan deseables que todo el mundo intentará arrebatárselas a la menor oportunidad. Escuchen ustedes

hablar a algunos escritores pagados de sí mismos, a algunas actrices, a muchos idiotas anónimos. Hablan de sí como un patriota de su lugar de nacimiento, e insultan a todos los que les rodean porque una de las características del patriota es la paranoia: si alguien no les persigue, no son nadie.

A esta gente le vendría bien conservar el cordón umbilical, para asomarse a él de vez en cuando, como a un caleidoscopio, y ver que viene del mismo sitio que aquellos a quienes ofende. A través de ese túnel del tiempo, uno podría comprobar que al final todos estamos emparentados. Pero la herida representada por el ombligo parece que resulta excesiva. No todos se acostumbran a llevarla como lo que es: como una cicatriz evocadora de una pérdida necesaria. Por eso la tapan con palabras mayúsculas como Patria, Dios, Religión, Honor, Orgullo...

Me pregunto qué pensará el médico

cuando arroja el cordón umbilical a la basura. La pérdida de ese trozo de carne en apariencia inútil nos vuelve locos cuando somos adultos. Si el médico supiera que el resto de la vida no hacemos otra cosa que sustituir ese tubo, quizá lo tratara con más delicadeza. No estaría mal que lo conserváramos para saber a quién permanecemos unidos antes de nacer y de quién estamos separados una vez lanzados al vacío. Para no ser tan patriotas.

Preguntas

Asegura mi médico que es un milagro que la oreja sea oreja todos los días. O que la nariz sea nariz, y así sucesivamente. No es que quiera decir que lo normal es que la oreja sea un día patata y otro zanahoria, sino que para mantener esa rutina orgánica es preciso un mecanismo cuya complejidad es lo que nos hace a usted y a mí prácticamente incomprensibles. Y lleva razón mi médico. Personalmente, me parece asombroso que la Luna salga todas las noches, y que los astros funcionen con la precisión de un reloj suizo. Lo normal es que cada día giraran a una velocidad diferente, incluso que

algunos días no giraran. Y que los asteroides chocaran unos con otros todo el rato, como los automóviles en la operación retorno. Pero ahí los tienen ustedes, repitiendo cada hora lo mismo, con una exactitud que no sabemos a qué se debe ni cuánto tiempo más piensa durar.

Nuestro cuerpo es como una maqueta del universo. Para que nos levantemos de la cama y cojamos el autobús y hagamos, en fin, las tonterías que solemos hacer en el despacho, tienen que ponerse en funcionamiento millones y millones de recursos y células cuya mecánica ignoramos. Lo más probable es que si la biología no mantuviera una presión constante sobre el pie, éste amanecería convertido unas veces en nabo y otras en remolacha. Tiene que ser muy costoso que se mantenga con sus cinco dedos y sus uñas, siempre idéntico a sí mismo. Los juanetes son una tontería. Lo verdaderamente milagroso es que no sea

todo juanete. O todo callo.

Sería fantástico poder trasladar este equilibrio orgánico a la psicología. Que cada día nos levantáramos con el mismo estado de ánimo, quiero decir. Si todas las semanas tenemos el mismo número de dientes en la boca, y el mismo número de lenguas y de papilas gustativas, ¿sería mucho pedir que, una vez alcanzado un carácter aceptable, nos despertáramos todos los días con él? ¿Por qué unas mañanas estamos tristes y otras alegres? ¿Por qué hay jornadas en las que no saldríamos de la cama, mientras que otras estamos deseando que amanezca para ponernos a trabajar? ¿Por qué, en lo psíquico, la oreja no es siempre oreja ni el párpado párpado cada día? ¿Por qué somos una catástrofe psicológica, mientras que desde el punto de vista físico mostramos una estabilidad envidiable?

Es más, puestos a elegir, yo preferiría que la estabilidad de mis órganos se

trasladara a mi modo de ser, aun al precio de que el hígado fuera unos días hígado y otros una planta carnívora, o los riñones amanecieran convertidos en roca los lunes, miércoles y viernes. Por cierto, ¿por qué los jueves siempre son jueves? ¿Qué clase de glándula les proporciona esa increíble estabilidad? ¿Cómo es posible que ningún jueves, que yo sepa, haya amanecido lunes o ningún marzo abril? ¿Por qué usted no es yo algunos días? ¿Por qué yo soy incapaz de amanecer usted? Todo son preguntas.

El miedo a la dicha

 Mi madre estaba todo el día de un humor de perros que achacaba a esto o a lo otro, cuando lo cierto es que la única razón de su estado era el mal humor mismo, no sé si me explico. Con los años, he comprendido que uno hace primero las cosas porque sí, porque se lo pide el cuerpo, y luego las justifica para proporcionar y proporcionarse la impresión de que dirigimos nuestras vidas. Uno no quiere, por ejemplo, ser secretario general de la OTAN por coherencia con sus ideas. Uno quiere ser eso porque le gusta el uniforme o encuentra placer en bombardear, y más tarde se fabrica un discurso humanitario

para aparentar que han sido las ideas las que le han arrastrado al generalato y no al revés.

Mi madre tenía muchos motivos para ser desgraciada, pero nada le ponía de tan mal humor como las buenas noticias. Frente a las buenas noticias se desesperaba porque le quitaban momentáneamente los motivos para la desdicha. No obstante, su capacidad de reacción era enorme. A las dos horas de que le tocara la lotería o de que mi padre le comunicara que acababan de subirle el sueldo, ella encontraba alguna razón de peso para hundirse en la miseria. No recuerdo haberla visto feliz durante más de media hora seguida. Treinta minutos era lo máximo que podía resistir en brazos de la dicha. A partir del segundo siguiente ocurría indefectiblemente una desgracia real o imaginaria que le hacía regresar a cien por hora a su mal humor habitual. Yo creo que era muy supersticiosa y que

estaba convencida de que la felicidad producía cáncer.

—¿Te acuerdas de ese primo de tu padre que estaba siempre tan contento? —te preguntaba de repente al entrar en casa.

—¿El que aprobó las oposiciones a Correos la semana pasada? —respondías temiéndote lo peor.

—El mismo. Pues le ha dado una trombosis y está parálítico de medio lado.

Con lo cual crecí con un pánico enorme al buen humor. El buen humor, en mi caso, ha sido una conquista moral lograda en contra de las convicciones más profundas de mi madre. Todavía no sé cómo lo he conseguido sin padecer un infarto cerebral o una úlcera de estómago. En cualquier caso, a veces todavía me da culpa sentirme bien, por lo que procuro disimularlo para no atraer desgracias innecesarias.

Lo malo, no obstante, del mal carácter de mi madre es que cuando sucedía una

desgracia de verdad no sabía la pobre cómo comportarse para que nos creyéramos que estaba realmente afectada. Entonces se reía, aunque intentaba hacerlo con una risa histérica, como la que había visto en las películas. O sea, que el día que entraba yo en casa y veía a mi madre riéndose, me echaba a temblar porque eso significaba que se había muerto alguien o nos habíamos arruinado definitivamente. Y todavía hay gente que me pregunta por qué me hice escritor.

Discurso del método

Estos días tengo ardor de estómago y he perdido las gafas. Procuero llevarlo con resignación. Soy muy metódico para todo, incluso para el sufrimiento. Por eso es doblemente incomprensible lo de las gafas: siempre las coloco en el mismo sitio cuando me desprendo de ellas, para no andar buscándolas desesperadamente por toda la casa. Si no cabalgan sobre mis narices, sólo pueden encontrarse en el lavabo o sobre la mesilla de noche. Pues bien, ayer las busqué, aunque sin éxito, en estos lugares alternativos.

No sé qué ha podido pasar; así que después de 24 horas intentando averiguar qué ha sido de ellas, sólo se me

ocurren cosas fantásticas para explicar su fuga. Es lo que tenemos la gente muy meticulosa, que cuando falla el método, no nos queda más remedio que acudir a lo sobrenatural. De hecho, he rezado siete padrenuestros seguidos, que es lo que hacía mi madre cuando perdía el dedal, y he encontrado siete dedales, en efecto, peroni rastro de las gafas. Dios mío.

Al no ver bien, se me ha disparado el fuego gástrico, que es típico de las situaciones de cólera. Generalmente, procuro no irritarme porque la ira es muy difícil de sistematizar y luego produce efectos indeseables sobre el organismo. Aunque yo, en estas situaciones, siempre busco consuelo en la idea de que el cuerpo es un sistema y como tal se mueve a golpe de método. No siempre es así, ya lo sabemos, de ahí las enfermedades en general, y las neuralgias, que no parecen obedecer a una pauta. Excepto con mi madre, a quien le dolía la cabeza cuando iba a

llover. A mí me ataca la punzada sin acompañamientos atmosféricos. Lo más que he conseguido es golpearme en la frente cuando hay tormenta, pero no es lo mismo decir va a llover porque me duele la cabeza, que me golpeo en la cabeza porque llueve.

O sea, que a mi madre, que no tenía método alguno para nada, le iban las cosas mejor que a mí. Sólo perdía los dedales, que se los encontraba san Antonio, y no sabía lo que era un dolor de estómago. En cuanto a las neuralgias, ya hemos visto que eran propiamente fenómenos atmosféricos. No nos parecemos en nada.

Los pies

Mi madre hablaba de los pies como si no le pertenecieran. Iba al podólogo con la misma actitud con la que llevaba la plancha al electricista cuando se le fundían los circuitos. Por las noches, solía descalzarse y meterlos en una palangana de agua caliente, donde parecían dos peces abisales, dos bichos raros, dos monstruos incomprensibles, sin ojos ni boca ni nariz: personalmente, había oído hablar de animales de esa naturaleza, pero no vivían pegados al cuerpo de las personas, sino en las grutas húmedas en las que hibernaban los murciélagos. Un médico le aconsejó que se extirpara el dedo pequeño, donde le salía un bulto

exagerado con nombre propio, Juanete (igual que un primo mío), pero ella hablaba de ello como de hacer una reforma en el cuarto de baño.

Me acostumbré, pues, a contemplar los pies como verdaderos enemigos. Por las noches ni me quitaba los calcetines para no verlos. No tengo unos pies agraciados, la verdad: cada uno de sus dedos parece un anciano decrepito. Por mi gusto, me los rebanaría todos, pero me ha dicho el callista que sin dedos prácticamente no se puede andar. Son más importantes de lo que parecen, pese a su aspecto. Si he de decir la verdad, los calcetines servían también para mitigar el miedo a que por la noche se desenroscaran de los tobillos marchándose con la música a otra parte. Eran, en fin, un elemento de sujeción, una venda que mantenía unidas entre sí dos cosas de distinta naturaleza. Todavía hoy, a pesar de los años que llevo conviviendo con mis pies, sigo pensando

en ellos como en un par de prótesis que me pusieron al nacer. Y los llevo al podólogo con la misma actitud que mi madre. Por mi gusto, entraría en la consulta con ellos debajo del brazo, envueltos en papel de periódico, pero no es costumbre.

En cualquier caso, no puedo evitar otorgarles una autonomía fantástica de la que desde luego carecen. Por eso, cada mañana, al ponerme los zapatos, miro en su interior, por si por la noche se hubieran colado unos pies que no me pertenecen. En la mili, todo el mundo me observaba introducir en la bota un palo largo antes de ponérmela. No lo hacía con la mano por miedo también a que hubiera un pie especialmente agresivo, de sargento, que me dejara manco. A primera vista no tienen boca, pero nunca se sabe. Cuanto más inofensivos parecen los animales, más sofisticadas son sus armas. En fin.

Una vez, en un museo de los horrores

de los Hermanos de San Juan de Dios, vi una colección de pies deformes, hechos en escayola y me quedé espantado de las formas que pueden llegar a adquirir para atemorizar al público. Dicen que por dentro no tienen más que huesos, pero yo no me fío. Unos bichos tan complejos han de estar rellenos de glándulas, vesículas y porquerías así. Fíjese usted en los suyos esta noche y verá cómo llevamos razón mi madre y yo. De nada.

El origen de la vida

Se van acumulando poco a poco indicios de que el origen de la vida es extraterrestre. Ya lo sabíamos, pero las pruebas recién aportadas por Jeffrey Bada en la reunión de la Asociación Americana para el Avance de las Ciencias han dejado a más de uno un poco estupefacto.

Digo que ya lo sabíamos porque si fuéramos de este planeta no nos sentiríamos tan extranjeros en él. La verdad es que nunca nos hemos encontrado a gusto aquí; es cierto que nos maravillan los amaneceres africanos y las puestas de sol sobre el mar de Grecia, y que nos quedamos con la boca

abierta frente a excesos como las cataratas del Niágara, pero también es verdad que hay un momento de la tarde, cuando el sol está a punto de caer, pero no cae, en que sentimos en el pecho una opresión algo angustiosa. Y también que al mirar algunas montañas, vemos planear sobre ellas la sombra de un pensamiento oscuro, de una amenaza. Nos gusta el mundo, en fin, porque está lleno de cosas raras, como las piedras y los árboles y los océanos, pero nunca nos hemos encontrado en él como en casa.

Además de eso, la confirmación de que procedemos de algún remoto lugar de este o de otro universo, no se sabe, plantea también algunas cuestiones sobre el cuerpo. Con el cuerpo pasa lo mismo que con el mundo, que, aun pareciéndonos admirable, no acabamos de encontrarnos a gusto en él. Es como un traje que nos viene demasiado grande o demasiado pequeño, según. Y es que el

cuerpo, seguramente, tuvimos que adquirirlo al llegar a la Tierra, porque es que aquí no se puede vivir sin cuerpo. Pero no nos gusta, la verdad; además produce muchos sinsabores. O sea, que a lo mejor lo del alma no es un invento, sino el recuerdo de lo que fuimos en ese otro mundo del que procedemos y al que anhelamos volver.

Desde que leí la noticia, me duermo pensando en ese lugar mítico en el que vivíamos sin cuerpo y sin las servidumbres a que nos somete, pero me hago cargo de que en este planeta sin cuerpo no vas a ningún sitio: lo importante es saber que se trata de una prótesis.

Lo real

Una chica estadounidense se tomó por juego una Viagra y tuvo una erección fantasmal. Pese a que los médicos han advertido que cuando el miembro permanece en tensión más de cuatro horas seguidas hay que acudir a un servicio de urgencias para evitar daños irreparables en el tejido de la uretra, la joven no fue al hospital hasta el tercer día, presa ya de unos dolores insoportables en el pene hipotético aparecido tras la ingestión de la pastilla eréctil. Dado que los facultativos no sabían cómo detener aquella erección inexistente, pasaron todavía unas horas preciosas antes de que al jefe de urología

se le ocurriera proponer a la chica una eyaculación fantasmal para acabar con aquel caso de priapismo extravagante.

Los padres, que eran mormones, se opusieron a que la joven se masturbara, pues además de no estar de acuerdo con el onanismo en general, les parecía que éste podría ser más condenable si se practicaba con un miembro ilusorio. Un médico muy culto que había ese día de guardia intentó explicarles que el miembro masculino objeto de la masturbación es siempre imaginario, aun cuando se pueda tocar. Pero no hubo forma de sacar a los padres de sus trece y el hospital tuvo que conseguir una autorización del juez para proceder a la descarga imaginaria, en el caso de que haya alguna que no lo sea, cesando de inmediato los dolores de la joven y desapareciendo al instante el miembro falso, si hay alguno verdadero.

La noticia es que han congelado el semen quimérico obtenido de la

eyaculación irreal y ahora pretenden fecundar con él un óvulo aparente para obtener un embrión fantasma. Si los fundamentos teóricos no fallan, podrían conseguir un individuo invisible. A mí, personalmente, me parece que eso no tiene ningún mérito. Lo novedoso a estas alturas sería fecundar a alguien real.

Vacunas

Vi por la tele a un funcionario del Ministerio de Sanidad que dijo que iban a dejar de subvencionar los placebos porque en estos momentos de ajuste económico lo sensato era gastar el dinero en medicamentos farmacológicamente activos. El mismo día oí en la radio que había empezado la campaña de vacunación contra la gripe, en la que el Estado invierte cientos de millones para prevenir una enfermedad que, como todos sabemos, es una enfermedad del alma, lo mismo que el catarro. O sea, que si estás triste, te ataca, con vacuna o sin ella.

Yo, modestamente, creo que todo esto

es un error. Por un lado, dejamos de gastar dos duros en pastillitas baratas e inocuas, que a los neuróticos y a los pensionistas nos quitan las migrañas o nos ayudan a conciliar el sueño, sólo porque nos las recetan con un poco de cariño, y por otro, invertimos cientos de millones en miles de vacunas que te las ponen con la frialdad con la que se sella un documento, y que no curan ni previenen, aunque tengan un principio farmacológicamente activo, porque se ve que al que te pincha le importa un rábano que te mueras o no. Yo me tomé el año pasado unos bichitos muertos, que decían que eran anticatarrales, y fue el peor invierno de mi vida, porque creció mi natural tendencia a obstruir con mocos las vías respiratorias. Y eso no es un virus; eso es un modo de decirle al mundo que te quieres morir, que te niegas a respirar toda la miseria puesta en circulación por los estrechos pasillos de este estrecho país. O sea, que uno se

acatarra para decir que no está a gusto, y eso no se cura con vacunas, sino cesando a Eligio Hernández, pongo por caso. Pero estamos en manos de unos ejecutivos que dejaron de creer casi simultáneamente en Dios y en Marx y, como alguna fe necesitaban, se han dedicado a creer en los virus.

Lo real

La muerte es el hueso de la vida y, por tanto, su semilla. Consumimos la vida, como el melocotón, en dirección al hueso, y al tropezar con él, la lengua intenta todavía extraer las hebras de la fruta, atrapadas en las ranuras del ataúd que protege del diente a la semilla. Viajamos en dirección al origen para morir en el momento de alcanzarlo.

Pero vivimos como si no se hubiera muerto nadie, como si se tratara de algo que sólo les sucede a los otros, y esa negación de la muerte, que es la negación del origen, nos imposibilita el acceso a la Realidad: los mundos que construimos no sugieren este trayecto hacia el interior,

hacia el hueso, sino hacia un exterior fantasmal, sin pulpa ni corteza. Pepe Espaliú publicaba el martes pasado en este periódico un artículo en el que describía con puntería y sencillez al homosexual como aquel al que no le concierne el modelo de estructura social, ni el modelo jurídico, ni el religioso, ni el político, ni el publicitario... El homosexual habitaría un mundo paralelo sin puertas ni ventanas abiertas a lo Real. Paradójicamente, añadía: «Agradezco al sida esta vuelta impensada a la superficie, ubicándome por primera vez en una acción en términos de realidad.»

Lo que diferencia al portador del VIH del presunto sano es la conciencia, en el primero, de que la muerte es el hueso de la vida. No se puede vivir sin saberlo, pero es imposible averiguarlo sin morir. Si compartiéramos el sida en términos de solidaridad, podría convertirse en el agujero simbólico por el que asomarnos a la muerte desde el lado de acá. Y así,

dentro y fuera, carne y tuétano, enfermedad y salud serían aspectos de una misma cosa, cuyo reconocimiento nos instalaría a todos, al fin, en la Realidad.

Lo que es posible es que a estas alturas no fuéramos capaces de reconocerla; tanto nos hemos alejado.

La mosca

En mi colegio había un tal Gutiérrez que tuvo que ir al oculista porque le pasaba algo en la mirada, y volvió diciendo que tenía la mosca oftálmica. De mayores supimos que se trata de una enfermedad que hace ver puntos opacos o brillantes en el campo de la visión, pero lo que imaginamos en aquellos momentos es que mientras nosotros veíamos lo que había —el teorema blanco sobre fondo azul, el cura zarrapastroso, la nuca del compañero de delante— Gutiérrez contemplaba una nube de moscas que representaban para él alguna escena erótica.

Ya comprendo que no es fácil

relacionar la pasión erótica con ese insecto díptero provisto de boca en forma de trompa, pero es que en aquellos años éramos muy pobres y nos excitábamos con cualquier cosa. A mí me acaloraba mucho la palabra metamorfosis, pero lo que me ponía al borde de la parada respiratoria era el recitado de ese proceso que atraviesan las moscas: huevo, larva, pupa e imago alada. Aún hoy, cuando repito para mí esa letanía, un rayo ilumina brevemente mis circuitos venéreos. Además, Gutiérrez se encargaba de alentar esta clase de fantasías porque andaba siempre ensimismado, como si viera cosas distintas de las que miraba.

El caso es que hace unos días coincidí con él en un ambulatorio y le pregunté por la mosca oftálmica. «Ha crecido —me dijo—, ahora tiene el tamaño de una libélula, con la cintura más estrecha; se parece mucho a Campanilla, el hada de Peter Pan.» Volví a mi sitio con la mosca

detrás de la oreja y desde allí observé a Gutiérrez con envidia. De súbito, pensé que si fuéramos capaces de quitarnos la mosca de detrás de la oreja y colocárnosla delante de los ojos quizá podríamos escuchar cosas que no oímos y ver cosas que no miramos. Para los tiempos que corren, no sería poca dicha.

Linfoma

Al linfoma de Jacqueline Bouvier hay que imprimirle el *copyright* de una generación. Cuando a una mujer como ésta le sale un bulto en el sobaco, ese bulto es de quienes la hemos espiado con asombro desde la adolescencia. En realidad, todos nos quedamos un poco viudos de la sonrisa de su primer marido. También hemos llevado luto por Onassis, que aunque sonreía muy poco había sido tan pobre como un niño español. Nunca llegamos a creernos que se hubiera enamorado de él, no ya porque estuviera gordo o fuera basto, sino por eso, porque había sido pobre y la cicatriz de la pobreza no se quita ni con el trasplante

de un cuerpo como el de la Kennedy.

A mí siempre me gustó esta mujer de alambre, pero me enamoré de ella el día en que se puso a trabajar en una editorial. Desde entonces, siempre he soñado con la posibilidad de que me pidiera un libro, y aunque sé que es un sueño imposible, como si en otro tiempo me hubiera dado por aspirar a los favores de Marilyn, continúo escribiendo para eso, para que ella me edite en rústica o en piel, aunque tenga que poner yo la piel, da igual. O en bolsillo. Hay gente que escribe para que sus amigos le quieran más o para salir en las enciclopedias, porque se creen que la inmortalidad es eso, salir en las enciclopedias. Yo sólo escribo para que Jacqueline me edite.

Esta viuda doble, que, después de haber pasado toda su vida entre falsificaciones, ha dedicado la madurez a la búsqueda de un buen original, no puede enviudar otra vez, ni siquiera de sí misma, sin dejarnos un poco huérfanos a

todos. Por eso creo que deberíamos repartirnos el bulto que le han descubierto en el sobaco: es más nuestro que suyo, sobre todo porque ella no tiene sobaco, tiene axila. Lo sé porque cada vez que se cambiaba de luto yo la espiaba por la cerradura.

Obesidad y círculo vicioso

Le oí decir a un médico que los animales en libertad sólo comen lo que necesitan, mientras que los que permanecen en cautividad se sobrealimentan. Comen más los cautivos, entiendo, para suplir la falta de libertad. O se meten la libertad por la boca en vez de sacarla. No sé. Lo cierto es que hay muchos perros y muchos gatos domésticos gordos. También hay muchas personas gordas. Vivimos de hecho en sociedades obesas, sobrealimentadas, pero en sociedades libres, o eso pensamos. Si aplicáramos a los hombres el mismo criterio que a los animales, quizá deberíamos concluir que también

nosotros vivimos en cautividad.

—Me voy a comer este pollo entero.

—Pero si con la pechuga y un poco de ensalada sería suficiente, hijo.

—Ya, pero es que estamos en cautividad.

El ser humano vive en cautividad, por eso pesa tanto. Somos cautivos del horario laboral (o de su ausencia), de la hipoteca, de la necesidad de tener un coche más largo que el del vecino, de la barbacoa del fin de semana... Si estuviéramos libres (que ni siquiera sabemos ya en qué consistiría) nos alimentaríamos de forma razonable, como la vaca en el prado, que dedica un tiempo a comer y otro a meditar. Quién medita con la que está cayendo.

—Otras dos hamburguesas, por favor.

—¿Con o sin materia fecal?

—No diga tonterías, una hamburguesa sin materia fecal no es una hamburguesa.

Gran parte de los problemas de las

sociedades occidentales provienen de la sobrealimentación. La sobrealimentación es a su vez un síntoma de cautividad. No dejaremos de comer como bárbaros hasta que no seamos libres, pero en qué consiste ser libre. ¿Acaso hay alguna forma de ser libre que no implique un grado de cautividad? Los perros y los gatos abandonados están abandonados, no en libertad. Y adelgazan a cien por hora porque no saben buscarse las lentejas. Vivimos, en fin, dentro de un círculo vicioso. Por eso estamos gordos.

Pornografía

Encontré una uña en la habitación de un hotel, en Barcelona. Me pareció, por el tamaño y el corte, que pertenecía al dedo meñique de una mujer, pues estaba pintada de un rojo muy intenso. Di con ella en el congelador de la nevera, al sacar un hielo para el whisky. Dada su perfección, pensé que era postiza y la guardé en el bolsillo, como uno de esos fetiches que se acarician a escondidas. A veces, tratando de imaginar a su dueña, aparecía dentro de mi cabeza una mujer sofisticada que iba abandonando por los hoteles uñas, mechones de pelo, quizá también ojos de cristal. De vez en cuando sacaba la uña del bolsillo y la observaba

largamente. Me gustaba fantasear que era de verdad, aunque ello me creaba algún dilema, pues las uñas de verdad no se caen solas.

Un día, al ir a pagar el café, apareció la uña entre las monedas y mi mujer preguntó qué rayos era aquello. «No sé —dije—, déjame ver.»

«Cómo que te deje ver —replicó ella—, es una uña postiza, ya me dirás de quién.» Le conté entonces la verdad, que me la había encontrado en la nevera de un hotel y ella dijo que qué casualidad, porque parecía la misma que le había desaparecido de una de sus colecciones. La más cara, pues era de porcelana. Comprendí que creía que se la había robado yo, pero no encontré el modo de defenderme y quedé como un perverso, o como un idiota. Ella se guardó la uña y no volvimos a hablar de un asunto que me dejaba en tan mal lugar.

A los pocos días volví a Barcelona y en el hotel me dieron por casualidad la

misma habitación. Estuve trabajando todo el día y por la noche, antes de meterme en la cama, al ir a prepararme un whisky, vi brillar algo al fondo del congelador. Era otra uña, de la misma calidad, pero esta vez del dedo pulgar. Tras observarla detenidamente, preferí dejarla en su sitio y hacer como que no la había visto. En esto, sonó el teléfono. Era mi mujer, preguntándome por la uña del pulgar, que acababa de echar en falta.

«¿No me la habrás cogido tú también?», preguntó. Iba a decirle que no, pero las evidencias me hicieron dudar y contesté que sí, que la tenía en el congelador de la nevera de la habitación. Se hizo un silencio y colgó. Yo encendí la tele y me dormí viendo una peli pornográfica.

El diente

El caso es que percibí en el tubo del dentífrico una dureza extraña, un bulto del tamaño de una piedra. Me dio aprensión y no me lavé, pero esa noche, de madrugada, me despertó el recuerdo de aquel tacto improbable y regresé al cuarto de baño. Abrí el tubo con unas tijeras y encontré en su interior un diente, un incisivo superior, creo. No supe a qué atribuir esta rareza, de manera que metí el diente en una cajita de nácar, donde también conservo la medalla de la Primera Comunión, y regresé a la cama.

Al día siguiente, al salir de la oficina, fui a casa de mis padres para enseñarles unos análisis de sangre que me acababa

de hacer. Mi madre dijo que parecía que alguien hubiera borrado la cifra de los leucocitos para poner otra encima, como si yo me dedicara a falsificar mis análisis para preocuparles. Lo que pasa es que tengo una infección, pero ellos no quieren saber nada de enfermedades. Los viejos se vuelven muy egoístas. En esto, advertí que a mi madre le faltaba un diente, precisamente un incisivo. Le conté lo que me había pasado con el tubo del dentífrico y vi que intercambiaba con mi padre una mirada de inteligencia. «Mañana lo traigo si no te lo crees», dije, pero me respondió que se iban de viaje a los santos lugares. Sobre la tele vi folletos de una agencia de viajes del PSOE con fotografías de Maastricht y Suresnes.

Empezaron a hacer la maleta para que me marchara; entonces les pedí que por lo menos me prestaran un valium, pero mi madre se equivocó y me pasó una anfetamina, así que llevo toda la noche sin pegar ojo, maldiciendo a este partido

que me ha arrebatado el cariño de mis mayores. Creo que me voy a cortar una oreja para meterla en una lata de berberechos, a ver si viaja como el diente y se la encuentran mis padres cuando paren a tomar un aperitivo.

Avatares

Apunte: Jorge llega a casa a las cuatro de la mañana y encuentra a sus padres muertos en el sofá, con la televisión, donde en ese momento pasan una película porno, encendida. Se ha tomado dos pastillas y se ha bebido siete litros de cerveza, de modo que tiene muy disminuidas sus capacidades. En el cuerpo de los padres no se aprecian, a simple vista, síntomas de violencia. Quizá, piensa, los ha matado alguna sustancia que ha salido de la tele. Cuando ellos le reprochaban su afición a los opiáceos, él solía advertirles de los peligros del «Diario de Patricia», y de los telediarios masivos. Al final, piensa

apartando un poco la mano de la madre para tomar asiento, iba a tener razón yo.

Mientras en la tele una chica jadea sin pasión, Jorge piensa en los avatares de la vida. Leyó esta palabra, avatares, en un periódico, siendo un crío, y se le metió en la cabeza como una aguja en la vena. La utilizaba en todas las redacciones, sólo que escribía *atavares*, por error, lo que le costó más de un disgusto con el profesor de lengua. Ahora lo dice bien, avatares, pero no obtiene tanto placer. Pues eso, los avatares de la vida. Tal vez debería llamar a la policía, pero si le hacen un control de alcoholemia y drogas quizá piensen lo que no es, de modo que decide marcharse a la cama, como si no hubiera visto nada, y mañana Dios dirá. Al día siguiente, le despierta su madre a la hora de comer. ¿Y papá?, pregunta él. En el garaje, trabajando, contesta la madre. Comen todos juntos y después se sientan a ver la tele. Durante la comida, su padre le hace un par de gestos

cariñosos a su madre. Aun llamándole la atención que estén vivos, a Jorge le extraña todavía más que no discutan, como si físicamente estuvieran en una dimensión y sentimentalmente en otra. A media tarde se va a su cuarto, enciende un cigarrillo y se pone a pensar.

Cosas

En la mesa de al lado un tipo intentaba convencer a otro de que los llamados embarazos histéricos podrían ser en realidad embarazos de personas invisibles que se malograban por culpa de la intervención médica. El interlocutor asentía gravemente mientras desmigaba su barrita de pan. Supuse que eran dos empleados de una de las empresas cercanas que comían juntos de forma habitual. Me fascinó la idea de que el mundo estuviese poblado también por gente invisible, individuos como usted y como yo cuya única particularidad consistía en que no se dejaban ver. Tendrían sus consultorios médicos

invisibles y sus puestos de trabajo invisibles y sus relaciones sexuales invisibles y sus manías invisibles...

«Lo normal —continuó el hombre—, es que los bebés invisibles nazcan de mujeres invisibles, aunque de vez en cuando, por un error de la naturaleza o por un cruce de dimensiones, no sé, podría darse el caso de que una mujer visible se quedara embarazada de un niño invisible, lo que, a falta de otra explicación, calificamos de embarazo histérico.» A la pregunta de si podría suceder también lo contrario, respondió que tal vez esos niños abandonados en los contenedores de la basura o en los portales de las casas pertenecieran a madres invisibles que no sabían qué hacer con ellos. «Para una madre invisible —concluyó—, tiene que ser tan duro parir un hijo visible como para una visible uno invisible. A ver, ¿cómo cuidas a un niño invisible? ¿Cómo sabes dónde está en cada momento, dónde tiene la

boca, las manos, el pecho?» «O el culo», dijo el otro.

Presté más atención, para ver si hablaban en broma, pero el gesto de los dos hombres era de seriedad. Uno comía bacalao a la brasa y el otro filete con patatas, las dos sugerencias del menú del día. Yo había pedido unos canelones. Cuando llegó el café, el más hablador de los dos confesó que todo aquello venía a cuento de que a su mujer le habían diagnosticado un embarazo psicológico. «Y no nos resignamos —añadió—, porque tiene los mismos síntomas que mi cuñada, que dicen que está embarazada de verdad.» «Si os podemos ayudar en algo...», se ofreció el compañero.

«Gracias, pero esto lo tenemos que resolver solos.» Pidieron la cuenta, pagaron y eso fue todo.

Lo que les quería decir

Mi padre y mi madre habían discutido esa tarde por alguna razón, o por ninguna, no me acuerdo. Creo que discutían más veces por ninguna que por alguna. El caso es que a la hora de la cena, mi madre, como viera que mi padre no dejaba de observarla, le dijo:

—¿Qué pasa?

—La saliva por la garganta —
respondió mi padre.

Yo, que era muy pequeño y no advertí la ironía, me quedé impresionado. Mi madre preguntaba qué pasaba y mi padre le respondía que la saliva por la garganta, como si se tratara de un hecho excepcional, raro,

quizá patológico. Sin decir nada, concentré toda la atención en mi boca y comprobé que también a mí me pasaba la saliva por la garganta, lo que no supe cómo interpretar.

—A mí también me pasa la saliva por la garganta —dije asustado.

—Pues lleva cuidado, no te envenenes —añadió mi padre, descargando sobre mí el mal humor provocado por la discusión con mi madre.

Deduje, en fin, que el hecho de que a uno le pasara la saliva por la garganta podía tener efectos perniciosos y me pasé los siguientes quince días escupiendo a escondidas. A veces, dejaba que la saliva se acumulara en la boca y cuando ya no me cabía más, corría al baño y la descargaba sobre el lavabo. Aunque con el tiempo averigüé que lo normal era que la saliva pasara por la garganta, se me instaló en esa zona del cuerpo un malestar del que nunca me he recuperado. Me cuesta tragar.

En el diván de mi psicoanalista, al permanecer boca arriba, el asunto se complica más, si cabe, pues la saliva, debido a la fuerza de la gravedad, se desliza enseguida hacia la faringe.

—Ya está pasándome otra vez la saliva por la garganta —dije el otro día en voz alta.

—¿Cómo dice usted? —preguntó ella.

Iba a contarle la historia, pero me dio tal pereza que me hundí en el silencio. Desde entonces no he parado de tragar cantidades industriales de saliva, porque cuanto más pienso en ello, más producen mis glándulas. Y eso es lo que les quería decir.

Una tontería

Estaba trabajando cuando escuché una tos de mujer que no procedía de ningún sitio. Quiero decir que si hubiera venido de donde parecía, la mujer tendría que haber estado emparedada en el muro, cosa poco probable, pues la tos no denotaba angustia. Recordaba más bien uno de esos ruidos orgánicos que producimos para aclararnos la garganta. Una especie de ejem, ejem, vaya. En mi madre, ese mecanismo era un tic. Carraspeaba mucho, sobre todo en misa. Los domingos asistíamos a la misa que se oficiaba en mi colegio, el de los padres claretianos. Los chicos nos poníamos en los bancos de delante y los adultos en los

de atrás. Yo permanecía intranquilo hasta que escuchaba la tos de mi madre, que se transmitía a lo largo de toda la iglesia gracias al efecto bóveda provocado por su arquitectura. A veces intentaba responder, pero de mi garganta salía una especie de suspiro ahogado, que no llegaba ni a mi compañero de banco.

La garganta. Pienso ahora en los problemas que he tenido con ella a lo largo de mi vida. Primero fueron las anginas, después la faringitis crónica (el tabaco). Ahora, el miedo. La garganta me da miedo, es un conducto demasiado estrecho y demasiado decisivo. A través de ella pasa todo (el aire, el agua, la comida, la polución, las medicinas, el alcohol, la angustia, las palabras...). La tos que escuché al otro lado de la pared, mientras trabajaba, era idéntica a la de mi madre. He vuelto a oírla ahora mismo, mientras escribo estas líneas, como cuando estábamos en misa. Mi madre carraspeaba por culpa del incienso. Yo

carraspeo por culpa de la sintaxis. Cuando un texto se atranca, toso un poco y la maquinaria de la escritura se pone de nuevo en marcha.

Estamos sometidos todo el día a estímulos extraños, provocaciones que no reciben de nosotros la atención adecuada. Da miedo escuchar lo que no se entiende, por eso se censura. Yo no entiendo esta tos, pero tampoco logro censurarla. Sigo adelante, pues, con mi artículo y en esto suena el teléfono. Es mi hermano. Me recuerda que estos días es el aniversario del fallecimiento de mamá (así dice él, mamá). «Precisamente —le digo—, acabo de oírla toser.» «¿Cómo?», pregunta él. «Nada, una tontería», digo yo.

Así nos va

El cerebro está dividido en dos partes unidas por el cuerpo calloso. Si no existiera el cuerpo calloso, las dos mitades del cerebro tampoco se comunicarían entre sí y la vida sería un desastre. Imagínense un cuerpo cuyo lado derecho tenga intereses radicalmente distintos a los del izquierdo. En cierto modo es así, pero al final los dos lados negocian y por lo general siempre llegan a un acuerdo. Por eso no se nos cae todo de las manos. Por eso logramos también la mayoría de las veces caminar en línea recta. Si los dos lados se empeñaran en ejecutar las mismas cosas y a la vez, no seríamos

capaces de hacer la cama, ni, lo que es peor, de cortar unas lonchas de jamón o unos tacos de queso.

Yo tenía un amigo con problemas de comunicación entre el lado derecho y el izquierdo de su cerebro, y cada mano iba por su sitio. A lo mejor una quería pelar una naranja, pero la otra se empeñaba en pelar una patata. Al final, mi amigo se quedaba sin fruta y sin tubérculo, pues las dos actividades se excluían. No consiguió estudiar nada porque por un lado le gustaba la física, pero por otro le volvía loco la literatura, de modo que dejaba una cosa por otra continuamente sin profundizar en ninguna. A mí me quería mucho por una parte, pero me detestaba por la otra, de manera que nuestra relación era muy irregular. Durante un tiempo le perdoné los desplantes del lado enemigo porque eran compensados con el afecto del lado amigo. Pero con la edad dejaron de interesarme las emociones fuertes y dejé

de verlo. Todavía me llama para que comamos juntos, pero al poco telefonea también el otro anulando la cita. Mi amigo tiene, pues, un problema de cuerpo calloso. Parece mentira que le hayan dado un nombre tan antipático, cuerpo calloso, con lo importante que es la función que realiza.

Más aún: ninguna organización empresarial o de otro tipo tiene un departamento, no ya que se llame así, cuerpo calloso, sino que cumpla sus funciones. Y es necesario. Si entre los sindicatos, por ejemplo, y las empresas hubiera un cuerpo calloso capaz de vehicular correctamente la información de las dos partes, y de sintonizarlas, las relaciones laborales serían mucho más sencillas. Y quien habla de las relaciones laborales habla de todas las demás. La habilidad negociadora del cuerpo calloso es tal que ha conseguido que el lado izquierdo del cerebro se ocupe de los movimientos del derecho y el derecho de

los del izquierdo. Es decir, que las dos partes se han cambiado de bando para velar cada una por los intereses de la contraria. Imagínense un órgano de estas características regulando las relaciones entre los partidos políticos o los matrimonios. Sería un éxito. Y lo curioso es que el modelo lo llevamos dentro, en la cabeza. No debería ser tan difícil de reproducir. Lo que pasa es que hacemos las cosas con poca cabeza, y con poco cuerpo calloso, por lo tanto. Así nos va.

El mapa de la fiebre

Comprendo que muchos médicos no te den la baja si no tienes fiebre: se trata del elemento emblemático de la enfermedad. Una dolencia sin fiebre es como un jardín sin flores o un matrimonio sin hijos. Ahora bien, las temperaturas altas se disfrutaban más en la adolescencia que en la madurez, que es una época sombría en la que te fastidia todo lo que en la cama te impida leer novelas policíacas. De niño, llevas dentro de ti estas novelas, aun sin haberlas leído. Recuerdo muy bien las fiebres de antaño. Una vez que abandonaban la habitación el médico y mi madre, yo me volvía hacia la pared y con los párpados a media asta

inventaba imágenes sobre las irregularidades de la pintura, donde dibujé mi futuro. Me veía inclinado sobre una mesa, escribiendo libros, en lugar de navegando por el Nilo. Ahora que escribo libros, cuando logro enfermar, que no es habitual porque tengo una mala salud de hierro, suelo buscarme en el techo, en vez de en la pared, y me veo con un sombrero de explorador, qué cosas.

Cada época tiene sus sueños, sus fantasmas. En cierto modo, podría decir que soy más adolescente ahora que entonces. Ya nunca busco mi futuro en las paredes, por ejemplo, porque el futuro es esto y me fastidia desperdiciar las enfermedades dándole vueltas a la hipoteca. La fiebre es un descanso, sobre todo en plural: las fiebres. Tuve una tía que padecía «fiebres», lo que yo interpretaba algo así como que se iba de vacaciones con frecuencia. Lo malo es que eran

tifoideas, término que a mí me sonaba a alcantarilla. Si hubiera habido fiebres saturnales, fiebres arboriformes o fiebres comparadas, me habría apuntado con gusto a cualquiera de ellas. Me tuve que conformar con las que producían las anginas, que no sé ahora si tienen nombre. Pero a ellas les debo todo lo que soy.

En cierto modo, lo que he hecho desde que crecí y sustituí las anginas por unas faringitis sin gracia, producto del tabaco y otros humos, no ha sido sino un mero reflejo de lo que en aquella época proyecté sobre la pared de mi habitación. Este que ahora escribe sobre una mesa llena de libros y fetiches personales no es sino la realización de aquella sombra de mí mismo que veía en la pintura febril. Y es que, muchas veces, quien realmente estaba enferma era la pared. De otro modo, no se entienden las formas que adoptaba ni los mensajes que se desprendían de sus surcos. Cuando la

pared enfermaba, enseguida comenzaba a trazarse sobre su superficie el mapa de mi vida. Lo tengo grabado en la cabeza con más precisión que el de Europa, que nos obligaban a estudiar con increíble violencia.

Ahora yo soy el mapa y la pared no es más que una pared, pero no logro dotar de fiebre a mis accidentes geográficos. Por eso quizá el médico no meda la baja.

Con razón.

Aventura nocturna

Me desperté a las cuatro de la mañana con la obsesión de que si no me cortaba en ese mismo instante las uñas de los pies sucedería una catástrofe. No tenía ni idea de qué tipo de catástrofe ni su relación con mi aseo personal, pero la evidencia de que no había otra salida me arrancó de la cama, desde donde me dirigí a tientas al cuarto de baño que, increíblemente, no se encontraba en su sitio. Abrí más los ojos y advertí, a la luz que entraba por la ventana, que tampoco aquélla era mi habitación ni, la mujer que dormía en la cama, mi esposa. Angustiado por este desorden, abandoné sigilosamente el dormitorio y salí al pasillo, que resultó no

ser tampoco el pasillo de mi casa. Me quedé paralizado, sin saber qué hacer, pues no era cuestión de irme a la calle en pijama.

En esto, se abrió la puerta de una de las habitaciones y salió de ella un joven en calzoncillos y camiseta, con cara de espanto. «¡Tú no eres mi hijo!», dije. «¡Ni usted mi padre!», dijo él. Le rogué entonces que se asomara sin hacer ruido al dormitorio del fondo, para comprobar si la mujer que dormía allí era su madre. Volvió demudado, asegurando que no la conocía de nada. Ante el desconcierto del muchacho, que temblaba de pánico, decidí tomar el mando de la situación. Le recomendé entonces que volviera a la cama e intentara dormir como si se encontrara en la suya. «Lo más probable —dije—, es que al amanecer todo haya vuelto a la normalidad.» El joven regresó apesadumbrado a la habitación y yo al dormitorio, donde me acosté junto a la desconocida procurando no rozarla

siquiera. Al rato, mientras le daba vueltas al suceso, el más extraño de mi vida, me quedé dormido. Cuando sonó el despertador, mi casa era otra vez mi casa, mi esposa era mi esposa y, mi hijo, mi hijo. También yo era yo, o eso me pareció. De todos modos, me corté las uñas de los pies.

Una mirada de pena

Me despertó a media noche el sonido de una puerta al cerrarse. El ruido procedía del interior de mi cuerpo. Abrí los ojos, permanecí atento y escuché pasos, también dentro de mí, como si mi organismo fuera una vivienda por la que alguien estuviera desplazándose de una habitación a otra. No me he despertado del todo, pensé, de otro modo esto sería una alucinación. ¿Quién puede vivir dentro de mí aparte, claro, de yo mismo? Cuando el interior del cuerpo entró en reposo, me levanté y fui al cuarto de baño. Todavía sugestionado por la experiencia que acababa de padecer, me miré en el espejo advirtiendo que todo

era normal excepto mi mirada. Por decirlo rápido, el que miraba no era yo. Había detrás de mis ojos un tipo más agresivo, más seductor quizá, tal vez más ansioso.

Regresé a la cama con intención de olvidar, me cogí a la cintura de mi mujer, como el paquete de un motorista, y dormí hasta que sonó el despertador. Mi mujer se incorporó antes que yo y me sacudió el hombro, para que despertara. Abrí los ojos, le di los buenos días y noté que percibía algo raro en mí.

—¿Qué pasa? —dije.

—Nada, que te has despertado muy guapo.

Se trataba de la primera vez que me decía algo así. Lo cierto es que le parecí tan guapo que me atacó sexualmente, lo que tampoco era común a esas horas ni en un martes cualquiera. Tras ducharnos juntos para repetir la experiencia venérea debajo del agua, ella se fue a despertar al niño y yo a preparar el desayuno.

Mientras tomábamos el zumo de naranja, el niño se puso a llorar.

—Tú no eres mi papá —dijo.

Mi mujer y yo nos quedamos de piedra, pero reaccionamos enseguida, atribuyendo la actitud del niño a un mal sueño (tiene pesadillas desde hace dos meses). No obstante, y sabiendo que el problema estaba en mi mirada, fui al dormitorio y cogí unas gafas de sol.

—Tengo un problema en los ojos — dije al niño— y el médico me ha dicho que me los proteja.

Llegué tarde a la oficina, claro, y al poco de sentarme me llamó el director ante el que me presenté con las gafas de sol, indicándole que tenía un problema en la vista.

—Pues mientras hablamos —dijo él— quítatelas, me molesta no ver los ojos de la persona con la que hablo.

Me las quité y enseguida advertí el efecto que hacía mi mirada en él. Lo cierto es que me había llamado para

reprenderme por mi falta de puntualidad y, en vez de eso, me ofreció una vacante de contabilidad con la que ni siquiera habría soñado un día antes. Al salir de la oficina, y para celebrarlo, me acerqué a un prostíbulo al que suelo acudir un par de veces al mes. La chica con la que habitualmente me acuesto estaba ocupada, pero la encargada del local —una mujer muy deseada y que sólo se va a la cama con quien le apetece— me ofreció sus servicios. Incomprensiblemente, disfrutó conmigo como si fuera un amante experto. Todo el rato me pedía que no cerrara los ojos, que la mirara, por favor, pues veía en ellos algo enormemente excitante. Follamos tres veces seguidas, sin prisas, y además de no cobrarme me pidió que volviera pronto.

Cuando salí a la calle busqué una cafetería en cuyo baño entré para mirarme en el espejo. El individuo instalado durante la noche detrás de mis

ojos continuaba allí. Le pregunté de manera retórica quién era sin obtener respuesta, claro, porque la única persona que había dentro de mi cuerpo era yo. ¿Por qué entonces aquel cambio? Como me encontraba cerca de la consulta médica a la que suelo acudir cuando caigo enfermo, entré en ella y me hice ver los ojos con urgencia.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el médico.

—Noto algo raro, una intensidad extraña en mi modo de mirar. Me duele la cabeza.

El doctor me observó atentamente mientras intentaba establecer una conversación. Al contrario que en otras ocasiones, no daba muestras de tener prisa, como si mi compañía le resultara enormemente grata. Tuve que despedirme yo tras escuchar que no tenía nada que justificara aquel dolor. Me recetó un colirio.

Esa noche, tras follar tres o cuatro

veces con mi mujer, me quedé dormido y en medio de la noche volví a escuchar ruidos de puertas y pasos por el interior de mi cuerpo. Cuando la actividad cesó, me levanté y fui al cuarto de baño. La persona que miraba desde detrás de mis ojos había desaparecido. Volví a mirar yo y era una mirada, en efecto, de prostíbulo, una mirada de pena. Al sonar el despertador dije que estaba enfermo y no me levanté.

El viaje [I]

En la cama, abrazado a la cintura de su mujer como el pasajero de una moto al conductor, decidió hacer un recorrido imaginario alrededor de sí mismo espalda abajo, comenzando en la nuca. Se trataba de un ejercicio habitual, que llevaba a cabo para comprenderse, aunque cuando volvía al punto de partida, después de haberse dado una vuelta, continuaba sin entender el porqué de todos aquellos accidentes corporales: las nalgas, con su fosa abisal, la bolsa testicular, los muslos, y las rodillas, dotadas de un engranaje llamado rótula, forrado en piel, aunque en los museos podía verse al descubierto. Más allá, los

tobillos como un presentimiento de los pies, abiertos en cinco dedos irregulares cada uno.

Esa noche, al alcanzar la zona del vientre se equivocó de camino y rodeó el de su mujer, que permanecía pegada a él como la primera página de un libro a la segunda. Notó algo raro, pero no supo qué. Y luego al llegar al pecho y extraviarse entre los senos de ella pensó que quizá había descubierto dentro de sí un continente nuevo. He llegado a América —se dijo—, no acaba uno jamás de recorrerse, somos inacabables, raros. Pero le dio miedo la idea de perderse en aquellos territorios corporales que parecían propios y ajenos a la vez, así que regresó corriendo a la nuca por el mismo camino por el que había venido y al poco se durmió.

Al día siguiente, mientras desayunaba en la cocina, observó el escote de su mujer, que llevaba una bata de baño muy amplia, y comprendió lo que había

sucedido. América se encontraba entre aquellos dos pechos por los que él descendía a los misterios del vientre de ella como si buscara algo suyo. Entonces supo que esta experiencia de ser uno sin dejar de ser dos constituía una forma de pasión. Pero no dijo nada, por modestia, y para saborear a solas el secreto.

Quizá no

Se pregunta uno por qué es ético reproducir un hígado e inmoral fabricar un ser humano entero. Y es que en Inglaterra han autorizado los hígados, pero han prohibido a las personas. En el resto de Europa está prohibido todo: las personas y los hígados. En Estados Unidos puedes cultivar hígados, pero no puedes financiarlos con fondos públicos. Desde que se descubriera la donación vamos del todo a las partes y de las partes al todo llenos de dudas éticas y económicas. ¿Será esto más ético que económico o más económico que ético? No les quepa la menor duda de que vencerá lo más económico, no por

nada, sino porque no hay ética sin plusvalía. Antes se decía que no había ética sin estética, pero ese debate ya está superado. En cualquier caso, sin hígado no hay nada: ni ética, ni estética, ni plusvalía, así que la clonación de embriones es un hecho.

La idea es que usted tenga en su propia casa un huerto biológico que no ocupe mucho, en el que pueda cultivar órganos de repuesto, por si un día le fallara un riñón, una neurona, una papila gustativa, un entresijo. El paso que han dado en Inglaterra va precisamente en esta dirección. Usted podrá tener debajo de la cama tantos órganos donados como sea capaz de pagar. Lo que no le permitirán es gozar del conjunto de sí mismo. Es decir, que usted no podrá estar al mismo tiempo debajo de la cama y encima de ella. Queda terminantemente prohibido el doble. ¿Por qué? Por ética, al menos hasta que los números no aconsejen otra estética.

Cabe pensar que habrá gente que pieza a pieza acabe por recomponerse clandestinamente desde los pies a la cabeza. No por ética, ni por estética, ni por economía, sino por puro narcisismo. Éste es el punto que falta por introducir en el debate: el del narcisismo. Finalmente, todo va a depender de eso. Los japoneses están poniendo espejos en el metro para que la gente no se arroje a las vías, pues no dan abasto a recoger cadáveres. Gracias al espejo, el suicida se ve antes de saltar y un impulso narcisista le detiene. Antes de legislar, pues, deberíamos mirarnos al espejo, a ver si vale la pena sacar tantas fotocopias de uno mismo. Quizá no.

Sólo fumo en presencia de mi abogado

No tenemos ni idea de cuánto dura un catarro. Ni cuánto un ataque de culpa. Ni siquiera sabemos cómo se cogen unos y otros. Hay gente que va a cuerpo todo el invierno sin constiparse y personas acorazadas que empiezan a moquear en octubre y no paran hasta la primavera. También hay quien, sin hacer daño a nadie, vive en un sobresalto moral permanente y quien duerme a pierna suelta tras haber bombardeado a la población civil de una ciudad indefensa. Por mi parte, establecí esta asociación entre el catarro y la culpa hace años, en la

consulta de mi psicoanalista. Sucedió, como todo, por casualidad. El caso es que había dejado de fumar para mejorar mi salud pulmonar, y a los dos días de tomar una decisión tan cruel para mis intereses literarios me resfrié. No podía comprender que el cuerpo respondiera de este modo al hecho de haber abandonado el tabaco y así se lo expliqué a mi psicoanalista.

—Quizá está usted buscando, de manera inconsciente, una excusa para volver a fumar —dijo ella.

Lo cierto es que al salir de la consulta me fumé un par de cigarrillos seguidos. Al día siguiente se me había quitado el catarro, pero me sentía culpable de haber caído de nuevo en el vicio. Parecía que estaba condenado a vivir con la culpa o con el catarro. Así lo expresé durante la siguiente sesión, mientras observaba una mancha en el techo de la consulta:

—O culpable o acatarrado. Parece que no tengo salida.

Mi psicoanalista intentó explicarme que el tabaco no podía haberme quitado el catarro, a lo que contesté que mi experiencia me decía que sí. He combatido durante toda mi vida la tos con un Marlboro. No digo que el tabaco no dé cáncer, no soy tan insensato, pero tiene virtudes terapéuticas para el resfriado común (y para la literatura). Mi psicoanalista se rió. No la vi reír porque el diván estaba colocado de tal forma que me resultaba imposible verle la cara, pero escuché claramente el sonido de su risa. Pregunté de qué se reía y dijo que se había limitado a carraspear. «Distingo una risa de un carraspeo —dije—, no trate de engañarme.» «¿Quién está tratando de engañarse?», preguntó ella.

Llevaba razón. Iba a aquella consulta para combatir la culpa, no para averiguar si ella se reía o carraspeaba. Lo que sucedió es que al poco de empezar la terapia salió a relucir el asunto del catarro y me pregunté si podía curarme

también allí de la tendencia a resfriarme para matar dos pájaros de un tiro. Cogía tres o cuatro catarros al año que, sin anularme absolutamente, me impedían llevar una vida normal. No podía besar apenas, por ejemplo. Por aquella época, yo besaba mucho, pero no está bien visto besar con catarro. De nada me servían las vacunas anticatarrales, ni los remedios de parafarmacia (tomaba cantidades industriales de equinácea), ni el gorro de lana con el que salía a comprar el periódico. Con los primeros fríos llegaban también los primeros mocos. Había leído en una revista que la tristeza predispone al catarro y yo era una persona triste. Tal vez, pensé, combatiendo la pena se me quitaran los catarros.

—¿Y por qué es usted una persona triste? —preguntó mi psicoanalista.

—Porque me siento culpable.

—¿Culpable de qué?

—De todo, incluido el calentamiento

global.

— ¿Qué tiene que ver usted con el calentamiento global?

— El otro día arrojé a la basura unas pilas agotadas del mando a distancia de la tele. Sabía que no se deben tirar a la basura, pero lo hice por pereza. Además, no reciclo.

— ¿Por qué no?

— Por maldad.

— ¿Es usted malo?

— No lo sé, el caso es que ni reciclo ni cuido el medioambiente.

— ¿Piensa que si corrigiera esos excesos se acatarraría menos?

— Yo no vengo aquí a combatir el catarro, sino la culpa.

— Pero ha sido usted quien ha establecido la asociación entre una cosa y otra.

Todos nuestros diálogos eran así. Nos pasábamos la terapia haciendo círculos viciosos. Finalmente mi psicoanalista se trasladó a Valladolid recomendándome a

un colega con el que ni siquiera llegué a establecer contacto telefónico. Desde entonces, combato la culpa con el catarro y el catarro con la culpa. Cuando estoy acatarrado, no me siento culpable. Cuando me siento culpable, no estoy acatarrado. De este modo, voy tirando, como la mayoría de la gente. En cuanto al tabaco, sólo fumo ya en presencia de mi abogado.

Manos

Un hombre o una mujer sin manos no se pueden lavar la cara, ni atarse los zapatos, ni desabrocharse el uno al otro la camisa. No pueden mesarse los cabellos, ni taparse los oídos, ni abrir un libro, ni tomar una pluma. No pueden leer ni dibujar el rostro que acarician, ni quitar las legañas a un bebé. No pueden, al salir de una pesadilla, frotarse los ojos con alivio, ni colocar la palma o el envés sobre la frente de su hijo para medirle la temperatura. Ni comprobar el grado de dureza de una fruta, partir el pan, o recorrer con la punta del índice los versos de un poema. Ni señalar podrían un pájaro en un árbol,

una libélula sobre el estanque, un dolor en un punto concreto del pecho o la garganta. No podrían sin manos una mujer o un hombre sacar un conejo de la chistera ni unas monedas del bolsillo ni pintarse las uñas, ni clausurar los párpados de los padres fallecidos con los ojos abiertos. Unos adolescentes sin manos no pueden masturbarse ni cogerse de la cintura, ni retirarse el pelo de la frente, ni quitarse los granos de la cara. No pueden sostenerse la cabeza al llorar, ni encender los primeros cigarrillos, ni alcanzar aquellas zonas del otro en las que el único órgano de visión competente son las yemas de los dedos. Un bebé sin manos no tiene dónde almacenar la memoria de la ropa interior de su madre ni la textura de sus pezones. Aun así, hay lugares en los que las manos no valen nada. Las cortan como quien poda, arrojándolas al medio de la calle, donde los soldados las pisotean con la neutralidad asombrosa

con que nosotros pisamos las hojas del otoño. No cabe imaginar mayor crueldad ni lobotomía tan eficiente como la de arrancar del cuerpo las manos espantadas. Quizá no nos las merezcamos, al menos mientras nos quepa en la cabeza la posibilidad de que otros vivan sin ellas.

Gestión

Una pareja estadounidense está dispuesta a pagar más de siete millones de pesetas por el óvulo de una mujer alta, lista, con estudios universitarios y quizá un máster en administración de empresas. La pareja cree que desea tener un hijo, pero lo que quiere, como vemos, es alumbrar un jefe de personal o tal vez un director de recursos humanos. Nos parece muy bien: siempre hemos sido partidarios del aborto libre. Lo verdaderamente interesante de la noticia, más que las preferencias laborales del matrimonio estéril, es que introduce un factor inédito de gestión empresarial en la relación con el cuerpo y sus productos.

Ya era hora. Uno siempre quiso tener un negocio, pero la Administración ponía demasiadas trabas: que si permiso de apertura, cédulas de habitabilidad, impuestos municipales y comunitarios y estatales... Todo ello sin contar con los seguros de los empleados y la injerencia de los sindicatos, que, aunque ahora estén completamente muertos, podrían resucitar debido a la proliferación de empresas de trabajo precario y el restablecimiento de la esclavitud en general. Se desanima al inversor, en fin. En cambio, si pensamos en el cuerpo como en una ferretería, resulta que eres tu propio jefe y la abres o cierras (con bisturí o sin él) a la hora que te dé la gana. Siete millones de pesetas por un óvulo, imagínense ustedes. Con que vendas uno cada veintiocho días te forras y puedes comerte el sobrante para que se reproduzca. ¿Quién da más? Ahora bien, toda esa quincalla orgánica hay que gestionarla. No se puede ir

regalando los riñones ni los hígados, por favor, con lo que le cuestan a uno. Personalmente, no soy alto ni tengo estudios y no aspiro a ser una boutique ni siquiera una ferretería. Pero mi cuerpo sería una excelente tienda de Todo a cien. ¿En qué puedo servirle?

Cabezas

No había visto nunca una cabeza clavada en un palo y me dije que no tenía ninguna obligación de enfrentarme a ello a estas alturas. Prefiero ignorar dónde está Timor a aceptar que hay gente de mi especie con esas habilidades quirúrgicas. Además, todavía no entiendo la silla eléctrica ni el tiro en la nuca, que pertenecen a mi cultura. Quizá sea esconder la cabeza en un agujero, pero prefiero una cabeza en un agujero antes que observándome perpleja desde lo alto de una pértiga. En una vida normal, uno no debería verse obligado a contemplar espectáculos de ese tipo, ni siquiera por la tele. Sabemos de gente

cuyas prácticas sexuales son atroces y no por eso nos las muestran. Que corten cabezas, en fin. Yo prefiero creer que vivo en un mundo donde eso no es posible. Hace meses, nos hablaron de otro sitio donde cortaban manos. Durante algún tiempo nos dio mala conciencia coger el tenedor o la cuchara, incluso mordernos las uñas, sabiendo que había gente que no podría hacerlo nunca. Aquellas manos amputadas eran el eco de las nuestras. Ahora estaremos condenados, al menos mientras Timor continúe siendo objeto de consumo informativo, a salir a la calle sin cabeza. Iremos en el metro y en el autobús sin manos, sin cabeza, trabajaremos mancos y decapitados. Mientras haya lugares donde se persiga la tenencia o el uso individual de manos y cabezas con el furor al que hemos asistido estos días, todos nos moveremos por el mundo sin manos, sin cabeza. De ahí que personalmente prefiriera no saber, aunque esté mal decirlo en alguien

que vive de escribir en los periódicos. Estoy perdiendo la cabeza. Lo malo es que anteriormente a todo esto, ya había perdido los pies al estallarme una bomba antipersonal imaginaria que voló los de usted al mismo tiempo que los míos, aunque los dos continuáramos andando a causa de la inercia. Y así vamos, sin pies, sin manos, sin cabeza, construyendo un mundo a nuestra imagen y semejanza, un mundo cojo, manco, acéfalo. Un mundo malo. Pero creemos que todo esto sucede en otro cuerpo porque la mayoría vivimos convencidos de tener nuestra cabeza a buen recaudo, dentro del agujero.

La sombra

En un cuento, creo que de Ignacio Pedrera, se narra la historia de un sujeto al que el médico examina el fondo de los ojos con el aparato al revés, diagnosticándose a sí mismo un glaucoma. El paciente, que ha observado el error del médico, pero que no sabe cómo decírselo, le pide que le ausculte los pulmones para ganar tiempo mientras reflexiona sobre la situación. El doctor toma, también del revés, el fonendoscopio y coloca las terminales auditivas del aparato en los oídos del paciente, mientras pasea la trompetilla captadora de ruidos orgánicos por su propio pecho. Al poco, recoge el aparato

y esta vez se diagnostica una bronquitis terminal mientras ordena al otro que deje de fumar y que vuelva a la semana siguiente. Así, semana tras semana, el paciente asiste al deterioro del médico, mientras éste le anuncia que se quedará ciego, perderá más tarde la voz y finalmente morirá en un golpe de tos por no haber dejado de fumar a tiempo. En efecto, a los pocos días, y después de haberse quedado ciego y mudo, muere el doctor, a cuyo funeral asiste en primera fila, entre aliviado y culpable, su paciente.

A veces, no es necesario coger ningún aparato del revés para colocar en los otros lo que no soportamos en nosotros mismos. Todo aquello que detestamos de nuestra identidad, es lo que Jung llamaba la *sombra*. Esa sombra vive en los lugares más inaccesibles de nuestra conciencia, confundida con la oscuridad reinante, hasta que encontramos a alguien a quien

colocársela, del mismo modo que en el cuento de Pedrera el doctor coloca su propio glaucoma en los ojos del paciente. Lo malo es que con ello no se libra de la ceguera; en alguna medida la acentúa, pues al negarla no le da el tratamiento que precisa. Es decir, que al colocar nuestra sombra en otro no nos libramos de ella: nos mata igual. Sería, pues, mucho mejor aceptarla y, si es posible, transformarla, pero no parece fácil.

Ahora mismo entre Occidente y el islam hay un intercambio de *sombras* preocupante. Quizá Satán habita en las dos culturas, pero sólo lo vemos en la otra.

Hambre

A veces imagino un pulmón que fuera la suma de todos los pulmones, un corazón que fuera la suma de todos los corazones, un hígado que fuera la suma de todos los hígados, un hombre que fuera la suma de todos los hombres y una mujer que fuera la suma de todas las mujeres. Sólo habría en el mundo un hombre y una mujer, pero tendrían un tamaño enorme. Y habría un solo perro, pero un perro gigantesco también, pues provendría de la adición de todos los perros. Y un solo gato, desde luego y un solo gorrión, pero estamos hablando de un gorrión con un tamaño colosal, imaginenselo. En buena lógica, habría

también una sola bacteria, un único virus, una sola rosa, sólo un clavel, una espina nada más, una lágrima...

Ahora mismo, al tiempo que usted respira, están respirando miles de millones de seres humanos en todo el mundo. Muchos toman y arrojan el aire en el mismo momento en el que lo toma y lo arroja usted. Los pulmones de unos y de otros son básicamente idénticos, quizá, en alguna medida difícil de entender, aunque fácil de intuir, sean el mismo. La idea de que todos respiramos con el mismo pulmón es a la vez estimulante e inquietante, como la de que hubiera un solo estómago para el conjunto de la humanidad. ¿Cómo nos las arreglaríamos en este caso? No es tan difícil de imaginar. Las abejas, sin ir más lejos, disponen de un estómago social, además del propio, en el que guardan la miel comunitaria. Supongamos que tuviéramos que compartir el intestino grueso, el bazo, el páncreas, los riñones, el

útero, los ojos, la lengua...

Supongamos que tuviéramos que compartir la Tierra, que tuviéramos que compartir la atmósfera. Imaginemos que hubiera una sola biosfera para todos. De hecho, hay una sola Tierra, una sola atmósfera, una sola biosfera, lo que es tan espectacular como disponer de un solo estómago, de un solo corazón, de una sola lengua, de un ojo único, un abdomen indiferenciado. Parece terrorífico, sí, pero resulta fantástico también que todos los cuerpos sean el mismo cuerpo, que todos los seres humanos seamos el mismo ser humano. Ahora tendríamos que deducir que el hambre de aquéllos es la nuestra, pero la imaginación no nos da para tanto.

La caca

Era la hora de la siesta y me encontraba tumbado en el sofá, aturdiéndome con un programa cualquiera de la tele, cuando sufrí un arrebató místico en cuyo transcurso los dioses (porque eran varios) me revelaron que el sentido de la vida del hombre era la producción de caca. La sorpresa, como comprenderán, fue mayúscula, de modo que volví a preguntar y recibí idéntica respuesta. Por lo visto, hemos sido creados, al igual que el resto de los animales, para producir aquello que tomamos equivocadamente por un residuo; el residuo somos nosotros. La caca es la estrella, por eso hay tantas

clases de heces, cada una con su textura y su tamaño, desde la de la mosca a la del elefante. Los dioses no nos quieren, pues, por nuestra alma, sino por nuestros excrementos, que alimentan y dan lustre al mundo vegetal. El mundo vegetal, a la chita callando, resulta que es el rey de la creación, de ahí que los perros levanten la pata cuando pasan junto a un árbol: es su modo de orar, porque los perros saben a qué han venido a este mundo y quién es quién.

Una vez más, pensé en medio de aquel arrebató místico-escatológico, los sentidos nos han engañado. Decía Freud en un célebre artículo que el narcisismo del hombre ha sufrido a lo largo de su historia tres grandes heridas. La primera fue descubrir que no éramos el centro del universo; la segunda, que descendíamos del mono; la tercera, que el yo no manda nada. Me fastidia haber dado con la cuarta, pues jamás he envidiado el destino cruel de los

descubridores. Quizá algún día mi nombre figure junto al de Copérnico, al de Darwin, al de Freud, genios que supieron mirar adonde debían para no dejarse arrastrar por las apariencias. Bien, ¿y qué? ¿Qué importa figurar en ese cuadro de honor cuando sabes que lo único que los dioses esperan de ti es que vayas al baño con regularidad?

Quizá soy uno de ellos

Como todos los domingos, fui a ver a mi padre a la residencia. Aunque hace tiempo que no me reconoce, tengo la impresión de que le resulto familiar. Por eso procuro hablarle de cualquier cosa mientras él mira al vacío. De vez en cuando, fija la vista y pronuncia una incoherencia. Seguramente no hay nadie ya dentro de él, pero se trata del cuerpo de mi padre, de sus ojos, de sus manos, de su boca... Un cuerpo sin nadie, o sin apenas nadie, puesto que él mismo no sabe cómo se llama ni quién es ni qué hizo a lo largo de su vida. De los que se encuentran como él, mi padre es el más tranquilo, pues los hay que se quejan

todo el rato o llaman mecánicamente a alguien que, si se presentara, no reconocerían.

El otro día, cuando ya abandonaba la residencia, se me acercó en su silla de ruedas un anciano que me deslizó un sobre con gesto clandestino, como si se tratara de un secreto entre él y yo. Lo abrí en casa, sin prisas, pues pensé que se trataría de una locura. Había dentro una larga carta que comenzaba alabando el amor que profesaba a mi padre, ya que ningún domingo, desde hacía tres años, había dejado de ir a verle. La idea de que alguien se hubiera fijado en mí de ese modo me inquietó brevemente, pero lo bueno venía a continuación. Tras confesar que por razones meramente intuitivas el anciano confiaba en mí, pasaba a confesarme el gran secreto de su vida: era un robot. Según contaba, lo habían construido unos seres de otro mundo (no sabía de cuál, puesto que no habían integrado esa información en sus

circuitos) que lo habían colocado en éste para que enviara informes sobre nuestras costumbres y nuestra manera de vivir. Los informes eran recogidos puntualmente de un buzón donde él los introducía, hasta que se empezaron a acumular porque dejaron de recogerlos. No teniendo ningún modo de regresar al mundo del que procedía, decidió integrarse en éste, pues le sobraban habilidades para ello. Hay que decir que estaba creado a nuestra imagen y semejanza hasta el punto de que ni siquiera en una autopsia habrían descubierto su verdadera condición.

La idea de un robot humano tan parecido a su modelo me inquietó por verosímil. Después de todo, vivimos en una cultura que ha inventado el espejo y el molde y la horma y el modelo. Con frecuencia, es tan difícil saber en qué lado del espejo nos encontramos como distinguir una flor artificial de una de verdad. Hemos aceptado la idea de lo

artificial (del sucedáneo) en casi todos los aspectos de la vida, pero la imagen de un hombre artificial ponía un poco los pelos de punta.

Continué leyendo. El hombre (¿debería decir el robot?) describía con cierta minuciosidad el modo en que fue completando su integración social. Habiendo salido de fábrica con una identidad perfectamente falsificada, no tuvo problemas (dada su superioridad intelectual) en encontrar un buen trabajo. Aunque vivió solo durante mucho tiempo, el instinto de imitación, que formaba parte de su ser, lo condujo a buscar una mujer con la que se casó y con la que tuvo hijos. La llegada de los hijos fue una sorpresa para él, pues no imaginaba que la perfección con la que había sido creado llegara al punto de que le hubieran colocado espermatozoides viables. Lo cierto es que su mujer alumbró una hembra que, lógicamente, era mitad humana y mitad robot. Añadía,

para finalizar su carta, que no sabía muy bien por qué me hacía partícipe de aquella historia. La única explicación que se le ocurría era la del instinto de todo ser humano (y de todo buen robot, por tanto) de pasar la verdad o el testigo a otro antes de desaparecer. Su esposa había muerto hacía muchos años y su hija había dejado de ir a verle al poco de ingresar en la residencia. Yo le transmitía una confianza irracional, como si fuera uno de los suyos. De ahí que me hubiera hecho partícipe de aquella información seguramente inútil.

La idea de que yo mismo, sin saberlo, fuera un robot, me desasosegó

durante unos instantes. Lo cierto es que también yo, cuando visitaba a mi padre, me había fijado en aquel anciano en el que percibía algo familiar que me lo hacía atractivo. Al domingo siguiente, lo busqué y me dijeron que había fallecido el jueves anterior. Pregunté por su familia y me dieron el teléfono de su hija,

a la que todavía no me he decidido a llamar. La idea de que sea medio robot me excita hasta un punto difícil de explicar. Aun sin conocerla, tengo con ella fantasías eróticas que no me dejan vivir. La añoro como a un amor de juventud y la temo como a un destino fatal. Por eso retraso esa llamada que tarde o temprano sé que realizaré.

Una experiencia sexual con Demi Moore

Demi Moore se conserva tan bien porque purifica su sangre con sanguijuelas, eso he leído en el periódico, que no todo va a ser política. Por mi parte, trabé conocimiento con las sanguijuelas (y con Demi Moore, como más adelante se verá) en torno a los ocho o nueve años, un día en el que me precipité en una acequia de la que salí con un bicho negro pegado a la pantorrilla de mi pierna izquierda. Sucedió en un pueblo donde veraneábamos y donde mis padres, creo, habían sido muy felices y muy jóvenes.

Tengo fotos que lo demuestran. Cuando ocurrió lo de la sanguijuela ya no eran tan felices ni tan jóvenes como aparecen en esas fotos. Corrí a casa espantado, con aquel extraterrestre adherido irremediabilmente a mi pierna, pues no había logrado arrancármelo de ninguna manera. En la casa sólo estaba la asistente, que enseguida dio nombre a la cosa: sanguijuela. ¿Y qué era una sanguijuela? Un animal que vivía de la sangre de los otros. «Quítamelo», imploré. «No se puede hacer de cualquier modo —dijo—. Si tiro de ella, te arrancaré un trozo de carne.»

Visto con la perspectiva que da el tiempo, creo que la chica disfrutaba de la situación. Le gustaba mi espanto. A todos nos gusta un poco el espanto de los demás, especialmente si estamos familiarizados con aquello que lo provoca. Ella estaba familiarizada con las sanguijuelas. Trataba la mía al menos con una naturalidad atroz, incluso se

permitía reír. Como no había nadie más en casa, yo estaba a su merced. «¿Qué hacemos?», pregunté. Me dijo que sólo había un modo de despegarla: el humo del tabaco. Entró entonces en el dormitorio de mis padres, cogió un cigarrillo del paquete que había en la mesilla de noche y volvió a la cocina. A mí los segundos me parecían siglos, no ya por el asco que me producía la sanguijuela, sino por el pánico a que me sacara toda la sangre antes de que la chica hubiera logrado despegarla. Recuerdo que encendió el cigarrillo con mucha ceremonia, pero también con gesto de malicia, como si estuviéramos haciendo algo prohibido. Su mirada decía: yo te libero del animal, pero tú no dices nada de este cigarrillo.

Cogió una bocanada de humo, lo mantuvo en la boca, inflando los carrillos, y luego, agachada para colocarse a la altura de mi pantorrilla, lo proyectó sobre el animal. Como quiera

que la sanguijuela continuara pegada a mi carne, la chica se fue acercando más en sucesivas bocanadas. Se acercó tanto que en una de ellas sus labios estaban pegados a mi piel, lo que me provocó un latigazo de placer, aunque entonces no sabía que era un latigazo de placer. Sí sabía, sin embargo, que se trataba de algo prohibido. Tengo asociado el primer beso al dolor de la sanguijuela. Durante aquellos instantes que, pese a los años transcurridos no han dejado de suceder, fui enormemente feliz con aquella combinación de sanguijuela y labios. El animal se desprendió por fin y la chica lo observó con expresión de triunfo sobre el suelo de la cocina. Luego me miró con expresión divertida y me ofreció el cigarrillo, del que di una calada mientras ella lo sostenía entre sus dedos. Estoy hablando, pues, de una experiencia sexual en toda regla y con sus dosis, por tanto, de pánico y felicidad. Nunca fui tan dichoso ni estuve tan asustado.

Arrojamos los restos de aquella combustión amorosa (la sanguijuela y la colilla) al retrete, tiramos de la cadena y cada uno volvió a lo suyo, como si no hubiera ocurrido nada.

Pasados unos días, busqué la palabra sanguijuela en un diccionario que daba vueltas por casa. Decía así: «Anélido acuático de hasta doce centímetros de largo y uno de grueso, cuerpo anillado y una ventosa en cada extremo, con la boca en el centro de la anterior. Vive en las aguas dulces y se alimenta de la sangre de los animales a los que se agarra.» Creo que me pareció todo muy sexual, especialmente lo de la ventosa y el cuerpo anillado. No sabía qué rayos podía significar «anélido», ni tuve la curiosidad de buscarlo, pero me enamoré de aquella palabra. Todavía me gusta. Anélido. Pero el diccionario incluía una segunda acepción: «Persona que va poco a poco sacando a alguien dinero, alhajas y otras cosas.»

Como se diera la circunstancia de que poco después echaran de casa a aquella chica, que al parecer llevaba realizando pequeños hurtos desde que empezara a trabajar con nosotros, deduje que era una sanguijuela con forma de persona. Y ahora viene lo mejor: se parecía mucho a la actual Demi Moore. Tengo una fotografía que lo demuestra.

Sobre el panículo adiposo

Cada vez que oigo hablar de la liposucción, me acuerdo del panículo adiposo. Según mi libro de ciencias naturales escolar, se trataba de un delantal de grasa que cubría el vientre de los mamíferos, incluidos el profesor de geografía y la señorita de francés. La imagen del delantal no me ha abandonado desde entonces, así que cuando me hablan de alguien que se ha sometido a una liposucción imagino a un médico muy cruel, sexualmente enfermo, arrebatándole el delantal con violencia a su paciente. Las imágenes originadas en la infancia tienen una fuerza tremenda. Nos las llevamos a la tumba. Por eso, no

he podido olvidar tampoco la tenia o solitaria, que aunque era un bicho repugnante, con la cabeza llena de garfios, igual que un marciano, a mí me daba mucha lástima. Me identificaba con ella, no por lo que tenía de tenia, sino por lo que tenía de solitaria. Pobrecilla.

Personalmente, no me he desprendido nunca del panículo adiposo. Una vecina mía se lo quitó y se le puso la tenia triste, como si estuviera solitaria. Ahora bien, si me obligaran a desprenderme de una de las dos cosas, elegiría la tenia, que finalmente, por mucha pena que nos dé, es una invasora. Pero sin violencia, por favor. Seguramente hay muchos modos de sacar las cosas del cuerpo. Lo que no soporto es esa imagen que proporciona el término liposucción. La misma palabra me pone los pelos de punta. Imagino un aspirador brutal arrancando la grasa con la crueldad con que los niños sorben a través de la pajita los restos del batido

que ha quedado en el fondo de los vasos.

Además, que en una maniobra de liposucción, si no la controlas bien, lo mismo se te va también la solitaria. Quizá se pueda vivir sin solitaria, o sin delantal, alternativamente, pero sin las dos cosas a la vez la existencia no tiene sentido.

Mucha gente dirá que hablo de este modo de mi tenia porque se trata de una tenia imaginaria. Pues como todo en la vida, hombre de Dios. ¿O es que es más real el hígado que la solitaria? ¿Acaso tiene algo que ver el colon imaginario que usted tiene en la cabeza con el colon real que alberga en el paquete intestinal? ¿No? Pues no hable. Las cosas sólo se hacen reales cuando nos las liposuccionan. Por eso hay que pensárselo muy bien antes de dejarse absorber. Una cosa es tener relaciones con un delantal de mantequilla imaginario, que nos cubre el vientre, y otra ver el trozo de panceta junto a la

mesa del quirófano. Una cosa es pensar en la solitaria que te habita y otra encontrártela entre las sábanas cuando abres la cama para ir a dormir.

O sea, que si usted quiere adelgazar, haga un poco de ejercicio y verá cómo el panículo adiposo pierde materia grasa enseguida, convirtiéndose en un delantal finísimo, lleno de encajes y puntillas eróticas. Cuando el delantal es tan delgado como un paño de seda, sale la tenia del intestino, se lo pone, y está guapísima con él.

Territorios míticos

Ahora me duelen las lumbares: cada edad tiene sus perversiones. El problema de las lumbares es que son pura metafísica. Si me dolieran los pies, me dolerían los pies; si la cabeza, la cabeza; si la garganta, la garganta. En cambio, si me duelen las lumbares, no me duele nada, porque las lumbares no existen. El diccionario dice que se trata de una región del cuerpo situada en la parte baja de la espalda, entre las últimas costillas y la cresta ilíaca. Una tierra de nadie, en fin; un territorio mítico, una región ilocalizable en el mapa corporal. Las lumbares son lo más parecido al alma y lo cierto es que también el alma, pese a

no existir, nos da más de un quebradero de cabeza. La diferencia entre uno y otro dolor es que el del alma es moral y el de las lumbares, físico. Los seres humanos somos muy ambiciosos: no nos conformamos con enfermar de las cosas reales, como el hígado o la vesícula, sino que nos ponemos mal de las irreales, como el alma o el lumbago.

La misma palabra que utilizamos para definir este dolor, lumbago, es completamente inverosímil. Lumbago, lumbago, cuanto más la repite uno, más advierte lo delirante de su sonido. Por favor, se nota a la legua que no significa nada. Dices cefalea, tendinitis, migraña, diarrea y todos sabemos de lo que estamos hablando, pero dices lumbago y te quedas a oscuras. El lumbago es al cuerpo lo que la depresión al alma. Por eso es tan difícil de curar. De hecho, creo que no se cura. Hace poco, un monitor de gimnasia me recomendó unos ejercicios muy humillantes, que

consistían en hacer flexiones sujetando un palo de escoba sobre los hombros. Como cada vez me doliera más, telefoneé a un amigo especializado en medicina deportiva que me dijo que abandonara de inmediato tales ejercicios.

—¿No son buenos para el lumbago entonces?

—Son buenos, pero es evidente que a ti no te hacen bien.

—¿Y qué me recomiendas?

—Que te sientes de otra forma.

Le hice caso, me senté de otra forma, cruzando la pierna izquierda sobre la derecha, y a los pocos días, curiosamente, se me quitó la depresión. Llevaba, desde que comenzó el invierno, un poco triste, sin encontrarle sentido a nada y de repente, con sólo cruzar la pierna izquierda sobre la derecha, en lugar de la derecha sobre la izquierda, como hacía habitualmente, comencé a encontrarle sentido a la vida, incluso a la enfermedad. En cambio, el lumbago

sigue igual o peor, si cabe, pero lo llevo con más resignación. Desde luego, preferiría que me doliera algo existente, pero para alguien que se dedica a escribir quizá sea más beneficioso padecer de cosas irreales que de las de verdad. Estoy dándole vueltas a un relato que sucedería precisamente en ese territorio mítico: en la región lumbar. Continuará.

Mi dedo índice

Llegué al hotel, exploré la habitación y el cuarto de baño, vacié la maleta, colgué las camisas y salí a dar un paseo por aquella ciudad desconocida. De súbito, me llamó la atención el escaparate de una tienda de ropa. Lo curioso es que no había en él nada especial: un par de maniqués que representaban a una mujer y un niño (madre e hijo) de la mano. El niño llevaba un uniforme colegial y una mochila. La madre, una falda escocesa, una blusa blanca, una rebeca azul y un bolso de los de bandolera. Ninguno de los dos maniqués tenía cabeza, lo que cada vez es más frecuente. En esta ocasión me

conmovió tanto esa ausencia que estuve un rato poniendo rostros a la mujer y al niño. Casi siempre me salía la cara de mi madre de joven y la mía de niño. Durante unos instantes me sentí transportado a la época en la que me llevaba de la mano al colegio.

Tras un rato de observación, advertí que los maniquíes no pertenecían al mismo fabricante, por lo que el niño no podía ser hijo de la mujer, a menos que fuera adoptado. Aquello me produjo un malestar inexplicable. Presa del desasosiego, continué andando. Al rato, no obstante, me encontré de nuevo delante del escaparate, pues había dado de forma inconsciente una vuelta a la manzana. En este segundo encuentro, se me heló la sangre en las venas (dónde, si no) al advertir que al niño le faltaba, como a mí, una falange del dedo índice de la mano derecha. La perdí de pequeño, al pillarme con una puerta jugando con mis hermanos. Guardo un

recuerdo confuso del dolor, del grito que di y de las carreras de mi madre (mi padre no se encontraba en casa) intentando encontrar a un vecino que nos llevara al hospital. También recuerdo el gesto de pánico de mi hermano Román, que había cerrado la puerta cuando yo tenía el dedo dentro, junto a una de las bisagras cuyo brillo me había llamado la atención. Nunca supe si lo había hecho a sabiendas o no. Quizá él tampoco. En cualquier caso, ha arrastrado siempre esa culpa que ha dificultado nuestras relaciones.

Muchos años después de aquel accidente, cuando le dije a mi madre que quería ser escritor, me miró la mano, como si la ausencia de aquella falange pudiera impedírmelo. Es cierto que tengo que coger el bolígrafo de forma un poco extraña, pero eso jamás me ha impedido escribir. A veces, por el contrario, pienso que tal dificultad ha influido de forma positiva en mi estilo.

Se escribe desde la carencia, desde la negación, y el hecho de que mis ejercicios de caligrafía fueran el resultado de una conquista, en ocasiones heroica, imprimió carácter, creo, a mi letra y, en consecuencia, a mi escritura. Hace años, un cirujano plástico me propuso un arreglo que rechacé. No sólo he aceptado vivir con una mano coja, sino que he hecho de ello una marca.

Ahí estaba yo, en fin, frente a aquel escaparate de una ciudad desconocida, pero también frente a mi vida. La existencia está llena de coincidencias portentosas. Si fuéramos capaces de reparar en todas las casualidades aparentes que se dan minuto a minuto a nuestro alrededor, nos quedaríamos asombrados del hilo conductor que atraviesa cada uno de los sucesos de la vida diaria, engarzándolos, sometiéndolos a una unidad de la que no somos conscientes. Quedaba por resolver el asunto de que los maniqués

pertenecieran a fabricantes distintos, pero también aquello tenía sentido si pensamos que mi hermano Román, el mismo que había ocasionado el accidente en el que perdí medio dedo, solía decirme que yo era adoptado.

Entré en la tienda y compré la ropa del niño y de la mujer ante la mirada de sorpresa del dependiente. Al regresar al hotel, extendí las prendas sobre la cama y tuve la revelación de que aquel vestuario era real. Quiero decir que quizá era lo único real de mi vida. He tenido en ocasiones la sensación de vivir situaciones irreales, pero nunca la de encontrarme ante un exceso de realidad. Tal era lo que sentía. Los pantalones del niño, su jersey de pico, así como la falda, la blusa y la rebeca de la mujer, que, adoptiva o no, era su madre, tenían una consistencia extraña, poseían la calidad de las cosas estables, sólidas, permanentes, macizas. Nunca yo mismo había sido tan real como en la

habitación de aquel hotel de una ciudad completamente desconocida para mí. Me llevé aquellas ropas a casa y, sin decir nada a nadie, las escondí en el sótano, junto a mis herramientas, pues soy aficionado al bricolaje. De vez en cuando, me asomo a ellas, las huelo y me siento real.

Viva la ósmosis

Durante mucho tiempo ignoré que los pechos de las mujeres estuvieran rematados por un pezón, y no fue un descubrimiento agradable, la verdad. Ahora, sin embargo, no sería capaz de imaginarlos de otro modo. Se acostumbra uno a todo. Cuando le conté a mi psicoanalista esta fantasía infantil sobre la ausencia de pezón me preguntó que de dónde creía entonces que salía la leche con la que las madres amamantaban a sus hijos.

—El pezón no lo explica todo — respondí yo—. El asunto de la leche es increíble con pezón o sin él. En cierto modo, me parecería más lógico que los

niños se alimentaran por ósmosis.

—¿Por ósmosis?

—Si las plantas absorben los minerales del suelo por ósmosis, no veo por qué no podríamos nosotros tomar la leche de ese modo.

—¿Acaso preferiría haber sido usted un vegetal? —preguntó mi psicoanalista.

—No lo sé —respondí yo y cambié de tema.

Le conté que durante un tiempo pensé que los niños nacían de las mujeres y las niñas de los hombres. Siempre tuve una percepción muy simétrica de la realidad, de manera que el que todo el mundo, con independencia de su sexo, naciera de las hembras me parecía desproporcionado. Ahora, sin embargo, no soy capaz de imaginar a un hombre pariendo. Se acostumbra uno a todo, a todo. No hay más que ver los documentales de La 2.

—¿Le gustaría a usted haber parido a una niña? —preguntó.

—No lo sé —respondí, aunque me

parecía un deseo incompatible con el de querer ser un vegetal—. Cambiemos de tema.

—¿Cree usted que está cambiando de tema en realidad?

—No lo sé —insistí—. Cambiemos de tema.

Mi psicoanalista se quedó callada y entonces recordé que un compañero de colegio me había contado que las mujeres nacían sin pezón y que les aparecía cuando tenían el primer hijo. En realidad era el bebé el que se lo fabricaba a base de chupar. A veces, chupábamos globos hinchados y veíamos cómo se formaba enseguida un pezón rudimentario, por lo que la explicación me pareció bastante verosímil.

Se lo conté a mi psicoanalista y dijo si me habría gustado a mí ser el mayor de los hermanos para hacerle los pezones a mi madre.

—No lo sé, creo que hubiera preferido la técnica vegetal, la ósmosis — insistí.

—Bueno, es la hora —dijo ella—. Mañana seguimos.

Me levanté y me fui. Las cosas eran como eran, desde luego, pero podían haber sido como las imaginaba yo. De hecho, había más lógica en mis propuestas que en las de la naturaleza. Al menos por lo que se refiere a los mamíferos. Los vegetales eran más sutiles, más limpios. Los vegetales están llenos de talento. Y es que como la ósmosis no hay nada, con perdón.

La pasión por la sinopsis

El sueño del hombre es tener concentrado mucho poder en un espacio muy reducido. La caja fuerte responde a ese ideal, lo mismo que el mando a distancia. En la primera, por pequeña que sea, cabe un diamante con sus dólares; con el segundo, puede uno viajar de una película de vaqueros a otra de ciencia-ficción sin abandonar el sofá. Hay un cuento de Borges, *El Aleph*, donde se habla de un punto en el que sucede de forma simultánea todo lo que en la realidad se nos muestra sucesivamente. Y en los bancos tienen una habitación con las paredes llenas de monitores para contemplar al mismo

tiempo la actividad de cada una de las dependencias del edificio entero. La más alta expresión de esa forma de poder es el botón nuclear, con el que te puedes cargar medio planeta utilizando un dedo. Tenemos tendencia, en fin, a la sinopsis.

Acabo de leer un artículo sobre el poder curativo de las plantas de los pies. Según su autor, en ese breve espacio corporal está contenido todo el organismo, con sus vísceras y sus vesículas, sus bacinetes y sus fosas. De manera que si tienes problemas con el bazo, pongamos por ejemplo, basta manipular la zona del pie correspondiente a ese órgano para acabar con el dolor. Visto así, el pie se convierte en una especie de mando a distancia a través del cual se podría activar cualquier órgano, desde los pulmones al riñón, o desde los intestinos al páncreas, sin más esfuerzo que el de ejercer una presión sobre la zona que corresponda. Bueno.

Todo esto tiene mucho que ver con el

pensamiento mágico, desde luego, al que son tan dados los pueblos primitivos y los niños. Todavía hay mucha gente convencida de que la nuez es buena para el cerebro porque se parece a él, y los dátiles excelentes para los dedos de los pies por la misma razón. Excuso referirme a las frutas de aspecto indecente o impúdico, que son muy numerosas, y pregunto a quien corresponda a qué zona del cuerpo podría representar el hesperidio, que se divide en gajos, como la angustia (y la naranja). Todo esto es muy bonito, en fin, muy literario; la pena es que sea mentira, como la quiromancia; otro sueño según el cual la existencia de un hombre cabe en la palma de la mano. A mí me la han leído muchas veces porque me gusta observar el ejercicio de concentración de la bruja, pero sé que jamás hablan de mí, sino de otros cuyas biografías voy anotando con escepticismo en mi diario para calcular cuántos puede llegar a ser

uno al final de su vida.

En fin, que la tendencia a la sinopsis, al esquema, al resumen, está bien para algunas cosas, pero resulta fatal cuando deviene en una forma de pensamiento. Y ahora la gente razona mucho así. Personalmente, me hace gracia, excepto cuando se trata de mi salud. No soporto a los médicos que presumen de observar el funcionamiento de todo el cuerpo a través del iris de los ojos, ni a los curanderos que les basta con olfatearme las plantas de los pies. Me gustan los rayos X y las resonancias magnéticas porque no tienen nada de mágico. Y es que yo, doctor, a diferencia de otros, quiero curarme. Dígame la verdad, ¿tengo algo grave?

Una belleza sobrenatural

En la mesa de al lado merendaban un feo y una fea de mediana edad. Si la fealdad de cada uno, aisladamente considerada, era cruel, la suma de las dos resultaba inhumana. Tan feos eran que no se podía dejar de mirarlos. Pero ellos, enfrascados en su conversación, permanecían ajenos a la curiosidad de los clientes y camareros de la cafetería. Daban la impresión de vivir dentro de una burbuja que los aislaba del mundo. Tanto era así que cuando me sirvieron el gin-tonic cambié descaradamente de silla para observarlos y escucharlos mejor. Pensé que si su conversación resultaba tan intensa como sus rostros, el

momento sería inolvidable. Hablaban de un jugo adhesivo que segregan las patas de las salamandras gracias al cual pueden correr por las paredes y los techos como si la fuerza de la gravedad no fuera con ellas. La fea aseguraba haber visto esa madrugada en la tele un documental sobre patas.

—¿Sobre patas? —preguntaba el feo.

—Sí, sí —decía ella—, un documental sobre las patas de las moscas, de las cucarachas y del cangrejo de mar. También del ciempiés.

Me gustan mucho los cangrejos de mar, por lo que me molestó que los colocara en el mismo contexto que a las cucarachas y a las moscas. Para quitarme el mal sabor de boca di un trago que me supo a chinche. Mi padre decía que la ginebra sabía a chinche, aunque jamás había probado uno de estos animales. Yo también sé a qué sabe el curocromo sin haberlo bebido. Rarezas del gusto.

—Soy muy partidario de las cucarachas —dijo el feo.

—¿Hasta dónde de partidario? — preguntó la fea.

—Hasta el punto —dijo él— de que no me importaría tener por presidenta del Gobierno o de reina a una cucaracha.

—Tendría que ser una cucaracha enorme —dijo la fea.

—Claro, de nuestro tamaño —dijo él.

Entonces la fea se ruborizó, como si el feo la acabara de piroppear. Y en ese instante, milagrosamente, ambos devinieron en dos seres de una belleza sobrenatural.

Tuve que pedir otro gin-tonic.

Cicatrices

Me despertó a media noche un cerebro, el mío. No me dolía, pero se las había arreglado para convertirse en el centro del universo. El resto de mi cuerpo no era más que una mera excrecencia o ramificación de aquella víscera. Me ocurre a menudo, también con otros órganos. La semana pasada, por ejemplo, me despertó el ojo del lado izquierdo. Tampoco me hacía daño, pero había adquirido un grado de existencia excesivo, como si se tratara más bien del ojo de un huracán. Todo lo que miraba con él adquiría unos contornos especiales, una relevancia inquietante. A través de las luces nocturnas que

filtraban los visillos observé con ese ojo los muebles del dormitorio y me pareció que tenían unos límites cortantes, groseros, como si cada uno de ellos pretendiera distinguirse del resto de la habitación y mostrarse en su pura individualidad, sobrecogiéndome.

También el cerebro se comportaba como un ojo, sólo que lo que mostraba bajo la luz fluorescente característica del halo encefálico eran muebles mentales. Me asusté un poco hasta que la experiencia se estabilizó. Luego recorrí aquella exposición de objetos que decoraban mi conciencia y observé que estaban poseídos también por un exceso de realidad. Cada cajón, cada espejo, cada sofá, era una cicatriz. Y los pasillos eran también cicatrices que, sumados, constituían una gran cicatriz de labios sonrosados que representaba mi existencia.

Me di la vuelta y la experiencia remitió, pero entonces me di cuenta de

que yo formaba parte de un cuerpo social en el que enseguida comenzó a destacarse sin doler, pero con fuerza, Felipe González. A la luz de su imagen, que constituía el encéfalo de la actualidad, fui contemplando el museo de las cosas reales y las cosas reales resultaron ser cicatrices también. Los contornos de mi país tenían la aureola característica de las pesadillas, y la mirada de González en el interior de esa masa carnal parecía la mirada de un fantasma sin reposo. Comprendí que no había esperanza, así que recuperé la individualidad y me dormí en el interior de mi propia cicatriz.

El orgasmo espontáneo

El periódico, como el Tercer Mundo, es un campo de minas antipersonales. Abres una hoja cualquiera, miras, y te estalla en medio de los ojos un titular que te mutila la buena conciencia. Sólo que no hay forma de desactivar esas minas porque entonces el periódico sería otra cosa. Las revistas del corazón, por ejemplo, son periódicos desactivados. Puedes transitar por sus páginas sin miedo a que ninguna explosión te arranque los hígados. En las revistas del corazón y similares sólo se dan estallidos de estupidez, pero eso lo único que te hace es más estúpido. Y ser más estúpido no duele; al contrario, te alivia

de otras cosas.

Pero en el periódico de vez en cuando también estallan minas, que, sin llegar a mutilarte, pueden golpear alguna zona sensible de tu carácter, dejándote un poco cabizbajo y meditabundo, o quizá cabizbundo y meditabajo, siempre me hago un lío. Hace poco leí que en Estados Unidos han comercializado un antidepresivo que puede causar orgasmos espontáneos al bostezar. Se llama Anafril, por si ustedes conocen en aquel país a alguien que pueda enviárselo por correo. Hay mucha gente a la que lo que le gusta de las medicinas son los efectos secundarios, es decir, que no toman aspirinas para el dolor de cabeza, sino para proporcionarse un buen ardor de estómago y no pensar en otra cosa. Y hay quien toma los ansiolíticos para tener un buen repertorio de vértigos, mareos y vómitos. El Anafril es estupendo para eyaculaciones prematuras, que deprimen mucho y te

obligan a acentuar el tratamiento.

También hay gente que se hace pis cuando se ríe, o que llora al estornudar, pero nunca habíamos oído hablar de la posibilidad de compatibilizar el orgasmo con el bostezo. A mí, si quieren que les diga la verdad, eyacular mientras se bosteza me parece el colmo del escepticismo, así que daría cualquier cosa por agenciarme una o dos cápsulas. Soy pasional y tiendo a bostezar con demasiado empeño, como si me jugara en ello la vida, pero ahora me gustaría volverme un bostezador escéptico y nada como el Anafril para lograrlo, así que no dejen de hacerme llegar un frasco si consiguen la receta. Muchas gracias.

El genoma

Al colocar uno de tus cromosomas bajo el tubo del microscopio se despliega ante el único ojo abierto en la cara como una llaga en la conciencia un mapa en el que puedes distinguir el gen de la fibrosis cística del de la depresión; el del sarcoma del de la esquizofrenia. No hay síndrome sin gen. Hasta esa tristeza de los domingos por la tarde procede de los jugos segregados por una vesícula infinitesimal localizada en las regiones más remotas del DNA. Tu existencia, en fin, se dirige hacia la artrosis o el Alzheimer a una velocidad de 12 meses/año, dejándose guiar por las indicaciones de una cartografía de la que

eres portador ignorante.

Pero si los microscopios actuales fueran más capaces o las técnicas de análisis molecular estuvieran más desarrolladas, al asomarnos a un gen no sólo descubriríamos las proteínas del sarcoma, sino también el traje de franela con el que inauguramos la juventud, el pantalón largo de pana con el que recibimos a la adolescencia o el caballo de cartón del que sufrimos la primera caída. Y si, para aumentar sus contrastes, sumergiéramos ese gen en la solución química adecuada, probablemente se nos aparecería también nuestro primer pasillo con cada una de las puertas que entonces no alcanzábamos a abrir. Porque hay genes de un solo dormitorio, con cocina americana, y genes de tres o cuatro habitaciones con vistas, dos baños, aseo y cocina alicatada hasta el techo.

Cuando progrese la óptica molecular y seamos capaces de acercar la lente un

poco más al material observado, descubriremos sin duda el gen de la lucha de clases, con su indumentaria de tergal y el del talento artístico, con sus harapos de gloria. Todos ellos, más las proteínas de las que se alimentan, son los responsables de la devastadora enfermedad llamada biografía.

Cuídate.

Tuberías

Si uno fuera capaz de reunir los patios interiores a los que se ha asomado a lo largo de su vida, formaría con ellos un sistema endocrino tan complejo como el del aparato digestivo. Lo curioso es que son idénticos unos a otros, se hayan visto en Bruselas o en Nueva York, en Copenhague o en París, a los cuatro o a los cuarenta años. Llegas a un hotel de una ciudad desconocida, en donde ni tú mismo sabes todavía quién eres, abres por curiosidad la ventana del cuarto de baño y allí están las mismas tuberías de tu infancia atravesando idénticas paredes grises con manchas de humedad. No importa el número de estrellas del hotel,

ni su situación, tanto como tu habilidad para detectar las aberturas tras las que se agazapan.

Otro día estás comiendo en un restaurante caro, donde vete a saber por qué medio has conseguido que te inviten unos anfitriones de lujo, cuando cometes el error de visitar el servicio, y también allí, inevitablemente, das con el ventanuco que te asoma a ese raro espacio que ya viste en Zamora o Murcia, en Valencia o Bilbao, en Buenos Aires o Berlín. Si en alguno de estos lugares alejados de tu geografía o tu bolsillo tienes problemas de identidad, basta con que busques el agujero atravesado por ese hilo conductor para averiguar de golpe quién eres y de dónde vienes. Hasta en las novelas hay patios interiores cuya suma compone un tubo digestivo que recorre la historia de la literatura. Algunos hombres, a medida que crecen, intentan separar este recurso arquitectónico de su existencia, lo que es

tan difícil como vivir sin estómago. A través de los patios interiores hacemos una digestión de lo que somos, pero también de lo que queríamos ser cuando, asomados al de la adolescencia, fumábamos los primeros cigarrillos clandestinos soñando en un futuro con las tuberías empotradas.

Los insectos

Me preguntó una periodista que por qué mis columnas solían componerse de tres párrafos y le dije que porque tenían la pretensión de parecerse a un insecto de los dotados, como viene siendo habitual por otra parte, de cabeza, tórax y abdomen. Lo dije por decir, la verdad, pero después de colgar el teléfono me di cuenta de que pocas veces había sido tan sincero. Si algo me gusta de la columna es su caducidad. La mayoría de ellas se escriben, se publican y mueren en 24 horas. Algunos insectos no viven mucho más. Le oí decir a un experto que existe una variedad de artrópodo cuya única misión en el mundo es fecundar a la

reina, por lo que no permanece entre nosotros más que el tiempo justo de practicar una cópula rápida y luego se muere. De hecho, carece de estómago, pues a la naturaleza le parecía un derroche dotarlo de un órgano que, con las prisas, no iba a llegar a utilizar. Me gusta también mucho de los insectos el hecho de que tengan la respiración traqueal. Las tráqueas son más limpias que los pulmones, que siempre me han parecido una porquería. Además, están colocadas en la zona lateral del tórax, lo que quiere decir que no implican a la boca en la toma ni en la expulsión de aire. Tienen, en fin, un diseño más funcional, más avanzado, con menos averías. Y para besar son también más prácticas que los pulmones, ya que puedes permanecer pegado a los labios del amado o amada sin tenerte que separar cada poco para tomar aire. Las personas que tienen respiración traqueal, por otra parte, carecen prácticamente de halitosis. No

hay nada peor que una de esas columnas mamíferas que te echan el aliento antes de abrir el periódico y te arruinan la lectura.

Lo que menos me gusta de los insectos es el abdomen, pero reconozco que se trata de un prejuicio biológico injustificado. Hay menos entresijos en el abdomen del insecto más grande que seamos capaces de imaginar que en el paquete intestinal del mamífero más diminuto del universo. Uno siempre escribe de lo que pierde y yo me he perdido ser insecto, qué le vamos a hacer. Por eso mis columnas son artrópodos.

Nacer

El feto oye en el útero ruido de tuberías, aunque la madre esté escuchando a Mozart. Mozart llega, con suerte, a través de la placenta, como las proteínas, pero por el oído el bebé sólo escucha borborignos, gárgaras. Es posible que las oiga como una amenaza, pues él será desaguado más pronto que tarde. Tal vez en el quirófano hayan puesto a Vivaldi, pero él sólo oirá el ruido de las esclusas orgánicas a través de las que su cabeza se abre paso. Enseguida, alguien cortará el cordón umbilical, que es la tubería por la que aún permanece aferrado a la madre, y el niño será lanzado al abismo de una

existencia propia. No es raro que ese cordón sea sustituido por un vínculo invisible que mantiene a los hombres, incluso a los hombres muy mayores, unidos de por vida a la madre.

Pensaba estas cosas en un hotel cuyas cañerías no hacían más que sonar. Me encontraba lejos de casa, en un país cuyo idioma me era desconocido y cuyas costumbres me resultaban extrañas, cuando no hostiles. Me había metido en la cama por meterme en algún sitio, y entonces las cañerías comenzaron a sonar. Hablaban el mismo idioma que las de mi país. Apliqué el oído y a través de aquellos sonidos familiares fui recorriendo todas las casas en las que había vivido. En la primera de la que tengo memoria, había un patio interior muy estrecho por el que descendían todas las tuberías del edificio, que tenía bronquitis aguda. Fue la música que me acompañó a lo largo de la infancia. Reconocí ese ruido antiguo, así como el

goteo de un grifo mal cerrado o roto, en el hotel.

Pero había algo que sonaba raro en aquel festival de fontanería, como cuando escuchas tu propio idioma en un acento que nunca antes habías oído. Me dio por pensar que aquello que no acababa de reconocer era lo mismo que percibe el feto en el interior del útero: un ruido de tuberías,

desde luego, pero amortiguado por la barrera de líquido amniótico que nos protege del exterior. Bajo las sábanas, lejos de mi país, recorriendo los rincones más extraños de aquella cama y de mí mismo, tuve la impresión de regresar a lo más antiguo y nací de nuevo. Pero al poco de nacer bajé a recepción y me hicieron pagar la cuenta. Nada es gratis.

La conciencia

Si el hígado insistiera en imponer su hecho diferencial al resto del organismo, la bilis inundaría la cavidad abdominal y, desbordando los conductos císticos o colédocos que le asigna la constitución corporal, anegaría los pulmones y nos saldría por los ojos. Le sobra fuerza, si quisiera, para hacernos volar en pedazos. De hecho, se trata de la víscera más voluminosa (ocho centímetros de espesor) y llega a pesar un kilo y medio en los cadáveres. Sin embargo, aun poseyendo una consistencia más sólida que los órganos vecinos, se deja deprimir por ellos mientras produce los jugos culturales

necesarios para la digestión enteral.

Y si los riñones se cansaran de estar detrás del peritoneo, que es por otra parte desde donde mejor funcionan, y decidieran ocupar, por ejemplo, el lado anterior de la cavidad abdominal, producirían en la zona una desorganización de incalculables consecuencias. Podrían argumentar, por qué no, que se sienten colonizados por las pirámides de Malpigio o las columnas de Bertini, que eran dos señores de apellido extranjero. Pero ahí están, drenando sin parar, pues no ignoran que una pequeña parada de su secreción provocaría un envenenamiento masivo por sustancias retenidas.

Según la nueva medicina, las vísceras tienen conciencia, de ahí que sean solidarias. La precisión del páncreas o la eficacia del bazo serían imposibles de conseguir a base de medidas disciplinarias. Actúan como actúan porque saben quiénes son sin necesidad

de producir catástrofes extrañas a su actividad. En cambio, las noticias que llegan del País Vasco parecen importadas de Chicago años treinta o de la Alemania nazi. Mucha singularidad histórica, pero estamos hartos de ver ese nacionalismo matón en películas extranjeras. Que aprendan de su hígado.

Frío en el tuétano

La infancia está en el tuétano del adulto, porque crecer es ir ocultando tras diversas capas, a la manera de un vegetal liliáceo, lo que uno fue. La capa de hoy esconde al individuo de ayer y la de ayer al de anteayer. Al final de todas hay un humilde espermatozoide vivaqueando en busca de una luna llena, el útero, en cuyas paredes incrustarse y perecer para ser alguien. Yo, cuando me desprendo imaginariamente de las sucesivas capas que me ocultan, llego invariablemente a un centro helado. Pasé mucho frío de pequeño, no sé si porque el clima era más riguroso entonces o porque teníamos menos ropa, quizá las dos

cosas. La cuestión es que el niño que llevo en los tuétanos continúa tiritando. No he hecho otra cosa en la vida que trabajar para quitarle el frío, pero todo ha sido inútil. Y sé que el día que me muera, cuando le dedique mi último pensamiento, continuará sentado en el borde de la cama, echándose el aliento en la punta de los dedos para darse un poco de calor.

Recuerdo que en su día vi la película *El espía que surgió del frío* sólo por el título. Aquel espía y yo teníamos en común que procedíamos del mismo sitio. Luego leí la novela de Le Carré en la que está basada y me sentí completamente identificado con aquel personaje que en la pantalla representó magistralmente Richard Burton. Por entonces, yo no había estado nunca en el Berlín Oriental, ni siquiera conocía el muro que separaba a unos de otros, pero también venía del frío, así que comprendí perfectamente la amargura del personaje

y la necesidad de buscar calor en el pecho de una bibliotecaria comunista. Leo todos los libros en cuya cubierta aparece la palabra *frío*, porque sé que en la primera página, o como mucho en la segunda, hablarán de mí. Continúo buscando una receta para calentar a aquel niño que todavía se pasea descalzo y en pijama por el centro de mis huesos, aterido a causa de la temperatura ambiental. Llevo, en fin, el frío en los huesos.

Así que, aun alegrándome mucho por ese matrimonio de Valencia que ha logrado tener hijos gracias a la congelación previa de los espermatozoides del padre, la noticia me ha dejado helado. Eso sí que es llevar el frío dentro.

La úlcera

Dice un médico amigo que si cuando nos apetece fumar, en lugar de encender un cigarrillo tiráramos veinte pesetas a la basura no nos costaría tanto dejarlo. Para algunos, sin embargo, se trata de una posición excesivamente economicista. Es cierto que el abandono del tabaco se traduce en un ahorro, asegura un estanco paradójico al que luego me referiré, pero lo más importante es lo que se gana en salud. Por eso, mejor que tirar las veinte pesetas a la basura, es tragárselas. Se traga uno veinte pesetas en monedas de duro tantas veces como ganas tenga de encender un cigarrillo y a las veinticuatro horas ha de acudir a

urgencias para que le hagan la cesárea. Entonces es cuando se da uno cuenta de lo malo que es el tabaco para la salud, pues el humo, aunque no pesa, hace tanto daño a los pulmones como la calderilla al estómago. Ahora bien, hay gente tan viciosa que cuando recupera el dinero, todavía con la cicatriz cruda, va a un estancoy se compra un paquete.

Las temporadas que fumo compro normalmente el tabaco en máquinas, porque no he conocido nunca a un estanquero como el de *Smoke*. El último con el que tuve relación era un ex fumador converso. Odiaba a todos los que entraban en su establecimiento y le producía una rabia sin límites el depender económicamente de aquella panda de viciosos. Lo primero que veías al entrar en la tienda era un cartel enorme con la leyenda de «Prohibido Fumar».

Esto es como si en un quirófano pusiera «Prohibido Operar», me quejé un día, para ablandarle un poco, pero me

miró torvamente y dijo que no le quedaba Marlboro, aunque yo estaba viendo una caja al otro lado del mostrador. Este estanquero paradójico había dejado de fumar por el sistema de tragarse treinta pesetas en duros cada vez que le daba el mono. Tenía una

cicatriz de veinte centímetros en el estómago y una úlcera incurable que le había agriado el carácter. Pero no fumaba. Su cruz era que vivía de que los otros lo hicieran. El mundo está lleno de gente que odia su manera de ganarse la vida. El asunto era más soportable cuando se podía fumar. El cigarrillo era una venganza. Ahora somos más sumisos, pero tenemos úlcera.

La migraña y el ángel

Normalmente, antes de que se haga presente la jaqueca, aparece su aura, que se manifiesta con fenómenos ópticos curiosos como el de ver las cosas partidas o los brazos de los otros separados del cuerpo. El aura es mejor que la jaqueca. Si uno pudiera, no daría un paso más allá del aura, del mismo modo que no daría un paso más allá de la niñez. Pero hay que creer, eso dicen, así que detrás del aura viene indefectiblemente el dolor. Es lo malo de vivir en una dimensión en la que las cosas suceden unas después de otras. La ventaja del aura, además del placer mismo de observar las cosas como son en realidad (separadas o partidas) es

que le permiten a uno automedicarse con anticipación. Hay gente que prefiere automedicarse con efectos retroactivos, pero eso no sirve de nada. Si te tomas ahora una pastilla para el dolor de cabeza que tuviste ayer, no te quitas el dolor y encima corres el peligro de tener una migraña por lo que los médicos llaman el «efecto rebote».

La vida es muy complicada y está llena de estas cosas incomprensibles como el que lo mismo que te quita el dolor te lo produzca, o que el que te quiere te haga llorar. Yo ya me he resignado a todas estas contradicciones y no le pido a la vida explicación ninguna. Aprendí muy pronto que el hielo quema y que el fuego te deja helado, y que las canciones tristes le ponen a uno alegre mientras que las alegres le hunden en una postración sin remedio. Así pues, tampoco me extraña que el dolor de cabeza, tan incómodo, lo anuncie un ángel en lugar de un diablo.

Y es que lo que los médicos llaman el aura es en realidad un ángel que se mezcla con esos puntitos blancos de la visión cuando uno está muy débil y le dice con toda la ternura del mundo:

—Mira, he venido a anunciarte que vas a tener una jaqueca, así que no te asustes si ves doble o triple, incluso si no ves. Cualquier cosa que te ocurra a partir de este momento es normal.

Uno se quedaría toda la vida con el ángel, pero por lo visto ese deseo es un modo de negarse a crecer. Así que te haces mayor cuando te duele la cabeza. Que sea para bien.

La respiración pulmonar

Durante una época escribí en una revista de medicina y humanidades. Procuraba, por experimentar, dar a mis artículos un tono como de prospecto de medicina. Tuvo mucho éxito uno en el que recomendaba a la gente no tirar los analgésicos caducados en la idea que podrían aliviar, gracias a su capacidad retroactiva, los dolores de cabeza antiguos. Recibía muchas cartas de lectores hipocondríacos que me relataban sus síntomas en la convicción de que yo podía ayudarles. Conservo, entre otras, la de un ama de casa obsesionada con la idea de que si no estaba pendiente todo el rato de su respiración, los pulmones

dejarían de funcionar. El síntoma comenzó en una clase de yoga que le había recomendado su médico de cabecera, cuya primera lección consistía en aprender a respirar. Ella había tenido hasta entonces muchos síntomas, pero ninguno relacionado con el aparato respiratorio. En las clases pedían a los alumnos que hicieran consciente el hecho de respirar, que imaginaran que el aire entraba de un color por las narices y salía de otro color por la boca.

Al segundo día, mientras regresaba a casa en el metro, sintió que en el vagón no había aire suficiente, o que estaba muy viciado, y tuvo que salir tres o cuatro estaciones antes de la suya. Era consciente, segundo a segundo, de su respiración, hasta el punto, aseguraba, de que si dejaba de pensar en ella, dejaba de respirar. Sobra decir que apenas dormía por miedo a asfixiarse y que empezó a utilizar por su cuenta y riesgo un broncodilatador del que se servía sin

medida alguna. Su carta tenía un poder de sugestión increíble, pues mientras la leía yo mismo notaba que me faltaba el aire si dejaba de pensar en los movimientos de los pulmones. De otro lado, describía muy bien sus noches angustiosas en la cocina de su casa, observando atentamente su respiración y los números luminosos del microondas. Aunque su marido y sus hijos le preguntaban si le ocurría algo, ya que tenía cara de susto todo el rato, ella lo achacaba a las jaquecas.

Esa noche soñé que si no respondía a aquella carta agobiante, moriría asfixiado. Soy un poco supersticioso, de modo que decidí escribir a la mujer dándole unos consejos de trámite, para aliviar mi mala conciencia. Lo curioso es que mientras el bolígrafo se deslizaba por la cuartilla, mi respiración mejoraba de manera notable. Me pareció increíble que, habiendo respirado toda la vida, no me hubiera dado cuenta hasta aquel

instante de lo importante que era hacerlo bien. El aire se había convertido de súbito en un producto de gourmet. A veces, me detenía a respirar como el que hace un alto en su trabajo para tomar una copa de cava con un montado de caviar.

Eché la carta al correo y ahí quedó la cosa. A los pocos días me olvidé de la mujer y volví a respirar de forma rutinaria. Pasados unos meses, recibí a través de la revista la carta de un hombre que se identificaba como el marido de aquella mujer. Me contaba que su esposa había muerto de un enfisema pulmonar y que al recoger sus cosas había visto mi carta entre sus pertenencias. Me agradecía los «consejos pulmonares» que le había dado a su mujer y me enviaba también, absurdamente, una fotografía de ella. Calculé que tendría unos treinta años. Su rostro era afilado y enormemente atractivo. Se trataba de una foto de carné, con la marca de un sello, como si hubiera sido arrancada del

pasaporte o de un documento semejante. La mujer estaba seria y tenía los labios entreabiertos en una expresión de ansiedad.

Lo suyo hubiera sido que me desprendiera de la fotografía, y de la carta, pero un movimiento supersticioso me obligó a guardarla en una caja donde meto las cosas que no me interesan, pero de las que me da miedo desprenderme. A veces, me venía a la memoria la expresión «consejos pulmonares» de aquel hombre y notaba en la boca un gusto raro, como el que siento en el mercado al pasar por delante de la casquería. Escribí varios artículos sobre la respiración pulmonar para ver si se me quitaba la idea de la cabeza y lo cierto es que con el tiempo me olvidé de la mujer, de su marido y de los pulmones.

Un año o dos más tarde, revisando papeles antiguos para hacer una limpia, tropecé con la fotografía de la mujer. No me atrevía a tirarla, pero tampoco quería

dejarla en la caja de las cosas que asustan, de modo que le hice un hueco en el álbum familiar. Hace unos días mi mujer estaba ordenando las fotos de nuestro último viaje y descubrió la de la mujer que no respiraba bien. «Quién es ésta», preguntó. «No tengo ni idea», dije. Tras contemplarla unos segundos, la dejó dentro del álbum, por si fuera alguien.

Cultura clínica

Lo que más me impresionó de mi primer viaje a México fue un cartel del aeropuerto en el que ponía: «No a la fiebre aftosa.» Estaba colocado estratégicamente en todas las esquinas, compitiendo con la publicidad de las marcas de whisky o de tequila. Yo no sabía lo que era la fiebre aftosa, pero sí lo que era la faringitis crónica, que padezco desde la adolescencia, así que esa noche soñé que llegaba a un país en cuyo aeropuerto había grandes vallas con esta leyenda: «No a la faringitis crónica.» Éste es mi país, me dije en sueños. En el control de policía y en la aduana, en vez de exigirte que abrieras la maleta, te

pedían que abrieras la boca, para que un otorrino te examinara la garganta. Pero si la tenías mal, como era mi caso, no te metían en la cárcel, sino que te recetaban unas pastillas milagrosas.

Ya en la calle, a bordo del taxi que me llevaba al hotel (todavía dentro del sueño), vi que las avenidas estaban llenas de grandes carteles contra el ardor del estómago y contra las migrañas y contra el insomnio. En una plaza, junto a un obelisco, había un monumento de piedra erigido en honor a las digestiones fáciles. Un grupo de manifestantes portaba pancartas en las que se condenaba la artrosis; otro, daba vivas a la respiración pulmonar. El taxista me contó que acababan de detener al cabecilla de una banda que predicaba la respiración anaerobia. «Respiración anaerobia, imagínese», añadió observándome por el retrovisor.

Yo puse cara de espanto, aunque en el sueño, no sé por qué, era más partidario

de las branquias que de los pulmones. En el hotel, en vez de conserje, había un médico que antes de darte la llave de la habitación te hacía un escáner. Era el paraíso de un hipocondríaco. Me desperté con unas décimas de fiebre porque había cogido frío con el aire acondicionado del avión. Llamé a recepción y me enviaron a un médico que me puso en cuarentena, por si se trataba de la fiebre aftosa, a la que ya he dicho que odiaban. Cuando me dieron el alta, tuve que regresar a España sin haber salido prácticamente del hotel. Lo único que vi de México fueron aquellos carteles contra la fiebre aftosa. De donde se deduce que viajar da cultura, al menos cultura clínica.

No tengo ni idea de ligar

En la mesa de al lado a la que yo me tomaba el gintonic de media tarde charlaban un hombre y una mujer, los dos en la treintena. No logré averiguar si eran novios, compañeros de trabajo o amigos de la infancia. En el instante en el que yo ponía la oreja, él decía:

—He soñado que tenía un bultito en el recto.

—Vaya por Dios —respondía ella—, ¿y qué te decía el médico?

—Decía que tenía el tamaño de un garbanzo, aunque una forma muy rara. El caso es que me lo extirpaban y resultaba ser un bebé muy pequeño y fosilizado.

— ¡Menudos sueños tienes!

— Me entregaban al bebé y ¿sabes qué era en realidad?

— ¿Qué era?

— Un hermano gemelo que no había prosperado y que me tragué sin querer mientras me encontraba en el útero materno.

— ¿Qué es eso de que te lo tragaste sin querer?

— Pues que no lo devoré ni nada de eso. El pobre se atrofió y la corriente de líquido amniótico lo llevó hasta mi boca.

La conversación me pareció muy estimulante, de modo que pedí unos frutos secos para acompañar el gin-tonic y me trajeron garbazos tostados que fui incapaz de comer. Entre tanto, el hombre de la mesa de al lado explicó a la mujer que había más embarazos gemelares de los que creíamos.

— Pero uno de los gemelos —añadió— muere antes del parto y se incrusta de un modo u otro en el sobreviviente. ¿No te has fijado en esas

personas que tienen una verruga con pelos?

—Sí —dijo la chica con expresión de susto.

—Pues son en realidad bebés que no llegaron a prosperar, pero que se adherieron al cuerpo del gemelo triunfante.

Comencé a repasar mi cuerpo mentalmente en busca de un gemelo atrofiado y encontré dos, no en forma de verrugas con pelos, sino de formaciones que el pudor me impide describir con detalle. Y mientras yo contabilizaba los hermanos malogrados que se habían aferrado a mis carnes como a un clavo ardiendo, la chica de la mesa de al lado confesó que ella tenía, debajo del seno izquierdo, una formación extraña.

—¿Un exceso de tejido? —preguntó el chico.

—Algo así, pero no tiene forma ni de verruga ni de peca ni de bulto. Es como una excrecencia carnosa de color rosado.

—Pues va a ser un hermano —dijo él.

—O una hermana —dijo ella.

—Si quieres, te lo miro, a ver si se le ve el sexo —añadió él.

—Vale —respondió ella.

Dicho y hecho, se levantaron y se dirigieron los dos a los lavabos, de donde salieron al cabo de un rato con gesto de satisfacción sexual. Me pareció un modo muy raro de seducir a una chica, pero nunca se sabe.

El caso es que a los pocos días estaba yo tomándome el gin-tonic de siempre con una antigua conocida que me gustaba mucho y le dije que había soñado que tenía un bultito en el recto.

—¿Cómo de profundo? —preguntó ella.

—No sé —dije yo—, como hacia la mitad.

—Pues háztelo ver.

—Pero si te estoy diciendo que ha sido un sueño.

—Hay sueños premonitorios —dijo ella—, yo iría al médico enseguida, por si acaso.

— ¿Por si acaso qué?

— Por si acaso es algo malo.

— ¿Y si se tratara de un hermano gemelo que no prosperó quedándose alojado en esa parte de mi cuerpo?

— ¿Qué estás tomando?

— Un gin-tonic, como tú.

— ¿Y no te has tomado nada antes?

— ¿Qué me iba a tomar?

— No sé, un alucinógeno.

No tomo alucinógenos ni nada parecido, aunque me gustan mucho las pastillas de paracetamol con codeína y los caramelos de menta. Total, que no nos fuimos a los lavabos a hacer cochinas, que era de lo que se trataba. El problema es que me quedé obsesionado con la idea del bultito y pedí hora al médico de medicina general, pues ignoraba si el recto era una especialidad médica. Cuando le dije que había soñado que tenía un bultito en el recto, en vez de hacerme una resonancia magnética o lo que quiera que se haga en estos casos, me

dio un volante para psiquiatría. Perra
vida.

Tus eosinófilos

A esta hora de la mañana te toca análisis de sangre. Ahí estarás, pues, ofreciendo la cara interna de tu brazo a alguien que lo estrangulará con una goma a la altura del bíceps para que se manifieste la vena, la vena tuya, que aparece enseguida como un clítoris asustado en la zona más frágil de esa articulación. Ahí está la aguja rompiendo la barrera de la piel, penetrando con violencia calculada en el vaso, del que extraerá unos centímetros de plasma lleno de leucocitos, linfocitos, monocitos, neutrófilos, eosinófilos... Todo lo que te pertenece suena a música, también tus hematocritos y tu hemoglobina y tus

hematías. Ahí está ya tu sangre roja cruzando la ciudad en un tubo de ensayo mientras tú sacas el coche del parking y pones una canción de Antonio Vega que cantarás entre semáforo y semáforo. Tu sangre por un lado, tu cuerpo por otro y yo por otro.

Ahora imagino que soy el técnico de laboratorio al que le llega la muestra que acaban de robarte y que en vez de analizarla me la bebo. Me bebo todas las muestras que llevan tu nombre como me comería todas tus biopsias, corazón. Y daría cuenta también a ojos cerrados de tu fósforo, de tu creatinina, de tu calcio total y de tu albúmina, aunque para ello tuviera que beberme la muestra de orina que tan delicadamente, tras bajarte las braguitas de espuma, has depositado sobre el frasco estéril de plástico. Tú atravesando la ciudad en una dirección, tu orina en otra y yo mismo en otra, cada uno víctima de un metabolismo, de una transaminasa, de

una fosfatasa alcalina, de un tiempo de sedimentación, de unos iones, de una desintegración lipídica, de unos marcadores tumorales. Pienso a estas horas de la mañana en tu glucosa basal y me excito como un adolescente. Cuántas palabras inauditas componen tu cuerpo, amor. Y todas llueven en este instante sobre la ciudad.

MENTE

La caída

Sentado en el borde de la cama, como cada día a esas horas, pactó con la realidad los límites de la jornada y luego se dirigió al cuarto de baño para comenzar a cumplir su parte del trato. Se duchó y se afeitó, pues, como un hombre real, se colocó encima un traje verdadero y tomó un autobús auténtico en la esquina de costumbre. Llevaba tanto tiempo realizando los mismos gestos que ya no se acordaba casi de la época en que había sido irreal ni lograba explicarse el porqué de esa caída en el universo de las cosas evidentes. Tal vez al dar un traspiés se había colado por alguna rendija que comunicaba ambas

dimensiones. En cualquier caso, no renunciaba a encontrar el camino de vuelta. Mientras tanto, disimulaba su condición impalpable para no levantar sospechas. Esa mañana había en la oficina una atmósfera algo turbia: despedían a un compañero que estaba a punto de llorar frente a los canapés de caviar sintético con los que la empresa se lo quitaba de encima. Cuando fue a abrazarle, el despedido le confesó: «Tengo una sensación de irrealidad insoportable, como si todo esto le estuviera sucediendo a otro.» A lo mejor me está pasando a mí, pensó el hombre irreal súbitamente esperanzado. Hubo discursos, más canapés y un diploma para la víctima. El hombre inexistente, en un aparte, dijo a su colega: «En confianza, yo soy irreal, lo más probable es que me estén despidiendo a mí, no te preocupes.» El otro volvió a casa, le contó a su mujer que todo había sido un malentendido, e insistió en ello durante

las semanas siguientes, pese a que nunca le permitían entrar en la oficina. Cada mañana, sentado en el borde de la cama, pactaba con la irrealidad las incidencias de la jornada y luego se pasaba el día buscando la rendija por la que había caído de una a otra dimensión.

El afán vertebrador

Los gusanos, y no en el sentido metafórico del término, están ocupando últimamente muchos titulares de prensa. Personalmente, me felicito por ello ya que siempre tuve un gran respeto por estos animales que son capaces de encerrarse a pensar en el interior de un capullo y salir convertidos en mariposas. Por eso, cuando se habla de la vertebración de España y todo eso, uno no comprende muy bien por qué la columna vertebral está tan privilegiada cuando para la meditación trascendental es un estorbo. Hace poco veíamos que el material genético del hombre y del gusano no eran en el fondo muy diferentes entre sí,

y que bastaba una pequeña variación en el ADN para que en lugar de una anguila, pongamos por caso, saliera un bípedo. Así que somos lo que somos de milagro, es decir, porque los genes han caído de este lado, ya que si llegan a caer del otro en lugar de estar frente al papel tejiendo un artículo, estaríamos en la rama de un pino tejiendo un capullo de procesionaria.

El caso es que los científicos han conseguido ahora alargar la vida de un gusano a base de manipulación genética y tal. Por lo visto tienen una proteína de cuya producción depende el envejecimiento, de manera que cuando consigan aislarla, y dada las semejanzas entre esos bichos que tanto nos repugnan y nosotros, conseguiremos también prolongar la nuestra. Lo malo es que, junto a esta noticia, aparecía otra según la cual nuestro peor enemigo es el mosquito. Según la OMS el 13 por ciento de las personas que fallecieron por una

enfermedad infecciosa durante 1995 fueron contagiadas por un mosquito. Esa cosa tan pequeña aficionada al clarinete transmite la malaria, el dengue, la filiarosis linfática, la encefalitis japonesa y la oncocercosis, entre otras cosas que no sabemos qué significan.

O sea, que la vida depende, por un lado, de los gusanos, que son los seres más alejados de nuestra morfología, y, por otro, de los mosquitos, que nada tienen que ver con nuestra sintaxis. ¿De dónde, pues, hemos sacado este afán vertebrador cuyos resultados, si leemos los periódicos, son tan pobres? Misterio. Por mi parte, me apresuro a declarar que siempre me sentí una mosca frustrada.

Mariposas muertas

En tiempos duros conviene permanecer atentos a las noticias débiles. No sé si se han enterado ustedes de que en México han muerto este invierno millones de mariposas a causa de una ola de frío. Lo sorprendente de las mariposas no es que mueran, sino que sobrevivan con ese cuerpo que parece una brizna y esas alas que pierden los polvos mágicos con una rozadura. Los individuos de la especie afectada, que se llama Monarca, viajan cada año de Canadá a México (4.500 kilómetros), donde permanecen hasta el mes de abril haciendo las cosas misteriosas que realizan los insectos cuando van de acá

para allá sin objeto aparente. Se calcula que cuarenta millones de Monarca han sucumbido a las heladas de este año. Cuarenta millones de mariposas muertas apenas ocupan media columna en las páginas interiores de un periódico, pero en la realidad, según los ecologistas que las han visto fallecer, forman una alfombra de considerablesproporciones.

A veces, en tiempos de campaña electoral, cuando nos obligan a vivir hacia fuera el 80 por ciento de nuestra jornada, conviene hacer un ejercicio de recogimiento y volverse hacia el interior de uno, donde se encuentran, entre otros, los bosques de México y Michoacán, reservas naturales de multitud de insectos, para ver cómo caen, arrugados por el frío, esos prodigios voladores que soportarían una catástrofe nuclear, pero que no resisten una helada. Porque aunque esas mariposas mueran lejos de aquí, es posible que sus cadáveres caigan en algún lugar dentro

de nuestro pecho.

En cualquier caso, en tiempos en los que es difícil encontrar significados importantes en las palabras y actitudes de los contemporáneos, una noticia como la de la muerte de cuarenta millones de mariposas no puede pasar ante los ojos, por breve que sea, sin que la recortemos y la

clavemos con un alfiler, al modo en que se disecan los insectos, al corcho de nuestro cuarto de trabajo. Así, cada vez que oigamos algo que no nos concierne, aunque lo digan de tal modo que parezca que en ello nos va la vida, podremos volver los ojos hacia ese suelto insignificante, que es como volverlos hacia dentro, para distinguir lo contingente de lo necesario.

La memoria de Françoise

Declaraba hace poco la escritora Françoise Sagan a propósito de su memoria: «No me acuerdo de nada. Me faltan cinco años por aquí, tres por allá...» Sorprendía que hablara de sus recuerdos de este modo casual, como quien constata, al abrir el armario, que le faltan dos camisas de verano y unas zapatillas de andar por casa. Me pregunto si buscará esos años desaparecidos con el empeño que ponemos a veces en encontrar unos calcetines, unos guantes, una bufanda de la temporada anterior que estábamos seguros de haber colocado en un sitio donde no aparecen. La bufanda de la

Sagan continuará seguramente en el mismo lugar, pero ha desaparecido, sin embargo, de su memoria.

Ésta es la contradicción: que hay cosas que no desaparecen de la realidad, aunque se esfuman de la memoria, y sucesos que continuando intactos en la memoria hace tiempo que desaparecieron de la realidad. Los años de plenitud de las personas y los colectivos son aquellos en los que coinciden lo que hay afuera, en la realidad, y dentro, en la cabeza. Esa sincronía es quizá característica de la juventud, y no sólo de la juventud, sino de una forma de percibir el mundo, de nombrarlo, de relacionarse con él. Seguramente, si preguntáramos a los expertos, dirían que esa sincronía es también una forma de salud mental. Aunque no siempre: en tiempos de Sade, tal como relata magistralmente Gonzalo Suárez en su novela *Ciudadano Sade*, lo que sucedía en las calles era un reflejo de

las fantasías del marqués. La sincronía era terrible, pues. No sabemos nada.

El caso es que a Françoise Sagan le empiezan a faltar cinco años por aquí y tres por allá. Va a coger un recuerdo de entretiem po, para salir a dar una vuelta por París, y ya no está el recuerdo en su sitio. Cuando el armario se quede vacío del todo, habrá desaparecido ella misma, aunque continúe sentada en su mecedora, cerca de la ventana, tal como la hemos visto en las últimas fotos. Hay gente que se muere antes de morir, o que vive después de fallecida. Quizá esos años sin memoria le abran a uno al misterio más que los de plenitud. Buenos días, tristeza.

Ladrones del yo

Hace poco, en una mesa redonda sobre la identidad, nadie sabía decir a ciencia cierta en qué consistía ser yo. Finalmente, uno de los participantes señaló:

—De la identidad cabría decir lo mismo que san Agustín afirmaba acerca del tiempo: «Si me preguntas qué es, no lo sé, pero si no me lo preguntas lo sé.»

Ignoramos, pues, quiénes somos a ciencia cierta, pero en el fondo de nuestro corazón todos tenemos la impresión de ser alguien. Todos, menos uno del público, según el cual la identidad era un traje del que nos cambiamos a nuestra conveniencia.

—No somos los mismos —aseguró— en casa o en la oficina, con nuestros hijos o con nuestros amigos, por la mañana o por la tarde.

Me pareció sugerente esta hipótesis, según la cual nos asomábamos a la ventana y al mismo tiempo de averiguar si convenía coger el abrigo o la gabardina, decidíamos disfrazarnos de funcionarios o de esposos. Pero seguramente, aunque ingeniosa, la idea no era cierta. Por debajo de esas circunstancias, hay una identidad que las recorre a todas. Ser uno, en otras palabras, no consiste en no ser dos, sino en haber construido a todos los que somos con materiales propios.

Más de 100.000 españoles, según las estadísticas, viven atrapados en sectas destructivas. Se las llama así para diferenciarlas de las sectas cuyo grado de institucionalización es tal que han merecido recibir el nombre de religiones (el cristianismo fue en sus orígenes una

secta). Ahí tienen ustedes
100.000 casos de identidades enajenadas,
alienadas (que viene de *alien*: otro), de
personalidades construidas con
materiales ajenos a los verdaderos
intereses del sujeto que los sufre.

O sea, que no somos nadie, pero somos algo. Y cuando no somos lo que debemos, algún fusible salta en nuestro interior como una voz de alarma. La identidad, la identidad. Si me preguntas en qué consiste, no lo sé, pero si no me lo preguntas lo sé. Las sectas destructivas viven de secuestrar identidades. Ellas saben quién eres tú porque han robado muchos «yoes».

Tomo nota

Crecí en la cultura de las verdades reveladas (*yo soy el que soy* y todo eso), por lo que me he pasado la vida esperando una carta, un telegrama, una llamada de teléfono. No se trataba de una espera consciente, desde luego. Me he dado cuenta ahora, de mayor, al reflexionar sobre mi existencia y advertir que siempre he atendido de forma un poco ansiosa el teléfono, que nunca he dejado de revisar la correspondencia (aunque fuera del banco), que he abierto la puerta de mi casa a todos, fueran testigos de Jehová o vendedores de aspiradoras. Incluso he invitado a los segundos a merendar, por si fueran

portadores de un mensaje. He sufrido también la variante más cruel de esa espera: la de creer que podría serme revelada una novela genial, un poema único, una teoría científica definitiva. Pero jamás he tenido la suerte de escribir al dictado. Todo ha salido de mi pluma, a veces de manera harto dolorosa. Ocasionalmente, he sufrido destellos significativos, pero de apenas dos o tres segundos, y me cogían siempre fuera de la mesa de trabajo. Nada comparable a la alucinación continuada que permitió a Dante escribir *La Divina Comedia* o *El Quijote* a Cervantes. No he escuchado voces ni he visto apariciones. No he intuido nada que haya ocurrido días o semanas después. Ese silencio cósmico me ha hecho sentirme como una persona poco querida por los dioses. Visto, sin embargo, con la perspectiva que dan los años, casi es una bendición. No debe ser fácil estar a la altura de la *Teoría de la Relatividad*, de la *Odisea*, de la

Interpretación de los sueños. Es un alivio saber que puedes dejar de atender el teléfono, de leer la correspondencia del banco o de abrir la puerta a los vendedores ambulantes sin que se pierda nada trascendental para la humanidad. Quizá he recibido la revelación de que no hay revelación, de la que tomo nota.

La llamada

Telefoneó al supermercado para hacer el pedido, pero una mujer respondió que aquello era una casa particular. Colgó lleno de palpitations: la voz había abierto en su memoria sentimental una grieta por la que comenzó a salir enseguida una aguja de gas. Volvió a marcar confiando a los dedos la reproducción del error y respondió de nuevo la mujer. Él permaneció en silencio, absorbiendo con los sentidos la atmósfera de la habitación lejana. No se oía la televisión ni la radio: tampoco ruido de niños. Imaginó que vivía sola en un apartamento igual que el suyo y lo reprodujo sin dificultades. Ella, a su vez,

callaba. Quizá su voz había levantado también un registro mal cerrado en las sentinas de su memoria. La imaginó con un libro en el sofá.

Durante años había soñado que se encontraban en la calle y ahora, en lugar de sus cuerpos, se cruzaban sus voces, pero la de ella tenía la densidad de un cuerpo. «Diga», repitió al fin, y él paladeó ese «diga» con las membranas del oído, igual que en otro tiempo había saboreado sus muslos con sus dedos. Era un «diga» mojado por la excitación. De manera que también ella vivía sola y los sábados por la tarde leía: tenía la voz de los que se refugian de las horas dentro de una novela. «¿Es el supermercado?», preguntó. «Sí», escuchó al otro lado, tras un titubeo: «¿Qué desea?» Recitó el pedido y al final la mujer añadió que había yogures en oferta. Después de los yogures, no supo continuar. Ella, tampoco, así que dijo que se lo enviarían y colgó sin solicitar la dirección, lo que

acabó de delatarla. Telefoneó de nuevo, lleno de remordimientos, pero sus dedos no se atrevieron a equivocarse una vez más. Se habían cruzado, pero después de unos instantes prefirieron simular que no se conocían. Él reprimió un sollozo y, ahora sí, llamó al supermercado.

Limpiadoras

En un acto académico celebrado en la Universidad de Nueva York, al que fuimos invitados no hace mucho un grupo de escritores de distintas nacionalidades, aunque todos de habla española, intervino de repente una mujer que se encontraba entre el público. Primero nos felicitó por todo lo que hasta entonces habíamos dicho, y a continuación nos explicó que ella era portorriqueña y que se ganaba la vida en aquella ciudad limpiando oficinas por las noches.

Yo ya conocía a estas mujeres que entraban en los grandes edificios de la burocracia neoyorquina cuando la

mayoría de la población se metía en la cama, y que se pasaban la noche deambulando por aquellos espacios vacíos arrastrando una aspiradora o blandiendo una gamuza para el polvo: mi hotel se encontraba frente a uno de estos edificios y, como solía llegar tarde e insomne a la habitación, intentaba atraer el sueño bebiendo el último vaso de agua, mientras contemplaba la fantasmal actividad que se desarrollaba a esas horas en el edificio de enfrente.

La mujer describió con enorme habilidad el sentimiento de indefensión y soledad que provocaba a tales horas entrar en un ascensor o bajar por unas escaleras fantasmales.

Todos estábamos fascinados por su relato, pero también un poco incómodos, porque no sabíamos hacia dónde se dirigía. Finalmente, denunció que la mayoría de aquellas mujeres que limpiaban oficinas en turno de noche padecían una situación permanente de

acoso sexual por parte de sus jefes, que por lo general eran blancos y norteamericanos.

Este final fue saludado por un largo e inquietante silencio que el moderador rompió al fin, señalando educadamente que aquello, aun siendo terrible, no tenía nada que ver con aquel acto académico. ¿Realmente no tenía nada que ver?, me pregunté esa noche frente al edificio de oficinas que había frente a mi hotel. Quizá no, pero es lo único que mi memoria ha logrado salvar de ese viaje.

Verano 1

Tuve, durante la siesta, una ensoñación en la que ocurría un desastre nuclear al que sólo sobrevivíamos El Corte Inglés y yo. Al principio, como es natural, nos desesperábamos, pero luego, viendo que la vida continuaba, decidíamos incorporarnos a su corriente con la naturalidad que éramos capaces de aportar a una circunstancia tan rara. Así pues, muchos días, al salir de la oficina, donde no habían quedado en pie ni los percheros, iba a los grandes almacenes y compraba cosas precisas e imprecisas, en confuso desorden, como antes de la catástrofe. El establecimiento me atendía con la eficacia habitual en él, con su

sonrisa, y si algo no me gustaba me devolvía el dinero, que yo me apresuraba a gastar en otra cosa. Por mi cumpleaños recibía siempre una tarjeta de felicitación. Un día, después de pagar, le pregunté a El Corte Inglés qué tipo de sociedades consideraba él más atractivas, las consumistas o las ahorradoras. Noté que no quería comprometerse, aunque finalmente respondió que las consumistas, pues hacían circular el dinero y con él el oxígeno necesario para el funcionamiento del cuerpo social. Pero yo soy muy perspicaz, no es fácil engañarme, y me di cuenta de que había mentido: El Corte Inglés prefería las personalidades ahorradoras, aunque dependiera de los temperamentos despilfarradores. La existencia es así: a veces uno tiene que vivir de lo que más detesta en sí mismo o en los otros. Regresé a casa preocupado, pensando que los grandes almacenes, tan atentos siempre a mis necesidades, no me

querían por mí, sino por mi dinero, lo que me pareció más difícil de sobrellevar que el propio desastre nuclear. Entonces desperté con el hígado bañado en pajarán y escribí a El Corte Inglés manifestándole todas estas dudas. Pero no me ha contestado todavía.

Verano 5

Como ya venía siendo habitual, hubo a la hora de la siesta un terremoto al que sólo sobrevivimos mi hipoteca y yo. Podría haberla cancelado, pero me pareció que era un seguro de vida. Mientras te duele la hipoteca no te molestan otras cosas. Muchos propietarios se mueren al día siguiente de liquidar el crédito, porque él te devora a medida que lo saldas. En términos biológicos, se trata de una relación semejante a la de la mantis religiosa con su macho: la hipoteca te tolera mientras le proporcionas el jugo seminal, pero cuando se termina el amor, abre la boca y te mata de un infarto o de una depresión

aguda, pues una vida sin crédito, sobre todo si has dejado de fumar, carece de sentido. Hubiera preferido perder un riñón a que desapareciera la hipoteca. Por fortuna, estaba prácticamente intacta, pues lo único que había pagado hasta el momento eran intereses: el capital continuaba como el primer día. No digo que no me diera pena que nos hubiéramos quedado solos en el mundo, pero me consolaba mucho hablar con ella como antes de la catástrofe discutía con mi gata, y creo que me entendía. De hecho, la relación comercial se fue transformando poco a poco en un trato familiar semejante al que se tiene con un animal doméstico. Le puse de nombre Hipoteca, y le encantaba colocarse boca arriba para que le rascara los bajos. Un día me eché a dormir después de comer y le dije a Hipoteca que me despertara a las seis. Me llamó a las seis y media, por los intereses, y al abrir los ojos pregunté a mi mujer cuántos años faltaban para

terminar de pagar la casa. «Veinte», dijo. Entonces, pensé yo, puedo volver a fumar. No me moriré de esto mientras goce de la protección de Hipoteca. Y de ahí es de donde he sacado fuerzas para regresar al tabaco, cuya ausencia me había puesto triste.

La tabla de multiplicar

En la mesa de al lado, un individuo pelirrojo confesó a una mujer rubia que a él le había costado más trabajo dejar de creer en Dios que dejar de fumar.

—Son cosas distintas —señaló la rubia.

—Bueno —respondió el pelirrojo—, Dios tiene también su nicotina y sus alquitranes, o sea, que crea dependencia.

En esto llegó mi gin-tonic de media tarde cuyo primer sorbo puso en marcha los neurotransmisores adormecidos por el calor. La comparación entre Dios y el tabaco resultaba, desde luego, sorprendente, pero estimulante también, de modo que pegué el oído a la conversación entre el hombre y la mujer.

—A veces —decía ahora el pelirrojo—, del mismo modo que doy una calada furtiva a un cigarrillo, creo en Dios un momento y luego lo dejo.

—Pero ¿cómo vas a creer en Dios a ratos? Eso es un disparate — protestó la mujer.

—Hay gente que sólo cree en santa Bárbara cuando truena —arguyó el hombre.

—Eso no es más que un refrán —dijo ella.

—Yo es que no me he quitado todavía de los refranes —dijo él—. Ni de los refranes, ni del café, y eso que el médico me ha dicho que deje cuanto antes las dos cosas.

Con el segundo sorbo a mi gin-tonic, comprendí que se trataba de un hombre que se estaba quitando progresivamente de todo (quizá un día se quitara de la vida), lo que no me pareció mal. Hasta un momento de la existencia (pongamos que hasta los cincuenta), uno va

acumulando hábitos, vicios, conocimientos, manías y años. Luego los va perdiendo. Lo que no se deja por voluntad propia, te abandona (los perros, por ejemplo, se mueren mucho antes que sus dueños). Total, que empezamos por el tabaco, seguimos por las grasas saturadas y luego dejamos de trasnochar o de tomar copas. O de creer en Dios, como el pelirrojo de la mesa de al lado... Hemos mencionado sólo las cosas más evidentes. Pero se dejan también otras más difíciles de cuantificar. Yo, por ejemplo, ya no sé lo que he sabido. Se lo dije un día a mi psicoanalista:

—Daría cualquier cosa por saber lo que he sabido.

—¿Qué cosas que ha sabido ha dejado de saber? —preguntó ella.

—La lista de los reyes godos, por ejemplo —dije yo.

Recuerdo que me eché a llorar como un idiota en el diván al darme cuenta de que me había retirado de la lista de los reyes godos como me había retirado del

tabaco. Sentí una nostalgia enorme de la lista, y de los cigarrillos.

—No llorará usted por los reyes godos
—dijo mi psicoanalista.

—Por los reyes godos, no, por lo que representan.

—¿Y qué representan? —preguntó alargándome un pañuelo de papel para las lágrimas.

Dios mío, me pregunté, ¿qué representaba la lista de los reyes godos? Me acordé de otras listas igualmente importantes en mi vida. La de la compra, por ejemplo. Mi madre hacía unas listas de la compra que parecían poemas. Todavía las conservo. A veces, por la mañana, antes de ponerme a escribir, leo una o dos, para entrar en el estado de concentración adecuado. El día que pierda las listas esenciales no sé qué va a ser de mí.

—La lista de los reyes godos —dije al fin— representa un orden inmutable, como la tabla de multiplicar o el alfabeto.

Mi psicoanalista se limitó a decir que había llegado la hora y salí a la calle conteniéndome las lágrimas, para no llamar la atención. El pelirrojo y la rubia de la mesa de al lado estaban logrando activar, como se ve, el recuerdo de algunos conflictos emocionales propios. Por cierto, que el pelirrojo, tras apurar el último sorbo de su whisky, dijo a la rubia:

—Ahora voy a intentar quitarme de ti.

—¿Te vas a quitar de mí como te has quitado del tabaco? —preguntó ella.

—Más o menos, aunque sin parches de nicotina —dijo él.

—¿Qué clase de parches utilizarás entonces? —añadió ella con un tono peligrosamente seductor.

—No hay parche capaz de sustituir la sustancia que tú me proporcionas

—respondió él desesperado.

—Entonces —dijo ella—, vámonos al apartamento.

Pagaron, se levantaron y salieron. Calculé que el pelirrojo, tras lo sucedido,

había vuelto a creer en Dios y que después de echar un polvo con la rubia volvería a encender un cigarrillo. Por mi parte, pedí otro gin-tonic y me puse a recitar mentalmente todas las listas que aún conservaba en la memoria. Me atasqué en la de las mujeres que no me habían querido.

Lógicas estacionales

«Todo en la vida pasa por algo», afirma un actor en una entrevista del periódico. Quiere decir que la realidad está al servicio de un sentido que se nos escapa. Esa mosca que acaba de detenerse en el cristal lo ha hecho por algo. Bush ha llegado a la presidencia de los Estados Unidos por algo. La materia orgánica se descompone por algo. La idea de que todo sucede por algo está muy extendida, casi como su contraria: la de que todo es absurdo. Esta última se escucha menos. No imagino a un cocinero asegurando que la vida carece de sentido tras dar la receta del pollo al chilindrón.

—El pollo al chilindrón es excelente, pero la vida es absurda.

La cuestión es ésta: ¿se puede asegurar que la vida es absurda sin cierto desgarró? Quizá no. Este tipo de afirmaciones incluyen un reproche. ¿A quién? No tenemos ni idea. En cambio, la idea de que todo se encuentra al servicio del sentido proporciona al que la dice una imagen como de buena persona. Ahí está el prestigio atávico de la religión, de la magia, de la búsqueda de una explicación superior.

Si consumes toda clase de ideas, puedes pensar unas temporadas que todo tiene un sentido (oculto) y, otras, que todo es absurdo (manifiestamente). Muchas ideas de este tipo son productos de consumo estacionales. El invierno invita al recogimiento. Es una buena época para pensar que todo sucede por algo. Si tienes un conflicto en la oficina, es por algo que quizá no comprendas ahora, pero que manifestará su sentido

más tarde (quizá después de la muerte). Hay gente que hasta cuando le toca la lotería, que es puro azar, piensa que se lo ha merecido de algún modo, como si hubiera elegido ese décimo y no otro en función de una lógica secreta.

Todo en la vida pasa por algo. Todo en la vida es puro azar. Los extremos se tocan. La prueba de que los extremos se tocan es que asegurar que todo pasa por algo y que todo es absurdo viene a ser lo mismo. Constituyen dos enunciados especulares. ¿Cómo escapar de esa simetría agobiante? No sé, quizá dejando caer que, aunque resultaría absurdo que todo estuviera al servicio de algo, podría ser así. De nada.

Soy muy feliz

Acabábamos de empezar a comer cuando sonó el teléfono. No me moví, porque siempre lo coge mi mujer, pero esta vez continuó sirviéndose las manitas de cerdo como si no ocurriera nada. «¿No oyes eso?», le dije.

«¿Qué?», preguntó ella. «El teléfono», respondí. Laura giró un poco el cuello, dirigiendo la oreja buena hacia el aparato y negó con la cabeza. No insistí porque hace años tuve una crisis con alucinaciones auditivas, entre otros síntomas, y fue un infierno. Todavía tomo una medicación con efectos secundarios desastrosos. Después de diez o doce timbrazos, dejó de sonar. Volví a

oírlo mientras tomábamos el café. Como no advertí tampoco en mi mujer ningún signo de atención, di por supuesto que se trataba de un teléfono que sólo sonaba dentro de mi cabeza e hice como que no ocurría nada hasta que se calló.

Después de tomar el café solemos sentarnos en el sofá para ver algún programa de sobremesa. Mi mujer se duerme enseguida y yo, tras bajar el sonido de la tele, me pongo a pensar en mis cosas. En la piel, por ejemplo. Últimamente estoy obsesionado con la piel. He leído que se trata del órgano más grande del cuerpo. Nunca se me habría ocurrido pensar en ella en términos de órgano, pero para los médicos es igual que un riñón, que el hígado, que el bazo. La piel es el órgano encargado de relacionarnos con el mundo. La de mi mujer es muy especial, porque tiene un tacto parecido al de la seda. Si cierras los ojos y le acaricias un brazo o una pierna, tienes la impresión de estar acariciando

un trozo de seda; de seda fría, por cierto, pues tiene una temperatura un poco más baja de lo normal, lo que, contra lo que podríamos pensar, no es desagradable, todo lo contrario. Hace poco, por cierto, fui a comprarme unos pantalones y me los ofrecieron en un tejido llamado así, seda fría. Están recomendados para el verano, como es lógico.

También me vendieron una chaqueta de lana cruda. Me quedé con aquellas dos expresiones —seda fría y lana cruda— porque me produjeron una impresión indeleble (suena bien «impresión indeleble», ¿verdad?).

Pues bien, al poco de que mi mujer comenzara a dormitar, volvió a sonar el teléfono. Observé a Laura, por si se despertaba o hacía al menos algún movimiento de incomodidad, pero no, nada. Era de nuevo el teléfono de mi cabeza. Esta vez, cerré los ojos y me imaginé caminando por el interior de mi cuerpo para descolgarlo. Subí por el cuello por unas escaleras de caracol imaginarias y enseguida llegué al lugar de la bóveda craneal donde se encontraba el aparato. Era uno de esos teléfonos negros, muy antiguos, de baquelita, creo, que ahora se ven en los anticuarios. Lo descolgué y dije diga, pero no me contestaron. Sólo se escuchaba la respiración de alguien.

«Diga», insistí un poco inquieto.

—¿Está usted solo? —preguntó la voz de una mujer cuyo tono cortaba como un cuchillo.

—Como si lo estuviera —respondí— porque mi mujer duerme en el sofá y esto sólo ocurre dentro de mi cabeza, de manera que hablo con el pensamiento, sin mover los labios.

Tras unos instantes de silencio, la mujer añadió que tenían secuestrada a mi hija y que si quería que todo saliera bien no avisara a la policía. Me pidió una cantidad de dinero que debía abandonar esa misma tarde en una papelería situada frente a una cafetería céntrica. Pregunté cómo sabía que mi hija se encontraba bien y me la pasó.

—Haz todo lo que te piden, papá — gritó la voz desesperada de una chica al otro lado. Luego se cortó la comunicación.

Cuando me empezaron a medicar, fue precisamente porque yo me había

empeñado en que habían secuestrado a nuestra hija. Al principio la policía y mi mujer me dieron la razón, pero como mi desesperación no hacía otra cosa que crecer, me explicaron que no teníamos ninguna hija, que todo era fruto de mi imaginación. Gracias a la ayuda del psiquiatra y de la medicación, acabé comprendiendo que se trataba, en efecto, de una hija inventada y de la que me había olvidado hasta el momento este en el que empezó a sonar el teléfono dentro de mi cabeza. El caso es que hice lo que me pidieron los secuestradores, todo dentro de mi cabeza, claro, para que mi mujer no se diera cuenta, y me devolvieron a la cría, que era guapísima. Desde entonces, la llevo al colegio y la voy a recoger y le hago regalos, siempre aquí dentro, mientras mi mujer dormita frente al televisor o trastea por la casa. De vez en cuando me observa como si le ocultara algo, pero yo pongo un gesto de indiferencia, como si todo, gracias a las

medicinas, me diera igual y se va con la música a otra parte. Soy muy feliz con mi niña.

Llamadas

El hombre, tras dejar que sonara un par de veces, descolgó el auricular.

«Usted no me conoce —dijo una mujer a través del hilo— pero este número perteneció hace años a una persona de quien estuve enamorada e imaginé que sería posible telefonar al pasado, perdóneme.» La mujer se disponía a colgar, pero el hombre la animó a seguir hablando. Entonces ella quiso saber dónde se encontraba su interlocutor y él describió un salón amplio y sombrío, con muebles antiguos. La mujer contó que el teléfono de su novio era de pared y estaba instalado al fondo de un pasillo muy oscuro. «Su

madre padecía jaquecas y no soportaba las conversaciones.»

Al hombre no le resultó difícil imaginar la casa, ni a la anciana enferma en el dormitorio principal. En cierto modo, esa vida se parecía a la suya. «Pero usted no es mi pasado, ¿verdad?», preguntó ella. «No —respondió él—, no soy el pasado de nadie.» La mujer añadió por caridad que no todos los pasados tenían porvenir, pero él se dio cuenta de que ella valoraba más el dolor que el vacío. Cuando colgó, el hombre hizo memoria del número de teléfono de su adolescencia y llamó. Salió la voz de un individuo derrotado, quizá algo bebido, como él. Le dijo que llamaba desde 1997, y que todo había ido a peor. El otro pensó que se trataba de una broma y colgó sin darle tiempo a desahogarse.

Más tarde, su madre preguntó que con quién había estado hablando y le hizo un resumen. Entonces, la anciana se

empeñó en marcar el número del primer teléfono que habían tenido ella y su marido, pero no respondió nadie porque faltaban dígitos. «Es muy corto —explicó el hijo—, ahora tienen más cifras.» Ella habría preferido que el número de su juventud aún existiera, aunque lo disfrutaran otros, así que regresó abatida a la cama y esa noche no vieron la tele.

Andar

«La solución está en andar —me dijo el médico—, camine usted una hora diaria y vuelva el mes que viene.» «De acuerdo, pero adónde voy.»

«No hace falta que vaya a ningún sitio, hombre de Dios, dé vueltas al barrio o cómprese un pasillo eléctrico para regular la velocidad a su gusto.» Los primeros días fui al parque y vi, en efecto, a mucha gente yendo con frenesí de un lado a otro sin quedarse en ninguno. Daba la impresión de que acabaran de estrenar las piernas y pretendieran recuperar el tiempo o los kilómetros perdidos. Algunos corrían para llegar antes a donde no iban, pensé,

o quizá porque habían permanecido sentados más tiempo que los otros y el médico les había puesto una penitencia mayor.

Yo me movía entre ellos observando el reloj para fingir que era una persona ocupada. Pero no engañaba a nadie. ¿Adónde va a ir uno a las nueve de la mañana, en chándal, y parque a través? A las dos semanas, viendo que no me hacían caso, dejé de disimular y empecé a pasar inadvertido. A la tercera, me coloqué unos auriculares en los oídos ocultando los extremos libres bajo la sudadera, para que no se notara la ausencia del casete. Lo aprendí de un jubilado al que un día se le cayeron los cascos delante de mí y me hizo un guiño cómplice, como si se tratara de un truco habitual. A la cuarta, había perdido dos kilos, y con ellos, la fe en la lógica.

Así que me compré un pasillo eléctrico y cada mañana andaba diez kilómetros con los ojos cerrados sin salir

del cuarto de estar. Entonces comencé a llegar sin proponérmelo a una biblioteca irreal con vidrieras góticas y funcionarias encuadernadas en piel, que me llamaban por mi nombre. Mi familia ha escondido el pasillo para que deje de ir. Pero no me importa, porque me he hecho con una bicicleta estática y llego antes. Lo que me cuesta es volver.

Zapatos

Me senté en la cama para calzarme, pero los zapatos habían desaparecido. Miré alrededor y vi asomar la puntera de uno de ellos, el izquierdo, me parece, por debajo de la cortina, aunque se retiró enseguida hacia el interior como si presintiera que había sido descubierto. Me levanté, la corrí de golpe y trotaron hasta encontrar refugio debajo de la cama, de donde logré espantarlos con una escoba. Entonces se escondieron detrás de un armario grande y tan pegado a la pared que no me entraba el brazo. Envié a dos zapatillas de mucha confianza a por ellos, pero regresaron al poco pisoteadas y maltrechas. Su

inferioridad era evidente. Esa noche me envolví los pies en una manta por miedo a que los zapatos me los devoraran durante el sueño: no sabía hasta dónde serían capaces de llevar aquella rebelión. Pero ni siquiera se acercaron a la cama. De madrugada los oí recorriendo el pasillo desesperadamente hasta que dieron con la salida a las habitaciones de la memoria, que se hallaban de forma simultánea al otro lado de la puerta y en el interior de mi cabeza. No vi los lugares que atravesaban, pero reconocí por los pasos los diferentes suelos que yo mismo había recorrido para llegar hasta este punto de la vida.

Por la mañana, cuando me incorporé sobre la cama para comenzar el día, los vi a mis pies de nuevo, dóciles, como los coches oscuros de un subsecretario. Traían la suela sucia y entre el barro se distinguían pelos de alfombras caras mezclados con basura de lugares remotos y fragmentos de

cucarachas aplastadas en hoteles de horror. Les sobraban razones para mostrar aquel aspecto de cansancio, como a mí mismo, como a usted en esta época del año. Me metí en ellos y supe que en el futuro sólo iría ya a donde quisieran llevarme, incluso aunque no me conviniera. Felices Pascuas.

Ojalá me alcance

Fui al cajero automático, introduje rutinariamente la tarjeta y me quedé en blanco. No lograba recordar mi número secreto. Tras unos segundos de incertidumbre, anulé la operación y decidí dar una vuelta a la manzana. Pensé que el número se había ido de mi cabeza provisionalmente y que regresaría enseguida. Pero no regresó. Hice memoria y recordé varios números sin dificultad: el de mi teléfono fijo, el del móvil, el del comienzo de la Segunda Guerra Mundial y el del descubrimiento de América. No me servía de nada saber en qué fecha se había descubierto América si ignoraba el número de mi

tarjeta de crédito. Hay que añadir que me encontraba en una ciudad extraña, donde carecía de familiares o amigos a los que pedir socorro, y que no tenía dinero ni para el autobús.

No podía creer lo que me estaba sucediendo. Entre otros números absurdos, recordé el del teléfono de una novia de la adolescencia. Tenía en mi cabeza, en fin, todas las cifras que no necesitaba, pero no me venía la única que me hacía falta en esos momentos. Y aún no me ha venido. He tenido que llamar al banco para solucionar el problema.

Salí del paso pidiendo prestado dinero en el hotel, donde incomprensiblemente se fiaron de mí. Pero la experiencia me ha dejado una sensación de fragilidad insoportable. Si en lugar de ocurrirme esto en una ciudad española, me hubiera pasado en Hong Kong, me habría vuelto loco. Ahora comprendo por qué me resisto tanto a ir a Hong Kong. De momento, he apuntado

los números importantes en una tarjeta plastificada, aunque sé que tarde o temprano olvidaré también dónde he puesto la tarjeta. Hay un punto de la vida en el que todo comienza un proceso de desrealización. Me pregunto si habré empezado a desrealizarme por el número de la tarjeta de crédito. Nunca he considerado que fuera más importante la fecha del descubrimiento de América que el número de mi cuenta bancaria. Sin embargo, recuerdo aquella y he olvidado éste. A lo mejor la cultura ha comenzado a perseguirme después de que yo me pasara media vida persiguiéndola a ella. Ojalá me alcance.

Ficción

Como el mundo no se entera de lo que te pasa a ti, procuras enterarte de lo que le pasa al mundo. Así, cada mañana te despierta la radio y entre sueños retomas el argumento de la vida en el punto donde se detuvo ayer. Luego, en el coche, escuchas el primer informativo, que complementarás con la lectura de la prensa. La cruenta realidad internacional, las miserias de la vida nacional, los acontecimientos culturales, la cartelera cinematográfica, todo, en fin, lo dominas como dominas una novela que has leído cien veces y por cuyo interior te puedes aventurar a ciegas como por el pasillo de tu casa. Además, todavía te quedan dos

telediarios y acabas de comprar la revista semanal, que te ofrece un poco más de lo mismo pero con fotos en color. Excepto en las tramas secundarias, con frecuencia imprevisibles, la realidad se comporta como una novela por entregas: siempre se suspende en el punto más alto, cuando en la cama te narcotizas con las últimas noticias.

Manejas, pues, la realidad como si de la ficción se tratara. La reunificación de las dos Alemanias, el hambre en Etiopía, la muerte en Suráfrica, etcétera, forman los hilos de un argumento que te apasiona, pero que a lo mejor no te concierne porque su evolución no depende de ti. Tu realidad real, la que de verdad puede hacerte feliz o desdichado, es mucho más cercana, más doméstica, y se puede medir en estabilidad económica y cantidades de amor.

Ahora estás empezando el día y un 25% de tu alma está ocupada ya por la

publicidad y por las noticias. Esta noche, cuando te acuestes, toda tu vida personal se habrá borrado, diluida en la ficción de acontecimientos externos cuyo conocimiento no te habrá hecho mejor. Aunque tal vez, mientras se te cierran los ojos escuchando el último informativo, puedas pensar unos segundos en ti mismo o en quienes te rodean, y adviertas, como en una revelación, que el precio de saber todo lo que le pasa al mundo es el de no saber lo que te pasa a ti.

Horóscopo

Algo que te concierne está sucediendo sin parar, aunque no sabes dónde. Quizá en la habitación de al lado, quizá en el otro extremo del autobús en el que te desplazas, tal vez en el vagón de metro, o en el coche que se ha parado junto a ti, en el semáforo, y cuyo conductor te ha lanzado una mirada de extrañeza. Algo que nos concierne se ha puesto en movimiento, puede que en un punto algo alejado de nosotros. Lo cierto es que en algún lugar ha empezado a formarse un tejido en el que se entrelazan los deseos, la desesperación, la felicidad o la desdicha de todos nosotros. Es un tejido que nos incluye, pero sobre cuya trama

no tenemos ninguna influencia.

Algo que nos concierne está sucediendo mientras recorremos las calles con el corazón destrozado por el amor o por la plusvalía. Algo inquietante está pasando ya en un bar cuyo nombre ignoramos, en un congreso de gente que habla en inglés, o quizá en italiano. Pero suena el despertador y tú te incorporas sobre la cama, sobre los sueños ya borrados, como todos los días. Te reconstruyes en cuestión de minutos; en cuestión de minutos reúnes los materiales que la noche dispersó, los ordenas, y el resultado es que vuelves a ser un individuo, como ayer, como el año que viene. Luego sales a trabajar disciplinadamente, a ganarte la vida, a relacionarte con tus contemporáneos. Te mueves como si no pasara nada, como si tu futuro fuera ajeno a lo que está sucediendo en algún sitio. El tejido sobre el que se desliza tu existencia es sólido, se pueden arrancar de él unos cuantos hilos,

incluso el formado por ti, sin que la trama sufra alguna alteración. Tal vez lo que va a suceder está ya en tu interior porque era ahí donde tenía que ocurrir. Pero aún no lo has visto, como no has visto al sujeto que se ha parado junto a ti, en el semáforo, con unas botas negras y la respiración ansiosa. Tal vez ese sujeto que no ves es tu hermano. O tu asesino.

El sueño

Hay un espacio oscuro entre los límites del sueño y los de la vigilia. Cuando despiertas no hay nada que certifique dónde has pasado esas horas de suspensión, excepto la huella de tu cuerpo sobre la superficie de la sábana. ¿Qué ha sucedido, pues, durante ese tiempo? ¿Dónde has estado? ¿Quién eras mientras atravesabas las brumas de la noche en la barca que te llevaba hasta el amanecer? ¿Quién eres hoy? ¿A qué alma pertenece este rostro que se afeita y va apuntalando los músculos sobre la calavera?

Es preciso mantener la ficción de que eres el mismo de ayer, de antes de ayer,

del año pasado. A lo mejor has amanecido un poco raro, como si durante el sueño hubieras recibido algún mensaje que se traduce en un trastorno impreciso, en una inquietud ilocalizable. A lo mejor te apetece quedarte en la cama todo el día, encogido sobre ti mismo como una interrogación. Quizá las ambiciones de ayer han perdido vigencia. Tal vez tus intereses hayan cambiado de dirección durante el sueño. Es posible que tus afectos y tus odios sufran alguna perturbación esta mañana, que tus gustos estén desordenados por algo que ha sucedido por la noche. Es posible, en fin, que no seas el mismo que hace sólo unas horas se encerró en el estuche del sueño, mecido por unas obsesiones que en este nuevo día ya no te pertenecen.

Y sin embargo has de aferrarte a ellas porque constituyen los restos que el sueño ha arrojado a las orillas de la nueva jornada y con esos restos has de recomponer el mundo. De manera que si

eras ingeniero, administrativo o funcionario, hoy habrás de actuar como un funcionario, un administrativo o un ingeniero. Todo está escrito, todo está en los archivos para que nadie altere su pasado, su porvenir, su vida. Así pues, vigila ese rostro que al afeitarse ha mostrado algún disgusto por la identidad que le atribuyes. Has de vivir con ella para el resto.

Supongamos

Supongamos que dejas de fumar, que abandonas la bebida, que te quedas en casa por la noche, que renuncias a la pequeña porción de locura que has conservado como el último tesoro de tu juventud. Supongamos que dejas de comer cosas insalubres, que introduces la fibra y el yogur desnatado en tu existencia. Imaginemos que dejas las malas compañías, que te disciplinas un poco y procuras llevar camisetas más modernas y calcetines a juego. Imaginemos que empiezas a ir a un gimnasio y que fortaleces tus músculos, reduces estómago y te duchas con agua fría. Imaginemos que todo esto te lleva a

estar de mejor humor, a ser más regular en tus deposiciones y a madrugar sin problemas para hacer quince minutos de ejercicio antes del desayuno. Imaginemos que te apuntas a una asociación o club de personas con semejantes intereses y que tu vida cambia, en fin, hasta el punto de convertirte en otro.

Todo eso está bien, quien lo ha probado lo sabe. El problema no es lo que se gana, que no está en cuestión por obvio, sino lo que se pierde. No cada una de aquellas cosas aisladamente considerada, sino lo que formaba su conjunto: un individuo. Ese individuo ya no está contigo, pero seguramente no se ha ido, nunca se va del todo.

Y si no se ha ido, ¿qué harás con él los domingos por la tarde? ¿Qué le dirás cuando te pregunte por qué lo ocultas? Sus palabras te producirán la nostalgia de otro tiempo, la melancolía de la ausencia. Y verás que eres otro, en efecto, en el llanto del anterior, que no

cesará de pedir que le hagas un hueco en tu existencia.

Comprenderás entonces que la vida es un convenio colectivo, un pacto perpetuo entre el otro y tú. Es posible que lleguéis a un acuerdo, pero nunca

a una síntesis, porque representáis intereses tan distintos como el capital y la clase obrera.

En todo caso, si después de haber sido uno te conviertes en otro, ya siempre seréis dos.

Madrid

Soñé que llegaba a una ciudad fantástica que llamaban Madrid. Varios millones de habitantes esperaban su fin en el interior de fabulosos automóviles alicatados hasta el techo. Estos vehículos podían alcanzar velocidades siderales, pero permanecían quietos, rugiendo levemente, frente a semáforos que les guiñaban el ojo ajenos al colapso circulatorio. Los conductores parecían satisfechos dentro de sus mausoleos motorizados. Unos aliviaban la espera llegando hasta lo más hondo de sí mismos a través de los orificios nasales; otros escuchaban la radio; algunos jugaban con su propia memoria y

sonreían.

Entre los huecos formados por las poderosas máquinas desfilaban manifestaciones y ambulancias. Grupos de indigentes comerciaban con pañuelos de papel, teléfonos portátiles y ambientadores con olor a pino. En todas las esquinas estratégicas enormes máquinas, con aspecto de animales prehistóricos, cavaban zanjas y construían túneles en los que de cuando en cuando perecían los obreros. No había autobuses.

Penetré en una erección con forma de torre que llamaban Picasso. A la entrada te daban una piedra de plástico gracias a la cual tu cuerpo no pitaba al pasar frente a unas barreras electrónicas. Todo era limpio y luminoso excepto la piedra, que era negra y sucia porque había sido manipulada por cientos de personas que sin duda tenían el hábito de llegar a lo más hondo de sí mismas por el sistema ya descrito. Los ascensores tenían las

paredes de mármol. Gracias a este dato advertí que me hallaba en el interior de un sueño, pues ni al que concibió la Cruz de los Caídos, en el valle homónimo, se le habría ocurrido un disparate de este tamaño. Lo curioso es que desperté y las paredes seguían siendo de mármol, la ciudad continuaba llamándose Madrid, los obreros perecían en los túneles municipales y los habitantes esperaban su fin en el interior de poderosos automóviles alicatados hasta el techo. Qué raro.

A veces

A veces estalla una burbuja en el interior del pensamiento y la bóveda craneal se llena de memoria. A veces estalla un apellido en el interior del viernes y se transforma en Viernes Santo. Entonces, tú, que estás frente a ese mar que cada año te encuentra un poco más mayor, depositas la mirada en las olas y adviertes el ascenso de la marea en tu conciencia. Cada vez que el agua se retira, abandona sobre las orillas del alma los despojos de una edad remota, aquella en que habías dejado de ser niño sin alcanzar por eso otro estado conocido. Entonces era Viernes Santo. Olía a cera en el ambiente

y las iglesias se llenaban de mortajas que cubrían la muerte provisional de las imágenes. Recuerdas el exceso de celo con que llevabas a cabo el vía crucis, el camino de la cruz. Recuerdas las caídas de Cristo, la corona de espinas, los latigazos que recibía su espalda en el trayecto. Luego, los clavos taladrando las manos de aquel hombre, quebrando los huesos de los pies. Te dijeron, y así lo creíste, que el autor de los golpes eras tú, que cada vez que practicabas el vicio solitario, cada vez que te fugabas a Onán, añadías una espina a la corona, un desgarró más en la piel de aquella espalda. Y así creciste, alimentando con tu placer el dolor de otro, matando a alguien cada vez que conquistabas una parcela de tu cuerpo. El placer y el dolor quedaron anudados para siempre, formando un solo bulto, un tumor que ha crecido contigo, pero que no ha llegado a encontrar alojamiento en tu conciencia.

¿Qué fue de aquel Jesús? ¿Qué fue de

ti a lo largo de todos estos años?
¿Quién es este sujeto que contempla el
mar y se hace cargo de una memoria que
parece de otro?

A veces estalla un olor en el cerebro,
se quiebran las compuertas de tu
memoria olfativa y el pensamiento
reconstruye un escenario. Cesa, pues, el

olvido y lo que iba a ser un viernes
anónimo se convierte en la víspera de
una resurrección. Aunque no de la tuya.

Aislamiento

Un espeleólogo se encerró el pasado 18 de febrero en una cueva para observar, entre otras cosas, la resistencia del ser humano a la soledad. Pensaba permanecer más de un año para batir algún récord, pero el equipo médico que controlaba su evolución desde el exterior le ha obligado a salir cuando llevaba 68 días de aislamiento. Al parecer, el espeleólogo había empezado a padecer estados de ansiedad y tristeza que crecían a expensas de una situación anímica que tendía al autodesprecio. Últimamente apenas salía de la tienda de campaña instalada en la gruta, comía muy poco y padecía pérdidas de

memoria y de kilos en una proporción directa a la depresión en la que se iba hundiendo en el interior de la caverna poblada de murciélagos.

Quizá te hayas preguntado al leer esta noticia si era preciso enterrar a un hombre a 250 metros de profundidad para obtener estos resultados. Hay gente que haciendo cosas tan vulgares como ganarse la vida, relacionarse con sus contemporáneos o pedir un crédito para vivir en un sexto piso alcanza un estado semejante. Seguro que conoces a alguien —quizá tú mismo, tú misma— que desde hace tiempo sueña con no salir de la cama porque ya no le encuentra ningún sentido a moverse por la vida o por el supermercado cargando latas de conserva para nutrir su soledad. Seguro que entre tus vecinos hay alguien —quizá tú mismo, tú misma— que ha perdido el apetito, que ya no habla con nadie, que padece estados de ansiedad e ideas obsesivas que conducen al autodesprecio.

Todas estas personas —tal vez tú misma— están al alcance de la ciencia, no es preciso ir a buscarlas a una cueva. El sufrimiento, por desgracia, está presente en cualquier semáforo, en cualquier oficina, pero a la luz del día carece de atractivo o resulta invisible.

No, seguramente no era necesario torturar a un hombre de ese modo, separándole de su familia y obligándole a vivir entre murciélagos, para obtener unos resultados tan comunes.

Inventarios

Cada cierto tiempo, las personas o las instituciones hacen una relación ordenada de los bienes que poseen y llaman inventario al documento resultante. El inventario, pues, es una instantánea donde lo mueble, lo inmueble, lo abstracto y lo concreto se disponen jerárquicamente, como en una foto de familia, para mostrar de un solo golpe el grado de riqueza o de miseria alcanzado en un periodo de tiempo. En un buen inventario no han de intervenir nunca criterios de medida de orden sentimental, pues lo sentimental o bien no tiene precio o bien fluctúa en función del estado de ánimo del catalogador.

Cuando llueve, se muere alguien cercano o cogemos la gripe, un raro instinto nos empuja a pensar en nuestra vida con disposición semejante a la del que realiza un inventario; sólo que en este caso lo abstracto y lo concreto, lo mueble, lo imaginario y lo real, en lugar de disponerse de manera metódica, se mezclan y dan lugar a una foto confusa de significado hartamente inquietante. Por ejemplo, estos primeros días grises del otoño, en los que la cama empieza a estar más fría que el ambiente, las manos asoman por encima de la sábana y con una maestría sorprendente buscan el embozo y tapan aquella parte de nuestro rostro más sensible al frío o al temor. Llevan años haciendo ese gesto sin que nosotros lo hayamos advertido.

¿Podríamos inventariar las veces que nuestras manos han tocado unas sábanas, la calidad de éstas y el temblor que nos han producido? Más aún:

¿podríamos hacer una relación

aproximada de las cosas que han pasado por nuestras manos desde que empezamos a usarlas? ¿En cuántas materias son más sabias que nosotros? ¿Qué conocen ellas de la soledad o de la vida que nosotros aún ignoramos? ¿Qué precio tiene lo que saben? ¿Presienten ya que habrán de cerrar los ojos de algún muerto querido?

¿Sabemos cuántos dedos tienen nuestras manos?

Berlín

Estoy en un hotel. Una de las paredes de la habitación tiene un gran espejo que duplica el espacio, así como los objetos y las obsesiones contenidas en él. Miro con desconfianza hacia el duplicado y veo en él a un sujeto que observa con recelo la realidad que refleja. El sujeto soy yo, claro, pero también es otro. La imagen del espejo, aunque tenga mi apariencia, es en realidad la del adolescente que fui. Tiene las manos en los bolsillos y no sabe dónde pasar la tarde ni con qué disfrazar el sabor de las horas que le separan de la noche. Está en una calle mal empedrada y rota, donde las casas parecen tener alguna clase de actividad

orgánica, pues sudan como las personas y, como las personas también, padecen afecciones de la piel y grietas abismales en el interior de la conciencia. Cada vez que me muevo por la habitación del hotel, ese sujeto joven y desocupado repite mis gestos, pero por sus ojos asoma un tipo que no soy yo. Aunque también soy yo. Quizá sea la parte de mí que más detesto; me remite a una época en la que todo estaba roto. Cuando un rico se mira en el espejo, ve un mendigo; cuando el que mira es el mendigo, lo que ve al otro lado es un príncipe. Lo que somos nos remite a nuestro contrario porque la afirmación de ser implica la posibilidad de no ser. Ahora estoy abriendo la cama, valorando el tacto de la almohada, el sujeto del otro lado hace lo mismo. Antes de apagar la luz le miro por última vez con desgana. Ya estamos acostados los dos, cada uno en su zona. ¿Soñaremos lo mismo?

Estoy en una ciudad partida en dos

por una cicatriz de piedra. Cada una de las mitades de esta ciudad mira a la otra con la desconfianza con que solemos observar nuestro propio reflejo. Una de las mitades es pobre y la otra rica. Una está rota y la otra está nueva; las dos están perplejas, como yo mismo frente a mi reflejo. Es de noche, las dos mitades duermen. ¿Soñaránlo mismo?

Final

Vi a una ciega que recorría con la punta del bastón el perímetro de un contenedor de basuras. No contaba con la presencia de ese obstáculo y se obstinaba en reconocerlo. Me pareció que estaba metida en un laberinto y la tomé del brazo para conducirla a la acera. El olor a pólvora era muy intenso y caminábamos sobre inmundicias de todos los tamaños. Escuché una sucesión de estallidos que procedían de una o dos calles más abajo. Un niño lloraba en algún sitio. Había anochecido y la niebla era espesa como un puré.

La invidente me explicó que había salido de la acera para no tropezar con el

andamio. Miré a mi alrededor y no vi ningún andamio. Se lo dije, pero no me creyó. Sorteamos un coche volcado y tres papeleras esparcidas por el suelo antes de alcanzar la acera. «¿Dónde está el andamio?», insistió la mujer. Un estallido, acompañado de una ráfaga de luz, iluminó la calle. Repetí que no había ningún andamio a la vista. «Tiene que estar por aquí», dijo ella. Empecé a tener miedo, pero no me atrevía a abandonarla. Se oyeron unos gritos ahogados por un estruendo ensordecedor. Una botella de cristal se hizo añicos a tres metros de nuestros pies. Pisé una rata.

La ciega me pidió que la siguiera acompañando. Todo empezaba a ser muy misterioso. Yo sólo quería estar en mi cama, cubriéndome la cabeza con la almohada, que es la manera más desconsolada de llorar que conozco. Atravesamos tres calles y encontré un andamio. Se lo dije e hice ademán de marcharme. Pero ella me tomó del brazo

y comenzó a conducirme como si el invidente fuera yo. Entonces cerré los ojos y me dejé llevar. Los ruidos, los gritos y las porquerías del suelo adquirieron otra dimensión. Ignoraba si estábamos en Beirut, en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania o en la noche de fin de año madrileña. Y así estoy desde entonces, con los ojos cerrados para no ver nada.

Accidente

Había ido a aquella ciudad desconocida para cumplir un encargo relacionado con los últimos deseos de su padre. A mediodía había terminado las gestiones y buscaba, a contraluz, un taxi que lo devolviera al hotel. El sol estaba en el punto más alto; la ancha calle y los escasos transeúntes parecían trazos de una acuarela desvaída. Fue a cruzar y oyó a su espalda, muy cerca, el chirrido de un freno. Siguió andando sin mirar atrás para no enfrentarse a la furia del conductor.

De súbito, se encontró al lado del hotel. Entró en el ascensor, apretó el botón correspondiente y la caja de acero

se cerró. Una inquietud difusa se había instalado en la periferia de su vientre. Esperó unos segundos y advirtió que el ascensor no se movía. Un instante después estalló en su cerebro la idea de que había muerto al atravesar la calle. Sin duda, el coche no había frenado a tiempo y ahora él era un cadáver que continuaba haciendo por inercia las mismas cosas que cuando estaba vivo. Se miró en el espejo: un sudor disolutivo había licuado los caracteres de su rostro. Cuando iba a gritar desesperado para que le sacaran de allí se abrió la puerta y comprobó que, pese a no haber advertido ningún movimiento, se encontraba en su piso.

Entró en la habitación agobiado por la sensación de haber fallecido. Puso una conferencia y habló con su mujer. Todo parecía normal, pero la angustia no le abandonaba. Se tumbó y pensó que la conversación telefónica no había llegado a producirse más que en su imaginación. Necesitaba salir a la calle.

Bajó por las escaleras y abandonó el hotel. Al atravesar la calle vio a un sujeto que se parecía a su padre. Se volvió a mirarle y escuchó a su espalda el chirrido de un freno. Notó que sus huesos se quebraban sin dolor y en los segundos que tardó en perder la conciencia fue feliz.

Una casa

Aquel día, al hacer el recorrido habitual hacia el trabajo, vio una casa en la que no había reparado antes. Una tapia rota delimitaba un jardín enfermo. En las heridas del muro crecían hierbas y pequeños arbustos de hojas pálidas. La fachada principal de la vivienda tenía costras y manchas que sugerían la existencia de alguna enfermedad. Las ventanas estaban desencajadas y sus cristales rotos.

Continuó andando algo sobrecogido por aquella visión. Llegó al trabajo y se entregó a la rutina diaria, pero la imagen de la casa volvía una y otra vez a su memoria como si fuera portadora de un

mensaje que no lograba descifrar. La obsesión fue creciendo con las horas, de manera que al mediodía abandonó el trabajo con el oscuro propósito de contemplarla otra vez.

Pero la casa ya no estaba; en su lugar había una ferretería ante cuyo escaparate recordaba vagamente haberse detenido alguna vez. Curiosamente, las herramientas evocaban instrumentos de cirugía o partículas ortopédicas de indescifrable uso.

A los pocos días volvió a aparecer la casa. Aun con riesgo de llegar tarde al trabajo, se detuvo ante ella asomándose por una de las grietas de la tapia para contemplar el jardín. Podría estar deshabitada, aunque había señales que sugerían la existencia de alguna clase de vida atenuada. No se atrevió a entrar.

Durante los meses siguientes la casa apareció y desapareció varias veces alternándose con la ferretería. Finalmente, un día entró, atravesó el

jardín, abrió la puerta principal y penetró en un lugar oscuro cuya humedad le resultó muy familiar. Había muebles, espejos rotos, luces apagadas. Vio una cama de hierro, un baúl, dos muñecas. Todo el pasado de alguien, de alguien que quizá era él.

No ha vuelto a saberse nada de este hombre.

La granja

El diván de los pacientes de Lacan ha sido subastado y vendido en dos millones de pesetas. No es mucho si pensamos que se trata de un objeto lleno de asociaciones libres, soliloquios, monólogos, que se trenzaban entre sí ejecutando lazos o deshaciendo nudos que cambiaban la faz de la conciencia.

Si yo pudiera comprarme ese diván, me lo llevaría a casa sin volcarlo para no dejar la calle llena de asociaciones libres, que a Matanzo le molestan mucho, y rajaría su vientre en forma de cesárea con un cuchillo de cocina. El útero de gomaespuma de ese mueble debe de estar lleno de nudos, tumores,

obsesiones que a los pacientes de Lacan se les cayeron del subconsciente como a otros se les cae la calderilla del bolsillo en un sofá. Luego subastaría el cuchillo de cocina que rajó el vientre de ese diván famoso y me compraría una gallina a la que llamaría la gallina lacaniana. Cuando tuviera pollitos, los sacaría a subasta anunciando que eran los hijos de la gallina comprada con el dinero obtenido por la venta del cuchillo que rajó el vientre del diván de Lacan. Con lo que ganara con la venta de los pollitos lacanianos me compraría una coneja lacaniana y haría la misma operación con los primeros conejitos lacanianos. Y así sucesivamente. Cuando tuviera una granja lacaniana dedicaría una nave a la exposición de los nudos, las asociaciones libres, los tumores y las obsesiones obtenidas del vientre del diván de Lacan. Entonces llamaría a los herederos de Lacan para que la inauguraran y les obligaría a comerse todos esos productos

del subconsciente abandonados en los pliegues del diván de su padre. Cuando los herederos de Lacan hubieran engordado bastante con esos menudillos de la conciencia, los metería en un corral y los expondría al público anunciándolos como los genuinos gorrinos lacanianos.

La pastilla

Empecé a desconfiar de aquella pastilla de jabón al comprobar que no se gastaba con el uso. La había comprado en la perfumería de siempre y era de la marca que suelo utilizar desde hace años; todo en ella parecía tan familiar que tardé dos semanas en advertir que no cambiaba de tamaño. Pasé de la sorpresa a la preocupación cuando, tras espiar su comportamiento durante algunos días, me pareció que empezaba a crecer. Cuanto más la usaba, más crecía.

Entretanto, mis parientes y amigos empezaron a decir que me notaban más delgado. Y era verdad; la ropa me venía ancha y las cejas se me habían juntado

por efecto de un encogimiento de la piel. Fui al médico y no me encontró nada, pero certificó que, en efecto, estaba perdiendo masa corporal. Aquel día, mientras me lavaba las manos antes de acostarme, miré con aprensión la pastilla y comprendí de súbito que se alimentaba de mi cuerpo. La solté como si se hubiera convertido en un sapo y me metí en la cama turbado por una suerte de inquietante extrañeza.

Al día siguiente la envolví en un papel, me la llevé a la oficina y la coloqué en los lavabos. A los pocos días vi que la gente empezaba a disminuir. Mi jefe, que era muy menudo y tenía la costumbre de lavarse las manos cada vez que se las estrechaba una visita, desapareció del todo a los dos meses. Le siguieron su secretaria y el contable. En la empresa se comenta que han huido a Brasil tras perpetrar algún desfalco.

La pastilla ha crecido mucho. Cuando haya desaparecido el director general,

que además de estar gordo es un cochino que se lava muy poco, la arrojaré al retrete y tiraré de la cadena. Si no se diluye por el camino, se la comerán las ratas cuando alcance las alcantarillas. Seguro que nunca les ha llegado un objeto comestible con tanto cuerpo.

Agujeros

Cuando éramos pequeños, fabricábamos con cartón tubos triangulares que tapábamos por uno de los lados con un trozo de espejo. Después, guiñando un ojo, mirábamos por el agujero y veíamos el ojo de Dios. Descubrimos, pues, antes de leer a Roland Barthes, que el ojo por el que Dios nos mira es el mismo que por el que nosotros le vemos.

Más tarde nos aficionamos a los agujeros de las cerraduras. Por éstos no se veía a Dios, pero nos proporcionaron una visión anticipada de los agujeros negros descritos por Stephen Hawking; en efecto, al otro lado de la abertura solía

haber, en enaguas, una estrella apagada con una masa cinco o seis veces superior a la normal, cuya fuerza gravitatoria nos succionaba con la intensidad de una respiración ansiosa.

De *El submarino amarillo*, aquella increíble película de los Beatles, lo más inquietante era el mar de agujeros. Recuerdo que John Lennon se guardaba en el bolsillo uno del mismo tamaño que aquel otro por el que salió la bala que habría de taladrar su cuerpo. Luego iba diciendo por ahí que tenía un agujero en el bolsillo.

Ahora oigo que se ha descubierto un agujero en la capa de ozono. Yo no lo he visto porque todavía no he pasado por debajo, pero parece que es como una gotera cósmica por la que se cuelan unos rayos ultravioletas que si te dan te producen un cáncer.

A veces he intentado imaginar la cara que pondría Dios si se asomara por ese orificio y viera la orgía de humos, toses y

olores de aquí abajo. Pero un amigo cura me ha dicho que eso no es posible porque, por alguna razón de orden teológico, Dios sólo puede mirar por agujeros con forma de triángulo.

Mejor para él, pues es sabido que quien acecha por un agujero ve su duelo, o sea, el nuestro, que el mundo es un espejo.

Una vida

O todo o nada, tal había sido su lema en la remota juventud. Luego calculó que la mitad de todo era un buen bocado, y de ahí pasó a conformarse con un cuarto, que tampoco llegó. Ya en la madurez se resignó a aceptar que quizá la vida era un poco de todo y un poco de nada, aunque el poco de todo no alcanzara a compensar el desasosiego producido por el poco de nada. De hecho, ese fragmento de vacío, esa bolsa de ausencia, ocupaba más espacio del que correspondía a su tamaño.

Más tarde, el gajo de nada demostró una capacidad de duplicación de la que carecía el fragmento de todo. Se

reproducía por partición obteniendo copias idénticas, así que elevaban el nivel de desasosiego contenido en el vaso de la conciencia. A medida que los años pasaban y que los acontecimientos de su biografía sucedían, el recipiente aparecía más lleno de nada y menos habitado de todo.

Cuando el desasosiego alcanzó el borde del vaso comenzó a derramarse lentamente por los territorios sobre los que se asentaba el alma. Un día, al subir al autobús, notó que aquel pedazo de nada le llegaba a la altura de las ingles, creando en toda esa zona un sentimiento de irrealidad, de estupor, que había contaminado ya la bolsa testicular o escroto. En unos meses más, la nada alcanzó el pecho y ascendió por el tubo del cuello, vaciando el pensamiento y la mirada. El antiguo fragmento de todo flotaba como un aerolito en aquel conjunto de carencia. Un día, en un movimiento brusco padecido en el vagón

del metro, ascendió al encéfalo, donde se convirtió en un coágulo que provocó de inmediato una trombosis.

Falleció cuando se dirigía al hospital, dentro de una ambulancia, y aunque le hicieron dos o tres autopsias, resultó imposible saber si había muerto de todo o de nada.

Rareza

El sol se detuvo a esa hora del atardecer en que las golondrinas emborronan el aire, pero la gente no prestó atención a esta rareza hasta que el desfase entre el reloj y la luz resultó excesivo. No anocheció ese día, no se cerraron las flores ni se abrieron los bares; las gallinas volvieron a poner y los girasoles, firmes, mantuvieron la mirada al sol. Por la televisión desfilaron científicos y adivinos, mientras los corresponsales de aquellos lugares donde no había amanecido narraban las normas de seguridad impuestas por las autoridades para aquella noche de duración imprevisible. Desde las

regiones del globo donde la parada se había producido a punto de anochecer, o al alba, llegaban imágenes de una población taciturna por el peso de aquel crepúsculo inconcluso.

Aquí se recomendó a la gente que durmiera, aunque fuera de día, y muchos lo intentaron, pero sus sueños tenían el color blanquecino de las películas veladas. En las camas los matrimonios se abrazaban mudos de pánico, temiendo que aquella paralización del universo fuera el preámbulo de algún sufrimiento insoportable. Cada vez que se despertaban, contemplaban el sol con la boca fruncida en un agujero de ansiedad. Comenzaron a circular previsiones mortíferas.

En esto, un viejo de Aluche que llevaba varios días durmiendo la mona se levantó y fue al baño para aliviar la vejiga; al tirar de la cadena, el mundo se puso nuevamente en marcha, como algunos electrodomésticos defectuosos al

recibir un golpe. Los girasoles bajaron la cabeza, las flores se cerraron, los bares se abrieron y el mundo exhaló un suspiro cósmico. El viejo borracho, que nunca supo las consecuencias de aquel gesto suyo, continúa bebiendo cerveza por las tardes mientras discute con otros jubilados sobre la perfección del universo.

Límites

Sabemos, por el cine y la literatura, que la línea que divide al policía del ladrón o al carcelero del preso no siempre es tan visible como las rejas que separan sus cuerpos. Althusser, en *El porvenir es largo*, hace una aguda reflexión sobre la dificultad de trazar la frontera entre la angustia del psiquiatra y del psiquiatrizado. Lo mismo cabría decir del enfermo y el médico o del perseguidor y el perseguido.

Estos días, gracias a la Guardia Civil, hemos visto lo difícil que es dar con el punto que separa al traficante de drogas de la autoridad antidroga. Y, por si fuera poco, acabamos de leer que la semana

pasada, en China, un hombre y una mujer han intercambiado sus órganos sexuales para tener todo su territorio corporal en el mismo sitio, pues antes parecía que acababan fuera de sí. Quizá, a pesar de la doble intervención territorial, no se hayan desprendido del todo de ese sentimiento, pues ya han anunciado que a lo mejor se casan.

Y es que ignoramos dónde están las fronteras de las cosas, aunque procuramos vivir como si supiéramos dónde se terminan los vivos y comienzan los muertos o qué pared separa la calma del pánico, pese a la advertencia de Rilke de que la belleza no es más que ese grado de lo terrible que todavía soportamos.

Según los últimos descubrimientos de la física, con los telescopios convencionales apenas se alcanza a ver el 1% de la masa total del universo; quizá el 99% restante sea esa materia oscura que enlaza lo que percibimos como separado y que convierte en lo mismo lo que nos

parece distinto. Así se explicaría por qué lo duro es a veces tan blando, o tan abierto lo cerrado, o la luz tan oscura, o tan duradero el instante y la piel tan honda.

Así también yo entendería al fin por
qué sólo me veo cuando tú me miras.

El libro

Estaba leyendo un libro en la cama cuando me pareció que era el libro el que me leía a mí. Me pasa a veces con la televisión, que creo estar viéndola y, de repente, gracias a un guiño que hace la pantalla, descubro el ojo secreto por el que ella me mira. La radio ni la enchufo porque sé que acecha cada uno de mis suspiros. El caso es que, ya digo, estaba descendiendo por las líneas de una página con el cuidado con el que se baja por una escalera extraña cuando advertí que también las palabras que leía me recorrían en dirección al fondo.

Disimulé para que el libro no se diera cuenta de que le había pillado, y continué

leyendo, aunque más despacio, para seguir mejor el movimiento de las frases por mi interior. Recorrieron las zonas sociables con la naturalidad con que se recorren las habitaciones de una casa, sólo que mi cuerpo —a diferencia de la mayoría de las viviendas— tiene aposentos en los que habitualmente no entro por educación o miedo, no lo sé. Hay una habitación dentro de mi cuerpo ante cuya puerta paso mil veces al día sin pensar siquiera en asomarme por el ojo de la cerradura. Pero sé que ahí se esconde lo peor y lo mejor de mi vida en un orden sintáctico semejante al que guardan los objetos familiares antiguos en el interior de un desván.

Noté el roce sutil de las frases, y enseguida advertí que no se conformarían con ver los dormitorios y el pasillo porque sentí que manipulaban la cerradura del trastero y se colaban en él por la primera rendija que lograron abrir. Continué leyendo, y ellas continuaron

leyéndome. Entonces cerré el libro y me di la vuelta para dormir, pero las palabras se habían quedado dentro, y ahora me leían en voz alta, así que se pasaron la noche hablando de mí. No me enteré de lo que decían porque yo, por mi parte, me había quedado en el interior del libro.

El insomne

Hay gente que se levanta a media noche y se pone a meter barquitos en botellas de cristal o a hacer la torre Eiffel con palillos de dientes. Algunos disecan mariposas o se entregan al vicio filatélico. Luego, cuando se jubilan, los sacan en la tele para mostrar al público cómo hacer un buen uso del insomnio. La verdad es que estos sujetos de los barquitos y demás son unos farsantes. El verdadero insomne no pierde nunca la esperanza de dormirse, de ahí que no se levante de la cama, aunque se muera de sed o de vigilia: pone el mismo empeño en perder la conciencia que el otro en introducir la *Santa María* en un frasco de

licor de guindas, sólo que éste disfruta y aquél, por lo general, se desespera.

El verdadero insomne no es que no se levante, es que ni siquiera abre los ojos por miedo a despertarse más. Y con los ojos cerrados flota en una atmósfera blancuzca, llena de nada, que a lo mejor es la conciencia. Porque el insomne discurre mucho, aunque no llega a ninguna conclusión. Lo peor que puedes hacer en un ataque de insomnio, además de ceder a la tentación de levantarte a beber agua o contar corderitos, es ponerte a odiar a alguien; el odio es como intentar dormir con una nevera ronroneando al otro extremo del dormitorio. Lo primero que hacen los insomnes cuando entran en la habitación de un hotel es desenchufar el frigorífico del minibar, aunque sea muy silencioso, porque los motores de esos trastos tienen, como el rencor, un termostato que se activa justo en el momento en que la tensión muscular comienza a ceder.

Lo mejor para combatir el insomnio es imaginarte metiendo barquitos en botellas de cristal o haciendo rascacielos famosos con palillos. Esa clase de locos fue inventada por los insomnes y por eso los sacan en la tele, porque parecen pesadillas.

Jano

Nuestra cultura es dual: somos los inventores del sistema estereofónico y el binomio; del forro y la funda; de la apariencia y la realidad; de la esencia y la existencia; de la forma y el fondo; de lo individual y lo colectivo; de la cara y la cruz; de la base proteínica y el ácido nucleico; del *software* y el *hardware*. Algunos de nuestros más ilustres antepasados son Cástor y Pollux, que en la actualidad componen la constelación de Géminis; o Rómulo y Remo, dos gemelos amamantados por una loba que acabaron mal. Eso por no citar a tipos como Caín y Abel, entre quienes se interpuso la quijada de un burro. La

particularidad de todas estas parejas es que uno de sus miembros tenía que perecer para que sobreviviera el otro. No podemos vivir sin ser dos, pero al mismo tiempo se nos hace insoportable la existencia del segundo.

Quizá para controlar el aumento de los viudos duales, que al final dan más problemas que un pensionista y un parado juntos, los romanos inventaron a Jano, que lleva la dualidad dentro en lugar de llevarla fuera. Jano tiene dos rostros y con uno mira hacia delante y con el otro hacia atrás; el secreto es que nunca ven lo mismo al mismo tiempo y que, al formar parte de un solo cuerpo, son inseparables, como la cara y la cruz o el significado y el significante.

Jano es, pues, una dualidad unitaria e indestructible, porque sus identidades se ignoran tanto como se necesitan. Los romanos, que eran listos, lo hicieron el dios de las puertas —esos objetos que comunican o separan, a conveniencia, los

espacios duales— y, para rematar la faena, lo casaron con Cardea, que era la diosa de los goznes. O sea, que la articulación de lo dual es siempre un proceso cultural delicado que no debe confundirse con el recurso esquizofrénico.

No sé si me explico.

En el pasillo

Había estado todo el día en casa, solo, leyendo cosas que no me convienen, y a última hora decidí fumarme un cigarro en el pasillo para estirar las piernas. Lo recorrí de arriba abajo muchas veces, imitando los gestos del que pasea por una avenida, cuando noté que entre el pasillo y yo estaba sucediendo algo inquietante. Más que moverme por él, me parecía oírlo como se oye un verso o una sinfonía. Cerré los ojos para escuchar mejor, y entonces me di cuenta de que, en lugar de estar yo dentro del pasillo, era el pasillo el que estaba dentro de mí.

Sin dejar de andar con los ojos cerrados me dirigí a la puerta y llegué

sin dificultades hasta el ascensor, y aunque pareció que me metía en él, fue en realidad el ascensor el que me penetró. Y con el ascensor dentro y los ojos cerrados llegué a la calle, y noté que, a medida que avanzaba hacia la estación de metro, también la calle se iba metiendo en mí. Y, bueno, hubo un momento en el que ya todo el universo mundo estaba dentro, de manera que no me costaba ningún trabajo tomar decisiones. Así que decidí entrar en un restaurante barato, muy mal iluminado, que vi cerca del tercer espacio intercostal. Pedí una sopa y un filete y me fui sin tomar café, porque en la mesa de al lado había un sujeto con cara de desesperación que hacía mucho ruido al masticar. Luego estuve de copas por un barrio chino que encontré cerca de la faringe, cuando me dirigía a una ciudad que había en la cabeza, y pasé un rato estupendo con una mujer que nunca se me habría ocurrido que pudiera estar

dentro de mí. Fue entonces cuando pensé que si me asomaba fuera a través de un ojo o de un oído podría ver la maquinaria o el lugar desde el que se dirige el universo.

Levanté, pues, un párpado, y lo que vi fue un pasillo oscuro y un espejo.

Suicidios

Ahora venden unas barras de pan muy largas, de nombre francés, que si no las partes por la mitad se salen de la bolsa de plástico y se arrojan al suelo antes de llegar a casa; de cada diez veces que dejas la maquinilla de afeitar en el borde del lavabo, seis o siete encuentra el modo de resbalar hasta el fondo con intención de golpearse contra la boca metálica del sumidero; algunos frascos pequeños, como los de los esmaltes para las uñas, han desarrollado una habilidad diabólica para *caerse* desde el brazo del sillón o el borde de la mesa y desangrarse sobre el parqué; en cuanto a las cerillas, si por descuido abres la caja

del revés, se lanzan de cabeza, para hacerse más daño, contra el suelo de la cocina. No quiero ni mencionar los golpes que se dan las pastillas de jabón contra la dura superficie de la bañera, que suenan a cráneo de niño. El jabón líquido se inventó para evitar ese espectáculo tan desagradable al que se ducha.

O sea, que la fuerza de la gravedad no tiene la culpa de todo lo que se cae: hay objetos con tendencias autodestructivas que se aprovechan de esa física para suicidarse, del mismo modo que otros utilizan el viaducto o el andén del metro para saltar al otro lado.

El otro día se suicidó el reloj de la cocina; acababa de colgarlo de la pared cuando, en un momento en que dejé de mirarlo para orientar la radio portátil con la que desayuno, saltó al vacío, con percha y todo, estrellándose contra los baldosines.

Lo peor fue que, al volverme para

prestarle los primeros auxilios, el aparato de radio, que se había quedado en el borde de la mesa, se suicidó también.

Acababa de amanecer, pero volví a la cama y al cerrar los ojos escuché el ruido de una de las fotografías de la pared al golpearse contra la mesilla.

No quise ver de quién era.

El clavo

Estaba acostado, con la almohada doblada debajo de la cabeza, fumándome el último cigarrillo de la jornada mientras me entregaba a fantasías adolescentes de sexo y éxito, cuando vi en la pared de enfrente una mancha que tenía la forma de un insecto de la variedad de los estuchados. Me armé con el zapato, pero al acercarme vi que se trataba de un clavo de cabeza ancha cuya sombra, desde lejos, producía una ilusión óptica animal. De todos modos, me dormí inquieto y me desperté con las primeras luces. La mancha del clavo, desde la cama, continuaba pareciendo un insecto; me levanté, y al acercarme se convirtió en un

clavo, sólo que no estaba en el mismo lugar que la noche anterior: aunque no podría jurarlo, me pareció que se había desplazado unos centímetros.

A la noche siguiente, el clavo y su agujero habían desaparecido. Le pregunté a mi mujer si lo había arrancado ella, pero me dijo que en esa pared jamás había habido un clavo. Olvidé el asunto hasta que a los pocos días tuve que visitar a un amigo enfermo; mientras le daba ánimos, volví a ver el insecto en la pared de su dormitorio. Me acerqué con disimulo y resultó ser un clavo idéntico al del mío. «¿Te importa que me lleve este clavo?», le pregunté. Mi amigo tenía cuarenta de fiebre y dijo que hiciera lo que quisiera. Lo arranqué, y el agujero de la pared se cerró solo, como cuando arrancas una espina de un corazón de caucho. Lo llevé a casa y lo guardé en una cajita de cartón que coloqué sobre la mesilla de noche. Por la mañana, la caja tenía un orificio cuyos

bordes estaban húmedos y coronados de un líquido verdoso. El clavo había desaparecido, pero yo sentía que estaba en mi cerebro, donde aún continúa. No duele, pero tiene esa cosa molesta de las ideas fijas y de las obsesiones. Mi amigo se ha puesto bien.

Los números

Delante de mí, en el compartimiento del tren, iba un matrimonio con su hijo, de seis o siete años. El niño sacó de su bolsa un ejemplar de *Madame Bovary* y empezó a pasar sus páginas. Era evidente que no leía, porque las pasaba muy deprisa; sin embargo, su gesto era de enorme concentración, y con frecuencia se advertía en su boca la suave tensión del que lee. Yo, por mi parte, intentaba concentrarme sin éxito en una novela policiaca que había comprado en la estación. Al rato, el pequeño había acabado con Flaubert y sacó *Otra vuelta de tuerca*, del gran Henry James. Conozco ese texto de memoria y me pareció que la

mirada del niño se alegraba cuando tenía que alegrarse y se sobrecogía cada vez que tenía que sobrecogerse. Era un misterio.

En esto, sus padres decidieron irse a tomar un café y me pidieron que cuidara del pequeño. Una vez solos, le pregunté cómo conseguía leer tan deprisa. «Porque sólo leo los números», respondió. «¿Qué números?» «Éste, el que viene debajo de las páginas.» No quise continuar averiguando porque el rostro del niño parecía algo extraviado, y me dio miedo. Abrí de nuevo mi novela y al fijarme en la numeración de sus páginas, en la que nunca reparo, me pareció que entre los números y el texto había una relación secreta que sólo un tonto o un iluminado podían advertir. Fui pasando las páginas lentamente, leyendo: «Una, dos, tres, cuatro...», al llegar a la dieciocho, no sé por qué, la novela me atrapó y quedé enredado en su trama,

aunque aún no sé de qué iba; el caso es que los números parecían haberse impregnado de la sustancia del texto, de manera que su solo recitado se transformaba en la lectura de una novela corta. La terminé en el momento en que el niño acababa con *Otra vuelta de tuerca*, y las intercambiamos. Agoté en el viaje todas las lecturas del verano.

El miedo

Desperté a media noche sorprendido de no tener miedo. Me sentía como amputado de algo y al mismo tiempo con la extrañeza que precede a las modificaciones importantes de la realidad. De hecho, además del miedo, eché en falta el paquete de tabaco que suelo dejar en la mesilla. Me levanté a oscuras, me asomé al pasillo y durante un rato estuve escuchando los ruidos de la casa, pero, al contrario que otras veces, los catalogaba sin esfuerzo: la cisterna del vecino, el motor de la nevera, el contador de la luz... Por lo general, a esas horas todos los ruidos parecen proceder del infierno.

Avancé por el pasillo en busca de mi miedo, pero no lo hallé en ningún sitio, ni en el teléfono oscuro, que no era más que un objeto macizo, intrascendente, sin doble intención, ni en los pomos de las puertas. Entré en la cocina y me enfrasqué en la contemplación del horno. Me gusta imaginar que el horno está lleno de esos insectos que habitan también en el delirium trémens, pero esta vez me pareció una oquedad inocente y limpia; lo abrí con la indiferencia de un bostezo y no salió ningún animal de sus rendijas.

Me miré en el espejo, pero vi un tipo normal, un poco desaliñado si queréis, aunque nada inquietante. Una paz de domingo invadía la casa. Dios mío, pensé, algo grave va a ocurrir; conozco esta clase de tranquilidad y es la que precede a las catástrofes: un minuto antes de que Europa estallara, por ejemplo, la gente bailaba el vals en Viena, lo he leído; y el último día que fui feliz, al regresar a casa, estaba muerto el canario. De súbito

oí un ruido en la puerta, como si alguien manipulara la cerradura. Me quedé quieto, paralizado por el terror, hasta que comprobé que el ruido procedía de otro piso. De todos modos, sentí que había recuperado el miedo y volví a la cama más tranquilo.

Un cuento

Estaba comenzando a amanecer cuando me despertó el ruido de una moto en la calle; pasó por debajo de la ventana y giró a la derecha para coger la avenida. El ruido se convirtió en un zumbido y desapareció a la altura del mercado. Yo la seguí imaginariamente y la vi estrellarse de forma imaginaria contra la esquina del ambulatorio. Después me dormí hasta que sonó el despertador. Por la mañana había una moto destrozada y una mancha de sangre en la pared del ambulatorio. Un grupo de gente comentaba que se había matado al amanecer un motorista.

Como llegaba un poco retrasado a la

oficina, deseé que mi jefe estuviera muerto para no tener que pelearme con él, era un imbécil. Además le gustaban las motos, de manera que imaginé que el motorista muerto era él. Así que estaba metiendo mi ficha en el reloj, cuando vi salir a mis compañeros con cara de circunstancia: se dirigían al tanatorio para dar el pésame a la familia de mi jefe. Fui con ellos y nos encontramos al director general; deseé que se acercara a mí y me invitara a regresar a la oficina en su coche. Sucedió. Le expliqué que el departamento estaba hecho un desastre, critiqué los métodos del fallecido y le sugerí que me concediera una entrevista para ponerle al día. Lejos de citarme, mandó al chófer que se detuviera y me invitó a bajar, aunque aún no habíamos llegado. Perdí de vista el coche cuando giró por el edificio de la Audiencia, pero lo seguí imaginariamente unos metros más y al poco hice que se estrellara imaginariamente contra el monolito de la

Libertad. Corrí en esa dirección para ver los cadáveres, pero no había ningún coche estrellado. Comprendí que había entrado en una mala racha y deseé que me cayera encima una cornisa, pero la buena suerte se había terminado, así que llegué vivo a la oficina y aquí estoy, haciendo las tonterías de siempre.

El perro fantasma

Paso todos los días con mi perro por delante de una casa con jardín donde en tiempos vivió otro perro que nos ladraba. Al mío se le erizaban los pelos unos metros antes de llegar a la verja tras cuyos barrotes aparecía el rostro oscuro de su adversario. Una vez cara a cara, se enseñaban los dientes y hacían grandes manifestaciones de odio mientras yo sujetaba al mío de la correa. Se trataba de un rito más o menos inocente al que todos estábamos acostumbrados. Un día el perro enemigo no apareció tras la verja. Casualmente, esa misma tarde me encontré en el mercado con su dueño, que me dijo que había muerto. Le di el

pésame y pedí tres cuartos de kilo de chuletas de cordero.

De eso hace ya un año, más o menos. Sin embargo, cada vez que pasamos por delante de la casa del perro muerto, el mío se eriza como la primera vez y lanza hacia el interior del jardín tres o cuatro ladridos de advertencia. A mí me hace gracia, pues ya le he dicho varias veces y en distintos idiomas (menos en el suyo, evidentemente) que su enemigo está muerto, y que por lo tanto hace un gasto inútil de agresividad y adrenalina. El otro día, sin embargo, se me ocurrió de súbito la posibilidad de que mi perro ladrara al fantasma del animal fallecido. Es obvio que él no está, pero cómo asegurar que no se ha quedado su fantasma. Se lo comenté a un amigo aficionado a asuntos esotéricos y no le pareció descabellado. El mundo, dijo, está lleno de espíritus que los seres humanos no percibimos porque hemos perdido esa capacidad, si algún

día la tuvimos. Mi gato, añadió, juega todos los días en el jardín con el fantasma de otro animal cuya naturaleza no he logrado averiguar.

Fantasmas. Estuve dándole vueltas al asunto y pensé que yo mismo me pongo muchas veces en guardia para defenderme de situaciones irreales.

Basta que algo evoque un asunto doloroso de la infancia o de la juventud para que reaccione como si la situación aquella volviera a repetirse. A veces soy yo, sin darme cuenta, quien provoca su repetición, para justificar mi agresividad sin duda. El mundo está, en efecto, lleno de fantasmas. La pregunta es si se encuentran dentro o fuera de nuestra cabeza.

Fontanería existencial

En la mesa de al lado, un hombre le dice a una joven que todo sucede por algo. Se trata de una frase que escucho con frecuencia últimamente. Su objetivo es consolar a quien ha padecido una desgracia. No es lo mismo romperse el cuello por algo que rompérselo por nada (la necesidad del sentido, de la que hemos hablado en otras ocasiones). Ahora bien, resulta curioso que esta necesidad sólo funcione para las desgracias, como si las cosas buenas estuvieran desprovistas de finalidad. No he oído a nadie decir por la tele que le habrá tocado la lotería por algo. La lotería toca porque has tenido suerte, y

punto. En cambio, si te arruinas, será por algo. Si te deja la novia, será por algo. Si suspendes la selectividad, será por algo. Si te has presentado al Planeta y no lo ganas, será por algo (si lo ganas, será pornada, claro).

Ese «algo» incluye a veces una porción de culpa. Equivale a decir «algo habrás hecho». Algo habrás hecho para que te suspendan, para que te arruines, para que te deje la novia, para no ganar el Planeta... Es verdad, algo habremos hecho, pero ¿qué? El mundo es un complicado sistema de tuberías. La existencia de un ser humano cualquiera, el más anodino, observada desde la perspectiva de un fontanero, debe de ser apasionante. Sin darnos cuenta, nos pasamos el día abriendo y cerrando llaves de paso. Cuando decides no contestar esa llamada telefónica, has cerrado una llave (o la has abierto, no hay modo de saberlo). Cuando vas a la oficina por esta calle, y no por la de

siempre, estás provocando sutilmente al destino. Cuando pierdes el avión, etcétera.

—Todo sucede por algo —repite el hombre de la mesa de al lado a la joven con la que habla.

—Decir que todo sucede por algo — responde ella — equivale a decir que todo sucede por nada.

No logro averiguar qué clase de desgracia le ha sucedido a esa chica a la que el hombre trata de consolar (o de seducir, no estoy seguro). Yo preferiría que todo sucediera por algo, pero creo que no o, en todo caso, que resulta imposible averiguarlo. Un gin-tonic en vaso bajo, con cuatro piedras de hielo, por favor.

Formularios

Al despertar, vi que la azafata había dejado sobre el brazo de mi asiento el formulario que era preciso rellenar para entrar en el país al que nos dirigíamos. El resto del pasaje dormía en medio de la penumbra, pues era de noche y sólo permanecían encendidas las luces que indicaban la situación de los baños y las que en los bajos de los asientos delimitaban el pasillo. Comencé a rellenar el formulario y todo fue bien hasta que debajo de la línea en la que se solicitaba la fecha de nacimiento encontré otra donde había que anotar la de la muerte. Sobrecogido, levanté el rostro y vi avanzar a una azafata en medio de

aquella atmósfera espectral. «Por favor — le dije en voz baja cuando llegó a mi altura—, ¿qué hay que poner en esta casilla?»

«¿Usted qué cree?», respondió ella observándome con ironía, como si me estuviera haciendo el ingenuo.

Suponiendo entonces que me había sorprendido la muerte mientras dormía, puse la fecha en la que había salido de Madrid, y en la que aún nos encontrábamos. Luego rellené el resto del formulario, tumbé el respaldo del asiento, cerré los ojos y di un par de cabezadas. Me despertó el ajetreo de las azafatas, que comenzaban a servir el desayuno. Las ventanas estaban abiertas (había amanecido) y las luces encendidas. Vi el formulario, pero preferí (por miedo, supongo) no comprobar si lo de la casilla de la muerte había sido una alucinación. Llegué a destino, entregué el impreso en el control de policía, tomé un taxi, fui al hotel, hice en aquella ciudad lo que se

esperaba de mí y regresé a casa con regalos en la maleta. Mis rutinas son desde entonces las de siempre, mi relación con las personas y con el trabajo también. Todo sigue igual, pero de algún modo misterioso todo es diferente, como si, en vez de vivir, imitara la vida que llevaba antes del viaje. No es desagradable, sólo raro.

Habitaciones sin alma

Llego a la habitación de un hotel de nivel medio que tiene todo lo que se le supone: la cama, desde luego, las mesillas de noche, una mesa, una tele, y hasta una butaca en la que descansar o leer. No hay en ella, digamos, nada raro, distinto a aquellas otras habitaciones en las que he pasado tantas noches. Sin embargo, me dan ganas de dar la vuelta y salir corriendo. No lo hago. Coloco disciplinadamente la maleta sobre el mueble destinado a ello y la abro para que respire, pero lo dejo todo dentro, como con miedo a que la ropa se contamine de la atmósfera reinante. De todos modos, me acerco al armario, corro

la puerta y lo huelo conteniendo el ataque de angustia que se anuncia desde el estómago. Un armario vacío, con perchas tristes, tristísimas, perchas como costillas sin carne. Hay en la parte de debajo de este vacío de madera una caja fuerte de hierro con la puerta abierta. Me acerco a la ventana, descorro las cortinas, y miro afuera. Aunque la habitación no da a un aparcamiento (lugar triste donde los haya), se observa un paisaje ciudadano que conduce también a la desolación. Como ha comenzado a anochecer, acciono todos los interruptores, todos, provocando una sensación contradictoria, pues cuantas más luces se encienden más oscura está la habitación. Los vatios se restan en vez de sumarse.

Te dices: «Total, por una noche...», que viene a ser como decir en la ruleta rusa: «Total, por una bala...» Esa bala te puede matar. Esa habitación puede permanecer en la memoria el resto de tu

vida. No hay nada peor que abandonar una habitación de hotel llevándosela dentro. Pero la cuestión es ésta: ¿Por qué este cuarto, siendo idéntico a tantos otros por los que he pasado, me provoca esta tristeza infinita? ¿Por qué este cuarto de baño, que posee una disposición habitual, da miedo? ¿Es distinto el bidé, la ducha, el retrete, el secador del pelo? Pues la verdad, no. Lo que le ocurre a esta habitación, en fin, es que carece de alma. De hecho, si me miro en el espejo, me devuelve el rostro de un individuo también desalmado porque se trata de un espejo afligido, enlutado, incapaz de reflejar otra cosa que no sea el dolor. ¿Cómo se le insufla el alma a la habitación de un hotel? Ni idea. Bastante tiene el viajero con que no le arrebatte la propia.

Me acuesto pronto

Estoy con los ojos abiertos delante de un plato de sopa y veo tumbas. Frente a mí hay otro plato de sopa, el de mi amigo Antonio. Hemos quedado a comer. Él no sabe que yo veo tumbas mientras hablamos. Cada vez que me llevo la cuchara a la boca veo una tumba dentro de mi cabeza. No en mis pulmones, ni en mi estómago, ni en mi pie derecho: en mi cabeza. Mi cabeza se va llenando de tumbas a medida que mi estómago se llena de sopa. La sopa es de pescado. Tiene trozos de rape y de otro par de peces que no identifico. También gambas y mejillones y almejas. Mi amigo me cuenta un síntoma que le preocupa: por

las mañanas, al despertarse y abrir los ojos, no ve nada durante unos segundos. Entonces se queda quieto con los dedos cruzados, rogando no haberse quedado ciego durante la noche. Al poco, la realidad se manifiesta de golpe y ve el armario empotrado que hay frente a la cama. Los ojos le tardan en arrancar, como un motor frío. Tiene miedo de que un día no le arranquen. También le da miedo ir al médico. Fuera de eso, añade, va todo más o menos bien. Con «todo» se refiere al trabajo (enfermero), a la esposa, a los hijos... Yo mastico el pescado y veo tumbas. De granito, de mármol, de hierro. También veo mausoleos y nichos. He pedido de segundo plato un solomillo que ahora no me apetece, por culpa de las tumbas. Mi amigo me pregunta qué opino de su síntoma.

—No sé —le digo con sinceridad—, yo veo tumbas dentro de mi cabeza cuando tomo sopa de pescado. Ahora

mismo tengo la cabeza llena de tumbas.

—¿Sólo cuando tomas sopa de pescado?

—Sólo con la sopa, que tanto me gustaba. He empezado a detestarla.

—¿Y alcanzas a leer los epitafios?

—Sí, pero están en un idioma que no conozco, un idioma con muchas consonantes.

En ese instante descubro un ojo de pez flotando en medio de la sopa y me dan ganas de llorar. Pero las reprimo. Al regresar a casa, tengo la certeza de que en el momento de descubrir el ojo del pez sucedió entre mi amigo y yo algo importantísimo que ninguno fuimos capaces de detectar. Esa noche me acuesto pronto.

Milagros

Un chico y una chica, en la mesa de al lado, discutían acaloradamente. Él decía que la vida era una mierda y ella que no, que era un milagro. «Tú mismo —añadía— eres la demostración de ese milagro.» «Y tú —respondía él— la de esa mierda.» Al principio, pensé que eran hermanos. Quizá hermanos de la misma madre y de distinto padre, pues en algún momento aludieron a los apellidos como una fuente de conflicto. Pero no: habían sido novios y ahora se repartían el ajuar verbal acumulado a lo largo de los últimos años. Yo estaba alternativamente de acuerdo con uno o con otro, pues ambos defendían muy bien sus

posiciones. A ratos, me daban ganas de decirles que los dos llevaban razón. No os peleéis, muchachos, las dos cosas son verdad y mentira a la vez. Intuí que a ella le habría gustado escuchar que eran verdad y a él que eran mentira.

Como si me hubieran oído, empezaron a cambiar los papeles. La joven, con expresión de derrota, dijo: «Me rindo, la vida es una mierda, sí, y tú eres el ejemplo palpable.» El chico recibió sus palabras como un golpe en el hígado. Perdió el color, se quedó mudo, y enseguida imploró: «No digas eso, por favor; si tú dices eso, me hundo. Necesito que creas que la vida es un milagro. De hecho, lo es. No hay más que estar un rato contigo para darse cuenta. Cómo he podido ser tan burro. Repíteme que la vida es un milagro, por favor, repítemelo.» La chica se resistió, pero finalmente volvió a sus posiciones iniciales, lo que permitió al joven regresar poco a poco a las suyas.

Estuvieron media hora cambiando de lugar.

De súbito, ella abandonó la cuestión de la vida. Dijo que últimamente, en el coche, cuando quería girar a la derecha giraba a la izquierda. «Un día, voy a tener un accidente», añadió. «Pues no conduzcas», respondió él. «Lo haría — replicó ella—, pero es que cuando no quiero conducir conduzco.»

El muchacho volvió a quedarse pálido. No soportaba ninguna debilidad en su novia. Las quería todas para él. Quizá por eso estaban a punto de romper. Al llegar a casa, telefoneé a un médico amigo y le comenté, preocupado, el síntoma de la chica. Temí que fuera un tumor cerebral, pero me dijo que no y sentí un alivio inexplicable. La vida es un milagro.

No sé si me creerán

Hace meses coincidí en el AVE con una familia entera de marcianos, aunque entonces no me di cuenta. Tampoco comprendí en su día el teorema de Pitágoras ni los juicios sintéticos a priori. Todo llega muerto al ojo (y a la mente). Esa estrella que vemos cada noche desde la ventana del dormitorio falleció hace siglos; lo que nos llega es su fulgor. Esa idea que acaba de asentarse casualmente en tu cabeza, murió hace siglos en los tratados de filosofía... El caso es que ayer por la noche me desperté a las tres de la mañana y comprendí de súbito que aquella familia a cuyo lado viajé en el tren, y que no se me iba de la memoria,

estaba compuesta de marcianos.

Tal como lo recuerdo, al poco de ocupar mi asiento sentí un poco de modorra y entré en un estado de semiinconsciencia que no me impedía sin embargo escuchar las conversaciones de quienes me rodeaban. Recuerdo perfectamente que el marciano que hacía de padre le dijo a la marciana que hacía de madre que las orejas de la marciana que hacía de hija no habían quedado muy bien.

—Tenemos que perfeccionar los pabellones auriculares —fue exactamente su frase.

—Y la movilidad de los ojos —respondió la supuesta madre.

A continuación se pusieron a hablar de recetas de cocina y de larvas de moscas, todo al mismo tiempo. Ya comprendo que esto resulta difícil de creer, pero fue tal como lo estoy relatando. Era como si hubieran tenido cada uno dos bocas, lo que les permitía

mantener dos conversaciones distintas a la vez. Con una hablaban de larvas de moscas y con la otra de comida. La mezcla resultaba un poco repugnante. Cuando cambiaron de conversación (o de conversaciones), abordaron de forma simultánea los temas de la reproducción asistida y del motor de cuatro tiempos. Yo intentaba destrenzar ambos asuntos, para enterarme de lo que decían, pero habría necesitado para ello dos cerebros (y quizá cuatro oídos).

Cuando volví completamente en mí, pensé lógicamente que todo había sido un sueño, igual que la explicación que el profesor de matemáticas me dio en su día sobre el teorema de Pitágoras. No sé cuántos años tardé en comprender que el teorema de Pitágoras era real como la vida misma, pero debo de estar progresando porque lo del tren y los marcianos ocurrió esta primavera (hace cuatro días, como el que dice). Recuerdo que abrí los ojos y observé a la familia,

que era absolutamente típica, aunque un poco baja o achaparrada en relación a la media. Me fijé en los ojos de la madre, que iba delante de mí, y me pareció, en efecto, que no se movían con naturalidad, sino a saltos, pero lo atribuí a mi capacidad para sugestionarme. En cuanto a las orejas, no les noté nada de particular, aunque la hija, una adolescente de quince o dieciséis años, las tenía tapadas con una melena. El padre llevaba en el oído derecho un audífono a través del cual (pienso ahora, porque entonces ni se me ocurrió) recibía instrucciones de alguna instancia superior. Lo digo porque al intentar trabar conversación con él, me pareció que respondía a mis preguntas con lentitud, como si alguien le dictara las respuestas a través del aparato (de esto me doy cuenta también ahora; entonces pensé simplemente que se trataba de un hombre lento).

Cuando me espabilé del todo, se pusieron a resolver en familia el

crucigrama de un periódico, lo que entonces me pareció un pasatiempo inocente. Visto con perspectiva, sin embargo, las preguntas que supuestamente leía el padre podrían contener una conversación secreta.

—Que alterna con personas de condición superior a la suya.

—Intruso —respondió inmediatamente la hija.

—Que observa con disimulo, que se informa en secreto —añadía el padre.

—Espía —dijo de inmediato la madre.

Entonces no me di cuenta, pero era evidente que hablaban de mí.

¿Cómo no me di cuenta aquel día? Resultan increíbles las habilidades que hemos adquirido para no ver lo que tenemos delante de los ojos. Ahora bien, si yo no advertí en su momento que me encontraba frente a una familia de marcianos, ellos sí advirtieron que mi curiosidad podría resultar una amenaza. De hecho, se bajaron en Córdoba, aunque al principio del viaje dejaron entrever

claramente que iban a Sevilla. ¿Por qué no me extrañó entonces esta contradicción? Por las mismas razones que en su día no comprendí el teorema de Pitágoras, que es cristalino. Digo todo esto para advertir a la gente que hay más marcianos de los que creemos y que están entre nosotros. Pero no sé si me creerán.

Pedir hora

Levanté el teléfono y no daba señal. Leí el periódico y no tomé una sola nota. Deduje que no funcionaban ni el teléfono ni la realidad. Llamé desde un móvil a mi compañía telefónica y les pregunté si el problema era suyo o mío. Me dijeron que se trataba de una avería externa a mi domicilio y que la arreglarían en un plazo máximo de 48 horas. Lo de la realidad era más complicado. No encontré un servicio de averías de la realidad. De todos modos, imaginé que sí. Y que llamaba:

—¿Es el servicio de averías de la realidad?

—Sí, señor, dígame qué le pasa a su

realidad.

—Que no funciona.

—¿Podría ser más explícito?

—La miro y no me conmueve. He leído el periódico de arriba abajo sin tomar ninguna nota. Nada me llama la atención.

—¿Está usted seguro de que es un problema de la realidad?

—¿Qué quiere decir?

—Que a lo mejor el que no funciona es usted.

Colgué preocupado y salí al jardín, para ver si el frío o la visión de las plantas me afectaban de algún modo. Pero no me emocionaron en ningún sentido. En esto vi a un gato negro muerto junto a un árbol. Lo conocía, pues solía ponerle de comer. Pensé que quizá se había helado durante la noche. Tal vez hubiera tomado algún veneno. Toqué su cuerpo precavidamente, con un palo, y estaba completamente tieso. ¿Qué hago con él?, me pregunté. Sentí

entonces que la realidad se ponía misteriosamente en marcha (aunque a medio gas).

A media mañana salí a la farmacia. De vuelta, tropecé con una barrendera. Le pregunté qué debía hacer con el gato y me dio un número del Ayuntamiento. Llamé y les conté lo ocurrido. Me pusieron con el servicio de cadáveres, donde un señor me aseguró que se pasarían a recogerlo a lo largo del día. Aún no han venido, pero el día no se ha acabado. Tampoco han aparecido los de mi compañía telefónica, pero tampoco han pasado 48 horas. De vez en cuando descuelgo el teléfono, a ver si da señal. De vez en cuando me asomo al jardín, a ver si el gato ha resucitado. En cuanto a mí, he decidido pedir hora. Pero ¿a quién?

Problemas existenciales

Un personaje masculino, en un cuento de James Salter, se queja de llevar una «vida fingida». La expresión me obliga a hacer un alto. ¿En qué se diferenciaría una vida fingida de una verdadera? Pienso en la gente que conozco. Muchos de mis amigos no están de acuerdo con su vida, pero no estoy seguro de que por eso no sean verdaderas. Incluso una vida de mierda, con perdón, es una vida verdadera.

—Confundes la calidad con la autenticidad —dice un señor que llevo dentro—. Una vida feliz puede ser falsa mientras que una desgraciada puede ser verdadera.

—Entonces hay vidas pirateadas, como los cedés, vidas que no son originales, vidas copiadas, incluso mal copiadas.

—Asómate a Operación Triunfo o a Gran Hermano. La mayoría de esas vidas pretenden reproducir el cliché de los famosos. A veces, surge entre ellas una vida verdadera, pero la mayoría son como aquel pavo del Día de Acción Gracias con el que Bush se fotografió en Irak: puro plástico.

Vidas de plástico. La idea comienza a obsesionarme. A preocuparme. ¿Me habré construido una vida de verdad o una vida aparente? ¿Cómo saberlo? A los replicantes de *Blade Runner* se les dotaba de un pasado falso, de una familia imaginaria, aunque documentada con abundante aparato fotográfico. Éste era tu abuelo; ésta tu madre; estos gemelos son tus primos... Supongamos que me he construido una vida fingida. ¿Cómo habría sido una vida

auténtica? ¿Qué habría hecho en ella? ¿Qué habría estudiado? ¿Habría viajado más? ¿Menos? ¿Habría tenido hijos? ¿Me habría divorciado? ¿Las úlceras de estomago son más propias de las vidas falsas o de las reales?

Ya no puedo parar de darle vueltas. ¿Es preferible tener una vida verdadera, aunque desdichada, a una falsa y feliz? Si decidiera que mi vida es un mero duplicado de una vida original, ¿estaría a tiempo de construirme una existencia propia? ¿Para qué quiero a estas alturas una existencia propia? ¿Se darán cuenta los otros, al verme, de que finjo? Dios mío, todo son preguntas.

Subcolumna

Estoy leyendo un libro sobre insectos en el que aparece una mosca llamada «suboscura». Suboscura, fíjense, nada de melanogáster ni de drosóphila ni de tsé tsé, no: suboscura. Me estremezco al imaginar una mosca suboscura. El prefijo sub proporciona a las palabras una suerte de prestigio inverso, un toque demoníaco, un semblante aciago. Ahí están suburbano, subteniente, subsuelo, subdirector, subsecretario, subjúdice, subafluente, subalimentación, subalterno, subarrendar, subcontrata, suburbio, subconsciente... ¡Dios mío, subconsciente! Se me ocurre de súbito que el hábitat natural de la mosca

suboscura sea el subconsciente, tan rico en materiales en descomposición. Las larvas (¿o debería decir las sublarvas?) de las moscas suboscuras tienen garantizado el alimento, al menos el alimento onírico.

Una vez, hace años, estábamos en la oficina después de comer y mi jefe se quedó dormido con la boca abierta. Estaba dudando si despertarle o no cuando vi aparecer entre sus labios una mosca. La imagen me persiguió durante meses, creo que por su aspereza biológica. Al llegar a casa me duché y me afeité, confiando en que la limpieza exterior me quitaría la pesadumbre interna. Pero no sirvió de nada. Me fui a la cama sin cenar, con mal sabor de boca, como si la mosca de mi jefe se hubiera paseado por mi boca en vez de por la suya. Pasé la noche inquieto y tuve pesadillas orgánicas que olvidé al despertar. Si hubiera sabido que se trataba de una mosca suboscura, habría considerado un privilegio asistir a su

aparición. Nos perdemos las mejores cosas de la vida por ignorancia.

Lo que me pregunto es cómo logró aquel insecto escapar del subconsciente de mi jefe, tan hermético. Quizá por el ojo de la cerradura. El caso es que esta mañana, al levantarme, he visto una mosca, o quizá una submosca, al lado del zapato. Estaba muerta, boca arriba, es invierno. Le he dicho a mi mujer que no sé de dónde ha podido salir, pero sí lo sé. Ha salido de mi subconsciente por el ojo de la cerradura y ha trepado por las vías respiratorias hasta la boca, o hasta la nariz. Se trata, pues, de una suboscura, mi suboscura. He guardado el cadáver en el estuche de la pluma estilográfica.

Va a llover

Salí a pasear cuando el cielo anunciaba tormenta. La tarde había adquirido un color que me sobrecogió al pisar la calle. Estuve a punto de volver a casa, pero algo me empujó a seguir adelante. Recorrí unos metros con la impresión de que estaba sucediendo algo extraño fuera, pero también dentro de mí, pues era capaz de percibir sucesos que en situaciones normales nos pasan inadvertidos. Así, me pareció que en la conmoción de las hojas de los árboles, impulsadas por el viento, había alguna intención. Quizá llevaban días esperando una tormenta de aire para manifestarse. El viento funcionaba al modo de una

garganta prestada. Como no tenían ni idea de cuánto iba a durar, los árboles se decían las cosas de forma apresurada, quitándose la palabra unos a otros. Las ramas se agitaban espantadas, como si se anunciara una catástrofe.

Continué caminando. A cada paso que daba aumentaba mi nivel de conciencia, como si hubiera ingerido alguna droga. La droga era la tormenta, era el color del cielo, era el viento, eran las ramas de los árboles. Mi percepción había alcanzado tal categoría que podía reparar al mismo tiempo en el pájaro del poste telefónico y en la señora que retiraba la ropa de la terraza por miedo a que lloviera. Al poco pasé junto a un coche bien aparcado en cuyo interior había una señora que parecía muerta. Se encontraba en el asiento del conductor, con la ventanilla bajada; tenía la boca completamente abierta y el rostro exangüe. Di una vuelta a la manzana, para pasar por el mismo sitio, y esta vez

me pareció que estaba dormida. Pensé (de manera retórica) que quizá yo había entrado en una dimensión en la que las cosas podían suceder y no suceder, es decir, que tal vez la mujer estuviera muerta y viva de forma simultánea. En una de las vueltas a la manzana escuché el zumbido de una ambulancia que se detuvo

junto al coche, del que los camilleros sacaron el cadáver de la mujer. La siguiente vez que pasé junto al automóvil continuaba sin embargo dormida.

Decidido a escapar de aquella especie de bucle, cambié de acera, enderecé mi recorrido y fui a parar a una calle que no conocía, pese a encontrarse en mi barrio. Era muy hermosa, como si estuviera pintada. La tormenta de aire se manifestaba en ella en forma de pequeños remolinos que agrupaban junto a las ruedas de los coches aparcados las hojas desprendidas de los árboles. Aquellas hojas parecían restos de una conversación rota. Habían muerto, como el que dice, hablando. Todavía, impulsadas por el aire, giraban sobre sí mismas como lenguas que no se resignaban a callar. ¡Qué intensidad tenía todo!

En la primera esquina de aquella calle había uno de esos muebles urbanos que contienen bolsas de plástico para

recoger las cacas de los perros. Y junto al mueble había una anciana sin perro extrayendo una bolsa detrás de otra. Lo hacía sin prisas, pues encontraba cierto placer en alisarlas antes de colocarlas junto a las ya obtenidas. Pensé al principio en un acto incívico, pero advertí enseguida que la anciana creía haber dado con un objeto mágico que proporcionaba de manera incansable pequeñas bolsas de plástico negras a los viandantes. Me detuve a contemplarla y me invitó a que yo mismo tomara una bolsa, cosa que hice.

—Parece magia —dije.

—Es magia —dijo ella—. Ya lo ve, gratis.

La mujer tenía esa edad en la que se asocia lo gratuito con lo mágico. Guardé la bolsa mágica en el bolsillo del pantalón y continué andando. Entre tanto, el viento había agrupado sobre nuestras cabezas a un grupo de nubes cuya expresión, me pareció, era de mal

humor. Jamás hasta ese día había sido capaz de percibir el estado de ánimo de las nubes. Creía que eran neutras, pero no. A estas que digo les había ocurrido algo. Decidí tomar el camino de casa, por si las cosas se pusieran feas y pasé junto a una adolescente muy menuda, muy frágil, que tenía el aspecto de una libélula. Llevaba de la correa a un perro diminuto, perfectamente adaptado a su tamaño, que me ladró al pasar. La adolescente me sonrió con gesto de disculpa.

—No hace nada —dijo.

No podía hacer nada, ya digo que se trataba de una miniatura de perro que se aplacó cuando me agaché para acariciarlo. Mientras lo acariciaba hizo una caca que recogí con la bolsa mágica que había guardado en el bolsillo, pues la chica no tenía. Le di la bolsa mágica, para que hiciera con ella lo que quisiera y continué mi camino. Al entrar en casa mi mujer me preguntó que qué tal y le dije

que bien. «Va a llover», apuntó ella.

Sí y no

Si los periódicos salieran un día sí y un día no, la vida sería distinta; en lugar de tener una visión continua de la realidad, tendríamos una visión fragmentada y haríamos el esfuerzo de unir esos pedazos para darles sentido. Igual que si la televisión funcionara un día sí y un día no. El día que no, nos serviría para rellenar el hueco dejado en nuestra vida por la ausencia de los culebrones.

Si la gripe nos atacara un día sí y un día no, el día que sí valoraríamos los beneficios del día anterior y del siguiente. Si amásemos los lunes, miércoles y viernes, y odiásemos los martes, jueves y

sábados, emplearíamos el domingo en averiguar de qué días de la semana hemos obtenido mayor satisfacción. Lo que pasa es que habría que arreglar las cosas de manera que coincidieran en el mismo día la ausencia de los periódicos, de la televisión y de la gripe. Porque, claro, si el mismo día que nos tocase amar tuviéramos cuarenta de fiebre, amenizados por alguna noticia desastrosa, amaríamos mal. Por ejemplo, si lloviera un día sí y un día no, lo ideal sería que coincidiera el día del odio con el de la lluvia, porque nos daría pereza salir y en lugar de pelearnos a tiros nos insultaríamos por teléfono. Claro que sería necesario, en el caso de que los teléfonos funcionaran un día sí y un día no, que el día que sí coincidiera con el día de la lluvia y el odio. Ahora, como no funcionan ningún día, no podemos valorar las ventajas del día que sí. Si estuviéramos vivos un día sí y un día no, los días que nos tocase estar muertos

comprobaríamos las ventajas o los inconvenientes de esta condición y hablaríamos con conocimiento de causa sobre la eutanasia. Si un día fuéramos felices y otros desdichados y los días de felicidad no coincidieran con los días de lluvia, ni de odio, ni de muerte, ni de televisión... ah, entonces...

Zapatos

El caso es que empezaron a desaparecer mis calcetines preferidos. Desmonté la lavadora por si se hubieran quedado atrapados en el filtro, revisé los cajones de toda la casa, le pregunté a la vecina de abajo si por casualidad se había desatado una lluvia de calcetines sobre su tendedero. Nada, no había rastro de ellos en ningún sitio. Me compré más y a los quince días se habían vuelto a evaporar.

En esto, una noche me desperté con la boca seca. Abrí los ojos y recibí un roce sutil sobre la moqueta. Al encender la luz vi que un calcetín de lana negro estaba siendo succionado por el zapato

correspondiente al pie derecho. Más de la mitad del calcetín permanecía aún fuera, pero se deslizaba sin pausa hacia el interior oscuro del calzado. En ese momento hice un ruido y la actividad engullidora cesó. Tiré del extremo libre del calcetín y arrastré con él el zapato, como el sedal arrastra al pez que ha mordido el cebo. Preferí pensar que se trataba de una pesadilla y me volví a dormir. Al día siguiente el calcetín había desaparecido.

Empecé a dejar los calcetines fuera de los zapatos al acostarme y cesaron las desapariciones, pero se ve que ahora pasan tanta hambre que se los comen cuando los tengo puestos. A lo mejor estoy hablando por teléfono y de repente siento un cosquilleo pantorrilla abajo; miro, que casi no me atrevo, y veo descender la manga en dirección a los tobillos. Es muy incómodo.

Siempre desconfié de los zapatos, esas cajas donde se guardan los pies con sus

dedos y todo. Parecen osarios o ataúdes. Y luego que también tienen algo de túnel sin forma. En realidad, es muy difícil llegar a ver el extremo de la puntera dentro; ahí, seguramente, reside su estómago. Conocí a uno que se durmió con los zapatos puestos y desapareció. Precisamente fue por estas fechas.

Felices Pascuas.

El progreso

Cuando yo nací, no había las posibilidades que la ingeniería genética brinda a los padres actuales; si no, seguro que con lo que me quería mi madre me habría sacado más alto y con los ojos azules y el pelo un poco rubio, como el niño de ese anuncio de jabones, creo, o de papel higiénico no sé, o quizá de compresas, da lo mismo, en el que se ve la panza de una embarazada bajo la ducha y se oye un monólogo interior a cuyo autor habría que otorgar algún premio, cualquiera, el nacionalsocialista de discursos de conciencia, por ejemplo, patrocinado por alguna empresa de papeles higiénicos, o de bolsas de basura,

o quizá de jabones que te dejan la piel como a Michael Jackson para que no se note que eres un poco oscuro.

O sea, que ahora mismo una madre negra puede tragarse un óvulo blanco, que enseguida los van a comercializar en pastillas, y con la ayuda de un espermatozoide del mismo color puede tener un hijo como la leche, sueco, vamos, y de cabellos finos y dorados como los de los príncipes centroeuropeos. Qué bien, qué dicha, ya era hora. Si la mamá de Michael Jackson hubiera tenido estas posibilidades, a lo mejor su hijito no se habría dedicado de adulto a tocar niños de todos los colores. Y luego también está muy bien lo de que las abuelas puedan ser madres de sus nietos, que hasta ahora sólo se podía ser una cosa al mismo tiempo, lo que va en contra del progreso y de la libertad de expresión. Con todo, lo mejor es que uno pueda ser hijo de un muerto, o de una muerta: la necrofilia quedaría al fin

catalogada en un apartado de complejos como el de Edipo y no tendría la mala prensa de que goza en la actualidad.

Si cuando yo nací hubiera habido tantos adelantos, con lo que me quería mi madre, a lo mejor ni siquiera me habría traído al mundo, lo que habría sido un detalle.

Disparates verosímiles

Un lector del periódico me asegura que si mantienes a un calcetín en las condiciones de oscuridad y silencio adecuados, le salen primero unos pulmones muy rudimentarios y a continuación un tosco sistema muscular que le permite desplazarse despacio por el fondo del armario. En una etapa posterior, genera también un embrión de sistema digestivo que le permite asimilar el polvo que recoge con la boca. Todo ello explica, según mi corresponsal, que a veces encontremos calcetines en los rincones más insospechados de la vivienda. Si los tocas, sus partes vivas se convierten de inmediato en polvo,

dejando en los dedos un tacto áspero que se elimina con cualquier crema de manos convencional.

Aunque la idea parece un disparate, es verdad que a veces los calcetines llegan a lugares de la casa donde ninguna persona con dos dedos de frente los pondría. En cierta ocasión encontré uno dentro del bolsillo de una chaqueta que utilizo poco porque es, como diría mi madre, «de mucho vestir». Me la puse para acudir a una cena en una embajada y en el segundo plato, cuando metí la mano en el bolsillo para buscar el pañuelo, tropecé con un calcetín negro en el que, quizá por sugestión, me pareció advertir durante unos instantes un cierto grado de actividad existencial. Mi compañero de mesa, que era diplomático, miró hacia otro lado cuando descubrió el calcetín en mi mano, como el que sostiene una trucha negra. No intenté explicarle nada.

De vuelta a casa, registré los bolsillos

de todas las chaquetas y de todos los pantalones y aparecieron cinco o seis calcetines más. Todos ellos despidieron al desplegarlos una pequeña cantidad de polvo orgánico. Tuve con uno la impresión de que se hacía el muerto, por lo que les hice la autopsia uno a uno y me parecieron sospechosos de una pequeña actividad biológica. Finalmente, los destruí con unas tijeras y arrojé las tiras resultantes a la basura.

Desde ese día todo cambió. Aunque racionalmente sabía que no era posible que un calcetín adquiriera vida, por elemental que fuese, no podía pensar en otra cosa. Me convertí en un habilísimo cazador de calcetines. Hasta entonces, cuando se perdía la pareja de uno, la dejaba estar. Ahora, la buscaba hasta dar con ella y siempre aparecía en lugares a donde sólo había podido llegar por sí misma. Encontré uno granate, de los de talla única, en el interior de una sopera que no utilizamos nunca porque es un

recuerdo de mi madre. La sopera permanece desde hace años en lo más profundo de un antiguo aparador que heredamos de mi suegro. Sólo con la flexibilidad de un calcetín se puede llegar hasta allí. Antes de cogerlo, estuve observándolo sin hacer ruido y (se trataría de una alucinación, no lo niego) me pareció que se inflaba y se desinflaba muy levemente, como si respirara. Al tocarlo, tuve la impresión de que acababa de morir. No sin aprensión, lo volví del revés y vi caer de sus paredes un conjunto de pequeñísimas escamas.

Le pregunté a mi mujer si las medias se extraviaban con la facilidad de los calcetines y me dijo que no. Yo volví a tomar una medicación antidepresiva que había abandonado al encontrarme bien y procuré olvidarme del asunto. Cuando un calcetín desaparecía, tiraba a la basura su pareja y me compraba otro par. Me aficioné entonces a los tejidos sintéticos, pues me dio por pensar que eran más

inertes que los naturales. El tiempo, que todo lo cura, me libró de aquella obsesión hasta que, meses más tarde, volví a recibir una carta del mismo lector que me había advertido acerca del asunto de los calcetines. Me contaba en esta ocasión que había sorprendido a dos paños de cocina en pleno coito. Aunque se trataba de otro disparate, daba la casualidad de que tengo cierta aversión a los paños de cocina. Desde siempre, cuando me seco las manos con ellos, noto un tacto más biológico que textil. Así las cosas, el lector, al relatarme su obsesión, había metido el dedo en una obsesión mía.

Observé durante unos días los paños de cocina sin percibir nada extraño en ellos. Pero a las dos semanas, cuando ya me había olvidado completamente del asunto, entré un día en la cocina sobre las tres de la mañana, para beber agua, y tropecé (iba descalzo) con un paño de cocina hecho una bola en el suelo. Lo tomé y al desplegarse cayó de su interior

un calcetín de lana marrón. Aunque parezca una locura, juro que el paño de cocina se estaba comiendo al calcetín, que cayó al suelo medio digerido. Dupliqué la dosis de antidepresivos y no he vuelto a notar nada extraño, pero me ha quedado una sensación muy rara.

La ropa

Hace diez años compré un traje oscuro que no me he puesto nunca. Quería comprobar si la ropa, aunque no te la pongas, envejece. El otro día lo saqué del armario, le quité la percha, lo coloqué sobre la cama y advertí con asombro que era un traje anciano, como si alguien invisible lo hubiera usado durante todo este tiempo para ir a la oficina. Aunque los hombres invisibles no deforman los codos o las rodillas con la violencia de los visibles, se percibía en esas zonas un desgaste sutil. Me puso los pelos de punta la vejez tenue de aquel traje que no había ido nunca al cine, que no había asistido a ningún cóctel, que no

había viajado en el autobús o en el metro: un traje, en fin, que sin haber corrido ningún riesgo vital, estaba evidentemente cansado y listo para el ataúd.

Pensé de nuevo en la idea de que lo hubiera usado un sujeto invisible. Imaginé la posibilidad de que durante todos aquellos años, mientras yo leía, escribía o dormía, se hubiera desprendido de mí una versión incorpórea que había utilizado el traje. Una chaqueta y unos pantalones bien moldeados pueden funcionar como una prótesis corporal para alguien descarnado. Sin facilitar las prestaciones de un organismo completo, proporcionarían a un hombre sin cuerpo una sensación de volumen. Pero la ropa, en lo que tiene de ortopedia, resulta un poco triste. De pequeño, leí un cuento cuya acción transcurría en una ciudad donde los trajes salían a pasear solos, sin nadie en su interior, los domingos por la tarde. Impresionaba imaginar las plazas

ylas avenidas de aquella ciudad.

Mi traje, sobre la cama, parecía sacado de aquel cuento. Te lo imaginabas en el casino, departiendo con otros trajes de su calidad (clase media), soñando quizá con tener más algodón, o menos fibra, y se te encogía el alma de lástima. A lo mejor le habría gustado ir en alguna ocasión al tinte. Hurgué en sus bolsillos, por si hubiera en ellos alguna nota, alguna moneda, algún billete de metro o autobús, pero no hallé nada. Finalmente, lo colgué de nuevo de la percha y volví a guardarlo en su sitio porque no se me ocurría qué otra cosa podía hacer con él (o por él). Y ahí sigue, haciéndose mayor, víctima del tiempo oscuro que discurre dentro de los armarios.

Una hija secreta

En un mundo sin publicidad, ¿qué lugar ocuparía el Fairy en nuestros corazones? Lo digo porque el otro día soñé con este lavavajillas. En el sueño, habían venido a comer a casa unos amigos. Creo, por el modo en que vestían, que era domingo. Mientras comíamos, yo comenzaba a obsesionarme con la cantidad de vajilla utilizada. Habíamos puesto copas y platos delicados, de los que era preciso lavar a mano. Menos mal, pensé en el sueño, que tenemos Fairy. El problema es que cuando la gente se marchó y recogimos la mesa descubrí con espanto que la botella de detergente estaba vacía.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntaba a mi mujer.

—No sé —decía ella—. Si quieres me acerco a los chinos.

—Deja, que ya voy yo.

De modo que me ponía el abrigo y me acercaba a la tienda, donde acababan de vender en ese instante la última botella que les quedaba de Fairy a una cría de quince o dieciséis años (bellísima, por cierto) a la que le propuse que me lo cediera a cambio de pagarle el doble de lo que le había costado. La chica aceptaba y se iba tan contenta. Yo regresaba a casa y me ponía a fregar, que es una actividad zen de la que siempre obtengo una gran paz espiritual. Mientras pasaba la esponja por el interior de las copas, caía en la cuenta, no sé por qué medios, de que la adolescente que me había vendido el Fairy era en realidad una hija mía de cuya existencia no tenía conocimiento. Me desperté aterrado, fui a la cocina a beber agua y no pude resistir la tentación

de mirar debajo de la pila para comprobar, con sorpresa, que la botella de Fairy se encontraba vacía y no teníamos otra de repuesto. Regresé a la cama y dormí mal.

Al día siguiente, domingo, me acerqué a los chinos a comprar el pan y, de paso, una botella de Fairy. No ocurrió nada anormal, pero yo tenía la sensación de estar aún dentro del sueño, de cuya turbación continuaba siendo víctima. ¿Cómo era posible, me pregunté, que un producto comercial se hubiera metido de este modo en mi intimidad? Pues lo era, ya ven. Y quizá no me ocurra sólo a mí. Tal vez por eso TVE está registrando unas audiencias históricas desde que no emite publicidad.

La tos

Un sujeto que dejó de fumar tuvo una crisis y volvió a engancharse a ese vicio tan consolador, pero lo hizo a escondidas para no perder el aprecio de su familia ni de sus compañeros de trabajo. Había recibido tantas felicitaciones por su fuerza de voluntad que temía decepcionarlos a todos, arruinando de paso su imagen familiar y pública. O sea, que fumaba en el cuarto de baño, como cuando era pequeño, y luego abría la ventana y se tomaba un caramelo de menta para que no le delatara el olor.

El primero en descubrirle fue su hijo mayor, un adolescente que jugaba al

tenis y hacía senderismo. No dijo nada cuando se cruzó con su padre en el umbral del cuarto de baño, pero hizo un gesto en el que implicó a la nariz del tal modo que los ojos y la boca se pusieron a las órdenes del olfato componiendo un mensaje de censura. La noticia se difundió con rapidez, pues esa noche, durante la cena, notó que era tratado con el desprecio, o acaso la piedad, de un ex rehabilitado. Tras el postre, mientras la familia se agrupaba en torno al televisor, él se retiró al cuarto de baño y se fumó un cigarro sin boquilla para notar mejor el peso de la nicotina y de la culpa en el fondo de los pulmones. La nicotina no hizo nada en esa ocasión, pero la culpa resucitó una tos acantonada desde hacía meses en el tejido epitelial de la conciencia.

Con la tos recuperó también su identidad perdida. Entonces, intentó recordar quién había sido durante la época de abstinencia, y vio a un tipo que

imitaba sus gestos y que se acostaba en su cama, pero que no era él. Estaba tan excitado por este reencuentro consigo mismo que entró en el salón riendo y tosiendo como el que vuelve a casa. Pero su mujer le miró y él se dio cuenta de que su casa había sido ya ocupada por el otro.

El chupete sin humo

Dicen que la R. J. Reynolds Tobacco ha inventado un cigarrillo sin humo y sin ceniza; además de eso, en lugar de quemarse, sólo se calienta, proporcionando a la boca unos suaves vapores que sirven de vehículo a la nicotina. Recapitulemos: un cigarrillo, sin humo, sin fuego y sin ceniza.

¿Eso es un cigarrillo o un invento? No lo sabemos; antes de decidir, tendríamos que ponernos de acuerdo sobre los ingredientes específicos del cigarrillo, es decir, sobre aquello que hace que un cigarrillo sea un cigarrillo y no un destornillador, pongo por caso.

En mi infancia oí contar una historia

según la cual los ciegos no fumaban porque no veían el humo. Es mentira, como la mayoría de cosas que oyes a esa edad, pero revelaba que para algunos la especificidad del cigarrillo residía en el humo. A mí me gusta fumar de noche, en la cama, hundido en la doble oscuridad del pensamiento insomne y de la habitación vacía. No veo el humo, pero percibo sus múltiples lenguas acariciándome el rostro en su ascenso hacia el techo. No creo que pudiera prescindir del humo. Pero a lo que no estoy dispuesto es a que me quiten la brasa. La brasa consuela mucho a esas horas, sobre todo si estás en la habitación de un hotel y no tienes rincones familiares adonde dirigir la mirada. La brasa, pues, escribe en el aire un gesto íntimo que llevas intentando descifrar desde los primeros insomnios de tu vida. En cuanto a la ceniza, qué decir; es lo que nos ponían sobre la frente al tiempo que nos

recordaban que éramos polvo y que en polvo nos convertiríamos. Estamos empeñados en eso, en convertirnos en polvo, por eso sube tanto la demanda de incineración entre los cadáveres. O sea, que la ceniza está llena de ingredientes simbólicos que no nos pueden arrebatar en nombre de la salud o de la higiene.

Visto así, yo creo que las tres cosas que les quieren quitar a los cigarrillos son precisamente las que los dotan de especificidad. Vamos, que, a lo mejor, lo que han inventado es un chupete. También algo de eso tiene el cigarrillo.

Horóscopo

Detesto que el horóscopo lleve razón porque eso me hace vivir pendiente de él y no me gusta vivir pendiente de tonterías en las que no creo. Pero a veces acierta; el domingo pasado, por ejemplo, me dijo que controlara un poco el tabaco porque podía tener problemas con la garganta, y mientras lo leía carraspeé un par de veces: por sugestión, supongo, porque llevaba más de dos meses sin fumar. De manera que, en un ejercicio de racionalidad materialista, bajé al estanco, me compré un paquete de la marca que más daño me hace, que es también la que más me gusta, y regresé al vicio provisionalmente para reírme un poco de

todas esas supercherías dominicales. Al día siguiente estaba hecho polvo, pero no sabía si atribuirlo al horóscopo o a los cigarrillos. Quizá fue una combinación de las dos cosas. Con el horóscopo me pasa lo mismo que con las encuestas, que no sé si describe la realidad o me da órdenes.

Otra historia que tengo con el tabaco es que cada vez que lo dejo me encuentro con algún miserable que tampoco fuma, de manera que enseguida enciendo un cigarrillo, delante de él a ser posible, para hacerme la ilusión de que no somos iguales. Lo malo es que a los dos días de haber vuelto me tropiezo con algún imbécil que fuma como un carretero, así que cuando me veo en él, chupando compulsivamente ese objeto absurdo, lo tengo que abandonar de inmediato, aunque entonces entro en un estado de ansiedad que también le da la razón al horóscopo: es rara la semana que no dice que controle mis nervios.

Y si esto me pasa a mí, que no creo en nada, ni en los horóscopos ni en los efectos devastadores del tabaco sobre la salud, ¿qué será de esa pobre gente que vive enganchada a un conjunto de supercherías? ¿Cómo deciden de un modo racional cuándo deben dejar de fumar?

Un brujo fantástico

En mi afán socialdemócrata por dejar de fumar y no ser el día de mañana una carga para el contribuyente, acudí a la consulta de un brujo que me recomendó un sistema rarísimo por obvio. Consistía básicamente en no fumar. O sea, que lo que yo tenía que hacer cada vez que me apeteciese encender un cigarrillo, era decirme: «Ahora voy a no fumarme un cigarrillo.» El brujo me recomendó que siempre que fuera a no fumarme un cigarrillo me pusiera cómodo. «¿Fuma usted en la cama?», preguntó. «Un cigarrillo antes de dormirme», respondí. «Estupendo — dijo —, la cama es un sitio estupendo para

no fumar, de manera que antes de dormirse no se fume usted un cigarrillo, pero póngase cómodo para no fumarlo.»

La verdad es que el sistema me pareció asombroso por su sencillez; todas las cosas importantes son al final como el huevo de Colón. Nada más salir de la consulta y meterme en el coche me dieron ganas de fumar; entonces lo que hice fue no encender un cigarrillo que fui no fumándomelo hasta casa. Me encerré en mi cuarto de trabajo y como estaba un poco ansioso no paré de no fumarme cigarrillos en todo el día. Por la noche doblé la almohada para apoyar la cabeza y me puse a no fumarme el último del día, que me supo a gloria. «¿Qué haces?», preguntó mi mujer. «Estoy no fumándome un cigarrillo porque he dejado de fumar y ahora me toca no fumarme el que me fumaba antes de dormir.» Me miró con gesto de preocupación, pero yo seguí a lo mío; estaba disfrutando mucho con ese no

cigarro y no era cuestión de ponerse a discutir mientras se consumía.

A los pocos días empecé a no toser, lo malo es que se me reprodujo un tic facial muy feo del que me había curado hace años. Intenté aplicar al tic el método para dejar de fumar, pero en lugar de eliminarlo se me llenó la cara de otros nuevos. Fui a contarle la situación al brujo y me recetó unas hierbas, aunque no me aclaró cómo debía usarlas, de manera que decidí fumármelas y se me quitaron los tics. Es un brujo fantástico.

Una comprobación

No se lo van a creer, pero he dejado de fumar otra vez. Llevo una hora sin encender un cigarrillo, y eso que son ya las ocho de la mañana. Me desperté a las siete con ganas de fumar, pero un golpe de tos me cortó la respiración, de manera que al salir medio ahogado a la superficie me dije que ya basta: cogí el tabaco y el mechero y los arrojé con decisión a la basura. Llevo ya una hora sin olerlo, ya digo, y me encuentro estupendamente. Dirán ustedes que una hora es poco tiempo para saber si uno ha dejado de fumar de verdad o simplemente se está conteniendo. Pero lo importante no es el tiempo que llevo sin fumar, sino la

actitud psicológica frente a ese hecho; mi actitud psicológica es la de aquel que ha abandonado el vicio para siempre: no es que no fume gracias a mi fuerza de voluntad, sino porque no deseo hacerlo. Sólo la idea del humo me repugna.

Y es que he abierto la puerta y hace un sol espléndido. He salido a dar una vuelta por el campo, para escuchar el canto de los pájaros, y me he sentido poseído por una paz desconocida. ¿Acaso fuman los pájaros?, me preguntaba identificado con la naturaleza como un monje budista. ¿Acaso sería razonable que esa abeja que liba minuciosamente la miel de una caléndula sacara de repente un Camel y se pusiera a fumarlo delante de mí?

¿Y si lo hiciera yo? ¿Qué pensarían de mí las abejas y las mariposas y los pájaros si de súbito interrumpiera mi paseo y encendiera un Camel? Se trataba de una pregunta retórica, porque ya digo que lo había tirado a la basura. Lo importante es

que sólo la idea de alterar con el humo de un cigarrillo la paz sagrada del campo y el equilibrio precioso de mi sangre me hizo odiar, con más fuerza si cabe, ese vicio al que llevo enganchado tantos años.

He vuelto a casa en paz conmigo mismo. Ahora me estoy tomando un café que parece el primero de mi vida. La verdad es que me resulta tan increíble la aversión que he desarrollado por el tabaco que voy a coger un Camel de la basura y lo voy encender, pero sólo para comprobar que lo odio. Qué alivio.

Nada

Hay días en que la realidad no comunica nada. No habla. Miras una mesa en la que llevas veinte años apoyando los brazos y no te dice nada. Lo mismo que la pared en la que tantas veces perdiste la mirada concibiendo geografías imposibles o imaginando mundos con escaleras y pasillos que conducían a lugares secretos. Ya no te dice nada, no es más que un muro. Vas a la cocina para ver si te dan un poco de conversación los electrodomésticos, pero ni siquiera hablan entre ellos. El ruido de la nevera, que hasta ayer era un canto dirigido a seducir al microondas, no es más que el eco de un motor mal ajustado.

La licuadora, que era la gran metáfora de nuestro cuerpo, pues digería las frutas y arrojaba los líquidos por un lado y los restos sólidos por otro, es un trasto que no quiere saber nada de ti. Te asomas a la terraza y los edificios están ensimismados, transmiten la incomunicabilidad de las piedras. Hay en todo una solidez excesiva, como si durante la noche hubieran plastificado el universo para hacerlo impenetrable.

Caminas atento a una señal que no llega, a un gesto que nadie te dirigirá. Esa chica que iba en el metro junto a ti, y que te llamó la atención por su aspecto de adolescente envejecida, aunque también porque no parpadeaba, es mentira, es una chica de mentira. También tú eres un hombre de mentira; no existes más allá del límite marcado por tu piel.

El PSOE se niega a regular el uso de uniformes premamá para la Guardia Civil. ¿Te dice algo eso? Nada. Serra y

Solchaga aparecen dormidos en el Congreso mientras González discursa. ¿Significa algo? Nada. Marta Sánchez dice que le sobran curvas, que va a enseñárselas todas a los marineros. ¿Te provoca alguna reflexión? No, ninguna. Al portavoz del Ministerio de Defensa tampoco; está encantado con este espectáculo. Los pobres se mueren de frío. ¿Pasa algo? No, no pasa nada. Nada.

Mundo

El mundo es un lugar confuso: está lleno de cosas y de ideas, de flora, fauna y agujeros. Lo que más abunda son los agujeros. De hecho, todos nosotros estamos atravesados por un hueco en el que anida el miedo, la esperanza, la ambición, la sombra. El mundo es el cajón al que se arrojan las cosas inservibles que no se quieren tirar a la basura, porque todas juntas conforman una biografía. Cuando pasado el tiempo se abre ese cajón y se ve un huevo de zurcir calcetines junto a un botón de nácar o una foto amarilla al lado de un imán, se advierte la distancia entre lo que quisimos ser y lo que somos. Y es que

el mundo va tan despacio porque las cosas no nos salen. Hay quien se pone a modelar una jarra y le sale un plato, o quien pretende hacer una declaración y le sale un eructo; algunos que querían fabricar estuches se convierten en fabricantes de ataúdes.

Lo malo es que hay gente que se pone a hacer un ataúd y le sale un ataúd, o se pone a fabricar un cañón y le sale un cañón. También hay quien se pone a acumular dinero y se hace rico o a almacenar poder y se hace del PSOE. Estos casos no son los más frecuentes, aunque sí los que más llaman la atención. Pero lo normal es que uno vaya, por ejemplo, a matar a un enemigo y se mate a sí mismo. Es lo que le ocurrió a un tal Mark David Chapman, que un 8 de diciembre fue con una pistola en busca de John Lennon y asesinó a su doble. O sea, que no mató a Lennon por lo que tenía de Lennon, sino por lo que tenía de Chapman. En cualquier caso, ejecutó el

sueño de su vida.

Cuando se realiza un sueño se produce una vacante en el territorio del deseo. Muchos no saben cómo tapar ese agujero y acaban instalándose ellos mismos en él. Desde ahí miran a los pobres mortales aquejados de realidad como cuando Dios abre el cajón del mundo y no ve más que chismes. Entonces nos envían al Golfo o nos catastran.

Disparates

A veces imagino que hay otra dimensión por la que circulan versiones invertidas de nosotros mismos; o sea, gente que para impulsar la democracia no ha tenido que cargársela y políticos que han logrado mantener el estado de bienestar sin necesidad de llegar a suprimirlo. Se trata de una especie de mundo al revés en el que impera una lógica disparatada, según la cual, por ejemplo, para fomentar el empleo no es necesario despedir a todo el mundo ni para estar a favor del progreso has de pensar como un capitalista del siglo pasado.

Me gusta dormirme tejiendo fantasías

de este tipo. Ayer imaginaba que había otra versión de la realidad, otro lado en el que, por ejemplo, habíamos logrado erradicar la xenofobia sin dictar leyes que discriminaran a los extranjeros y donde alguien había dado con una fórmula para aumentar la felicidad de los ancianos sin necesidad de rebajarles las pensiones ni obligarles a pagar las recetas de la Seguridad Social. Ya sé que eso no puede ser, que es un disparate, que lo lógico, al menos desde una óptica progresista, es lo contrario. Pero yo es que siempre he sido muy aficionado al pensamiento paradójico; por eso me gusta imaginar mundos donde el hambre se quita comiendo y la sed a base de beber. A mi hijo le hace muchagracia.

Pero ustedes no me hagan caso, esto no es más que un juego. Imagínense que en ese mundo el ministro del Interior es un adulto que, cuando el Tribunal Constitucional le dice que se ha equivocado al interpretar una norma,

pide perdón y rectifica. Qué disparate, ¿no? Lo lógico es enfurruñarse y romper el tablero. Por eso resulta tan inquietante este juego, porque te sale lo contrario de lo que es. En esa dimensión imaginaria, figúrense, para ser de izquierdas no es necesario actuar como si fueras de derechas.

Acerca de las redes inalámbricas

Siempre que hablo por el móvil pienso que algún servicio secreto está grabando mi conversación, por lo que procuro despistar. Ayer, sin ir más lejos, me telefoneó mi madre para pedirme que la acompañara al médico, a lo que respondí:

—Ya estás con la historia del médico. Si sabes que no te pasa nada, mujer, que es todo pura hipocondría.

En realidad mi madre está a punto de fallecer, le han dado tres meses de vida, pero no me daba la gana que los servicios secretos se enteraran, de modo que le

pedí que se tranquilizara o que llamara al psicólogo.

—Pero qué coño de psicólogo —dijo ella—, si me quedan tres meses de vida y me matan los dolores. Lo que necesito es ir al médico para que me recete otra tanda de morfina.

Tenía que decir morfina. Podía haber dicho aspirinas o paracetamol, qué se yo, pero tuvo que decir morfina, que es una de las palabras que más alarman al servicio secreto. Colgué inmediatamente el teléfono, tomé un taxi, me presenté en su casa y le dije que fuera la última vez que pronunciaba la palabra morfina por el teléfono móvil.

—Ya estás con lo de los servicios secretos —dijo ella.

En ese instante comprendí que mi madre era espía. Fue como un fogonazo de luz, como una revelación. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?, me dije, qué idiota he sido. De repente comprendí por qué siempre que me llamaba al móvil

intentaba que habláramos de enfermedades y asuntos privados en general.

Esa noche arrojé mi móvil por el retrete. Mi madre me llamó al fijo al día siguiente. Me preguntó por qué no respondía al móvil y le dije que lo había perdido. Preguntó que dónde y le dije que en el cine. Me recomendó que lo diera de baja y le respondí que ya lo había hecho. Luego me pidió que le contara la película y que le recordara una receta de cocina. En ningún momento pronunció la palabra morfina ni habló de sus enfermedades. ¿Para qué, si ya no podían escucharnos los servicios secretos? Deduje de todo ello que las líneas fijas son, desde el punto de vista de la inteligencia militar, menos vulnerables que las redes inalámbricas. Y así lo hice constar en mi informe.

El funcionamiento de la cabeza

Amaba a sus padres, pero deseaba su muerte. Una cosa no tenía que ver con la otra. Eso se decía a sí mismo: una cosa no tiene que ver con la otra.

¿De dónde rayos había sacado esa frase? No lo sabía, pero le fascinaba su utilidad: la de señalar como aparentes contradicciones que parecían reales. No soy capaz de suicidarme, por ejemplo, pero preferiría morir. Una cosa no tiene que ver con la otra. Disfruto de la vida, sí, salgo, me divierto, fumo, bebo, tengo novias, algunas veces (pocas) me doy también a los placeres intelectuales, pero,

si me lo preguntas, preferiría no estar vivo, ésa es la verdad. ¿Por qué no me suicido? Pues porque no, una cosa no tiene que ver con la otra. De modo, decíamos, que quería a sus padres, los amaba, los respetaba, pero anhelaba su muerte.

Un día se encontraba en su cuarto, deseando la desaparición de sus progenitores (sin dejar por eso de amarlos), cuando tuvo la revelación que en dos minutos se estrellaría un avión contra el edificio en el que vivían y perecería todo el mundo, incluidos los pasajeros de la aeronave. Salió corriendo de la habitación sin despedirse de sus padres, que estaban en el cuarto de estar, viendo la tele, abandonó la casa y bajó por las escaleras hasta la calle. Tras alejarse un poco, levantó la mirada al cielo, pero no vio ningún avión. Quizá dos minutos era un modo de hablar. Podía ser media hora. Decidió dar una vuelta a la manzana al tiempo que

visualizaba las consecuencias del accidente. De entrada, la compañía aérea tendría que indemnizarle, por tres conceptos: pérdida del padre, de la madre y de la vivienda. Hizo un cálculo por encima y le salieron varios millones, los suficientes como para pasarse el resto de la vida sin trabajar. Quedaba, además, el solar del inmueble, donde las autoridades levantarían un nuevo edificio. Un golpe de suerte, en fin.

Se vio solo, sin la presencia constante de aquellas dos personas a las que amaba, pero cuya existencia le ahogaba, le quitaba la libertad, una cosa no tiene que ver con la otra. ¿De dónde habré sacado yo esta expresión?

¿Quién habría sido el primero en pronunciarla, el primer hombre de la historia en darse cuenta de que una contradicción no era siempre una contradicción? Quiero adelgazar, sí, pero hago tres comidas bárbaras al día. Quiero adelgazar y engordo, una cosa no tiene

que ver con la otra. Deseo ser bueno, pero soy malo, una cosa no tiene que ver con la otra. Me fastidia que llueva, pero al mismo tiempo me da alegría, por los embalses, una cosa no tiene que ver con la otra.

De vez en cuando se detenía y miraba hacia las nubes, por si llegaba el avión. Pasó una avioneta, pero rogó a Dios que no se estrellara contra el edificio, pues no tenía el tamaño preciso para acabar con él y quizá sus padres sobrevivieran. Estamos hablando de una casa de doce pisos. Hacía falta un avión grande, un Jumbo. En un Jumbo caben muchos pasajeros, quinientos o más. Fallecerían todos, los quinientos, además de la tripulación. Calculó por encima el número de pilotos y de azafatas: unos quince. Qué desastre, se dijo. A estas alturas, se sentía un poco culpable, pero qué podía hacer él. Si se pusiera a gritar que estaba a punto de caer un avión lo tomarían por loco. Y, si cayera de verdad,

lo detendrían por cómplice.

Como el avión tardara en llegar, sacó el móvil y telefoneó a casa. Le atendió su madre.

— Pero dónde estás, hijo.

— He salido a dar una vuelta a la manzana.

— ¿Y por qué no nos has avisado?

— Por no despertaros.

— Pero si estábamos despiertos.

— Pues me pareció que estabais dormidos.

Se despidieron de un modo raro, ambos con el corazón encogido. A ver si llega el avión de una vez, se dijo. Pero al cabo de una hora no había llegado y comenzaba a tener frío. Su madre, por cierto, le había preguntado si se había puesto el abrigo y él le había dicho que sí, pero era mentira. Se acatarraría. Siempre que le decía una mentira a su madre se acatarraba, como si hubiera una extraña relación entre una cosa y otra. Al cabo de dos horas, y sospechando que la

profecía no se cumpliría, decidió volver. Entró de forma clandestina, para que no le vieran llegar sin abrigo, se encerró en su cuarto y comenzó a llorar preguntándose qué iba a hacer él si sus padres morían y qué iba a ser de su vida si no se morían. Parecía una contradicción que llorara por las dos cosas, pero es que una, se dijo sorbiéndose los mocos, no tenía que ver con la otra.

Historia de un malentendido

En los cines, cuando termina la película, suelo quedarme un rato, para ver los títulos de crédito mientras suena la banda sonora del film. La mayoría de la gente se va. Es lógico: no le interesa el nombre de la persona que se ocupó del vestuario ni el del segundo operador ni el de la maquilladora... Cada vez interviene más gente en las películas. Por eso los créditos se ponen ahora, al contrario que cuando yo era joven, al final. Si quieres verlos te quedas; si no, te vas. Yo me quedo porque esos instantes me permiten asentar la película, tanto si me ha

gustado como si no, en el lugar de la conciencia desde el que más tarde la regurgitaré para rumiarla. También me quedo por respeto al sinfín de operarios que han participado en ella y que aparecen en una letra pequeña y veloz. Imagino que uno de esos operarios es hijo mío. Cada uno tiene sus manías.

Mientras yo permanezco sentado, todo el mundo a mi alrededor se levanta y comienza a salir en medio de la oscuridad de la sala. A veces observo sus perfiles. Hace cosa de un año, me pareció distinguir entre esos perfiles el rostro de mis padres, cosa improbable, no ya porque estén muertos, sino porque iban poco al cine. Desde aquel día, indefectiblemente, los veo salir de los cines a los que voy. En cierta ocasión los seguí, pero al cruzar las puertas de la sala se convirtieron en los padres de cualquiera. El caso es que ya no voy al cine para ver películas, sino para ver a mis padres. Apenas comienzan a

proyectarse los títulos de crédito, dos personas mayores —papá y mamá— aparecen en el pasillo dirigiéndose hacia la salida. Si es invierno, mamá lleva un chaquetón oscuro que le duró muchos años (como duraba la ropa entonces). Papá sale poniéndose el abrigo gris de toda la vida, en un gesto que era muy suyo y que ahora es muy mío, pues me quito y me pongo el abrigo con movimientos idénticos a los suyos.

Aunque me he acostumbrado a esta alucinación, siempre me sorprende, siempre la espero con ansiedad. En ocasiones, intento descubrirlos en las butacas de los alrededores, mientras pasan la película, pero lo cierto es que sólo se materializan en esos instantes finales. Siempre marchándose, papá delante de mamá. A veces, él la toma del brazo en un gesto de cortesía, como para indicarle el camino. A veces ella se vuelve y mueve brevemente los labios, como si le preguntara qué le ha parecido

la película. Yo los espío desde la butaca, mientras por la pantalla desfila un número infinito de nombres de los que nada sé.

Se lo comenté a mi psicoanalista. Le dije que desde hacía un año veía a mis padres salir del cine y me preguntó si me molestaba. «Molestarme no —contesté—, pero me inquieta un poco; me pregunto si querrán decirme algo que no sé interpretar.» «Tal vez —dijo ella—, intenta usted decirse a sí mismo algo que no sabe interpretar.» No saqué nada en claro, pero esa noche soñé con mi padre. Me lo encontraba en una gasolinera, mientras yo ponía gasolina a mi coche y él ponía gasolina a su moto. Me acerqué, nos dimos un beso y le pregunté por qué iban a los mismos cines que yo, y a la misma hora. Me preguntó lo mismo que mi psicoanalista: que si me molestaba que viéramos las mismas películas. Le dije que en cierto modo sí. «Ya no puedo ir al cine tranquilo —añadí—, porque

estoy más pendiente de vuestra presencia que de la pantalla.» «Se lo diré a tu madre», dijo, mientras cerraba el depósito de la moto con gesto de cansancio.

El siguiente sábado no aparecieron. Esperé hasta que terminaron de desfilan todos los títulos de crédito y se encendieron las luces de la sala, pero no los vi. Salí a la calle un poco triste. Imaginaba a papá diciéndole a mamá que habíamos coincidido en una gasolinera y que yo le había pedido que no fueran a los mismos cines que yo. Podía ver a mamá enfadándose. Pues si tanto le molesta vernos —habría dicho—, se acabó. Y se acabó de verdad, porque tampoco aparecieron al siguiente sábado, ni al otro ni al de después. La alucinación, en el caso de que se tratara de una alucinación, me abandonó. Le conté lo ocurrido a mi psicoanalista y me pidió que fuera yo mismo el que intentara interpretar aquellos hechos. Le

di muchas vueltas sin alcanzar ninguna conclusión, pero lo cierto es que la historia me dejó en el pecho una suerte de congoja, de pena, que se ha quedado ahí, como un catarro mal curado. Siempre que pongo gasolina, observo a la gente de los otros surtidores, por si apareciera mi padre con su moto, para hablar con él y deshacer el malentendido. Pero es imposible, claro.

La cuarta parte

El mismo día que papá se jubiló, mamá empezó a escuchar voces dentro de su cabeza. Hasta entonces las había escuchado dentro del patio interior, pero estas últimas hablaban de cuestiones prácticas del tipo de «se va salir la leche», «alguien se ha dejado el grifo abierto», «la nevera no hace hielo» y cosas así. Las de la cabeza tenían muchas influencias del horóscopo: «no te fíes de tus sentimientos», «evita el transporte colectivo», «haz lo que te indique tu olfato», etc. Para celebrar la jubilación, papá llegó a casa con los pasajes y las reservas de hotel correspondientes a un cuarto de vuelta al mundo. Le dijo a

mamá que le habría gustado regalarle una vuelta entera, pero tras calcular su situación social (clase media hacia abajo), dedujo que lo que les correspondía era el 25% de una vuelta entera. Mi padre era así de racional. Y de sociólogo. El dinero y la clase social eran sus medidas para todo. Nunca fue a un buen restaurante, aunque se lo podría haber permitido, porque consideraba que estaba fuera de lugar. Prefería comer mal cuatro veces que bien una.

Mamá era todo lo contrario. Ahorraba para darse gustos que estaban

fuera de su alcance. Pero se los tenía que dar a espaldas de mi padre, que detestaba a quienes vivían por encima de sus posibilidades. De todos modos, se entendían y complementaban como los matrimonios que no se quieren ni mucho ni poco. Mi padre se conformaba con ser la cuarta parte de feliz de lo que él consideraba que era la felicidad completa. Mamá, en cambio, aspiraba a

una dicha sin fisuras, a un júbilo completo, a una alegría continua. Paradójicamente, y como ello no era posible, se pasaba la vida amargada.

—Si te conformaras con la cuarta parte de la felicidad a la que aspiras —le decía mi padre—, serías más feliz.

—Prefiero una desgracia total que una dicha rebajada.

—¿O mendiga o reina? —le preguntaba mi padre entonces.

—Pues ya que lo dices, sí.

Mi padre nos explicaba cuál era nuestra posición social con un metro de cordel en un extremo del cual se encontraba la riqueza absoluta (con todo lo que ella conllevaba) y en el otro la pobreza absoluta (con sus ingredientes normales). Luego doblaba el cordel sobre sí mismo cuatro veces para señalarnos la porción existencial en la que habíamos caído nosotros.

—Estamos aquí —decía—. Si queréis vivir como los que están en este lado del

cordel —añadía señalando más arriba—, seréis desgraciados porque os resultará imposible.

—No digas esas cosas a los niños —le gritaba mi madre.

—¿Quieres que se metan en plazos que no pueden pagar?

—Quiero que aspiren a ser algo en la vida.

—Bastante tienen con aspirar a ser lo que son.

Podríamos decir que papá, sin darse cuenta, era partidario de las castas, mientras que mamá abogaba por la revolución. Ella quería la dicha de las reinas, los trajes de las reinas, las permanentes de las reinas. De haber vivido en la Francia de la Revolución habría participado en la toma del palacio. Las discusiones entre mis progenitores me hacían muy desgraciado, pero aprendí a defenderme de ellas diciéndome que yo no tenía derecho a sufrir tanto. En todo caso, y siempre según los cálculos de papá, sólo

me correspondía una cuarta parte del sufrimiento en circulación por este perro mundo. No me pregunten cómo, pero llegué a calcular a cuánto ascendía y a partir de ese instante sólo sufrí de forma moderada, como correspondía a mi situación social.

Pues bien, el mismo día en el que papá llegó a casa con los billetes del cuarto de vuelta al mundo, mi madre le espetó que unas voces, dentro de su cabeza, le habían dicho que la teoría de la cuarta parte era una locura entera.

—Y no tienes derecho a estar loco del todo —añadió—, sólo la cuarta parte.

Mi padre se quedó lívido. Quizá pensó que él mismo no había sido capaz de cumplir lo que llevaba toda la vida predicando. Esa noche tuvo un infarto cerebral y lo llevamos a urgencias, de donde salió hemipléjico, con el lado izquierdo completamente paralizado, lo que también contradecía sus ideas, pues sólo debería haber

perdido la movilidad de la cuarta parte. Aquellos días, con papá impedido y mamá escuchando voces, fueron un infierno para mi hermana y para mí. Pasado un mes, papá recuperó milagrosamente la movilidad y ese mismo día mamá dejó de escuchar voces. Desde entonces son completamente felices. Se adoran y se hacen arrumacos como dos adolescentes, es decir, que siendo los mismos son otros, lo que es bueno, no digo que no, pero desconcertante. La vida es rara.

Una reparación imposible

Soñé que mis padres vivían y eran alemanes, por lo que tomé el tren y atravesé media Europa para encontrarme con ellos. Mientras contemplaba el paisaje pensaba en lo raro que era todo y me preguntaba si papá sería ahora alemán con la misma violencia con la que antes había sido español. A lo mejor había encontrado su verdadera nacionalidad, pues siempre fue muy partidario de los electrodomésticos de aquel país y de los sonidos guturales. En su vida de español, cuando mamá le reprochaba que se pasara la vida haciendo gárgaras, decía que lo hacía por admiración hacia el

pueblo alemán.

—Y si te parece mal —añadía—, que te den dos duros.

Mamá y papá se peleaban mucho cuando eran españoles. Bastaba que uno colocara esto a la izquierda para que el otro pusiera el grito en el cielo porque había que colocarlo a la derecha. Yo hablaba poco porque cualquier cosa que dijera servía para organizar una trifulca, pues también se peleaban por mí. Para papá yo era un idiota y para mamá también, en eso estaban de acuerdo, pero no en los matices.

—Es un idiota por tu culpa —decía él.

—Es un idiota por la tuya —aseguraba ella.

Me costó mucho ser algo por mí mismo (incluso un idiota), porque carecía, según ellos, de iniciativa, de empuje, de seguridad.

—Pero si se pasa el día leyendo —señalaba papá para subrayar mi pasividad (estaba convencido que leer era lo mismo, más o menos, que ver la

tele).

Mientras el tren atravesaba un paisaje lleno de hojas caídas, yo iba recordando aquellas escenas que tanto marcarían mi vida. Recordaba cómo había rogado a Dios que se separaran, pues sus discusiones me daban pánico, me enloquecían, no permitían que me concentrara en nada. Por eso era, creo yo, un mal estudiante, porque en aquella atmósfera no había manera de hacer algo a derechas. Viví pendiente de una catástrofe que nunca se produjo en la realidad, pero que pasó mil veces por mi cabeza, en régimen de sesión continua. Cuando mis padres se hicieron mayores, y pese al historial relatado, cuidé de ellos lo mejor que pude y lo mejor que me dejaron. Si iba mucho a verles, decían que no podía vivir sin ellos. Si iba poco, me llamaban desagradecido, mal hijo y cosas por estilo. Pero aunque concentraran tanta agresividad en mí, todavía les quedaban energías para

insultarse entre sí. La vejez los volvió más violentos e iracundos, si cabe.

Murió primero papá y mamá no tardó en seguirle. Por absurdo que parezca, no podían vivir el uno sin el otro, pues es sabido que el odio une más que el amor. Yo, por si acaso, nunca me casé ni tuve hijos. Me daba miedo reproducir una familia como aquella a la que había sobrevivido de milagro. Llevo una vida sencilla, un poco idiota, si he de decirlo todo, pero cuando llego a casa, si hay algo fuera de sitio, no le puedo echar la culpa a nadie que no sea yo, pero no he llegado al grado de discutir conmigo mismo. Es más, tengo fama de persona pacífica, conciliadora, poco amiga de buscar pelea.

Y aquí estaba ahora, en el tren, para visitar a la versión alemana de mis padres, que vivían en una pequeña ciudad de nombre impronunciable a la que llegué a media tarde de un día nublado y hosco, como mi estado de

ánimo. Tomé en la estación un taxi que me dejó frente a una casa baja, con un jardín delantero muy cuidado. La calle, perfectamente iluminada, estaba compuesta por viviendas idénticas que, pese a la uniformidad, resultaban acogedoras. Llamé al timbre y apareció enseguida mi madre, que me abrazó y besó en alemán con grandes expresiones de alegría. Mi padre también me besó (creo que era la primera vez que lo hacía) y me ayudó con la maleta. Aunque ellos hablaban en alemán y yo en español, nos entendíamos sin problemas de ninguna clase. En el momento de llegar mi padre estaba leyendo a Tolstói y mi madre a Flaubert (en su versión hispana odiaban la lectura). Además, se hacían carantoñas todo el rato y se desvivían por atenderse el uno al otro.

Me preguntaron a qué me dedicaba y dije que a escribir, lo que aprobaron enseguida. Decidí quedarme a vivir con ellos, para reparar los problemas que habíamos tenido en nuestro anterior encuentro y les pareció bien. Pero a las siete sonó el despertador y amanecí en España, completamente huérfano de unos padres violentos. Lo curioso es que desde aquel día me acuerdo más de su versión alemana que de la española. Cuando me jubile, quiero irme a vivir a Berlín, donde estoy buscando casa. A ver si, una vez allí, logro recordar la ciudad de mis padres.

Diario [I]

Cuando mi marido dijo en el desayuno que volvería tarde porque tenía una reunión de presupuestos, yo ya sabía que iba a encontrarse con su amante, como todos los viernes, pero esta vez no me importó, casi fue un alivio. Me hace gracia la frase esa, «reunión de presupuestos». Se reúnen para presuponer, cuando la mayoría de ellos ni siquiera ha aprendido a suponer. Cómo son. Al salir, se llevó al niño, que había perdido el autobús del colegio, y yo me quedé sola, como siempre, escuchando el ruido de la lluvia (de un tiempo a esta parte, siempre llueve al otro lado de mi cabeza, aunque en la

calle haga sol). Luego, al entrar en la habitación de mi hijo para hacer la cama, observé que se había dejado un cuaderno abierto sobre la mesa, con una suma $(7+1=?)$ sin resolver. Instintivamente, puse un 8 al otro lado, y enseguida empecé a sentir un agobio enorme por aquel 1 que acababa de perder su individualidad al realizar yo la operación matemática.

Imaginaba al pobre número dentro del 8, buscando la salida desesperadamente, como un claustrofóbico dentro de un laberinto, y me identifiqué con él. Una vez me perdí en el interior de unos grandes almacenes y fue tal el miedo a no dar con la salida que sufrí un desmayo en la sección de deportes. Por otra parte, también yo, como el 1, había perdido la identidad en las profundidades de una familia asfixiante, y no sabía cómo escapar de ella. Sentí que me faltaba el aire y corrí al balcón para respirar. Un sol excesivo me

cegó los ojos, pero dentro de mí continuaba escuchándose el ruido de la lluvia. Quizás en el interior del número 8 también lloviera con aquella violencia, pensé. Escuché el teléfono, pero no lo cogí pues supe por el modo de sonar que era mi madre.

Más tranquila, regresé a la habitación para liberar al número inocente y puse sobre la hoja $8-7=1$. Sin embargo, me pareció que el 1 resultante era distinto al que yo había atrapado y me atacó un desaliento enorme. A mí misma, cuando pienso en abandonarlo todo y recuperar mi verdadero ser, siempre me retiene el miedo de que la que lograra escapar fuera una de las que están encerradas conmigo y que no son exactamente yo, aunque sean idénticas a mí.

El galán

Por su cumpleaños, su mujer le regaló un galán, ese mueble siniestro que habita en el rincón de los dormitorios reproduciendo lo que más detestamos de nosotros mismos. El hombre ponía cada noche la chaqueta sobre los hombros del artefacto y colgaba cuidadosamente los pantalones de la cintura artificial creada a tal efecto (también la corbata tenía su lugar, incluso había un pequeño recipiente para el cinturón y los gemelos). Después se metía en la cama y mientras su mujer dormía, él contemplaba la silueta oscura de sí mismo colocada como un buitre a los pies de la cama.

—No quiero ver más ese trasto —le dijo a su esposa—. Está esperando que me duerma para saltar sobre mí. Regálaselo a tu hermano. O a tu padre.

—Pero, hombre, si es muy práctico.

—No quiero cosas prácticas. Todo lo práctico acaba matándome.

La mujer retiró el galán, pero lo escondió en el trastero en lugar de regalárselo a nadie de su familia, por si su marido cambiaba de opinión.

El hombre volvió a colgar la chaqueta y los pantalones en el interior del armario, pero ya no pudo desprenderse del malestar que le había producido la utilización del galán y cada vez que veía las perchas con sus camisas y sus trajes verticalmente ordenados en aquella tiniebla de ataúd, tenía la impresión de contemplar diferentes versiones de sí mismo: ninguna, por cierto, verdadera. Nadie, hasta el momento, le había representado como el galán, que ahora estaría en casa de su cuñado, o de su

suegro, ocupando un dormitorio que no le pertenecía.

Un día pasó cerca del cuarto trastero y le pareció que alguien le llamaba. Abrió la puerta y vio el galán desnudo, aterido de frío. Lo llevó al dormitorio y lo vistió con su mejor traje de franela, el de las recepciones y los cócteles. Después se metió en la cama, se durmió, y al poco, en efecto, el galán saltó sobre él, comiéndoselo entero, con pijama y todo. Su mujer todavía no lo ha echado en falta porque el galán la llena de atenciones.

Mi tío

Tuve un tío carnal, y perdonen la redundancia (no he conocido a ninguno que no sea de carne), que vendía cepillos de dientes, lo que se consideraba una actividad de mucho futuro hace años, cuando apenas el 8% de la población se ocupaba de la higiene bucal. Mi familia siempre ha trabajado en actividades con mucho futuro, aunque escaso presente: somos muy pioneros. De hecho, una vez que los cepillos de dientes comenzaron a ser un negocio de verdad mi tío carnal se dedicó a la venta de desodorantes, pese a que ni siquiera se había inventado la axila, que sustituyó, si ustedes recuerdan, al sobaco.

Un día le oí hablar a mi madre de mi tío, que era su hermano, y dijo que le daban ganas de llorar cuando se lo imaginaba en los hoteles o en las pensiones, por la noche, lavándose los calcetines, porque mi tío, pese a vender higiene bucal, se lavaba los calcetines más que los dientes, y luego los tendía en la barra de la cortinilla de la bañera. Se me quedó grabada aquella imagen de los calcetines colgados de la barra en la que, con los años, acabó concentrándose toda la tristeza que era capaz de segregarse la realidad de este perro mundo. El calcetín es una prenda blanda, rara, sospechosa, pero, sobre todo, es una prenda atribulada.

Hace poco, en un hotel, me puse a lavar los calcetines negros, negros, negros (y perdonen la redundancia, pues no los conozco de otro color), cuando de súbito levanté la mirada hacia el espejo y en lugar de encontrarme conmigo me encontré con mi tío, el pionero. Si mi

madre levantara la cabeza, pensé, y viera a su hijo en este trance se volvía a morir, la pobre, del disgusto. De hecho, casi me muero yo. Así que abandoné los calcetines a un lado del lavabo, sin aclararlos, y me metí en la cama a punto de llorar. Dios mío, qué solo me sentí aquella noche. Aunque lo peor fue al día siguiente, cuando los tuve que guardar mojados en la maleta, junto a una novela policíaca que había cogido para el viaje. Podía haberlos abandonado en el hotel, pero pensé que eso habría sido tanto como dejar tirado en la cuneta a mi tío carnal, el redundante. Qué complicados somos.

Fulgores

Instrucciones para tener una experiencia rara: cómprese (mejor a plazos) una cinta de correr y andar y hágale un hueco en el dormitorio. Las hay con diversas prestaciones, en función del precio, pero basta con que tenga dos o tres velocidades para aumentar el ritmo una vez que se le hayan calentado los músculos. Súbase a ella, póngala en marcha y comience a caminar. No le preocupe no ir a ningún sitio; es más, disfrute de la curiosa sensación de andar sin desplazarse. Acepte el absurdo como parte del juego y extrañese del curioso paisaje formado por la cama, el armario empotrado, el tocador, quizá el galán de

noche con sus hombros desnudos y una corbata colgándole de cualquier parte, a la manera de una víscera.

Cuando lleve diez minutos andando, aumente un poco la velocidad de la cinta y cierre los ojos. Ahora, mientras camina a ciegas, sufrirá la experiencia más rara que quepa imaginar. Notará enseguida que, más que andar sobre una cinta móvil, se mueve en realidad por el interior de usted mismo. No verá nada, porque no hay nada más oscuro que un cuerpo ni más negro que la conciencia, pero enseguida comenzará a percibir sonidos familiares, quizá el ruido de un par de palas golpeando alternativamente a una pelota. Eso quiere decir que ha llegado usted a una playa, quizá la playa de su infancia. A medida que avance, los golpes sonarán más cerca de sus oídos. Quizá tenga suerte y se produzca dentro de usted un fulgor, una especie de fuego fatuo que le permita ver por unos instantes a los jugadores: tal vez su padre

y su hermano mayor, tal vez usted mismo y un amigo.

Quien habla de la playa, habla del patio del colegio. Las experiencias son de lo más variado, depende de la concentración que se ponga en el paseo y de la biografía del usuario de la cinta. Hay personas que cuando llegan a uno de estos lugares prefieren reducir (siempre sin abrir los ojos) la velocidad del aparato y caminar a ritmo de paseo. Hay, por el contrario, quienes echan a correr. Corriendo mucho, si la cinta es muy buena, puedes llegar al útero mismo de tu madre en una sola sesión. Se recomienda volver a la realidad poco a poco. Algunas cintas tienen marcha atrás.

Nostalgia

Un día, mientras daba mi paseo matinal escuchando la radio, el receptor cambió él solo de emisora al pasar por delante de un edificio, y no recuperó la anterior hasta que salimos de su influencia. Durante los días siguientes, sucedió la misma rareza, que yo acabé aceptando como una de tantas situaciones que carecen de explicación racional. Pero una mañana, de repente, se me ocurrió la posibilidad de que no fuera la radio la que cambiara de emisora, sino yo el que cambiara de identidad. Si los aparatos de radio sufren interferencias, ¿por qué no va a padecerlas el cerebro, que funciona también a base de impulsos eléctricos?

De hecho, con más frecuencia de la deseable decimos cosas o ejecutamos actos en los que no nos reconocemos, como si el vecino de arriba, que tiene muy mal carácter, hubiera producido unas ondas excepcionalmente fuertes que quizá contaminan el nuestro. Si con el mando a distancia, que funciona a pilas, somos capaces de cambiar de canal el televisor de la casa de al lado, ¿cómo no vamos a poder con las ondas cerebrales, que son potentísimas, alterar el comportamiento de un cerebro que se encuentra a siete u ocho pasos del nuestro?

El caso es que desde entonces, cada vez que pasaba por delante del edificio donde la radio cambiaba aparentemente de emisora, me detenía unos instantes y cerraba los ojos, intentando averiguar a quién pertenecía aquella identidad que intentaba ocupar parte de la mía. Al principio me hacía gracia esa penetración de la que me

sentía objeto, pero cuanto más tiempo pasaba frente al misterioso edificio, más invadido y violentado me sentía. Comenzó a darme miedo y ahora paso por la acera de enfrente, donde no se produce ninguna interferencia. Pero siempre me pregunto, no sin nostalgia, quién sería ese otro (o esa otra) cuyo encéfalo emitía en la misma onda que el mío.

Natalia Busto

Una mujer me pidió que le dedicara mi última novela. Nos encontrábamos en el tercer piso de unos grandes almacenes, en el centro de la ciudad, y había poco movimiento. Estaba, pues, a punto de irme cuando llegó esta mujer. Me pareció que cojeaba un poco, pero luego descubrí que se trataba de un efecto óptico producido por las luces.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté abriendo el libro por las páginas de cortesía.

—Natalia Busto —dijo. Y añadió enseguida—: No me llamo Natalia Busto, pero da lo mismo.

—¿Y cuál es su verdadero nombre? —

pregunté.

—Prefiero no decírselo.

Estuvo varios minutos repitiéndome que no se llamaba Natalia Busto y que prefería no revelar su verdadera identidad. Luego se fue.

Llegó otra señora que me pidió que le dedicara el libro con la mano izquierda. Lo intenté, pero no me salía. La señora se enfadó un poco porque la página de cortesía del libro quedó hecha una basura. Me ofrecí a darle otro firmado con la mano derecha y me dijo que la mano derecha era una porquería. Le di la razón para no discutir y se fue detrás de Natalia Busto.

Cuando estaba levantándome para irme, llegó otra señora muy sofocada, como con un ataque de angustia.

—¿Por dónde se sale de aquí? —me preguntó.

Le indiqué la zona donde creía que se encontraban los ascensores, pero dijo que no podía utilizar el ascensor porque era claustrofóbica. Le señalé entonces la de

las escaleras mecánicas y dijo que le producían vértigo.

—¿Pues por dónde ha entrado usted?

—pregunté.

—Y yo qué sé —respondió echándose a correr en cualquier dirección.

Me pareció una mosca atrapada en el interior de una botella. De súbito, tuve una necesidad brutal de salir a la calle. La señora me había contagiado su claustrofobia. Busqué las escaleras de incendios, donde coincidí con Natalia Busto.

—Que conste que no soy Natalia Busto —dijo.

—¿Por qué insiste tanto en no ser Natalia Busto? —pregunté.

—Porque es la verdad, no soy ella.

Unamuno se pasó la vida intentando ser Unamuno, Leonardo Da Vinci lo dio todo por llegar a ser Leonardo Da Vinci. Quizá usted se muera por ser Juan José Millás. Pues bien, yo dedico todas mis energías a no ser Natalia Busto. Me gustaría que todo el mundo se enterara de que no soy

ella. ¿Por qué no me dedica usted un reportaje?

—Para eso necesitaría saber cómo se llama de verdad.

—De eso, nada. Lo único que necesita usted saber es que no soy Natalia Busto. Pase tres o cuatro días conmigo y verá que ni me muevo ni actúo ni como ni bebo como Natalia Busto.

—Es que yo no conozco a Natalia Busto.

—Natalia Busto no existe. Si existiera, yo sería ella.

Habíamos llegado a una esquina donde me pareció prudente despedirme, así que le dije adiós y partí en la dirección contraria a la que me pareció que tomaba ella. Al día siguiente estaba firmando ejemplares en unos grandes almacenes de otra ciudad, cuando la mujer que no era Natalia Busto me puso un libro delante. Me pidió que se lo dedicara a Alejandra Piernas, aunque ése —añadió— no era su verdadero su nombre.

—¿Y cuál es su verdadero nombre? — pregunté un poco preocupado.

—Prefiero no decírselo.

Le firmé el libro con mi sincero afecto y se fue. Pero cuando terminé la firma, volví a encontrármela.

—Que conste que no soy Alejandra Piernas —dijo.

—Ya lo sé —respondí—, ni Natalia Busto.

—Perfectamente —añadió—. ¿Y quién no es usted?

—Federico Arabia —respondí—. No soy Federico Arabia, pero me importa un pito que la gente lo sepa o no.

—Claro, como vive obsesionado con la idea de que la gente sepa que es Juan José Millás, ha olvidado por completo trabajar las identidades que no posee. Allá usted.

Esta vez se despidió ella dejándome sumido en un mar de confusión. Sabía que firmar libros en grandes almacenes era una actividad de riesgo, pero no hasta estos extremos. Llevo dos semanas

soñando con la mujer que no era Natalia Busto ni Alejandra Piernas. Y lo que es peor, preguntándome si debo dedicarme seriamente a no ser Federico Arabia.

Problemas de cabeza

Estaba en una cafetería, tomándome el gin-tonic de media tarde, cuando se acercó a mi mesa un individuo.

—¿Usted es Juan José Millás? — preguntó.

—Sí —dije un poco azorado, porque me da mucha vergüenza ser Juan José Millás en un mundo tan necesitado de paquirrinis y pantojas o de campanarios y ubriques.

—Yo también —respondió el individuo.

—¿Cómo que usted también?

—Que yo también soy Juan José Millás.

El hombre pidió permiso para

sentarse y se lo di de forma irreflexiva. Esta clase de locos que están convencidos de ser tú son muy molestos, incluso muy peligrosos. A John Lennon, salvando las distancias, lo mató un doble de John Lennon, es decir, lo mató por John Lennon. A mí me molestaría mucho que me mataran por Juan José Millás cuando en realidad no me siento Juan José Millás. ¿Quién soy entonces? No estoy seguro. Bueno, sí lo estoy, pero no quiero revelar públicamente mi verdadera identidad, al menos de momento.

—¡De modo que usted también es Juan José Millás! —exclamé con gesto de paciencia, dando un sorbo a mi bebida.

—Sí, señor, y puedo demostrarlo.

El hombre, tras pedir un gin-tonic en vaso bajo, como el que tenía yo, sacó de la cartera un carné de identidad cuyos datos coincidían punto por punto con los del mío. Supuse que se trataría de un carné falsificado, pero todos, en alguna medida, lo son. ¿Por qué va a ser más

cierto un carné expedido por un comisario de policía que un carné expedido por un amigo experto en fotocopias? Le pregunté si padecía de ardor de estómago, como yo, y me respondió que claro, que si él era yo tenía que compartir los mismos males e idénticas alegrías. Lógico. Luego le pregunté si no le importaba que hubiera otro Juan José Millás, aparte de él, en el mundo y respondió que no, que eso era lo normal.

—Todo, en la naturaleza, viene por parejas —añadió—. Eso lo sabemos desde los tiempos de Noé, que tuvo que llenar el arca con dos individuos de cada especie.

—Pero eso —dije yo— es porque hay machos y hembras.

—Pues tendrá que haber también un Juan José Millás macho y un Juan José Millás hembra —replicó.

No me atreví a preguntar cuál de los dos era el macho y cuál la hembra porque

la situación había comenzado a darme un poco de miedo. Transcurridos unos segundos, el individuo preguntó si recordaba en qué condiciones «habíamos escrito nuestra primera novela». Le dije que sí, y se las detallé. Pero él añadió un sinfín de datos que yo no recordaba. Es más, se sabía la novela de memoria. Y no sólo esa novela y todas las demás: era capaz también de recitar artículos que yo no recordaba siquiera haber escrito y ponía fecha a todos mis viajes, a todas mis conferencias, a todas mis depresiones. Tras quince minutos de conversación, advertí que sabía de mí mucho más que yo mismo, lo que me hizo sospechar que se tratara de un Juan José Millás falso. Se lo dije:

—Yo creo que usted es un Juan José Millás falso, de pega. Un Juan José Millás de verdad no se sabría su vida con tanto detalle. Personalmente no soy capaz de recordar la fecha en la que publiqué cada uno de mis libros. Ni siquiera recuerdo la

trama de algunas de mis novelas. En cuanto a los artículos, los olvido a medida que los escribo. A veces, cuando estoy en la última línea, he olvidado la primera.

El hombre dio el primer sorbo a su gin-tonic de media tarde con un gesto de placer que podía reconocer perfectamente, pues era un gesto mío, y aventuró la posibilidad de que el Juan José Millás falso fuera yo.

—En todo caso —añadió—, incluso siendo usted el verdadero Juan José Millás, no se merece lo que ha escrito.

—¿Por qué no me lo merezco?

—Porque lo ha olvidado, porque no tiene ninguna relación de afecto con sus supuestas obras. Si hubiera justicia en el mundo, se las quitarían y se las entregarían a escritores adoptivos que las cuidarían mejor que usted.

En ese instante, y dada la expresión de loco de atar del individuo, comprendí que había sido un error confesarle que era Juan José Millás, sobre todo porque era mentira. Nunca he sido Juan José Millás, aunque no he tenido más remedio que hacerme pasar por él para sobrevivir. Lo cierto es que al verme en el auténtico, me alegré de ser un Juan José Millás falso, un Juan José Millás de atrezo, pues el verdadero tenía más problemas de cabeza que yo.

Confesión

Yo he tenido una suerte enorme de que no me hayan acusado nunca de un asesinato. A mí, viene la policía a buscarme y me pone las esposas por un crimen cometido en Australia, adonde no he viajado nunca, y me lo creo, creo que he sido yo porque habiendo matado imaginariamente a granel, y no teniendo siempre claras las fronteras entre el pensamiento y la acción, ignoro a veces en qué lado de la raya me encuentro. Con frecuencia, caigo en ensueños criminales o artísticos (también económicos) cuya textura es idéntica a la de la realidad, de modo que si viene un hispanista norteamericano a darme coba por haber

escrito *La Regenta*, me lo creo también, pese al desfase cronológico, y es que me ha faltado el canto de un duro para escribirla, lo mismo que para matar a alguien. Es más, quizá he cometido algún crimen que ha pasado inadvertido o he escrito una obra maestra de la que nadie me acusa. Entonces, si voy a una ventanilla de Hacienda y el funcionario me habla en francés, le respondo en francés (aunque no sepa), convencido de que tal es mi verdadera nacionalidad, mientras que la española fue un sueño. Y si estoy tirado en el sofá y veo acercarse a mi mujer con la correa del perro en la mano, soy capaz de ponerme dócilmente a cuatro patas, por si mi condición de hombre hubiera sido un delirio del que me tengo que apejar (mi perro los tiene, pero sólo él y yo lo sabemos). Observo mi existencia con la perspectiva que dan los años y me parece un milagro que haya sido siempre, más o menos, la misma cosa, que no haya dejado, en fin, de ser

quien soy, quizá para ocultar que en realidad soy un perro, un asesino, un eximio escritor (¿qué rayos querrá decir eximio?). De todas formas, no crean que me siento a salvo. Cada vez que suena el timbre de la puerta, me acojono, por si fuera la policía. O un hispanista norteamericano.

Desdoblamiento

Volaba por el salón de mi casa a bordo de un helicóptero del tamaño de un pájaro. El aparato disponía de un mando para subir o bajar y otro para ir hacia delante o hacia atrás, también a derecha e izquierda. Podía quedarme detenido en un punto, aunque cualquier corriente de aire, por pequeña que fuera, afectaba a los movimientos del vehículo. Lógicamente, y en proporción con el tamaño de éste, yo era también un ser diminuto. Procuraba volar a medio metro del techo, para no chocar con él, aunque a veces ascendía hasta casi rozarlo para observar lo que había sobre los muebles, además de polvo. Descubrí en una

lámpara de difícil acceso tres cadáveres de mariposas polillas cuya pasión por la luz les había provocado la muerte. Tenían el abdomen tostado, como un pollo recién sacado del horno. El cadáver de una mariposa no llama la atención a menos que tenga tu tamaño y los de estos insectos tenían el mío, de modo que me impresionaron vivamente.

En esto, noté que los mandos no me obedecían. Miré hacia abajo para calcular la caída y me descubrí sentado en el sofá (a tamaño normal), manejando un mando a distancia característico de los helicópteros de juguete. El helicóptero, de hecho, siguió funcionando perfectamente, salvando los obstáculos y efectuando graciosos giros en el aire, sólo que ahora conducido desde abajo. Entonces entró alguien en el salón y abrió una ventana, para ventilar. El helicóptero se dirigió hacia ella y salió al jardín, donde casi somos arrollados por un pájaro. Ya sin el límite del techo,

el aparato se elevó hasta ofrecerme una perspectiva inédita del barrio. Tomé los mandos, para regresar, pero no me respondían.

Tras volar un buen trecho, y a una altura considerable, el aparato se posó suavemente sobre la azotea de un edificio muy alto, que no reconocí, y detuvo sus motores, como si hubiéramos llegado a destino. Entre tanto, el helicóptero y yo habíamos recuperado nuestros tamaños normales. Descendí, busqué una puerta y salí al interior del edificio que tenía varios ascensores. Bajé a la calle y me enfrenté a una ciudad desconocida. Me desperté desdoblado, incómodo, sin saber si era el del sofá o el otro. Las siestas, como no las controles, son terribles.

Sensación de descanso

Yo no puedo ir por ahí diciendo que soy usted, está prohibido. No puedo ponerme su nombre, ni sus apellidos, ni su ropa interior. ¿Que me gustaría ser, no sé, Emilio Botín? Pues me aguanto porque se lo ha pedido otro antes que yo. Además, para ser Botín hay lista de espera. Un día, de joven, me presenté en casa de un escritor al que admiraba y le pregunté si me dejaba ser él. Me contestó que ni hablar, que si creía yo que le habían regalado la identidad. Llevaba toda la vida trabajando para conquistarla y no se la iba a entregar al primero que pasara. Me pareció que tenía mucho mérito, pues si es cierto que todos

trabajamos para ser alguien, a la mayoría no nos sale. Es más fácil hacer una fortuna que construirse un carácter medianamente aceptable.

Viene todo esto a cuento de que el otro día tropecé en Internet con la nota de un estudiante que solicitaba ayuda a las personas que hubieran leído alguna obra mía. Tenía que redactar, para la asignatura de lengua, un trabajo del que dependía que le aprobaran. Me puse a ello y en un rato le hice llegar unas notas con los contenidos fundamentales de mi obra, así como un apunte biográfico que me pareció original y verdadero a la vez. En vez de firmar con mi nombre, firmé como Emilio Botín, sin intentar hacerme pasar por el banquero. Supongo que hay otros emilios botines, pues ni el nombre ni el apellido son excesivamente raros.

Luego me fui a la cama con la sensación del deber cumplido. Gracias a ese Emilio Botín digital, un estudiante de

literatura no tendría que repetir una materia que quizá le resultara odiosa.

Una semana más tarde, sin embargo, el estudiante se quejó de que le habían suspendido porque el trabajo, según su profesor, era una porquería. Estuve a punto de pedirle los datos del profesor, para escribirle, pero me contuve. Lo curioso es que enseguida se manifestó un Juan José Millás que no era yo ofreciéndose a enviar al chico un trabajo garantizado sobre mi obra (sobre la suya, decía el sinvergüenza). El caso es que con este nuevo trabajo el chico obtuvo un sobresaliente. Por un lado me preocupó que hubiera por ahí un Millás mejor que yo, pero por otro me proporcionó una curiosa sensación de descanso, como si ya pudiera morirme.

El ensueño

Al poco de comenzar a leer, por las tardes, empieza a soplar dentro de mi cabeza un sueño ligero, una suerte de brisa onírica que, lejos de interrumpir la lectura, le da otra perspectiva. Leo como si caminara por un pasillo poco iluminado, en el que los bultos parecen fantasmas y, las puertas, umbrales por los que se podría acceder a otras dimensiones. En el libro que tengo entre las manos sucede ahora mismo algo inhumano: un niño de diez años se está comiendo, dedo a dedo, la mano de su hermanito, más pequeño que él. La madre de los críos se encuentra en la cocina, preparando la cena, de modo que

no se entera de la atrocidad que sucede en la habitación de al lado. El niño devorado no llora, la mano agredida no sangra. En cierto modo, es como si el crío caníbal se estuviera comiendo una mano de chocolate, o de mazapán.

Paso de página. La brisa onírica continúa soplando dentro de mi cabeza. Si me resisto a ella, se convertirá en un viento que me dejará dormido en unos minutos. No la combato, pues. Me llama la atención que el libro haya cambiado de argumento, pues al comenzar no había en él ningún niño. Cuando el pequeño caníbal llega a la muñeca de su hermano, deja de morder. Los dos observan con extrañeza el muñón resultante. Sorprende al lector que todo suceda de un modo tan silencioso. Da miedo la ausencia de énfasis, la naturalidad, la sencillez con que aparece descrita la escena. Cuando el caníbal comienza a preocuparse por la reacción de la madre, que de un momento a otro los llamará a

cenar, observa con alivio que a su hermano ha comenzado a crecerle una mano nueva. En apenas unos minutos, el proceso se completa. Aquí no ha pasado nada.

Entonces suena el teléfono y la brisa onírica deja de soplar en ese instante dentro de mi cabeza. En cuestión de segundos, paso del sueño atenuado a la vigilia absoluta. Diga, digo descolgando el aparato. Es una equivocación. Abandono el libro abierto sobre el brazo del sofá y me acerco a la cocina para beber un vaso de agua. Mientras bebo, recuerdo con un estremecimiento lo que acabo de leer. Vuelvo al sofá, tomo el libro y la historia ha desaparecido. Quizá se encontraba escondida en una zona a la que sólo se podía acceder a través del ensueño.

Círculos viciosos

Cuando acudía a la psicoanalista, solía comprar lotería en un establecimiento cercano a su despacho. Un día me tocó una cantidad equivalente a lo que me costaba un año de consulta, lo que me liberó de la culpa de gastar tanto dinero en mí mismo (de no haberme psicoanalizado, tampoco habría comprado lotería en aquel establecimiento). Lo lógico, pues, era que dedicara al psicoanálisis los beneficios que el mismo me había proporcionado. Cuando se lo conté a mi psicoanalista, percibí un silencio ominoso detrás de mí, pues se sentaba de modo que no pudiera verla. Por lo general, permanecía callada,

pero yo había aprendido a distinguir los silencios normales de los silencios significativos.

—¿Le parece mal —pregunté— que dedique el dinero de la lotería a pagar las sesiones de psicoanálisis?

—¿Usted qué cree? —inquirió ella.

Permanecí en silencio unos instantes durante los que intenté ponerme en sus zapatos. Finalmente dije:

—Comprendo que puede parecer frívolo. El de la lotería es un dinero gratuito, aleatorio. Quizá no esté bien dedicarlo a asuntos importantes. Tal vez, al decirle que durante el próximo año pienso pagarle con ese dinero, estoy agrediéndola de manera sutil, como si le diera el mismo valor a su trabajo que a la lotería.

—Usted mismo se ha contestado —dijo—, pero no estoy segura de que la agresión vaya dirigida contra mí, ni contra mi trabajo. El que trabaja fundamentalmente en estas sesiones es

usted, de modo que, de tratarse de una agresión, sería una autoagresión.

—¿Y a qué debería dedicar ese dinero?

—pregunté.

—¿Cómo voy yo a aconsejarle en un asunto tan personal?

Salí de la consulta confundido. A la semana siguiente me acerqué a una administración de lotería, cobré el premio en metálico, me lo llevé a casa y lo escondí en la mesilla de noche. Me resistí a ingresarlo en el banco porque pensaba que aquel dinero producto del azar no podía confundirse con el obtenido por mi esfuerzo laboral. Sus orígenes eran distintos y diferentes deberían ser sus destinos. A ratos, mientras iba en el autobús o veía la tele, hacía cuentas. Con aquel dinero podría pagar la entrada de un coche, asunto que no me disgustaba, pues el mío empezaba a dar muestras de fatiga. Pero

¿y si luego tenía un accidente con ese coche? Muchas veces ocurre que un

suceso bueno (que te toque la lotería) es compensado por un suceso malo (que te mates con el coche que has comprado gracias al premio). Podría emplearlo en hacer un viaje. Pero ¿y si el avión se estrellaba? ¿Y si se incendiara el hotel? ¿Y si me quedaba encerrado dentro de un ascensor y me volviera loco?

Poco a poco se fue instalando en mí la idea de que aquel dinero estaba maldito. Ya ni me atrevía a abrir el cajón de la mesilla para mirar si continuaba allí. Naturalmente, también se me pasó por la cabeza la idea de donarlo a asociaciones humanitarias, pero si no lo quería para mí, con qué coartada moral iba a pasarle la maldición a otros. Entre tanto, un día, en el coche, al volver del trabajo, escuché un programa en el que se entrevistaba a cinco personas a las que la lotería había hecho ricas unos años atrás. Todas, sin excepción, eran infelices. La lotería les había arruinado la vida. Por si fuera poco, las cinco habían perdido el dinero

de un modo u otro.

Hablaba mucho de mis conflictos con aquel dinero en las sesiones de psicoanálisis. La psicoanalista callaba con un silencio fatal, aciago, con un silencio algo siniestro, como si se tratara de un asunto importante al que yo no lograba, sin embargo, dar la solución adecuada. En éstas, tuve un accidente de coche en el que me rompí las dos piernas. Cuando se lo conté a mi psicoanalista, dijo que quizá si me hubiera comprado un coche nuevo con el dinero de la lotería no habría tenido aquel accidente.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Que todos los cálculos que viene usted haciendo desde hace meses se pueden mirar desde otro punto de vista. Si hubiera hecho aquel viaje, quizá no habría tenido con su jefe aquella discusión que tanto le amargó, por ejemplo.

—¿Me está usted diciendo que todo es aleatorio?

—Lo importante no es lo que diga

yo, sino lo que usted se diga a sí mismo.

— ¿Entonces no estaría mal que le pagara las sesiones con ese dinero?

— ¿Usted qué cree? — dijo ella.

Me puse en sus zapatos y volví a comenzar todo el proceso.

El jefe de recursos humanos y la mariposa

El pobre hombre creía que se había derrumbado el mundo, pero sólo se había derrumbado su pensamiento. Se lo dijo el médico de la empresa, al que acudió por insistencia de su esposa:

—El mundo sigue ahí, soportando las embestidas de la realidad. Pero algo fundamental se ha roto dentro de ti y te has quedado sin defensas. Toda tu red de certidumbres se ha venido abajo como la vela cuando se rompe el mástil.

—Pero ¿por qué? —preguntó el pobre hombre.

—No lo sabemos todavía —respondió el médico de empresa—. Pueden ser las

neuronas, los neurotransmisores, la sinapsis. Tenemos que investigar, hacer análisis. Pero no debemos descartar un problema de tipo emocional, a cuyo servicio están normalmente las neuronas. Quizá has dado la espalda a la realidad por razones sentimentales que sólo tú conoces.

—Y yo que creí que el mundo se estaba acabando.

—Eres tú el que se acaba.

En ese instante una hormiga atravesó el tablero de la mesa que separaba al doctor del jefe de recursos humanos.

—Mira esta hormiga —dijo el médico—. ¿Te provoca curiosidad?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque estamos en invierno. Lo normal es que permaneciera en el hormiguero. Además, está sola, lo que entre las hormigas resulta excepcional. Una hormiga sola es como un dedo suelto. Ellas no conocen otro cuerpo que el social. Se trata, pues, de una hormiga rara, que ha escapado,

seguramente sin darse cuenta, de la dimensión que le es propia y ha aparecido en ésta, donde tú y yo discutimos acerca de si el mundo se acaba o no. Está, literalmente hablando, en Marte.

—Mátala —dijo el paciente.

—¿Es lo que harías tú desde la concepción de la vida propia de un jefe de recursos humanos?

—Sí, es lo que haría. Matarla. No sirve para nada. Si aprende a hablar te pedirá una indemnización.

—Pero no va a aprender a hablar.

—¿Cómo lo sabes? De acuerdo con el Apocalipsis, el fin del mundo se caracterizará por la confusión de lenguas y por la aparición de prodigios inexplicables.

—Ya te he dicho que esto no es el fin del mundo, sino el tuyo. De momento, te vas a tomar esas pastillas.

El jefe de recursos humanos fichó y se fue a casa. Abrió la puerta de manera

furtiva, para que no le oyeran entrar. Hacía tiempo que se movía entre su mujer y sus hijos como una sombra entre una familia de bultos. Se deslizó por el pasillo, buscó el cuarto de baño y se refugió en él como un insecto en una grieta de la pared. ¿Qué hacer? Si el mundo no se acababa, no se podía permitir el lujo de bajar la guardia. Tendría que aparentar que continuaba vivo, que comprendía las necesidades de la empresa, que todavía era capaz de hacer planes de jubilación anticipada y todo eso que le parecía tan antiguo. En esto sonó el móvil que llevaba el bolsillo interior de la chaqueta. Era su mujer. Le hizo creer que todavía se encontraba en la oficina.

—Pues cuando vuelvas —le dijo— pasa por el tinte y recoge el traje de fiesta de la niña.

Era evidente que al mundo no le afectaba en absoluto su estado de ánimo. Si su mujer era capaz de pedirle que

pasara por el tinte al salir de la oficina, era porque el absurdo continuaba instalado en la realidad y gozaba de mejor salud que nunca.

Salió a escondidas del cuarto de baño, deshizo el camino sigilosamente, bajó a la calle y se dirigió al tinte.

—¿No ha traído usted la papeleta? —le preguntaron.

—Estoy yo como para papeletas —respondió con tal cara de agotamiento que el empleado de la tintorería le dio el traje sin necesidad de más trámites.

De camino a casa, se cruzó en su camino una mariposa. Parecía imposible, porque hacía un frío del diablo y habían anunciado nieve en cotas superiores a los 300 metros. La mariposa se detuvo en el tronco de un árbol y movió las alas de manera armoniosa, como las palas de un fuelle. El jefe de recursos humanos le dio un manotazo haciéndola caer al suelo, donde la remató con la puntera del zapato. Esa noche,

cuando comenzaban a cenar, se dirigió a su familia y dijo: «He matado a una mariposa.» La frase, pese a su sencillez, le provocó un golpe de emoción que le hizo llorar a él, que en el último año había despedido a treinta trabajadores de la empresa sin mover un músculo. Realmente —se dijo frente a las miradas de espanto de su familia—, el mundo se acaba.

Espacios oníricos

Por la noche me telefoneó mi psicoanalista para decirme que me había dejado unas llaves (las de casa) en la consulta. Se habían deslizado al diván a través de los labios del bolsillo con la suavidad con la que la baba del bebé pasa de su boca al hombro de quien lo acuna. En una situación normal habría sido imposible que ocurriera, pues habitualmente llevo vaqueros con bolsillos horizontales, de los que no puede escapar nada sin solicitar tu permiso. Aquel día, por alguna razón (inconsciente) llevaba unos pantalones con los bolsillos verticales.

—Se ha dejado usted las llaves en la

consulta —dijo.

—Gracias —respondí—, me estaba volviendo loco pensando dónde las había podido extraviar.

Me pareció que mi psicoanalista sonreía al otro lado del hilo. Alguien que se analiza no debe decir «me estaba volviendo loco». Es más, alguien que se analiza no debe pronunciar la palabra loco.

—¿Viene a recogerlas mañana o prefiere esperar a la próxima sesión?

—preguntó.

—Iré mañana —dije.

—Sólo podré atenderle entre las cinco menos diez y las cinco de la tarde.

Las sesiones duran cincuenta minutos. No sabemos en qué emplean los psicoanalistas los diez minutos de descanso entre hora y hora. Quizá en tomar un té (un minuto o dos de microondas y tres o cuatro en beberlo). Tal vez en telefonar a sus seres queridos. Quizá en tomar notas sobre el

último paciente... El caso es que al día siguiente me presenté en la consulta al borde de las cinco de la tarde y me devolvió las llaves sin invitarme a pasar.

Me pareció raro verme allí un día que no tenía sesión, como acercarse a la oficina un domingo, o como tener un sueño al mediodía.

Al abandonar el portal con las llaves en la mano me crucé con una chica que tenía cara de paciente. Puedo distinguir a una víctima del diván a tres kilómetros. A veces, me siento en una cafetería y juego a descubrir a la gente que se analiza. No abunda. Hay personas que van al psicólogo, que no es lo mismo que analizarse. Las personas que van al psicólogo me interesan tanto como las que van al dentista, o sea, nada. Analizarse es otra cosa. Hay que tener mucho coraje para tumbarse en un diván (procurando no mancharlo con los zapatos, pues lo normal es analizarse con ellos puestos) y empezar a hablar de esto

y de lo otro sin orden ni concierto, sabiendo que cuanto mayores son el desorden y desconcierto más descienes por la escalera de caracol que conduce al mundo de las sombras.

Pues bien, la chica con la que me crucé en el portal tenía cara de analizarse. Para comprobarlo, decidí dar una vuelta por los alrededores y regresar a los cincuenta minutos. Los alrededores de la consulta de mi psicoanalista no son muy divertidos, pero tienen un toque onírico. Hay, por ejemplo, una zapatería donde arreglan zapatos, una rareza para los tiempos que corren. Arreglar un zapato es como recauchutar un ataúd, quiero decir que resulta un poco siniestro: pocos espectáculos más tristes que el de un montón de zapatos vacíos esperando ser reparados. Entré en la zapatería con la excusa de comprar una crema y los vi. Los zapatos son muy analizables porque están divididos. La unidad es el par, que son dos al modo en el que la Santísima

Trinidad es una. En otras palabras, un misterio. Me revolvió el estómago contemplar todos aquellos matrimonios ajados, con las suelas abiertas y los cordones rotos. Cuando ya estaba a punto de abandonar el establecimiento, entró en él la chica que tenía cara de analizarse, lo que me extrañó muchísimo, pues sólo había transcurrido media hora. Iba a recoger unos zapatos de tacón de aguja que observé disimuladamente mientras hablaba con la persona que me atendía. Los zapatos no pertenecían a una persona que se analiza, lo que me desconcertó. Quizá me había equivocado.

Como ya había echado la tarde a perros, entré en una cafetería cercana, también muy onírica, y pedí un gintonic. Al poco, vi entrar a mi psicoanalista con la chica de los zapatos. Se colocaron en la barra y pidieron dos infusiones mientras yo las observaba sin ser visto desde mi mesa. Entonces sonó el despertador y resultó que todo había sido

un sueño. Las llaves, en cambio, las he
perdido de verdad.

He vuelto a cojear

Sugerí a mi psicoanalista que rebajara sus tarifas, por la crisis, y ella dijo que por qué no rebajaba yo mis obsesiones, por la crisis también.

—¿Estaría usted dispuesta a reducir sus honorarios si yo fuera capaz de reducir mis obsesiones? —pregunté.

—Podríamos estudiarlo —dijo ella.

Al día siguiente comencé un plan de austeridad obsesivo. Precisamente tenía un viaje a Valencia, en avión. Normalmente, llego cuatro horas antes al aeropuerto, por miedo a perder el vuelo o a perderme a mí mismo o a no ser capaz de encontrar la puerta de embarque. Ese día llegué con hora y

media, como la gente normal, y perdí el avión. Me cagué en todo, claro, y volví a casa hecho polvo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mi mujer.

—Que he perdido el vuelo —confesé avergonzado.

—Pero si vas siempre con cuatro horas de adelanto —dijo ella.

—Esta vez he ido con el tiempo justo —dije yo.

Nos tomamos un café juntos y le confesé que estaba intentando reducir mis obsesiones al objeto de que mi psicoanalista redujera sus tarifas. Le pareció improbable que las psicoanalistas cobraran por el número de obsesiones del paciente y yo, por no discutir, le di la razón. Esa noche, en vez de comprobar siete veces, con siete ritos distintos, que el gas estaba apagado, me metí en la cama tras llevar a cabo la comprobación rutinaria que realiza todo el mundo. Pues bien, lo creeréis o no, pero a las tres de la madrugada me desperté y olía a gas. Fui

a la cocina a tientas, por miedo a que si encendía la luz se produjera una explosión, y, en efecto, un quemador se había quedado mal cerrado. Abrí las ventanas y ventilé todo, agitando una toalla de baño. Era la segunda de las obsesiones que intentaba reducir,

ya ven ustedes con qué resultado. Normalmente, también compruebo siete u ocho veces que he cerrado bien la puerta del piso y rezo mentalmente un avemaría a la pata coja, con la mano colocada sobre el pomo. Esa noche no lo había hecho, por culpa del plan de austeridad obsesiva. Sobra decir que lo llevé a cabo, con efectos retroactivos, antes de meterme en la cama.

Descubrí entonces que las obsesiones cumplen una función de seguridad importantísima en la vida de los seres humanos y renuncié a recortarlas. Pero decidí mentir a mi psicoanalista, para ver si lograba que ella bajara los precios.

—Ya no voy al aeropuerto con cuatro horas de antelación —dije al día siguiente, nada más tumbarme en el diván.

—¿Con cuánto tiempo va ahora? —preguntó.

—Con hora y media —dije yo.

—Hora y media es poco —dijo

ella—. Tendría que acudir con dos horas, de otro modo corre el riesgo de perder el avión.

—Pues yo voy con hora y media y lo cojo —insistí un poco irritado.

—Usted verá —dijo ella.

—Y tampoco compruebo siete veces que he cerrado el gas.

—¿Cuántas lo comprueba ahora?

—No, sé, una o ninguna.

—Pues el gas —sentenció muy seria— hay que comprobarlo. El otro día, precisamente, una explosión derribó una casa. Y hubo dos o tres muertos. ¿Ha reducido más obsesiones?

—Sí, la de la puerta del piso, por las noches. He dejado de rezar mentalmente un avemaría a la pata coja mientras mantengo la mano sobre el pomo.

—No me había dicho nunca lo del avemaría.

—Se me habrá olvidado.

—Mmm —murmuró ella.

—Mmm qué —pregunté yo.

—Que me extraña lo del olvido. Sería

otra cosa.

—Pero ¿me va a rebajar de precio la sesión o no?

—¿Usted qué cree?

—Creo que no.

Total, que perdí la sesión, porque no obtuve de ella nada productivo y le pagué lo de siempre. Cuando salgo de la consulta, camino siempre un par de manzanas haciéndome el cojo, a modo de sacrificio para no encontrarme con nadie conocido que me pregunté qué hago en esa calle y me obligue a darle explicaciones. Ese día no cojeé, por rabia, y al poco tropecé con mi padre. Quiero decir que nos cruzamos sin decirnos nada porque él murió hace ya diez o quince años y no puede hablar. Pero me miró como diciendo: este pobre hijo mío no sale adelante ni con la ayuda de un psicólogo. Total, que he vuelto a cojear también.

No le di el gusto

Un hombre joven y una mujer de mediana edad conversaban en la mesa de al lado. El joven dijo:

—Me gustaría tener una de esas butacas cómodas, con un suplemento a la altura de los pies, para pasarme las tardes de los sábados leyendo, como en la películas.

—Pero si tú no sabes leer —replicó la mujer.

—¿Y qué tiene que ver eso? Tampoco sé hacer transplantes de hígado y me gustaría operar los lunes, miércoles y viernes en uno de esos hospitales grandes, como los que salen en la tele.

La mujer se llevó la taza a los labios y

dio un sorbo al café con leche. El joven tomaba un cubalibre. El camarero se movía con disimulo alrededor de la mesa, intentando seguir, como yo, la conversación. En algún momento, su mirada y la mía se cruzaron y nos reconocimos como cazadores de conversaciones ajenas. Se trata, creo, de una adicción sin estudiar. Muchos días salgo a la calle sin otro objeto que el de escuchar a la gente. Del mismo modo que el cazador de perdices sabe dónde se tiene que colocar, yo llego a una cafetería, olfateo el aire y descubro al instante la mesa adecuada. En Madrid, hay un bar con el techo abovedado que posee un secreto acústico: si te colocas en la mesa de una de las esquinas, oyes lo que dicen en la mesa de la esquina de enfrente con una limpieza increíble. Los sonidos tienen pautas de comportamiento muy caprichosas. Yo me he especializado en estas pautas que no se estudian, creo, en ningún sitio.

El otro día, en el diván, comenté esta manía de escuchar conversaciones ajenas. Mi psicoanalista aventuró que quizá estoy buscando una palabra salvadora.

—¿Cómo una palabra salvadora? — pregunté—. ¿Qué rayos quiere decir eso?

—Una solución —dijo ella—, un mensaje, algo que le ilumine a usted acerca de su propia vida.

Me quedé pensativo. Llevo años escuchando a la gente. La he escuchado en todos los sitios y en todas las posturas. Cuando era más joven, me metía en el metro y recorría la línea 5 siete u ocho veces en cada dirección, a diferentes horas. Hay conversaciones de mañana, de tarde, de noche... Sé, por el gesto de los conversadores, quién está haciendo una confidencia y quién está pidiendo dinero prestado. De adolescente, me convertí en un experto en pinchar la línea del teléfono. Era muy fácil, no había más que atravesar los cables con un par de alfileres a los que había conectado

previamente dos auriculares. Escuché cientos de conversaciones entre mi madre y mi abuela sin esperar recibir ningún mensaje, sólo por placer de saber de qué hablaban. Pero jamás hablaban de mí, siempre de mi padre. Mi padre esto, mi padre lo otro. La teoría de mi abuela era que mi madre había arruinado su vida con aquel hombre, aquel hombre que era mi padre. Mamá, al principio, se defendía, pero siempre acababa llorando, que era una forma de aceptar lo que decía mi abuela. Así fueron mis comienzos como escuchador y ya nunca pude dejarlo.

—Mientras usted vive pendiente de lo que digan los demás —añadió mi psicoanalista—, evita escucharse a sí mismo.

—¿Cómo que evito escucharme a mí mismo?

—Claro, escucha las voces de fuera para no prestar atención a las de dentro.

—Por Dios —le dije—, mucha gente acude al psicólogo porque oye voces

dentro de sí, lo que es un síntoma de locura. Lo normal es escucharlas fuera, como yo.

—Ya sabe usted que hablaba en sentido figurado —replicó ella un poco alarmada por mi reacción.

Mi psicoanalista trabaja en su casa y tiene una hija adolescente. Coincidí con ella el otro día, al entrar en la consulta. Ya he dicho que reconozco a un escuchador a la legua. Su hija lo es, es escuchadora. A veces, en plena sesión, la imagino al otro lado del tabique, con un vaso pegado a la pared y una oreja pegada al vaso.

—Pues su hija es escuchadora —le dije.

—Qué hija —saltó—, yo no tengo hijas.

—Aquella joven con la que me crucé la semana pasada en la puerta.

—Ah, era una paciente.

Le pregunté el nombre de la paciente, pero no me lo quiso decir. La confidencialidad y todo eso. Me gustaría tener una relación sentimental (y sexual,

claro) con una mujer escuchadora. Merendaríamos en la cafetería sin necesidad ninguna de hablar, pues estaríamos atentos a las palabras de los otros. Mi psicoanalista me pidió que le acabara de contar la conversación entre el analfabeto joven al que le gustaría pasarse la tarde de los sábados leyendo y la mujer de mediana edad. Pero no le di el gusto.

Locura y muerte

Cuando veo en el periódico una esquela grande, me quedo en suspenso, atónito, sin opinión, pasmado. Todo lo grande me provoca un sentimiento parecido. En la estación de Atocha, en Madrid, hay una cabeza gigantesca, en bronce, de una nieta, creo, de Antonio López. Debe de ser genial, pero yo me pregunto si seguiría siéndolo a escala reducida. ¿Es el tamaño lo que la convierte en una obra de arte? No lo sé, claro, no tengo ni idea. Una vez comí en un restaurante que se encontraba frente al puerto deportivo de Palma de Mallorca, de modo que desde nuestra mesa sólo se veían yates. Mi anfitrión me

fue explicando a quién pertenecía cada uno. Al poco, murió el propietario de una de aquellas embarcaciones (una de las más grandes) y en los periódicos aparecieron esquelas gigantescas. Una esquila grande, como un yate grande, significa, en principio, pasta. ¿Significa algo más? He ahí el problema.

Al comentar estas perplejidades a mi psicoanalista, me pregunta qué me ha llevado a asociar los yates con las esquelas. No sé qué decirle. En principio, desde luego, parece que no tiene nada que ver una cosa con otra. Pero yo siento, en mi interior, que en algo se parecen. En esto, recuerdo un suceso remotísimo de mi infancia. Estoy en brazos de mi abuelo, que ha abierto el periódico sobre la mesa del comedor y me invita a que delectee las palabras que aparecen en la página que tenemos delante. Yo, guiado por su dedo, que avanza lentamente sobre el texto, voy pronunciando con dificultad una sílaba

tras otra. No recuerdo el contenido de lo deletreado, pero sí que se encontraba en el interior de un recuadro negro con una crucecita en la parte de arriba: una esquila. Cuando hemos terminado de leer todas las que vienen en aquella página, mi abuelo, como premio, arranca la hoja y me enseña a hacer con ella un barquito de papel.

Ignoro cuántas veces se repitió aquella escena ni por qué mi abuelo se empeñaba en hacer los barquitos con la sección de esquelas, en vez de con la de «Sucesos» o la de «Sociedad». Pero así era. A medida que recupero aquel suceso infantil, recuerdo que yo mismo, por una suerte de mimetismo inexplicable, utilicé esta sección de los periódicos para enseñar a mis hijos a hacer barquitos de papel.

—¿Explicaría eso la asociación entre yate y esquila? —pregunto a mi psicoanalista.

—No lo sé —dice ella—. Podría ser.

Hace poco, viajé a Venecia por primera vez. ¿Cómo no montar en una góndola? Lo hice, pues, sorprendido de la semejanza de estas pequeñas embarcaciones con los carruajes de muertos. Las góndolas, si ustedes se han fijado, tienen un aire fúnebre debido a que son completamente negras, parece que vas sobre una esquela, o, al menos, sobre una embarcación construida con una esquela. Tienen, en efecto, algo de ataúd, de modo que me resultaba imposible no pensar, al deslizarme por los canales sobre ella, en mi propia muerte. Miraba al gondolero, un tipo mal encarado, por cierto, y pensaba en Caronte. Ya saben ustedes que en la mitología griega, tan cercana a nuestros intereses, los muertos eran trasladados al Hades por un barquero llamado de ese modo.

—¿Adónde quiere usted llegar? — pregunta mi psicoanalista frente a esta cadena de asociaciones.

—No tengo ni idea —digo yo—. Tampoco pretendía llegar a ningún sitio cuando contraté la góndola. Sólo quería perderme por aquella red de canales. A veces me cruzaba con otras góndolas en las que se besaban los enamorados y me parecía que la condición para estar enamorado era estar muerto. Venecia, bien visto, es una ciudad muy fúnebre. Posee la belleza delo fúnebre.

—¿Qué más? —pregunta mi psicoanalista.

No se me ocurre nada más, pero juro que el cúmulo de asociaciones que acabo de llevar a cabo me ha proporcionado una extraña paz espiritual, como si se hubiera desatado dentro de mí un nudo cuya existencia ignoraba.

—Siento una liberación muy grande —digo entonces.

—¿Sabe usted por qué? —pregunta ella.

—Ni idea. ¿Y usted?

—Tampoco.

Salgo de la consulta flotando de

felicidad y me siento en una terraza de verano, para tomarme el gin-tonic de media tarde. Al dar el primer sorbo, me viene a la memoria otro recuerdo: con las páginas de las esquelas, además de barquitos de papel, hacíamos gorros a lo Napoleón, es decir, gorros de locos. He de darle también una vuelta a esta asociación entre locura y muerte.

Por mentiroso

A veces, cuando cierro los ojos, veo caras. Me ocurre en los aviones, y en el tren. Recuesto un poco la cabeza, bajo los párpados para descansar, y empiezan a desfilar por el interior rostros de personas que han pasado por mi vida: mis abuelos, mis compañeros de colegio, de universidad, mis profesores, mis novias, mis médicos, mis peluqueros, mis panaderos, mis jefes, pero también mis hijos, cuando eran pequeños... Algunos me hacen muecas de significado dudoso, otros abren la boca de un modo exagerado y pronuncian palabras sin sonido, algunos me guiñan el ojo o me observan con ironía o con piedad. No

hay pautas, pues los que en la primera vuelta me miran con piedad en la segunda lo hacen con ironía. No sé qué rayos quieren. Cuando abro los ojos, cesa el desfile, pero es muy difícil permanecer doce horas en un avión con los ojos cerrados. Entonces me resigno a verlos pasar. Lo increíble es el detalle con el que aprecio todos y cada uno de los rasgos de su rostro. Es tal el realismo con el que se manifiestan que tengo la impresión de que podría tocar sus mejillas si alargara el brazo.

Se lo conté a mi psicoanalista después de un viaje a México y me dijo que qué pensaba yo que significaba aquello. Siempre comenzamos así las sesiones. Yo le pregunto algo y ella me dice que qué me parece a mí, es como un rito.

—A mí —le dije— no me parecía nada hasta que comenzó a aparecérseme también su rostro.

—¿El mío?

—El suyo, sí.

Era mentira, es una de las pocas personas que no se me aparece, no sé por qué dije aquello. El caso es que comenzamos a darle vueltas al asunto y llegamos a la conclusión de que quizá tenga yo una deuda moral con toda esa gente que pasa por el interior de mi cabeza. Tal vez me dieron algo que no les devolví, por lo que la culpa me atormenta. Sentí que era una buena explicación y pensé en la forma de saldar mis deudas. Cuando terminó la consulta, la psicoanalista me recordó que le debía un mes. A veces, las deudas económicas son morales también. Eso me pasa por mentir.

Todo tiene un final

Una vez, hace años, vi en el supermercado a una antigua compañera de la Facultad de Filosofía. No la saludé, por timidez, pero la seguí un buen rato, pues había estado enamorado de ella y me apetecía contemplar sus movimientos sin ser visto. Tratando de ponerme en la perspectiva del que contempla un documental de animales de La 2, iba relatando mentalmente los movimientos de la chica y los míos, a la manera de una voz en *off*: «La hembra de ser humano se detiene en el pasillo de las pastas y lee atentamente el precio de cada una, así como su fecha de caducidad, mientras el macho de ser humano, agazapado tras

una montaña de detergentes en oferta, observa su ir y venir, calcula la posibilidad de hacerse el encontradizo, duda si presentarse o no...»

Utilizo mucho el recurso de la voz en *off* para defenderme de los sentimientos que me hacen daño (y de los que me hacen demasiado feliz). Cuando falleció mi madre, realicé, durante las horas que permanecí en el tanatorio, un documental exhaustivo acerca de la relación de los seres humanos con la muerte. Mientras recibía el pésame de unos y de otros, una voz interior relataba con pelos y señales la atmósfera en la que actuaba cada personaje y describía con precisión de relojero el mobiliario de la estancia. Llevo tantos años desarrollando esta manía defensiva que la voz se pone en marcha sin necesidad de que yo la reclame. Me subo al autobús, y ahí está:

«El ser humano objeto de nuestro estudio ha entrado en el artefacto denominado autobús en el que se dirige a lo que esta

especie llama trabajo.»El caso es que seguí, sin ser visto, a mi antigua compañera de facultad hasta que abandonó el supermercado. Luego me puse a hacer mi propia compra. En la sección de vinos, adquirí una botella idéntica a la que se había llevado ella, aunque me pareció un poco cara. Se trataba de un «crianza». Yo no entendía de vinos, pero me sonó muy bien lo que leí sobre él en la etiqueta, empezando por la variedad de la uva: tempranillo (soy muy madrugador). Al llegar a casa, decidí guardarlo en un armario mientras la voz interior decía: «El macho de ser humano esconde la botella recién adquirida, que quizá no se beba nunca, pues su valor pertenece al orden simbólico más que al nutritivo.»

Pasaron los años, cambié varias veces de casa y de trabajo, me casé, tuve hijos, llovió, nevó, los árboles florecieron y se secaron, la alopecia

avanzó, llegó el fax, se inventó el correo electrónico, desaparecieron las máquinas de escribir... Soplé velitas por mis cumpleaños, leí cientos de novelas, atravesé decenas de resacas, di cuenta de miles de gin-tonics, viajé en avión, en barco, en tren, en automóvil... Sufrí decepciones, recibí premios, caí enfermo, me recuperé, hice un testamento vital, me convertí al ibuprofeno, firmé manifiestos, perdí el dedo pequeño de la mano derecha, conocí Venecia y Brujas y San Francisco y Lisboa, me subió el colesterol, me lo traté, me bajó... Muchas cosas, en fin, todas de carácter poco trascendental desde el punto de vista de la historia, pero interesantes desde la perspectiva de un documental de La 2. Quiero decir que sin darme cuenta me había convertido, en efecto, en el protagonista de una película que nunca se llegó a rodar, pero que se desarrollaba, plano a plano, en el interior de mi cabeza. Y durante todo este tiempo, créanme, la botella de vino

permaneció en el fondo de un armario, no siempre el mismo, pues algunos cambios de domicilio implicaron también la permuta de los muebles. De vez en cuando, tropezaba con ella al buscar otra cosa y me preguntaba qué rayos significaba.

Se lo pregunté a mi psicoanalista, que, como es habitual, no me contestó, aunque me hizo, a su vez, otra pregunta:

— ¿No ha tenido nunca la tentación de bebérsela?

— Una vez.

— ¿Con ocasión de qué?

— Cuando tropecé en el periódico con la esquila de aquella compañera de la facultad.

— ¿Cómo murió?

— En un accidente de automóvil.

— ¿Qué habría significado bebérsela en ese momento?

— No sé, clausurar algo, terminar un relato.

— ¿Cree que todos los relatos deben

tener un fin?

—Quizá.

Entonces la psicoanalista dijo que había llegado la hora y el macho de ser humano se incorporó, abandonó la consulta, llegó a casa, rescató la botella de vino, fue al supermercado en el que la había adquirido mil años antes con ella oculta bajo la chaqueta, y la abandonó en la sección de vinos. El valor simbólico al que nos hemos referido antes.

Volcanes portátiles

Me pregunto cómo se conecta lo que soy por dentro con lo que soy por fuera, cómo se comunica mi conciencia con mi extraconciencia o de qué modo la segunda se convierte a veces en la primera y al revés. Ahora mismo estoy en un vagón del metro. Mi cuerpo permanece rodeado de otros cuerpos, cada uno con su parte de dentro y su parte de fuera, con su fachada y sus entrañas. Los rostros de todos los cuerpos poseen, sin excepción, un agujero por el que entra el aire a los pulmones y sale de él. El aire que expele mi boca penetra en la del hombre que viaja a mi lado. Yo me trago parte de su interioridad y él parte

de la mía. Si nuestros ojos se encuentran, mi mirada de persona española alcanza por unos instantes su interioridad de persona ecuatoriana, y viceversa. De este modo, yo llego por unos brevísimos instantes a su conciencia y él a la mía. De inmediato, por higiene o por miedo, olvidamos que cada uno ha estado dentro del otro, pero los restos de la combustión se almacenan en algún lugar de la memoria, de la suya y de la mía. Somos, en cierto modo, pequeños volcanesportátiles en erupción continua.

A mi lado ha quedado un asiento libre. Lo ocupo y trato ahora de averiguar si mi conciencia y mi extraconciencia son los dos extremos de una especie de tubo o dos compartimentos separados por puertas que es necesario abrir para ir de la una a la otra. Me imagino entonces yendo de dentro afuera, de la bodega, como el que dice, al tejado. La conciencia posee todas las características de un sótano. Es

lóbrega, húmeda, fosca, tenebrosa. Para alcanzar desde ella el exterior no sólo hay que abrir multitud de puertas, también es preciso subir por varias escaleras, la mayoría de ellas, dada la estrechez, de caracol. Cuando llegas, agotado, afuera, compruebas que allí hay luz y orden. Pero se trata de una luz y un orden sintéticos, artificiales. Casi me dan ganas de regresar a la conciencia. Más tarde, para salir a la calle una vez que he llegado a mi destino, tengo que abrir puertas también, y subir escaleras, en esta ocasión mecánicas. Esa noche sueño con la respiración del hombre ecuatoriano, y con su mirada. Tal vez él sueñe con mi respiración y mi mirada.

Ya es la hora

Le cuento a mi psicoanalista el caso de una mujer, Myriam Reynolds, que ha alquilado su útero a otra que no podía tener hijos. La propietaria de la matriz arrendada muestra, en una entrevista, su pesadumbre por el avance de la expresión «madre de alquiler». A ella le gusta más «gestante subrogada». Me recuerda un chiste en el que alguien se lamentaba de que dijéramos «pilícula» pudiendo decir «flim». El periódico donde he leído la noticia trae la foto de la gestante subrogada, que es guapa y un poco gordita. Parece feliz junto a su marido, un tipo atractivo también, muy alto y, en apariencia, cariñoso. Tienen dos hijos

propios y ella ha «subrogado» ya en un par de ocasiones su útero. La subrogación, como ustedes saben, consiste en introducir en la matriz de la madre falsa un óvulo, previamente fecundado en una probeta, de la madre verdadera. La herencia genética del bebé resultante es la de la madre y el padre biológicos.

Me suena raro decir «madre verdadera» para referirme a la dueña del óvulo. ¿Es más madre la que aporta la semilla que la que pone el útero? Mi psicoanalista calla. En la entrevista, Myriam Reynolds afirma que ella no se subroga por dinero, aunque tampoco lo haría gratis. ¿Se trata de una respuesta simplemente astuta o hay en ella algo digno de ser escuchado?

«El dinero —añade enseguida— ayuda, da claridad a la relación con los padres.» Me gusta esta respuesta. El dinero establece, en cierto modo, las reglas del juego. Coloca a cada uno en su sitio. El

dinero otorga a quien paga el estatus de padre o madre. Soy la madre de este niño porque pagué por el útero en el que se desarrolló. Imaginemos el caso contrario: una mujer compra en el mercado un óvulo de otra, previamente fecundado también, y se lo implanta en su propio útero. ¿Quién es la madre ahí? La del útero, desde luego. Para eso ha hecho un desembolso.

La crisis contamina todas las secciones del periódico. Da igual que estés en «Cultura» o en «Necrológicas» que en «Mercados». Como una mancha de humedad, la crisis aparece en los lugares más insospechados de la vida. Me demoré en la entrevista con la madre de alquiler porque no se mencionaba en ella la crisis. En cierto modo, era un oasis dentro del diario. Un oasis raro, desde luego, un oasis biológico, podríamos decir. De súbito, tengo la certidumbre de que convivimos con los temas clásicos de la ciencia ficción sin ser conscientes de

ello. En el momento de la entrevista, Myriam y su marido se encuentran en España para asistir a unos seminarios sobre gestación subrogada. Quiere decirse que se trata de un asunto que ha entrado ya en la existencia cotidiana. Se podría escribir con él una novela realista, incluso costumbrista. Mi psicoanalista continúa callada. ¿Se habrá dormido?

Las tarifas de los úteros de alquiler, continuo, oscilan entre los 15.000 y los 21.000 euros. Tiene uno la tentación de dividir estas cantidades entre los nueve meses que dura el embarazo, para compararlas con el precio de un apartamento. Yo viví hace años en un apartamento que acabó adquiriendo las características de un útero. Entré en él como un tipo neutro, ingenuo, confiado, y salí como un hombre maduro. Me hice mayor, en el peor sentido de la palabra. Se trataba de un apartamento muy pequeño, con las paredes húmedas. Dado que estaba abuhardillado, sólo podía

permanecer de pie en la parte central. Viví por tanto muchas horas en posición fetal, notando cómo mis células mentales se dividían y se especializaban. Pasé de embrión a feto y de feto a hombre en los dos años escasos en los que lo ocupé. Y yo pagaba el alquiler con el sudor de mi frente. Quiere decirse que el padre de aquel engendro en el que me convertí era yo. Se lo digo a mi psicoanalista.

—Yo también viví en un útero de alquiler.

—¿Y eso? —dice ella.

Le explico lo del apartamento, lo de la posición fetal, lo de mi transformación.

—En realidad —añado—, la vida consiste en pasar de un útero a otro.

Ella no dice nada. Permanecemos en silencio los dos. Este diván, me digo, es otra matriz. Me gusta utilizar «matriz» como sinónimo de útero. La matriz, además de una víscera hueca, es un molde. La vida entera es un molde al que nos vamos adaptando. El diván de mi

psicoanalista es un útero de alquiler donde me cuezo a fuego lento. Un día seré expulsado de él convertido en otro.

—Pienso en usted como una madre subrogada —digo.

—No sé lo que quiere decir —añade ella—, pero me lo explicará el jueves que viene, porque ya es la hora.

Una erección de origen dudoso

Cuando mi psicoanalista me preguntó que de dónde me venía la afición a las pastillas, recordé una escena de infancia en la que mi madre le decía a una amiga que si en su tiempo hubiera habido pastillas anticonceptivas, no habría tenido ni la mitad de hijos que había traído al mundo. Hice cuentas y comprobé que yo pertenecía a la mitad maldita, lo que me hundió en una perplejidad indolora. Le conté el recuerdo a mi psicoanalista y luego añadí:

—Quizá me mato a base de pastillas

para compensar la ausencia de aquella que habría evitado mi nacimiento.

A mi psicoanalista le pareció una asociación correcta, aunque algo retórica (a mí también).

—Pruebe otra cosa —dijo.

—Veamos —apunté ahora acomodándome en el diván—, tomo pastillas porque las pastillas son la versión farmacéutica y adulta de los elixires de los cuentos infantiles.

—¿Y para qué necesitaría usted un elixir?

—No sé, para volar, o para volverme invisible, o para adquirir algún otro tipo de poder.

—De modo —dijo ella— que de un lado toma usted pastillas para matarse, cumpliendo así el deseo de su madre de no haberle traído al mundo, y, de otro, las toma para convertirse en un ser casi omnipotente.

¿No tiene términos medios?

—Bueno —dije atónito—, a veces las tomo sólo para el dolor de cabeza.

—Evite las obviedades, por favor, habíamos llegado a un punto interesante.

—¡Está bien, está bien! —concedí—, las tomo para una cosa y para su contraria. ¿Qué hay de raro en eso? ¿Acaso no nacemos para morir?

—Pero ¿por qué se enfada?

—No me enfado, es mi carácter.

Permanecí en un silencio rencoroso durante unos minutos al cabo de los cuales le pregunté si me podía facilitar un vaso de agua para tomarme una pastilla.

—¿Qué clase de pastilla? —dijo ella.

—No sé, una cualquiera —dije yo—, llevo varias.

Eché mano al bolsillo y saqué un puñado de pastillas de diversos colores y tamaños.

—Antes —añadí— averiguaba para qué servían unas y otras, ahora me da igual, me echo a la boca la primera que pillo, sin saber si se trata de un somnífero o de un antiespasmódico. Es mejor no

saber. Hago lo mismo con los libros.

— ¿En qué sentido?

— Les he quitado las tapas, para no saber si lo que abro es una novela o un ensayo, ni de qué autor.

— Ya — dijo ella.

— ¿Ya qué? — pregunté yo.

— Que no quiere usted saber ni lo que lee ni lo que toma.

— Así es.

— ¿Y lo de no saber lo que lee guarda también alguna relación con su madre?

— Con mi padre más bien. A veces entraba en mi cuarto, cogía al azar uno de mis libros, lo abría por la mitad, leía tres o cuatro páginas y volvía a dejarlo donde estaba.

— ¿Por qué cree que hacía eso?

— Para comunicarse conmigo. Pensaba que leyendo las cosas que había leído yo previamente me entendería mejor.

— ¿Y le entendió mejor?

— No, pero se entendió mejor a sí mismo, porque a veces entraba y me

decía: «Dame un libro cualquiera», y yo le daba uno al azar. Empezó a encontrar en mis libros algo que le conectaba consigo mismo.

—¿Y usted cree que si lee los libros al azar le ocurrirá lo mismo que a su padre?

—Tal vez.

—¿Y que si toma las pastillas al azar a lo mejor adquiere superpoderes?

—O me muero, depende de lo que tome. Y de lo que lea.

Mi psicoanalista dijo que ya era la hora y me levanté preguntándole si me daba o no me daba el vaso de agua. Me dijo que no. Le pedí entonces que me prestara un libro cualquiera, pues tenía que hacer tiempo en una cafetería, y dijo que tampoco. De modo que salí, me metí en el bar de la esquina y pedí un gintonic con el que me tomé una pastilla rosada mientras leía un periódico atrasado. Al poco, tuve una erección, no sé si por la pastilla o por el

periódico.

Un odio que atraviesa las paredes

Yo antes era lo que se dice una mala persona. Y fumaba. Trabajaba en un departamento de Correos al que llegaban todos los días miles de papeles verdes y amarillos. Mi trabajo consistía en separar unos de otros, porque los verdes significaban una cosa y los amarillos otra. El compañero que tenía al lado hacía lo mismo. Era muy mala persona también, y consumía un tabaco negro repugnante porque no le gustaba el rubio americano, como a mí, eso decía él. Lo que pasa es que era más mezquino que yo con el dinero, aunque me aventajaba en dos

trienios. Lo que él ganaba con esos dos trienios era lo que me gastaba yo en rubio americano, para demostrarle lo que hacía yo con su antigüedad.

Y mientras separaba papeles, me dedicaba a odiar a todo el mundo. En aquel despacho habría diez o doce personas y me pasaba el día deseándoles una desgracia. Algunos de estos deseos se cumplían. El jefe, por ejemplo, se murió de un infarto, en junio, al agacharse a recoger cinco duros que se le habían caído por el agujero del bolsillo. Bueno, pues la verdad es que cuando cayó fulminado yo llevaba dos semanas recitando, quince minutos diarios, por lo bajo: «Que le dé un infarto, que le dé un infarto, que le dé un infarto...» Eran mis quince minutos de gimnasia matinal. También odiaba mucho a los miembros del Gobierno y a la jerarquía eclesiástica, pero no se llegaron a realizar las barbaridades que soñé para ellos. Mis poderes tenían un radio de actuación de

quince o veinte metros, siempre y cuando no hubiera ninguna pared por medio.

El caso es que un día, por casualidad, llegó a mis manos una revista de budismo y me volví bueno. No fue un proceso rápido, no quiero decir eso; de hecho, tardé quince o veinte días. Y es que en aquella revista se anunciaban unos libros que empecé a leer y cuyas enseñanzas me fueron

cautivando poco a poco. Dejé de fumar porque comprendí que con el tabaco no sólo dañaba mis pulmones, sino que alteraba el equilibrio universal, ya que formamos parte de un todo, o sea, que mis pulmones no me pertenecían. Digamos que me los habían prestado y mi obligación era cuidarlos para que en el futuro, cuando yo me muriera, otro pudiera respirar con ellos. En Madrid hay muchos lugares para ejercer la santidad, de forma que me matriculé en un cursillo de filosofía oriental, en el que comprendí enseguida el daño que me había hecho a

mí mismo al odiar a los otros. El odio es el tabaco del espíritu; cada vez que odias un cuarto de hora a alguien, es como si te fumaras dos paquetes enteros de Camel, es decir, que se te queda el alma llena de nicotinas y alquitranes. Por eso suele decirse que el odio se vuelve siempre contra uno. En mi caso no era exactamente así, puesto que había logrado matar a mi jefe de un infarto, pero esto es una cosa excepcional. Lo normal es que el rencor, como la nicotina, te produzca dificultades respiratorias.

Así que perdoné a todo el mundo e intenté que todo el mundo me perdonara a mí. En la oficina continuaba separando papeles verdes y amarillos, pero ahora ponía un gran amor en ello. No hay tarea lo suficientemente absurda si la realizas con amor. Dejé de odiar también a los miembros del Gobierno y a la jerarquía eclesiástica y en mi infinita estupidez pensaba que su destino era mucho más duro que el mío. Intentaba

contribuir, en suma, desde mis modestas posibilidades de funcionario de Correos, al establecimiento de la paz universal.

Y creo que estaba a punto de conseguirla, cuando una noche soñé que volvía a fumar. Me desperté sudando y abrí el cajón de la mesilla, pero no había ningún cigarrillo. Entonces me lancé a la calle y busqué un bar de esos que no cierran en toda la noche. Compré dos paquetes de Camel y estuve fumando hasta el amanecer. Con cada calada, me iba volviendo otra vez malo, así que por fuera fumaba y por dentro odiaba. Odié a mi jefe, a mis compañeros, a los miembros del Gobierno hasta el nivel de subsecretario, y a la jerarquía eclesiástica de diácono para arriba. En la oficina expliqué que había vuelto a fumar porque en la secta me habían hecho comprender que ése era mi destino, pero les oculté que era de nuevo

una mala persona. Así que ahora los odio sin que se den cuenta y es un odio más eficaz que el de antes. Un odio que atraviesa las paredes.

Freud

Se cumplen ahora cien años de las primeras publicaciones de Freud. El psicoanálisis se hace centenario sin que le hayan afectado seriamente los mordiscos de sus amigos y enemigos. Freud ya está en el quiosco, en ediciones de dos duros: *La interpretación de los sueños* se vende como rosquillas. La gente cree que si lee ese libro sabrá lo que quiere decir soñar con su cuñado o con la hermana pequeña de su madre. Una ingenuidad: lo mismo que pensar que uno sabe lo que es un soneto después de leer una teoría de la literatura. El caso es que Freud se ha convertido a su pesar en un autor mediático. Si uno ve mucho la televisión

comprobará que a lo largo del año no dejan de pasar por sus diferentes canales menos de nueve o diez freuds, con su barbita y todo, diciendo barbaridades sobre el significado de los lapsus.

El problema es que en relación a Freud siempre hablan sus mecánicos, es decir, aquellos que se han dedicado a desmontarle para disentir de él y afirmar con toda seriedad que se pasó con lo del complejo de Edipo. La mejor relación que uno puede tener con Freud es la misma que con los autores de las crónicas de Indias, o sea, la de mero usuario. Freud descubrió todo un continente poblado de monstruos que no se aplacaban con cuatro bisuterías de cristal. Los sufrimientos de Colón, Pizarro, Hernán Cortés y Cía, en aquellas tierras desconocidas, no tienen nada que envidiar a los de Freud caminando a ciegas por los pantanos del inconsciente. Hay varias biografías, léanlas y verán los peligros que corrió el ilustre médico.

Pero todo se trivializa. Del mismo modo que en los museos de América se venden falsas estatuillas indias y falsas plumas indias, ahora cualquier brujo de pacotilla puede jugar con *La interpretación de los sueños* para demostrarle a usted que el sueño de la última noche significa que usted envidia el pene de su cuñado, aunque le gustaría usarlo con la hermana pequeña de su madre. Lo obvio manda, qué le vamos a hacer. Uno preferiría que nadie se diera cuenta de que por estos días se cumple el primer centenario del descubrimiento del psicoanálisis porque uno todavía se acuerda de lo que hicieron con el V Centenario del Descubrimiento de América.

La opinión

Hay gente que se desespera porque no tiene opiniones y ha de leer muchos editoriales para alcanzar un entendimiento, por precario que sea, de la realidad. La opinión es útil al modo en que lo es una dentadura postiza, o sea, que tiene algo de prótesis, y produce llagas en la encía o dondequiera que se implante. Sin embargo hay personas a las que las opiniones se les caen con la naturalidad con la que se quedan calvas. Escupen prótesis como un molde tornillos. Los seres del universo segregan una variedad infinita de líquidos.

Muchos profesionales afirman que la cantidad de opinión-hora que uno sea

capaz de segregar depende de la cantidad de información que tenga sobre el mundo. Pero eso no es cierto. Los genes tienen mucha información acerca de las células y jamás han dicho una palabra sobre ellas. La opinión es una excrecencia que le sale a la realidad, un bulto que provoca multitud de malentendidos y catástrofes. No es que uno esté en contra de la opinión, sino que piensa que se trata de un mecanismo tan difícil de desentrañar como el del virus de la gripe. Y es que tiene también una capacidad de mutación sorprendente. Cuando logras alcanzar una idea para comprender algún hecho básico, viene una infección masiva de opinión en sentido contrario que te deja perplejo y con décimas.

Yo, si tuviera que elegir entre tener mucha opinión o mucha realidad, no sabría qué hacer. La realidad me gusta, pero su carne es dura y sin la salsa de la opinión no entra. Lo malo es que la salsa

engorda mucho. No sabe uno a qué dieta acudir ni con qué aderezos cocinar las noticias; ni si es mejor la faja de péndulo o la liposucción, las lentes de visión progresiva o de lunetas. Uno no tiene nada contra la opinión, excepto que donde florece demasiado no deja lugar al pensamiento.

No soy bueno

A veces fantaseo con la idea de que soy una persona sociable, de que tengo muchos amigos, en todas las partes del mundo, con los que intercambio una correspondencia intensa. Imagino que no me da pereza telefonar a Fulano e invitarle a comer, para estrechar lazos. Invento que la comida resulta apasionante, que no me vengo abajo en el segundo plato, que no estoy deseando volver a casa, con mis libros, mi ordenador, mis cuadernos, mi soledad, mi rabia, mi odio, mi frustración, mi desasosiego, mi gin-tonic de media tarde, mi aturdimiento nocturno... Imagino también que soy feliz con lo que la

vida me ha dado, que no envidio a nadie, imagino que me gusta la música y que puedo pasar la tarde entera tumbado en el sofá, escuchando una ópera (o dos, ignoro cuánto duran). Imagino que ordeno mis libros por orden alfabético (o por cualquier otro, qué más da) y que encuentro siempre el que busco (por lo general, doy con el que no busco).

Pero no nos desviemos de la sociabilidad. No aburrirse en la compañía

de los otros, no preguntarse qué hago yo aquí, Dios mío, no renegar de tus congéneres y por lo tanto ser bueno, ser una buena persona, no en el sentido idiota de la palabra, sino en un sentido que quizá no se haya descubierto todavía. Quizá para ser bueno haya que ser un poco malo. Lo ignoro porque no soy bueno, quizá tampoco malo, pues los malos son también, en el fondo, un poco buenos. Y decir la verdad siempre, siempre, siempre, y no sólo los domingos y fiestas de guardar. Decir la verdad,

ahora, sería inviable porque tengo pensamientos horribles acerca de los demás (aunque también acerca de mí mismo).

Por lo general, estas fantasías bondadosas me atacan en el metro, rodeado de gente que, como yo, cree saber adónde va por esos túneles de Dios. El otro día, un hombre sentado junto a mí (un ecuatoriano, creo) me preguntó si aquella línea era la de Callao. Iba justo en la dirección contraria y se lo dije. El hombre dudó unos segundos y al final exclamó: «¡Y qué más da!» Me sobrecogió aquella indiferencia que tomé por un rasgo de sabiduría, incluso de heroísmo. Al día siguiente, bajé de nuevo al metro e intenté viajar sin saber adónde, pero no me salió. Y es que no soy bueno, coño, no soy bueno.

Peste de burocracia

Dice una historiadora en el periódico

de hoy que en la actualidad hay las mismas cantidades de miedo que en la Edad Media. Jamás se me había ocurrido pensar en el miedo de esa forma, es decir, como algo exterior a mí mismo. Y mensurable. Siempre pensé en el miedo en términos de calidad y de propiedad privada. Mis miedos eran míos porque venían de mi tuétano, de mis entretelas, de mi pasado, pero, sobre todo, de mi futuro. Me consuela la idea de que haya en el universo una cantidad equis de miedo como hay una cantidad equis de recursos energéticos. Me gusta que el miedo sea un bien escaso, en fin, una energía no renovable. Si ahora hay tanto miedo como en la Edad Media, es porque lo hemos administrado bien, aunque quizá su distribución no haya sido muy justa.

Añade la historiadora (Joanna Bourke es su nombre) que entre 1870 y 1910 se tenía pánico al entierro prematuro, a que te enterraran vivo, por lo que se

inventaron nuevos métodos para averiguar si se estaba muerto o no. Aunque nació muchos años más tarde de esas fechas, padecí ese miedo durante toda la infancia y a lo largo de la juventud. Todavía me quedan restos. Hay días en los que salgo de la cama sin saber a ciencia cierta si me he levantado vivo o muerto. Leí en la Espasa un procedimiento consistente en acercar la llama de una cerilla al dedo gordo del pie. Si el pie se hincha y estalla, estás vivo. No me he atrevido a aplicarlo, ni a mi dedo ni al de los seres queridos, de modo que sigo con la duda.

Lo que se desprende de todo esto es que el miedo, como la riqueza, está muy mal repartido. Esperanza Aguirre no llega a fin de mes y yo sí, pero yo llego asustado, mientras que a ella se la ve más contenta que unas pascuas.

Personalmente, estoy dispuesto a cederle parte de mi salario si ella toma algo de mi miedo. Siempre he sido partidario de la

igualdad. Si el miedo es un producto global, un fruto objetivo, debería repartirse entre ricos y pobres con criterios más justos. En tal caso, yo he recibido ya el miedo correspondiente a siete vidas, es decir, que me puedo prejubilarse de la Edad Media, incluso de la Contemporánea. Pero no sé en qué ventanilla se hace. Peste de burocracia.

El agente de la Interpol

El padre de mi mejor amigo, durante el bachillerato, era ferretero, pero a su hijo le parecía poca cosa y un día, en secreto, me dijo que la ferretería era una tapadera.

—En realidad —añadió—, es agente de la Interpol.

Yo me asomaba a veces al establecimiento y siempre lo veía allí, contando tuercas y tornillos, o despachando bombillas de 40 vatios, y me preguntaba de dónde sacaba el hombre tiempo para interpolar, aunque quizá lo hacía los domingos, durante los cuales, en aquella época al menos, sólo trabajaban los espías.

Pasado el tiempo, ya de adultos, mi amigo y yo estábamos comiendo un día juntos, cuando le recordé aquella mentira adolescente. Al principio nos reímos mucho, pero luego él se puso serio y me confesó que aquel padre irreal, el agente de la Interpol, había sido más importante en su vida que el verdadero.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Exactamente lo que oyes. Ya sé que mi padre, objetivamente hablando, no fue más que un humilde tendero de barrio, pero ese padre apenas ha influido en mi educación. El que de verdad me hizo fue el imaginario. Él me dio los mejores consejos y orientó mi vida de tal modo que sin su existencia yo habría sido diferente. No sé si mejor o peor, pero diferente.

Me gustó aquella confesión, pues siempre he mantenido que las cosas irreales han determinado nuestras vidas mucho más que las reales. Mi amigo era un ejemplo vivo. Le animé a que

continuara hablando de la relación real con un ser inexistente y mi amigo me contó que aquel padre hipotético le había prohibido fumar, mientras que el de verdad le ofreció un cigarrillo al cumplir los dieciocho años.

—Imagínate —añadió—, si llego a hacer caso al ferretero, ahora sería un fumador empedernido. ¿Recuerdas la época en que me dio por practicar deporte?

—Claro.

—Pues fue gracias al padre falso también. Me aseguró que el deporte era lo mejor para evitar malos rollos, y tenía razón.

Continuamos hablando del asunto mientras nos servían el café y entonces me confesó que un día, encontrándose al borde de la muerte el padre real, mi amigo se acercó a él y le dijo:

—Papá, tú no has sido para mí un simple ferretero. Quiero que sepas que fuiste un agente de la Interpol.

—¿Un agente de qué? —preguntó el padre con un pie en el más allá.

—De la Interpol. Una especie de espía. Un policía internacional encargado de velar por el orden mundial.

Por lo visto, su padre se quedó mirándolo unos segundos, con rostro pensativo, y finalmente dijo:

—Pues algo había notado yo. O sea, que no sabemos.

Cuestiones de fe

Hay una tribu en el centro de África, cuyo nombre no consigo recordar ahora mismo, que no cree en la existencia de la espalda. Parece una negación absurda, desde luego, pero los antropólogos han aportado abundante documentación al alcance del escéptico o el curioso. Por lo general, en Occidente estamos dispuestos a admitir que la gente no crea en el alma, en Dios, en el diablo, los espíritus, y todo aquello que en general ni se ve ni se toca, pero nadie se atrevería a negar la existencia de las mesillas de noche o de las cornucopias. En otras palabras, entre nosotros el movimiento se demuestra andando.

—Mire usted qué BMW acabo de adquirir.

Personalmente, no creo en el BMW, así que no entiendo cómo hay tanta gente que se gasta el dinero en un automóvil completamente fantástico. Una vez subí en el de un amigo mío y me di cuenta enseguida de que no existía porque estaba lleno de prestaciones inverosímiles. No dije nada porque se había gastado en él cinco millones que no tenía, pobre.

Los millones son otra cosa en la que la gente cree mucho, incluso sin verlos. A esa tribu del centro de África le hablas de millones y es como si le hablaras de la espalda. Por eso no les duele ni una cosa ni la otra. En Occidente, en cambio, cada día hay más personas con problemas de espalda. Y de millones.

Yo, además de no creer en el BMW, reniego también de la existencia de las lavativas. Tengo razones antropológicas que aportaré con gusto. En casa de mis

abuelos había una colgada de la cisterna del retrete. Por razones que no vienen al caso, de pequeño pasé muchos fines de semana con ellos y siempre que entraba a hacer pis tropezaba con aquel extrañísimo aparato cuya utilidad se me escapaba por completo. Cuando tuve edad de preguntar, me dieron unas respuestas claramente evasivas. Mi abuelo, por ejemplo, aseguraba que la goma aquella servía para metérsela por el culo, lo que como verán ustedes resulta más increíble todavía que el salpicadero del BMW de mi amigo. Crecí, pues, con la idea de que aquel aparato había sido fruto de mi imaginación: ya se sabe que los niños somos muy perversos. Un adulto como Dios manda no sería capaz de concebir una lavativa, ni un BWM, ni una cornucopia. Sin embargo, hemos sido capaces de concebir la espalda, que como artefacto raro tampoco está mal.

Seguramente, sería un gran negocio exportar espaldas a esa tribu de África

que no cree en ellas. Todo lo que no existe alcanza un gran predicamento entre los seres humanos, africanos o no. Yo estoy dispuesto a aportar la mía, que me proporciona unos quebrantos insoportables. Y por un poco más de dinero, doy también la lavativa de mis abuelos, que no consigo quitármela de la cabeza, pese a que estaba pensada para el culo. Con lo que obtenga de la venta de estos dos objetos irreales quizá me compre un BMW inexistente. Gracias.

Descréditos

Pregunté a un psiquiatra si el Papa, habida cuenta de que se cree el representante de Dios en la Tierra, era un delirante y me dijo que no, pues los delirios compartidos son, técnicamente hablando, otra cosa. Total, que si a usted se le aparece la Virgen es muy probable que lo ingresen y lo sometan a una o dos sesiones de *electroshock*. Pero si se le aparece en compañía de unos amigos o de unos pastorcillos no pasa nada. Se me olvidó preguntar cuántas personas deben participar de un delirio para que deje de serlo, así que lo siento, pero no puedo proporcionar en estos momentos esa información. En cualquier

caso, mucho me temo que su cuñado de usted y usted no son suficientes para legitimar una quimera.

Provoca asombro que los delirios consensuados adquieran de inmediato el estatus de realidad. Si el Gobierno, los consumidores, los bancos y los notarios se ponen de acuerdo, por ejemplo, en que un piso de noventa metros cuadrados vale un millón de euros, el piso valdrá un millón de euros, aunque su valor real sea muy inferior. Al año siguiente, si alguien no detiene la bola, costará un millón cien mil, y así de forma sucesiva, hasta que el espejismo reviente como una pompa de jabón. Lo de los pisos no es un supuesto teórico, ha ocurrido en España, junto a otras alucinaciones de carácter económico. El delirio y la lucidez se trenzan de tal forma en la vida diaria que no hay forma de distinguir el uno de la otra. De modo que cuando en la faja de una novela se incluye la leyenda «basada en hechos reales», deberíamos

tener en cuenta que los llamados «hechos reales» son producidos a su vez, en gran medida, por sucesos completamente imaginarios. En otras palabras: que cuando los teóricos hablan del descrédito de la ficción deberían aclarar si piensan que una ficción compartida deviene en una realidad homologable.

Mujeres pequeñas

Un sacerdote que lee mis artículos de *Interviú* me envía una carta en la que me cuenta que tiene a su cargo varios pueblos, lo que le obliga a decir varias misas al día. Las misas, asegura, tienen aspectos creativos que desaparecen cuando se celebran en serie. A la tercera misa estás pensando en otra cosa. Pero no se queja, sólo me informa para que me haga una idea de cómo es su vida. Tiene sesenta años que ha pasado en una soledad casi absoluta. Con los feligreses procura no mantener relación alguna fuera de la iglesia y con la realidad en general mantiene unas distancias notables, pues nunca se ha sentido a

gusto en ella, en la realidad. «Algunas personas — escribe— carecemos de las condiciones necesarias para ser reales.» No explica a qué condiciones se refiere, ni falta que hace, porque lo entendemos muy bien. Uno puede tener dos manos, con cinco dedos cada una. Puede tener dos ojos, con sus párpados. Puede tener sus dos riñones y su aparato digestivo. Puede contar, en fin, con todo aquello que te piden para venir al mundo. Pero puede, a la vez, sentir que carece de vocación para ser hombre o mujer, incluso para ser gusano de seda.

Tal es el caso de mi corresponsal. Fueron sus dificultades con la realidad las que le condujeron a abrazar el sacerdocio. La Iglesia, al tomar por virtudes muchas de las actitudes que en el mundo pasarían por rarezas, lo protegió de sus insuficiencias y él respondió a ese amparo con lealtad y buen hacer. Tiene varios hermanos con los que perdió el contacto después de que

sus padres murieran. No se lleva mal con ellos, pero tampoco encuentran qué decirse cuando se llaman por teléfono. Hace veinte años, al poco de cumplir los cuarenta, tuvo una breve historia sentimental con una feligresa poco dotada también para la vida real. Pero el asunto no fue a mayores y en ningún momento pasó por su cabeza la idea de colgar los hábitos.

Aunque no me habla de su fe, del tono general de su carta se deduce que no se trata de un asunto que le preocupe o le interese demasiado. Quizá no la tenga, lo que tampoco importa. En cuanto a *Interviú*, empezó a comprarla para ver a esas chicas cuya desnudez, asegura, le conmueve más que excitarle (quizá, añadido yo, le excita porque le conmueve), pero con el tiempo se ha enganchado a algunos articulistas, yo entre ellos. Me aprecia, dice, porque me he equivocado. «Usted —asegura— tampoco tiene condiciones para ser real,

por eso a veces sobreactúa al escribir.»

Pero el motivo central de su carta es el de relatarme un delirio que padece, o goza, desde hace algún tiempo. El caso es que se le aparecen mujeres pequeñas en ropa interior. Le ocurrió por primera vez al abrir uno de los cajones de la sacristía. El cajón era hondo, como de dos palmos, y en su interior oscuro se manifestó una especie de barbie tendiéndole los brazos, como si le pidiera ayuda para salir. Nuestro sacerdote la tomó de la cintura con la mano derecha, al modo de King Kong, y la sacó fuera. Pero en ese momento entró en la sacristía el monaguillo y, para que no la viera, se la llevó a la boca, tragándosela en dos bocados. Mientras la masticaba, temió ponerse a sangrar por las comisuras de los labios, pero una vez dentro de la boca el cuerpo de la mujer adquirió la textura y el sabor del chocolate. El asunto le dejó muy turbado durante las siguientes horas por su calidad de real. Había visto

realmente a la mujer, la había tomado realmente de la cintura con la mano derecha y se la había llevado realmente a la boca.

Esa noche no durmió. Se había enamorado de la mujer pequeña que quizá estaba digiriendo durante el insomnio. A eso de las cuatro de la madrugada fue a la cocina con la idea de tomarse un vaso de leche caliente, y al abrir el microondas se le apareció dentro la misma mujer que se había comido por la mañana. Iba también en ropa interior, con un sujetador y un tanga blancos. Él conocía los tangas por las revistas, aunque jamás había visto ninguno al natural. La mujer le pidió con gestos que la sacara de allí, lo que hizo enseguida, llevándosela al oído, por si le quería decir algo. Y le dijo algo, pero en un idioma que no entendía, rumano le pareció al cura. En todo caso, se trataba de una mujer pequeña muy complaciente, con la que estuvo jugando sobre la mesa de la

cocina. Le quitó el tanga varias veces para verle el «culito» y el sujetador para verle las «tetitas». Cuando la excitación venérea alcanzó un punto insoportable, se la comió, también de dos bocados, mientras eyaculaba debajo de la bata.

Regresó a la cama muy confundido, pero feliz. Y desde entonces, la mujer pequeña no deja de aparecérselo en los lugares más inverosímiles, siempre con la misma ropa y siempre diciéndole algo en rumano. Naturalmente, siempre se la come. «Y eso es todo, querido Millás», finalizasu desconcertante misiva.

No hay final bueno

Poco antes del verano me encontré con un viejo amigo al que veo tres o cuatro veces al año. Por lo general quedamos para comer o para cenar y procuramos hablar de temas neutros, pues estamos distanciados en multitud de cuestiones de orden político y existencial. Nunca he logrado averiguar el porqué de este empecinamiento en mantener una relación absurda, pues ni a él ni a mí nos enriquece este contacto. Cuando pienso en ello, concluyo que se trata de una especie de fidelidad al pasado. Pero también creo que hay en estos encuentros una suerte de necesidad de vigilar cómo envejece el

otro, lo que constituye un modo de vigilar cómo envejece uno.

Me encontré con él —decía— antes del verano y almorzamos juntos en el restaurante donde solemos encontrarnos. La comida discurrió de acuerdo al guión habitual hasta llegar a los postres, donde me preguntó si escuchaba a un locutor de radio que dirige un programa de gran audiencia. Le dije que sí y me preguntó si no me había dado cuenta de que le imitaba.

—¿Cómo que te imita? —dije.

—Pues eso, que me imita, que habla como yo. No me digas que no te has dado cuenta.

—Pues la verdad es que no —respondí algo confuso.

A los dos días de este encuentro, mi amigo me telefoneó para preguntarme si me había fijado. Le dije que sí, que me había fijado, pero que no lograba ver la semejanza entre uno y otro, lo que pareció disgustarle. Colgó tras insinuar que no le decía la verdad. Supe más tarde

que un día esperó al conocido locutor a la puerta de la radio para reprocharle que imitara su manera de hablar. Más tarde lo denunció en comisaría y luego empezó a enviarle cartas amenazantes. Mi amigo fue finalmente detenido y sometido a un examen psiquiátrico. Ahora está a tratamiento. Su mujer, con la que hablo regularmente, me dice que la obsesión se ha extendido a otros locutores, también de la televisión. Está empeñado en que todo el mundo imita sus inflexiones, sus giros verbales, su pronunciación. Lo más probable es que no podamos volver a comer juntos. No hay final bueno.

Todo era irreal

La mayor parte de la realidad es invisible, se dijo Manolo Gómez al salir de su casa, dejando dentro a una esposa, dos hijos adolescentes y un gato que constituían la parte evidente de su existencia. Coincidió en el ascensor con un vecino, también visible y, en el portal, con la portera que, además de visible, era opaca. Y es que había categorías de visibilidad, o grados de transparencia. No todos los bultos que componían el mundo pesaban lo mismo ni ocupaban el mismo espacio. Los había livianos y graves, luminosos y oscuros, turbios y limpios, groseros o frágiles. Los edificios, en una jornada de sol como aquélla,

parecían flotar. Hay días en los que las ciudades flotan, como si estuvieran construidas en el espacio, o como si fueran el resultado de un espejismo. A medida que avanzaba por la calle irreal, él mismo iba adquiriendo una calidad fantasmal, como si los músculos y el estómago y la digestión, hasta hace un momento tan reales, hubieran adquirido una calidad alucinatoria. Entonces sacó el móvil —un instrumento mágico evidentemente— y telefoneó a la oficina. Dijo que le había surgido un problema y que llegaría tarde. Después, desde el mismo móvil con el que había llamado a la oficina, telefoneó a su amante y le dijo: «Allá voy, mi amor, no te levantes de la cama.» Le pareció extraña, aunque sorprendentemente económica, la idea de que se pudiera utilizar el mismo móvil para tareas tan distintas. Lo normal es que hubiera un móvil para mentir y otro para decir la verdad y uno más para emergencias sanitarias y otro para

telefonar a la familia...

Su amante le esperaba en un apartamento cercano que él mismo había alquilado al poco de que se conocieran. Normalmente quedaban allí los martes y los jueves, después de comer, que era una hora muerta, de la que nadie te pedía cuentas, una hora en la que te volvías invisible para la realidad y la realidad se volvía invisible para ti. Una hora en la que te morías, literalmente, para resucitar a media tarde sin que nadie te preguntara qué habías hecho o dónde habías estado. Pero a veces, su amante, que era partidaria de las sorpresas, le enviaba al móvil una llamada perdida con la que quería decir que le esperaba en el apartamento, que se inventara algo para no ir a la oficina, o para salir de ella, porque estaba allí, esperándole, en celo, contando los segundos que tardaba en llegar, excitándose con cada ruido que escuchaba en la escalera, muriéndose de ganas por verle y devorarlo y

desdevorarle para volvérselo a comer. Las llamadas perdidas eran una clave de adolescente, lo sabía por sus hijos, pero es que él había recuperado algo de la adolescencia desde que tenía una amante y un lugar secreto en el que encontrarse con ella.

A medida que se acercaba al apartamento, notaba que iba volviéndose invisible. El proceso comenzaba en las piernas, que de repente parecían perder masa, y desde allí iba ascendiendo a lo largo del cuerpo hasta alcanzar el cuello y la cabeza. Cuando llegaba al portal de la casa donde se encontraba el apartamento, era ya completamente invisible. Lo abría con su llave invisible y subía de dos en dos las escaleras invisibles (para tres pisos invisibles no valía la pena tomar el ascensor invisible). Le abría la puerta su amante invisible y entraba en un espacio en el que todo, desde las puertas a las mesas, era invisible. Nadie le encontraría allí. Para que nadie pudiese telefonarle

desde la zona visible de la existencia, apagaba el móvil, que era un intermediario entre las dos realidades. En cuanto a su amante, también era invisible, pero ellos podían verse como se ven dos seres microscópicos. Entonces se quitaban el uno al otro las ropas invisibles y se penetraban con furia hasta no saber de quién era la lengua de cada uno ni el brazo de cada uno ni la cabeza de cada uno. A veces, él tenía la impresión de que regresaba a casa, o a la oficina, con la cabeza de ella sobre su cuello. Pero nadie, misteriosamente, advertía el cambio.

El encuentro de aquel día no fue distinto a los demás. Pero sucedió algo que no estaba en el programa y es que al salir del apartamento no logró recuperar la visibilidad, no toda al menos. Llegó, pues, a la oficina invisible y salió invisible de ella. Luego, en casa, le sucedió lo mismo. No es que su mujer, los hijos y el gato no le vieran, no era eso, sino que le

miraban como si fuera transparente. Durante las primeras horas, pensó que se trataba de una percepción suya provocada por el sentimiento de culpa. Pero el proceso de invisibilidad continuó hasta que un día se levantó de la cama advirtiéndolo que era completamente ignorado por los suyos. Al mismo tiempo, su amante se convirtió en una persona visible, incluso opaca, de modo que, tras divorciarse de su esposa, se casó con ella. Ahora está buscando otra relación invisible.

Tú eres tú

No sé si recuerdan ustedes aquel momento de la película *El show de Truman* en la que el protagonista se da cuenta de que todo lo que sucede a su alrededor obedece a unas pautas que se repiten casi milimétricamente cada día. El hombre sale de casa, va hasta su coche, aparca, se cruza con gente que le saluda y a la que le saluda y de súbito, como en una iluminación, descubre la calidad de cartón piedra de la realidad. Es un instante que pone los pelos de punta, quizá porque remite a una experiencia más extendida de lo que creemos. Tal vez usted mismo ha tenido alguna mañana, al levantarse de la cama, una sensación

parecida, pues sólo nos puede emocionar lo que, en un grado u otro, hemos experimentado en nuestra piel. En cualquier caso, lo cierto es que la repetición de los gestos cotidianos, que proporciona tanta tranquilidad, puede (si modificamos la mirada sobre ellos) producirnos inquietud.

En otras palabras, está bien que al salir de casa coincidamos en el ascensor con el vecino del cuarto; que luego veamos al portero retirando el cubo de la basura; que más tarde, en la cola del autobús, esté esa chica que lleva una muleta; que, ya en la oficina, tropecemos, frente a la máquina del café, con el jefe de contabilidad; que la jornada de hoy, en fin, resulte como la de ayer. Todo ello quiere decir que el mundo continúa funcionando de acuerdo a nuestras expectativas y en función de lo que hemos planificado para nosotros y para los nuestros. Pero basta que alteremos un poco ese punto de vista para sentir el

espanto del personaje principal de *El show de Truman*. ¿Y si todo fuera una representación? ¿Y si el mundo hubiera conspirado para que yo no me diera cuenta de que la vida es una especie de programa de ordenador con el que juegan los extraterrestres?

Hay días en los que si levantas una esquina de la realidad, descubres todas sus costuras, revelándose así su condición de decorado. Sucede especialmente los días de calma chicha, esas jornadas en las que amanece gratuitamente relajado, como si te hubieras tomado la víspera un ansiolítico (a lo mejor te lo has tomado). Te incorporas de la cama extrañamente tranquilo. Haces las cosas que se hacen en el baño. Colocas la cafetera sobre la llama de gas o sobre la placa de vitrocerámica, destapas la caja de galletas... Por alguna razón, eres consciente de cada uno de esos movimientos, cuya armonía te llama la

atención. Todo funciona tal como esperabas, tal como decía el folleto de instrucciones de la existencia, que está hecho, por cierto, a imagen y semejanza del manual de instrucciones del microondas.

Luego sacas al perro y te cruzas con los que a esa hora pasean al suyo. El quiosquero está colocando los periódicos con el mismo gesto, y quizá la misma camisa, que los colocaba ayer y anteayer. La prensa, por su parte, dice lo de siempre. No hay nada que no hayas visto todos y cada uno de los días de tu existencia desde que vives en este barrio, pero por alguna razón inexplicable hoy asistes a esa puesta en escena desde una especie de campana de cristal que te aísla de lo que ves sin impedir que lo veas. Hay en el ambiente una especie de silencio sordo, de atmósfera budista. En esos instantes puedes sentirte enormemente arropado por el decorado. La vida funciona como un reloj japonés.

Dentro de un año me ascenderán en la empresa, mi hijo comenzará la carrera, cambiaré de coche, el banco me concederá un crédito. Doy gracias a Dios por haberme ayudado a crear esta monotonía protectora.

De acuerdo, sí. Yo mismo he cantado con frecuencia a la rutina. En los países sin rutina no hay Estado y en los países sin Estado la inflación es altísima. El problema de la rutina es que no nos libra del espanto. Eso que da tranquilidad provoca también agotamiento, cuando no horror. Es puro *show* de Truman. De súbito, te ves halagando las virtudes de los cereales del desayuno como si estuvieras dentro de un anuncio. El problema es que no sabes quién paga esa publicidad, ni quién filma el *spot*, ni de qué *casting* has salido tú.

Perdonen toda esta digresión, pero es que acabo de enterarme de la existencia de un síndrome (el de Capgras) que

consiste en creer que quienes te rodean son en realidad dobles de las personas con las que habitualmente te relacionas. El vecino no es el vecino, el portero no es el portero, la chica de la cola del autobús no es la chica de la cola del autobús... Quizá tú no seas tú, sino alguien que se hace pasar por ti. Este síndrome tiene un tratamiento que te devuelve a la creencia de que el vecino es el vecino; el portero, el portero; la chica del autobús, la chica del autobús. Con un poco de suerte puedes llegar a creer incluso que tú eres tú.

Un mentiroso

Un tipo, en el restaurante, alababa la silueta de su compañero de mesa.

—Estás estupendo, de verdad. ¿Cómo consigues mantenerte?

—Por odio a mi mujer —respondía el interpelado—. Cada día está más gorda y cada día se lamenta más de ello. Me he comprado un peso para el cuarto de baño. Cuando salgo de la ducha diciendo que he adelgazado cien gramos, le amargo el día, je, je.

El tipo tenía pinta de jefe de departamento. Me pareció que llevaba un peluquín, pero no estoy seguro. Hay cabellos que acaban adquiriendo la textura de una prótesis, del mismo modo

que hay labios que parecen operados sin haber pasado por el quirófano. El tipo delgado presumía, además, de haber dejado de fumar. Su compañero de mesa le preguntaba cómo.

—También gracias a mi mujer —respondía—. Vi que ella era incapaz de dejarlo, aunque lo deseaba, y me apeteció darle una lección. Ahora, cada vez que enciende un cigarrillo la miro con lástima y la pobre lo pasa fatal. A veces, se esconde para fumar, pero siempre me las arreglo para sorprenderla.

Empecé a imaginarme a la esposa del susodicho y me excité: una mujer que fumaba con culpa, que comía sin desearlo... Quizá vivía también a su pesar. Esa mujer y yo, me dije, somos almas gemelas.

—Lo mejor —añadió el hombre delgado— es que he comenzado a escribir poesías gracias también a mi mujer. Un día, habiendo gente en casa, comentó que no entendía la poesía, que

sólo era capaz de leer novelas. Esa noche me puse a ello y me salieron unos versos que presenté a los juegos florales. Y los gané.

Una mujer gorda que fumaba y que no entendía la poesía, como Platón. Aquello era demasiado. Habría dado cualquier cosa por conocerla en ese mismo instante.

—Me voy —dijo el poeta—, he quedado con ella, con mi mujer, para ir al cine y no soporta que sea puntual, porque ella siempre llega con diez o quince minutos de retraso.

Pedí la cuenta y le seguí. Pero todo era mentira, porque se metió en un cine cualquiera, más solo que la una, y se pasó la película durmiendo.

Fantástico

Al abrir la ventana, ha salido volando un pájaro al que he seguido con la vista. En medio de esta operación ha ocurrido algo que me ha hecho comprender que el pájaro volaba dentro de mi cabeza, o de mi mente, que es más grande que mi cabeza. No quiero decir con esto que el pájaro no estuviera fuera, sino que lo que llamamos ver es, en cierto modo, reflejar. El pájaro huía dentro de mí como hubiera huido dentro de un espejo, si allí hubiera habido un espejo. A partir de ese instante, la realidad cobró una rara calidad alucinatoria. El agua de la ducha, el lavabo, el bidé, el retrete, todo eso que pasaba fuera ocurría inmediatamente

dentro, al modo de un eco. Yo mismo era un eco. Cuando me miré en el espejo, comprendí que yo estaba dentro de mí afeitándome, peinándome, cepillándome los dientes. Durante el resto del día, en la calle, en la oficina, en el restaurante, tenía la impresión de moverme por el interior de mí mismo porque todo estaba dentro a la manera de una alucinación. Recordé una escena de un programa infantil de la tele en el que un muñeco animado intentaba explicar al público la diferencia entre dentro y fuera. Ahora estoy dentro; ahora estoy fuera, decía saliendo y entrando de un recipiente. Lo repitieron muchas veces, lo que me tendría que haber hecho sospechar que la diferencia entre una cosa y otra no está nada clara. Eso sin contar con que para estar dentro de una cosa has de estar fuera de otra.

Yo estuve todo el día dentro de mí. Y dentro de mí estaban las calles y los semáforos y los automóviles. Por cierto, que un motorista chocó con la

parte trasera de un taxi y salió volando por encima del coche, cayendo de espaldas sobre el asfalto, al otro lado. Un ejército de gente lo socorrió dentro de mí. Cuando se levantó, di la vuelta y seguí mi camino por el interior de mí mismo, recorriendo las calles que dentro de mi cabeza me conducían a casa. ¿Y los ciegos, dirán algunos, están dentro o fuera? Los ciegos están, si cabe, más dentro de sí mismos que nosotros. Mira con qué agilidad se mueven, gracias a la punta del bastón, por el interior de su cabeza, y por el de la nuestra, que quizá sean la misma. Todo es fantástico.

Ratas y zapatos

Esa mancha de la pared, que al acercar la mano resulta ser un moscardón, te da un susto de muerte, igual que esa pierna que empujas con violencia fuera de la cama y resulta ser la tuya. En el campo, a veces, vas a coger una hierba del suelo para ponértela entre los labios y de repente se convierte en un animal, con sus pros y sus contras, que diría mi madre. Eso es el terror: que lo que parece una cosa sea otra. Me he acordado de mi madre, y del terror, porque hoy mismo, sobre las cuatro de la madrugada, oí unos arañazos en la puerta y fui a ver qué pasaba. Abrí y era ella.

—Pero qué haces aquí, mamá, si estás

muerta.

—No cierres, que viene tu padre —
respondió.

Mi padre también está muerto. Murió al poco de quedarse viudo porque le parecía inconcebible. Pasó, pues, mi padre, y cuando ya iba a cerrar vi otra sombra.

—No cierres que viene también Carmencita Martínez Bordiú. Carmencita venía viva, pero de cuerpo presente, o de *corpore insepulto*.

Dicen que es un efecto secundario de la cirugía estética. Te quitan las arrugas a base de *rigor mortis*. Cuantas más arrugas te quitan, más rigor te ponen. Carmencita venía muy rigurosa. Detrás de su máscara, pude ver una anciana de El Bosco. Daba miedo. Me dio más miedo ella, viva, que mis padres muertos.

Mi madre adora a Carmencita de toda la vida, si todavía puedo utilizar esa expresión, y estaba enfadada conmigo

por haberme referido irónicamente a su condición de escritora en un artículo. Quería que le pidiera disculpas. Yo tenía miedo de que se despertara mi mujer, que no traga a mi madre, de modo que me disculpé para que se fueran enseguida, pero no fue suficiente. Mi padre hizo un gesto de paciencia desde su insignificancia.

—Confiesa la verdad —dijo mi madre—. Di que tienes envidia de que el libro de Carmencita se entienda mejor que los tuyos.

—Se entiende mejor porque no dice nada —respondí—. Lo difícil es que te entiendan cuando dices algo.

Entonces alargó la mano y me dio un bofetón inmaterial.

—Ahora confiesa que tienes envidia de lo bien que se maneja en las entrevistas. ¿Has visto con qué elegancia sale de las preguntas sobre el generalísimo?

—¿Qué dice cuando le preguntan sobre el generalísimo?

—Díselo tú, Carmencita.

—Digo que para mí Franco no era más que

—Subjetividad por subjetividad,
comprenderás que para mí sólo fuera un
imbécil —dije yo.

Papá puso cara de este chico no
tiene remedio y mi madre dio un
bufido. Mi mujer preguntó desde el
dormitorio:

—¿Con quién hablas?

—Con Carmencita Martínez Bordiú —
dije, porque mi mujer odia a mi madre.

—Por eso detesto la democracia
burguesa esta de los cojones —añadió
Carmencita—, por la libertad de
expresión.

—Pues te jorobas —dije yo.

—No estoy dispuesta a seguir oyendo
estas cosas —dijo mi madre muy
ofendida. Y se puso debajo del brazo el
bolsito en forma de ataúd con el que había
entrado. Antes de salir, mi padre me
dio un beso emocionante. En vida no me
besaba nunca.

Volví a la cama y le dije a mi mujer que ya se había ido Carmencita, pero creo que estaba profundamente dormida y no se enteró. Yo me quedé despierto reflexionando, como es lógico, sobre la cirugía estética. Las ancianas que se ocultan detrás de esas cicatrices invisibles no son las ancianas normales que ves por la calle. Una vieja es una vieja como una rosa es una rosa. Y las hay agradables y desagradables, como las jóvenes, pero una vieja oculta tras una máscara de cirugía estética es igual que esa mancha que vas a quitar de la pared y resulta ser un moscardón, o esa hierba que resulta ser un animal, con sus pros y sus contras. El terror se da cuando metes la mano debajo de la cama para coger un zapato y coges una rata. Durante esa fracción de segundo en la que no estás seguro de lo que tienes en la mano, se produce una descarga de pánico que puede ponerte el pelo blanco. Dejen de sacar a Carmen Martínez

Bordiú de debajo de la cama. No es un zapato. Gracias.

El efecto cadera

Nuestra abuela se rompió una cadera al caerse, eso es lo que creíamos nosotros, pero llegó el médico y dijo que había sucedido justamente lo contrario: se había caído al rompersele una cadera. Las relaciones causa- efecto son engañosas. Basta cambiar el orden de los hechos para que la realidad se ponga patas arriba. Mi abuela estaba de pie, frente a su tocador. Entonces, el peso de su cuerpo quebró un hueso y la pobre fue a parar al suelo. Ahora bien, si uno se encuentra a su abuela en el suelo, con la cadera rota, lo único que piensa es que la caída ha sido la causante de la rotura y no al revés.

Seguramente, la vida diaria está llena de pequeños acontecimientos cuyos efectos se confunden con sus causas. El médico nos explicó que los ancianos tienen la cadera de cristal, de modo que no es raro que se les rompa por el simple hecho de permanecer de pie. Lo de la cadera de cristal me llamó la atención. Mi abuela se había ido convirtiendo en una anciana translúcida. Yo la había comparado muchas veces con un conjunto de varillas de vidrio. Daba miedo trasladarla de la cama al sofá, por si se «rompía». Nunca pensé que lo de «romperse» fuera algo más que una imagen.

Y se murió a causa de la rotura, si el médico no dice lo contrario. Cuando volvíamos de enterrarla, pensé que me había dado la mejor lección de filosofía de mi vida. A partir de la cadera de mi abuela me acostumbré a ponerlo todo en cuestión. ¿Estaba triste porque me había

abandonado mi mujer o mi mujer me había abandonado porque estaba triste? El «efecto cadera» guarda alguna relación con el «círculo vicioso», pero son cosas diferentes. Lo importante del efecto cadera es que comporta un error de percepción: una ilusión óptica. Las cosas suceden en el orden contrario al que tú las aprecias.

Los seres humanos estamos acostumbrados a que las cosas ocurran unas después de otras. Toda nuestra cultura está montada sobre esa idea que se va al carajo cuando a tu abuela se le rompe una cadera y va a dar al suelo con sus huesos. Ese día, como si dijéramos, pierdes la inocencia. Empiezas a dudar de todo. ¿Y si las cosas no sucedieran unas detrás de otras o no al menos en el orden que nos dicen? Un día, en el colegio, me preguntaron el alfabeto y lo recité al revés porque tenía una suerte de dislexia que me obligaba a estudiar de atrás hacia delante. No me comí una

sola letra, pero el profesor me puso un cero por introducir en la clase una cantidad de desorden que él consideró excesiva. La educación no sólo consiste en aprender cosas, sino en colocarlas en fila. Primero las más altas y después las más bajas, o al revés. Yo, pese a mi dislexia incipiente, habría sido un tipo normal de no ser por la cadera de mi abuela, que me convirtió en un individuo desconfiado. Que en paz descanse.

Espacios respirables

Dos chicas discutían en la mesa de al lado. Una aseguraba que cabían más cosas en la realidad que en el interior de la cabeza. La otra, que cabían más cosas en el interior de la cabeza que en la realidad. Una llevaba el pelo largo. La otra, corto.

—Pero si es que no tienes más que abrir los ojos para ver que la realidad está llena de cosas —dijo la del pelo largo—. Fíjate, aquí mismo: la mesa, nosotras dos, las sillas, las botellas de Coca-Cola, el servilletero, lleno de servilletas, el donut, tu paquete de tabaco, tu mechero, tu pinza para el pelo, tu cuaderno, el mío, los bolígrafos...

—No sigas —cortó la del pelo corto—, todo esto cabe también dentro de mi cabeza. De hecho está dentro de mi cabeza. Tengo dentro cualquier cosa que seas capaz de mencionar. ¿Quieres un ornitorrinco?, tengo varios en mi cerebro. ¿Quieres una vaca?, hay manadas enteras de vacas trotando entre las paredes de mi bóveda craneal.

—¿Y adónde van? —preguntó la otra.

—¿Cómo que adónde van? A ningún sitio. No necesitan ir a un lugar concreto para existir. Por cierto, que levantan una polvareda increíble. Parece niebla, pero es polvo.

—¿Y no hay ningún vaquero?

—Hay varios. Trotan también con sus caballos alrededor de las vacas. Llevan lazos y látigos en las manos. A uno se le acaba de caer el sombrero, pero lo recoge sin necesidad de desmontar, agachándose al pasar al trote junto a él.

—La verdad —concedió la chica del pelo largo—, es que es alucinante que

dentro de una cabeza quepa una ganadería entera.

—Y eso —apuntó la otra— que tanto las vacas como los hombres tienen un tamaño normal, no son diminutos como cabría esperar.

—Pues es un misterio.

—¿Cabén o no caben más cosas en la cabeza que en la realidad?

—Me rindo, llevabas tú razón. La realidad es más pequeña que un ascensor.

De súbito, sentí un ataque de claustrofobia, de modo que cerré los ojos y huyendo de la realidad mezquina me metí dentro de la cabeza, donde había espacios amplios, respirables.

La radio fantasma

Se me estropeó uno de los auriculares —el derecho— del transistor que utilizo para pasear por el parque. Casi hubiera preferido que se me estropearan los dos, por respeto a la simetría. Durante varios días escuché la radio por una sola oreja —la izquierda—, a la espera de que sucediera algo que cerrara el círculo. Y sucedió, pero no en la forma en que yo lo había previsto, pues en vez de averiarse también el auricular izquierdo, se estropeó la parte izquierda del cuerpo de mi perro, que sufrió una especie de hemiplejía. Llevé al animal al veterinario temiéndome lo peor, pero la cosa no era grave. Se le había metido por la oreja

una espiga que produjo daños allí donde reside el sentido del equilibrio. Una pequeña intervención, antibióticos, antiinflamatorios y en cuatro días —me dijeron— como nuevo. Llegué a casa pensando que si la hemiplejía del perro tenía arreglo, quizá la de los auriculares de la radio también. Me puse pues a manipular el aparato, deshice un nudo que había en el cable, y de cuya existencia no me había dado cuenta, y comenzó a funcionar. Las cosas se habían estropeado simétricamente y se arreglaban simétricamente también. Había un orden en el mundo, había un equilibrio que quizá no percibamos, pero que se manifiesta en peripecias de la vida cotidiana como la que acabo de describir. Basta permanecer un poco atento para darse cuenta.

Al día siguiente salí a pasear sin el perro, que se encontraba convaleciente. Como si esa ausencia precisara de otra que cerrara el círculo, se me olvidó coger

la radio. Lo curioso es que no me di cuenta hasta la mitad del paseo. Y no me di cuenta porque, pese a no llevarla, la escuchaba, como todos los días. Se trataba de una radio fantasma, desde luego, pero daba las noticias y emitía las tertulias con la misma eficacia que la real. De hecho, hasta el momento de advertir que no llevaba radio, me sentí

perfectamente informado. Lo curioso, con todo, es que en ese mismo instante me di cuenta también de que durante todo el paseo había estado tirando de mí un perro fantasma idéntico al mío. De hecho, había paseado de acuerdo a su ritmo y a sus hábitos. Una vez más, se cerraba el círculo. Todo es muy raro.

La Asociación de Amigos

de la Claustrofobia

Me dijo el redactor jefe que pensara algún tema ligero, refrescante, que la gente acaba de volver de vacaciones y bastantes problemas tiene ya con la tarjeta de crédito. Me fui a dar una vuelta y les pregunté a los vendedores de helados que qué tal les iba, cuántos polos vendían y tonterías así, pero no veía el modo de escribir un artículo con eso. Entonces se me ocurrió mirar las *páginas amarillas*, porque cuando no se me ocurre nada miro las *páginas amarillas*, que tienen de todo, y encontré el teléfono de una cosa que se llamaba Asociación de Amigos de la Claustrofobia. Llamé, dije que quería escribir algo sobre ellos y me

citaron en sus oficinas, situadas en el sótano de un edificio viejo de la Costanilla de los Ángeles.

—¿Cómo se les ocurrió crear esta asociación? —empecé.

—Bueno, no fue fácil, en Madrid hay ya asociaciones para todos los gustos: Los Amigos de la Capa, Los Gordos Satisfechos, las Sudacas Reunidas, los Partidarios de la Psicomotricidad, los Afectados por el Trastorno de Pánico con Síndrome de Agorafobia, etcétera. Se trataba de llenar un hueco, y después de mirar lo que había y lo que no había, se nos ocurrió crear la Asociación de Amigos de la Claustrofobia. Ya estamos inscritos en el Registro de Asociaciones del Ministerio, pero todavía no recibimos ninguna subvención.

El sótano no tenía ventanas y, aparte de la puerta de entrada, sólo vi una especie de gatera de la altura de un hombre de estatura normal, aunque con las piernas amputadas.

—¿Adónde da eso? —pregunté.

—A una alcantarilla. Hay gente que lo pasa muy mal dentro de las alcantarillas. Lo usamos para distinguir al claustrofóbico de nacimiento del vicioso. La claustrofobia, según los últimos estudios, es genética y hereditaria; también se puede adquirir a lo largo de la vida, pero entonces se trata de una desviación, y nosotros no queremos gente desviada en nuestra asociación, sobre todo ahora que estamos a punto de recibir el respaldo de la CE, reconocimiento que lleva aparejada una subvención importante. Ya ve, estas oficinas tienen muchas carencias, y sólo sobrevivimos con las cuotas de nuestros afiliados.

—¿Qué harán si consiguen una subvención?

—Nos instalaremos dentro de una caja fuerte.

—¿Qué clase de actividades promueven?

—Todas nuestras actividades son claustrofóbicas. Como sabe, el verdadero

claustrofóbico odia los espacios cerrados, pero al mismo tiempo no puede vivir sin ellos. Yo, por ejemplo, lo paso fatal en esta oficina tan cerrada, que al mediodía alcanza los 40°, pero cuando salgo a la calle a tomar un poco de aire me asfixio enseguida, y tengo que volver corriendo.

—A lo mejor —aventuré— es que es agorafóbico.

—Mire usted —contestó irritado—, los agorafóbicos son unos farsantes. La agorafobia no existe; es más, los verdaderos agorafóbicos de lo que padecen en realidad es de claustrofobia, lo que pasa es que alguien, a lo mejor con buena intención, quizá para curarlos, les ha metido en la cabeza que lo que no soportan en realidad son los espacios abiertos. El agorafóbico, en fin, es un claustrofóbico disfrazado. ¿Por qué se cree que los agorafóbicos se pasan el día dentro de casa? Pues, por eso, porque son claustrofóbicos. El claustrofóbico, a ver si lo entiende, odia los espacios cerrados,

porque no puede vivir sin ellos, del mismo modo que el alcohólico o el drogadicto odian el alcohol o las drogas, por eso, porque dependen demasiado de ellas. Odiamos todo aquello sin lo cual no podemos vivir porque el sueño del hombre es ser independiente.

Le conté la historia al redactor jefe, pero no le pareció refrescante, así que me ha encerrado en el cuarto de erratas de la redacción, que es muy oscuro. Lo curioso es que, aunque paso mucho miedo, creo que ya no podría vivir en otro sitio.

Los números

Dado que mis padres se separaron al poco de que yo me independizara, pensé que quizá no lo habían hecho antes para evitarme los sufrimientos que se atribuyen a los hijos de las parejas divorciadas. Pero a mí la idea de que hubieran permanecido unidos sin quererse durante todos aquellos años me quitaba el sueño. «Lo normal es que los hijos se culpen de que los padres se separen, no de que hayan vivido juntos», me dijo un psicólogo, aportando al caso abundante documentación. Pero a mí todo lo normal me parece muy raro, así que no me ayudó gran cosa.

Por las noches me quedaba despierto

hasta las tantas, dándole vueltas al asunto, obsesionado con la idea de que los momentos de dicha familiar que guardaba en mi memoria hubieran sido un espejismo. Y es que si aplicaba ahora la lupa a las cenas navideñas de la infancia no me costaba advertir en sus rostros gestos de desesperación. Qué espanto, pensaba, que toda aquella felicidad se convirtiera de súbito, como el día de Reyes, en una mentira. Comencé, pues, a pedirles por teléfono que se reconciliaran, pero ellos decían que no estaban enfadados y que me metiera en mis asuntos. Mamá era más dura. Papá no solía colgarme, pero iba y venía del aparato masticando cosas mientras yo hablaba al vacío.

Entonces pensé que mezclando sus números telefónicos obtendría, lógicamente, el de un abonado que fuera la suma de los dos, y de este modo se mantendrían unidos incluso a su pesar. Así lo hice. Luego llamé al

número resultante y salió un *sex-shop* de Londres. Me pareció raro que se hubieran ido tan lejos, y para dirigir un negocio de esa naturaleza, pero dijeron que se encontraban bien y me invitaron a visitarles para comenzar una nueva vida juntos, esta vez en inglés. Con buena voluntad, todo se arregla.

Fuera de mí

Estoy lejos de casa por razones de trabajo. Gracias a un programa informático y a las cámaras que he dispuesto en las habitaciones, puedo entrar en ella desde mi portátil. Visitar de este modo clandestino mi propio salón es como penetrar dentro de mi cráneo a espaldas de mí mismo. Mis ideas o mis obsesiones (no es fácil distinguir las unas de las otras) son mis muebles, mis libros, mi chimenea y los objetos repartidos por aquí o por allá. Quiere decirse que mis ideas no son mías, puesto que toda la vivienda está equipada con muebles de Ikea. Nunca había visto con tanta claridad que, más que pensar, soy

pensado, y por un empresario sueco para más extrañeza, pues jamás he visitado aquel país. ¡De qué sitios tan raros nos vienen las ideas que tomamos por nuestras! En esto, aparece una sombra y, enseguida, el cuerpo que la proyecta. Se trata de una amiga a la que he pedido que vaya de vez en cuando a echar un vistazo y a regar las plantas. Ella no sabe que me conecto desde la habitación de un hotel, no sabe que la observo. Por alguna razón incomprensible, tras quedarse en bragas y sujetador, recorre el salón manoseando mis libros, mis objetos, mis muebles, mis ideas en fin. Pero también ella, pienso, es una idea mía (quizá una obsesión), yo mismo le facilité las llaves del piso. Sabía que las mujeres se paseaban desnudas por el interior de mi cráneo, pero no de mi piso. Compruebo con perplejidad que tengo pocas ideas, y todas de una pobreza extrema. Mi amiga no es sueca, es extremeña, pero encaja bien con los muebles de Ikea. Ahora se ha

sentado en el sofá que yo mismo armé con la paciencia del que arma un sistema filosófico y ha encendido mi televisión holandesa (una Philips). Empieza a masturbarse, de modo que salgo a cien por hora de mi propio cráneo (¿o era mi piso?) y me quedo en suspenso, como fuera de mí.

Las tardes muertas

Uno siempre pensó que había más muertos que vivos, que los muertos eran una especie de océano, mientras que los vivos apenas superábamos el tamaño de una charca. Había un cierto consuelo en el hecho de que al morir ingresabas por fin en algún tipo de mayoría. Pero he echado cuentas y creo que estaba equivocado; es posible que los muertos hayan sido, hasta ahora al menos, minoría respecto a los vivos. Quizá en los últimos tiempos, con el crecimiento desmesurado de la población, hayamos comenzado a igualarnos. Lo único seguro es que los muertos, siendo muchos o pocos, mandan más que los

vivos. No ha habido cultura en la que no se les consultara a la hora de tomar decisiones importantes. Lo curioso es que respondían. Los muertos casi siempre responden.

Tengo un amigo que llevaba veinte años escribiendo una novela. El año pasado, por estas fechas, falleció su madre. Tras el funeral, mi amigo se puso a escribir de forma disciplinada y ayer mismo me entregó el original, por si me apetecía leerlo.

— ¿Para quién has escrito esta novela?

— Para mi madre.

Mientras su madre estuvo viva, no la obedeció en nada. Pero la noche de su defunción se le apareció en sueños y le ordenó que terminara ese libro al que llevaba media vida dando vueltas. La novela es mala, pero eso no significa nada a los efectos que estamos discutiendo. Aquí hablábamos de la influencia de unos sobre otros y lo que queda demostrado es que los muertos

influyen más en los vivos que al revés.

Todo esto me ha hecho pensar en las tardes muertas. No he llevado una contabilidad muy precisa, pero creo que en mi vida hay más tardes muertas que vivas. Dada mi edad, me sobra perspectiva para saber cuáles han sido realmente importantes. Y las importantes son las tardes muertas. Ellas han preñado a las vivas. Las tardes vivas, sin el consejo de las tardes muertas, habrían sido tardes desastrosas, tardes zombis, por entendernos. Qué raro es todo, cada día más.

En marcha

¿No ha tenido usted nunca la sensación de haber sido expulsado de su vida como cuando nos apeamos accidentalmente del autobús en la parada que no es? El autobús o la vida siguen su marcha, alejándose de nosotros, que los perdemos de vista cuando doblan la esquina. Continúan existiendo, pero en una dimensión lejana, en la que atraviesan calles o plazas que quedan fuera ya de nuestro alcance. ¿Y nosotros? ¿Qué hacer cuando uno se queda fuera de su propia vida? Hay quien se atiborra de ansiolíticos o somníferos. Hay quien se entrega al alcohol. Hay quien se dedica a hacer dinero... Todo ello para acostarse

zombi, levantarse zombi y pasar el día zombi. De ese modo, no echas tanto de menos la vida de la que has sido expulsado (o de la que te has caído, o que has abandonado en un movimiento entre voluntario y no). Muchos, en un intento de recuperar esa vida, leen los libros o revisan el cine o retoman los hábitos que recuerdan ligados a ella. Pero lo cierto es que, fuera de la propia existencia, todos esos placeres carecen de emoción. Se le caen a uno de la mano las mejores novelas, abandona a medias las películas en otro tiempo más estimulantes, le resultan opacos los paisajes que le hicieron llorar. Los hay que se resignan, aceptando lo ocurrido como una suerte de jubilación anticipada y forzosa, una especie de pequeña muerte a la que tarde o temprano, a base de sofá y telebasura, piensan, se acostumbrarán. Pero la mayoría, me gusta imaginar, espera tenazmente el regreso de esa vida, desde donde quiera que esté, para subirse de

nuevo a ella, y vivirla, en esta oportunidad, con mayor frenesí que antes. La mitad de la gente que vemos bajo las marquesinas callejeras —yo entre ellos— fingiendo esperar al autobús, esperan en realidad que vuelva a pasar su vida por delante para retomarla de nuevo, aunque sea en marcha.

Una queja

No se deben tirar los medicamentos caducados, por si quitaran los dolores de cabeza antiguos. Quienes padecen neuralgias y migrañas saben perfectamente que los sufrimientos pasados permanecen en la memoria como un bulto que a la larga hace más daño que la molestia misma que lo provocó. Las personas con tendencias neurálgicas suelen tener asociados los acontecimientos más importantes de su vida a una cefalea nerviosa. El día en el que uno tenía que opositar a Correos, por ejemplo, amaneció nublado y la frente del opositor también. Antes de meterse en la ducha, ya se había instalado

alrededor de su globo ocular izquierdo un suplicio que le hacía mezclar los temas de geografía con los de historia, los ríos con los montes, la gimnasia con la magnesia. Acudió al examen de todos modos convenientemente forrado de optalidones. Quizá aprobó incluso. Pero nunca dejó de dolerle que el sufrimiento quedara para siempre asociado al éxito.

Volvió a pasarle la noche de su boda. Le despertó a las tres una punzada en la nuca, un destello en medio de la bóveda craneal, como si alguien hubiera encendido violentamente una luz blanca, y supo que le esperaba una jornada de perros. Empezó a medicarse en ese instante, para prevenir, y llegó al altar o al juzgado en estado alucinatorio. De hecho, no tenía constancia de haberse casado, pero los papeles decían que sí y acabó por aceptarlo sin confesarle nunca a su mujer que no recordaba haber acudido a la boda.

Podríamos seguir enumerando

situaciones en las que la felicidad se alía, para el jaquecoso, a la desdicha. Pero son demasiadas. Hasta ahora nos curábamos de aquellas migrañas antiguas (lo que era tanto como rectificar el pasado) con medicinas caducadas, que en buena lógica deberían actuar

sobre los dolores prescritos. Pero nos acaban de decir que el 90% de las medicinas sigue siendo eficaz después de su fecha de caducidad, pues ésta se basa tanto en criterios científicos como comerciales. En otras palabras, que nos han devuelto de golpe todas las cefalalgias antiguas sin quitarnos las actuales. ¿Tienen las organizaciones de consumidores un departamento de quejas retroactivas?

Viva el sentido

No siempre se me ocurren cosas inútiles. A veces, en medio de la noche, me atacan ideas industriales, proyectos que, de llevarse a la práctica, producirían pingües beneficios (¿acaso hay un beneficio que no sea pingüe?) al empresario que se atreviera a llevarlos adelante. La Brigada del Sentido, por ejemplo. Estaría compuesta por un grupo de personas especializado, como su nombre indica, en producir sentido. Imaginemos que se encuentra usted un sábado por la tarde en casa, hundido en la miseria porque ha comprendido al fin que su vida es absurda. No tendría más que llamarnos para resolver el problema.

¿Cómo? Ése es nuestro secreto, aunque podemos adelantarles que la base del sentido es la misma que la del sinsentido.

La Brigada del Sentido podría actuar también a requerimiento de instancias gubernamentales. Imaginemos que una realidad nacional descubre de repente que su existencia carece de dirección, de norte. No es que esté mal económicamente, o que le llueva demasiado (o demasiado poco), sino que es incapaz de comprender a dónde se dirige todo ese esfuerzo de crear banderas y ejércitos e himnos patrios. Lo más probable es que no haya ningún país con la capacidad de reflexión suficiente para advertir el terrible vacío que se oculta tras sus símbolos, pero, si lo hubiera, ahí estaríamos nosotros para rellenar la oquedad, de modo que sus ciudadanos se sintieran orgullosos de ser suecos o marroquíes o daneses; de ser noruegos, belgas, alemanes; incluso de ser españoles, andaluces, catalanes o

vascos.

La Brigada del Sentido también actuaría en el ámbito de las grandes corporaciones multinacionales. Si fuera IBM, por poner un ejemplo, la que cayera en el estado de postración característico de quienes no saben para qué hacen las cosas, nosotros se lo recordaríamos. Y quien dice IBM dice Coca-Cola, Adidas, Rolex, Renault, Disney, Telefónica, incluso Repsol YPF, que lleva el desatino en sus entrañas. ¿Que ya existe el teléfono de la esperanza? Hombre, sí, pero no comparen. Nosotros seríamos capaces de generar esperanza en cantidades industriales, en serie. ¿Que la idea es absurda? Desde luego, tan absurda como el sentido, de ahí sus posibilidades.

Plomo

Durante el coloquio, posterior a la conferencia, una señora del público se levantó y dijo con desánimo que había perdido la imaginación. «Ya no soy capaz de fantasear, o no me divierte.» Salí del paso con los recursos habituales, pero su imagen me acompañó durante el viaje de vuelta y las semanas siguientes como un grumo que fui incapaz de diluir en la pasta homogénea de los días. La veía saliendo de la cama, rodeada de objetos y de cuerpos opacos, relacionándose con ellos también de un modo turbio — ahora el desayuno, luego la cena— y se me ponían los pelos de punta. Aquella intervención ingenua amenazaba con

convertirse en una secuencia de terror que no lograba apartar de mi cabeza. A veces, la veía poniendo una música que en otro tiempo le había emocionado, pero que ya no le decía nada, o encendiendo la televisión en busca de programas excitantes, sin que oyera sonar dentro de sí otra cosa que no fueran los jugos digestivos. Uno ha padecido situaciones semejantes, en las que la realidad deviene en un conjunto de bultos sin significados, y sabe lo que es. No se puede vivir así y aquella mujer se había levantado para pedir un auxilio que no podíamos prestarle. «Ya no soy capaz de fantasear.» Le aseguré que a veces el punto de mayor opacidad inaugura el principio de la transparencia. Quería decir que cuando los días se convierten en una corriente de plomo, si uno está atento, puede captar lo que hay de fantástico en medio de tanto mutismo. No se trata de una dimensión mágica ni nada de eso, sino de algo profundamente

irreal, quizá terrible, que anida en el silencio gris que nos constituye. Tal vez es necesario alcanzar el grado de extrañamiento del que esta mujer hablaba para comprenderlo. Pero si uno percibe ese brillo una vez, le acompañará siempre. Suerte.

Un caso de agobio

Una de las cuestiones más misteriosas de este mundo es el agobio. Hay días en los que tienes poco que hacer y sin embargo vas corriendo de un lado a otro, como si temieras llegar tarde a ningún sitio. En cambio, otros días en los que realmente has de resolver mil asuntos, y a horas previamente establecidas, te mueves con una tranquilidad increíble, dedicándole a cada cosa las energías y el tiempo que se merecen, ni un minuto más, ni una gota de sudor de menos. En otras palabras, que el agobio, como la ideología, guarda muy poca relación con las condiciones objetivas. Mi madre estaba deseando no tener que hacer las

camas ni la comida ni dar de comer al canario, pero cuando se murió el canario dejó la jaula en su sitio y le ponía la comida por la noche y se la quitaba por la mañana, como en una versión urbana de Penélope, que tejía durante el día un jersey que destejía por la noche para sentirse agobiada y no para esperar a Ulises, como hizo creer a los críticos literarios.

Más aún: cuando me fui de casa, mi madre venía todos los jueves a mi apartamento con expresión de vivir completamente agobiada y me sacaba la ropa limpia de los cajones para llevársela a su casa y lavarla en su lavadora.

—Pero si está limpia —le decía yo.

—Calla, que yo ya sé lo que me hago.

Y yo me callaba si tenía el día tranquilo, pero si estaba agobiado le echaba la culpa de no tener tiempo para hacer algo completamente irrelevante.

Un día, compré un canario y lo metí en la jaula vacía que había en casa de mi madre, para darle un toque de sentido a

la realidad. Generalmente, si estoy bien conmigo mismo, no me molesta el absurdo, pero cuando me encuentro un poco agobiado no puedo resistirlo y hago cosas horribles, como comprar pájaros para rellenar jaulas o candados para cerrar cajones. Pues bien, mi madre continuó poniendo alpiste de manera mecánica, sin darse cuenta de que ahora había un pájaro en la jaula.

—¿No te has dado cuenta de que hay un pájaro en la jaula? —le pregunté a los quince días, para ver si me daba las gracias por lo menos.

—Pues claro que hay un pájaro en la jaula —respondió—. ¿Te crees que estoy loca? A buenas horas iba a cambiarle el agua todos los días si la jaula estuviera vacía, con la de cosas que hay que hacer en esta casa.

O sea, que de lo que no se había dado cuenta era de que se había muerto el anterior. Vivía la pobre con una presión enorme por las cosas que se imaginaba

que tenía que hacer. Yo soy un poco víctima también de esa tendencia, pero estoy intentando curarme. Por eso no tengo pájaro, aunque he heredado la jaula vacía de mi madre y todos los días he de ponerle de comer a nadie. Qué agobio.

Fantasía y realidad

Hay gente completamente inofensiva que se pasa el día imaginando asesinatos. No es malo. A mí no me duele que piensen en matarme, sino que me maten. Y es que todo se puede pensar, pero no todo se puede hacer. Esa línea que marca la frontera entre la idea y la realidad es también la que separa a los locos de los cuerdos. Cuando uno cree que no existe distinción alguna entre imaginar un secuestro y llevarlo a cabo, es que uno está hecho polvo y debe acudir cuanto antes a un servicio de salud mental para que le ayuden a restablecer los límites entre una cosa y otra. A mí me gusta mucho el ejercicio retórico de confundir la

ficción con la realidad, para jugar a no saber si estoy en este lado o en aquel. Pero se trata, ya digo, de un ejercicio retórico, así que procuro tener siempre un pie en la tierra para no acabar en la cárcel, sobre todo porque las cárceles suelen ser muy reales y no me gusta pasar mucho tiempo seguido en la realidad.

Digo todo esto a propósito de algunas noticias que van apareciendo sobre Internet. Hace poco, por ejemplo, leíamos que un hombre de Nueva Jersey había denunciado a su esposa por mantener una apasionada relación informática con un señor de Carolina del Norte. Entre un sitio y otro hay más de 700 kilómetros de distancia, así que los «amantes» no se habían visto nunca, pero el marido descubrió en el correo electrónico del ordenador doméstico una correspondencia erótica y aquello le pareció un adulterio en toda regla. Quizá lo fuera, pero yo me inclino a pensar que

se trataba de una relación imaginaria. Si los maridos y las esposas tuvieran acceso a los registros cerebrales de sus cónyuges del mismo modo que al correo electrónico de un PC, habría millones de denuncias de ese tipo cada día. El problema de las cosas imaginarias es que aparezcan fuera de la cabeza. Quizá Internet sea una especie de tierra de nadie, es decir, una geografía

situada entre el territorio de la imaginación y el de la realidad, de manera que puede sufrir invasiones de los ejércitos de ambas partes. En cualquier caso, urge darle una definición para que sepamos cuanto antes qué cosas podemos hacer en esa red y cuáles no. No me gustaría terminar en una cárcel de la realidad por culpa de un ejercicio imaginario.

El regreso

Ahora mismo no podría decir si Jean Simmons ha muerto en blanco y negro o en color. No digo que no hiciera películas en color (*Espartaco*, por ejemplo), pero por alguna razón yo recuerdo a esta actriz, a la que adoraba, en blanco y negro. Tuve una duda semejante cuando falleció Jacqueline Kennedy, pues aunque está documentado que expiró en colores, su cadáver acude a mi memoria en todos los matices del gris. Jacqueline también me gustaba mucho, no por sus ideas políticas, ni por sus gustos literarios, ni siquiera por su dinero. Me gustaba mucho por mis obsesiones. Creo que todas mis obsesiones se manifiestan

también en blanco y negro. No reconozco otro sexo ni otra literatura ni otra fotografía que la del blanco y negro.

Cuando entró en casa el primer aparato de televisión en color, yo, misteriosamente, continuaba viéndola en blanco y negro. Fui al oculista y no me encontró nada raro, por lo que pensamos que era psicosomático. Logré verla por primera vez en color un día que había tomado un jarabe para la tos que contenía codeína. De repente, la pantalla se llenó de colores horteras y comprendí que acababa de llegar al infierno, al que uno acaba acostumbrándose, como a todo. Ahora, curiosamente, sólo la vuelvo a ver en blanco y negro cuando tomo codeína (a veces, las mismas medicinas que matan, curan), por lo que me he hecho adicto a esta sustancia de curso legal. No crean que resulta fácil compatibilizar la cultura del blanco y negro con la del color. Quizá hubo una época en la que lo difícil era tener un pie en el cine mudo y otro en el

sonoro. El ser humano es fronterizo: siempre vive en los límites de algo (o de alguien). Y muere allí mismo, en la frontera. Jean Simmons, como Jacqueline Kennedy, daba la impresión de haber venido de otro sitio. Su cuerpo estaba aquí, pero su espíritu habitaba en otra dimensión. A mí no me gustaba por lo que tenía de «aquí», sino por lo que tenía de «allí». «Allí» era un lugar misterioso del que por fortuna procede mucha gente, pues lo de «aquí» carece por completo de interés. Alivia pensar que quizá morir consista en regresar a «Allí» (esta vez con mayúsculas), o sea, al blanco y negro.

Los días más raros de mi vida

Hace unos meses, cuando sonó el despertador, yo estaba muerto. Lo apagué, no obstante, me incorporé, caminé dócilmente hasta el cuarto de baño y me metí completamente muerto debajo de la ducha. Quizá convenga aclarar que entonces no sabía lo que me pasaba. Noté desde luego que algo funcionaba, si no mal, de un modo extraño, pero no fui capaz de poner palabras a esa sensación. Fui a la cocina y preparé el desayuno para mi mujer y para mí. Como había naranjas de zumo, exprimí tres con las que llené un par de

vasos. Me pareció que el zumo penetraba en mi organismo de una forma algo mecánica, como se inyecta aceite en un motor. No me proporcionó el placer habitual porque no fui capaz de saborearlo.

Tras el desayuno, salí a pasear con el perro, como todas las mañanas, e hicimos el trayecto de siempre. Un muerto paseando a un perro debería haber llamado la atención de la gente, pero lo cierto es que, fuera de mi propia extrañeza, no percibí ninguna señal de alarma en la mirada de los otros. Sí en mi perro, que caminaba tan alejado de mí como le permitía la correa, cuando lo normal es que vaya pegado a mis piernas.

Tras el paseo matutino, me encerré en mi estudio con la idea de trabajar hasta la hora de comer. Escribí muy despacio un folio muerto cuya lectura, aún hoy, me sobrecoge por el sabor de sus palabras. No es lo que dicen, sino el regusto a

cenizas que dejan en la lengua y eso que sólo estaba muerto, aunque no incinerado. A todo esto, claro, ya había comenzado a preguntarme qué me pasaba sin dar con la respuesta. Estoy incubando un catarro, me dije. Pero conozco bien los síntomas de esta afección y a las pocas horas tuve que aceptar que no se trataba de eso. Tampoco era el aura que precede a las gripes o a las grandes migrañas. Lo cierto es que había entre mi cuerpo y yo un desajuste parecido al de una puerta que no encaja en su marco. Yo no encajabo en mi marco. Me cerraba y me abría sin que las partes que me componen se acoplaran como cabía esperar. En un momento dado tuve la impresión de que llevaba un rato sin respirar.

Me preparé para lo peor. Quizá sean los síntomas de un infarto, me dije. Imaginé la posibilidad de presentarme en el servicio de urgencias más cercano e improvisé mentalmente un diálogo con

los médicos.

— ¿Qué le ocurre?

— No sé.

— ¿Entonces por qué ha venido?

— Por si acaso.

No me pareció viable, por lo que aguanté a pie firme hasta la hora de comer. Mi mujer, que sin duda ya había notado algo, preguntó qué ocurría y le dije que nada, que estaba un poco raro. Comí de todo, pero lo cierto es que me metía las cosas en la boca como se introducen las frutas en una licuadora. A veces, empujaba disimuladamente la comida con el dedo para que atravesara la garganta sin problemas. Una vez dado ese paso, se precipitaba sin problemas hasta el estómago gracias al efecto de la gravedad. Casi la sentía caer como el que arroja una piedra a un pozo.

Al día siguiente, ocurrió lo mismo. Sonó el despertador, lo apagué, me incorporé muerto, abandoné la cama, fui al cuarto de baño y todo lo demás. Me

llamó la atención, al afeitarme, que la barba me había crecido un poco más de lo normal, pero no deduje nada de ello. Fue mientras hablaba por teléfono con mi editor cuando tuve la revelación de que estaba muerto. Me había preguntado cómo iba la novela en la que llevaba varios meses trabajando y le dije por inercia que bien, aunque añadí que se me había cruzado una idea nueva.

—¿Qué idea? —preguntó.

—La de escribir una novela muerta.

—¿Qué debo entender por una novela muerta? —insistió.

—Aún no lo sé —respondí en tono fúnebre.

La revelación de que estaba muerto no me produjo una sorpresa especial; tampoco me dio miedo, pero comprendí que se trataba de una situación excepcional que debía gestionar con cuidado para no hacer daño a mi familia. Por ello, acentué mis hábitos higiénicos e intenté aparentar por las cosas un

interés que no sentía. Estuve muerto durante cinco días, al cabo de los cuales sonó el despertador (recuerdo que era un miércoles), abrí los ojos y comprendí que había vuelto a la vida de un modo tan gratuito como la había abandonado. Me levanté, me duché, desayuné, etcétera, y hasta hoy. Nunca se lo había contado a nadie y no sé si ahora he hecho bien, pero así fue.

Los muertos

Pocos mitos tan sugestivos como el de ese barco que navega sin tripulación. Si entraras en una de estas naves fantasmas, te asombraría el contraste entre la ausencia de personal y el orden. No hay nadie dentro, nadie, pero el cobre brilla como si acabaran de pasarle un paño, los camarotes parecen recién aseados y las tazas de té, como ocurría en un célebre relato de Conan Doyle, permanecen calientes sobre la mesa de la cocina. Cabría preguntarse si hay también hombres o mujeres fantasmas, personas vacías que deambulan por las ciudades sin que nada, en su apariencia externa, delate esa ausencia. Tal vez usted o yo

seamos una de esas personas. Nos levantamos, nos aseamos, nos vestimos, salimos a la calle y vamos de aquí para allá como buques fantasmas en medio del día o de la noche. Atravesamos el frío, la niebla, los bosques, las plazas públicas, los descampados, entramos en los grandes almacenes, subimos y bajamos de los automóviles, de los aviones, intercambiamos saludos con nuestros contemporáneos, nos ganamos la vida... Damos, en fin, la impresión de venir de algún sitio y de dirigirnos a otro, cuando lo cierto es que en nuestro interior no hay nadie o hay un fantasma (de no sabemos quién) que pilota el barco, el cuerpo, este cuerpo del que no sabemos nada, ni de dónde ha salido ni cuál es su destino. Pero si hay barcos fantasmas e individuos fantasmas, quizá haya también colectivos fantasmas, grupos de personas o sociedades que funcionan sin alma. Entramos en los espacios públicos de estas sociedades y ves cuadros en las

paredes, ascensores subiendo y bajando, archivadores, máquinas de café, fotocopadoras calientes, como si se acabaran de usar... No sería raro que la humanidad fuera una de estas instituciones fantasma que atraviesa los siglos guiada por alguien que, pese a las apariencias, no somos nosotros.

Los muertos y los vivos

El diccionario dice del término fosforescencia: «Propiedad de emitir una luz muy débil que persiste cuando ha desaparecido su causa.» En cierto modo, si lo entiendo bien, se refiere a la posibilidad de continuar existiendo cuando ya se ha dejado de existir. Ocurre con las estrellas que han muerto hace millones de años, aunque su luz continúa viajando por el espacio, a través del tiempo, para llegar a los ojos del espectador ingenuo que una noche de verano se tumba boca arriba, sobre la hierba, y contempla el cielo. Este espectador no distingue las estrellas muertas de las vivas. Todas tienen el

mismo color, la misma intensidad, la misma forma.

A veces, tiene uno la impresión de que la realidad más inmediata se comporta de un modo semejante. Cómo saber si las personas con las que nos cruzamos existen o no. Todas emiten luz, con independencia de que haya desaparecido o no su causa. Cuando éramos pequeños, en mi barrio, jugábamos a distinguir entre las personas vivas y las muertas. Se trataba de un juego extraño, que luego no he visto en otros barrios, en otras culturas. No tengo ni idea de quién lo inventó, pero recuerdo que cuando uno creía ver a un muerto en el autobús, en la ferretería, en la iglesia, se lo comunicaba corriendo a los demás. Por lo general, nadie intentaba pasar gato por liebre. Si habías visto a un muerto, habías visto a un muerto. Y tus amigos lo aceptaban. No logro recordar qué características tenía una persona muerta, puesto que hablaba y se movía como las demás. Pero nosotros sabíamos. Un día

llegué a contar hasta diez muertos y gané. El último era un niño de unos seis años que iba de la mano de su madre (una viuda). Nunca se nos ocurrió pensar que nosotros mismos estuviésemos muertos, que continuáramos emitiendo luz después de que hubiese desaparecido su causa. Ahora pienso que sí, que quizá estuviésemos muertos entonces y que hubiésemos crecido muertos sin saberlo. Nos gustaba mucho el brillo que producía el fósforo. A veces, nos dibujábamos con él rayas en la cara y nos asustábamos en la oscuridad con aquella luz que persistía después de que hubiera desaparecido su causa. Qué raro es todo.

Mi madre y mi hermana

En la mesa de al lado hablaban dos mujeres de unos treinta y cinco años. Las dos llevaban el pelo muy corto, pero una era alta y la otra baja. La baja ejercía sobre la alta una influencia sutil. Podríamos decir que mandaba en ella. Ambas eran muy atractivas, aunque de una manera diferente. Pensé que si viviéramos en un mundo extraño, la alta me gustaría los lunes, miércoles y viernes y la baja los martes, jueves y sábados. Los domingos, como es lógico, descansaría. Pedí un gin-tonic y me lo trajeron con aceitunas sin hueso. No me gustan las aceitunas sin hueso, me da la impresión de que les falta algo. Entonces

la mujer alta se acordó de lo que había soñado esa noche:

—Estaba con mi ex marido, en casa, y de repente me propuso que nos comiéramos el gato.

—¿Tu gato? —preguntó la mujer baja.

—Mi gato, sí. Yo le dije que bueno y fui a la cocina a buscar el cuchillo de jamón, que corta como una navaja de afeitar. Pedí al gato que se colocara sobre la mesa y lo partí en dos mitades, a lo largo. El animal continuó moviéndose con las dos partes, no se moría. Buscó además mi regazo, como cuando me siento a ver la tele. Todo era muy natural, muy normal, hasta que me di cuenta de la barbaridad que acababa de hacer. Le dije a mi ex marido que se comiera a su gato si le daba la gana, pero que dejara en paz al mío. Y le pedí que volviera a unir las dos partes. Él las tomó, cada una con una mano, y las unió, pero cuando dejaba de presionar volvían a separarse. Déjame a mí, intervine en el

tono con el que las mujeres llamamos torpes a los hombres. Me dejó y sucedía lo mismo. Entonces me di cuenta de que el animal tenía vísceras y que resultaba poco menos que imposible lograr que coincidieran. Me dio un ataque de pánico.

—Cuando dices un ataque de pánico, ¿quieres decir un ataque de pánico? — preguntó la mujer baja.

—¿Qué iba a querer decir si no?

—No sé, un ataque de angustia.

—Sé lo que es la angustia y lo que es el pánico y esto era pánico — respondió la mujer alta.

—Vale, vale, no te ofendas. Sigue.

—Entonces nos fuimos corriendo al veterinario. Yo empecé a llorar porque la realidad iba entrando poco a poco en el gato. Quiero decir que ahora estaba muerto. Y no veía el modo de mantener las vísceras en su sitio. Pero, mira por dónde, el veterinario estaba partido también por la mitad y parecía llevarlo

bien. Las dos mitades se movían al unísono, separadas entre sí por la distancia de un palmo aproximadamente. Le pedí que uniera las dos mitades de mi gato y me dijo que él se dedicaba a separarlas. «Pero ¿no ve que se está muriendo?», le dije. «No, no, sólo está dormido», dijo él. Y era verdad, las dos mitades del animal se despertaron y dejaron de sangrar. Ya no había problemas tampoco con las vísceras ni con la sangre, nada. Mi ex marido y yo nos miramos con sorpresa y alivio. Entonces el veterinario propuso partirnos por la mitad.

—¿A vosotros? —intervino la mujer baja.

—A nosotros, claro. Le dijimos que sí y sacó un cuchillo muy largo. Primero le partió a él y después a mí. Apenas noté nada, quizá un poco de vértigo, pero era un vértigo agradable. Volvimos a casa las cuatro mitades nuestras y las dos del gato y vimos una película de la tele.

Luego él dijo que tenía que madrugar y se despidió, pero sólo se fue su mitad derecha llevándose, por cierto, como por error, mi mitad izquierda. No me di cuenta hasta que pasó un rato.

—¿Y qué más? —preguntó la mujer baja al ver que su compañera se callaba.

—Nada más. Me desperté con la impresión de que la mitad izquierda de mi cuerpo no es mía, sino de mi ex marido. Llevo así todo el día y es divertido, pero incómodo.

—Si es incómodo no puede ser divertido.

—Lo que tú digas.

En esto, se dieron cuenta de que estaba escuchando y me dijeron que me metiera en mis cosas. Les pedí perdón y aduje en mi defensa que era veterinario.

—¿Veterinario de animales? —preguntó la mujer alta.

—Y de plantas —respondí absurdamente.

Entonces me desperté. Me había

quedado dormido en el sofá, con la televisión encendida. La apagué y me fui a la cama. Mientras me desnudaba, me di cuenta de que las dos mujeres eran mi madre y mi hermana, pero en el sueño tenían la misma edad. Qué raro es todo.

Pasear y soñar

Me fui a la cama a la hora de siempre. Encogí las piernas, doblé la espalda, metí la barbilla en el pecho, me tapé hasta las orejas con el edredón e imaginé que salía de mi cuerpo y viajaba por el aire hasta el centro de la ciudad. La luna iluminaba el ambiente, pero proyectaba también grandes sombras sobre la ciudad; a veces me parecía ver la mía atravesando la terraza de un ático. Reconocía cada edificio, enumeraba sus particularidades, reparaba en los pormenores de las esquinas, nombraba las calles... (Se trata de un ejercicio recomendado por mi médico, para la memoria. Al principio lo hacía por

obligación, pero ahora me divierte. Estoy deseando meterme en la cama para salir de excursión.)

El caso es que al pasar por encima del tanatorio de la M-30, algo me impulsó a descender. Tras curiosear un poco, me introduje en la cabeza de un cadáver cualquiera y me asomé a través de sus ojos al exterior. Al otro lado de la pecera donde se encontraba mi ataúd vi a una mujer de espaldas, recibiendo el pésame de un hombre cuyo rostro me resultaba vagamente familiar. Tras unos instantes, el hombre se retiró y la mujer se dio la vuelta. Iba de negro, con un collar de plata que le traje de México, pues se trataba de mi mujer. La impresión fue demoledora, por lo que volví volando a mi cuerpo y abrí los ojos para comprobar dónde me encontraba realmente. Y me encontraba en el ataúd. Oh, Dios, no puede ser, me dije, pero cierra los ojos, espera unos segundos, vuelve a abrirlos y todo habrá regresado a su ser, como

cuando el cerrojo del cuarto de baño funciona a la segunda vez. Lo hice y, en efecto, ahora estaba en la cama. No he vuelto a imaginar que salgo por las noches, aunque sea bueno para la memoria. También dejé de pasear, que según el mismo médico era excelente para el corazón, porque llegaba a sitios que no debía.

Un buen comercial

Soñé que me llamaba un notario al que no conocía (en realidad no conozco a ninguno) y me citaba en su consulta (tampoco sé si debo decir consulta o despacho) por un asunto, dijo, de enorme importancia. Cuando llegué allí, me explicó que un cliente suyo muy rico, que acababa de morir, me había dejado en herencia un ático de quinientos metros cuadrados y más de cien de terraza, en pleno centro de Madrid.

—¿Y eso por qué? —pregunté con desconfianza.

—Porque mi cliente amaba mucho sus esculturas y éste es su modo de agradecerse las.

En el sueño, yo era escultor. En la vida real, no. En la vida real no soy nada, me limito a sobrevivir con un trabajo de mierda. Vivo solo en una habitación de veinte metros cuadrados con una única ventana que da a un patio interior que huele mal. Otras veces, en los sueños, he sido piloto de aviación y astronauta y cocinero famoso, pero en éste, no sé por qué, era escultor.

—¿Quiere ver el ático? —me preguntó el notario.

—Lógicamente, sí —respondí tratando de mantener la serenidad, pues empezaba a comprender que aquello iba en serio. Un ático de esa naturaleza en el centro de Madrid era un palacio. Si lo dividiera en dos partes, podría alquilar una y vivir de la renta en la otra. Quinientos metros eran muchos metros. Tal vez pudiera hacer apartamentos, reservando para mí el más grande y de mejores vistas.

El inmueble no me decepcionó. Era

fantástico y estaba como nuevo. Desde la terraza se veía toda la Castellana. Cada habitación tenía su baño propio y la cocina, equipada con los últimos adelantos de la cirugía cardiovascular (no olvidemos que era un sueño), tenía el tamaño de un salón de baile. Me molestó un poco la presencia de la mesa de operaciones, pero bastaría colocarle encima una plancha de mármol para convertirla en una encimera normal.

— ¿Cuándo puedo tomar posesión? — pregunté, pues deseaba recorrer solo todas sus dependencias.

— A partir de este instante es suyo. Sólo tiene que firmar estos papeles.

Firmé, me dio las llaves y se marchó. Hacía uno de esos días claros que han dado fama a la luz de Madrid. Cuando comparaba la alegría de aquellas habitaciones con la del cuartucho en el que vivía, me entraba una especie de euforia que no sabía cómo liberar. De modo que me puse a correr como un loco

por las habitaciones, y por la terraza, que daba la vuelta a todo el ático. En esto, tropecé con una manguera que estaba atravesada y me caí. No me hice sangre, ni daño, pero me desperté sobre la cama plegable de mi siniestro dormitorio. El sueño, no obstante, había sido tan real que lo tomé como una premonición, de modo que estuve varios días esperando la llamada de un notario. Es cierto que en la vigilia yo no era escultor, pero me podían dejar un ático con cualquier otra excusa. Por buena persona, por ejemplo. El millonario muerto podría haber encargado a una agencia de detectives que me siguieran, quedándose asombrado de mi honradez (ya que no de mi carácter, pues cuando las cosas no me salen bien me cago en todo).

Pasaron los días y el notario no me llamaba ni al teléfono fijo ni al móvil, lo que a mí me parecía incompresible. No se puede soñar algo tan real sin que suceda de verdad, eso es

al menos lo que pienso. De hecho, a la semana de soñar con pelos y señales la muerte del perro de la portera, el animal murió envenenado (y ya aclaro que no tuve nada que ver). Un día, mientras esperaba con ansiedad la llamada del notario, me acerqué al centro, para ver si el ático soñado existía en la realidad. Y existía. Lo vi primero desde la calle, y luego subí y llamé a la puerta de servicio haciéndome pasar por un vendedor de enciclopedias (por cierto, que el mayordomo de la casa me encargó una).

El caso es que la vivienda era tal y como yo la había visto en mis sueños, lo que confirmaba que las cosas que se sueñan como Dios manda, es decir, bien, con todos los detalles, suceden en la realidad. Averigüé que

pertenecía a un tipo soltero, muy anciano, recluido en una silla de ruedas. Pregunté al mayordomo cuándo creía él que moriría y me preguntó a su vez por qué lo quería saber. No se lo dije, claro, pero el tipo me cayó bien, de modo que quizá lo contrate cuando se produzca el óbito (me gusta esta palabra, óbito). En cuanto a la enciclopedia, estoy buscando una que se parezca a la que le describí, para no perder una venta. Tal vez soy un buen comercial y no me había dado cuenta hasta el momento.

Desórdenes

El insomnio consiste en permanecer despierto mientras la realidad sueña, ronca o se mea en la cama (a veces te sueña, te ronca y se mea sobre ti). Un ojo abierto a las cuatro de la mañana, observando las sombras del techo, es como un grumo insoluble del día en medio del puré de la noche, un coágulo de abajo en el arriba, un cuajo de vida en la muerte, un núcleo de vejez en la infancia, un ramalazo de inteligencia en la estupidez... Imaginemos un trozo de noche atravesando el día. Hace poco, en un autobús de Madrid, a las dos de la tarde, un hombre ecuatoriano de mi edad dormía profundamente en el asiento de

enfrente. Dormía y dormía pese al ajetreo circundante, pese a los frenazos, pese al estruendo procedente de la calle. Lo observé hasta que llegamos al final de la línea, donde nos levantamos todos menos él, que tuvo que ser despertado por el conductor.

Esa noche, durante el insomnio de las cuatro de la madrugada, intenté imaginarme a mí mismo durmiendo, de día, en el asiento de un autobús que atravesaba una ciudad extraña, lejana, quizá hostil. Mecido por esta idea, caí al poco en un sueño profundísimo del que me desperté no sé si al cabo de media hora o de tres años. El caso es que no me encontraba en la cama, sino en un autobús de Quito, adonde había viajado por razones de trabajo. Pasado el primer momento de perplejidad, y una vez que logré situarme en el espacio y en el tiempo, intenté averiguar cómo se había producido aquella rara articulación entre esos tres momentos tan distantes: yo en

un autobús de Madrid, frente a un ecuatoriano dormido; yo, en la cama de mi dormitorio, insomne, recordando al inmigrante; y, de repente, yo, dormido, en un autobús de Quito. No lo logré, no supe qué había ocurrido. He ahí un grumo de desorden cronológico en medio del orden temporal al que estamos acostumbrados.

¿Estás bien?

Soñé con dos pasillos idénticos. Yo iba por los dos a la vez en dirección a un dormitorio grande que se encontraba al fondo. Tenía la misma edad en el pasillo de la izquierda que en el de la derecha. También iba vestido del mismo modo. No había diferencia alguna. Sin embargo, todo era distinto. En el sueño me preguntaba: ¿cómo es posible que todo sea igual cuando todo es distinto? Mientras intentaba responderme, continuaba progresando hacia el fondo, donde me esperaba una puerta (dos puertas en realidad) cerrada (cerradas). Quizá, me dije, en uno de los pasillos estoy vivo y en el otro muerto. Pero ¿en

cuál sucede una cosa y en cuál otra? Ni idea. A lo lejos sonó entonces un teléfono. Aunque no estaba seguro de si sonaba dentro del sueño o en la realidad, decidí que la llamada no me concernía y continué andado.

Al alcanzar la puerta, introduje la mano en el bolsillo de la chaqueta, de donde saqué una llave con la que la abrí, penetrando a la vez con mis dos cuerpos en las dos habitaciones. Vi una cama grande, de las de matrimonio, sobre cuya superficie alguien había extendido un traje oscuro, una camisa blanca y una cortaba negra. También había, a los pies del lecho, un par de zapatos sin estrenar que brillaban como el azabache. Tenían la suela muy fina. Dentro de cada uno de ellos había un calcetín. Los calcetines eran grises. Los trajes, siendo idénticos, como todo lo demás, eran también muy diferentes. Me dio por pensar que el de la izquierda era una mortaja mientras que el de la derecha pertenecía a un tipo que

debía acudir a un funeral. Según eso, quizá el «yo» de la izquierda fuera el muerto y el de la derecha el vivo.

En lugar de ponerme los trajes, los retiré, colocándolos cuidadosamente sobre sendas butacas, y me eché a dormir en las dos camas. Volvió a sonar

el teléfono y esta vez supe que su timbre procedía, sin género de dudas, de la realidad. ¿Quién llamará a estas horas?, me pregunté dentro del sueño. Abrí los ojos, miré la hora (las tres de la mañana), y descolgué el aparato con inquietud. Era mi mujer, que se encontraba de viaje. «¿Estás bien?», preguntó. «Claro», dije yo. «Es que —añadió ella— he tenido un sueño raro.» Pero no quiso contármelo.

La mujer del autobús

Soñé que tenía un moscardón amaestrado con el que sacaba dinero de los cajeros automáticos. Me ponía delante del aparato, y soltaba al animal, que se introducía por la ranura de los billetes apareciendo al poco arrastrando uno de cincuenta euros. El sueño resultaba muy turbador porque no sabía quién había amaestrado al moscardón ni por qué me pertenecía. Al llegar a casa con el dinero obtenido de este modo, premiaba al insecto con una porción de carne picada, pues era carnívoro. Lo que más me molestaba en el sueño era no poder comunicarme con él como con un cómplice. Trabajaba para mí, pero

pertenecíamos a dimensiones distintas. Entre tanto, la casa se iba llenando de billetes de cincuenta euros que dejaba en cualquier parte, pues empezaban a sobrarme.

Un día se me ocurrió coger la lupa y mirar al moscardón cara a cara, para ver si de su expresión se deducía algo. Entonces comprobé con asombro que su rostro era humano, como en una película de terror que vi cuando era niño. Tenía dos ojos y una nariz y una boca perfectamente conformados, aunque carecía de orejas. La cara era idéntica a la de una mujer con la que coincidí por la mañana, en el autobús, cuando me dirigí a la oficina. Se trata de una mujer que me gusta mucho y a la que observo con disimulo durante todo el trayecto, aunque jamás me he atrevido a dirigirle la palabra. El hecho de que la mujer tuviera en el sueño cuerpo de moscardón me turbó, y creo que me desperté por eso, por la turbación misma. Abrí los

ojos, en fin, miré el reloj de la mesilla y vi que eran las cuatro de la mañana. La boca me sabía mal, a ala de moscardón, de modo que me cepillé los dientes y se me quitó el sueño, por lo que encendí el ordenador para dejar constancia de lo que acababa de soñar. En éstas, escuché un zumbido, levanté los ojos y vi un moscardón revoloteando cerca de mí. Enseguida se

posó sobre un libro de Sándor Márai. Cogí un periódico y le aticé fuerte. El cadáver quedó tendido boca arriba, sobre la portada del libro. Tomé la lupa y observé su rostro, pero no era el de la mujer del autobús. Era un rostro de moscardón normal y corriente. Volví a la cama inquieto, pensando que quizá podía haberlo amaestrado para obtener billetes de cincuenta euros. Esa mañana no vi a la mujer en el autobús.

La vida es absurda

Despertar dentro de un sueño significa que, aunque continúas dormido, eres consciente de que estás soñando. Sabes que esa peripecia en la que andas metido es un delirio de tu cabeza o de tu subconsciente. Sabes, por ejemplo, que no eres tú el que ha tomado la decisión de hacer cola frente a una ventanilla del Ministerio de Hacienda para solicitar, cuando te llegue el turno, cuarto y mitad de chóped. También sabes que en la vida real ningún funcionario de Hacienda te despacharía lo que acabas de solicitar con la naturalidad con la que lo hace el funcionario del sueño. Quiere decirse que tu mente, o tu conciencia, son el escenario

de una aventura en la que no has puesto ninguna voluntad. No has participado en el gui3n de la novela que discurre dentro de ti. Al «despertar» dentro del sue1o puedes asistir a 3l con la extra1eza del que asiste a una representaci3n en la que se ve a s3 mismo haciendo cosas que no entiende. Es un sue1o, te dices mientras el funcionario de Hacienda corta pacientemente el embutido.

Lo curioso, piensas dentro del sue1o, es que tu madre te enviaba con frecuencia a comprar ch3ped, lo que t3 viv3as como una humillaci3n, pues sab3as que se trataba de la versi3n barata de la mortadela (que ya era un producto inferior). Y te mandaba comprar exactamente «cuarto y mitad», que era tambi3n una cosa de pobres. En cuanto al funcionario de Hacienda, resulta que un t3o tuyo, muy admirado por tus padres, lo era. Total que en ese extra1o sue1o est3 toda tu vida, pero sometida a una sintaxis que no reconoces, como si las

distintas piezas que la componen hubieran sido ensambladas por un loco. Un loco, presente, que sabe lo que hace.

«Despertar» dentro de un sueño sería lo contrario a «dormirse» dentro de la vigilia. Es decir, sigues despierto, pero de algún modo te has dormido también. Te encuentras aquí y también allí. Supongamos que estás frente a

la tele, con tu mujer al lado. De repente, sin dejar de ver el telediario, entras en una especie de trance onírico donde la realidad adquiere la textura de los sueños. ¿Esa señora de ahí al lado es tu esposa? ¿Eres tú por tanto su marido? ¿Qué quieren decir las palabras marido y mujer? En esto, atraviesa el salón un chico del que lo único que sabes es que es tu hijo. Parece mucho, pero en realidad no es nada. ¿Qué significa en lo más profundo que sea tu hijo? Aunque «dormido» (o quizá por eso) te encuentras perfectamente lúcido. Estás a punto de descubrir el forro de la realidad, su trampa, mientras la televisión habla de guerras, de caídas o subidas de la bolsa, de la incautación (para los incautos) de un kilo de cocaína en el aeropuerto de Barajas, del condón... Todo, absolutamente todo, te parece alucinante, y sin haber tomado nada, ni siquiera un lingotazo de jarabe con codeína para la tos. Quizá suene en ese

instante el teléfono, tal vez lo cojas «dormido», es tu cuñado. Dios mío, tu cuñado. ¿Qué rayos de relación es ésa? No olvides que continúas «dormido» dentro de la vigilia como otros permanecen «despiertos» dentro del sueño.

Tal vez un golpe de extrañeza te haga despertar, te arranque de la ensoñación, de modo que te parezca normal de nuevo que tu mujer sea tu mujer; tu hijo, tu hijo y tu cuñado, tu cuñado. En todo caso, compruebas que, en última instancia, sueño y vigilia no son muy diferentes. Tan raro resulta ver a un funcionario de Hacienda despachando cuarto y mitad de chóped a través de la ventanilla como hablar por teléfono con un señor al que, según los hábitos sociales, te refieres como «tu cuñado».

La vida es absurda, tanto si te encuentras dormido como si te encuentras despierto. Y, digámoslo todo,

tú no la conduces ni cuando estás allí ni cuando estás aquí. Tenemos un margen de actuación sobre ella, sí, pero es tan pequeño que no merece la pena mencionarlo. Esa constatación, que podría resultar dramática, puede vivirse como muy estimulante. Del mismo modo que en el teatro o en el cine te diviertes con historias que no has escrito tú, en la vida podríamos pasarlo bien con una peripecia inventada por otro. Por *el otro*.

Mientras el mundo duerme

Una niña telefoneó a un programa nocturno de la radio. A preguntas de la locutora dijo que tenía diez años y que llamaba desde el teléfono del pasillo de la casa donde veraneaba con sus padres, mientras ellos dormían en la habitación del fondo. Contó que al levantarse a beber agua había descubierto al canario en el fondo de la jaula, con las patas hacia arriba. Tomó el cuerpo del animal para ver si se movía, pero resultó que estaba muerto. Te imaginabas a la niña con el pájaro en una mano y el teléfono en la otra, en medio del silencio de la madrugada, y se te ponían los pelos de punta. Así debía de tenerlos la locutora,

que no sabía qué decir.

Finalmente sugirió que despertara a sus padres y les contara lo sucedido, pero la niña dijo que le daba miedo que creyeran que había matado ella al animal, pues siempre le echaban la culpa de todo. Se expresaba de tal forma que la audiencia entera, creo yo, se dio cuenta al instante de que, en efecto, aquella cría acababa de cargarse al canario. La locutora pronunció dos o tres frases atropelladas y dio paso a la publicidad. Yo apagué la radio para no saber qué ocurría a la vuelta y me fui al salón a leer un poco. Lo malo del insomnio, contra lo que muchos creen, no es el hecho de permanecer en vela, sino de lo que te enteras mientras el mundo duerme.

Mientras dormimos

Una pareja de jóvenes donostiarras tuvo una niña muy deseada a la que, por razones obvias, llamaron Desiré. La noticia fue recibida con enorme alegría por toda la familia y su entorno. Como es habitual en estos casos, Desiré recibió multitud de regalos, unos de carácter práctico y otros de orden inmaterial. La madre la amamantaba mientras el padre observaba con arrobó la escena, etcétera. Por las tardes, abrigaban a la criatura, pues había nacido en pleno invierno, y salían a pasear deteniéndose ante los escaparates y entrando en las tiendas, donde los empleados hacían carantoñas a la criatura.

Un día, al poco del feliz acontecimiento, el padre de Desiré se despertó a medianoche y no vio, junto a la cama de matrimonio, la cunita de la niña. Sorprendido por la ausencia, se dirigió a la habitación de al lado, por si su mujer la hubiera llevado allí por alguna razón que no se le alcanzaba. No la halló. Angustiado, volvió al dormitorio principal con la intención de despertar a su mujer. Pero una sospecha interior le detuvo. ¿Y si todo hubiera sido un sueño? ¿Y si Desiré no existía? Como tenía complejo de inferioridad, nunca daba crédito a sus certezas, de modo que recorrió toda la casa en busca de los rastros típicos de un bebé sin encontrar ninguno. No había regalos, no había pañales, no había cremas ni colonias, no había patucos, no había en el salón un cochecito para salir de paseo... Tampoco olía a bebé ni a leche materna. Dios mío, se dijo, ¿habrá sido todo un delirio?

Sin hacer ruido, para no despertar a

su esposa, se metió en la cama e intentó dormir imaginando que la luz del día pondría de nuevo las cosas en su sitio. Al sonar el despertador, dejó que lo apagara su mujer e hizo como que seguía durmiendo. Ella se levantó con naturalidad y no dijo nada pese a que la cuna, como él comprobó entreabriendo un poco los ojos, continuaba desaparecida. Finalmente salió de la cama y se dirigió a la cocina para preparar un café. Al poco, apareció su esposa. Le pareció que había llorado, pero no se atrevió a preguntarle por qué. Desayunaron en silencio y cada cual se fue a su trabajo. Jamás pudo explicarse aquel misterio que guardó para sí mismo toda la vida.

Mosca española

«Soy de los que piensan que somos de algún sitio», aseguraba, por lo visto, Chillida. Si lo hubiera dicho delante de mí, le habría preguntado de dónde era yo (tengo problemas de pertenencia). El Estado debería decirnos de dónde somos más allá de lo que pone en el DNI, esa tarjeta de crédito sin crédito. Usted es de Lugo. Vale, soy de Lugo. Busco en Google el nombre de esa ciudad, leo sus características y comienzo a comportarme como uno de allí. Ese servicio facilitaría mucho la vida a los contribuyentes despistados, como un servidor. Podría darse el caso de que le dijeran a uno que es extranjero. Usted es

chileno. ¿Chileno? Si ni siquiera he nacido allí. Para ser de un sitio no es necesario haber nacido en él, pues la pertenencia se mide de otro modo (es sabido, por ejemplo, que los de Bilbao nacen donde quieren). Un día vi en Canal + (que no nos lo cierren, por favor) un documental sobre Australia y acabé convencido de ser un aborigen australiano. Todo lo que se decía de ellos me había ocurrido a mí en un momento u otro de mi vida. Recuerdo que me volví y se lo confesé a mi mujer: «Creo que soy australiano.» «La semana pasada —dijo ella— vimos un documental sobre la Antártida y creíste que eras pingüino.» Llevaba razón. A veces, además de no tener ni idea de dónde soy, tampoco sé a qué especie pertenezco. Una noche, de pequeño, soñé que mis padres eran moscas y todavía no se me ha ido de la cabeza la extraña sensación corporal con la que volé de la cama. No dije nada porque mis progenitores estaban

convencidos de ser seres humanos y no era cuestión de darles más disgustos de los que ya les había proporcionado mi nacimiento. Ahora bien, para decirlo todo, creo que éramos moscas españolas, por el bigote de mi padre y la mantilla de mi madre. O sea, que quizá llevara razón Chillida y todos seamos de algún sitio.

Restos diurnos y nocturnos

Me encontraba en un restaurante con una mujer muy delgada y muy bella a la que le faltaban los dos brazos. No tenía muñones, sin embargo, como si su constitución fuese la que era. Mientras comíamos, charlábamos animadamente sobre marcianos. No recuerdo cómo lograba ella llevar los alimentos desde el plato hasta la boca. Tras la cena, nos trasladábamos a su casa, donde hacíamos el amor. Ella no podía abrazarme más que con las piernas, pero lo hacía de tal modo, con tal furia, que yo no echaba en falta para nada sus brazos. Tras el amor, fumábamos a medias un puro (un Montecristo) que sujetaba yo.

Utilizábamos de cenicero uno de sus zapatos, que eran de color amarillo y tacones de aguja. Había un gato que entraba y salía de la habitación de un modo misterioso, pues la puerta estaba cerrada.

Me desperté con resaca de nicotina. Como dejé de fumar hace años, la sensación fue doblemente desagradable. Además, nada más tomar el primer café me dieron ganas de encender un cigarrillo. Dios mío, otra vez no, me dije. Recuerdo con pánico las neuralgias, las faringitis, los catarros, las toses de cuando era un fumador empedernido. Aunque en casa siempre hay cigarrillos, pues mis hijos fuman, logré contenerme. En cuanto a la mujer sin brazos, no me abandonó en todo el día una sensación de realidad algo pastosa, densa, adhesiva, pues recordaba perfectamente su contacto, sus curvas, el calor de su piel y la capacidad penetrante de su lengua.

A la noche siguiente volví a soñar

con ella, y en idénticos términos, pero en esta ocasión el que no tenía brazos era yo. Fue ella, pues, la que sujetó el puro. El gato de la noche anterior entraba y salía atravesando las paredes. En un momento dado, le pregunté cómo se llamaba y dijo que no tenía nombre.

—En Marte no utilizamos esas artimañas —añadió.

Jamás se me habría ocurrido pensar que el nombre de pila fuera una artimaña (puestos a criticar, menos justificación tenía el apellido), pero lo dejé pasar porque me encontraba excepcionalmente bien y no me apetecía discutir. Luego me levanté para ir al baño y al mirarme en el espejo me di cuenta con horror de que me faltaban los brazos. No es que hasta entonces no lo hubiera notado, pero tampoco los había echado de menos, como si fuera normal en mi constitución. Entonces, siempre dentro del sueño, recordé que el día anterior había visto por la tele un documental sobre Sierra

Leona en donde aparecían muchos mutilados. Es un resto diurno, me dije. Los restos diurnos son pedazos de la realidad que se cuelan en los sueños. No existe en cambio la expresión «resto nocturno», como si los sueños no determinaran, a su vez, la realidad.

Aunque me gusta mucho la expresión «resto diurno», por su significado, pero también por su sonido, en aquel momento me pareció amenazante. Entre tanto, el gato entraba y salía del cuarto de baño atravesando las paredes, pero también el espejo, intercambiando su lugar con el animal del reflejo: cuando uno estaba dentro, el otro estaba fuera. Como empezara a desconfiar de la mujer del sueño, me dije: voy a despertarme. Pero no era capaz de volver al mundo real, pese a golpear el suelo con los pies descalzos, para hacerme daño, o la cabeza contra la pared. Al rato, tras numerosos intentos por abrir los ojos, regresé a la habitación, donde la mujer,

desnuda sobre la cama, hacía volutas con el humo del Montecristo.

—Estoy preocupado por mis brazos — le dije recostándome a su lado.

—Los brazos son una artimaña —dijo ella.

—Pero ¿tú sabes lo que es una artimaña? —pregunté.

—Una artimaña —dijo— es una palabra de cuatro sílabas: ar-ti-ma-ña.

¿Sí o no?

Admití que sí, que era una palabra de cuatro sílabas, pero esas cuatro sílabas tenían un significado.

—Significado —repitió ella—, otra palabra, esta vez de cinco sílabas.

Qué manía tienes con las palabras.

Advertí que ignoraba el significado del término «significado» y me callé.

Luego cerré los ojos y realicé un viaje por el interior de mí mismo. Al llegar a los brazos, los fui construyendo

imaginariamente, con todos sus detalles.

Al terminar, me desperté, y aunque estaba entero, me pareció que tenía las uñas más

cortas que al acostarme. Mi mujer se volvió y me dijo que por qué no compráramos un gato. Le pregunté a qué venía eso y me dijo que no sabía. Un resto nocturno, me dije, y salí con energía de la cama.

LENGUAJE

Caligrafía

Vi en un reportaje que los perros se comunican a través de la caca. Cada uno de sus excrementos constituye una oración gramatical dotada de las complejidades sintácticas que cabe suponer en todo lenguaje, por rudimentario que sea. Por eso huelen la mierda con la misma concentración que nosotros ponemos en la lectura de un libro de autoayuda. Pero es que usted y yo también tuvimos una etapa en la que considerábamos preciosos los productos del ano: las heces fueron el primer regalo que hicimos a mamá y la única diversión conocida hasta que nos enseñaron los juegos de palabras.

Previamente, el barro y la plastilina habían actuado de puente entre las deyecciones que expulsábamos por el recto y el abecedario que luego, como por arte de magia, nos brotó de la boca.

La humanidad tuvo asimismo su período anal, que superó felizmente viajando a través del tracto digestivo en dirección a la garganta. De ahí que demos tanta importancia a los frutos orales en las entrevistas de trabajo o en los encuentros amorosos: de nuestra habilidad verbal dependerán la dicha y el salario futuros. Cada vez que hablamos, alguien huele con el oído nuestras oraciones y nos juzga en función de su aroma.

Así pues, la distancia que hay entre la caverna prehistórica y el adosado es la misma que va del culo a la garganta: un pequeño paso para un virus, pero un salto de gigante para la humanidad. Y bien, lo hemos logrado, aunque haya sido preciso recorrer, a la vez que los

intestinos o la tráquea, la Edad Antigua, Media, Moderna o Contemporánea, con sus hambrunas respectivas, sus pestes, sus crímenes, sus catástrofes, sus guerras... Ya estamos en la boca, pronunciando frases solemnes desde la barandilla de los dientes. ¿Y ahora, adónde vamos? ¿Hay vida al otro lado de los labios?

Letras

Cada mañana, al abrir el ordenador portátil, varias hormigas se cuelan entre la G y la H en dirección al disco duro, donde al parecer han anidado para protegerse del invierno. Si permanezco inactivo más de diez minutos, víctima del desaliento o la pereza, salen en grupo de entre las teclas señaladas y parecen una hemorragia de letras. El primer día creí que el aparato se estaba desangrando y aplasté a tres o cuatro sin querer al taponar la llaga con el dedo. Recogen del teclado los restos de mi desayuno (migas de magdalena y virutas de fibra), dejándolo como la dentadura de un tiburón tras el paso de uno de esos peces

que viven de los desperdicios adheridos a las muelas de los grandes animales. Tenemos una relación simbiótica, pues. Hasta ahí todo bien.

Pero, ayer mismo, un artículo de treinta líneas se desmoronó ante mis ojos cuando me disponía a repararlo. Y es que no estaba hecho de letras, sino de hormigas que se asustaron por los movimientos del cursor. Creo que han llegado a un acuerdo con el abecedario y se hacen pasar por él cuando éste no quiere trabajar. El alfabeto, por su parte, ha adoptado una caligrafía formicular, de modo que a veces no sé si quienes salen a recoger los desperdicios son los insectos o las letras, que evidentemente viven igual que las hormigas: excavando túneles y construyendo galerías subterráneas en la conciencia de las personas y en el disco duro de las cosas.

No me importa reescribir los artículos; son cortos. Pero sería incapaz de rehacer una novela, aunque las he

visto desmenuzarse con la misma facilidad con la que se vienen abajo treinta líneas, unas veces por culpa de la gramática y otras de la zoología.

Así se desmoronan las vidas, con frecuencia sin que lleguemos a saber si eran de carne o verbo, auténticas o escritas.

Escribir

Hace poco, un oyente telefoneó a un programa de radio y contó que su matrimonio había empezado a naufragar el día en el que su mujer llevó a casa a una amiga anoréxica.

—¿Qué sucedió? —preguntó la locutora.

—No se lo puedo decir porque a mi esposa le gustaba mucho la radio y quizá me esté oyendo. La cuestión es que las cosas se empezaron a complicar y ahora vivimos separados.

La audiencia, a juzgar por las llamadas posteriores, se quedó muy intrigada y yo pensé que aquel hombre nos había dado una lección perfecta de

cómo comenzar un relato. Las situaciones de partida son así de gratuitas, así de *normales* también. Y cuando digo *normal* no pierdo de vista desde luego el grado profundo de anormalidad que subyace en la vida cotidiana, aunque hayamos desarrollado mecanismos para no percibirla. El acierto de este hombre consistió en contar algo que estaba en la frontera de lo vulgar y lo extraño. Parece que estoy viendo la escena:

—Mira, Javier, ésta es mi amiga Rosa, que como puedes ver es anoréxica y ha venido a pasar unos días con nosotros. Dormirá en el sofá- cama del cuarto de estar.

—Encantado.

No es difícil imaginarse a los tres en el tresillo, viendo la tele. Rosa, muy delgada, permanece entre los dos, sin probar los aperitivos que la mujer de Javier ha puesto sobre la mesa. Javier está un poco violento, pero al mismo tiempo orgulloso de que su esposa intente

ayudar a una amiga. Él mismo, sin darse cuenta, ha empezado a urdir algunos modos de obligarla a comer. Una situación normal, de gente normal: se respira una atmósfera de clase media absolutamente familiar. Javier, seguramente, es funcionario.

A los tres meses, sin embargo, Javier vive solo en un apartamento y se dedica a telefonar a las emisoras de radio para contar que su matrimonio ha fracasado. Ahora estamos ya frente a una historia de terror. Sólo hay que escribir lo que ha sucedido en medio. A ver quién se anima.

Besar con unción

Leo con alivio que el Ejército ha decidido cambiar la fórmula de la jura de bandera. En mis tiempos teníamos que «besar la bandera con unción», lo que creaba problemas de todo tipo en la tropa. El analfabetismo era muy alto y nadie sabía a ciencia cierta cómo era un beso de esas características, así que fuimos a preguntárselo al sargento.

—Mi sargento, ¿cómo se besa con unción?

—¿Qué es eso? —preguntó con desconfianza.

—Lo que pone aquí, en la fórmula de la jura de bandera.

El sargento cogió el papel y se centró

unos instantes en el texto con expresión de masticarlo trabajosamente. Por fin, levantó los ojos, puso cara de astucia y dijo que él había asistido a muchas juras de bandera en su carrera militar y nadie le había hecho esa pregunta. Estaba insinuando que éramos unos comunistas de mierda, porque sólo a un comunista se le podía ocurrir la idea de entender lo que leía.

—Vosotros la besáis y punto.

—Es que queremos besarla con unción —insistí yo en un arrebato suicida.

—Esperad un momento —dijo con fastidio, y se metió en el pabellón de suboficiales de donde salió al poco con un diccionario.

Tras una búsqueda laboriosísima encontró el término maldito y leyó en voz alta, con desconcierto creciente:

—Unción: Acción de ungir o untar.

—Entonces es que tenemos que darle un lametazo —dijo un recluta de Toledo que formaba parte de la comisión.

—Ni se te ocurra, imbécil —gritó el sargento—. Al que le dé un lametazo a la bandera lo fusilo.

Fue la peor jura de toda su vida: le aterraba la posibilidad de que el generalato advirtiera que besábamos de manera normal, sin unción, el símbolo patrio. Ahora he leído que van a quitar esa exigencia absurda de la ceremonia. Y no es que les parezca mal, sino que no han logrado averiguar lo que quiere decir.

Diario

«Esto es inaudito», dijo mi marido mientras desayunábamos, delante del niño, refiriéndose a una noticia de la radio. Él jamás había utilizado esa palabra, inaudito, así que me quedé sorprendida, y un poco preocupada, como cuando los hombres cambian de colonia, de ropa interior o de peinado. No dije nada, pero esa noche, mientras cenábamos, volvió a repetir el término. Esta vez estaba prevenida y vi todo el recorrido de la palabra, desde la garganta oscura hasta el borde de los labios, como cuando sorprendes a una cucaracha apareciendo por el sumidero del bidé. Abrió los labios en forma de grieta, y

repitió: «Esto es inaudito, inaudito.» El segundo inaudito no salió del todo. Asomó las antenas y se escondió debajo de la lengua, como si algo le hubiera asustado.

Aunque la palabra inaudito viene en el diccionario, apenas significa nada, sobre todo cuando la repites muchas veces seguidas, inaudito, inaudito, inaudito... Es un ruido, y un ruido molesto, para decirlo todo. Temí que se le quedara al niño en la cabeza y luego se le escapara en el colegio, por lo que le pedí que no dijera esas cosas delante de su hijo.

«¿Qué cosas?», preguntó con cara de extrañeza. «Ya sabes, inaudito», dije y comprobé que me retiraba la mirada avergonzado. Entonces, para hurgar en la herida, comenté que en esta época, con el calor, empiezan a deambular toda clase de insectos por los desagües a menos que se desinfecten. «Así que haz gárgaras con agua oxigenada, o con lejía.

No quiero ver el inaudito ese entrando por la oreja del niño. Y me da asco verlo salir de tu boca. Un poco de higiene, por favor.»

Al día siguiente le llamé al despacho y hablé con su secretaria porque él estaba reunido. «Es inaudito que se reúnan a estas horas», comentó ella y comprendí que acababa de descubrir el nido de los inauditos. Por la noche, después de que el niño se acostara, hablé con mi marido y le dije que las cochinas que hiciera con su secretaria eran cosa suya, pero que no estaba dispuesta a que me llenara la casa de inauditos. Seguramente di en el clavo, porque se puso rojo. Pero ayer, intentando describirme a su jefe, le salió por la boca un «impertérito». Este hombre no tiene arreglo.

Enhebrar la aguja

Una tía mía, cuando algo le resultaba muy complicado, decía que era más difícil que «enhebrar una aguja en un pajar». Yo nunca había visto un pajar, pero le enhebraba todas las agujas a mi madre, ya fuera en el cuarto de estar o en el salón, por lo que no entendía el problema de hacerlo en un pajar.

—¿Cómo son los pajares, mamá?

—De madera, imagino, con los techos muy altos. Sólo los he visto en las películas. Qué preguntas haces.

—¿Y por qué resulta tan difícil enhebrar una aguja en un pajar?

—¿Quién dice que es difícil?

—La tía Asunción.

—Lo que la tía querrá decir es que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el cielo.

A veces es mejor no preguntar porque las cosas se van complicando de forma progresiva. ¿Qué tenían que ver los ricos y los camellos en aquella historia? La infancia está llena de imágenes incomprensibles, de asociaciones disparatadas. A partir de aquel día siempre que le enhebraba una aguja a mi madre pensaba en los ricos y en los camellos. Muchas noches soñé con un millonario que intentaba pasar por el ojo de una aguja, mientras un camello llamaba a las puertas del cielo, o viceversa. En aquella época estaba francamente preocupado por el más allá, y no sabía si mi habilidad enhebradora sería un salvoconducto o una dificultad para entrar en la gloria. Una cosa estaba clara: que no era rico ni camello. Lo primero me daba igual. Lo segundo me dolía.

En ésas estábamos cuando un día, en el recreo del colegio, se le perdió a alguien una peseta y se puso a llorar. El profesor de física salió a ver qué pasaba y aseguró que dar con aquella peseta iba a ser más difícil que encontrar una aguja en un pajar. Me quedé espantado, porque se trataba de una nueva versión de las agujas y de los pajares. Cuando llegué a casa, interrogué a mi madre:

—¿Es más fácil encontrar una aguja en un pajar o que un rico entre en el cielo?

—No sé, hijo, qué cosas se te ocurren. Me parece que lo difícil era lo del camello, pero tampoco estoy segura.

Entre tanto, por si no hubiera bastantes agujas en nuestra vida, de vez en cuando llegaba el practicante y te ponía una inyección.

—¿Qué haría usted si se le perdiera la aguja en un pajar? —preguntaba yo al practicante.

—Anda, anda, no digas tonterías y bájate los pantalones.

No conseguí salir de dudas, pues. Y ahora hago como que sí, pero en el fondo todo me sigue pareciendo incomprensible. La vida es difícil, más que enhebrar una aguja en el cielo, o que meter a un camello en un pajar. La vida es dura, sí, sobre todo si uno ha decidido no bajarse los pantalones ni siquiera frente al practicante.

La cosa

De pequeño tuve una caja de zapatos que llegó a ser mi juguete preferido, entre otras cosas porque no tenía otro. Pero envejeció más deprisa que los zapatos que había llevado dentro, de manera que a mi caja se le cayó un día la primera *a* y se quedó en una cja, que así, a primera vista, parece un juguete yugoslavo. Busqué entre las herramientas de mi padre una *a* de repuesto, pero no había ninguna y tuve que sustituirla por una *o*. De este modo, sin transición, tuve que olvidar la caja para hacerme cargo de una coja, lo que es tan duro como pasar directamente de la niñez a los asuntos.

Jugué mucho con aquella coja, todavía la recuerdo, pero se fue haciendo mayor también y un día se le cayó la jota. Hay quien piensa que las vocales se estropean antes que las consonantes, pero yo creo que vienen a durar más o menos lo mismo. El caso es que tampoco encontré entre los tornillos de mi padre una jota en buen uso, así que la sustituí por una pe que estaba prácticamente sin estrenar. La coloqué en el lugar de la jota y me salió una copa estupenda, con la que he bebido de todo hasta ayer mismo, que se me cayó al suelo y se rompió.

A decir verdad, se rompió justamente por la pe, y como es muy antigua no he encontrado en ninguna ferretería una igual. Ayer fui a casa de mis padres, y después de mucho rebuscar en el trastero di con una ese que no desentona con el conjunto. O sea, que ahora tengo una cosa, pero no sé qué hacer con ella. La caja, la coja y la copa eran muy útiles para guardar secretos, jugar o

emborracharse. Pero la cosa me da miedo; además, la escondí en el bolsillo interior de la chaqueta, de manera que desde ayer tengo una cosa aquí, en el pecho, que me llena de angustia. Lo peor de todo es que, como no sé qué es, tampoco sé cómo se rompe.

Qué vida, ¿no?

Formas de ganarse la vida

Recibí una publicidad en la que se me invitaba a descubrir mi cisne interior con unas técnicas impartidas por personas que habían estudiado cosas perfectamente improbables. Una de estas personas se llamaba Vedanta Suravi, ya ven ustedes, y estaba formada nada menos que en Psicoterapia, Gestalt, PNL y en ciencias esotéricas en general; por lo visto poseía «siete niveles de consciencia», y, además de todo eso, era «Hipnotera Metafísica». La otra persona, fíjense, se llamaba Prem Bhavana Astiaso y su currículum tampoco tenía desperdicio: estaba diplomada en «Pantomima e Interpretación en el

Instituto del Teatro», aunque no especificaba en qué lugar del mundo estaba ese instituto; era también «Especialista en Terapias Corporales: Osho Rebalancing, Arun-Consciencia en el Tacto, Prana Healing y Reiki Chamánico». Ves un currículum así y corres a apuntarte, sobre todo si te enteras de que la tal Vedanta Suravi, o sea, la primera de las aludidas, es «discípula del maestro y místico Osho desde 1981 y terapeuta (así, con acento en la e) en la Multiversidad Internacional de Osho».

Yo no me apunté porque me molesta la gente que no sabe colocar los acentos. Y lo de los acentos era lo de menos; lo peor es que la tal Vedanta y la tal Prem no tenían ni idea de sintaxis, pese a sus numerosos doctorados. Su publicidad me trajo a la memoria el folleto de un teléfono inalámbrico comprado en Madrid, aunque fabricado en Taiwán, en el que aparecían frases

como ésta: «If usted gira la volumen demasiada, usted tendrá un grito agudo en su juego manual»; o esta otra: «El teléfono inalámbrico es peligroso si se sumerge al agua. A usted se le cae la unidad al agua accidentalmente, destapa la cuerda AC y la línea telefónica y después recógelo por llevando la cuerda AC.» La verdad es que el teléfono jamás funcionó, y no funcionó, me parece a mí, porque con esa sintaxis no se va a ningún sitio. Aun así, Vedanta y Prem pretendían llevarte a Ávila para que descubrieras tu cisne interior en un fin de semana. Yo no fui porque me daba vergüenza aparecer en Ávila sin sintaxis y en compañía de dos místicas llamadas Vedanta y Prem; si se entera santa Teresa de Jesús, me retira el saludo. O sea, que hay cosas que deberían estar prohibidas. Por ejemplo, los teléfonos inalámbricos con instrucciones bárbaras y los ejercicios místicos en Ávila. Un respeto.

Dicho esto, yo comprendo que todo

el mundo tiene que ganarse la vida y a mí me gusta la gente que se la gana con gracia, como Vedanta y Prem, sobre todo Vedanta, que posee «siete niveles de consciencia» como los gatos, de manera que si pierde uno o dos le da igual porque todavía le quedan cinco o seis. Un chollo. Yo, si me caigo de una ventana y pierdo el único que tengo, me muero de hambre, porque sin consciencia no hay sintaxis y sin sintaxis no te dejan escribir en los periódicos. Eso es lo que más envidia me da de Vedanta, la verdad, no ya que tenga niveles de consciencia por un tubo, sino que pueda ganarse la vida sin sintaxis y colocando los acentos donde Dios le da a entender. A lo mejor he hecho mal no matriculándome; podría haber encontrado un modo alternativo de ganarme la vida. Pero es que era un curso para patitos feos dispuestos a encontrar su cisne interior, y yo el cisne lo llevo por fuera.

O sea, que lo que me interesaría es que Vedanta y Prem me ayudaran a encontrar la bestia que llevo dentro, aunque fuera por medio de una «Programación Neurolingüística», que también a eso se atreven, según su folleto, las muy brutas. Pero de la bestia no dicen nada; se ve que la bestia no vende y de lo que se trata ahora es de ganarse la vida. Yo las entiendo y las admiro, pero no les perdono lo de la sintaxis. Vale.

El verbo se hizo carne

Por lo general, vamos por la calle con un conjunto de pequeñas preocupaciones bailando en el interior de la cabeza como las cerillas dentro de la caja. A veces, si la violencia con que se golpean entre sí o contra las paredes es muy grande, una cerilla o una preocupación se enciende prendiendo fuego a todas las demás. Por fortuna, es muy raro. Lo normal de estas ideas obsesivas es que sean del todo irrelevantes, y que no dejen de serlo aunque nos anuncien el fin del mundo. Si el destino de uno es darle vueltas al producto interior bruto de Mónaco, no podrá pensar en otra cosa, aunque su mujer le esté diciendo por teléfono que

ha hecho las maletas para marcharse de casa.

Aquel día, por casualidad, no se estaba acabando el mundo. Al contrario, los árboles tenían pequeñas erupciones adolescentes que anunciaban la proximidad de marzo. Pero yo estaba obsesionado con el subjuntivo. Acababa de leer una novela en la que el autor utilizaba el potencial en lugar del subjuntivo, lo que me produjo un desasosiego completamente desproporcionado, como si hubiera sorprendido a alguien cortándose las uñas de los pies con las tijeras de la cocina.

Intenté no pensar en ello, pero lo cierto es que la preocupación iba de una pared a otra de la caja craneal con una violencia tal que en cualquier momento podía prenderse. Y es que no era sólo un problema de aquel autor: el subjuntivo, en general, había desaparecido de la conversación, de los periódicos y de los

libros.

Para muchos será una tontería, pero quién se atrevería a señalar lo que es importante y lo que no. A una hermana de mi madre, que siempre había padecido jaquecas sin que los médicos averiguaran el porqué, le operaron la nariz para colocarle en su sitio un tabique desviado, y se quedó como nueva. Quizá, pensé, si fuéramos capaces de colocar los subjuntivos en su sitio, el mundo mejoraba, o nos devolvían Gibraltar, sobre todo ahora que, a juzgar por los movimientos de la savia en el interior de la vegetación urbana, comenzaba una vez más la Creación. En esto, llegué a la cafetería de Príncipe de Vergara donde suelo leer la prensa y pedí un té con limón. En la mesa de al lado había dos hombres de mediana edad que parecían amigos de toda la vida. Agucé el oído en el momento mismo en que uno de ellos decía al otro:

—Pues yo, a tu hija, no la veo desde

un día en que coincidí con ella en el autobús, hace más de tres meses. Creo que te lo dije.

Me pareció una precisión excesiva y comprendí que el mundo estaba a punto de acabarse en esa mesa. Milagrosamente, logré aparcar la preocupación por el subjuntivo y me concentré en la conversación de los dos hombres.

—La verdad es que nos tiene muy preocupados —respondió el otro individuo—. Sabemos que sale con alguien mayor que ella, pero no hemos podido averiguar de quién se trata.

¿De quién se va a tratar, imbécil?, me dije para mis adentros. Lo tienes delante de ti. ¿Por qué, si no, ese interés en hacerte creer que no la ve desde hace tanto tiempo?

—Pero ¿creéis que se trata de un hombre que ejerce sobre ella una mala influencia? —preguntó inocentemente el amante de la niña.

—Buena no puede ser, Pedro. Sonia tiene dieciséis años y estamos hablando de un hombre casado, como tú o como yo, que podría ser supadre.

Seguro que este idiota no sabe utilizar el subjuntivo, me dije. En caso contrario, ya hubiera descubierto el pastel. Me daban ganas de levantarme y decírselo, pero en ese momento el llamado Pedro dijo que llegaba tarde a una cita (con Sonia, sin duda), así que se levantaron los dos y se marcharon. Entonces advertí que el camarero había estado atento también a la conversación y nos hicimos un guiño de complicidad.

—¿Se ha dado cuenta? —pregunté.

—Está más claro que el agua —respondió.

Intuí que se trataba de un hombre culto, pero me dijo que no, que sólo tenía estudios primarios y que ignoraba qué cosa pudiera ser el subjuntivo.

—Es un modo verbal, hombre de Dios.

—¿Verbal de verbo?

—Claro.

—El verbo se hizo carne —dijo animado por un reflejo condicionado de corte pavloviano.

—Y habitó entre nosotros —respondí yo salivando de gusto también, como un animal frente a la comida. Y eso fue todo.

Diez

Un grupo de científicos japoneses acaba de lograr que un mono cuente hasta nueve. No quiere uno imaginar qué habría sucedido de caer en manos de un grupo de pedagogos. En cualquier caso es mejor que se detenga ahí porque lo primero que se les ocurre a los primates cuando inventan el diez es hacer un decálogo. La decena multiplica el horror. Es la culpable de los diez mandamientos y del 10% de interés, sobre el que se ha edificado la banca, la bolsa y el índice Dow Jones. Peor que eso: el diez es el germen del espíritu castrense. Las escuadras, las falanges, las legiones son múltiplosde ese número abisal.

Si los generales, con perdón, sólo hubieran aprendido a contar hasta nueve, no habrían caído en la cuenta de que diez grupos de diez hacen una centuria y permanecerían sin tropa en su laberinto, por lo que las poblaciones civiles de medio mundo les estarían muy agradecidas.

Se ve que el mono japonés es una persona que sabe detenerse a tiempo. Asomarse al diez significa arrojarse al precipicio intelectual de los diez libros más vendidos, los diez discos más escuchados, los diez hombres más importantes del siglo, los diez programas más vistos de la televisión... Nueve de cada diez estrellas usan Lux, lo que no nos parece bien ni mal, pero si te diezman, en cambio, te hacen polvo. Y si te obligan a pagar el diezmo, también.

Cada una de las partes del rosario de tu madre está compuesta de diez avemarías, igual que las del rosario de la aurora, de ahí que las cosas acaben como

acaban, o sea, mal.

Está demostrado científicamente que el secreto de los nueve novísimos es que no llegaron a la decena. Se pararon a tiempo.

Hay quien cree que los monos saben hablar, aunque prefieren disimularlo para que no les hagamos trabajar. Es probable, en fin, que ese primate japonés sepa chino, pero hace como que es incapaz de contar hasta diez para no discutir. Con el nueve da una satisfacción a la ciencia y luego regresa a la meditación trascendental, que es lo suyo. El día en el que los monos traspasen ese límite les compramos un traje de Milano y los ponemos a la cola del paro. Hacen bien, pues, en no echar las diez de últimas. Resistan.

Viva la gramática

Una red invisible de palabras planea sobre nuestras cabezas. Todas las conversaciones realizadas a través de los teléfonos móviles recorren la atmósfera antes de llegar a su destinatario. A las sucesivas capas de gas que rodean la Tierra habría que añadir ahora la alfabética. Esta capa, a diferencia de la de ozono, no tiene ningún agujero. Es más, no cabe una letra ya en este tejido. De no ser transparente, hace tiempo que viviríamos a oscuras. Sobrecoge la posibilidad de que un día esas palabras se solidifiquen de forma paranormal, como los aerolitos, y comiencen a caer sobre nosotros. Saldría

uno al jardín y le caería a los pies una oración gramatical cualquiera: «Dile a tu madre que no voy a comer.»

Si las palabras fueran materiales de construcción, hace tiempo que no se podría salir a la calle. De hecho, casi no se puede entrar ya en el tren o en el autocar de línea. Está uno intentando concentrarse en una novela de Simenon, cuando le cae encima la conversación del señor de atrás con su socio. El señor de atrás fabrica envases de plástico, aunque después de escucharle un rato, en detrimento de Simenon, se da uno cuenta de que lo que el señor de atrás fabrica son frases. Defectuosas, por cierto. En las dos horas que ha durado el viaje, y la conferencia telefónica por tanto, no ha hecho una sola construcción sintáctica como Dios manda. Espero que sus envases sean mejores, aunque lo que a él le gusta es la oratoria.

La industria del futuro es la industria sintáctica. Todo el mundo habla. No

hacemos otra cosa que hablar. La atmósfera está completamente llena de conversaciones. Lo malo es que son conversaciones banales, malas, rotas, tristes, defectuosas. Tanta tecnología punta para preguntarle a la sufrida esposa dónde está la mahonesa. Pues en el tarro de la mahonesa, hombre de Dios, dónde quieres que esté. Vamos, que son mejores los teléfonos que las conversaciones. Pues bien, ahora que ya hemos conseguido una calidad impresionante en el aparato, sería hora de poner las frases a su altura. En otras palabras: viva la gramática, con permiso de Telefónica (con acento en la o).

No tienen perdón

Estamos en el año mundial de las matemáticas. Quizá por eso la ONCE ha llevado a cabo una magnífica campaña de publicidad cuyos protagonistas eran los números. Hasta los de letras dependemos de ellos para administrar nuestro salario, y controlar manías construidas a sus expensas: algunos números de teléfono, por poner un ejemplo sencillo, tienen un significado especial incluso para los que no sabemos dividir. Todo a nuestro alrededor es número. La semana tiene siete días; el mes, treinta; y el año trescientos sesenta y cinco. Faltan cinco paradas para la casa de mi novia o siete recibos para terminar

de pagar la hipoteca. Mi padre sólo me llevó al cine en tres ocasiones y mi madre daba dos besos a mi hermano y uno a mí. Hoy sólo me ha llamado tres veces por teléfono. Faltan cuatro días para el sábado...

Los matemáticos se han enfadado mucho porque en uno de estos anuncios un niño soñaba que las matemáticas no existían. Los matemáticos dicen que esta clase de publicidad alienta el rechazo hacia la materia. El caso es que la ONCE ha suspendido la campaña. Los matemáticos se equivocan. Los niños van a continuar soñando lo mismo con campaña o sin ella. Lo inteligente habría sido invitar a la ONCE a que llevara ese sueño hasta el final. Tuve un alumno cuyo sueño era que no existía la gramática. Lo contó en clase y yo invité a todos a que nos comportáramos como si la gramática no existiera. Pasados quince días, los alumnos habían comenzado a construir una gramática propia, pues se

dieron cuenta de que se podía vivir sin balones y sin recreos y sin merienda, pero no sin gramática. Durante aquel curso estudiamos la gramática escrita por ellos y aprendimos (yo también) más que en los cinco años anteriores.

Si los matemáticos hubieran invitado a la ONCE a desarrollar ese sueño, habríamos comenzado a construir unas matemáticas porque se puede vivir sin otras cosas, pero no sin saber cuántos dedos tenemos en cada mano. Los matemáticos han metido la pata, pues: y en el año mundial de las matemáticas. No tienen perdón. Gracias, ONCE, por esa publicidad tan imaginativa.

Amortización

Al llegar a casa me di cuenta de que el cepillo de dientes que me acababa de comprar temblaba. Como me lo había despachado un farmacéutico amigo, le llamé.

—El cepillo de dientes tiembla —le dije.

—No tiembla, vibra —apuntó él—, pero si prefieres uno de los de toda la vida, te lo cambio.

Me preocupó no haber advertido la diferencia entre temblar y vibrar, de modo que colgué y acudí al diccionario. Temblar era agitarse con sacudidas de poca amplitud rápidas y frecuentes. Vibrar, por su parte, equivalía a producir

un movimiento trémulo en algo delgado y elástico. Del cepillo se podían predicar, pues, las dos cosas, es decir, que temblaba y vibraba. Lo que ocurría era que lo tembloroso carecía del prestigio de lo vibrátil. Mi maquinilla de afeitar, por ejemplo, tiembla, pero la publicidad afirma que vibra. Los vibradores de uso venéreo no tendrían ningún éxito comercial si se dijera de ellos que tiemblan. Miento, quizá tendrían un éxito limitado entre personas enfermas como un servidor. Si me dan a elegir entre algo que vibre y algo que tiemble, elijo algo que tiemble, es mi carácter.

En cualquier caso, el término vibrátil me gusta. Reparé en él en la escuela, cuando nos mostraron los seudópodos de las amebas, que eran asimismo vibrátiles, como las máquinas del sexo (y las de afeitar, además de los cepillos de dientes). Las colas de los espermatozoides vibran también para llegar al óvulo; si lo alcanzaran temblando, provocarían la

impresión de que les da miedo. Yo juraría que el espermatozoide del que provengo, a juzgar por los resultados, llegó a su destino temblando más que vibrando. Y bien, aunque se pueden tener buenas o malas vibraciones, lo cierto es que el temblor está generalmente asociado a lo malo y la vibración a lo bueno.

Cuando hay movimientos sísmicos, por ejemplo, los cristales de las ventanas no vibran, tiemblan, lo mismo que el suelo o las lámparas y los habitantes de la casa. En todo esto pensaba yo mientras me cepillaba los dientes con mi nuevo artefacto vibrátil. Cuando me enjuagué la boca, lo tenía prácticamente amortizado.

Conversaciones raras

En la mesa de al lado un hombre le decía a otro que no estaba seguro de que le gustara ser español. Me sorprendió el matiz (ese «no estoy seguro»).

«¿Preferirías ser turco?», le preguntó su compañero. «Por lo menos, me gustaría probar», fue su respuesta. Como se trataba de una conversación extraña, agucé el oído. Tras permanecer un rato en silencio, el hombre volvió a hablar.

— ¿Cómo son los turcos?

— No sé, he dicho turco como podía haber dicho rumano, o sueco.

— No lo creo. Si has dicho turco tiene que ser por algo. Si no, habrías dicho rumano o sueco. ¿Qué tienes con los

turcos?

—No tengo nada con los turcos. Creo que me gusta cómo suena la palabra turco.

—En mi casa teníamos una cama turca para las visitas. En la mía también. Y no entendía por qué las visitas tenían que dormir en aquella cama. Un día me acosté en ella y tuve un sueño turco.

—¿Por qué sabes que se trataba de un sueño turco?

—Porque la gente iba con turbantes.

—No sé si los turcos van con turbantes.

—En una enciclopedia vi el dibujo de un rostro con turbante. Debajo ponía: Cabeza de Turco.

—Pero cabeza de turco quiere decir chivo expiatorio.

—La verdad es que es todo muy raro porque turbante viene de turbar. Yaquel turbante no turbaba, sólo servía para envolver la cabeza.

—Mi hermana siempre salía del cuarto de baño con un albornoz y una

toalla en la cabeza, a modo de turbante.

—¿Y te turbaba?

—Pues la verdad es que sí, pero por el albornoz.

Se callaron un rato, al cabo del cual, uno de ellos dijo que no estaba seguro de que le gustara ser pobre.

—¿Preferirías ser turco? —preguntó el otro.

Salí corriendo de la cafetería porque distingo una conversación circulara diez kilómetros. Y les tengo pánico.

Dominga negra

Esta mañana, entre los edificios de mi barrio, se agitaban multitud de golondrinas. No sé cuándo llegaron. Yo he reparado en ellas hoy, que he salido a pasear a cuerpo. Se cruzaban en el aire a la manera de las bolas de luz de los fuegos artificiales. Unos fuegos artificiales negros. Por cierto, que Obama, el ya casi seguro candidato de color a la presidencia de Estados Unidos por el partido demócrata, aparece en todos los informativos como un fuego artificial mulato. Conviene felicitar por este avance, pero sin dejar de lamentar que hayamos tardado tanto tiempo en descubrir que entre un negro y un blanco

no hay mayor diferencia que entre un martes y un miércoles. Podríamos llamar martes al miércoles, y viceversa, sin alterar ningún orden (en el caso de que exista alguno). Si hubiéramos llamado negros a los blancos, Hillary habría sido negra y mujer: un fuego artificial completo.

Una voz discrepa dentro de mí acerca de la igualdad entre el martes y el miércoles. Por lo visto hay más martes negros que miércoles negros. El ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York sucedió un martes (negro). Y el desplome de la bolsa china, en febrero de 2007, también, lo mismo que el crac del 29. El martes está implicado, en efecto, en numerosos crímenes, sobre todo cuando se asocia con el día 13 de mes. Resulta fácil, como ven, desprestigiar a este día de la semana. Nadie te reprochará que te cagues en él. Ni que maldigas el número 13. En muchos hoteles no hay habitaciones con este

número (creo que en los aviones tampoco existe esa fila). Personalmente, me parece un modo de racismo. Pero en algún sitio hemos de colocar ese instinto fascista que llevamos dentro. Y mejor en un día de la semana que en una persona (humana). Sólo una puntualización: quizá llamar martes negro a un martes negro pueda

herir la sensibilidad de los miércoles negros, que no se han metido con nadie.

Uno intenta, en fin, comportarse como un ser racional, pero el lenguaje lo pone muy difícil. ¿Por qué todos los días de la semana, por ejemplo, son masculinos? ¿Qué daño nos haría tener una miércolas, o una juevas, incluso una dominga? Una dominga negra, por supuesto.

Kierkegaard

Me encontraba en la cocina, pelando filosóficamente (¿hay otro modo?) unas judías verdes para la cena, cuando entró el perro y me preguntó si íbamos a salir. No le contesté porque, sabiendo como sé que los perros no hablan, deduje que aquello sólo podía ser una alucinación auditiva, producto del calor o de una siesta confusa, de la que no me había recuperado. Por eso, se me heló la sangre en las venas (¿en dónde si no?) cuando mi mujer, que estaba en la habitación de al lado, me preguntó con quién hablaba. «Con nadie», balbuceé intentando ocultar mi turbación. «Pues si no te importa hazlo en voz baja»,

añadió ella.

Permanecí un rato observando atónito al perro y luego continué pelando las judías como si no hubiera pasado nada (a partir de cierta edad, los sucesos sin explicación se multiplican como hongos). Pero al día siguiente, estaba limpiando unas sardinas con las escamas plateadas (influencia de Lorca), cuando entró de nuevo el perro con expresión de querer decirme algo. Esta vez me adelanté a él y di un par de ladridos muy convincentes.

«¿Por qué ladra el perro?», preguntó mi mujer. «Porque quiere salir — dije —, es la hora.» «Pues sácalo», sugirió ella. Le puse la correa, nos fuimos a la calle y estuvimos una hora hablando de Kierkegaard sin levantar sospechas.

Las lenguas

Es sabido que los habitantes de Babel, una vez confundidas sus lenguas, se dividieron en grupos que partieron en direcciones diferentes para repoblar la Tierra. La Biblia no dice si había grupos, valga la contradicción, de una sola persona. Pero nosotros queremos imaginar que en aquel reparto lingüístico hubo lenguas que sólo hablaba un individuo: los solitarios del mundo, los malditos, los incomprendidos. Hombres o mujeres que hablaban sin que nadie los entendiera y sin que ellos entendieran a los demás. Aquellas almas partieron solas y fundaron países de un solo hombre o de una sola mujer con su

constitución y sus semáforos y su ganadería y su gramática y su gastronomía y su medicina natural y su urbanismo.

Una lengua de este tipo, dado que las palabras sirven para comunicarse, puede parecer un peine sin púas. Pero se trata de algo más dramático (o quizá más hermoso). Si dispones de una lengua, por rara que sea, ¿cómo evitar utilizarla? Hablas contigo mismo, con el armario de tres cuerpos, con la mesa camilla, con la nevera, con el polvo, con las sábanas... Pero hablas. Hasta es posible que te dé por escribir. ¿Se imaginan a alguien escribiendo una obra maestra que nadie, excepto su creador, podrá leer? El caso es que hay en la actualidad un número notable de lenguas habladas por un solo individuo y otras tantas en trance de extinción. Todos los días desaparece algún idioma como desaparece una especie animal o vegetal. Estamos en pleno proceso de implosión.

Las lenguas de un solo individuo se están convirtiendo en una especie de atracción turística. Los estudiosos de todas las universidades del mundo acuden a visitar a estas personas, por lo general ancianas, y les piden que hablen. Hay una fascinación difícil de entender en esa escucha, como en los idiomas particulares creados por algunos hermanos gemelos. La división de lenguas, tal como aparece en la Biblia, parece una maldición, pero fue un milagro. Gracias a ella somos conscientes del valor del idioma. Si todos habláramos el mismo, la lengua habría devenido en algo biológico, a la altura del hígado. Pero el hígado sería interesante si lo poseyera un solo hombre.

Significados metafóricos y literales

Hasta que se popularizaron los trasplantes de cara, ignorábamos que el término «descarado» tuviera un sentido literal. Pero hay, en efecto, gente sin cara como hay gente sin brazos o sin piernas. Metafóricamente, un descarado es un sinvergüenza. Lo curioso es que tener «mucha cara» significa lo mismo. Va a ser verdad, como decía mi pobre padre, que los extremos se tocan. Los padres suelen llevar razón con veinte, treinta y hasta cuarenta años de retraso, lo que constituye un auténtico desastre, pues sólo hay algo peor que una mentira: una

verdad a destiempo. En mi infancia, había dos clases de niños: los descarados y los educados. Los educados eran, en realidad, tímidos. Lo sé porque yo era educado. Cuando mis mayores me felicitaban, ignoraban que estaban promocionando mi timidez, mi miedo a la realidad, mi pánico a la gente. En fin, la vida.

Ya se han autorizado en España los trasplantes de cara. Y hay lista de espera. Las autoridades, para despejar las dudas de los donantes, aseguran que el rostro transplantado no se parecerá al que lo cede, sino al que lo recibe. O sea, que es la calavera la que imprime carácter. El rostro viene a ser como el musgo sobre la piedra: se adapta a sus irregularidades. La misma cara, sobre calaveras diferentes, tiene expresiones distintas. Estos días hemos visto por la tele varios rostros transplantados y aún no quedan muy bien, pero todo se irá. En ese terreno, estamos en la

edad de la mecánica. Cuando se llegue a la de la genética, bastará colocar sobre el hueso el gen de la cara para que salga una cara nueva. Lo bueno es que ni siquiera tendrá que ser un gen de ser humano. Cuando a una mosca le pones el gen de un brazo, fabrica un ala, porque el gen sabe que en ese contexto orgánico es lo que toca. Del mismo modo, si sobre una calavera humana

pones un gen de mosca, sale un rostro como el mío, o el de usted, no se ofenda, no estamos tan lejos de las moscas.

Lo sorprendente, como señalaba al principio, es que una expresión (ser un descarado) nazca como metáfora y evolucione hacia la literalidad, pues lo normal es lo contrario. Dentro de nada, llamar a alguien descarado será políticamente incorrecto. Protestarán las asociaciones de la gente sin cara.

Leer

Estoy leyendo un libro mal encuadernado en el que las últimas palabras de cada línea se pierden en las profundidades del lomo, de manera que para acceder a ellas hay que desviscerar el volumen. Al principio, pensé en devolverlo, pero me he aficionado a hurgar en él como en las interioridades de un centollo. Las palabras rescatadas a los entresijos saben mejor que las que están a simple vista. Parece mentira que hayan inventado un libro electrónico, que por lo visto imita la textura del papel, y no hayan descubierto un libro que se pueda chupar, como la cabeza de una gamba, para extraerle la

masa encefálica. De momento, si encuentra usted un volumen mal encuadernado, lléveselo a casa, arránquele los sesos sin escrúpulos y no dude en metérselos en la boca.

A veces, para acordarnos de que las palabras tienen sabor, conviene poner dificultades entre ellas y nosotros. O leer en un idioma extranjero. Un día, volando en una línea aérea alemana, me puse a hojear la revista de a bordo y lo entendí todo hasta que caí en la cuenta de que no sabía alemán. Ahora que tanta gente se va a estudiar inglés a Londres, hay que reivindicar el don de lenguas, que consiste justamente en disfrutar de los idiomas con la boca. Si te relajas y no piensas tanto en el significado de las frases como en su sabor, lo comprendes todo sin necesidad de estudiar. Cuando las palabras sean un bien escaso, como el caviar, recuperaremos el asombro de tragárnoslas y de volverlas a la boca, como los rumiantes, para masticarlas por

segunda vez. El problema es que comemos palabras a todas horas, todos los días del año.

Los monjes de clausura, que sólo pueden hablar a determinadas horas, usan el alfabeto con avaricia. Cuando los vocablos son caros, se utilizan con más gusto, porque se añora su sabor. Ese niño que balbucea sus primeras palabras asombra a toda la familia, porque en él el vocabulario es todavía una rareza. Quizá usted no haya tenido ningún niño, pero si tiene la suerte de tropezar con un libro mal cosido, cuyas palabras sea preciso extraer de sus vísceras con la perversidad con que arrebatamos las huevas al salmón, tal vez adquiera o recupere el placer de leer este verano.

Enhorabuena.

Pendasco

Al día siguiente de que el gobierno prohibiera la utilización de la palabra pendasco, todos los ciudadanos, como es lógico, la pronunciaron por primera vez. La palabra pendasco no existía, de manera que era absurdo prohibirla, pero al gobierno le pareció un modo eficaz de desviar la atención de la gente de los problemas reales. Así fue como un término que nadie había oído jamás apareció en las tapias de todos los edificios oficiales escrito con aerosol o a brocha gorda. Los empleados del Ayuntamiento se pasaban el día limpiando de las fachadas frases como «Viva el pendasco» y

«Pendasco o muerte». Fueron detenidos centenares de jóvenes que sufrieron martirio por propagar el vocablo maldito, y en las universidades, cuando los profesores entraban en clase, se tropezaban con un gigantesco pendasco escrito con tiza en la pizarra.

Aunque las autoridades endurecieron las penas para aquellas personas que escribieran o pronunciaran la palabra, las calles aparecían cada día tapizadas de panfletos sin otro mensaje que el de las ocho letras del vocablo maligno. Algunos periodistas rebeldes hacían acrósticos o distribuían sus sílabas a lo largo de los artículos, pero no era necesario: la gente construía el término prohibido tomando letras de un editorial o de una esquila, indistintamente, dando por sentada una intencionalidad transgresora por parte del periódico. Se crearon varios partidos clandestinos para la defensa del pendasco y el clamor popular fue tal que el gobierno se vio obligado a dimitir. Lo

primero que hizo el nuevo gobierno fue legalizar la palabra y ordenar su inclusión en el diccionario.

Como nadie sabía qué significaba, los académicos empezaron a dar largas. Cada año aseguraban que incluirían pendasco en la siguiente edición, y aunque luego incumplían su promesa, la presión cesó, pues desde

que estuviera autorizada nadie mostraba el mínimo interés por la palabra, que entró de lleno en el olvido cuando el nuevo gobierno decidió hacer frente a la primera crisis de su mandato prohibiendo la utilización de otro vocablo inexistente que enseguida estuvo en boca de todos, etcétera.

Posología de la dosis

Hoy todo el mundo sabe lo que es un analgésico, pero hace años esa palabra pertenecía al lenguaje culto. Lo que no sabríamos decir es si la oferta de analgésicos creó los dolores de cabeza o no hizo otra cosa que responder a una demanda latente, a la que sólo faltaba poner nombre. Lo cierto es que no se le ocurre a uno cómo nombrar un medicamento antidoloroso si no es con esta palabra mágica: analgésico. Basta casi con pronunciarla para sentir un alivio considerable, sobre todo si la pronunciamos al tiempo de tomar una bebida caliente. Analgésico. Analgésico. Qué gusto.

Resulta curioso que los periódicos tengan secciones de divulgación científica, donde se nos muestra la evolución de los neutrinos (en el caso de que existan), aunque no tengamos nada que ver con ellos, y que no ofrezcan sin embargo una sección de gramática, de lengua, o como quiera que se llame, en la que se persiga la evolución de las palabras, al menos de las palabras cuya influencia en nuestra vida cotidiana está fuera de toda duda. Analgésico es una de ellas. Y posología también. Antiguamente se decía dosis (o diócesis), lo que no es exactamente lo mismo.

—¿Cuál es la dosis indicada, doctor?

—Ahora ya no se dice diócesis, sino posología.

El paso de la dosis a la posología fue muy duro para los hipocondríacos, porque posología no significa prácticamente nada. Dice uno «posología» y no ocurre nada dentro de su cabeza. Sería mejor decir «posología

de la dosis», aunque quizá constituya una redundancia, no lo sé. El caso es que a mucha gente le hace más efecto la pastilla cuando en lugar de tomar una posología de ella toma una dosis (o una diócesis).

Otra cosa muy desconcertante que antes prácticamente no existía es el «modo de empleo». Se entiende el «modo de empleo» en una herramienta, pero en una medicina suena raro, como si en lugar de ingerirla se la tuviera uno que poner a manera de prótesis. El «modo de empleo» se ha popularizado con los parches, pero lo más probable es que naciera con el supositorio. El primer hombre que vio un supositorio debió de quedarse como el que descubrió el centollo. «¿Cómo se come esto?», se preguntarían los dos. Y es que no se comen: uno se introduce por el recto y el otro se chupa.

De pequeño oí la historia de un enfermo inculto al que el médico había recetado unos supositorios. Como el hombre no sabía qué hacer con aquella cosa tan rara, telefoneó al médico quien le dijo que se los metiera por el culo.

—¿Qué te ha dicho el doctor? —
preguntó la esposa.

—Se ha enfadado y me ha dicho que me los meta por el culo.

—Si es que eres un pesado —concluyó la mujer.

No queremos ni pensar qué habría sucedido si le hubiera hablado de la posología en lugar de la diócesis. Las palabras matan.

Punto final

Durante mucho tiempo creí que apatía se escribía con hache: hapatía, hapático. Si algo percibe uno las temporadas en las que se encuentra apático, es el soplo enfermizo de una hache muda recorriendo su sistema linfático. Ese soplo no nos permite hacer otra cosa que permanecer tumbados en el sofá, dudando entre la poesía y la novela, la compañía o la soledad, la vida y la muerte. La apatía (o hapatía) es una enfermedad terrible, no ya porque no te permite hacer nada, sino porque en sus peores manifestaciones puede llegar a volverte hiperactivo.

Personalmente soy apático (hapático,

en realidad), aunque es tal la culpa que ello me produce que cuando llevo cinco minutos en la misma silla me levanto. Así es como me he vuelto hiperactivo. La hapatía, combinada con la culpa, produce esta monstruosidad de hapáticos hiperactivos. En la naturaleza hay algún ejemplo: la lagartija. Este animal permanece quieto la mayor parte del día, pero cuando le da por moverse no hay quien le atrape. No hay nada más hiperactivo que el rabo de una lagartija. También hay altos bajos. En mi colegio había un chico al que todos teníamos por alto. Hace poco lo encontré en la calle y resulta que era cuatro o cinco centímetros más bajo que yo. Se ve que su estatura le llevaba a superarse moralmente de un modo tal que nos hizo creer a todos que era alto. Es un misterio el modo en el que la mayoría de las cosas tienden a su contrario. Los tímidos suelen ser atrevidos, los atrevidos cobardes, y en las palabras con hache

muda, la letra muda es la que más canta...

El sinónimo más evidente de la apatía es la astenia. Desde la primera vez que escuché esta palabra supe que le convenía una hache, aunque quizá no la llevaba por pereza. Hastenia, hasténico. Es evidente que el soplo mortal de esa hache invisible es el que le hunde a uno en la depresión atenuada que llamamos hapatía. Soy, pues, hapático y hasténico, de ahí que mi castigo haya sido convertirme en un hiperactivo. Abulia también debería llevar hache, habulia. La hache es terrible. Mucha gente cree que arrancándola de la ortografía la indiferencia sería más llevadera, el aburrimiento más digno.

Durante un tiempo, pensé que la hastenia era característica del carácter contemplativo. Santa Teresa de Jesús, tan contemplativa ella, tan apática, no paraba sin embargo de hacer cosas. Pero cuando le entraba el bajón caía en unos arrebatos

místicos que no eran sino una manifestación de la pereza. El perezoso está condenado a alternar el letargo con la actividad. Su estado natural es el letargo, pero lo disimula viajando todo el rato. Afortunadamente, para viajar es preciso pasar mucho tiempo sentado: en el avión, en el coche, en el tren. Por eso asiento debería escribirse también con hache: hasiento. De hecho, es una palabra con forma de silla. Usted disculpe que no me levante.

Biografía

A partir de cierta edad vas en el autobús y oyes una palabra cualquiera: colcha, por ejemplo, y enseguida comienzan a desfilarse por tu cabeza las colchas de tu vida. Quizá recuerdes las primeras, destinadas más al abrigo que al adorno: una de ellas tenía un tacto semejante a la que había en el último hotel en el que tuviste que hacer noche: un tacto áspero, como de un terciopelo descortés, grosero. Quizá no resististe la tentación de pasar la lengua por su superficie para recuperar el sabor del insomnio infantil, del miedo. Y si escuchas la palabra reloj recordarás sin duda aquel de péndulo que daba los

cuartos y las medias y las horas enteras en la casa de tus abuelos, donde pasaste la escarlatina o las paperas.

A lo mejor estás en la barra de un bar y alguien menciona a tu lado la palabra pasillo; entonces, aun sin cerrar los ojos, se te aparecen los pasillos de tu vida: aquel por el que se deslizaban las campanadas del reloj de péndulo, mientras te tapabas la cabeza con la colcha para no oírlas cabalgar hacia tu cuarto. O aquel otro por el que a partir de cierta hora de la tarde comenzaba un tráfico intenso de fantasmas. Pero también uno en el que te extraviaste para siempre, del que a lo mejor no has salido. Y si piensas en ese vaso que ahora te llevas a la boca, quizá recuerdes uno de aluminio cuyos bordes, fríos como los labios de un cadáver, sabían a electricidad.

A partir de cierta edad, las palabras son como las teclas de un ordenador; las pronuncias con la punta de la lengua o

las golpeas con la yema de los dedos, da lo mismo, y aparece en la pantalla de la memoria un directorio de colchas, de relojes, de pasillos o de vasos, que son los diferentes pedazos de tu biografía. Cuando todos esos directorios se confunden bajo el misterioso código organizador del Alzheimer, estás listo.

Palabras, palabras

De repente, en medio de una entrevista que discurría por los cauces habituales, sin que nada inquietante surgiera por uno u otro lado, la periodista me preguntó con expresión ingenua:

—A usted le están pidiendo palabras todo el día, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Palabras para artículos, palabras para conferencias, palabras para novelas... ¿No se le acaban nunca las palabras?

—Uso varias veces la misma — respondí para salir del paso, e intercambiamos una sonrisa cómplice.

—Pero en algún momento se le acabarán —insistió ella.

—A veces, sí —concedí—, de ahí la expresión «quedarse sin palabras».

—¿Y entonces qué hace?

—Continúo hablando o escribiendo.

Tarde o temprano empiezan a salir otra vez.

—¿De dónde?

—Es usted una pesada. Yo no sé de dónde salen las palabras, pero sí sé que tengo más cuanto más las consumo. Funcionan al revés del dinero: si uno las invierte en valores seguros, no dan nada. Hay que gastarlas, incluso malgastarlas, para que su precio suba como la espuma. Hace diez años tenía menos palabras que ahora, a pesar de haberlas derrochado a millones, y dentro de otros diez espero haber multiplicado mi capital por mil.

—¿Y qué hará con ellas?

—Lo mismo que ahora. Darlas en conferencias, en artículos, en libros. Darlas por teléfono. Darlas a grito. Darlas a través del fax y del telégrafo...

—Lo dice usted como si le molestaran. Parece que habla de insectos más que de palabras.

—Es que se reproducen al mismo ritmo. Pero usted, ¿por qué no me pregunta lo que todo el mundo?

—Porque estoy llena de palabras y no sé qué hacer con ellas.

—Démelas, escribiré con ellas una novela.

Pero no me las dio. Moraleja: sí sabía qué hacer.

Las axilas

Hace poco, en el coloquio posterior a un encuentro literario, alguien se refirió admirativamente a la invención del desodorante. Todos estuvimos de acuerdo en que ha tenido mayor trascendencia que la del submarino, entre otras cosas, porque un submarino en el que la tropa no usara desodorante sería inviable. Entonces, se levantó una señora y dijo que para hallazgo, hallazgo, el del sobaco. Aunque el acto había comenzado a despeñarse por vericuetos insólitos desde las primeras intervenciones del público, a mí me pareció una vuelta de tuerca excesiva y comencé a poner mala cara. No obstante, la señora añadió: «Se

trata de un descubrimiento tan bueno, que ni siquiera hemos sido capaces de encontrar la palabra adecuada para designarlo. Axila resulta cursi, y sobaco, grosero.»

A veces, los coloquios quedan fuera de control, convirtiéndose en pequeñas piezas surrealistas. De súbito, el público se dividió entre quienes preferían tener sobacos y quienes estaban seguros de poseer axilas, formando dos bandos irreconciliables. La solución de tener *abaco* o *soxila*, que propuse frente a la inoperancia del moderador, fue rechazada por unanimidad. La señora me apremió para que yo mismo, que era el ponente, me definiera: «¿Cómo llama usted a los alvéolos que tiene debajo de los hombros?»

No supe qué responder. Entonces ella levantó el brazo y mostró con impudicia uno de los suyos, completamente rasurado, dejándonos a todos sin palabras: parecía un estuche orgánico en

el que nos habría gustado quedar atrapados para continuar el coloquio en sus profundidades. No había derecho a nombrar aquella cavidad de un modo tan obscuro, era verdad, y le di la razón a la señora, con la que luego nos fuimos a cenar para que nos ilustrara sobre otros rincones del cuerpo sin nombre o mal nombrados.

Cuando llegué al hotel y me quité la camisa frente al espejo, pensé que era más rico que antes de dar la conferencia. De hecho, había salido de casa con dos sobacos, o quizá dos axilas, y regresaba con dos alvéolos. Menuda diferencia.

Obeliscos

«Estoy harto de ser un cerdo a la izquierda», dijo alguien en el autobús, muy cerca de mí. La persona con la que hablaba no le corrigió, y como tengo complejo de inferioridad pensé que tal vez era yo el que lo había dicho mal toda la vida. Imaginé, pues, un cerdo a la izquierda de un siete y me pareció que tenía el mismo valor que si lo ponía a la derecha. Llovía con una neutralidad filosófica y el tráfico parecía resignado, en contra de su naturaleza, a no traficar. Intenté multiplicar un número cualquiera, el 22, por la unidad seguida de ceros, pero no salía nada razonable. El pensamiento se engolfa a veces en

estos vericuetos inútiles.

Al final no pude resistir la incertidumbre e interrumpiendo la conversación entre los dos individuos pregunté si había dicho cerdo o cero. El hombre me contempló unos segundos y luego volvió el rostro despectivamente. Entonces me acordé de un compañero que confundía obelisco con basilisco. «El jefe se ha puesto hecho un obelisco», decía cuando el director se enfadaba.

Y algo de razón tenía, porque lo cierto es que su modo de ponerse como un basilisco era adoptar la postura de superioridad de un obelisco. Pero mi compañero no lo decía con esa intención doble, o quizá múltiple. Acertaba por casualidad. Lo que no tenía ningún sentido, se mirara por donde se mirara, era lo del cerdo a la izquierda.

Llegué a la oficina y encontré a mi jefe hecho un obelisco. No me dio ni los buenos días. Entonces le dije que no soportaba que me tratara como un cerdo

a la izquierda. «Como un cero a la izquierda», corrigió. «Yo me pondré como un cero cuando usted se ponga como un basilisco», respondí. Se quedó atónito y desde entonces siempre me saluda. En resumen, que por haber actuado como un cerdo he dejado de ser un cero. Todo es así de raro.

Palabras

Si al abrir la boca, en lugar de palabras, nos salieran libélulas, estudiaríamos entomología para conocernos mejor. Pero las palabras son también formas biológicas perfectamente articuladas que segregan ideas como las serpientes veneno o las abejas miel. El entomólogo de las palabras es el lexicógrafo, al que no es raro ver en las esquinas armado de una red con la que atrapa voces que luego ordena, al modo de una colección de insectos, en el interior de un volumen. La diferencia entre el diccionario y las cajas de escarabajos atravesados por un alfiler es que en un buen diccionario de uso las

palabras se mantienen vivas. Las hay con cabeza, tórax y abdomen, o con caparazón, artejos, aguijones y labros. Muchas poseen unas formaciones oscuras que al levantarse con el misterio de las faldas dejan ver esa suerte de lencería fina, los élitros, con los que vuelan alrededor de los labios de las mujeres y los hombres antes de diluirse en el aire como el hielo en agua.

Hay palabras que dicen lo contrario de lo que significan y palabras que aun no significando nada consiguen atravesar la barrera de los dientes y aletear como un pájaro ciego durante unos instantes ante nuestros oídos. Algunas viven siglos y otras desaparecen a las 24 horas de ser alumbradas. Muchas sólo nacen para fecundar el lenguaje, por el que son devoradas una vez cumplida su función reproductora. A ciertas voces, después de haber sido encerradas dentro de una definición, se les escapa el significado, como el jugo de una fruta

abierta, y cuando vuelves a usarlas no tienen sentido o han adquirido uno nuevo y sorprendente.

Un diccionario, pues, viene a ser un terrario en el que en lugar de ver salamandras o ranas o tritones vemos la palabra *salamandra*, la palabra *rana*, la palabra *tritón*, incluso la palabra *palabra*, mostrándonos sus hábitos significativos o formales, sus articulaciones, su extracción social, sus intereses. Aguilar acaba de publicar el de Manuel Seco, que constituye hoy por hoy el mejor zoológico de términos vivos conocido. Al recorrerlo, uno se da cuenta de que estamos hechos de palabras, como la Biblia o *El Quijote*, a cuyo lado, en todas las casas, debería haber un diccionario.

Efímero

Mi hijo entra y me pregunta qué quiere decir efímero. Otras veces, en lugar de con una palabra, viene con un insecto para que le diga su nombre. Cuando un niño abre la mano y te muestra un animal, es como si tú mismo vieras por primera vez ese animal. Y cuando te muestra una palabra, es como si no la hubieras oído nunca hasta ese instante. Efímero. No siempre trae insectos o palabras. A veces, llega a casa con objetos cuya utilidad ignora. Yo tengo la costumbre de preguntarle de dónde ha sacado tal cosa o tal animal. No es lo mismo hurgar en la caja de herramientas que en la basura. El mismo

objeto significa cosas diferentes según de dónde proceda. Con las palabras pasa igual. «De dónde has sacado esa palabra», le pregunto.

No me lo quiere decir. Le presiono. «De un libro», dice al fin. «De qué clase de libro», insisto, aunque sé que he llegado al límite del interrogatorio. Y es que no me gusta que vaya recogiendo palabras de cualquier sitio. Las palabras transmiten multitud de infecciones. Una vez contagiado, caen sobre ti las enfermedades oportunistas (las frases oportunistas, cabría decir), y estás perdido. No es lo mismo encontrar la palabra efímero en un poema que en una esquila. No es lo mismo. Le digo al fin que algo efímero es algo que no dura y le sirvo tres o cuatro sinónimos: fugaz, perecedero, provisional... «¿La vida es efímera?», me pregunta ahora y comprendo que ha sacado la palabra de donde no debe.

«La vida es muy larga, hijo —le

respondo—. Las horas, al menos, lo son»,
añado recordando un verso de Borges
(«la vida es corta, aunque las horas son
tan largas»). Me mira con expresión
ausente. Luego me da las gracias y se va
olvidando la palabra encima de la mesa.
No recuerdo la primera vez que yo
mismo tropecé con ese término, efímero,
ni si fue en la basura o en un libro. Pero
recuerdo la primera vez que, por pura
inconsciencia, tomé una cucaracha entre
los dedos. Hoy no me atrevería. Tampoco
me atrevería a coger la palabra efímero.
No por asco, sino por miedo al contagio,
así que la dejo, para que desaparezca
cuando limpien el polvo.

Adverbios, política, palancas y teología

En la mesa de al lado —a la hora de mi gin-tonic— dos hombres, uno de ellos con bigote, hablaban de sus preferencias o manías sexuales.

—Yo —dijo el del bigote— no me corro hasta que mi mujer dice «exhaustivamente». Ya podemos hacer todas las diabluras que quepa imaginar que yo, mientras no pronuncie esa palabra, me mantengo enhiesto. Ahora bien, como diga «exhaustivamente» me corro vivo en tres segundos. Me di cuenta de este automatismo en el metro, hace ya muchos años. Llevaba un par de horas con una erección de

caballo que me empezaba a doler. En eso, una mujer pronunció cerca de mí esa palabra y allí mismo, rodeado de gente (era una hora punta) me corrí. Y cómo sería de productiva la eyaculación que tuve que volver a casa a cambiarme. Pues bien, llego a casa y resulta que mi mujer no ha ido a trabajar porque se encuentra mal. Le preparo un café, empezamos a tontear, esto y lo otro, y cuando ella ya ha tenido seis o siete orgasmos, no sé cuántos porque es multiorgásmica, y me dice que pare ya, por favor, porque no puede más, y que me corra yo también de una vez, le pido que diga «exhaustivamente», lo dice, y allá que me voy de nuevo, y con una producción más abundante que la del metro.

—«Exhaustivamente» —añadió el otro—, un adverbio, no está mal. Tú y yo sabemos lo que significan los adverbios.

—Claro, claro, no es muy original, qué quieres que te diga. Pero me

funciona, que es lo importante. Ahora mismo, sólo por haber pronunciado dos o tres veces el dichoso adverbio, he empezado a excitarme. Si seguimos por este camino, no te ofendas, pero me tengo que retirar.

(Quizá eran gramáticos, no sé, pero yo ignoraba que hubiera alguna relación entre los adverbios y el sexo. Más tarde, en casa, lo busqué en Google. Escribí «sexo y adverbios» y me salieron cursos de inglés y de historiografía lingüística y hasta un diccionario básico de criminalística, pero nada que justificara la asociación de aquellos dos hombres entre esa parte de la oración y el placer venéreo. También repasé la definición de adverbio sin que se me hiciera la luz.)

—¿Y tú tienes alguna palabra fetiche?

—preguntó el otro quitándose del bigote unas migas de la magdalena que se acababa de comer.

—Me gusta mucho «obviedad». A mí,

una mujer me dice «obviedad» y me voy también en cuestión de segundos.

—Pero «obviedad» no es un adverbio.

—Ya, ahí está lo raro.

—Tú eres un perverso sexual.

—No te digo que no.

—¿Y a qué atribuyes esa manía con el término «obviedad»?

—No sabría decirte, pero Felipe González, si te acuerdas, la usaba mucho cuando era presidente del Gobierno. Ahora también, claro, pero se le ve menos en la tele. El caso es que un día, en aquella época, estaba viendo el telediario con mi mujer, cuando salió Felipe y dijo que no sé qué era una obviedad. Lo dijo dos o tres veces en unos segundos y yo me puse bruto, como si estuviera viendo una película porno. Total, que empecé a tontear con mi mujer, esto y lo otro, lo mismo que tú, y acabamos en la cama a una hora en la que no solíamos.

—Podríamos decir —añadió el interlocutor peinándose el bigote con los

dedos— que tu relación con el sexo tiene más que ver con la política que con la gramática.

—Creo que sí —aceptó—, la política me pone más que la gramática.

—A cada uno le pone una cosa. A mi mujer, por ejemplo, le pone la mecánica. Si pronuncio delante de ella la palabra palanca se pone enseguida a cien. Y si digo aquello de «dadme un punto de apoyo y moveré el mundo», lo tenemos que hacer inmediatamente, estemos donde estemos. Parecemos dos locos, yo gritando «palanca, palanca» y ella susurrando «exhaustivamente, exhaustivamente». ¿Y tu mujer?

—A la mía le vuelve loca la palabra «teología». Si le pronuncio al oído «teología», se pone a mis pies.

—Teología, teología... —repitió el hombre del bigote con gesto de ensoñación—. ¿Sabes que a mí también me gusta?

—Pues si te gusta se ha acabado la

conversación — dijo el otro ofendido —. También a mí me pone «palanca» y no te he dicho nada, por respeto a tu mujer.

Dicho esto, pagó su consumición y salió de la cafetería hecho una furia. Yo pedí otro gin-tonic.

La duda

Me contaba un amigo que con ocasión de las pasadas fiestas navideñas le había regalado a su hijo un *Diccionario de dudas*. «Y ahora —añadió mientras tomábamos una cerveza—, no sé si hice bien, quizá es como pedirle que deje de consultármelas a mí, por lo que tengo la impresión de haber dimitido de padre.» Se refería al diccionario de Manuel Seco, que yo utilizo desde siempre. A veces lo leo sin necesidad de que me acometa una duda, por vicio, pero también porque soy un poco obsesivo y me gusta poner la venda antes que la herida. El otro día, errando por sus páginas, descubrí que el plural de la nota musical fa es fas, no

faes. La FAES es una fundación que no admite el plural, porque si hubiera más de una el mundo se habría acabado. En cambio, preces, que significa «oraciones o súplicas», sólo admite el plural. El singular prez, quiere decir «estima, gloria, honor». Seco añade que su uso es exclusivamente literario. En cuanto al género, es ambiguo, pues se dice indistintamente el prez o la prez. A mí me suena mejor «la prez», me hace más gracia, pero no renunciaría a escribir «el prez», depende del contexto. Cosas de este tipo me ayudan a pasar la tarde.

Mientras llega la ración de gambas con gabardinas que hemos pedido, mi amigo insiste en sus escrúpulos, el pobre está francamente agobiado. Desde que le regaló el diccionario, su hijo no le pregunta nada. «Ya no sé —dice—, qué palabras le hacen daño.» «¿Qué habrías pensado tú — pregunta luego encendiendo un cigarrillo (ha vuelto a fumar)—, si tu padre te hubiera

regalado un diccionario de dudas cuando eras adolescente?» «No sé —digo—, mi padre era un hombre muy seguro. Lo más probable es que ni siquiera conociera su existencia.» «¿Lo ves? —replica entonces—, quizá le he transmitido a mi hijo la imagen de un padre inseguro, irresoluto, débil.»

Las gambas estaban bien y mi amigo propuso que pidiéramos otra ración, pero le dije que tenía prisa. Casualmente yo también le había regalado a mi hijo el diccionario de Seco, sin caer en la cuenta del daño psicológico que podía producirle. Le llamé para que no lo abriera, pero me dijo que iba por la página 87, y que ya no lo podía dejar.

La plaga

Cuando la nueva generación de pesticidas, insuficientemente experimentados, acabó con las moscas, la palabra mosca ocupó su lugar resultando más molesta que el insecto desaparecido. Dicho vocablo zumbaba por las habitaciones durante el verano, golpeándose contra los cristales de las ventanas, en los que dejaba una mancha de tinta difícil de limpiar. La palabra mosca se posaba también en la encimera de la cocina, cerca de los alimentos, y en la frente de los enfermos. Acudía a los cadáveres con una diligencia sorprendente, donde depositaba sus larvas. Y sólo se podía eliminar por

medios mecánicos, pues los químicos no le afectaban. Las había de todos los tamaños, aunque las más molestas pertenecían a la familia tipográfica Times y se presentaban con un cuerpo 13, en negrita (**mosca**), lo que las hacía más repugnantes.

Cuando la plaga alcanzó un punto insufrible, alguien sugirió que se quitaran del alfabeto las letras de que estaba compuesto el término mosca. Pero la idea se desechó enseguida, habida cuenta de que la desaparición de la eme, la o, la ese, la ce y la a atacaría a la estructura de la lengua. Las palabras caso y cosa, por ejemplo, desaparecerían por completo, pero otras como mano y boca quedarían gravemente mutiladas. Un presentador de televisión muy aficionado a la expresión «por antonomasia» llevó adelante la campaña que evitó lo que sin duda habría sido un desastre lingüístico. De modo que nos tuvimos que resignar a la invasión de la palabra mosca, a la que

se sumó muy pronto la de moscardón, que, aunque tardó más en extinguirse, también desapareció, siendo sustituido por su término.

Hace poco fui al médico para que me mirara una especie de hormigueo que venía sintiendo en las piernas. El doctor me recetó unas pastillas con las que desapareció. Pero ayer estaba observando cómo copulaba una mosca con un moscardón sobre el brazo del sofá, cuando volví a sentir el hormigueo. Al ir a rascarme, tropecé con la palabra hormigueo subiéndome por las piernas... Estaba compuesta de itálicas, del cuerpo 8. Me temo que esto no ha hecho más que empezar.

Pérdidas de crudo

Una vecina mía, cuando yo era pequeño, tenía «pérdidas», o eso decía de ella. Yo sabía lo que significaba perder algo, pero no en qué consistía tener pérdidas. En cierto modo, tener pérdidas parecía una contradicción en los términos, como la expresión «acabar de empezar». O empiezas o acabas, ¿no?, pero empezar acabando resulta un poco raro. Pues mi vecina tenía pérdidas, como si fuera capaz de poseer lo que se le extraviaba. Recuerdo su aire un poco místico, un poco misterioso, un poco resignado. Solía venir a casa al caer la tarde, para escuchar una novela radiofónica en compañía de mi madre.

—He vuelto a tener pérdidas —decía.

—Deberías ir al ginecólogo —le aconsejaba mi madre.

Busqué «ginecólogo» en el diccionario. Decía así: «Persona que profesa la ginecología.» Al principio creí que se trataba de una religión, pues sólo había escuchado el verbo «profesar» en el contexto de las creencias espirituales. De modo que había católicos, mahometanos, hinduistas y ginecólogos. No me convenció, por lo que busqué «ginecología», que resultó ser aquella «parte de la medicina que trata de las enfermedades propias de la mujer». Ignoraba que las mujeres fueran propietarias de algunas enfermedades, pero no me atreví a preguntar porque todo aquello de lo que dudabas guardaba relación, invariablemente, con el sexo. Y el sexo estaba prohibido.

Un día escuché a mi madre hablando con alguien, por teléfono, de la vecina de las pérdidas. Puse el oído y en esta ocasión

mi madre dijo

«hemorragias» en lugar de «pérdidas».

—La pobre tiene hemorragias.

Advertí de inmediato que la hemorragia era la versión grosera de la pérdida, de modo que acudí de nuevo al diccionario y busqué hemorragia, que resultó ser un «flujo de sangre por rotura de un vaso». Pensé, lógicamente, que se había cortado con un cristal, pero no entendí que rompiera un vaso todos los días, por muchos que fregara. En fin, que la palabra pérdida, tan bella, para muchos, está para mí connotada malamente. Me pregunto qué pensarán los niños de hoy cuando escuchan por la tele que un barco tiene pérdidas de crudo.

Restricciones

De repente aconteció una suerte de escasez gramatical, una sequía que afectaba al lenguaje. Las reservas de palabras y de construcciones sintácticas disminuían cada año sin que se diera un fenómeno que contrarrestara estas caídas. Siguiendo el modelo aplicado a las épocas de carestía de lluvias, el Gobierno impuso unas restricciones muy severas al uso de la lengua. No se podía hablar más que entre las siete y las nueve de la mañana y las siete y las nueve de la noche. Estas limitaciones afectaban también, como emisores de palabras que eran, a la radio y a la televisión. En el Parlamento, las intervenciones de los

oradores quedaron reducidas a la cuarta parte de lo habitual, siendo prohibidas terminantemente las metáforas, que acusaban la escasez más que cualquier otra figura retórica. Los periódicos tuvieron que buscar el modo de decir en 40 páginas lo que antes decían en 80, lo que afectó sobre todo a las columnas de opinión y al articulismo supuestamente literario.

Al tener que concentrar en muy poco tiempo todo lo que se tenían que decir, las personas se pasaban la mitad del día ensayando mentalmente el modo de expresarlo. Así, los amantes llegaban a sus citas con palabras elegidas que intercambiaban con asombro, maravillados por el significado y el sabor de aquellas voces tan escasas. Los políticos, cada vez que abrían la boca, procuraban, al contrario que en épocas anteriores, decir algo. Los vendedores estudiaban su producto de tal modo que eran capaces de relatar sus excelencias

en dos frases. Los teólogos y los poetas se callaron al comprender que su silencio, en una situación como la descrita, constituía el mejor modo de hablar de Dios y de las cosas esenciales.

Pese a que las penas previstas para los infractores eran muy severas, había gente que hablaba fuera de las horas autorizadas, aunque lo hacían de forma discreta y procurando no utilizar más palabras de las necesarias. A los pocos meses de la puesta en vigor de la ley, la lengua recuperó los niveles morfológicos y sintácticos anteriores al desastre. Cuando las autoridades levantaron la prohibición, los ciudadanos volvieron a hablar a todas horas, pero con tal prudencia que nunca más fue necesario restringir el uso de la lengua.

Escribir^[2]

«13.15. Todos los tripulantes de los compartimientos sexto, séptimo y octavo pasaron al noveno. Hay 23 personas aquí. Tomamos esta decisión como consecuencia del accidente. Ninguno de nosotros puede subir a la superficie. Escribo a ciegas.» Estas palabras, escritas por un oficial del *Kursk* en un pedazo de papel, tienen la turbadora exactitud que pedimos a un texto literario. El autor está rodeado de bocas que exhalan un pánico que ni siquiera nombra. Él mismo debe de encontrarse al borde de la desesperación, pero no tiene tiempo ni papel para recrearse en la suerte. Ha de hacer, pues, una selección rigurosa de los

materiales narrativos, y el resultado es esa obra maestra en la que, sin embargo, sólo cuenta aquello a lo que se puede asignar un número: la hora y la cantidad de hombres. En situaciones extremas, la literatura sale a presión, como por la grieta de una tubería reventada. El documento del oficial del *Kursk* es bueno porque es necesario. Mientras la muerte trepaba por sus piernas, ese hombre se entregó con fría vehemencia a la literatura. Y de qué modo.

Naturalmente, lo que no dice ocupa más de lo que dice, pero lo ausente ha de aportarlo el lector, que es tan responsable de lo que lee como el escritor de lo que escribe. Sería absurdo comenzar una novela afirmando de un frutero que es bípedo. El lector tiene la obligación de saber que los fruteros son bípedos y que están dotados de cuatro extremidades con cinco dedos en cada una de ellas. Sin estos sobreentendidos primordiales, la escritura resultaría

imposible.

Lo curioso es que un billete con cuatro líneas aparecido en el bolsillo de un cadáver responda de súbito a la vieja pregunta de para qué sirve la literatura. Sirve para contarlo. Todos aquellos que aspiran a escribir

deberían recitar el texto del *Kursk* como una oración. Ser escritor, al menos cierto tipo de escritor, significa vivir rodeado de pánico percibiendo a tu alrededor bultos que pasan de un compartimiento a otro con los calcetines mojados. Y tú eres uno de esos bultos: aquel que, por encima o por debajo del miedo, está poseído por la necesidad de contarlo, aunque las posibilidades de que alguien lo lea sean muy escasas. Escribo a ciegas.

El poema

El escritor minoritario, halagado por la crítica hasta el agotamiento, dormía mal intentando hallar las razones de un prestigio logrado de forma involuntaria. Segregaba sus textos como producía saliva, por lo que le habría sorprendido igualmente que los expertos en saliva y en fluidos corporales en general hubieran descubierto en la suya alguna particularidad inédita en otros organismos de su especie. Pasado el tiempo, harto de una reputación literaria que le aislaba paradójicamente de los lectores, quiso probar el placer de ser leído por mucha gente, el placer de vender.

Estudió, pues, los textos de los autores populares y vio que en el fondo todos trataban de lo mismo: del viaje del hombre desde el útero a la tumba, del descubrimiento de la boca como artefacto sexual, de la distancia de la energía a la materia, del amor al hastío, del sueño a la vigilia, de la sala de estar al cuarto de baño. Escribió varios libros de viajes, pues, y cuatro novelas policíacas y otras tantas de introspección psicológica (así las llamaban), además de seis o siete de aventuras, con las que agradó al gran público sin disgustar excesivamente a sus críticos, quienes consideraron saludable que el mercado fuera capaz de asimilar los productos de un autor minoritario, incluso en su versión menos genuina.

Pero también este éxito le supo a poco. Necesitaba una satisfacción más esencial, de modo que se entregó al silencio del poema con la esperanza de encontrar en él, si no la música del universo, el ruido al menos de sus

huesos, el rumor de su sangre, el secreto de la digestión. Durante meses extrajo de las regiones más remotas de la conciencia versos de formas torturadas y humedad de ataúd, versos como raíces. Una vez puestos en fila, hizo un libro cuya lectura le acercó a la verdad, o eso pensaba él, hasta que le concedieron el Premio Nacional de Poesía u otro semejante. Cuando lo recibió de manos del ministro de Cultura, o quizá del Rey, en el instante mismo de tomar la estatuilla, o el cheque, pues tenía dos partes, y al ver en primera fila a sus críticos con cara de llevar razón, y a los políticos con gesto de perplejidad, se preguntó: Dios mío, dónde buscar ahora el sentido de la vida.

La contricción me mata

Escribir está bien de no ser porque a veces no escribes, y eso te llena de remordimientos. Yo empiezo a escribir a las seis de la mañana, al menos es lo que le he hecho creer a todo el mundo, incluso a mí mismo. Pero a las seis de la mañana estoy en la cama, despierto, con la conciencia intranquila, jurándome que en un cuarto de hora me levanto. Y a las siete sigo en la misma situación. Y a las ocho. Algunos días no me pongo delante del ordenador hasta las nueve o las diez. Quiere decirse que he estado tres o cuatro horas no escribiendo. Y no hay nada que canse tanto como no escribir. Si pasas muchas horas no escribiendo,

luego tampoco puedes escribir porque estás hecho polvo.

Si no escribir sólo me perjudicara a mí, me daría lo mismo, pero el año pasado estuve una semana entera sin escribir y hubo dos accidentes ferroviarios. Un día me llamaron de una revista para pedirme un artículo sobre la alopecia. Dije que no y a las dos horas mi abuela entró en coma. Telefoneé corriendo a la revista, dije que sí y mi abuela se recuperó, con gran sorpresa por parte de los médicos, que habían dado el caso por perdido. Al verla recuperada, me dio pereza escribir sobre la alopecia y le di largas al director. A los dos meses, regresaba una tarde del cine y noté un revuelo de gente cerca de casa. Me acerqué para ver qué pasaba y vi sobre el empedrado la peluca de mi abuela. La había atropellado una moto dejándole la calva al descubierto.

No escribir es espantoso. A veces te parece que el orden del universo

depende de que escribas. Y, seguramente, depende. Los científicos creen que los días son ahora una milésima de segundo más cortos por culpa de la corriente oceánica La Niña. No es cierto: es porque no escribo todo lo que debería. Al dejar de escribir, se acelera la rotación de la Tierra. Por cada cien sustantivos no escritos, el caos avanza una milésima de segundo. No he calculado el daño de los adjetivos, ni mi responsabilidad en el agujero de la capa de ozono porque la contricción me mata.

Lo malo del día en el que comienzas a escribir, es que ese día comienzas a no escribir también. Por lo general, los críticos sólo ven lo que escribes y te juzgan por ello; si vieran lo que no escribes, tendrían mejor opinión de ti: lo que no escribes es genial. Tengo dos novelas no escritas que bastarían para pasar a la posteridad de no ser porque no hay manera de leerlas. Y tres volúmenes de cuentos. A los cuentos les viene muy

bien la no escritura, mejor que la escritura, por la tensión literaria que produce el silencio.

La época del año en la que más remordimientos produce no escribir es precisamente el verano, porque al estar todo el mundo de vacaciones, la maquinaria del universo corre más peligro de descomponerse. En el Ministerio de Exteriores, por ejemplo, no ha quedado nadie, de modo que no hay forma de averiguar por qué el consulado de Miami no atendió como Dios manda a José Joaquín Martínez. Vale que no se encuentre Piqué, que, como es lógico, tiene que arreglar los problemas de terrorismo del Oriente Medio, pero podía haber dejado a algún subsecretario de guardia.

Pues igual de vacías que las dependencias de Exteriores están las cabezas de la gente. Oyes cosas que te ponen los pelos de punta. Mayor Oreja, por ejemplo, ha asegurado que ETA está

fatal, pero que aunque estuviera bien no deberíamos decirlo. En cuanto a Arzalluz, apareció en la tele aguantándose la risa al explicar que lo que le pasaba a Anasagasti es que estaba preocupado por su mamá, que es muy mayor y ha perdido agilidad para salir de los autobuses incendiados. ¡Qué nenaza!, estuvo a punto de añadir. Por lo demás, hay en el Ártico un submarino nuclear ruso con cien soldados sin oxígeno y un brote de brucelosis en León. Todo manga por hombro, en fin.

Si no escribes en momentos así, por la noche oyes crujir la maquinaria del cosmos como si le faltara fuelle y se te aparecen los rostros de los perjudicados acusándote de todas las catástrofes. Por eso me matan los remordimientos. Haz veinte copias de este texto y envíalo a veinte familiares o amigos. Rato se lo tomó a risa y subió la inflación. Luego, telefoneó al ministerio, le pidió a un

ordenanza que hiciera las copias y la inflación subyacente al menos se quedó como estaba. Villalonga lo tiró a la papelera y perdió el trabajo. Entonces se acordó del papel, lo recuperó, envió las copias y le tocaron 7.000 millones. Créetelo.

El lector

El iniciado estaba leyendo un libro de biología cuando la palabra *cucaracha*, presente en la página por la que lo tenía abierto, abandonó el lugar que ocupaba en una oración subordinada y se deslizó con agilidad hacia la parte interior del lomo, desapareciendo enseguida por una costura de la encuadernación. Sobrecogido, cerró el volumen y lo mantuvo alejado de sí durante unos instantes, observando sus bordes con desconfianza. Pasado el rato, y como no advirtiera ninguna actividad biológica, pensó que todo había sido producto de su imaginación y volvió a abrirlo al azar, tropezando con el capítulo de los

insectos.

Leía, pues, el apartado correspondiente al cuidado de las crías por parte de la mosca *Sarcophaga carnaria* cuando el término *mosca* comenzó a desplazarse delante de sus ojos y, tras errar de forma titubeante por la página, se dirigió al tercer párrafo, donde aparecía escrito el vocablo *cadáver*, sobre el que se colocó para digerirlo seguidamente sin prisas, letra a letra, regresando luego a su posición original en el texto. No se había repuesto del susto el iniciado cuando la expresión «aparato reproductor», que aparecía en negrita, quizá porque estaba preñada, se aproximó al vacío dejado por la palabra *cadáver* y la volvió a parir en dos o tres minutos con caracteres idénticos a la devorada por la mosca de los sarcófagos.

Fue al oftalmólogo, quien a su vez lo derivó al psiquiatra, que le recomendó un endocrino, según el cual no era raro que en el interior del ecosistema libro

sucedieran estas atrocidades orgánicas mientras permanecían cerrados. Pero cuando ocurrían a la vista del lector significaba que éste debía dedicarse a escribir con la seguridad de que de su pluma sólo saldrían frases vivas, dotadas de metabolismo, vesículas y humores. Ahora vive de eso.

Punto final

Estuve todo el fin de semana trabajando en un relato erótico que había derivado hacia el género de terror. Tampoco es raro que el sexo y el terror se anuden. La Iglesia lleva siglos asociándolos, de ahí que a veces el terror nos excite o el sexo nos aterrice. El caso es que llegué a la última frase, le puse el punto final y me fui a dar una vuelta. El punto final es como la maleta que tiras sobre la cama al llegar a un hotel: se deshace mejordespués de un paseo.

Regresé a las dos horas y, al coger el relato para repasar el desenlace, advertí con sorpresa que había desaparecido el punto final. Lo busqué por cada rincón

del manuscrito como se busca una maleta extraviada y no lo encontré. Esa noche dormí mal; en algún momento tuve la impresión de que el punto final se había metido dentro de mi cuerpo y que circulaba oculto en el torrente sanguíneo buscando un órgano vulnerable sobre el que impactar. Por la mañana, al preparar el desayuno, me pareció verlo sobre la mesa de la cocina, pero al ir a cogerlo advertí que se trataba de una mota de café.

Entretanto, me llamaron de la publicación que me había encargado el cuento urgiéndome para que lo presentara. No podía enviarlo inacabado, de manera que revisé de nuevo el manuscrito. En esto entró mi madre en la habitación y, mientras hablábamos, me pareció ver el punto final del relato en el lóbulo de su oreja derecha. Quizá se lo había transmitido al besarla, como una enfermedad. Esa noche, cuando estaba dormida, inspeccioné con una linterna su

lóbulo y comprobé que la mancha tenía la misma forma que mi punto final, sólo que al tratar de cogerlo con unas pinzas advertí que se trataba de un agujero. Me asomé a él como al ojo de una cerradura, y vi dentro un desenlace perfecto para mi relato erótico o de terror; lo malo es que ese punto final del cuento era también el de mi vida.

Atmósferas

Me cuentan que en las habitaciones de algunos hoteles muy sofisticados hay, junto al teléfono, un aparato reproductor de sonidos de ambiente. O sea, que apretando un botón puedes comunicarte con quien quieras haciéndole creer que estás en el aeropuerto, en el interior de unos grandes almacenes, en la oficina, o en un atasco. Se trata, pues, de una innovación que pone la tecnología al servicio del punto de vista. En la novela, el punto de vista es el lugar desde el que se narra, y les aseguro que no siempre resulta fácil mantenerse en ese sitio que pocas veces coincide con el del escritor. Las

desviaciones del punto de vista se pagan caras, pues introducen un elemento de inverosimilitud que afecta a la credibilidad del relato.

Es como si, por ejemplo, el que habla desde un hotel con el ruido de ambiente de un aeropuerto se deja caer sobre la cama produciendo el sonido característico de un somier. ¿Qué diablos hace una cama en la sala de espera de un aeropuerto?, se preguntará con desconfianza el interlocutor. Para que resulte creíble el lugar desde el que se cuenta una historia, no basta con reproducir su atmósfera, sino que el narrador debe identificarse con ella. Si telefoneas a tu marido o a tu esposa con mensajes de fondo de El Corte Inglés, has de procurar no jadear, a menos que sea época de rebajas, porque, si no, a lo mejor se cree que estás en un hotel con tu cuñado.

O sea, que el punto de vista es, finalmente, y sobre todo, un espacio

moral: si uno no se cree que habla desde donde dice que habla, tarde o temprano tirará de la cadena introduciendo en su discurso un ruido inverosímil.

Yo creo que eso es lo que le pasa al PSOE, que tira mucho de la cadena y crea dudas razonables en el interlocutor, aunque tenemos que reconocer que el ruido de fondo comienza a ser más convincente.

Escribir/ 1

El caso es que me preguntó el diablo si le daría la mano izquierda a cambio de escribir *Las Moradas*, de Santa Teresa. «Cuatro dedos —le dije —, la mano entera no.» Insistió y acepté antes de dormirme porque en realidad me pareció un buen trato. Cuando dos días más tarde la perdí, en el hospital no comprendían mi sonrisa beatífica, pero me puse a ello y acabé el libro en un mes. Al poco, el diablo volvió como siempre, entre sueños, y me ofreció el *Cántico Espiritual* a cambio de lo que me quedaba del brazo izquierdo —le había gustado la mano y quería tener todo el conjunto— y tres dedos del pie derecho. Yo sabía que

si empezaba con ese lado ya no podría pararse pero la oferta era tan buena que me dio miedo regatear y acepté enseguida. Esta vez estuve dos meses en el hospital, pero al salir ya tenía en la sangre el ritmo de los versos y los escribí en dos semanas.

Nada más acabar el *Cántico* volvió Satán, esta vez con los *Ejercicios Espirituales* y la *Imitación de Cristo*. A mí la *Imitación de Cristo* no me interesaba, pero habría dado la mano izquierda por los *Ejercicios Espirituales*, de manera que puse alguna objeción, pero él dijo que se trataba de un lote y que si quería una cosa tenía que cargar con la otra, parecía una agente literaria. Se llevó la pierna izquierda y los dedos que me quedaban de la derecha. Por mi parte disfruté mucho escribiendo los *Ejercicios* y me atasqué varias veces con la *Imitación*, pero el conjunto fue muy satisfactorio.

Cuando volvió Luzbel le pregunté si no podía conseguirme *La montaña mágica*

o *Madame Bovary*, y me explicó que por su condición sólo podía traficar con mercancía religiosa, pero me traía la Biblia y le entregué el alma, de manera que ahora ardo en el fuego eterno mientras la multitud me venera en los altares, lo que demuestra que la forma más eficaz de salvarse es marcharse al infierno.

Escribir/ 2

Había conseguido dejar el tabaco, cuando se me apareció el diablo en forma de enfermera, con una bata de raso Satán, y me aseguró que si volvía a fumar los artículos se me escribirían solos. Al día siguiente, encendí un cigarro con la misma llama con la que había dado fuego al ordenador y comprobé que cada vez que daba una calada aparecía una línea en la pantalla. No paré de fumar o de escribir, no sé, en todo el día. Por la noche tenía mucha tos, pero había dado a luz una excelente reflexión sobre la privatización de las empresas públicas y un sesudo análisis sobre el Tratado de Maastricht, además de una razonada

crítica sobre la cesión del 15% del IRPF. Al poco volvió Satán con un botón de la bata negra abierto, y los pezones, como dos nudos oscuros, dibujados sobre el raso, y me propuso mejorar la producción. Sólo tenía que añadir a los dos paquetes de tabaco diarios dieciocho cafés. Dudé un poco, porque el café me sienta mal, pero estaba atravesando una mala época y pensé que esto me ayudaría a salir del bache. De manera que puse la cafetera junto al cenicero y, tacita a tacita, fueron apareciendo en la pantalla textos definitivos sobre el conflicto de la antigua Yugoslavia y el campesinado polaco, y hasta un análisis que lograba poner en relación la lucha de clases con la crisis interna del PSOE. Hasta entonces había escrito de esas cosas aparentando tener una opinión sobre ellas, aunque en realidad estaban muy alejadas de mi capacidad de comprensión. Soy un chico de barrio. Así que, cuando regresó Luzbel y me ofreció unas anfetaminas a

cambio de ser capaz de escribir todo eso en inglés, tomé el frasco escondido entre sus tetas y diluí su contenido en una taza de café. Luego me dio un infarto y mientras me moría advertí que la frontera entre el éxito y la muerte era más fina que una hoja de huecograbado.

Las hormigas

Yo, cuando escribía a bolígrafo —un Bic negro punta fina—, sabía con exactitud qué parte del trabajo correspondía al bolígrafo y qué parte a mi talento. Siempre que pude, reconocí públicamente las virtudes del bolígrafo para no atribuirme más méritos de los que en realidad me correspondían. Mis letras, sobre el papel, parecían hormigas que se agrupaban en torno a un significado para formar palabras. Cuando reviso aquellos manuscritos llenos de hormigas muertas —de palabras tachadas— todavía reconozco en ellos el pensamiento del bolígrafo con el que los escribí.

Los bolígrafos no se podían caer al suelo de punta, porque se les machacaba la bola sobre la que discurría la tinta y luego escribían a intervalos, como cuando uno se levanta con el día torpe y no logra engarzar dos ideas seguidas. Detrás de esa bola, en la que residía el talento del bolígrafo, corría mi mano con la torpeza con la que un niño corre tras su pelota de trapo. A veces, cuando la tinta se atascaba, le metía la punta de un clip a modo de émbolo obligándola a bajar, aunque también subía y me manchaba los dedos.

Ahora escribo con un ordenador que no ensucia porque no tiene tinta. Para los artículos viene muy bien el ordenador porque te dice el número exacto de hormigas que tienes que poner para rellenar una columna; lo que pasa es que no son hormigas. He buscado en mi procesador de texto algún tipo de letra que me recuerde a las hormigas del bolígrafo, pero no hay nada parecido. De

manera que no sé ni cómo escribo. A lo mejor lo pone todo el aparato. A veces pienso eso, que igual que dentro del ordenador puede incubarse un virus, lo mismo puede cocerse algún tipo de pensamiento que me arrastre sin que yo me dé cuenta. Digo esto porque muchas veces le doy a una letra y sale otra. El otro día, por ejemplo, quise escribir la palabra rara

y aunque me salió la palabra rata quedó bien, mejor que rara. Escribí uncuento gracias a la rata, pero no sé si es mío o del ordenador.

Firmas

Estaba firmando ejemplares en la Feria del Libro de Madrid, cuando una señora me puso delante una novela y me pidió que se la escupiera en lugar de firmársela. Yo estaba un poco pasado de copas, la verdad, ya que habitualmente no bebo y me había tomado tres cubalibres, porque el librero se creía que era alcohólico y quería que me sintiera a gusto en su caseta. Los libreros son muy amables, pero piensan, a veces con razón, que los escritores somos alcohólicos. También suelen creer que fumamos mucho y nos ofrecen tabaco todo el rato. Yo sólo bebo y fumo en la Feria del Libro, por no dañar la imagen

del colectivo, y en Año Viejo, para no sentirme desplazado, pero al día siguiente estoy hecho polvo. Lo malo es que si te niegas a fumar y a beber se creen que eres cocainómano, pederasta o, lo que es peor, que no eres un auténtico escritor. Y algo de razón tienen también en eso, porque la gente a la que no le pasa nada inconfesable se dedica a otras cosas muy dignas, pero no escribe.

El caso, ya digo, es que estaba un poco pasado de copas y tenía allí delante a una señora pidiéndome que le escupiera la novela en la tercera página, que es en la que habitualmente pongo lo del «sincero afecto». Recuerdo que en ese momento pasó un tío disfrazado de Wally y a mí aquello comenzó a parecerme una pesadilla estupenda. «¿Se la escupo con mi sincero afecto o con un fuerte abrazo?» «Escúpala con pasión porque es para una cuñada que le admira a usted mucho.»

A la gente que había detrás de la

señora le gustó el detalle y me pasé el resto de la tarde escupiendo sobre mi propia obra. El librero, horrorizado, no hacía más que pasarme cubalibres para ayudarme a superar el trago: no se dio cuenta el pobre de que mi vicio inconfesable es ése, escupir sobre lo que más quiero. Otros se destruyen con ginebra.

Alimentos básicos

Un amigo mío se pasa alimentando durante un año al cerdo que se come al año siguiente. Siempre que voy a verle está cuidando de un modo u otro al cerdo. Cuando no lo asea, lo vacuna y, cuando no, le da de comer. Lo alimenta a base de productos naturales, para que dé buena carne, pero de vez en cuando no puede evitar la tentación de darle un puñado de pienso, para que engorde. Lo hace casi en contra de sus principios, pues los principios están para saltárselos; si no, no serían principios, serían finales. Es lo que dice él para justificar las raciones de pienso. Viven, el cerdo y él, muy cerca de Madrid, en una casa con

una pequeña huerta y un corral donde también cría gallinas. Trabajaba de ejecutivo en una editorial hasta que se cansó de relacionarse con cosas y personas irreales. Nada más real que un cerdo, eso es verdad, sobre todo si lo comparamos con un escritor.

El cerdo produce jamones y el escritor, libros. Viendo la delicadeza con la que mi amigo prepara la comida del cerdo, comprendo el sabor de su jamón (pese a los piensos), de sus chorizos, de sus morcillas. No es por comparar una cosa con otra, pero cuando leo un libro me pregunto con frecuencia de qué rayos se ha alimentado su autor para que le haya salido tan bien o tan mal. Hay escritores que sólo se alimentan de piensos compuestos, es decir, de telediarios y series de televisión. Soy un consumidor de ambas cosas y sé de lo que hablo. Una dieta de telediarios y de series, por rigurosos que sean aquéllos e imaginativas éstas, puede ser desastrosa

para la creación. Una cosa es meterse una serie de vez en cuando (y siempre con el sentimiento de culpa con el que mi amigo da pienso a su cerdo de vez en cuando) y otra muy distinta que constituyan la base de la alimentación intelectual.

El escritor tiene la obligación de alimentarse de Shakespeare, de Virgilio, de Cervantes, de Rojas, de Truman Capote, de Norman Mailer, por poner cuatro o cinco ejemplos, como el cerdo tiene la obligación de alimentarse de bellotas. Y no es que quiera comparar a los escritores con los cerdos ni a sus novelas con los jamones, pero algo de novela tiene un jamón y algo de jamón tiene una novela.

Vampiros

Me compré un cuaderno de los de tapa dura y lomo de piel, para escribir un libro de poemas. Luego resultó que los poemas sólo me salían si los escribía en papeles sucios. Y aunque eran excelentes, lo juro, se convertían en malos al pasarlos a limpio en el cuaderno especial de tapa dura y lomo de piel, como si los poemas no fuera partidarios de aquella forma de desclasamiento. Tu mundo, me decían, está en los cuadernos baratos, en el papel higiénico o de cocina, en los folios usados, en las libretas escolares... Escribí un libro de poemas en un cuaderno de contabilidad, utilizando sólo la zona del *Debe*. Y era perfecto,

créanme. Se lo entregué al editor, que decidió hacer una tirada corta, para bibliófilos. Pero una vez publicados resultaron defectuosos, como si los hubiera escrito en el *Haber*. Mis poemas sólo eran buenos mientras permanecían en papeles manchados. Sólo eran buenos a condición de no existir. Eso me desanimó, pero no dejé de escribirlos. Tengo miles de ellos. No puedo demostrar que son geniales porque se deterioran apenas los enseño. Continúo comprando cuadernos caros, de los que venden en las tiendas de los museos y en las papelerías de lujo. Todos ellos permanecen vírgenes, esperando un conjunto de poemas imposibles. Una vez al mes, para provocarme, ovulan y sangran y están tristes como un útero vacío. Soy un poeta genial indemostrable. Escribo poemas sucios en las esquinas de las páginas de los periódicos, en los pañuelos de papel usados, en los espacios libres de las cajas de

paracetamol o codeína, en los lunes y martes de todas las agendas, en el reverso de las multas de tráfico y de las recetas del médico, incluso en la palma de la mano, y en la muñeca, a la altura por la que otros se abren las venas. Pero si alguien los lee, se vuelven malos, al modo en que la luz destruye a los vampiros.

Así son mis días

Me desperté con síntomas de gripe. Febrícula, dolor muscular, aturdimiento y ganas de escribir. Llamé al 112 y conté todo excepto lo de las ganas de escribir. Cuando me dijeron que me enviaban una ambulancia se me retiraron de golpe los síntomas, incluido el de las ganas de escribir.

—El caso —dije— es que se me acaba de retirar el cuadro sintomático.

Me gusta mucho la expresión «cuadro sintomático», me parece que proporciona respetabilidad al que la pronuncia, por eso mismo la solté. Escuché al otro lado un silencio dubitativo.

—¿Entonces tiene o no tiene gripe?

—preguntó el hombre de forma algo grosera, como si estuviera hablando con alguien que no supiera emplear la expresión «cuadro sintomático». O con un hipocondríaco.

Le dije la verdad, que tenía la gripe cuando no llamaba y se me quitaba cuando llamaba.

—Y no sé qué hacer —añadí—, tengo hijos pequeños a los que me da miedo contagiar, por si se tratara de la porcina.

—Le paso con la jefa del servicio —dijo.

Se puso una mujer encantadora, con una voz en la que uno se quedaría a vivir. Le expliqué de nuevo los síntomas, esta vez incluidas las ganas de escribir, y me explicó que se trataba seguramente de un ataque de creatividad.

—Póngase usted a escribir —añadió— y olvídese de todo.

Me puse a escribir un cuento sobre una mujer que vive sola y desnuda; sola porque se acaba de divorciar y desnuda porque hace cuarenta grados a la

sombra. En esto, la mujer se da cuenta de que estoy escribiendo sobre ella y me llama mirón desde la página.

—No soy un mirón —le digo—, soy un escritor que está contando tu historia.

—Mi historia no le importa a nadie —dice ella—. ¿Por qué no escribes sobre tu madre?

—Porque mi madre no se acaba de divorciar ni se pasea desnuda por la casa, mi madre es una madre excelente, pero carece de interés como personaje de cuento.

La mujer me pregunta entonces por qué escribo y yo le digo que para que mis amigos me quieran más. Ella me dice que eso es de García Márquez y tengo que reconocer que en efecto, es de García Márquez. No me imaginaba que se trataba de un personaje tan culto. Entonces, como necesito hablar con alguien desesperadamente, le digo la verdad, que me he levantado con síntomas gripales y que me han

desaparecido de golpe cuando he llamado al 112. Ella me dice que casualmente trabaja en el 112.

«Soy la jefa del servicio», añade. Entonces reconozco su voz, es la mujer con la que acabo de hablar. Se lo digo.

—Acabo de llamarte y me has dicho que me pusiera a escribir, que lo que tenía era un ataque de creatividad.

—Te he dicho que te pusieras a escribir, pero no a escribir sobre mí, y menos en estas circunstancias, desnuda como estoy, espera al menos a que me ponga un poco decente.

La mujer va a su habitación, abre el armario, tira del cajón de la ropa interior y revuelve entre los sujetadores y las bragas. Yo lo veo todo porque soy el escritor de la escena, o sea, que no me queda más remedio. De hecho, le digo que me perdone, que no es que sea un mirón, sino que tengo que escribir lo que veo, o ver lo que escribo, ahora no caigo. Ella me dice que lo entiende y que no me

preocupe.

Elige un conjunto de color tabaco que se pone allí mismo, delante de mí, pero actúa como si estuviera sola en aquella habitación. De hecho, lo está, yo sólo soy el escritor que cuenta la escena y estoy fuera de ella. Si estuviera dentro, no me sería posible escribirla, estaría viviéndola. Una vez que se ha puesto las bragas y el sujetador me pregunta si me gustaría que se cepillara los dientes y le digo que sí porque me vuelven loco las escenas domésticas. Mujeres solas que se mueven por la casa, del cuarto de baño a la cocina y de la cocina al salón, abandonadas a sí mismas, ignorantes de que este escritor las está viendo por el ojo de la cerradura, o de la escritura, que es también una forma de ojo.

En esto entra mi mujer en la habitación y dice que me nota raro.

«Raro,

¿cómo?», digo yo. Me toca la frente y dice que estoy febril. «Y tengo dolores musculares», añado yo (me callo lo de las

ganas de escribir). «A ver si va a ser la gripe esa, mejor llamar al 112», dice ella. Llamamos de nuevo al 112, pero a medida que describo los síntomas me van desapareciendo. Entonces se pone la jefa del servicio y me recomienda que siga con el cuento de la mujer desnuda. Mi mujer suspira con gesto de resignación. Así son mis días.

Cuadernos

Como soy coleccionista de cuadernos, enseguida detecto las tendencias que se producen en este sector. Y están de moda. En las tiendas de los museos ocupan ya espacios muy visibles, lo mismo que en las superficies tipo VIPS, donde los hay de todas las formas y todos los colores. Los persigo con menos gusto desde que su captura se ha convertido en un deporte de masas. Amaba los cuadernos cuando el resto de la gente los detestaba del mismo modo que me amo a mí mismo cuando me insultan, aunque me detesto si me halagan. Se trata de una patología común, pero no recuerdo su nombre en

este instante. La culpa de esta Edad de Oro del cuaderno la tiene en parte Auster, por un pasaje sobre cuadernos lisboetas aparecido en una de sus últimas novelas.

¿Y qué es lo que tiene dentro un cuaderno? Nada, de ahí su encanto. Si llenaran sus páginas de ecuaciones, de refranes o de relatos cortos, no los compraría nadie porque ya no serían cuadernos, sino libros. ¿A quién le interesa un libro? Pero la circunstancia de que estén llenos de nada significa que imaginariamente están llenos de todo. Conservo un buen número de maquetas de libros que me regalan mis amigos editores. El hecho de que sus páginas permanezcan en blanco significa que están listas para recibir una obra maestra. Hay cierto aire furtivo en la expresión con la que nos compramos un cuaderno y nos lo llevamos a casa. Ahora os vais a enterar, parece que decimos, imaginando ya el momento en el que el

bolígrafo se deslizará suavemente por sus páginas levantando un poema genial.

Ese momento no llega nunca, por supuesto. Ni falta que hace. Los momentos comienzan a ser un problema cuando llegan. No se sabe de nadie al que haya hecho feliz la gloria, la lotería o los Reyes Magos. Las aspiraciones cumplidas incluyen una glándula liberadora de hiel. Y no se vive de ellas. Se vive de las promesas, de las vísperas, de los proyectos. Lo que representa un cuaderno es un proyecto. Una colección de cuadernos vacíos son, en potencia, unas obras completas magistrales. Hay cuadernos de tapa dura y de tapa blanda, con sobrecubierta o sin ella, de bolsillo o de mesa. Cuando muera y alguien se haga cargo de mi colección, heredará con ella una obra genial no escrita.

De nonatos y póstumos

Entre las expresiones que más me marcaron de pequeño se encuentra la de «hijo póstumo». Tuve un vecino del que mi madre, viniera a cuento o no, afirmaba que era hijo póstumo. El chico tenía mi edad y era, lógicamente, huérfano. En algún momento me enteré de que había nacido después de que muriera su padre, y que por eso precisamente era póstumo. La situación me habría colmado de perplejidad de no ser porque ya estaba repleto de ella. Soy perplejo por naturaleza, es mi carácter. La cosa más normal del mundo me produce extrañeza. Pero hay extrañezas y extrañezas. Un hijo póstumo le pone los

pelos de punta al más templado. Pregunté a mi madre si se podía ser hijo póstumo de madre y me dio un bofetón.

— ¿Te imaginas a alguien naciendo de una mujer muerta?

La verdad es que sí me lo imaginaba. Casi podía ver al crío creciendodentro de la madre fallecida, moviéndose por sus entrañas como por lashabitaciones de un caserón vacío.

Escribí un cuento que escondí. Aún lo tengo escondido, para no disgustar a mi madre. El tiempo, por otra parte, me ha dado casi la razón. De vez en cuando nace un niño de una madre en coma. El coma no es la muerte, pero se parece mucho. He escrito un cuentotambién sobre un niño que crece en el interior de una madre en coma. El crío se mueve por las oquedades de la mujer como un fantasma por unpalacio casi deshabitado. Lo tengo sin publicar, también por miedo a mamá. No me había repuesto de la

expresión «hijo póstumo» cuando escuché la palabra «nonato» referida a un santo. Pregunté a mi madre qué rayos quería decir y me respondió que un nonato era alguien que no había nacido. Tampoco resultó fácil entender cómo se podía ser alguien sin haber nacido, pero mamá no cejó hasta colmar mi perplejidad. Me dijo que los ricos comían corderos y cochinitos nonatos porque estaban más tiernos. Es mi deseo publicar una novela póstuma y otra nonata. Lo de la póstuma no presenta mayores problemas: basta con que la deje escrita antes de morir (o de entrar en coma). No he encontrado, sin embargo, solución a la nonata. Y es en lo que estoy ahora.

Descatalogado

Vi en un cementerio este curioso epitafio: *Agotado*, así, sin más. Me llamó la atención porque se trata de un término procedente del mundo editorial. Los libros se agotan. Eso es al menos lo que dicen los libreros cuando no encuentran el título que les hemos pedido: está agotado. A veces, si te empeñas, puedes encontrar un ejemplar perdido en los anaqueles de otra librería. En ocasiones, la editorial lo reedita, que es como devolverlo a la vida. La resurrección de los muertos. Pero los seres humanos sólo tenemos una oportunidad, en ocasiones media (y eso que estamos encuadernados en piel). Cuando nos morimos (o nos

agotamos, como ustedes prefieran), no nos vuelve a encontrar nadie en ningún sitio. Yo disponía hasta ahora de un epitafio que me gustaba mucho (*Eso fue todo*), pero quizá adopte *Agotado*, que metafóricamente significa también que estás hecho polvo. Y no está mal para una lápida: *Hecho polvo*. Real como la muerte misma.

Pero no nos precipitemos. Tenemos toda la vida para elegir el lema de nuestra tumba. Hay otro término, procedente también del sector editorial, muy interesante: *descatalogado*. Se dice de aquellos libros que, además de agotados, han desaparecido de la nómina del editor. Si estar agotado es bueno, porque significa que el libro se ha vendido, la descatalogación implica un cierto grado de violencia. Sobre un título agotado se mantiene la esperanza de la reedición; sobre un volumen descatalogado, en cambio, no hay horizonte alguno. Hasta al librero se le pone cara de pésame

cuando comunica al comprador que el título que solicita está descatalogado. «Busque en Internet», añade a modo de consuelo, dando por supuesto que en la red se puede llevar una existencia póstuma.

Con todo, no hay caso peor que el de aquellos libros que desaparecen sin haber llegado a formar parte del catálogo, títulos que el editor publicó por compromiso, o por pena, pero que nunca formaron oficialmente parte de su fondo. Me gusta este epitafio también, *Descatalogado*: significa que ni siquiera llegaste a vivir de forma suficiente. Que naciste de casualidad (¿quién no?) y te fuiste sin haber llegado a estar del todo. Tomen nota mis deudos. Muchas gracias.

El tendón flexor

«¿Se han preguntado ustedes —dice el locutor de radio—, por qué los pájaros duermen de pie?» Son las ocho de la mañana y me acabo de levantar. Estoy pelando una naranja mientras en el microondas da vueltas una taza de agua, para el té. Me he despertado algo confuso, sin ganas de sacar adelante el día. La pregunta del locutor me distrae de problemas existenciales más duros. ¿Por qué los pájaros duermen de pie? ¿Por qué no duermen acostaditos, boca arriba, tapándose con una hoja? Ya puestos, ¿por qué no van a la oficina?, ¿por qué los pájaros no tienen yernos o nueras?

¿por qué no domicilian sus recibos en el banco?, ¿por qué no solicitan una hipoteca para hacer el nido?

La bandeja del microondas ha parado de girar. Saco la taza e introduzco en ella un sobrecito de té verde. Tomo té verde porque el médico me ha dicho que es antioxidante y anticancerígeno, al menos, tomado en cantidades industriales, o sea, ingiriendo doscientas infusiones al día. Como resulta imposible meterse doscientas tazas diarias de cualquier líquido en un cuerpo tan limitado como el nuestro, en las farmacias venden unas cápsulas de té muy concentrado. Pero se me olvida comprarlas. «¿Por qué — insiste el locutor —, los pájaros duermen de pie?»

Para resolver la cuestión, llega a la radio un catedrático que explica a la audiencia que las aves tienen en las patas un tendón flexor que funciona al modo del freno de mano en los automóviles. La sujeción de este tendón flexor es de tal

naturaleza que se ha dado el caso de muchos pájaros que, habiendo muerto mientras dormían, continuaban al día siguiente perfectamente cogidos a la rama. La imagen del pájaro muerto sujeto a la rama me perseguirá durante las horas siguientes, quizá durante el resto de mi vida. Veo el cadáver del animal sujeto al cable del teléfono, como si no pasara nada. El viento despeina de vez en cuando sus plumas. Alguna, al haberse extinguido las funciones vitales, se cae y vuela hasta el suelo. Quizá se cuele por la ventana de una casa abierta. Tal vez un niño la coge y juega con ella sin saber que es la pluma de un difunto...

Pasan los días y el pájaro continúa perdiendo plumas hasta quedarse calvo. Pero ahí sigue, cogido al cable del tendido eléctrico (¿o se trataba del tendido telefónico?). La naranja que acabo de pelar sabe mal. A medicina. Me viene a la cabeza una imagen de infancia, en la cocina de mi casa. Mi madre se está

comiendo una naranja de la que dice que sabe a medicina. Lo mismo que digo yo ahora. ¿Qué edad tendría entonces mi madre? ¿Qué edad tendría yo? El pájaro muerto es una metáfora de los hombres muertos que continúan yendo de acá para allá con sus maletines negros. El otro día, mientras estaba trabajando, llamaron a la puerta. Bajé a abrir (escribo en la buhardilla) y era un señor con un maletín negro. Preguntó por una persona que no era yo y se quedó desconcertado. Luego se fue y yo regresé a la buhardilla, pero ya no pude trabajar. La imagen del hombre del maletín me había turbado. Me recordaba al personaje de un cuento de Phil K. Dick. El cuento se titulaba *Servicio técnico*. Un tipo con maletín negro se presentaba en casa de alguien para arreglar un aparato que aún no había sido inventado. Venía del futuro y se había extraviado de algún modo. El hombre del maletín negro que llamó a mi puerta no venía del futuro, pero quizá

estaba muerto y se mantenía en pie gracias a una especie de «tendón flexor» que tenemos los seres humanos en la cabeza.

El té está muy caliente y me quema la punta de la lengua. Sabía que iba a ocurrir esto, quizá lo busqué. Ahora no me sabrán a nada la fruta ni los cereales ni la rebanada de pan tostado con aceite de oliva. Un desayuno, por cierto, que implica un grado de sumisión sorprendente a la dieta mediterránea. Por un momento, imagino que tiro el té por la pila y me preparo un café cargado, de los de hace unos años. Y me lo subo a la buhardilla. Ni frutas ni cereales ni aceite de oliva. Se acabaron los anticancerígenos y los antioxidantes y las melatoninas. El ejercicio de rebelión imaginario me hace bien, me levanta el ánimo, que está por los suelos.

Ahora estoy sentado frente al ordenador. Lo suyo sería escribir sobre la actualidad, una actualidad que casi no

cabe en sus costuras, una actualidad que revienta por los tipos de interés, por la inflación, por el precio del crudo. Pero la imagen del pájaro muerto y calvo sujeto a la rama (¿o era al tendido eléctrico?) gracias al tendón flexor continúa persiguiéndome. Escribe sobre él, me digo, escribe sobre él porque será el modo más eficaz de escribir sobre ti, que es lo que estás deseando.

El topo

Un escritor malo recibió de su organización colegial la orden de infiltrarse entre los escritores buenos para estudiar sus hábitos, sus formas de vida, sus contactos. El escritor malo sedujo a una novelista de prestigio que le abrió su casa y bajo cuyo techo escribió, para disimular, novelas buenas que fueron muy jaleadas por la crítica. Y aunque hay escritores buenos que a veces, sin querer, publican libros malos, él, para evitar sospechas, sólo entregaba al editor productos de primera calidad, con mucho monólogo interior y abundancia de oraciones subordinadas. Cada quince días enviaba a los suyos un

informe en el que relataba el modo en que los escritores buenos se relacionaban con las editoriales, con el mundo académico, con los periódicos, y en el que daba cuenta también de las marcas de sus colonias, jabones o desodorantes.

Pero hete aquí que la escritora buena lo sorprendió en cierta ocasión, sin que él se diera cuenta, escribiendo a hurtadillas (qué rayos querrá decir *a hurtadillas*) una novela mala. Tras esperar a que saliera de casa, revisó el disco duro de su ordenador, descubriendo que practicaba en secreto una literatura previsible, costumbrista, plana, sin ambición formal, etc. Descubrió también los informes que enviaba periódicamente al otro lado, revelando los secretos más íntimos de sus colegas. Dividida entre la fidelidad al amor y a la literatura buena, optó finalmente por ésta denunciando a su amante ante el Comité Nacional de Escritores Buenos, cuyas autoridades procedieron a su detención, aunque le

perdonaron la vida a cambio de que en el futuro actuara de topo entre los escritores malos para descubrir sus fórmulas, sus trucos, su cocina.

Convertido de forma involuntaria en un agente doble, pasó el resto de su vida haciendo, desde los dos lados, informes que compatibilizaba con la creación de novelas buenas para los que creían que era un escritor bueno y novelas malas para quienes creían que era un escritor malo. Lo curioso es que no alcanzó la gloria por su obra buena, tampoco por su obra mala, sino por aquellos informes que había escrito sin otra voluntad que la de engañar a unos y a otros al objeto de salvar el pellejo. Todo es imprevisible.

Una depresión merecida

Escribió un lector para informarme de que la vida era absurda, aunque sin precisar en relación a qué. El caso es que hace un año, según relataba en su correo, decidió atravesar Canadá en bicicleta. Hasta aquí, todo normal. El mundo está lleno de gente que hace el Camino de Santiago a pie, cruza el Atlántico en barca de remos o se bebe una caja de cervezas sin respirar: hay constancia de todo ello en el *Libro Guinness de los récords*, cuya lectura le sume a uno en profundas reflexiones. Lo que le ocurrió a nuestro comunicante es que a mitad de camino se cruzó con otro individuo que estaba llevando a cabo la misma hazaña, pero en

patinete.

El hombre comprendió entonces, como en una revelación, lo absurdo de su proyecto y volvió a casa en avión. Desde entonces no encontraba placer en nada, no era capaz de fijarse objetivos ni de ilusionarse con nuevos propósitos. Le pedí que tratara de imaginar que Dostoievski y Flaubert se encontraban (al modo en que él se había cruzado con el del patinete) cuando uno trataba de escribir *El idiota* y, el otro, *Madame Bovary*. ¿Habrían sentido la misma sensación de absurdo? «Quizá sí —me respondió—, pues en el fondo no es más disparatado pretender cruzar Canadá en bici que intentar escribir una obra maestra.» Le contesté que merecía estar deprimido y eso fue todo, porque dejamos de escribirnos.

Espías

Preso de un ataque de insomnio, me encontraba a las tres de la mañana frente al ordenador, en el trance de decidir si me ponía a escribir o no, cuando el puntero comenzó a moverse solo por la pantalla. Fascinado por la intrusión, dejé hacer al pirata informático y vi cómo entraba impunemente en mi procesador de textos, desde el que abrió la novela que tenía en marcha para introducir algunas modificaciones que (mentiría si dijera otra cosa) no me parecieron mal. El puntero iba de un lado a otro de la página con movimientos nerviosos, como si el intruso, pese a la hora, temiera ser descubierto. La operación duró unos

veinte minutos.

Até cabos y comprendí entonces el origen de aquellas modificaciones que venía advirtiendo en mis textos y que no era consciente de haber realizado. Desde que un técnico me dijo que los momentos más difíciles para un ordenador son los de apagado y encendido, jamás lo desconecto, de modo que mientras yo dormía alguien entraba como un sueño en él y alteraba su contenido. Durante las siguientes noches, me levanté a la misma hora y comprobé que era así. Podría haber ordenado que limpiaran el disco duro para eliminar el troyano, pero, embrujado como estaba por la situación, lo dejé estar. Terminé (o terminamos) la novela (que curiosamente contaba la vida de alguien que ocupaba clandestinamente una vivienda ajena), la publiqué y eso fue todo. El pirata desapareció o entra a horas a las que no soy capaz de localizarlo.

El otro día estaba leyendo una novela

policíaca cuando noté un movimiento extraño en el interior de mi cuerpo, a la altura de los pulmones. Sin abandonar del todo la lectura, permanecí atento a lo que ocurría en esas profundidades orgánicas y sentí que un fantasma ascendía por mi cuello hasta alcanzar los ojos, desde donde se puso a leer el libro que yo tenía entre las manos. A los diez minutos le pregunté mentalmente quién era y descendió apresuradamente hacia el pecho, donde sentí como el batir de una puerta que se abría y se cerraba. Dándole vueltas, he llegado a la conclusión de que, siempre que leo, alguien lee también a través de mí, pero ni se me habría ocurrido de no ser por la experiencia del ordenador.

Éxito, fracaso y cojera

El escritor fracasado a quien primero echa la culpa de su frustración es a su mujer. Aunque nadie lo obligó a casarse o a tener hijos, él está convencido de que la familia ha sido el obstáculo principal para que él no se haya convertido en Truman Capote. Para que un escritor se sienta fracasado no es preciso, por otra parte, que se haya malogrado del todo. Basta con que él lo perciba así. Tal era el caso de un novelista, ya fallecido, con quien mantuve cierta amistad. A los cincuenta años, harto de las servidumbres familiares, se enamoró de una chica joven que conoció en un curso de verano. Esta chica, como suele

sucedier, era una admiradora incondicional de su obra, de modo que a todas horas le recordaba lo grande que era.

El escritor, rejuvenecido, se compró una moto grande y se largó con su amante a París, donde sufrió un accidente en el que se destrozó la pierna derecha. La chica y la moto salieron ilesas. Desde el hospital, el escritor fracasado telefoneó a su esposa, que lo dispuso todo para que trasladaran al herido a Madrid, donde se hizo cargo de sus cuidados, pues la chica joven desapareció y apareció siete meses más tarde con un pintor maduro que se sentía fracasado. Yo pasaba muchas horas con mi amigo, en el hospital. Un día le recliné que tratara tan mal a su mujer, que finalmente era quien lo había recogido de debajo de la moto, como el que dice, para sacarlo adelante.

—Pero no cree en mi obra —decía él.

—¿En qué consiste creer en tu obra? —

le preguntaba yo.

—No lo sé, prefiero hablar de otra cosa.

El escritor fracasado que era, como casi todos los escritores (fracasados o no) un poco carroñero, aprovechó el viaje a París y el accidente para escribir una novela en la que su mujer no quedaba bien parada. El libro fue un fracaso de crítica y de ventas que lo hundió, todavía más, en el rencor. Le había quedado, del accidente, una cojera de la que culpaba también, increíblemente, a su esposa.

—Pero ¿qué tiene ver Cristina con tu accidente? —le preguntaba yo.

—Me lo hice por huir de ella — respondía él absolutamente convencido de que la realidad era como la imaginaba.

Cuando se repuso del todo, su mujer, harta de los fluctuantes cambios del estado de ánimo de mi amigo, lo abandonó.

—Ahora que te ha abandonado Cristina —le dije yo un día en el que los dos estábamos un poco pasados de copas— podrás por fin ser Truman Capote.

—¿Tú crees? —preguntó muy serio.

—¿No recuerdas que era ella la que frenaba tu creatividad? —ironicé.

—Llevas razón —contestó convencido de que yo hablaba en serio.

Nos despedimos y se marchó a casa dispuesto a escribir una obra maestra. De vez en cuando me telefoneaba para leerme algunos párrafos que, desde mi punto de vista, eran infectos. La ausencia de su mujer había empeorado increíblemente su prosa. Una noche, tras el tercer gintonic, se lodije:

—Escribías mucho mejor cuando estabas con Cristina.

—¿Tú crees?

—No tengo ninguna duda.

Logró, a trancas y barrancas, terminar aquel libro, escrito de arriba abajo sin la presencia de su mujer. Era

muy malo y así se encargaron de hacérselo saber los editores, los periódicos y los lectores. Entonces, convencido de que su musa, sin él saberlo, había sido su ex esposa, intentó volver con ella. Pero Cristina se había enamorado entretanto de un hombre cabal que no se planteaba la vida en términos de éxito o fracaso. Le dio calabazas, en fin. Todos los que lo conocimos recordamos al escritor fracasado recorriendo, cojo y amargado, las calles de Madrid, pues daba largos paseos en busca de una inspiración que había desaparecido de su vida.

—¿Sabes quién tiene la culpa de mi fracaso? —me preguntaba en ocasiones.

—¿Quién? —decía yo.

—Cristina, por haberme abandonado.

—Cuando estaba contigo, era la culpable por estar contigo. Cuando dejó de estarlo, por dejar de estarlo. ¿No comprendes que es una contradicción?

Dejó de hablarme por señalarle estas

incoherencias y a los dos años falleció. De su obra, sólo ha quedado lo que escribió cuando vivía con Cristina.

Ideas

Se me ocurre una idea para una novela, pero no la anoto y se me olvida. No importa, me digo, era muy buena, muy potente, volverá. Todas las ideas potentes vuelven. Pasan los días, permanezco atento al regreso de la idea como quien espera, cuando ya ha anochecido, el regreso de una esposa, de un hijo, de un marido. La idea no vuelve, ni siquiera noto las señales (o los ruidos) que hacen las ideas cuando están a punto de entrar en la cabeza. Transcurrido un tiempo equis, me olvido de la idea (de la idea de la idea, cabría decir). Un día estoy en una fiesta, con mucha gente. He bebido mucho, quizá he fumado algo que

me han pasado cuando tenía la guardia baja. Hablo animadamente con otras personas. En esto, mientras hablo, observo entrar a la idea en mi cabeza. Entra con naturalidad, como si se hubiera ido ayer o hubiera salido un momento a por tabaco. La tenía tan olvidada que al principio no la reconozco. La trato como a una idea más. Quizá viene algo cambiada. Quizá he cambiado yo. Me doy cuenta de que es ella por un detalle en apariencia lateral. Digo en apariencia porque en aquella novela no había líneas estratégicas: todo en ella era secundario. He de apuntar la idea, me digo, he de apuntarla para que no se vuelva a ir. Pero en ese momento no puedo. Sería una falta de educación dejar a las personas con las que estoy hablando, una de las cuales está contando un suceso personal de una intensidad desusada. Lo sé por sus gestos, pues, atento como estoy a mi idea, apenas escucho lo que dice. Finalmente logro separarme del grupo y

me retiro, con la idea dentro de la cabeza, a la zona donde sirven las bebidas. No llevo bolígrafo ni papel. Pido un bolígrafo al camarero y tomo nota apresuradamente de la idea, que es genial de arriba abajo, en una servilleta. Me guardo la nota en el bolsillo. Respiro aliviado, pido otro gin-tonic para celebrarlo y regreso a la zona donde los invitados departen animadamente. Permanezco el resto de la noche presa de una feliz excitación. Vuelvo a casa de madrugada. Duermo, me despierto. La idea se ha ido de mi cabeza, pero no importa, me digo, en esta ocasión está también en el papel, en la servilleta. La busco, la leo con pasión una, dos, tres veces. Es una basura.

La columna

Me desperté en medio de la noche y miré el reloj de la mesilla con un solo ojo, para no espabilarme demasiado. Eran las tres de la mañana, la hora en la que uno parece un extraño en su propia casa, en su propia cama, incluso en su propio cuerpo. Cerré de nuevo el ojo y manteniendo un pie en el sueño y otro en la vigilia logré entrar en un estado de aturdimiento lúcido desde el que escribí mentalmente una columna periodística perfecta, pues en el interior de sus palabras se agitaba el sentido como un gato rabioso dentro de una media de nailon. Pensé que si lograba mantenerla viva hasta el amanecer y enviarla al

periódico, crearían un Nobel sólo para premiarla.

Al amanecer corrí a mi mesa y me puse a escribirla sorprendido de que conservara intacta toda su energía, al contrario de los sueños más intensos, que se desinflan debajo de la ducha. Sin embargo, al poco de haberle puesto el punto final, noté que empezaba a amarillear por los bordes, como las alas de una mariposa muerta. Yo publico la columna los viernes y era miércoles, así que llamé al director de «Opinión» y le pedí que me permitiera adelantarla al jueves. Primero dudó, luego me preguntó por qué y como no le ofrecí ninguna respuesta razonable (me daba vergüenza contarle la verdad) me dijo que no, que era un lío mover a todos los colaboradores por el capricho de uno. La publicaremos el viernes, como siempre, concluyó un poco preocupado por mi salud mental.

Quizá debería haberla dejado morir,

pero me gustaba tanto que la embalsamé un poco a base gramática y le apliqué unos cuidados paliativos, intentando prolongar su vida sin dañar su aspecto formal ni su significado. La envié el jueves, a la hora acostumbrada y, tal como me temía, el viernes se publicó muerta. Parecía la funda vacía de un tesoro. Y eso que yo la leí a las ocho de la mañana. Supuse que me llamaría mucha gente, si no para darme el pésame, para recriminarme el hecho de enviar al periódico columnas muertas, por lo que no cogí el teléfono en todo el día. Esa noche soñé con una columna muerta que escribí nada más levantarme. Envié el cadáver al periódico, donde sorprendentemente resucitó al ser publicada.No salgo de mi asombro.

Percebes y palabras

Cuando yo empecé a escribir para la prensa, me encargaban los artículos por folios. Envíame cuatro folios sobre la bombona de butano, o tres folios sobre los braseros de carbón, decía el redactor jefe. Y uno se sentaba a la mesa y aporreaba la máquina de escribir hasta llegar al tercer folio, o hasta el cuarto, según la demanda. Te pagaban también por folios, claro. Cuando escribías tres y medio, redondeaban hacia arriba o hacia abajo en virtud de consideraciones que nadie, nunca, me explicó. Pero un día nos levantamos de la cama, sonó el teléfono, y nos pidieron un artículo de equis palabras. Dios mío, uno no tenía ni idea

de cuantas palabras entraban en un folio, como no tenía ni idea de los percebes que entraban en un kilo. Durante una época de mi vida ni siquiera sabía que existían los percebes (ni las palabras). De modo que uno empezó a hacer ecuaciones o reglas de tres hasta que dio con la relación existente entre una cosa y otra.

Pasó el tiempo y un martes cualquiera sonó el teléfono y te pidieron el artículo en caracteres. «¿En caracteres?», preguntaste incrédulo. «Sí, señor, en caracteres.» «Pero ¿cómo pretendes que cuente los caracteres, que es peor que contar lentejas?», insististe. Entonces al otro lado del teléfono te explicaron que había en el ordenador una herramienta que se encargaba de contarlos. El ordenador, al que te acababas de incorporar, era un trasto lleno de rincones desconocidos, de recovecos, de secretos. ¿A quién se le iba a ocurrir que tenía también esa capacidad obsesiva de contar las letras y los signos de puntuación?

Pues la tenía porque así era su temperamento. Al principio de esta nueva etapa, uno contaba los caracteres sin tener en cuenta los espacios, pues considerábamos que el vacío carecía de valor. Pero, mira por dónde, un día te llamó el redactor jefe y te dijo que los espacios también

se tenían en cuenta. Como en la música, pensamos, donde los silencios son lo realmente importante.

Con los percebes, ya citados, ocurrió un proceso semejante. Se empezaron a comprar por kilos, luego por cuartos y estamos a punto de comprarlos de uno en uno. Pero eso es porque los percebes se han puesto por las nubes. Las palabras, sin embargo, y pese a administrarlas en caracteres, valen cada día menos.

Profesiones

Tropiezo leyendo el periódico con una noticia cuyo protagonista es empleado de una fábrica de cepillos de dientes. Quiere decirse que los cepillos de dientes se fabrican, lo que supone la existencia de un departamento de diseño, de una cadena de producción, de una dirección comercial, de unos asesores médicos que aconsejan acerca de la dureza de las cerdas, de la forma del mango y de su calidad, etcétera. Y no es que uno creyera que salían de los árboles, pero jamás había conocido a nadie que trabajara en ese sector, en el sector dientes podríamos decir. Tampoco hemos conocido a ningún verdugo, pero el cine,

la literatura y la prensa nos han acercado a ellos, lo que es un modo de hacerlos familiares.

Le doy vueltas a la cabeza y no me viene a la memoria ninguna novela en la que un personaje se gane la vida fabricando cepillos de dientes. Y sería un buen comienzo, por raro, pero también por verosímil. De hecho, he olvidado la noticia en la que estaba envuelto el sujeto del primer párrafo, pero no su profesión. Ahora, cada mañana, al limpiarme la boca, observo el cepillo con una atención que jamás le había prestado. Está muy bien hecho, es muy práctico, llega a todas partes. ¿Cómo sabía su creador las características de mi boca, los recovecos de mis encías, la sensibilidad de mi piel? De otro lado, se trata de un artefacto raro, quizá uno de los más raros de la casa. Y muy personal. No se lo prestaría a nadie. En esto, observo el de mi mujer, que está ahí mismo, y compruebo que es diferente al mío. Cuando lo voy a coger

para observarlo, algo me dice que estoy entrando en su intimidad y retiro la mano.

Imagino ahora a un individuo de edad media que trabaja en una fábrica de cepillos de dientes. Ha terminado su jornada laboral y se dirige al aparcamiento de la fábrica para volver a casa. Él todavía no lo sabe, pero cuando entra en el coche ha entrado también en un cuento que arranca justo en el momento en el que gira la llave de contacto. Lleva en el bolsillo del abrigo un cepillo para su esposa. Se trata de un regalo muy raro, pero si fuera pastelero le llevaría un pastel. Continúe usted el relato. No hay más que dejarse llevar.

Rutinas

Escuché un frenazo, me asomé a la ventana y vi a un grupo de personas detenidas junto al morro de un coche. Miraban al suelo, donde presumiblemente había un cuerpo que la aglomeración de curiosos no me permitía distinguir. Me puse la chaqueta y bajé no tanto por asistir al espectáculo como por dejar de trabajar. La víctima era un gato que yacía junto a las ruedas delanteras del coche. El conductor trataba de justificarse asegurando que el animal se había arrojado debajo del automóvil con una determinación suicida. En esto, una mujer se abrió paso y tras identificar al felino se puso a llorar con desesperación.

Yo permanecía pasivo, aunque preguntándome qué rayos hacía allí cuando debía de estar arriba, trabajando. Observé que el conflicto conmigo mismo no me permitía empatizar ni con el gato muerto ni con su dueña, de la que alguien dijo que convenía administrarle un calmante.

—¿Hay algún médico? —preguntó el espontáneo que se había hecho cargo de la situación.

Me he visto a lo largo de la vida en varias ocasiones en las que se necesitaba un médico y siempre sale uno de entre la gente. Una de dos, pensé, o hay médicos por todas partes o hay mentirosos por todas partes. Después de todo, no se arriesga uno a nada levantando la mano. Estuve a punto de levantarla, pero me reprimí temiendo que hubiera algún conocido entre la gente, cada vez más numerosa. Dos hombres —uno de ellos médico (o eso dijo)— arrastraron a la mujer a la farmacia de la esquina

mientras otro reordenaba el tráfico. Daba la impresión de que todo el mundo sabía qué hacer, como si hubieran vivido esa situación en otras ocasiones. Sólo yo permanecía pasivo, pues no me encontraba allí, como la mayoría, ni por solidaridad con el gato (o con su dueña) ni porque disfrutara del espectáculo, sino porque no me apetecía trabajar. Cuando llegó la policía, subí de nuevo y me enfrenté a la novela que tenía entre manos. Había abandonado al protagonista en una habitación, sin saber qué hacer con él. Entonces decidí que escuchara un frenazo y que al asomarse a la ventana viera a un grupo de personas detenidas frente al morro de un coche. Etcétera.

Contables y poetas

Un lector se queja de que cuando a un contable no le cuadran los números se le abre un expediente, mientras que cuando a un poeta no le sale un verso crece la admiración por él. Es cierto, las crisis de los artistas en general provocan en el público un hechizo enigmático. Más aún: un creador que no haya atravesado épocas de esterilidad resulta sospechoso, mientras que un cirujano que no desinfectara el bisturí acabaría en la cárcel. Ocurre algo semejante con los santos. La madre Teresa de Calcuta, por ejemplo, es más interesante ahora, que acaban de anunciar que no creía en Dios, que

cuando pensábamos que hablaba con él todos los días. Hay una excelente novela de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*, con ese argumento. Un contable que no creyera en la contabilidad, lejos de despertar nuestro interés, nos parecería un idiota.

El lector aludido me pregunta si yo he tenido crisis en relación a la escritura. Desde aquí le contesto: si la pereza es una forma de crisis, sí. He tenido pereza, una pereza llena de culpa, por cierto, pues mientras haraganeaba en el sofá, un señor insoportable que llevo dentro desde que tengo memoria me reprochaba que no estuviera trabajando en mi obra maestra en vez de teclear ansiosamente sobre el mando a distancia de latele.

No sé si esto que me ha pasado a mí es mitificable, pues también me ha dado pereza, a temporadas, fregar los cacharros. Ha habido épocas de mi vida en las que los platos y las sartenes se acumulaban sobre la pila mientras ese

señor al que me he referido en el párrafo anterior me recriminaba que viviera como un cerdo. La pereza frente a la obligación de fregar los cacharros no resultaba muy distinta de la pereza frente a la idea de escribir. En realidad, ambas eran manifestaciones parciales de la pereza por vivir. Qué agobio, tener que ir al supermercado y llevar el coche a la revisión y hacer la declaración de la renta... No sé cuál es el primer síntoma de la depresión en un contable, pero en un escritor es la impotencia frente a la página en blanco o a la pantalla del ordenador. Dios mío, ahora hay que colocar una palabra detrás de otra, aunque hayas dejado de creer en la escritura.

En estas situaciones, conviene que lleves dentro a otro señor que te asegure que se escribe mejor cuando no se cree en la escritura que cuando se tiene en ella una fe a prueba de bombas. La escritura y Dios se parecen en eso. No

hay mejor santo que un santo ateo. Ahí tienen a la madre Teresa, que es la primera beata atea de la Iglesia. He leído todas las informaciones que han aparecido estos días sobre ella y me da la impresión de que se trataba de una mujer llena de pereza también. Por eso no paraba. La pereza se manifiesta a veces de este modo. Del mismo modo que los grandes actores son con frecuencia personas muy tímidas, la gente hiperactiva esconde a veces a grandes haraganes. Un haragán educado en la culpa está condenado a no parar.

Yo soy un haragán de formación católica. Cuando dentro de mí se enfrentan la pereza y la culpa, vence siempre la culpa, por lo que, a menos que me encuentre especialmente deprimido, salto enseguida del sofá y me pongo a fregar cacharros, o a escribir. No es raro que escriba mentalmente mientras friego los platos. También soy ateo, como la madre Teresa, por lo que durante una

temporada de mi vida estuve a punto de irme a la India y dedicar mi vida a los pobres. Mucha gente cree que si Dios no existe todo está permitido. Pero es justamente al revés: si Dios no existe, todo lo que pasa en este perro mundo es responsabilidad nuestra. Es esa idea acerca de la responsabilidad la que me obliga a escribir sin creer en la escritura o a fregar los cacharros sin creer en la limpieza.

No sé si todo esto le solucionará algo al lector que se quejaba de que el mundo prestara poco interés a los contables en crisis. Personalmente, tengo un gran respeto por la contabilidad. Colecciono, desde hace muchos años, libros de cuentas de todos los tamaños. Compré en Oviedo hace años uno que tiene el tamaño de un periódico. Cada tanto lo abro con la idea de escribir en él dos poemas, uno en la columna del *Debe* y otro en la del *Haber*. Tendrían que ser dos poemas que se anularan el uno al

otro, de forma que los versos finales cuadraran como cuadra un cálculo contable. La vida es un juego continuo entre el *Debe* y el *Haber*. El inventor de la contabilidad era en el fondo un poeta perezoso. En vez de escribir un gran poema, construyó el molde en el que fabricarlo. El llamado *Libro Mayor de Contabilidad* contiene, especialmente si está virgen, una especie de balance existencial donde el *Debe* y el *Haber* son como dos espejos enfrentados. Por eso me da pena escribir en él. Un contable en crisis, en fin, es un poeta.

Una historia de escritores

Ésta es la historia de un escritor que vivía con su madre, a la que un día, mientras desayunaban, dijo:

—Mamá, hoy no quiero escribir.

La madre escuchó con perplejidad a su vástago y finalmente le instó a que entrara en su gabinete, se pusiera frente a la máquina y añadiera un capítulo a la novela que tenía entre manos.

—Y no me des el día —añadió—, que bastante tengo con estas migrañas, que me van a matar.

Como el hijo se ratificara en su negativa, la madre le preguntó qué quería hacer, a lo que el novelista respondió que prefería ir a la oficina. El

deseo resultaba chocante si tenemos en cuenta que la mayoría de los oficinistas sueñan con escribir una novela que les libere de la rutina administrativa. Así se lo explicó la mujer, añadiendo que su padre, que en paz descansara, se había muerto de hastío por ganarse la vida en una oficina de patentes.

—En una oficina de patentes — respondió el hijo— trabajó Einstein y le dieron el Nobel.

—Quien dice una oficina de patentes dice una oficina de seguros — apostilló la madre.

—En una oficina de seguros trabajaba Kafka y escribió algunas de las obras más importantes del siglo XX —arguyó el hijo.

Cuando se producía esta curiosa escena, el escritor que no quería escribir contaba cincuenta años y su madre ochenta. Aunque las novelas de él estaban lejos de venderse como churros, tenían una salida digna y había obtenido

varios premios oficiales con ellas. En general, la crítica consideraba que en cualquier momento podía alumbrar la obra maestra que le consagraría universalmente.

—El día que escribas tu obra maestra —dijo la madre— te dejaré ir a una oficina.

—Pero es que no seré capaz de escribirla si no voy a la oficina —contraatacó el hijo.

Al comprender que no podría sacarlo de su error, la madre cerró la boca pensando que sería mejor dejarle hacer ese día lo que quisiera. El silencio de ella le haría sentir culpable y al día siguiente regresaría dócilmente a la obra maestra. Durante el resto de la jornada apenas se vieron. Ella se tomó dos pastillas contra la neuralgia y pasó la mañana cabeceando en el sillón orejero del salón. Él hizo veinte o treinta pajaritas de papel, tratando de reproducir, según su fantasía, la vida de un oficinista

cualquiera. No escribió una línea de la novela a la que ambos se referían como la obra maestra que daría a conocer su nombre en todo el mundo. La tarde, tras una comida frugal, durante la que apenas hablaron, discurrió del mismo modo. Como no tenían tele, por la noche escucharon la radio y se retiraron a dormir temprano.

En esta ocasión, los cálculos de la madre fallaron. Lejos de estimular en su hijo el sentimiento de culpa previsto, provocó en él una suerte de ira silenciosa e inédita en la relación que había entre los dos. Al tercer día no sólo no se había acercado a la novela, sino que había colocado sobre la máquina de escribir una funda que tenía también algo de sudario. Parecía evidente que su determinación era inamovible.

—Si no escribes, me muero —dijo entonces la madre.

—A lo mejor, lo que necesito para escribir es eso, que te mueras —

respondió cruelmente el hijo.

Fue dicho y hecho porque la madre falleció a los cuatro días de esta breve conversación. Tras el entierro, el escritor logró colocarse en el departamento de contabilidad de la editorial con la que venía publicando sus libros. Le dijo al editor que necesitaba pasar por esa experiencia para escribir una novela de contables.

—¿Una novela de contables? — preguntó el editor con extrañeza.

—Sí, no se ha escrito nunca. Será un éxito.

Los días comenzaron a transcurrir con la lentitud de un recurso administrativo, como sucede cuando uno se dedica a la burocracia. Una vez instalado en la rutina de su nueva existencia, el escritor se llevó a la oficina la novela a medio escribir que había abandonado en un cajón y la fue sacando adelante sin agobios durante los periodos de descanso, mientras sus compañeros daban cuenta del bocadillo

que traían de casa. La concluyó a los dos años y fue un éxito sin precedentes que lo lanzó definitivamente dentro y fuera de su país. La dedicó a la memoria de su madre. El editor jamás le reprochó que no tratara de contables.

El silencio

Abres un periódico cualquiera para decidir a qué cine vas y resulta que ponen a parir una película a toda página mientras que califican de obra maestra otra a la que apenas dedican un suelto. Lo mismo pasa cuando intentas resolver qué libro lees o con qué realidad te conmueves. ¿Cómo no preguntarse si estas tensiones se dan también en uno, es decir, si dedicamos más tiempo y energías a los asuntos que no nos interesan que a los que nos atañen? Del mismo modo que el periódico está compuesto de un número equis de páginas, nuestra vida tiene un número limitado de años. Si cada año fuera una

página y analizáramos cuántos de los vividos hemos dedicado a la publicidad, cuántos a la política nacional o internacional, cuántos a los anuncios por palabras, cuántos a la cultura, a la economía, la opinión, los deportes, los pasatiempos, los sucesos, etc., el saldo sería probablemente desatinado también. El gusto por la desproporción forma parte de nuestra naturaleza, constituye una necesidad contra la que nada podemos hacer. Si repasas los suplementos literarios de los últimos treinta años, comprobarás que cada año se aplicó el calificativo de «obra maestra» a siete u ocho novelas de las publicadas, lo que arrojaría un saldo de más de doscientos libros de lectura obligatoria. Quiere decirse que en tres décadas, y en un solo país, habríamos producido dos centenares de eneidas, de iliadas, de divinas comedias, de paraísos perdidos, de madames bovarys, de crímenes y castigos, de comedias humanas, de anas

kareninas, de regentas... Quizá cuando uno llega al final del periódico (o al final de la vida) e incurre una vez más en los ecos de sociedad (habiéndose saltado a lo mejor las páginas de Cultura), quizá, decíamos, se pregunte si es preferible una necrológica corta y elogiosa o larga y reprobatoria. Pero ¿qué tal un poco de silencio?

Novelas

Pongamos que su familia de usted se encuentra en el salón de la vivienda, tomando café. Entonces usted se levanta como el que va al cuarto de baño, se introduce en el pasillo de la casa, asoma la cabeza a la habitación del niño, de nueve años, que está jugando con la consola, y le dice:

—Ven conmigo.

El padre y el hijo se dirigen juntos al dormitorio conyugal, donde el padre saca una pistola del armario y pide al niño que le dispare con ella. El niño no tiene una idea muy clara de la muerte. Los mayores tampoco. Los mayores nos conformamos con poseer la versión

dominante acerca de ese extraño suceso por el que dejas de estar en este mundo y de preocuparte por la hipoteca.

—Venga, dispárame aquí, en el pecho.

El niño observa a su padre. Quizá advierta su agitación interior, tal vez perciba su locura. Es posible que esté acostumbrado a ella. Teme que si no dispara papá se enfade, de modo que aprieta el gatillo y luego se dirige al salón, donde el resto de la familia toma café, y dice que acaba de matar a papá. La policía somete al niño a la prueba de la parafina (creo que se llama así) y descubre restos de pólvora en sus dedos. En efecto, el niño hadisparado.

La historia acaba de ocurrir en Argentina. El muerto era un policía superdotado, uno de esos agentes especiales, una especie de geo. Un amigo, nada más leer la noticia, me llamó para informarme de ella. «Fíjate qué historia tan novelesca», dijo. Entonces pensé en el adjetivo novelesco. Lo novelesco se

opone, en alguna medida, a lo normal. Pero la novela, como la belleza (perdón por la cursilada) está en los ojos del que mira. Cuando está fuera, malo. Cuando un asunto es novelesco en sí mismo, con independencia de la mirada que lancemos sobre él, quizá estemos hablando de un asunto periodístico. He aquí una diferencia interesante entre periodismo y literatura. Queda, naturalmente, la posibilidad de que el niño mintiera. ¿Y si su padre no le pidió que lo matara? En tal caso, nos encontraríamos ante una ópera. No veo otro modo de contar un suceso de esa magnitud que a base de ponerle música. Por cierto, ¿la música es novelesca?

El lomo

De niños envidiábamos mucho a los personajes de las películas que al quitarse la camisa lucían en la espalda las señales de haber sido azotados, pues se les suponía un pasado tormentoso que volvía locas a las chicas. Y eso que aún no sabíamos nada de Sade ni de Masoch, ni siquiera que la etiqueta más conveniente para nuestra sexualidad sería luego la de *made in Sadoch* (¿comprenden el juego de palabras?). El sufrimiento que proporciona placer venéreo viene de la noche de los tiempos. Crecimos con esas marcas en la cabeza compitiendo con las circunvoluciones cerebrales, que no siempre resultaron más profundas.

Había olvidado aquellas heridas, cuando hace poco, buscando un volumen en la estantería, observé que muchos de mis libros tenían el lomo atravesado por las grietas que se producen cuando han sido leídos con crueldad. Dios mío, me dije, son iguales que las señales que llevaban mis héroes en la espalda. Sin darme cuenta yo había estado dibujando en ellos durante todos estos años las cicatrices que me habría gustado lucir sobre la piel, y con las que los libros seducen a los amigos que rozándolos suavemente con el dedo destacan el detalle de los lomos castigados como prueba irrefutable de que han sido leídos, si bien de una manera un poco sádica.

Pero también sus páginas han dejado en mí profundas cicatrices, aunque no estén a la vista ni seduzcan a nadie (ése es su lado masoquista). Tengo detrás de mi mesa de trabajo, como un muro siempre dispuesto a desplomarse, cientos de libros a los que debo, más que lo que

soy, lo que he dejado de ser. Podría contar hasta en qué postura los leí, porque han marcado mi existencia con la precisión con la que aquellos látigos de las películas penetraban en la carne de los rebeldes. Lo malo es que a mí no se me nota cuando me quito la camisa.

El grito del siglo

La expresión «sueño reparador» significa que hay días en los que uno se levanta de la cama con un optimismo inconcebible, como si por la noche hubiera desatado un nudo que le ahogaba. Amanecemos intactos, pues, sin necesidad de habernos acostado rotos. Nadie utiliza, en cambio, la expresión contraria: «sueño devastador», aunque tampoco es raro despertar afligido por un dolor oscuro.

El otro día soñé que iba en coche por Velázquez, y veía a una chica sentada en la acera, a la altura de Villanueva. La gente la miraba al pasar y continuaba su camino. Yo conocía a esa chica. Había

salido con ella hacía veinte o veinticinco años, pero estaba igual que entonces. Será su hija en todo caso, pensé. Pálida, como si hubiera sido víctima de un desmayo, quizá esperaba que alguien le echara una mano. Me coloqué en el carril de la derecha y entré por Jorge Juan con la idea de dar la vuelta y regresar al mismo punto, pero en lugar de salir a Velázquez fui a dar a la esquina de Laprida y Arenales, en Buenos Aires. Borges cuenta en *La pesadilla* que soñaba frecuentemente con esa esquina. Y con la de Balcarce y Chile. Me dejé arrastrar, perplejo, por el tráfico, cuando, sin haber abandonado Buenos Aires, volví a situarme en la esquina de Alcalá con Velázquez. Giré, empeñado en regresar al lugar donde agonizaba la chica, pero esta vez vi a su madre. Dudé en frenar y me salvó de la indecisión, que no del remordimiento, un autobús que venía detrás de mí, empujándome.

Al despertar de aquel sueño

devastador busqué el libro de Borges
Siete

noches, donde figura su conferencia sobre la pesadilla, y volví a leerla intentando encontrar, sin éxito, alguna clave capaz de zurcir el agujero abierto en mi conciencia por la imagen de la sentada en la acera. Esos días andaba perdido en la lectura de *Hijo del siglo*. Cuando volví a él, por la tarde, y reflexioné sobre el modo fragmentario en que Haro se refiere a Madrid, y a la existencia en general, pensé si no habría sido su lectura el resto diurno causante de mi sueño. Se trata de un volumen lleno de esquinas también, de pedazos de calles, de trozos de acera que van configurando un estado de pérdida. Hay dentro de sus páginas habitaciones tridimensionales, cuartos de baño hiperreales, pasillos oscuros por los que el lector puede moverse con la misma ansiedad con la que nos es posible visitar, en Buenos Aires, las esquinas que aterrorizaban a Borges.

Acabé *Hijo del siglo*, lo cerré y busqué el hilo de araña que había unido ya para siempre el sueño de la chica sentada en la acera, la conferencia de Borges y el volumen de Haro. Qué raro, pensé, no hay ningún nexo aparente entre todos estos materiales, y, sin embargo, se necesitan unos a otros como las piezas de un reloj. *Hijo del siglo* tiene la estructura de un sueño, pues todo en él es simultáneamente gratuito y necesario. Sus esquirlas van cayendo al interior de la conciencia del lector por unas grietas de cuya existencia no era consciente antes de abrirlo. Hay, al abandonarlo sobre la mesa, ese sentimiento de extrañeza que le acomete a uno cuando despierta de un sueño que ha comprendido sin necesidad de entender.

Los libros, como los sueños, pueden ser reparadores también. O devastadores. Al recordar ahora a la mujer que abandoné en la esquina de Velázquez con Villanueva sin prestarle el auxilio que

quizá necesitaba, me viene a la memoria el grito de socorro que, procedente del Sena, se escucha en *La caída*, la novela de Camus. Quizá sea el grito de este siglo, que no ha dejado de atravesar los días ni las páginas para manifestarse, ya sin remordimiento, en las memorias de Haro, donde deviene en el alambre capaz de engarzar lo privado y lo público, los dormitorios y las plazas. Tirando de él, y si no estuviéramos tocando el fondo de la columna, quizá continuaría creciendo este tapiz asociativo entre los libros y la vida: entre la existencia y el sueño. Los libros valiosos se distinguen por su capacidad para integrarse, a modo de hebra, en la biografía onírica del usuario. Una vez que se incorporan a esa trama, devienen en reparadores, aunque sólo en la medida en que las palabras pueden serlo. La escritura es un tejido que intenta aproximar los bordes de una herida que no tiene sutura. En pocos textos como en el de Haro se percibe esta función

devastadora.

El libro

El libro se parece a un agujero negro cuya atracción es tal que absorbe y distorsiona todo lo que sucede cerca de él, incluidos el tiempo y el espacio. De manera que a lo mejor son las ocho de la mañana y tú vas en el autobús a la oficina, pero de súbito eres arrebatado por esa masa gravitatoria llamada libro, que llevabas en la mano o en el bolso, y apareces en un escenario diferente, identificado, por ejemplo, con un individuo que se lava las manos llenas de sangre en la pila de una cocina francesa, mientras en el dormitorio de esa misma casa ha empezado a enfriarse un cadáver. Y no son las ocho de la mañana, sino las

diez de la noche. Y no es primavera, sino invierno. Y tú no eres ese sujeto sin pasado que ahora se baja del autobús, sino este otro que, después de borrar las huellas dactilares de las copas de coñac, se pone un abrigo oscuro y huye escaleras abajo.

Al cerrar la novela cesa la atracción, y es, una vez más, la hora de fichar, así que fichas y entras en la oficina, donde mueves los papeles de un lado a otro o atiendes el teléfono con la eficacia o la pereza de siempre. Has vuelto a tu dimensión, en fin, sin que nadie se diera cuenta de que te habías ido. Si tus compañeros supieran que en lugar de venir de casa, como procede, vienes de una cocina francesa en cuya pila te has lavado las manos llenas de sangre, se quedarían espantados. De hecho, quizá no seas el mismo ahora que antes de haber leído el libro. Por tu sangre discurre el argumento desdichado o feliz que estaba en la novela, del mismo

modo que los exploradores vuelven con
malarias de África o de Molokai con
lepra.

Hay más libros que playas, y en ellos
está contenida la materia oscura que los
físicos buscan en las estrellas. Si has leído
la novela del individuo que se quita la
sangre de las manos, ya siempre serás ese
individuo, siempre, sin dejar de ser tú y,
lo que es más sorprendente todavía, sin
dejar

de ser al mismo tiempo el cadáver que comenzaba a enfriarse cuando descendiste del autobús. Pura materia oscura, pues, invisible, como la conciencia, pero real como tu jefe.

No importa qué

Hay gente predispuesta a la lectura como hay gente predispuesta a la heroína. A cada ser humano le espera en un recodo de la vida una droga que es su droga. Si la prueba, quedará enganchado para siempre. Cuentan que la primera vez que Poe tomó un vaso de vino se volvió, literalmente, loco. Ya no pudo dejarlo. Yo no puedo dejar la lectura. Hace poco hice un viaje largo en avión. Con las prisas de última hora se me olvidó meter en el equipaje de mano un libro. Llegué a la cabina de pasajeros sin nada que echarme a los ojos, de modo que leí de arriba abajo, con anuncios incluidos, la revista de a bordo. Después comencé a mirar al

techo, intentando pensar, pero no me concentraba en nada. Necesitaba una dosis de lectura como otros necesitan una dosis de coca. O un Marlboro.

Revolví en el bolso del asiento y encontré una bolsa para vomitar con instrucciones. Las leí varias veces, en español y en inglés. Estaban muy bien escritas. Parecía un poema. Continué revolviendo y di con un folleto de publicidad sobre Guatemala. Decía que los guatemaltecos eran fieles a las tradiciones de los antepasados y que había vuelos directos desde Madrid los martes, jueves y sábados. A continuación ofrecían varios paquetes. El más barato se llamaba «Guatemala básico». Duraba nueve días y siete noches y costaba 1.632 euros. Me pareció muy entretenido de leer. El precio incluía el viaje en línea regular, estancia en hoteles de categoría turista y varias excursiones en autocar con aire acondicionado. Como se trataba de un texto pequeño lo leía despacio para

que me durase más.

Había otro paquete llamado «Guatemala, selvas y volcanes» y uno más denominado «Guatemala misteriosa». Este último era el más caro. No aclaraba en qué consistía el misterio. Me pregunté qué pasaría si habiendo contratado el paquete de «Guatemala básico», uno encontraba por casualidad un misterio, o un volcán, o una selva. En Guatemala, estas cosas te salen al paso. ¿Te cobrarían más? ¿Te prohibirían mirar? A partir de esta idea imaginé un cuento y se me pasó el viaje volando, valga la redundancia. Como dicen las autoridades sanitarias, lo importante es leer, no importaqué.

Desconcierto

Cuando se abandona la lectura de un libro a la mitad, algo le ha ocurrido al libro. O al lector. Quizá a ambos. Cuando se abandona la vida a la mitad, algo le ha ocurrido a la vida. O a su usuario. Quizá a ambos. Durante una temporada fui vendedor de pisos. Lo mejor de aquel trabajo era visitar las casas vacías de cuyas virtudes tenías que convencer luego a tus clientes. Cada vez que introducía la llave en una puerta sentía una excitación semejante a la de abrir un libro. La lectura de una casa, incluso aunque esté amueblada, dura menos que la de una novela (jamás tuve la oportunidad de vender un castillo),

aunque a veces más que la de un cuento. Por lo general, seguía el orden de lectura que proponía la disposición arquitectónica. Pero no siempre. En ocasiones caminaba a ciegas hasta el final del pasillo y recorría la casa al revés, como el que comienza una novela por el final. Me detenía mucho en los cuartos de baño, donde no era difícil encontrar restos curiosos de sus antiguos moradores: un peine torturado, un bote vacío de crema de manos, un cepillo de dientes con las púas aplastadas, una pestaña postiza...

De repente, un día comencé a dejar algunos pisos a medias. Al llegar al centro del pasillo era alcanzado por un desaliento mortal que me obligaba a dar la vuelta con el mismo gesto de derrota con el que decides abandonar en la página 100 una novela de 200. A veces el problema no era de la casa, ni de la novela, sino mío. La pérdida de interés por un piso que había comenzado a

visitar con entusiasmo, o por un libro que había abierto con pasión, me sumía en la confusión. Lo peor, con todo, fue el descubrimiento de que puede ocurrir lo mismo con la vida. Un día, de súbito, ya no quieres abrir más puertas ni leer más capítulos. Y te mueres sin saber si la culpa fue tuya o de la puta vida. O de los dos.

Una historia paralela

¿Es canibalismo que un libro se coma a otro? Quizá sí. Y sucede con más frecuencia de la que creemos. De hecho, la historia de la literatura es la de una digestión infinita de sí misma. Si uno fuera un lector lo suficientemente perspicaz, vería en el estómago de cada obra restos de las obras anteriores que le sirvieron de alimento. Pero los libros, además del canibalismo, practican la endogamia. Quiere decirse que copulan incesantemente padres con hijos y hermanos con hermanas, lo que provoca un deterioro fácil de demostrar. ¿Por qué creen ustedes que hay tantos libros tontos? Por eso mismo, porque proceden

del ayuntamiento de otros volúmenes que llevan generaciones y generaciones sin recibir una aportación genética novedosa.

Los libros tontos, producto del canibalismo literario y de la endogamia retórica, tienen sin embargo mucho éxito. De hecho, son los más solicitados, los que mejor se venden, los que más satisfacciones económicas proporcionan al editor y a los autores. Cabe preguntarse por qué y cabe responderse que quizá tenemos nostalgia de la época en la que nos devorábamos unos a otros y en la que no distinguíamos a la madre de la vecina ni al hermano del extranjero. Hubo una época, anterior sin duda a la cultura, en la que las cosas eran así. Quizá al leer un libro con pocas luces, resultado del cruce entre padres e hijos o hermanos y hermanas, reconozcamos el sabor de la carne propia y los olores del hogar. Sé de lo que hablo porque yo mismo disfruto del placer enfermizo que

constituye la lectura de esos volúmenes. Pocas tardes más felices que las pasadas en el sillón de orejas (esa especie de útero), entregado a la lectura de algo que se reconoce como propio.

Digo todo esto a propósito de una noticia reciente según la cual las mujeres neandertales evitaban la endogamia sin que tuvieran un conocimiento consciente de ella. Al alcanzar la edad propicia para la cópula, y corriendo el riesgo de ser canibalizadas, abandonaban el grupo familiar en busca de material genético nuevo. Se pregunta uno dónde están los libros neandertales, quién los publica, cuánto cuestan. Pero, sobre todo, se pregunta uno si hay una historia paralela de la literatura, todavía sin escribir, formada por estos libros.

Unas preguntas

¿Llevará razón la novela larga frente a la corta al modo en que, según el poeta, llevaban razón los días laborables? ¿Quién ganaría un combate entre *Anna Karenina* y *La muerte de Ivan Ilich*? ¿Quién una discusión entre *Ulises* y *La metamorfosis*? ¿Es más adulta o más seria o más arriesgada, no sé, *El Quijote* que *El Lazarillo de Tormes*? Me hago estas preguntas en el metro, donde el pasaje lee, casi sin excepción, novelas de más de setecientas páginas. ¿Llevará razón el puro frente al cigarrillo? Cuando ya nadie fume, ¿sobrevivirá la leyenda del Cohibas a la del Camel? ¿Qué fumaría (si las novelas fumaran) *Guerra y Paz*; qué,

Pedro Páramo?

¿Desaparecerán un día, por no llevar razón, los domingos y sus tardes, tan crueles, aunque tan pertinentes, por ello mismo, para la relectura de Rulfo, de Borges o de Monterroso?

Si los psicólogos encargados del caso prescribieran ficción, en vez de libros de autoayuda, a los obreros chilenos atrapados en el fondo de la mina San José, ¿optarían por novelas de largo o de corto aliento? Conocemos la consideración (mala) de la literatura respecto a la obra breve. ¿Piensa del mismo modo la psicología? ¿Cómo diablos han llegado los lectores del metro al extraño consenso de bajar al túnel con un volumen que no cabe en el bolso? ¿Dónde lo colocan al llegar al trabajo? ¿De qué forma lo echan de menos durante la jornada laboral? ¿Por qué estos libros son también, casi sin excepción, de tapa dura? ¿Llevará razón la tapa dura frente a la edición de bolsillo

al modo en que el lunes, siempre según Gil de Biedma, lleva razón frente al domingo? ¿Tendrá razón el esposo frente al amante ocasional? Si con los libros se follara (y parece que sí), ¿se comportarían como cónyuges o como aventuras de verano? ¿Copularían con más ardor las novelas de Umberto Eco o las de Italo Calvino? Todo son preguntas.

Falta de valor

Me encargaron un relato urbano para una revista de moda. Pregunté si podía introducir un 10 por ciento de materia campestre que me había sobrado del último cuento rural que escribí para una revista de gastronomía y me dijeron que no, que tenía que ser urbano al ciento por ciento. «Y ha de transcurrir en Madrid», añadieron. Esa noche, en la cama, imaginé un tipo que vivía en la plaza de Santo Domingo y que se pasaba la vida viendo entrar y salir a los coches del agujero del aparcamiento. Lo situé, para arrancar de algún modo, sentado a la mesa de su habitación, leyendo un libro sobre hormigas (urbanas, desde luego).

Quizá fuera viernes por la noche, pues el ruido que subía desde la calle era excesivo y no le dejaba concentrarse en la lectura. Entonces se me ocurrió que se levantara de la silla, fuera a la ventana y viera entre los coches que entraban y salían ordenadamente del hormiguero de Santo Domingo algo atroz que no logré averiguar antes de dormirme.

Al día siguiente me puse a trabajar temprano y la verdad es que iba todo bien hasta que escribí la siguiente frase: «Entonces se levantó y fue a la ventana.» Se levantó y fue a la ventana, repetí para mí, qué agotador.

¿Cuántos personajes se habían levantado e ido a la ventana a lo largo de la historia de la literatura universal? Como en un relámpago, vi páginas de novelas realistas, naturalistas, existencialistas, experimentalistas; vi relatos clásicos, fantásticos, contemporáneos, buenos y malos en los que alguien se levantaba e iba a la ventana. El mío sería uno más.

¿Valía la pena engrosar ese ejército de personajes que se asoman a la ventana? Por otra parte, ¿adónde se dirige la gente cuando se levanta de la silla? ¿No es más cierto que por lo general va a la cocina, al cuarto de baño o a hacer una llamada desde el teléfono del comedor?

Pero yo necesitaba misteriosamente que se dirigiera a la ventana. Albergaba el miedo supersticioso de que si lo obligaba a ir a otro lado no me saliera un cuento urbano ni madrileño al ciento por ciento y el redactor jefe de la revista de moda, que me recordaba a mi padre, se enfadara conmigo. Intenté salir de este estado de duda, pues no ignoraba que era un modo de boicotearme el trabajo, y escribí con decisión: «Se levantó y fue a la ventana.» Inmediatamente, sentí un desaliento enorme, una sensación de pérdida de sentido. Me levanté, fui a la cocina, llené un vaso de agua y lo bebí a sorbos pequeños, como si tuviera hipo,

para dilatar cuanto fuera posible el momento de regresar a la cuartilla.

Seguramente, pensé, existía una estadística de toda la gente que se ha asomado a la ventana desde que se inventara el relato urbano. Quizá sean sesenta millones o más. Si votaran, podrían ganar las elecciones en un país como Estados Unidos y gobernar asomados a la ventana, qué remedio. Los imaginé manifestándose en el interior de un grueso volumen del que al abrirse salía una gran ciudad, como en los libros troquelados de la infancia. Se dirigían a la plaza de Santo Domingo para corear consignas debajo de mi casa. La policía autorizaba a subir a dos representantes que me entregaban un escrito de protesta amenazándome con acciones más violentas si se me ocurría asomar a aquel personaje a la ventana.

—No cabemos —aseguraron.

—¿Qué hago con él entonces? — pregunté.

—Que encienda un cigarrillo —dijo el que llevaba la voz cantante. Regresé a mi mesa de trabajo e intenté hacerle encender un cigarrillo, pero enseguida caí en el desaliento, pues era muy común que los personajes encendieran cigarrillos. Las novelas de este siglo estaban llenas de sujetos que encendían cigarrillos todo el rato. Yo mismo, que llevaba una semana sin fumar, busqué en el cajón y prendí uno medio seco para aliviar un poco la tensión. Pero como todos los personajes que fuman tarde o temprano se acercan a una ventana, enseguida, inconscientemente, me dirigí a la mía y estuve contemplando el aparcamiento de Santo Domingo sin advertir nada especialmente atroz, excepto el hecho mismo de haber realizado aquel gesto innecesario y, lo que es peor, rural, pues ya sólo en el campo se asoma la gente a la ventana, a menos que se vayan a tirar por ella. A mí, sin embargo, me faltó

valor.

Altos hornos

El libro es uno de los objetos más raros de los inventados por el hombre, ya que no reproduce ninguna parte de su anatomía. Las grúas, los automóviles, los cajeros automáticos, las licuadoras, los armarios, están hechos a imagen y semejanza nuestra o de una parte de nosotros. Pero el libro parece un artefacto traído de otro mundo, no ya por la rareza de que no sea asimilable al cuerpo humano ni a ninguna de sus vísceras, sino porque aún lo enormemente complejo con lo desmedidamente simple. En efecto, nada es más fácil de manejar que un volumen. Carece de secretos de fabricación y sus averías mecánicas

pueden ser reparadas por un niño. Sin embargo, es un generador de realidad que funciona las veinticuatro horas del día siete días a la semana, como los altos hornos. En este mismo instante hay miles, quizá millones de personas, leyendo un libro, del que copiarán un comportamiento sentimental, una receta de cocina, una idea política, un mueble para el cuarto de estar, un método para superar la timidez o una expresión de lástima para acudir al tanatorio. A diferencia de las grandes industrias, sin embargo, puede actuar indistintamente en la habitación de un hotel o en la sala de una biblioteca pública; en un vagón de metro o entre las sábanas de una cama sin hacer. Lo que le caracteriza, en fin, es su capacidad para escupir realidad a presión, o por un tubo, pues incluso cuando de entre sus páginas salen materiales inexistentes, éstos no tardan en corporeizarse debido a las extraordinarias propiedades de la tinta.

Véanse las novelas de Verne en general, pero también *Drácula*, *Frankenstein*, *El doctor Jekyll y mister Hyde*, *El retrato de Dorian Gray* o *La metamorfosis*. Gran parte de la realidad conocida, pues, ha escapado de los libros. Déjenlo bien cerrado cuando lo abandonen sobre la mesilla de noche.

El viaje

Se bromea mucho sobre la gente que no reconoce su letra en un papel, pero no tiene ninguna gracia. En cierto modo, es como no identificar el propio rostro en un espejo. Estamos condenados a que nos sucedan las dos cosas. Un día pasas frente a un escaparate y te preguntas con extrañeza:

¿quién es éste? Sólo después de acercarte y deletrear al desconocido rasgo a rasgo comprendes que eres tú. No es que te hayas olvidado de leer, sino que no recuerdas cómo eras. Del mismo modo, un día coges el cuaderno donde tomabas notas para un relato que ya no escribirás y aparece un sustantivo ilegible, una

conjunción impenetrable. La letra es familiar, es tuya, de tu mano, pero no distingues las erres ni las efes. Es letra como el reflejo era rostro, pero no sabes de quién es. En ese momento quizá comprendas que el extranjero, además de un hogar, es un estado personal, una sensación interna, una atmósfera. Cuando estuviste en Suecia, en Dinamarca, o en la China, te resultaba divertido no comprender la carta de los restaurantes y había una excitación rara en el hecho de pedir a ciegas. Hoy no necesitas ir tan lejos. Basta con que te acerques a tu escritorio y cojas las notas de ayer. Seguro que hay en ellas una palabra que no sabes si es carne o pescado, y has de probarla con semejante prevención a la que en aquellos países pedías guisos exóticos cuyo contenido tenías que desentrañar paladeándolos con lentitud. Un día, pues, tardas un instante en reconocerte frente a un escaparate y al siguiente no entiendes

una palabra salida de tu lápiz. En ese momento puedes estar seguro de que has comenzado un viaje que te llevará lejos de ti, más lejos cuanto más ensimismado permanezcas. Cuando no seas capaz de averiguar quién eres, estarás en el extranjero sin haber salido de tu cuerpo.

Un suceso

Entré en una tienda de todo a cien que hay junto al mercado a comprar un juego de destornilladores para mi marido, y adquirí también una cestita de mimbre muy artesanal que llevaba dentro media docena de palabras. Como las palabras no me interesaban, al llegar a casa tiré por el retrete todas menos una bastante rara, «metáfora», que me hizo gracia. Luego metí en la cestita tres limones de plástico y la coloqué sobre el televisor. Parecía un bodegón de verdad. A la metáfora la dejé suelta, pero ella, después de olfatear un poco, trepó por la pata del aparador y se metió en el diccionario escolar del niño con la

agilidad de una lagartija. Tras la comida, aparecieron en casa dos inspectores y me preguntaron qué había hecho durante la mañana, como si se hubiera cometido un crimen y estuvieran investigando las coartadas de los vecinos. Al decirles que había estado en la tienda de todo a cien, me pidieron que les enseñara el diccionario y buscaron la metáfora por orden alfabético. Cuando dieron con ella, la arrancaron violentamente y se la llevaron. Por la noche, en el telediario, oí que la policía había requisado una partida impresionante de metáforas distribuidas a través de las tiendas de todo a cien para crear adictos entre la población. Creí que me daba un ataque. Al día siguiente volví a la tienda y compré otra de aquellas cestas con palabras. Luego, tuve un impulso raro y en lugar de tirar las palabras y quedarme con la cestita, me deshice de la cestita y escondí las palabras en el cajón de la ropa interior. En ese instante supe que aquello

que acababa de sucederme era una metáfora y desde entonces todos los días me suceden dos o tres. Me sientan bien, mejor que los ansiolíticos, que la dejan a una tirada. Los destornilladores, sin embargo, dieron un resultado horrible.

Firmas

Un lector se me acercó muy enfadado en la Feria del Libro porque había descubierto en casa de un amigo suyo un libro mío con una dedicatoria idéntica a la que le había puesto a él: «A Fulano, con mis mejores deseos de futuro.» Le expliqué que sólo dispongo de dos dedicatorias, ésa y esta otra:

«A Mengano, con un fuerte abrazo.» Soy tímido y me paraliza cuando me observan, incluso cuando no me observan. Y si me presionan para que escriba algo original, sólo se me ocurren obscenidades, o recetas médicas, en las que detallo cuántas páginas debe comerse cada noche el lector. Algunos

vuelven al año siguiente para cerciorarse de que había que ingerirlas en lugar de leerlas, pero a esas alturas están tan graves ya que no se salvan ni con un Faulkner inyectado en vena. Una vez, en México, se acercó a la caseta una chica muy turbadora, con prótesis dental. «Maestro, ¿le importaría plasmarme un aliciente?», dijo y se me cortó el aliento, como pueden ustedes imaginar, así que pedí permiso al librero para ir al servicio y abandoné el puesto, asegurando que volvía enseguida. Entonces fui a la caseta donde firmaba una autora mexicana a la que admiro mucho, compré su libro y le pedí que me plasmara un aliciente para ver en qué diablos podía consistir aquello. Ella puso sin ningún pudor: «Para Juan José, con mis mejores deseos de futuro.» Abandoné el libro en una papelera y volví desolado a mi puesto: «¿No te importa que en vez de un aliciente te plasme una receta médica?»,

pregunté a la chica. «Preferiría un aliciente», insistió ella. «A Rosita — escribí resignado—, con mis mejores deseos de futuro», y tuve en ese mismo instante la certidumbre de que me acababa de condenar, por miserable. Desde entonces, cada dedicatoria es un fracaso, una caída, una premonición. Ustedes disculpen.

Currículum

El fontanero preguntó si escribía y antes de darme tiempo a responder sacó un currículum de la caja de herramientas y me pidió que le echara un vistazo. «Es para la IBM», dijo retirándose al cuarto de baño, que se me había inundado. Hojeé los folios y enseguida vi que hacían agua por todas partes, lo que me produjo un curioso placer, pues nunca he hecho nada por los fontaneros, a quienes considero seres superiores. Mi autoestima, en fin, creció dos o tres centímetros mientras tachaba unas cosas y añadía otras hasta que al leerlo con más atención me di cuenta de que aquello no tenía arreglo. Decidido, pues, a empezar

de cero, dejé los papeles a un lado y comencé a organizar los materiales del historial en el ordenador. Al rato, el fontanero asomó la cabeza y me pidió un pedazo de cuero para confeccionar con él una zapata, pues no las había traído de la medida adecuada. «¿No tendrá usted una conjunción adversativa para que esta frase no gotee?», pregunté a mi vez, obligándole a retirarse con expresión de fastidio.

Durante las dos horas siguientes fue a su coche un par de veces y regresó mascullando improperios contra mis grifos. «Le voy a hacer una chapuza para ir tirando —dijo—, pero lo más sensato sería levantar el suelo y colocar unas tuberías de PVC.» Le respondí que era precisamente lo que había tenido que hacer yo con su sintaxis: levantarla entera y ponerla nueva para que las frases no perdieran sentido por las juntas, que estaban podridas. El hombre se asomó con desconfianza a la pantalla y replicó

que iba a cambiarme la llave de paso por una que había comprado para otro cliente. Entonces le mostré cuatro oraciones de relativo y dos condicionales que había sacado yo de mi propia caja de herramientas. «Las guardaba para un artículo que he de enviar esta misma tarde», añadí con intención culpabilizadora, aunque no se inmutó. Hacia el mediodía terminó él su trabajo y yo el mío. Me pidió quince mil pesetas «y eso que no le cobro la llave de paso», añadió perdonándome la vida, pero no preguntó si me debía algo por el currículum. Quizá pensó que la escritura debería ser un servicio público. Es lo que pienso yo, aunque a él no se lo habría confesado.

Palabras

Mucha gente cree que escribir consiste en colocar una palabra detrás de otra. Desde esa concepción, las palabras permanecerían en la caja de herramientas hasta ser seleccionadas por el escritor con el gesto de cálculo con que el aficionado al bricolaje separa un tornillo de otro. En parte es eso, sí, con la diferencia de que las palabras son activas, de manera que tienden a colocarse por su cuenta. Si uno va, por ejemplo, al cajón de los sustantivos y coge la palabra *noche*, inmediatamente aparecerá a su lado el adjetivo *oscura*. Hay, pues, que tener las tijeras a mano para podar los sustantivos, a los que les salen más ramas de las

necesarias. Así que escribir no sólo consiste en decir lo que uno quiere, sino en evitar que el lenguaje diga lo que le da la gana.

Desde luego, como esa lucha, llevada a sus últimas consecuencias, resultaría agotadora, finalmente hay que pactar. Por eso, un texto literario es el resultado de un acuerdo entre lo que quería decir el lenguaje y lo que pretendía expresar el escritor. Ahora bien, como el lenguaje nos construye, nos hace, y, llegado el caso, nos deshace, es posible que esa forma de relación se erija en el modelo de trato con el resto de las cosas. Visto de ese modo, la realidad sería el resultado de un pacto continuo entre nuestros deseos y los de la existencia. Se puede elegir no pactar, imponer nuestro criterio al ciento por ciento, pero eso quizá conduzca en la literatura al onanismo y en la vida al manicomio. Hay otra forma de no negociar que consiste en que las palabras digan lo que quieran y en que el destino

nos lleve a donde a él le plazca, pero eso es una forma de capitulación algo humillante.

Finalmente, situados en la posición de negociar, se puede cargar el acento en lo que uno quiere decir o en lo que le apetece contar a las palabras. Esta última es la posición que algunos identifican con la sabiduría y quizá tengan razón. Desde luego es mucho más relajante levantarse de la cama pensando: «Vamos a ver qué quieren decir hoy las palabras (o la realidad)», que meterse en la ducha con la idea de que uno tiene toda la responsabilidad de lo que sucede dentro de la cuartilla o en la calle.

La corrección en el lenguaje

Un chico y una chica muy jóvenes, de instituto, discutían acaloradamente en el metro. Me acerqué disimuladamente a ellos en el momento en el que la chica decía:

—¿Y por qué las mujeres tenemos que tomar somníferos en lugar de somníferas? Lo lógico es que hubiera somníferos para hombres y somníferas para mujeres.

—Eso es lo mismo que decir que los hombres deberíamos tomar aspirinos en lugar de aspirinas. Pues mira, yo me he pasado la vida tomando aspirinas y soy tan hombre como el que más.

—Ya está. Si no te sale el macho no te

quedas contento. Naturalmente que los hombres deberíais tomar aspirinos. Yo, si algún día tengo hijos, les daré aspirinos, del mismo modo que a las hijas les administraré antibióticas cuando les haga falta.

—Y los chicos se sentarán en sillos en vez de en sillas, me imagino.

—Pues sí, se sentarán en sillos y dormirán en camos y comerán el sopo, no la sopa, con cucharos. Las cucharas son para las mujeres.

—Tú estás loca. Vete al psiquiatra.

—Y tú al psiquiatro.

El tren se detuvo, se bajaron y yo continué perplejo cinco estaciones más pensando que la chica llevaba razón. ¿Cómo era posible que una lengua tan sexuada como la nuestra cometiera unos fallos, o quizá unas fallas, de ese calibre? Todo el mundo, muy pendiente de que los niños no jueguen con muñecas ni las niñas con tanques, y sin embargo se obliga a las mujeres a viajar en el metro (en lugar de en la metra) y a los

hombres a subir al tranvía (en lugar de al tranvío).

Angustiado por esta imperfección que acababa de descubrir en mi lengua materna (perdón, en mi lenguo materno), miré alrededor y vi a una chica leyendo un libro, lo que me pareció una perversión (debería leer una libra) y a un hombre rascándose la rodilla, cuando lo suyo es que se rascara el rodillo y así sucesivamente.

Llegué a casa (a caso en realidad) y le dije a mi mujer que todo estaba patas arriba. Cuando le expliqué por qué me miró de un modo raro y me pidió que hiciera unas tortillas para la cena.

—Unos tortillos, si no te importa —le respondí—, puesto que me voy a ocupar yo del asunto. Si quieres tortillas, las tendrás que hacer tú misma.

Por la noche, la oí hablar con su madre por teléfono (por telefona, para decirlo con propiedad), y tuve la impresión de que me criticaba. Al día

siguiente, se fue de casa, dejándome una nota en la que me pedía que no intentara localizarla. Le daba miedo («o mieda, por emplear tu lenguaje») vivir conmigo. La echo de menos, pero no podría estar con alguien que se expresara tan mal como ella. Así es la vida, o el vido, qué le vamos a hacer.

El cine y la vida

La elipsis, en el cine, sirve para que a ese señor que estaba sentado en una silla lo veamos de repente asomado a la ventana ahorrándonos el penoso trámite de filmarle yendo del salón a la cocina, o del lunes al jueves. Lo que viene a demostrar esta fórmula narrativa es que movimientos realmente esenciales hay pocos, muy pocos, a lo largo de la semana, incluso a lo largo de la vida. Dos tercios de la existencia se van prácticamente en movimientos de traslación o de rotación alrededor de nada. O eso nos parece, aunque en el fondo es un privilegio que en la vida real sean imposibles las elipsis. Cuando

servidor era pequeño, jugaba a adelantar el reloj con la fantasía de que de ese modo durarían menos la clase de matemáticas o el dolor de muelas. Si el tiempo hubiera transcurrido a la velocidad que uno deseaba, a estas alturas estaría muerto, lo que tampoco es tan grave.

Lo grave es que para hacer elipsis hay que tener un olfato muy fino.

¿Cómo saber qué es lo esencial y qué lo accesorio? ¿Cómo averiguar, en fin, si el momento existencialmente importante sucede cuando uno está asomado a la ventana o mientras se dirige a ella? Una de las etapas más delicadas de una película es la del montaje. Ahí es realmente donde se articula el relato, donde se decide si esto se tira o se incorpora, y si se incorpora de qué forma. Hay muchos modos de articulación: la rodilla y el codo, por ejemplo, son opciones de coordinación muy diferentes. Y hay quien une el otoño al

invierno con un simple catarro y quien necesita una gripe brutal o un ardor de estómago.

El caso es que si al final de la vida nos dieran todo el material que hemos producido para que seleccionáramos lo más significativo y lo montáramos a nuestro criterio, quizá los momentos más irrelevantes, como la clase de matemáticas o el viaje en autobús, se convirtieran en lo fundamental. En eso, como en lo demás, la existencia tampoco se parece en nada al cine. Pero ¿quién dijo que tenían que parecerse? El día en el que ir al cine sea ir a la vida quebrará la industria. Sin embargo, el día en el que ir a la vida sea como ir al cine se agotarán las entradas. No caerá esa breva.

El orden ideal

Hubo una época en que fichaba todos los libros que entraban en casa hasta que un día, en plena catalogación de uno de Kafka, mientras recorría con el dedo las páginas de cortesía en busca del nombre del traductor, tuve el sentimiento de que estaba haciéndole a la novela uno de esos reconocimientos físicos que se les hace a los presos antes de meterlos en la celda. Me quedé espantado, así que dejé la ficha a medias y abandoné el libro en cualquier parte, aunque nunca tuve dificultad para encontrarlo. Llegaba a mi habitación, olía un poco el aire y el afecto me conducía a él con la misma eficacia que el orden alfabético. Desde entonces, he intentado

ordenar mi biblioteca, y quizás mi vida, de algún modo que no exija la confección de una ficha policial, pero he fracasado sucesivamente.

Veamos: intenté hacer una clasificación temática, dividiendo la librería en grandes áreas: novela, ensayo, poesía... Hasta aquí la cosa es fácil; lo malo es cuando intentas clasificar a su vez cada uno de estos géneros y te pones a separar la novela histórica de la psicológica y ésta de la policiaca; o el ensayo científico del literario; e incluso la poesía buena de la mala. Me di cuenta entonces de que me gustaban sobre todo los libros fronterizos, de manera que la línea divisoria entre unos y otros géneros era más ancha que los géneros en sí y la confusión de mi biblioteca y de mi vida volvía a ser la de antes. Me enseñaron entonces un programa de ordenador en el que, una vez introducidos los datos, encontrabas el libro dándole a cuatro teclas. Funcionaba bien, pero lo deseché

porque cada vez que le pedía al programa un libro tenía de nuevo la impresión de ir a visitar a un preso.

Finalmente, los fui dejando donde me daba la gana, como había hecho antes de que tuviera aquel ataque de profesionalización. Pese a ello, los encuentro con facilidad, igual que la novela ya citada de Kafka. Alguno, es cierto, se me resiste o se pierde, pero no porque esté mal colocado, sino porque no me interesa. De manera que las fichas sirven, fundamentalmente, para encontrar lo que uno no quiere, lo que, bien mirado, resulta completamente absurdo. Y para poner orden, lo que resulta peligroso.

Decálogo

En *El ejército del faraón* (Alfaguara), Tobias Wolff, recordando a un amigo muerto en la guerra del Vietnam, se expresa de este modo: «Él nunca sabrá las cosas que los demás sabemos. No sabrá qué significa hacer una vida con otra persona. Que un niño se deslice junto a uno, la mañana del domingo, cuando está leyendo en la cama. Dedicar años a un trabajo y luego volverse a mirarlo. Vigilar la decadencia de los padres y asistir a su disolución. Perder la fe. Rezar de todos modos. Perseverar. Estamos hechos para perseverar, para cumplir el turno entero de servicio. Así descubrimos quiénes somos.»

A veces, en los libros o en la vida si uno está atento, caza párrafos brutales, como el que acabo de reproducir, de tan compleja sencillez que hay que leerlos una y otra vez para comprender que podrían ser las primeras líneas del Génesis, en el sentido de que aplicándolos a la existencia cotidiana seríamos capaces de fundar el mundo: un mundo pequeño, desde luego, como de andar por casa en zapatillas, pero de una sabiduría estremecedora. Leer en la cama, mientras se nota la presencia de un niño deslizándose entre las sábanas. Iniciar una novela sabiendo que tendremos que dedicarle a ella los próximos tres o cuatro años sin la garantía de terminarla, ni de que sea buena, sólo por volvernos a mirarla pasado el tiempo y ver si nos devuelve al menos la satisfacción del deber cumplido.

Y rezar, claro, a condición de hacerlo sin fe, como un ejercicio de

piedad hacia uno mismo y hacia el mundo. Quizás escribir sea una de esas formas de plegaria que se entonan mientras vigilamos la decadencia de los padres y asistimos a su disolución. Parece el decálogo de un agnóstico profundamente religioso. Tal vez lo sea. Leerle, leer a ese curioso escritor llamado Tobias Wolff, es una de las formas de perseverar, de cumplir el turno entero de servicio. No estoy seguro de que acabemos sabiendo quiénes somos, pero al menos vamos día a día averiguando a quiénes no nos queremos parecer de ningún modo, lo que constituye un excelente modo de construirse y de colaborar a la construcción del universo.

Juegos de palabras

Astenia primaveral y *tarjeta de visita* son dos expresiones hechas y, en esa medida, algo vacías. En cambio, si las cruzamos obtenemos *astenia de visita* y *tarjeta primaveral*.

—Pero *astenia de visita* no quiere decir nada. Y *tarjeta primaveral* tampoco.

—Pero están llenas de algo.

—No lo entiendo.

—De acuerdo, probemos con *resplandor glacial*, que se utiliza mucho para describir la luz de la Luna, y *paraíso fiscal*, que sale todos los días en la prensa. Cruzándolas adecuadamente dan *paraíso glacial* y *resplandor fiscal*.

—Eso ya va teniendo más significado. Puedo imaginar un cielo del tamaño de un congelador, con un dios de hielo sentado sobre un paquete de delicias Findus. También puedo concebir un titular de periódico como éste: «Hallado un resplandor fiscal en un paraíso glacial.»

—O sea, que vamos entendiéndonos. Crucemos ahora *aire indolente* con *choque emocional*, que arrojan el siguiente resultado: *aire emocional* y *choque indolente*.

—Yo tuve un amigo que tenía un aire emocional.

—¿Y has tenido noticia de algún choque indolente?

—Pues también, la verdad. Un día, me embistió un coche de ese modo, como sin ganas, en plan perezoso. Sin embargo, me practicó un siniestro total.

—¿Un siniestro total a causa de un choque indolente?

—Lo que te digo.

—Prueba a cruzar las dos expresiones,

a ver qué sale.

- *Siniestro indolente y choque total.*

— ¿Qué te parece la nueva combinación?

— Bien, fue eso más o menos.

Hay quien cruza un mastín con un bulldog y se asombra del resultado. Pero las palabras también tienen una capacidad reproductora increíble. Mezclen Álvarez Cascos con Miguel Ángel Rodríguez y verán cómo les sale López Amor. Por eso han corrido los tres la misma suerte.

Una araña en la bóveda

Compré una novela titulada *El momento de la luna*, de un tal José Ramón Martín Largo, porque al hojearla en la tienda di con un pasaje en el que alguien lee un poema francés titulado así: *Le moment de la lune*. Por lo visto es la expresión que utilizan las mujeres francesas para referirse a la menstruación. El hallazgo verbal provocó una cadena de explosiones internas. Recordé que mi mujer me había contado que de pequeña, para minorar los dolores de la regla, su madre le daba un par de optalidones con una copa de ginebra. En la actualidad, por raro que parezca, no es alcohólica ni drogadicta, pero a veces

todavía recuerda con nostalgia aquellos días de la adolescencia en los que llegaba al instituto entre nubes y atravesaba las clases de química o latín felizmente encogida en la cara oculta de la luna. Por mi parte fui también adicto al optalidón y a los satélites durante algunos años. Mi excusa eran unos dolores de cabeza que sólo se aliviaban con esos comprimidos. En realidad, creo que los tomaba para minorar el rencor. Nunca he sido tan bondadoso ni he estado tan de acuerdo con la realidad como aquellas mañanas de oficina y neón en las que desayunaba café solo, largo, con dos o tres optalidones. Ahora me he quitado de los dolores de cabeza y al optalidón le han arrebatado aquella pizca de barbitúrico que tanto nos unía a mi mujer y a mí antes de que nos conociéramos, pero en otoño caigo en una suerte de debilidad que me hace añorar el sabor de las medicinas, así que busco libros que produzcan los mismos

efectos secundarios.

De manera que estaba de pie, en la tienda, hojeando el libro de José Ramón Martín Largo, mientras que en mi memoria no dejaban de estallar toda clase de minas, cuando afuera se puso a llover. Era perfecto. Busqué al azar otra página y vi cómo un personaje de la novela, un tal Bruno, se

preparaba un porro de sulfamidas. Yo también he consumido muchas sulfamidas, pero nunca se me habría ocurrido utilizarlas de este modo. El caso es que, después de las primeras caladas, la realidad sufre un desplazamiento y el tal Bruno comienza a hablar de un libro titulado *Del aislamiento como programa*. Avanzo un par de páginas y leo: «De pronto pensó que aquélla era la mirada de alguien que sabe que va a morir a los veinticuatro años, la mirada de alguien que lo va a dejar todo a medias, la de alguien que sabe que nada tiene mucha importancia.»

Me llevé el libro a casa y me acosté con él. No había parado de llover en toda la tarde y yo estaba lleno de efectos secundarios y de sensaciones febriles, así que me descargué de las responsabilidades habituales y proclamé la llegada de la gripe, aunque no permití que me pusieran el termómetro. En cambio, accedí a tomar un Frenadol, para

ambientarme. Entonces me inyecté la novela con la ansiedad con la que otros se meten en el cuerpo aquello que más daño les hace. Supe enseguida que estaba escrita desde esas regiones de la conciencia que apenas se comunican con el exterior a través de un respiradero. Su lectura me devolvió la idea de la literatura como enfermedad, como pasión dañosa. Lo cierto es que quedé contagiado, así que al cabo de tres horas, cuando le había extraído todo su veneno, me levanté de la cama con los movimientos fantasmales de un convaleciente y me acerqué a la librería del estudio. Necesitaba más de lo mismo: quería una novela en la que la acción volviera a suceder dentro de la cabeza de los personajes. De súbito, mi dedo índice se detuvo en el lomo de una novela de Ruth Rendell que aún no había leído. La olfateé brevemente y me la llevé a la cama. Se titulaba *El lago de las tinieblas*, y comienza contando la historia de un

sujeto al que le tocan las quinielas y decide gastar la mitad del premio en obras de caridad. Todo lo que sucede a partir de ahí es un cúmulo de malentendidos que destruye al protagonista y acaba con el lector, porque las buenas novelas devoran al lector, sobre todo si éste se encuentra postrado y tiene unas décimas. Cuando Rendell acierta, podemos afirmar de ella lo mismo que se decía de la Highsmith: que habla de los seres humanos como una araña hablaría de las moscas. El personaje más importante de *El lago de las tinieblas* es precisamente esa araña que, sin llegar a hacerse visible a lo largo del relato, es la que crea con sus babas el tejido de la realidad. Si nos apasiona su lectura es porque todos llevamos una araña como ésa en la base de la bóveda craneal y una realidad como su tela bajo los zapatos. Somos víctimas de nuestras secreciones, arquitectos de nuestros laberintos.

El momento de la luna, de José Ramón Martín Largo, y *El lago de las tinieblas*, de Ruth Rendell, no tienen nada en común, excepto que sus sótanos respectivos están llenos de túneles que se comunican entre sí. La primera es una novela culta y la segunda, una novela policiaca. Martín Largo escribe con el cuidado obsesivo de las tejedoras de ganchillo, mientras que a la Rendell le gusta el punto grueso y desigual. Además, en el relato de Ruth no cesa de llover, mientras que en el de José Ramón apenas hay conciencia de los fenómenos atmosféricos. ¿Qué sucede, pues? ¿Por qué la lectura de ambas contagia la misma enfermedad y su ingestión produce los mismos efectos secundarios?

Hace unos días, John Berger, en la presentación de *Hacia la boda*, su última novela, hablaba de un médico que suele preguntar a sus pacientes en qué parte de su cuerpo viven. Quizá la respuesta a que dos novelas tan dispares me hayan

parecido tan semejantes está ahí: en que sus autores y yo hemos elegido para sobrevivir el mismo órgano. Esto es lo que quería contarles. Feliz otoño.

Progreso

Imaginemos a un sujeto idéntico a nosotros que todas las mañanas, para desayunar, se comiera sus manos. No obstante, éstas crecerían de nuevo a lo largo de la jornada, de manera que al día siguiente podría volver a devorárselas. Supongamos que este circuito cerrado, tan útil desde muchos puntos de vista, se rompe cuando alguien inventa la escritura. Conocida esta posibilidad, en la que los dedos son tan necesarios, el ser humano ha de decidir entre crecer intelectualmente o pasar hambre. Podría alimentarse de las manos de otros animales, y de hecho lo hará, pero ello implica la creación de toda una

cultura armamentística y el diseño de estrategias de caza hasta el momento inexistentes. Quizá valga la pena, porque lo cierto es que la humanidad renuncia al autismo y busca fuera de sí el alimento que antes tenía dentro, descubriendo con la escopeta y la pluma universos que ni había soñado que existieran. No todos los que renuncien a comerse sus manos se dedicarán a escribir. Muchos practicarán el tiro, la magia o las caricias. Habrá también algunos que, atrapados en la etapa anterior, continuarán ensimismados en el disfrute de su propia carne y vivirán de espaldas al progreso que supone comer manos extrañas. Enseguida la caza se combinará con el descubrimiento de la agricultura y la ganadería, de forma que cada familia poseerá una granja de manos, así como un huerto de manos, cuyos excedentes digitales se destinarían al comercio. Llegados a ese punto comerse las propias dejaría de ser una rareza para convertirse

en una perversión, por lo que muchos escribirían para tenerlas ocupadas y evitar, de ese modo, el pecado social de devorárselas.

La escritura, en fin, nacida como un sustituto del alimento primordial, sería una variante del incesto. Pero el bricolaje, también.

Las moscas

Estos primeros días de septiembre, en el campo, son duros para los insectos: entran las moscas por la ventana, atolondradas, en busca de un poco de calor, y te das cuenta de que ya están tocadas por la muerte. Una de ellas se coloca sobre la pantalla del ordenador, fascinada por sus reflejos verdosos, y sigue dócilmente la trayectoria del cursor. Las letras van apareciendo a medida que recorre la pantalla, como si fueran producciones de su abdomen. Me hago, pues, la ilusión de que el texto es de ella; quizá sabe que tiene que morir con el frío de una de estas madrugadas de septiembre y quiere contar al universo

cómo se soporta una existencia de mierda que por fortuna sólo dura un verano.

Mala época esta para los insectos: ahora entra por la ventana de mi cuarto una avispa con el abdomen desgarrado por su propio aguijón; seguramente lo ha metido donde no debía. El aguijón de las avispas está preparado para atacar a animales de cuerpo quebradizo, de donde entra y sale con facilidad, pero si pican a un mamífero el arpón queda atrapado entre sus carnes y al intentar sacarlo se abren a sí mismas en canal. Tiene los segundos contados esta avispa que vuela atropelladamente antes de caer, arrugada, sobre los periódicos del día.

También ahora, los zánganos de las abejas son expulsados a empujones de la colmena. Quizá recuerden, mientras la intemperie los mata, los mediodías dorados por el sol en que fueron el juguete sexual de una reina. Septiembre, a menos que seas una reina altiva o una

obrero sumisa, te va a poner un nudo en la garganta, ya verás. La mosca responsable de esta columna lo sabía bien: acaba de morir sobre una tecla, de manera que cierro sobre ella, respetuosamente, la tapa de mi ordenador, como si fuera el ataúd que la naturaleza no me da. Buenos días, tristeza.

La Gaité

A esta hora de ambulatorios y autobuses, de niebla y miedo, una mujer inaugura un cuaderno inquietante en un piso alto de Doctor Esquerdo. A dos pasos de Manuel Becerra, una de las plazas más caóticas de Madrid, y enfrente, casi, del Palacio de los Deportes, hay un piso con cocina antigua en el que trabaja Carmen Martín Gaité. La Gaité no es budista, al contrario, está llena de pasiones: abandona el tabaco con la misma violencia con la que vuelve a él, y, si no está de humor, no tiene inconveniente en hacerlo notar. Sin embargo, le saca punta a los lápices y redondea los adjetivos con

la paciencia de un maestro zen. Nunca ha tenido prisa por acabar un libro.

Pero los acaba, los va acabando en ese piso alto de Doctor Esquerdo, cuyo pasillo está lleno de fantasmas con los que Carmen Martín Gaité ha llegado a alguna clase de acuerdo para no coincidir a la misma hora en el cuarto de baño. De todos modos, cuando estas presencias espectrales rompen la disciplina, ella se cala una boina de la resistencia francesa y se va unos días al Palace como si fuera una extranjera. Cuando regresa, los espectros le dan un homenaje, porque no pueden vivir sin la música de su máquina de escribir. Por ellos, esta princesa se ha quedado prisionera en ese piso alto de Doctor Esquerdo cuya terraza es, en realidad, una almena.

A esta hora de ambulatorios y autobuses, de niebla y miedo, Carmen inaugura un cuaderno inquietante en ese piso de Doctor Esquerdo en el que se ha ido haciendo mayor con el esmero, pero

con la desesperación también, con que ha escrito sus mejores libros. Casi todos son el resultado de un pacto con lo oscuro, con el cuarto de atrás, aunque ella ha tenido el coraje literario de vivir en el de delante, lo que le agradecemos públicamente desde aquí. Enhorabuena y gracias, Carmen.

Palabras

Estaba cansado, llovía. Decidí darme una vuelta por el diccionario. Entré por la O, atravesé obedecer, obelisco y óbito, y me detuve un rato en obsesión. Me enteré de que una obsesión es una idea fija que ofusca el entendimiento. Giré hacia mi derecha en obtuso, atravesé occisión y océano y dirigí mis pasos a ofuscar. Las temperaturas continuaban descendiendo. Tropecé en ofertorio y en oftalmoscopio, que es un aparato que sirve para mirar el ojo por dentro, pero enseguida vi ofuscar detrás de ofuscación; consiste en trastornar el entendimiento. Con las ideas confundidas, salí de allí, di un salto y me planté en la V; pasé sin detenerme

por venera, venerable y venéreo para alcanzar ventana: se trata de una abertura más o menos elevada sobre el suelo, que se deja en una pared para dar luz y ventilación. Me asomé a la abertura; afuera llovía sin pasión, pero sin pausa, como un niño que ha llorado muchas horas sin ser atendido. Una ráfaga de aire arrancó a un árbol siete hojas que cayeron al suelo como manos inútiles, incapaces ya de acariciar o ser acariciadas. Los transeúntes las pisaron sin mirarlas. Abandoné ventana, di la vuelta y comencé a correr en dirección contraria. Como iba con los ojos cerrados, tropecé en muela y me caí. Averigüé que la muela cordal, también llamada del juicio, es la que nace en la edad viril en las extremidades de las mandíbulas. Me acerqué un momento a viril y allí un funcionario me remitió a varonil. Cuando llegué estaban a punto de cerrar, pero pude averiguar que varonil es lo perteneciente o relativo al varón. Deduje

que las mujeres carecen de muela cordal. Asqueado por esta muestra de machismo alfabético, abandoné el diccionario por la palabra tímido, hice transbordo en túnel y salí al primer tomo de mi enciclopedia favorita. Caí directamente en andrópolis, que significa cementerio. Llovía. Busqué tu tumba y la mía, nuestra tumba, pero aún no habíamos llegado.

Ánimo

Tomo notas, indistintamente, con un bolígrafo o con un lápiz colocados junto al ordenador, sobre un cuaderno escolar, de rayas. Al lápiz hay que sacarle punta de vez en cuando, lo que constituye una actividad artesanal que sirve también para la reflexión. Pero la diferencia más notable entre él y el bolígrafo es su modo de perecer. El bolígrafo no cambia de apariencia ni siquiera cuando se encuentra en las últimas. Y deja un cadáver tan curioso que nadie diría que está muerto si no fuera porque no pinta nada ya, aunque resucite a veces de improviso y trace un par de líneas, incluso un párrafo, antes de volver a

expirar. La gente se resiste a desprenderse de los bolígrafos vacíos porque continúan como nuevos. Sólo se consumen por dentro, en fin, y siempre se acaban a traición, como el butano. El lápiz, en cambio, agoniza por dentro y por fuera a la vez, y deja un cadáver mínimo, un detrito del que uno se deshace sin ningún sentimiento de culpa. Punto y aparte.

La naturaleza presenta casos semejantes al del bolígrafo. Ahí está el caracol, que envejece sin una sola arruga exterior, sin un fruncido. Y no hay que sacarle punta cada poco: él mismo, mientras vive, asoma los cuernos al sol, caracol quiscol, y una vez muerto, si te encuentras la concha en un tiesto o en el agujero de un árbol, la guardas en el bolsillo y al llegar a casa la colocas junto a los bolígrafos difuntos. Tenemos una pasión curiosa por la cáscara, de ahí la afición a las cajas, sobre todo a las cajas fuertes. Hay personas que coleccionan

pastilleros vacíos, que viene a ser lo mismo que guardar bolígrafos sin tinta, con los que sólo se pueden escribir poemas inexistentes, que muchas veces son los mejores.

Pese a todo, tal vez sea más digna la actitud existencial del lápiz que la del bolígrafo, la de la babosa que la del caracol, aunque no dejen cáscara

para los arqueólogos. Conviene sacarse punta cada mañana, pese al espanto de ver cómo se agota uno. Lo complicado de sacarse punta es saber cuánto te tienes que afilar para escribir lo suficientemente claro sin romperte antes de que hayas acabado la novela o la vida. Pero eso constituye un ejercicio de conciencia, y quizá de consciencia, bastante saludable. Ánimo.

La Biblia

Somos hijos del cuento, así que cuando en una época remota nos expulsaron a la realidad, no sólo proveníamos de un útero, sino de un relato o de un conjunto de relatos que después hemos reproducido minuciosamente en el áspero lugar de destino, para encontrarnos como en casa. Somos, pues, hijos de Blancanieves, y de la madrastra y de la bruja y de los enanos y del ogro, pero también de Edipo y de su madre, incluso de Adán, y hermanos por lo tanto de Abel, aunque generalmente de Caín. Hemos construido la torre de Babel y el Empire State y el edificio Torres Blancas a pesar de Dios,

que intentaba confundirnos para que no alcanzáramos con nuestros andamios el cielo, donde nos aguardábamos despavoridos, pues también somos dioses y demonios y ese gusano, el *caernobis elegans*, con el que ya hemos logrado compartir el 36% de nuestro abismo genético. Cuántas cosas.

Cambian las formas, sí, pero a estas alturas de la creación seguimos acostándonos con nuestra madre y engendrando minotauros con las bestias que nos llevamos a la cama o al laboratorio, lo mismo da. Ahí están las moscas con ojos en las patas y los ratones con orejas en la espalda y las ovejas clonadas en su laberinto. No nos falta de nada, ni siquiera las pócimas que le duermen a uno, o las que le despiertan, o las que nos convierten de gordos inmundos en afilados príncipes sin panículo adiposo. Y ahí están las píldoras de la virilidad y las de tener sextillizos y las que quitan el hambre o la tristeza y

las que nos devuelven el pelo prometido.

Dormimos en postura fetal, para volver al útero. Pero una vez despiertos no cesamos de reproducir las historias de hadas o terror (son las mismas) para volver al mito. El mundo es ya, por fin, un cuento. Qué digo un cuento: la Biblia, la Biblia en pasta, con sus pestes.

El tonto balear

Estaba intentando comprender por qué los periódicos llamaban independentista a un tonto, cuando me llegó la noticia de que había hielo en la Luna. No sabía qué hacer, la verdad, para conciliar los dos sucesos, que así, a primera vista, se excluían mutuamente.

El tonto balear es un profesor de enseñanza media que ha prohibido a sus alumnos que le hablen en un idioma diferente al mallorquín porque se siente atacado en su identidad. Por lo visto, te cruzas con él en un pasillo, le dices «buenos días» y se queda hecho polvo durante un rato, sin saber quién es ni de dónde viene. Todo eso nos parece muy

bien. Hay gente pintoresca a la que conviene sacar en los papeles para mostrar la riqueza zoológica del planeta. Con lo que no estamos de acuerdo es con los titulares de la noticia. No se puede decir, por ejemplo: «Independentista balear prohíbe que sus alumnos le hablen en castellano», porque eso no es característico de la independencia, sino de la idiotez. Más rigor a la hora de titular, por favor.

Pero el problema no es ése. Ya sabemos que la oligofrenia se da como hongos, y no sólo en la enseñanza media, sino en la superior, y hasta en los cursos de doctorado, qué le vamos a hacer. La cuestión es de qué manera puede conciliar un ciudadano normal, como usted o como yo, la existencia de agua en la Luna con la difusión de este suceso balear. Parece imposible que al tiempo de dar con un lago helado tan lejos encontremos un bobo descongelado tan cerca. En otras palabras, que el universo

deviene en un asunto completamente inverosímil frente a magnitudes tan contradictorias.

No obstante, lo peor es que si de verdad hay agua en la Luna, también es posible que haya vida. Y si hay vida, lo mismo hay nacionalismo lunático, perdón por la redundancia. Así que no sabe uno por qué se alegran tanto los científicos. En cuanto al tonto balear, defiéndanse de él desmontando su identidad. Es muy sencillo: basta con decirle «good morning» en el pasillo del instituto, o «bonjour». Incluso «buenos días». Suerte.

La zarza ardiente

Me pregunto si no será más correcto decir «estoy Millás» que «soy Millás». Y quien dice Millás dice Gutiérrez o García. Me he puesto a mí mismo como ejemplo para no ofender, pues mucha gente cree a pies juntillas en la esencia de las cosas y por lo tanto en su propia esencia. Yo no fui Millás antes de nacer y dejaré de serlo cuando muera, quizá antes. Soy Millás, en fin, de un modo harto provisional, de ahí que me parezca más correcto afirmar que «estoy Millás» del mismo modo que decimos «estoy enfermo», «estoy cansado» o «estoy cojo». Me impresionó mucho, cuando estudié la Historia Sagrada, lo que Dios le dijo a Moisés de sí

mismo: «Yo soy el que soy.» En el caso de Dios se entiende. La imagen de la zarza ardiendo de la que sale esa frase inquietante me persigue desde la infancia. No puedo pasar delante de una zarza sin detenerme unos instantes, a ver si arde y me es revelada una verdad. A veces yo mismo he aplicado la llama del mechero, para colaborar, y les aseguro que impresiona ver cómo arde. Pero no he tenido la suerte de escuchar voces.

«Yo soy el que soy.» Eso es lo que diferencia a Dios de los humanos, que somos lo que no somos. Ayer mismo, estaba tomándome el gin-tonic de media tarde, cuando en la mesa de al lado alguien afirmó:

—¡Yo soy ingeniero!

Lo decía a propósito de que en la empresa le habían pedido que hiciera un trabajo inferior a su categoría. El hombre estaba muy enfadado. Su interlocutor, en cambio, permanecía tranquilo, dándole la razón, como si su pensamiento se encontrara en otro lugar. Entonces caí en

la cuenta. Este señor —me dije— no es ingeniero, sino que está ingeniero, aunque no se ha dado cuenta, pobre. Hoy estás ingeniero y mañana estás administrativo, o limpiacristales. Por eso mismo, al contrario de Dios, somos lo que no somos. El señor al que me estoy refiriendo no *era* ingeniero, *estaba* ingeniero, a ver si nos vamos aclarando. Lo que se dice ser, no somos nadie. Pero vete tú a decirle a un juez que no es juez, o a un notario que no es notario, con lo duras que son esas oposiciones. Si fueran notarios y jueces de verdad no necesitarían opositar. Dios no oposita porque es. Aunque no está.

Todo era muy raro

Comí con mi amigo Roberto, al que hacía años que no veía. En el segundo plato me propuso que escribiera un libro sobre su vida. Recibo siete u ocho propuestas de ese tipo al mes. Mucha gente está convencida de que su vida es una novela. Creen que una existencia novelesca consiste en que a uno le hayan ocurrido muchas cosas, cuando las mejores historias no tienen historia. Un hombre en una habitación sin ventanas: he ahí un relato. El problema es contarlo. Por otra parte, que yo supiera, no había en la vida de mi amigo ningún elemento de los convencionalmente considerados dignos de ser narrados.

—Resúmeme tu vida en una frase —le pedí.

—He viajado a Marte —respondió.

Creí que se había vuelto loco, aunque no daba ningún otro síntoma. Al rogarle que se explicara, me contó que cada vez que entraba en su casa, ingresaba en realidad en Marte. Mi amigo llevaba casado treinta años a lo largo de los cuales, según me explicó, su mujer (Conchita) se había ido convirtiendo en una marciana. A los quince años de casados, con los hijos en plena adolescencia, tuvieron una crisis por la que estuvieron a punto de separarse, pero les dio pereza.

—A partir de esa crisis que rompió nuestros vínculos afectivos —añadió— comencé a ver a Conchita con la frialdad de un entomólogo. Dejé de quererla, pero comenzó a interesarme. Me parecía un ser extraño, muy atractivo para un temperamento científico como el mío.

—¿Qué tenía de extraño? —pregunté.

—Que se había transformado en una

marciana —dijo muy serio.

—¿Literalmente? —insistí.

—Literalmente —dijo él atacando el solomillo.

Di un sorbo a la copa de vino y aparenté naturalidad. Definitivamente, mi amigo estaba chaveta. Como su mujer era marciana, continuó, fue convirtiendo poco a poco la casa en una sucursal de Marte.

—¿Quieres decir —pregunté— que la decoró con objetos marcianos?

—No —dijo él—, los muebles y los jarrones y las camas son, en apariencia, como los de la casa de un terrícola cualquiera. Pero su sustancia es marciana.

Aquella diferencia entre sustancia y accidente me trajo a la memoria los días en los que estudiaba filosofía. Nunca más había pensado en esa distinción. Para mí, desde que me hice mayor, el accidente era la sustancia del mismo modo que el fondo era la forma. Alargamos la

sobremesa con dos cafés y un par de copas de coñac cuyos efluvios nos ayudaron a instalarnos de lleno en la dimensión alcohólica, cuyas puertas habíamos traspasado ligeramente con la ayuda del vino. Instalados cómodamente en esa instancia de la realidad, Roberto me detalló su día a día en Marte. No se trataba de una existencia extraordinaria. No ocurría en ese planeta nada que no sucediera en el hogar de cualquier terrícola, pero todo estaba teñido de aquella atmósfera extraterrestre, de modo que el simple hecho de comerse una tortilla de patata (marciana, claro) proporcionaba una serie de sensaciones dignas de ser contadas por alguien como yo.

Al salir del restaurante, un poco borrachos, me propuso que lo acompañara a su casa.

—Así —dijo—, saludas a Conchita y compruebas por ti mismo si aquello es o no es Marte.

Acepté la invitación y allí que nos dirigimos haciendo esos. Al entrar en la casa, tuve, en efecto, la impresión de penetrar en una atmósfera que no era la mía. Es cierto que el sofá y la librería y la televisión y las mesas eran de lo más común, pero al mismo tiempo, misteriosamente, pertenecían a otro mundo. También Conchita tenía todos los accidentes físicos característicos del cuerpo humano. Y sin embargo, lo juro, era marciana.

Nos ofreció un café y un whisky (marcianos los dos) que tomé con aprensión, aunque su sabor era idéntico a los de mi propio hogar. Todo era muy raro. En un momento en el que Conchita se retiró al cuarto de baño, Roberto me confesó que sus hijos, los dos casados, eran marcianos también.

—¿Y tus nueras? —pregunté.

—Mis nueras son como tú y como yo, me llevo muy bien con ellas, mejor que con los chicos.

Al día siguiente, cuando ya había decidido que escribiría la historia de Roberto, telefoneó para decir que me olvidara de todo lo que me había contado. «No quiero líos con los marcianos», añadió. Y eso fue todo.

Peor para ella

Tengo un ordenador portátil con el que voy a todas partes. Lleva dentro de sí más folios escritos de los que cabrían en un baúl, y más fotografías de las que entrarían en siete cajas de zapatos. Y no pesa más que un libro grande. En eso, los ordenadores se parecen a nosotros, que tenemos la cabeza llena de obsesiones, fantasías, deseos, rencores, agradecimientos, cosas, en fin, que no podríamos meter en un camión gigante de mudanzas ni apretando. Muchas veces, este ordenador se adelanta a mis deseos y si voy a escribir, por ejemplo, la palabra *febril*, él me sugiere que ponga *febrero* cuando apenas he

teclado *febr.* O *martes* si me dispongo a escribir *martillo*. Normalmente no le hago caso, pero a veces sí y salen textos curiosos. Por las noches lo dejo encendido para ver si se decide a redondear un artículo entero, o dos, por su cuenta, pero aún no me ha dado esa alegría. Hace poco, me disponía a escribir una carta a un amigo y tecleé: *Querid*, pero antes de que acabara la palabra, el ordenador me sugirió: *Queridos padre y madre*. Se me cortó el aliento, como pueden usted suponer, sobre todo porque soy huérfano y nunca se me habría ocurrido dirigirme a estas alturas a mis progenitores muertos. No obstante, hice caso a mi máquina y redacté una carta que ni siquiera era un ajuste de cuentas: de lo mejor que he escrito en mi vida. No tengo adónde enviarla, pero eso me ocurre también con muchas personas que están vivas.

Ahora bien, lo mejor es que ayer

estaba trabajando cuando la pantalla del ordenador se puso negra durante unos segundos angustiosos y luego volvió en sí, como si hubiera tenido una lipotimia, una pérdida, un vahído. A mí me pasan esas cosas también: me desmayo durante un momento y enseguida se me enciende la luz y continúo sin problemas con lo que tenía entre manos. Ignoro si esta compenetración con mi ordenador es rara o no,

pero a mí me gusta. O sea, que lo que hace diez o quince años nos habría parecido un cuento de ciencia ficción empieza a ser realismo costumbrista. La realidad es que es muy voraz: materializa todo lo que se nos pasa por la cabeza.

Problemas

Cuando aquella chica abandonó el vagón del metro, vi caer algo del interior del libro que llevaba en la mano. Al principio me pareció un señalador, pero al agacharme vi que se trataba de un personaje que guardé en el bolsillo con un poco de vergüenza, la verdad, pues los viajeros me miraban con gesto de censura, o con expresión de asco, como si hubiera cogido una cucaracha del suelo. Me bajé en la siguiente estación, aunque no era la mía, e hice el resto del camino andando. Ya en la oficina, coloqué al personaje sobre la mesa y vi que era un individuo verdoso, con un traje raído y una corbata cuyo nudo parecía

fosilizado, como si llevara años quitándosela y poniéndosela sin deshacerlo. No había forma, en fin, de adivinar a simple vista de qué novela se había caído, y yo no había visto el título, pues la chica llevaba el libro forrado.

Al día siguiente guardé al personaje en el bolsillo con la confianza de encontrar a la chica y devolvérselo. Pero no apareció. Durante una semana ensayé a coger el metro un poco antes o un poco después sin ningún resultado. Finalmente, pregunté al personaje de qué clase de novela había salido y me confesó que no pertenecía a una novela, sino a un libro de gestión empresarial editado por una congregación religiosa. «Y no quiero regresar de ningún modo a ese libro», añadió. No se había caído, pues, sino que se había arrojado de cabeza huyendo de los números o quizá de la teología. Me pidió que lo abandonara dentro de una novela cualquiera con tal de que no fuera de terror, pues ese género lo conocía

suficientemente a través de la contabilidad.

Ese día, a la hora de comer, me acerqué a una librería y hojeé las novedades. Como se trataba de un personaje joven, me pareció que estaría bien abandonarlo dentro de una novela larga, con mucho argumento y un final feliz. Así lo hice, comprobando en sucesivas visitas que se había integrado en la historia perfectamente. Ayer volví a tropezar con la chica en el metro. Llevaba otro libro, también forrado, del que en un descuido se arrojaron al suelo cuatro personajes espantados. Pero esta vez hice como que no los veía. Bastantes problemas de colocación tiene uno consigo mismo.

Hacer manitas

En la mesa de al lado dos estudiantes (chico y chica) mantenían una discusión gramatical. Él se quejaba de que la palabra objeto no tuviera femenino y ella de que el término cosa careciera de masculino.

—Para mí —decía el chico—, una cajetilla de tabaco no es un objeto, sino una objeta.

—Pues para mí —aseguraba la chica— el pene no es una cosa, sino un coso.

—Si te empeñas en llamar coso al pene —replicaba el joven—, comenzaré a llamar objeta a la vagina.

—Pues te equivocarás: la vagina no

es una objeta, ni siquiera una cosa, a ver si distingues.

La llegada del camarero con sus refrescos y mi gin-tonic de media tarde los hizo callar. Cuando se quedaron solos de nuevo ninguno fue capaz de retomar la conversación. Yo di un primer sorbo a mi copa fingiendo permanecer ensimismado en mis asuntos (quizá en mis asuntos), pero atento a la posibilidad de que reanudaran aquella interesante conversación lingüística. Tras un rato de silencio ominoso (qué rayos significará ominoso), la chica dijo:

— ¿En qué piensas?

— En nada — respondió el chico.

— Estoy segura — replicó ella— de que la primera persona que habló fue para mentir, como tú ahora.

— ¿Y qué mentira dijo?

— «Yo no he sido.» Vamos, es que no me cabe la menor duda de que el lenguaje se inauguró con esa frase o una parecida: «Yo no he sido.»

—A lo mejor —añadió el chico—, la primera persona que pronunció una frase entera fue para decir «te quiero».

—¿Me estás diciendo que me quieres?

—He dicho que a lo mejor fue la primera frase de la humanidad.

—Pero ¿me quieres o no me quieres?

El chico miró a su alrededor, por si hubiera alguien escuchando, y dijo en voz baja que sí, que la quería, pero que no volviera a llamar coso a su pene. Ni tú objeta a mi vagina, concluyó la chica. Y se pusieron a hacer manitas.

Simultáneo

Mi hijo pequeño me da un grito desde su habitación:

—Papá, ¿qué significa simultáneo?

—Que sucede al mismo tiempo que otra cosa, hijo.

El silencio se hace de nuevo en la casa, y aunque intento continuar con lo que tenía entre manos, advierto que he quedado atrapado en la pregunta, o quizá en la respuesta. Todo el rato están sucediendo cosas simultáneas. Mientras yo escribo estas líneas, un perro ladra en la casa de al lado y alguien llora en la de más allá. Lo difícil es encontrar el hilo conductor de esos acontecimientos.

—Mientras tú tiras el pan —me dijo

un día mi padre—, un niño se muere de hambre en África, o en la India.

En este caso, el problema no era encontrar el hilo conductor, sino desencontrarlo más bien. ¿Qué culpa tenía yo de que mis pérdidas de apetito coincidieran con aquellas defunciones masivas en el Tercer Mundo? La sincronía, en otras palabras, no implicaba causalidad, pero esa asociación quedó establecida en mi cabeza, a modo de un circuito eléctrico, y ya no podía tirar un trozo de queso sin matar a alguien al mismo tiempo.

«Me acabo de cargar a un indio», pensaba tristemente mientras me deshacía del bocadillo de mortadela. Cometí entonces muchos crímenes a los que debo remordimientos incontables. Tendría que explicarle a mi hijo que dos hechos simultáneos no tenían por qué depender uno de otro, para que no sufriera. Así que a la hora de la cena le dije:

—Que dos cosas sucedan a la vez no quiere decir que estén relacionadas, hijo.

—¿Entonces por qué suceden a la vez?

Supe que cualquier respuesta que le diera sólo serviría para aumentar su confusión y la mía, sobre todo la mía, de forma que cambié de tema y, *simultáneamente*, me atraganté. El niño me lanzó una mirada irónica y yo decidí que mi padre llevaba razón, aunque ello supusiera cargar con la responsabilidad de todas aquellas muertes africanas.

No tenemos remedio.

Autofagia

Conocí a un escritor al que le dio de viejo por tomarse cada día de aperitivo unas páginas de sus obras completas. A la familia le preocupaba aquella manía por si le sentaban mal el papel o la tinta, aunque lo único capaz de abrir su vieja úlcera era una sintaxis torpe o descuidada. Cuando se tragaba una página mal escrita, le subía la fiebre y le daban temblores. Por el contrario, cuando caía en sus manos uno de aquellos textos concebidos en estado de gracia, que recitaba mientras masticaba lentamente la página, parecía rejuvenecer veinte o treinta años. Yo le sugerí entonces que sólo se comiera los libros

que le habían salido bien, pero él pensaba que eso sería un fraude para los demás y para sí. «Tengo que tragarme todo lo que he vomitado», decía con obstinación.

Muchas veces, por insistencia de su esposa, le acompañé a la hora del aperitivo con la idea de que me invitara a algún párrafo, para aliviar la ingesta. Pero jamás me permitió probar una línea. Mandaba poner almendras para mí y en un plato aparte, junto a su copa de jerez, las cinco o seis hojas que se tragaba cada día. Mientras tanto, hablábamos de la vida, es decir, de nada en concreto. Un día le pregunté si no pensaba volver a escribir y dijo que ningún escritor debería producir más de lo que estuviera dispuesto a comerse. Según él, el cuerpo practicaba también una forma de autofagia a la que curiosamente llamábamos corrupción, cuando la verdadera podredumbre consistía en no descomponerse. «Es lo que le pasa a algunos santos —añadía—, que producen

en vida más cuerpo del que son capaces de eliminar una vez muertos.»

El caso es que cuando ya había devorado casi toda su obra, tomó por casualidad un libro con muchos adverbios, que le sentaban fatal, y se murió antes de terminarlo dejando otros dos libros incorruptos. Yo sugerí a la viuda que se los comieran entre ella y sus hijos, para completar dentro de la familia el proceso de digestión. Pero le pareció una locura, así que tuve que hacerme cargo del muerto, nunca mejor dicho, y todos los días me como un capítulo suyo. Cuando acabe con él, empezaré conmigo, para que me dé tiempo a devorarme del todo y descansar en paz al fin.

R.I.P.

Escribir a máquina

Hace años cultivé el método ciego de escritura a máquina, y aunque nunca logré teclear más de dos palabras seguidas sin cometer un error, conseguí llegar con los ojos cerrados hasta la cocina y regresar sin un sólo tropiezo. No aprendí a escribir, pero practiqué la invidencia con resultados notables. En los hoteles, por las noches, no necesito encender la luz para llegar hasta el cuarto de baño, y por mi casa me muevo a oscuras sin problemas, lo que, siendo bueno para mi fotofobia, no resolvió mis problemas con la mecanografía. Quizá por eso durante mucho tiempo me manejé con bolígrafos de punta fina

que se adaptaban perfectamente al ritmo de mi pensamiento. Los días en los que amanecía torpe, la bola de tinta discurría a trompicones, como si fuera obligada a rodar por una superficie irregular. Pero cuando mi capacidad asociativa estaba a pleno rendimiento, la punta del bolígrafo se deslizaba a lo ancho de la cuartilla como un patinador de un extremo a otro de la pista de hielo.

Escribí así varias novelas que luego me pasaba a máquina un mecanógrafo profesional, de manera que no lamenté mi torpeza con las teclas hasta que empecé a trabajar para la prensa. Los periódicos son un medio rápido; no puedes escribir a mano para pasarlo luego a máquina si quieres entregar el artículo antes de que cierren la edición. Así que adquirí un ordenador, que me pareció un medio más caliente que la máquina, y comencé a practicar renunciando desde el principio al método ciego: si mirando las teclas tengo

dificultad para acertar en el blanco, con los ojos cerrados el desastre está garantizado.

Poco a poco fui ganando velocidad, incluso ganándome la vida. Pero de vez en cuando regresaba al bolígrafo con el sentimiento de regresar a casa. Y no es sólo porque éste eyacule las palabras en lugar de escupirlas, lo que le da una connotación sexual muy querida a la escritura, sino porque la mano derecha, que es la que trabaja, se entera de todo, mientras que con el ordenador, al realizar la faena a medias con la izquierda, sólo se entera de la mitad. Escribe a ciegas, que no es lo mismo que hacerlo por el método ciego, y eso siempre desasosiega. O *desasociega* quizá; la cuestión es que cansa. Si no me entienden, otro día se lo explico a ustedes a bolígrafo.

La sopa

Me compré en la Feria del Libro un diccionario de citas y estoy asombrado de la cantidad de sentencias trascendentales excretadas por la humanidad a lo largo de su historia y de lo poco que nos han servido. Pero lo que más me extrañó fue no dar con la frase «la sopa está fría». O su contraria: «La sopa está caliente.» Crecí oyéndoselas a mi padre y no he olvidado el fatalismo con que las pronunciaba. Quizá no pretendía tanto culpar a mi madre de la situación como constatar un hecho objetivo, pero trágico, como cuando te asomas a la ventana y dices: ha habido un terremoto.

De ello deduje a muy temprana edad

que la sopa sólo puede estar fría o caliente, o sea, que carece de estados intermedios. Siempre que las personas moderadas intentan explicarme que en la vida no todo es blanco o todo negro, sino que entre ambos hay una gama de grises, yo contesto: «Sí, sí, de acuerdo, pero la sopa sólo puede estar fría o caliente.» Y si no se convencen añado que a su vez puede tener pelo o no tener pelo. Sería absurdo decir: esta sopa tiene muchos pelos. O pocos pelos: basta con que tenga uno para que sean muchos. Se demuestra de este modo que la sopa es un alimento muy radical en el que con frecuencia me veo reflejado.

Pues bien, no di con estas máximas fundamentales. A decir verdad, la sopa es muy poco citada, aunque encontré una frase de Hemingway que merece la pena: «Un idealista es un hombre que, partiendo de que una rosa huele mejor que una col, deduce que una sopa de rosas tendría también mejor sabor.» Se

trata de una cita excelente: lo malo es que viene en el apartado de ideales porque ni siquiera hay una sección de sopas. Un error: uno ha aprendido a leer con la de letras, y gracias a ello todavía es capaz de distinguir una palabra fría de otra caliente. Tomen nota los autores.

La torre

Una cosa incomprensible de la informática es que le obligue a uno a escribir mal. Todo junto, sin acentos, sin mayúsculas, sin eñes. Los habitantes del correo electrónico y de Internet en general parecen afásicos, como si les hubieran dado un golpe en la cabeza. Al principio uno se rebela, pero llega un momento en que si persistes en utilizar las mayúsculas, los acentos, las eñes, incluso la sintaxis, en el espacio cibernético, te toman por un psicópata. No sabe uno cómo explicar que escribiendo mal es imposible pensar bien. Pero quizá lo que se esconde tras las órdenes del todo junto, sin acentos, sin

mayúsculas, sin eñes, sin sintaxis, se resume en esta otra: sin pensamiento, por favor. De hecho los diccionarios incorporados a los procesadores de textos, carísimos por cierto, tienen un vocabulario tan pobre como el inglés de aeropuerto: sirven para averiguar dónde está el cuarto de baño, pero no proporcionan elementos de juicio para saber de qué modo se utiliza una letrina o se tira de la cadena. Es cierto que uno puede ir enriqueciéndolo con la incorporación de nuevos términos, aunque para ello es necesario tener una cultura previa que al contacto con la informática puede deteriorarse gravemente, sobre todo si uno cae en el desvarío dadaísta de activar también el corrector sintáctico. Yo creo que lo que sucedió en Babel no fue que Dios confundiera a los hombres dotándolos de diferentes lenguas, sino que les obligó a utilizar mal la que tenían: todo junto, sin acentos, sin mayúsculas, sin eñes, sin

sintaxis: sin pensamiento. Pero sin pensamiento, por rudimentario que sea, no se puede levantar ni una modesta construcción de Lego; mucho menos un cúmulo de saberes desde los que alcanzar el cielo. Nuestra torre de Babel es la informática, y ya ha comenzado a confundirnos. Dios ataca de nuevo.

Confusión

Un amigo mío, profesor de pintura, me cuenta que tiene muchos alumnos que quieren aprender a *no pintar*.

—Esto ya sabemos hacerlo — aseguran cuando se les muestra un cuadro de Antonio López—. Nos gustaría practicar lo contrario.

Algunos, en su esfuerzo por *no pintar*, desgarran el lienzo, o le vuelven la espalda, pero al final todo eso les deja insatisfechos. Intuyen que *no pintar* consiste en otra cosa, aunque no han averiguado en qué.

Yo tuve una experiencia semejante cuando daba clases de escritura. Había gente que se empeñaba en *no escribir*. De

hecho, Cervantes les parecía antiguo y Shakespeare retórico. De Flaubert llegaban a asegurar con desprecio que era decimonónico, lo que no podía ser de otro modo perteneciendo al siglo XIX. Estos temperamentos artísticos llegaban a clase con veinte líneas a las que habían dedicado una noche entera de actividad febril, y cuando les decías que eran muy malas, te miraban con desconfianza porque la buena escritura les parecía un vicio pequeño burgués. A uno al que le reproché haber escrito un cuento aburrido me respondió que el tema que había querido desarrollar era *Ése*, y se quedó tan ancho. De todos modos, a lo que tenían pánico no era a resultar pesados, sino a ser buenos.

—Pues para escribir mal no necesitáis acudir a clase —les decía yo—.

Podéis hacerlo por correspondencia.

Pero ellos se empeñaban en venir todos los días para pelearse conmigo. Aseguraban que querían *no escribir*,

aunque no soportaban mis juicios negativos. En otras palabras, pretendían que les diera la razón todo el tiempo.

—Pero es que esto es muy malo.

—Por eso mismo es bueno.

Al final abandoné esta actividad incomprensible, pero algunos alumnos me perseguían por la calle pidiéndome consejo. Yo les decía que el mejor modo de no escribir era pintar, y se los enviaba a mi amigo pintor, quien me dice que tampoco eso les hace felices. La gente, en general, está muy desorientada.

Deduje y deducí

Los famosos huyen de Twitter a la misma velocidad a la que entraron (200 por hora). Dicen que ya no encuentran placer en relatar, minuto a minuto, lo que hacen, pero no es cierto; lo que ocurre es que escribir, aunque sólo sea 140 caracteres, es duro; y escribir sin cobrar, agotador. Luego está el problema de la sintaxis: que si pongo el sujeto en este lado de la oración o en este otro, que si aquí conviene una coma o un punto y coma, que si se dice «he comprado unos calcetines para mis niños adoptados de lana» o «he comprado unos calcetines de lana para mis niños adoptados». No es lo mismo, no es lo mismo ser que estar, qué

va, tampoco quedarse es igual que parar. Escribir, decíamos, incluso cobrando, es duro, duro, duro, no ya por la sintaxis o la morfología, también por la moral. Y es que la escritura, lo queramos o no, termina siendo un espejo de carácter moral en el que se ven todos y cada uno de los puntos negros del alma.

Las escuelas de escritores están llenas de alumnos de los que apenas el 1% acaba dedicándose a escribir. El resto vuelve a casa y se pone a trabajar en la tienda de comestibles de su padre. ¿Por qué? Porque al rellenar las primeras cuartillas se dan cuenta de quiénes son y salen huyendo a todo trapo de sí mismos. No es que ignoren si se dice «deduje» o «deducí», que a veces también, sino que no saben cómo declinarse a sí mismos, ni siquiera se habían planteado, antes de matricularse en escritura creativa, si eran personas regulares o irregulares, al modo de los verbos. La primera condición para escribir medianamente bien es ser

irregular, claro. Pero también para eso hay que tener un coraje moral que no abunda. Las escuelas de escritores están llenas de personas regulares (como el verbo amar) que aspiran a ser irregulares (como el verbo soñar). Pero si eres regular, muchacho, eres regular, eso es genético. Por otro lado, la irregularidad está sobrevalorada, como la escritura.

De todo eso, en fin, nos damos cuenta al escribir con cierta periodicidad, aunque sólo pongamos 140 caracteres. De todo eso, y de lo idiotas que podemos llegar a ser, pues ya me dirán qué interés tiene relatar al mundo que acabas de pedir hora al dentista. De ahí que los famosos huyan de Twitter como de la peste.

El papel impreso

En mi barrio había una fábrica de hielo. De ella salían unos preciados lingotes que se repartían por las casas en un carrito de dos ruedas. El muchacho encargado del reparto llevaba un garfio que manejaba con sorprendente maestría. Le servía para sujetar la barra de hielo sobre el hombro, pero también para partirla. La gente le compraba un cuarto de barra, media como mucho, y había que golpear en el lugar adecuado para que se partiera sin producir esquirlas. Cuando éstas saltaban, los críos las atrapábamos en el aire, para metérnoslas en la boca. Mal hecho. El hielo se fabricaba con agua no potable.

Servía para enfriar, no para beber. En una ocasión, vimos, en el núcleo de la barra, el rabo de una rata. Todo lo que rodeaba al mundo del hielo era mágico. «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.» Pues eso.

Un día, llegó al barrio una nevera eléctrica. Una Westinhouse. Había colas para verla. Yo era amigo del hijo de los propietarios, por lo que fui de los primeros en rendirle admiración. No sólo mantenía los alimentos frescos, sino que fabricaba hielo. Parecía increíble que dentro de una casa cupiera una fábrica de hielo, pero era así. Los críos introducíamos mondadientes en la cubitera y nos hacíamos la ilusión de fabricar polos. Recuerdo, en fin, la llegada de aquel electrodoméstico como uno de los sucesos más excitantes de mi vida.

Durante algún tiempo, la fábrica de hielo convivió con la progresiva difusión de neveras eléctricas. El propietario de la fábrica, que nunca creyó que éstas llegaran a popularizarse, continuó produciendo hielo a toda pastilla. Y se arruinó, claro. A veces me pregunto si las actuales empresas editoras (de libros, de periódicos, de revistas...) no son el equivalente a aquella fábrica. Hoy, cada uno tiene en Internet su propia fábrica de noticias. Y su impresora. Invertir en rotativas es como fabricar hielo cuando ya todo el mundo posee una nevera. Personalmente, tengo la misma sensación de pérdida y de ganancia de entonces. Y también una suerte de nostalgia anticipada por el papel impreso.

Cruelmente asesinado

Cogí a un chico que hacía auto-stop a la salida de la autopista. Al poco, pasamos por un sitio donde había un cartel con la expresión «Paisaje pintoresco». El chico me preguntó qué quería decir. Le expliqué que un paisaje pintoresco era aquel que tenía cualidades plásticas y detuve el coche para que lo comprobara. Estuvo un rato observándolo con expresión perpleja. Al cabo, mientras regresábamos al coche, dijo que él tenía un amigo pintoresco.

—O eso dicen de él —añadió.

Le expliqué entonces que el término pintoresco, aplicado a las personas, significaba estrafalario, raro, chocante, lo

que pareció ofenderle, como si yo hubiera dudado de su competencia lingüística. Entonces aseguró que se sabía todos los adverbios.

—Pregúnteme —dijo.

—No hace falta, te creo.

—Pero pregúnteme, ya verá.

—Está bien, dime un adverbio de tiempo.

—Hoy, mañana, después, entonces, jamás, luego, nunca, tarde, siempre, todavía, ya.

Me asustó un poco porque los recitó de un modo algo febril, como si declamara un poema de San Juan de la Cruz. A ver si he cogido a un loco, me dije observándole de reojo, sin perder de vista el paisaje pintoresco a través del que se deslizaba el automóvil.

—Pregunte más —dijo.

—No hace falta —señalé yo—. Precisamente los adverbios que más me gustan son los de tiempo. Y te los sabes muy bien.

—Pero póngame a prueba, por favor.

No me atreví a contradecirle, así que le pregunté por los de modo.

—Bien, mal, casi, como, despacio, rápido, lento, deprisa —disparó antes de que me hubiera dado tiempo a terminar.

Estuvimos un rato jugando a los adverbios de un modo, me parecía a mí, algo siniestro, como se juega al parchís los domingos por la tarde. Precisamente, era domingo y comenzaba a oscurecer, lo que me sumió en ideas suicidas. La manía del muchacho con los adverbios me trajo a la memoria a un profesor de lengua del bachillerato que estaba completamente loco. Nos ponía unos ejercicios consistentes en detectar la presencia de adverbios en unos textos larguísimos y absurdos que él mismo escribía. Teníamos que avanzar entre las palabras como un cazador entre los árboles, con la escopeta (el bolígrafo) preparada para disparar ante la presencia de esa figura gramatical.

El chico me dijo que había compuesto

una canción en la que sólo había adverbios. Le confesé que yo, debido a un trauma infantil, odiaba los adverbios, por lo que le rogaba que no me la cantara.

—Le diré la letra nada más, sin música.

Convencido de que había cogido a un psicópata, le dije que bueno, que la letra nada más, cuyo estribillo repitió tantas veces que me lo aprendí de memoria. Decía así: «Ayer cuando jamás nunca primero, fuera abajo delante, nada cuanto mitad, lento tampoco.» La ejecutaba con tal pasión que parecía un himno, un himno absurdo, desde luego, pero cuál no lo es. Cuando mi desasosiego o mi pánico estaban a punto de alcanzar un grado insoportable, entramos en un banco de niebla que me obligó a poner los cinco sentidos al servicio de la conducción. Por un lado, fue bueno, porque me olvidé momentáneamente del chico (un susto se cura con otro mayor), pero por otro hizo que se agravara el

sentimiento de irrealidad. Aquello no podía estar ocurriendo.

Cuando se cansó de cantar, me informó de que había escrito un cuento en el que los personajes tenían nombres de adverbios. Esta vez no me atreví a decirle que no me lo contara. Trataba de una familia en la que el padre se llamaba *Simplemente*; la madre, *Verdaderamente*; y, el hijo, *Despacio*. El señor *Simplemente* y la señora *Verdaderamente* tenían unas discusiones delirantes acerca de *Despacio*, que se había enamorado de una joven llamada *Cobardemente*. Dado que los nombres de los personajes se confundían con sus funciones gramaticales, había que prestar una atención desmesurada para seguir la trama, que por otra parte no tenía ningún interés. De repente, en medio de la niebla, apareció una gasolinera donde abandoné al chico mientras se encontraba en el servicio. A los dos días, vi su foto en el periódico. Había sido

asesinado cruelmente por alguien que lo había cogido en auto-stop. No me alegré de que lo mataran, pero me pareció normal que lo hicieran cruelmente.

Zoo

Soñé que iba de la mano de mi madre a un zoológico de oraciones gramaticales, donde nada más entrar, a la derecha, dentro de una jaula con los barrotes oxidados, reposaba la siguiente frase: «Me duele la cabeza.» Aunque mi madre la repetía mucho, me impresionó verla enjaulada, quizá porque no había comprendido hasta ese instante su auténtico significado. De súbito, dentro de mi cabeza apareció otra cabeza dolorida, en una relación semejante a la de las cajas chinas. La frase, en la jaula, permanecía dormida, de modo que golpeé los barrotes para llamar su atención. Entonces se incorporó con un

estremecimiento y comenzó a ir de un lado a otro. Al caminar, cambiaba las palabras de sitio: la cabeza me duele, duéleme la cabeza, me duele la cabeza... Mi madre, temblando, dijo entonces:

«Salgamos de aquí, hijo mío.»

Enseguida advertí que las frases estaban distribuidas temáticamente. Ahora nos encontrábamos ante una serie de jaulas ocupadas por oraciones absurdas. En la primera haraganeaba la siguiente: «El mejillón no tiene ingles.» Mamá la observó durante unos segundos, con expresión de perplejidad, y luego me instó a salir también de allí, como si se tratara de un sitio inconveniente para un niño. «Además —añadió—, lo que no tiene el mejillón es cabeza.» «¿Entonces es mentira que no tiene ingles?», pregunté.

«Ni ingles ni cabeza —respondió irritada—, pero que no tenga ingles es normal.» A mí me dolían las ingles con la

frecuencia con la que a mi madre le dolía la cabeza, pero no me pareció el momento de confesarlo.

Buscando un lugar menos comprometido fuimos a dar con el foso de las frases hechas, que se parecía al de los monos en la vida real. Había cientos de frases correteando de acá para allá ante el asombro de los niños. Me dio mucho asco, por razones evidentes, «en boca cerrada no entran moscas», así que tiré con fuerza del brazo de mi madre, pero ella se enfadó mucho y me pidió que intentara disfrutar de aquellas oraciones vulgares, como los demás niños. Argumenté entonces que me dolía la cabeza y ella me observó preocupada, como si aquella visita estuviera resultando un error. «No se te puede llevar a ningún sitio», concluyó, y me desperté.

SOCIEDAD

Felicidades

Me despertó un lamento que no supe de dónde venía, y al poco de intentar localizar su origen yo mismo me sorprendí llorando. Así que me levanté a beber agua. Cuando iba por el pasillo se abrió la puerta del maletero y cayó una bolsa de plástico con adornos de Navidad antiguos. Parecía un estómago digiriendo serpentinas. Sin duda, me había sentado mal la cena. Sobre la mesa de la cocina había un periódico atrasado. Leí que en Holanda, desde la despenalización de la eutanasia, se había triplicado el número de personas que solicitaban morir. La eutanasia se hace muy popular donde la legalizan, pero la

legalizan poco. El mismo sujeto que en China tendría problemas para nacer, aquí puede tener problemas para morir. Todo son desajustes.

Regresé al pasillo, recogí el estómago de la Navidad y lo guardé en su sitio mientras fingía dudar si habría sido más ventajoso pertenecer al área cultural de los países que prohíben nacer o de los que prohíben morir. De este modo me defendía del miedo, porque el pasillo a esas horas se convierte en el callejón de un suburbio. Un hombre despierto es un sujeto fuera del sistema: un engranaje averiado, un peligro para sí mismo y los demás. Regresé a la cama, imaginé que era chino y que no se me había permitido nacer. La idea me relajó y comencé a aflojarme hasta que se oyó un golpe en el pasillo, como si el estómago de la Navidad se hubiera desprendido otra vez del cuerpo del armario. Alguien lloraba en algún sitio. Entre unas cosas y otras, resultaba imposible aceptar la

sugestión de no haber nacido, así que imaginé que estaba vivo y, dado que los vivos duermen, me dormí, pero soñé que era europeo y que se acercaba la Navidad. Me desperté aterrado, hice averiguaciones, y resultaron ser ciertas las dos cosas, así que Felices Pascuas.

La fama

Manuel Terrín, un electricista de Córdoba cuyo nombre recorre estos días las páginas suburbiales de la prensa, ha ganado más de mil premios literarios sin haber dejado de ser por ello un perfecto desconocido. Y ahí es donde está la noticia, pues aunque se supone que el objetivo de los concursos es lanzar al estrellato a sus víctimas (aparte de hacerles millonarios, la felicidad nunca es completa), Terrín se hunde un poco más en el anonimato cada vez que le premian un cuento o un poema. Ha conquistado, en fin, línea a línea, una fama inversa según la cual tiene hoy más lectores que ayer, pero menos que

mañana. Ignoramos si es un buen escritor, pero como personaje de cuento fantástico no tiene precio.

En *La lotería de Babilonia*, Borges describe un sistema de apuestas dedicado a repartir la mala suerte, de modo que los agraciados se quedan sin trabajo o pierden una mano, dependiendo de lo afortunados que sean. El éxito de esta lotería negativa es tal que el Gobierno, consciente de que su obligación es facilitar el acceso a la desdicha a todos los contribuyentes, con independencia de sus recursos económicos, se ve obligado a universalizarla como una especie de Seguridad Social, con cargo a los Presupuestos Generales.

Parecería que algunos premios literarios cumplen en la actualidad esta función adversa. Un señor gana un concurso de narrativa convocado por la Diputación de Toledo, pongamos por caso, y no se entera ni su padre, no

digamos el *New York Times*. Paradójicamente, es menos famoso que antes de ganarlo, con el agravante de haberse embolsado quinientas mil pesetas, o cinco millones, según la crueldad del Ayuntamiento que lo convoque. Muchos pensarán que eso sucede porque hay más premios que escritores o porque la noticia no es que alguien publique un libro, sino que muerda al lector. Pero no es por eso, sino porque vivimos ya en la Babilonia de Borges sin saberlo. Manuel Terrín ha necesitado ganar mil premios para ser un autor insignificante. De hecho, la fama de la que goza estos días no se debe a su condición de escritor, sino a la de desconocido. Ese premio al que acaba usted de presentarse podría ser su tumba.

Volver al barro

Andaba yo recorriendo el periódico de norte a sur, con un bastón imaginario que uso para hurgar en sus partes blandas, cuando di con una noticia pequeña que sin embargo brillaba como una perla negra. Era una perla negra: decía que los niños de Brasil, esos que viven en las alcantarillas y que salen por la noche para comer de los cubos de la basura, se drogaban con lodo. Como suena. Han descubierto que inyectándose lodo en las venas consiguen un viaje parecido al que se obtiene con el *crack*, aunque mucho más económico. El lodo está por los suelos, no hay más que agacharse y cogerlo; los *meninos da rua*

brasileños ni siquiera se tienen que agachar: viven de rodillas, sus cuerpos conocen las posturas más humillantes, pero también más eficaces para evitar los bastonazos de los cazadores de niños.

Allí lo del hombre del saco no es mentira; allí no es mentira ningún cuento por brutal que parezca: todas las crueldades populares que leemos a nuestros niños en estas latitudes, para que recojan su carga simbólica y crezcan mentalmente sanos, allí forman parte de la realidad. En Brasil, y en tantas otras partes de aquel continente, los símbolos están fuera de quicio, de lugar, te los encuentras al doblar la esquina. Y te devoran.

Los niños tienen que huir, pues, de esos símbolos que les persiguen y escapar a otras realidades como sea. Hasta ahora entraban en ellas a través del *crack* o inhalando pegamento en una bolsa de plástico. Pero el pegamento es muy caro, y la naturaleza, que a ratos se

pone generosa, ha decidido introducir en el lodo propiedades alucinógenas para que los niños se olviden, aunque sea un momento, del hombre del saco y del lobo y de los gigantes que se comen a los niños, que allí, ya digo, viven fuera de los cuentos. Y se olvidan metiéndose barro dentro de la venas; los niños de la calle, en Brasil, tienen el corazón de barro, como Adán antes del soplo divino. Han regresado a los orígenes; ahora sólo les falta que aparezca un verdadero Dios y que les sople de verdad para traerlos a una vida verdadera.

Días laborables

De joven hice amistad con un compañero de trabajo que los domingos se ponía sombrío a media mañana y seguía así hasta que ingresaba en la cama por la noche. A veces comíamos juntos en un restaurante económico cercano a la oficina, y él siempre se empeñaba en hablar de esta tendencia suya a la tristeza dominical, no tanto porque esperaba de mí una explicación satisfactoria como por buscarla dentro de sí.

—Yo creo —solía decirme— que no estoy dotado para llenar las horas. Por eso, después del desayuno, cuando veo todo el día por delante, me entra una angustia insoportable. No quiero ni

decirte lo que siento en vacaciones como las de Semana Santa, que parecen un domingo estirado.

Hablaba de las horas como de gigantescos recipientes que tuviera que rellenar a punta de pala. Al rato de escucharle, te lo imaginabas metiendo cosas dentro de las horas con el esfuerzo con el que se carga un camión de escombros. Cada hora era un camión. En la mili tuve que hacerle una mudanza al sargento de mi compañía y fue espantoso llenar el vehículo que había tomado prestado al ejército con sus mesas camillas y sus canesús, además de los de su esposa. Así que podía entenderle.

—Y lo peor —añadía mi amigo— es que cuando las horas pasan tampoco siento un alivio especial, porque las lleno de cosas sin sustancia. Al final del domingo, si miro hacia atrás, veo todo ese tiempo que no he sabido ocupar como Dios manda y me dan unos remordimientos de conciencia que me

matan. No tengo arreglo. Por mí, me instalaría en un lunes laborable permanente.

Nunca le dije que a mí me ocurría algo parecido, porque en esa época estaba muy mal visto tener afecto al lunes. Ahora puede decirlo sin miedo a la censura: el lunes es como una madre. Te recibe con los brazos abiertos,

sin reprocharte nada, con cada minuto lleno de sí mismo. Sólo tiene un problema: que se acaba en dirección al martes, donde se inicia de nuevo la pendiente hacia el domingo. En la semana, como en el tobogán, el momento más excitante es cuando estás arriba, a punto de dejarte caer. Adiós, Semana Santa. Bienvenida, semana de usar y tirar.

Agujeros

En la mesa de al lado, a la hora del gin-tonic, hablaban un hombre y una mujer, quizá compañeros de oficina. Él le decía que continuamente se le ocurrían ideas absurdas.

—¿Qué clase de ideas? —preguntaba ella.

—Ayer, por ejemplo, en el avión, me dio por calcular cuántos dedos reuníamos entre todos los pasajeros. Volábamos 120 personas, incluida la tripulación, de modo que me salieron 1.200 dedos.

—Sin contar los de los pies, claro —matizó ella.

—Es que yo a los de los pies no los

considero dedos en sentido estricto porque no sirven para nada.

La mujer asintió con alguna reserva, pero le animó a continuar.

—1.200 dedos —añadió él— son muchos dedos, ¿no te parece? Estamos hablando de 1.200 uñas y de 3.600 falanges, si no hice mal los cálculos. Total que me dio por imaginar qué habrían hecho esos dedos a lo largo de su vida.

—Pellizcar pan —dijo ella.

—Y pezones —añadió él.

—Sujetar lápices.

—Moldear plastilina.

—Sostener cucharas y tazas de café.

—Pasar páginas de los periódicos.

—Desabrochar botones.

Estuvieron un rato compitiendo por ver a quién se le ocurrían más cosas. Yo, que andaba por el segundo gintonic, enumeré para mí mismo unas cuantas (dejar huellas dactilares, hacer agujeros en la masa de las empanadas, electrocutarse en los enchufes...). Luego comenzaron a imaginar dónde se

habrían metido algunos de aquellos dedos. La mujer habló de los agujeritos de la pared sin especificar a qué agujeritos se refería. Él mencionó la entrada de los hormigueros. Por mi parte, recordé haber metido los míos en los bolsillos de la chaqueta de mi padre. A continuación él mencionó las narices y ella se ruborizó. De modo que no siguieron hablando de los agujeros corporales, pero a los tres se nos ocurrieron unos cuantos. Pedí otro gin-tonic.

Sombras

«¿Y no habría preferido usted fracasar como arquitecto en vez de haber fracasado como actor de cine?», pregunta, en la mesa de al lado a la que yo apuro el gin-tonic de media tarde, una chica joven a un hombre maduro. Entre ambos, un magnetofón encendido. Observo de reojo al hombre maduro, pero no me suena su cara. Tampoco la de la reportera. En cualquier caso, la pregunta, por diabólica, me obliga a reflexionar. Si yo tuviera que elegir una forma de fracaso alternativa a las que me han sido impuestas, ¿por cuál optaría? Se trata de un ejercicio extraño, como elegir el número

de la lotería con el que me gustaría perder o la jugada de póker con la que preferiría arruinarme. Siempre me gustó San Manuel Bueno, el personaje de Unamuno que tras dejar de creer en Dios, y quizá por eso, se convertía en un sacerdote ejemplar. He ahí un fracaso noble.

Continúo atento a la conversación. El director de cine fracasado tarda en responder a la reportera pérfida. Finalmente dice que si pudiera elegir optaría por fracasar como fracasado. Parece un juego de palabras, un ardid para escapar de la encerrona, pero quizá en la respuesta haya alguna sustancia. Me pregunto si fracasar como fracasado equivale a un éxito o a un fracaso doble y me viene a la memoria un título de Julio Ramón Ribeyro: *La tentación del fracaso*. ¿Acaso es esta tentación más fuerte que la del éxito? ¿Es más sana, más estimulante? ¿Nos previene de algún tipo de desengaño? Un amigo de

juventud aseguraba que el éxito era una forma de traición. ¿Sería entonces el fracaso un modo de fidelidad? ¿Y de fidelidad a qué? Oscurece al tiempo que se deshacen los hielos en mi vaso. La calle se llena de sombras poco a poco. Pido otro gin-tonic. La reportera mira el reloj y decide rematar la entrevista preguntando al actor fracasado por su vida actual. «Cuido de una nieta», dice él.

Fallecidos ayer en Madrid

Si te pones a pensarlo, es increíble la cantidad de sitios en los que puedes entrar gratis y sin que te pregunten adónde vas o qué deseas. Están, por ejemplo, las iglesias, los bancos, las cajas de ahorro, los vestíbulos de los hoteles, los sanatorios privados, las estaciones de autobuses y trenes, los aeropuertos, los grandes almacenes, las oficinas de Correos, el Ministerio de Hacienda y los ambulatorios de la Seguridad Social. El Ministerio de Hacienda es muy entretenido: parece un hormiguero de esos que están en una caja de cristal con las galerías a la vista.

Lo más parecido a una hormiga es un

contribuyente en el acto de contribuir. Te paras en un pasillo y los ves ir de un túnel a otro con la boca llena de papeles que introducen por agujeros de cristal con los movimientos compulsivos de un insecto.

Lo malo del ministerio es que tiene pocos sitios para sentarse a escuchar conversaciones. Para las conversaciones, lo mejor son los ambulatorios grandes de la Seguridad Social. A mí me gusta ir a uno antiguo que tiene algo de cuartel y al que acuden enfermos muy especializados. Hace poco, en la antesala del otorrino, le decía un enfermo a otro:

—Lo malo de los madrileños es que no creemos en la sequía del mismo modo que no creemos en Dios.

—Pues el día que nos falte Dios nos vamos a acordar del agua.

—Lo malo va a ser el día que nos falte el agua.

—Entonces sí que nos vamos a acordar de Dios.

Dejé de escuchar esta conversación

circular, que me daba un poco de vértigo,
y presté atención a dos señoras del banco
de atrás:

—Ahora los callicidas los tienes que
pagar.

—Y los emolientes, con la cantidad de
emolientes que usa mi marido.

— ¿Para qué son los emolientes?

— Para atenuar los efectos secundarios de los anabolizantes.

— ¿Tu marido toma anabolizantes?

— Claro.

— Oye, y por qué han prohibido los colagogos y los coleréticos.

— No los han prohibido, los han retirado de la lista.

— A mí los que más me gustan son los antiflogísticos, por el nombre.

— Pues éstos también los han quitado.

— ¿Y los revulsivos?

— Los revulsivos también.

Me levanté y subí andando al piso de arriba. En la antesala del psiquiatra había una mujer que va todas las semanas a coger la baja por depresión, y con la que me tomo un café de vez en cuando. Tenía muy mala cara y me explicó que a lo mejor se moría. Acababa de leer en el periódico la sección de *Fallecidos ayer en Madrid* y, según su costumbre, había sumado las edades del

primer y último muerto de la lista para obtener la media. Por lo visto llevaba años haciéndolo, con la superstición de que el día que la media de esos dos muertos coincidiera con su edad, se moriría ella también. El caso es que le había tocado morirse como a otros les toca el cupón de los ciegos, que me parece que sale en la misma página. Traté de animarla, pero la verdad es que, como creo mucho en estas loterías negativas, no se me veía muy convencido.

Ahora he cogido yo también la manía de leer esa sección para sacar la media y vivo aterrorizado, porque he vuelto dos o tres veces al ambulatorio y no estaba la mujer. A lo mejor le han dado el alta, pero quién me asegura a mí que no se ha muerto.

Números

El Pin del móvil y el Puk del módem, la contraseña de iTunes, el teléfono fijo de mamá, el prefijo de Asturias, la clave de acceso al cajero automático, la matrícula del coche, el número del DNI, la inflación interanual, el producto interior bruto, el diferencial de la deuda, la talla de los pantalones y la ropa interior, las dimensiones de la pena, los 31 días de enero y los 28 de febrero, tu cumpleaños, nuestro aniversario y el del fallecimiento de papá, el tiempo de cocción del huevo duro y la caducidad del yogur, las cucharadas diarias de jarabe, la cantidad de sal, el valor de referencia de la urea, las pulsaciones por

minuto, la temperatura del microondas, las horas de insomnio, la línea 5 del metro y el vía crucis de las 12 estaciones, los dígitos de la hipoteca, el IVA, el IRPF, el euríbor, el tanto por ciento de descuento, los puntos de la tarjeta de Iberia, la hora de entrada, la numerología china, los honorarios del dentista, los dedos de la mano, los pelos de la cabeza (pocos), los pares de calcetines, la cuenta del supermercado, el cuentakilómetros, el cuenta revoluciones, el contador del gas, de la luz, las páginas de *Anna Karenina*, los volúmenes de la enciclopedia Espasa, el limitador de velocidad, los metros cuadrados construidos y los hábiles, los cuartos de baño, los puntos de luz, el salario bruto y el líquido, los años de cotización, el tiempo de carencia, la tercera temporada de *Mad Men*, la cuarta de *El ala Oeste de la Casa Blanca*, la quinta de *Los Soprano*, el control del peso, el podómetro, el metrónomo, los litros de agua consumidos, los goles del domingo,

el porcentaje de seguimiento de la huelga según los sindicatos, según la policía, según el Gobierno, la patronal o Dios, el décimo de Navidad (que acabe en 7), la indemnización por año trabajado. Y la sala 10 del tanatorio, por ejemplo.

Cómo somos

Prosperidad estaba bien situada con relación al aeropuerto de Barajas, por lo que en los primeros sesenta se empezó a poblar de azafatas, pilotos, mecánicos de vuelo y empleados aeronáuticos en general. El padre de Vicente Holgado, un compañero del colegio Claret, era piloto de Iberia y tenía una casa estupenda en López de Hoyos, donde vimos las primeras imágenes de televisión en blanco y negro. Vicente nos surtía de aquellos chicles aplastados que su padre traía de América y en los que se concentraba el prestigio de lo extraplano del que años después se benefició con éxito la industria relojera suiza. En su

casa descubrimos la primera caja de *kleenex*, que nos pareció un lujo insoportable. La cultura de usar y tirar resultaba incomprensible en personas que se encariñaban enseguida con lo que manejaban. De hecho, aquella caja de pañuelos de papel permaneció años en el salón para ser adorada, pero nadie, que nosotros supiéramos, llegó a usarla para fines que no fueran religiosos. Rezábamos por ser colonizados.

La casa de Holgado tenía aún otro estímulo: las batas transparentes de su madre, que se paseaba por el cuarto de estar ataviada con unos tejidos extranjeros tras los cuales, en fugaces y enloquecedoras visiones, aparecía la dimensión de la piel, entonces tan profunda. Lo único realista y en consecuencia chocante de aquella mansión era un baldosín colgado en la pared del pasillo donde ponía: «Aquí vive un radiotelegrafista.» Pese a nuestra ignorancia, sabíamos que un

radiotelegrafista era inferior a un piloto en cualquier escalafón al que se acudiera a consultar. A ningún general, pensábamos, le habría gustado presumir de sargento. Pero nadie se atrevió a colocar a Holgado frente a aquella contradicción que él parecía sobrellevar con enorme entereza (aún no conocíamos el término *desfachatez*).

—Mi padre es piloto —decía a la menor oportunidad, como si jamás hubiera visto aquel ladrillo delator.

El otro detalle realista era también un azulejo cercano al anterior, aunque algo más cutre, en el que se podía leer: «Dios bendiga cada rincón de esta casa.» Si me gustaba aquel hogar era precisamente por la imposibilidad de que Dios se encontrara a gusto en él, o eso pensaba yo cuando veía salir del dormitorio a la madre de Vicente envuelta en aquellos tejidos vaporosos mucho más excitantes que el nailon, adonde nuestra imaginación escalaba ya con dificultades.

Habría dado la vida por tocar los encajes de aquellas prendas, que seguramente se deshacían, como la niebla, entre los dedos. Pero en todo placer hay siempre un punto oscuro, y el que me atormentaba a mí era el del baldosín con la leyenda del radiotelegrafista. Si el padre de Vicente no era piloto de verdad, todo lo demás, incluidos los Estados Unidos de América y los pañuelos de papel, corría el peligro de ser también una fantasía imposible. Un día no pude controlarme y le señalé el azulejo.

—Pero ¿tu padre es piloto o qué? — pregunté aterrado.

—Ah, eso —se limitó a decir Vicente observando la prueba del delito como si no hubiera reparado hasta entonces en ella.

Aquel día no quise presionarle más y después ya no tuve oportunidad de hacerlo porque se fue distanciando de mí y pronto dejé de ir a su casa. Durante muchos años todavía continuamos

cruzándonos por las calles del barrio y luego supimos el uno del otro por terceras personas. Vicente, en fin, intentó estudiar para piloto, pero parece que fue rechazado y se marchó a América, donde entonces se obtenía ese carné con la facilidad del de conducir. Cuando regresó a España logró tras infinitos esfuerzos ser admitido en Aviaco. Yo entonces trabajaba en el gabinete de prensa de Iberia, y un día apareció por allí de uniforme, y me trató con enorme desprecio, lo que se ajustaba a su idea de ser piloto. Me hizo gracia, pero sobre todo me hizo pensar que venimos al mundo para corregir estas pequeñas desviaciones entre nuestra novela familiar y nuestro currículo. Vicente había dedicado su vida a enmendar aquella imperfección de su padre. Seguro, pensé, que ahora tendría en su casa un azulejo en el que ponía: «Aquí vive un piloto.» O mejor aún: «Aquí vive un astronauta.» Para jorobarle la

existencia a su hijo, que tendría que superarle. Cómo somos.

El viaje a ninguna parte

Aunque la presión ambiental para ir de un lado a otro, especialmente en estas fechas tan señaladas, es enorme, sepa usted que no hay ninguna ley que le obligue a viajar. Mucha gente, cuando llega el verano, y quizá por no conocer bien sus derechos, coge una mochila o tres maletas y emprende aventuras agotadoras como el Camino de Santiago, por poner un ejemplo, que consiste en andar en fila, como un grupo de deportados, 20 o 30 kilómetros diarios bajo un sol de justicia durante dos o tres semanas. A veces ves familias enteras, incluidos ancianos y niños, a los que obligan a decir, para amortizar el

sufrimiento, que el Camino, en realidad, es un viaje espiritual, una travesía esotérica, una metáfora. Pero la metáfora se define, precisamente, por su brevedad. Una figura literaria de 300 o 400 kilómetros podría ser, en el mejor de los casos, una alegoría, es decir, una metáfora alargada, estirada, dada de sí; maltratada, en fin.

Para viaje espiritual, o metafórico, el recorrido entre la cocina y el cuarto de estar de su propia casa, que con la subida de las temperaturas se convierte en un espacio anímico, inmaterial, abstracto. Sitúese, pues, en la cocina e imagine que se encuentra en el interior de una alucinación (lo que, por otra parte, es más que probable). Si se concentra un poco, enseguida verá que el grifo le produce un deslumbramiento desconocido. Piense que por los extraños caminos de la figuración o la quimera ha llegado usted a un lugar completamente alicatado (alicatado, qué palabra) y

observe con asombro cómo de una de las paredes de ese emplazamiento ilusorio sale un tubo de acero que escupe un chorro de agua al girar una manivela. La situación es completamente fantástica, de acuerdo, pero conserve la serenidad, no se asuste, y abra ahora el congelador de la nevera. ¿Qué ve? Trozos de hielo que el dueño de la vivienda (usted mismo) cultiva legalmente en ese curioso aparato, al que puede llamar también frigorífico o refrigerador sin vulnerar ninguna norma. Pero si se fija en los estantes inferiores del mueble verá pedazos de mamíferos, o de animales de corral, completamente atónitos, o congelados. Y todo sigue siendo legal, no se preocupe, a menos que sea usted un psicópata, porque los psicópatas guardan también en este recipiente eléctrico los miembros de las personas queridas, a las que suelen despedazar para consumirlas poco a poco con la idea de que les dure más.

Salga ahora al pasillo con un vaso de

agua en la mano derecha (o en la izquierda, si es zurdo) y observe unos instantes esa especie de tubo alucinante, ilusorio, con puertas como de casa de muñecas a uno y otro lado. La primera puerta a la derecha, o la segunda a la izquierda, da lo mismo, es el cuarto de baño. Pero el cuarto de baño constituye una experiencia demasiado fuerte para empezar y se podría quedar colgado de él. Es mejor que lo evite, de momento, y se dirija al cuarto de estar sin derramar una gota de agua, tomando conciencia de los miles o millones de personas (muchas más de las que han hecho o harán nunca el Camino de Santiago) que durante lustros han ido, como usted ahora, por un pasillo prácticamente idéntico, de la cocina al cuarto de estar, con un vaso de agua en el que a veces buceaba incluso una dentadura. Los fantasmas de todas esas personas están cruzándose con usted en este momento, cada fantasma con su vaso y con su sábana. Quizá sea usted el

único que va en camiseta. No se asuste si pierde pie y hay un punto en el que duda de si usted es usted, su padre o quizá aquel tío abuelo que se suicidó con la garganta seca. La confusión identitaria (otra palabra terrible, como alicatado o frigorífico) forma parte de la travesía espiritual, de la metáfora. El viaje, a menos que uno se empeñe en visitar las Montañas Rocosas o simplezas por el estilo, sirve para convertirnos en otros. De hecho, cuando llegue usted al salón de su casa no será el mismo. Ahora bien, lo mejor de todo es que ni su mujer, ni sus hijos, nadie, notará que usted ya no es el que era, de manera que si le gusta la casa, el cónyuge y los niños puede quedarse a vivir en ella haciéndose pasar por el esposo, el padre, el propietario. Si no, coge lapuerta y santas pascuas.

Y bien, ya estamos en el cuarto de estar, con el vaso de agua con o sin dentadura. Siéntese y espere sin hacer nada a que alguien ponga la televisión,

en el caso de que se trate de un modelo antiguo, de los que no salen encendidos de la tienda. Piense en el recorrido que han tenido que hacer generaciones y generaciones de individuos para que usted pudiera llegar a ese cuarto de estar, dotado de telediario, y quizá de *Guernica*, habiendo salido de la cocina medio minuto o medio siglo antes. La larga marcha de Mao es una tontería al lado de lo suyo. Lo más probable, en consecuencia, es que le entren ganas de llorar de gratitud o de espanto. Entonces, bébase el agua que acarreó desde la cocina, siempre y cuando no tenga dentadura dentro, regrese al pasillo, conteniendo las lágrimas para no llamar la atención, y, ahora sí, penetre con arrojo en el cuarto de baño. Es seguro que cuando encienda la luz se le cortarán en seco las ganas de llorar. Y la respiración. ¿Cómo no quedarse espantado ante ese conjunto de objetos insólitos? El bidé, en primer lugar, tan triste; el retrete, con un

botón de acero que libera, al apretarlo, una curiosa catarata de agua; la bañera, con sus curvas y sus bordes, en los que a veces rebotan los cráneos húmedos de los cuerpos que se resbalan. Y los cepillos de dientes, con sus moscas, asomando el bigote por un vaso de duralex (la realidad está llena de duralex también, como de alicatados, datos identitarios o de frigoríficos). En esos instantes de desconcierto es probable que descienda sobre su cabeza, como el rayo, una certidumbre terrorífica: que usted es un marciano y que aunque hasta ahora había hecho como que comprendía el bidé y los alicatados y las perchas de detrás de la puerta, de donde cuelga, como una piel sin vida, un pijama afligido (pijama, identitario, alicatado, duralex y frigorífico, la serie es infinita), en realidad no entiende nada: no ya ese cuarto de baño, ni siquiera esa vivienda, ese barrio, esa ciudad; este universo, en fin.

Y cuando el cuñado de usted regrese

con la familia tras haber hecho el Camino de Santiago y le cuente la colitis del niño en León o el sarpullido de la abuela en Zamora, intentando convencerle, sin embargo, de que ha hecho un viaje esotérico o interior, usted mueva la cabeza afirmativamente, para que nadie se dé cuenta de que en el breve trayecto que va del cuarto de estar al cuarto de baño usted ha recuperado la memoria, acordándose de que era marciano. Intente mantener en secreto su identidad hasta que el platillo volante que le abandonó entre nosotros proceda a recogerle, no vaya a ser que hagan experimentos con su cuerpo.

Y en esto básicamente consiste no hacer nada o no ir a ningún sitio. Pero la gente no se anima porque está lleno de riesgos. Buen viaje.

Bolsitas de té

Siempre que tiro a la basura una bolsa de té usada, me da un poco de mala conciencia. Se trata de un reflejo de niño pobre, porque yo llevo dentro un niño pobre que me censura todo el rato. Por mi gusto, guardaría las bolsitas de té, o las pondría a secar para extraerles todo el jugo en sucesivas cocciones, pero no puedo hacerlo porque mi familia me vigila para demostrar que estoy loco e inhabilitarme ante el juez de guardia.

Ésta es otra de las manías que tengo, la de que me vigilan para inhabilitarme. Se trata, a todas luces, de una estupidez, porque no sé qué beneficio podrían obtener de ello. De todos modos, como

los paranoicos se las arreglan siempre para llevar razón, no descarto la posibilidad de acabar dándoles un motivo.

Otra de las tentaciones que tengo frente a las bolsitas de té usadas es la de abrirlas por si hubiera dentro de ellas un diamante. Hasta ahora no he encontrado ninguno, pero no me desanimo.

Me cuesta mucho tirar las cosas sin abrir, porque ya digo que llevo dentro un niño pobre que cree que todo se arreglará finalmente con un golpe de suerte.

El otro día vinieron a cambiarme el cartucho de la impresora y cuando vi que el técnico tiraba el viejo a la papelera estuve a punto de pegarle. Yo no sé si ustedes han visto alguna vez el cartucho de una impresora, pero es un aparato estupendo, lleno de recovecos y cámaras secretas.

Si llegamos a pescar de pequeños un objeto como ése, nos habríamos pasado la infancia jugando con él. Ahora lo

tiran sin abrirlo, como las bolsas de las infusiones. Naturalmente, cuando el técnico se fue, lo recuperé de la papelería y lo tengo guardado junto a otros objetos igualmente inútiles, pero repletos de significado, que van invadiendo los armarios de mi casa.

Yo creo que si todos lleváramos dentro un niño pobre, un niño negro, un niño herido, un niño con sida, tiraríamos menos cosas a la basura y, a lo mejor, por ahí empezaban a cambiar un poco las cosas. Ahora sólo llevamos un niño de derechas.

Homenaje para el doctor Doreste

Leí en el periódico un anuncio que decía así: «Almuerzo homenaje al ilustre cirujano José Luis Doreste de Santos, que cumple en estos días las bodas de plata con su profesión. Reservas, antes del día 6, plazas limitadas.» El anuncio incluía un número de teléfono, así como el nombre y la dirección del restaurante donde se celebraría el encuentro. Me fijó mucho en la publicidad, creo que está llena de mensajes secretos, y durante los últimos meses había visto varios recuadros de ese tipo. De manera que al día siguiente llamé por teléfono y efectué

una reserva, a pesar de que no conocía de nada al ilustre doctor, y aunque me pareció un poco caro el precio del cubierto.

Luego estuve nervioso hasta que llegó el día de la comida, que se celebró en un céntrico restaurante madrileño. Me sentaron al lado de un matrimonio mayor, muy aseado, que parecía dispuesto a hablar de cualquier cosa, menos de José Luis Doreste de Santos. Cada vez que se me ocurría mencionarlo, se limitaban a decir:

—Ya era hora de que le hicieran un reconocimiento al pobre, después de tantos años al pie del cañón.

Éramos más de cien comensales, todos de edad indefinida, menos yo, que soy un hombre de edad media, distribuidos en mesas de seis, dispuestas a su vez en forma de herradura. En el centro de la mesa presidencial comía, silencioso, el homenajead, que de vez en cuando levantaba la vista y

contemplaba el panorama como si todo aquello no fuera con él. Esta actitud podía confundirse con un rasgo de modestia, pero a mí me pareció que se trataba en realidad de una señal de indiferencia: más que recibir un homenaje, daba la impresión de estar ganándose la vida. Por otra parte, si te fijabas con detenimiento en los comensales, veías que había algo inquietante en todos ellos. Tuve por un momento la certeza de que pertenecían a una sociedad secreta y que el homenaje no era más que una tapadera para poder reunirse en lugares públicos.

A los postres, el homenajado se incorporó y dio las gracias a los asistentes con un discurso neutro, plagado de lugares comunes, que sin embargo fue muy aplaudido. Después, cuando la gente comenzó a levantarse, intenté entablar conversación con algunos de los comensales, por averiguar si el ilustre cirujano había salvado la vida a alguno de sus familiares o a ellos

mismos, pero no logré obtener ninguna información precisa.

De manera que decidí investigar y lo que averigüé en los días que siguieron a este raro almuerzo fue lo siguiente: el doctor José Luis Doreste de Santos no existía. Habíamos sido convocados a aquel almuerzo por un par de timadores —uno de ellos, el que se hacía pasar por el ilustre cirujano

— que vivían de estos absurdos montajes. Un día homenajeaban a un supuesto doctor; otro, a un notario; a veces, a un registrador de la propiedad. Lo increíble es que la gente leía el anuncio en el periódico y se apuntaba al homenaje. La diferencia entre el precio real del cubierto y lo que se cobraba a los asistentes era la ganancia del timo. Así de fácil.

De todos modos, como me resistía a creer que hubiera en Madrid tanta gente dispuesta a homenajear a personas inexistentes, a los pocos días yo mismo

puse en el periódico el siguiente anuncio: «Almuerzo homenaje al ilustre teólogo Ricardo Fontán del Riesgo, con motivo del cumplimiento de las bodas de plata con su profesión. Plazas limitadas», etcétera. El primer día recibí más de treinta llamadas, entre ellas la de los organizadores del homenaje a José Luis Doreste, que me amenazaron con cortarme el cuello si se me ocurría volver a meterme en su terreno. O sea, que el ilustre teólogo se ha quedado sin almuerzo. Qué vida.

El chaflán

La esquina es tanto un concepto arquitectónico como moral. Llamamos esquinado a un tipo de trato difícil. No hay, por otra parte, esquina sin bar. Voy al bar de la esquina. Espérame en el bar de la esquina. He encontrado al abuelo en el bar de la esquina. Etc. La esquina es también el sitio de trabajo de las putas. Uno de los grandes inventos de la arquitectura es el chaflán. En el chaflán, si escuchamos lo que dice el lenguaje, no hay bares ni putas ni citas. Tampoco el término achaflanado posee connotaciones peyorativas. Achaflanar significa, simplemente, dar a una esquina forma de chaflán. El chaflán es, en fin, moralmente

hablando, superior a la esquina.

Las autoridades han pedido a los periódicos que renuncien a publicar anuncios relacionados con la prostitución. Que cierren esa esquina tan rentable. Lo han hecho a propósito del debate sobre si legalizar o no el oficio más antiguo del mundo. Una vez tomada la decisión de que no se legalizaba, solicitaron la ayuda voluntaria de las empresas periodísticas, pues parece que se puede prohibir la prostitución, pero no su publicidad. Incluso se puede prohibir la prostitución, pero no su práctica. De hecho, la prostitución, si lo hemos entendido bien, continuará siendo, de un modo u otro, legal, aunque no estará regulada. Lo que quiere decir que la única ley a la que se plegará será la del mercado (y quizá la de las mafias). Si tal esquina es rentable, tendrá un nivel de ocupación alto. Si no, se quedará desierta (a menos que pongamos un bar).

Llevo quince días haciendo una

relación de periódicos que han atendido el ruego de las autoridades: ninguno. Ni siquiera aquellos que en sus editoriales condenan el comercio del sexo. Tampoco los que editan suplementos religiosos y cuyos columnistas hablan de Dios con la confianza con la que otros hablan de su cuñado (Dios es la apoteosis del

cuñado). Todos los editores continúan en su esquina, moviendo el bolso de piel marrón, meneando el abanico. Ello me sume en un desconcierto a ratos moral y a ratos urbanístico. Me declaro, en lo urbanístico, partidario del chaflán. En los temas de conciencia, en cambio, prefiero la esquina. Pero yo soy un particular desorientado. Las instituciones deberían estar más achafanadas.

Preferencias

Conocí a un gran poeta del que se decía que era frígido y que fingía el éxtasis que le producían sus versos. Pero lo fingía tan bien que todos le creíamos. Recuerdo haber leído sus poemas en estado de trance. Fue el poeta favorito de nuestra juventud. Con frecuencia, nos reuníamos en la casa de algún compañero de la facultad o alrededor de la mesa de un bar para leer sus textos en voz alta y comentarlos luego con la religiosidad de un grupo de devotos. Cuesta creer que los escribiera con la frialdad con la que un aparejador dibuja un plano o una calculadora lleva a cabo una ecuación, pero él

mismo lo confesó en un diario póstumo que sorprendió a propios y a extraños. Lo más curioso es que, incluso después de conocer esa declaración, sus versos continúan haciéndonos temblar de emoción (no digo de quién se trata porque no quiero compartirlo con nadie).

Me he acordado de él tras leer una entrevista con Sylvia Cristel, la actriz que representó a Emmanuelle, el mito erótico de los setenta, en la que la actriz francesa confiesa que era frígida. Dios mío, Sylvia Cristel frígida. Como ustedes saben, fue amante de políticos y artistas porque era una llama en la que todos querían abrasarse. Pero era una llama fría. Cristel asegura no haber entendido jamás la atracción que provocaba su cuerpo, que a ella le producía extrañeza. Se dejaba hacer por los hombres con un distanciamiento no exento de curiosidad. ¿Por qué querrán tocarme?, se preguntaba. Al parecer confiesa todo esto en unas memorias frías que acaban de

aparecer en Francia y cuya traducción esperamos con ansia en España. ¿Cómo podemos equivocarnos tanto?

Casi al mismo tiempo que me entero de lo de Sylvia Cristel, leo que Andersen odiaba a los niños, o sea, que también era, en algún sentido, frígido. Me pregunto si hay jueces frígidos, magistrados que fingen amar a la Justicia, por la que en realidad no sienten nada. Me pregunto si hay profesores de literatura frígidos, maestros que gimen de placer al hablar de Flaubert, al que quizá detestan. No me pregunto si hay obispos frígidos (que no creen en Dios), porque eso salta a la vista. Así las cosas, quizá uno mismo hubiera preferido ser frígido, pero eso no se elige.

Un caso de alcoholismo

Conozco a un editorialista que nos explica el mundo cada día desde las páginas de su periódico, pero que no es capaz de comprender lo que le pasa a su mujer.

—Hace cosas rarísimas —me cuenta—. El otro día se le cayó al suelo una taza de café y se echó a llorar como si hubiera sucedido un drama.

—¿Estaba llena o vacía? —pregunté para ganar tiempo.

—No sé, creo que tenía agua.

Le sugerí que quizá no fuera agua, sino ginebra. Muchas mujeres beben detrás de las puertas y sienten por ello una culpa insoportable. Mi amigo

reconoció que había descubierto varias botellas vacías bajo el fregadero, aunque negó la posibilidad de que su mujer fuera una alcohólica clandestina. Fíjense: un hombre al que le parece verosímil que Clinton bombardee Afganistán para desviar la atención del caso Lewinsky, no era capaz de entender que su mujer bebiera a escondidas.

Comimos juntos y me hizo un análisis minucioso del panorama nacional e internacional. Me costó mucho entender la devaluación del rublo y la caída de las bolsas asiáticas. No me excité con los arrebatos pasionales de Pujol por Duran, ni de Marqués por Cascos, o viceversa, pero asentí a todo para que dejara de analizar, pues se trata de un analítico compulsivo y despieza la realidad con la misma crueldad que un niño un juguete.

—Lo que no entiendo —dijo al fin— es que mi mujer se haya dado a la bebida. Si tiene todo lo que quiere.

—Clinton también, y se ha entregado a los bombardeos porque las felaciones no le llenan. La gente es muy rara.

—No compares a mi mujer con Clinton —respondió—. Ella no mataría ni una mosca para ocultar un adulterio.

Sin embargo, pensé yo, lo mismo se mete dos botellas de ginebra al día para soportar los razonamientos de su marido. Unos atacan hacia fuera y otros hacia dentro. Le sugerí que escribiera un editorial intentando explicar lo que le pasaba a su mujer, a ver si eso le ayudaba a comprenderlo. Pero no me ha vuelto a llamar.

El caso de las siamesas

Un juez británico ha decidido separar a dos siamesas contra la voluntad de los padres, pese a que la operación conlleva la muerte de una de ellas. Las competencias de los jueces ingleses llegan a lugares increíbles, si bien todavía les falta preparación jurídica para juzgar a Pinochet. A mí me daría miedo ser inglés en las actuales circunstancias. Cualquiera día deciden, en contra de tu propia opinión, que te sobra una pierna y te hacen polvo. Lo más curioso, con todo, es que el juez encargado del caso de las siamesas ha decidido que sobreviva la guapa. La otra, según ha dicho, tiene la cara deformada y no disfruta del chupete

como es preceptivo. A lo mejor, piensa uno, la fea tiene más vida interior que la guapa. Pero el juez no ha tomado esas mariconadas en consideración. Se ha quedado con la que tendría más audiencia en un programa de la tele y aquí paz y después gloria.

Tengo una enciclopedia de Derecho y he buscado en Siamesas, para ver si había jurisprudencia sobre el caso, pero no he visto nada. Lo más parecido que he encontrado ha sido la resolución del juez Salomón de cortar a un niño en dos partes para repartirlo entre las dos mujeres que decían ser su madre. Pero parece que Salomón no lo decía en serio. Quería ver la reacción de las mujeres al objeto de averiguar a quién pertenecía el niño. A lo mejor, el juez británico ha dicho que maten a la fea para ver si es de una madre distinta de la de la guapa, aunque tratándose de siamesas eso no es posible.

No quisiera uno estar en el pellejo de un juez que ha de tomar decisiones tan

complicadas. Ni en el pellejo de la siamesa fea, desde luego. Aunque tampoco en el de la guapa. Esa chica sobrevivirá, pero pasará el resto de su vida con la sensación de que le falta algo. A usted y a mí no nos falta nada y siempre salimos de casa con la impresión de haber olvidado alguna cosa. ¿Qué calidad tendrá ese sentimiento cuando te han extirpado, por fea, a una hermana verdadera? No creo que la vida sea fácil para esa chica. Ni para el juez. El que sin embargo parece que está como una rosa es Pinochet, al que sus compañeros de psicopatía no dejan de homenajear. Perro mundo.

El árabe

En la playa, a unos metros de mí, había un grupo de adolescentes aprendiendo a seducir. Se habían educado en colegios mixtos, pero estaban tan turbados como si fuera la primera vez que se encontraran frente a un sexo diferente al suyo. Me fijé en ellos, claro; en su turbación y en sus cuerpos había algo que me había pertenecido en otro tiempo. Parecía una reunión de arquetipos: la gordita tímida, el feo insolente, el chillón, la invisible, el sensato... También había uno con la mirada turbia y la sonrisa artificial: era yo, y no fue agradable verme allí después de tantos años. El caso es que me puse a

especular sobre el futuro de cada uno de ellos y vi cómo, dejando atrás la adolescencia, atravesaban una juventud y penetraban en el territorio de la madurez sin que nada importante ocurriera dentro o fuera de ellos. Iban perdiendo el pelo y la inocencia, cambiaban de coche, de casa, de pareja; tenían hijos que años después, en una playa, quizá también en ésta, representaban un papel semejante al que ahora, hipnotizado, contemplaba yo.

En esto, vi venir por el otro extremo de la playa a un árabe que vendía despertadores y alfombras. Llevaba las alfombras colgadas del hombro derecho y caminaba inclinado hacia la izquierda para equilibrar su peso. Se paraba delante de la gente, le explicaba algo sin mucha convicción y continuaba moviéndose entre los cuerpos gloriosos de la arena con la calidad de un aparecido. Todo el mundo sabe que es imposible vender una alfombra en una

playa; sin embargo, yo he visto a este árabe en otras playas. También lo he visto en algunos barrios de Madrid, París o Bruselas. Siempre bajo un sol de justicia, aplastado por el peso de una mercancía imposible, pasa por nuestras vidas un momento y nos hiere de muerte. El adolescente de la mirada turbia me miró con miedo, como si él o yo hubiéramos estado a punto de ser ese árabe. Estuve por decirle que aún no nos habíamos librado del todo.

Volver

Seis hombres han estado quince años en la cárcel acusados sin pruebas o algo así. El caso es que no hicieron aquello por lo que de todas formas tuvieron que pagar. La cosa ha sucedido en Birmingham, que queda un poco lejos. Leo, al mismo tiempo, que el célebre neurofisiólogo y escritor Oliver Sacks ha pasado por Madrid para asistir al estreno de la película *Despertares*, basada en una novela suya del mismo título. Narra Oliver Sacks en este libro su experiencia con algunos pacientes afectados por una epidemia de encefalitis letárgica, a los que él consiguió volver a la vida después de que hubieran permanecido en una

especie de coma profundo durante algunos años. Tanto en el caso de los *seis de Birmingham* como en el de los pacientes de Sacks se da la circunstancia de un regreso. Lo que pasa es que el que regresa ya no es el mismo que se fue, o el lugar al que viene ya no es el que dejó. Igual da. A los *seis de Birmingham* tendrán que meterlos otra vez en la cárcel a juzgar por las declaraciones que están haciendo sobre la justicia británica. En cuanto a los pacientes de Sacks, parece que se mueren enseguida, no sé si porque no se soportan o porque no soportan el medio al que regresan.

Entretanto, un pintor español llamado Antonio Huberti, que gozaba de una saludable posteridad, ha regresado a la nada tras comprobarse que no había existido. Era fruto de la invención de una enfermera cuyo novio, enfermo, pintaba cuadros cubistas de poco éxito. La existencia de Antonio Huberti, como en los casos anteriores, tampoco soportó el

duro contraste con la realidad y se difuminó en el limbo. Volver a la cárcel, regresar a la muerte, recuperar el limbo: cualquier cosa menos este entramado de miserias que nos aniquila, nos mata o nos lleva a prisión.

Calaveras

Cuando conseguí llegar a la glorieta de López de Hoyos, sede del último razonamiento de ETA, lo primero que vi fue un grupo de ventanas sin párpados que miraban hacia la avenida de América con el espanto neutral de las calaveras. El edificio, despojado de la carne y de la piel, era un conjunto óseo sin vida. Todas las casas habían sido desalojadas y desde la calle se advertía ese vaciamiento interior, como cuando te asomas al agujero de una calavera y comprendes que se trata de una arquitectura sin pensamiento.

El edificio no estaba espantado porque había perdido toda su masa

cerebral, pero era un excelente espejo para reflejar el minucioso espanto de las aceras. No era preciso asomarse a los cuerpos derramados, ni a la melena de Gabriela Cañizo, de quince años, coagulada por la sangre; bastaba con levantar la mirada y contemplar la fachada llena de ojos con los bordes fruncidos por el humo para hacerse una idea de lo que uno podía contemplar en el suelo si su obstinación llegaba a tanto.

Además estaba el olor, que es lo que no emite la televisión cuando muestra los cuerpos rotos de las guerras cercanas. Olfateando el aire recibías una lección de antropología inolvidable. Quienes son capaces de dejar un olor de ese calibre tras de sí merecerían ser objeto de una tesis doctoral, aunque sólo fuera para saber dónde pasan el tiempo entre explosión y explosión.

A la oficina, desde luego, no van, porque ignoran el pequeño placer de escaparse a las ocho y cuarto para tomar

un café en el bar de la esquina; ni al colegio, al colegio tampoco, porque no saben cuándo les dan las vacaciones a los niños. O quizá sí lo saben y tuvieron que apresurarse un poco.

Lo que es seguro es que tras el tapizado de sus rostros hay menos pensamiento que en el edificio de una calavera.

La prisa

Llevo una temporada intentando perder la prisa, pero es muy difícil. La industria farmacéutica está montada sobre la prisa. Si desapareciera la prisa, el negocio se vendría abajo. La gente toma pastillas para desacelerarse un poco. Cuando lees las biografías de Truman Capote o Marilyn Monroe te das cuenta de que la gente se angustia porque tiene prisa. Tener prisa consiste en estar con el cuerpo en un sitio y con la conciencia en otro. Truman y Marilyn tenían desde pequeños la memoria del éxito, pero cuando les llegó no lo reconocieron porque tenían la cabeza en la infancia. Tomaban pastillas para salir

de allí.

Lo contrario de la prisa es la muerte; lo difícil es encontrar el punto medio entre una cosa y otra. Capote y la Monroe se desaceleraron tanto que se quedaron muertos. Los muertos se parecen al mar en que se descomponen lentamente, sin agobios. Saben que todo se ha de cumplir y dejan que se cumpla con la naturalidad de las mareas.

Lleva razón Manuel Vicent cuando dice que la filosofía oriental está concentrada en una pastilla de valium. El nirvana consiste en perder la prisa, o sea, en no estar con la conciencia en un lugar y la cabeza en otro. Así no hay quien viva, por eso mucha gente toma pastillas de esas que te dejan tirado, para alcanzar el nirvana y descomponerte con la pasividad del mar. Bien mirado, esto de tomar pastillas es también un agobio, porque llegas a las farmacias antes de que las abran y a veces se te olvida la receta. Yo he perdido la prisa estos días

contemplando el mar; el mar tarda más rato que un valium en quitarte la prisa, pero sus efectos son más duraderos y no produce efectos secundarios. Ahora, en el lugar de la conciencia tengo un océano de sensaciones que suben y bajan con los movimientos de la luna. Por fin he perdido el miedo a llegar tarde.

La bomba

De la India sabíamos que era un lugar de turismo espiritual, al que acudían a purificarse una vez al año nuestros amigos más delgados. Sabíamos eso, y que en algunas ciudades ibas por la mañana a un artesano con un bolso de Loewe y por la tarde te había hecho siete iguales por dos duros. Así que podías volver de allí con el alma limpia y guardada dentro de un bolso de Loewe. Ahora sabemos también que el alcantarillado de sus ciudades es muy malo: sus cloacas, en una torpe imitación del intestino, tienen demasiados recovecos, demasiadas curvas y revueltas, donde se quedan atrapados los

cadáveres de las ratas. Las paredes de las cloacas han de ser lisas y rectas para que el agua fluya sin dificultades, arrastrando en su torrente las deposiciones del Banco Mundial, de las que podrían vivir sin apuros una república planetaria de roedores.

Hemos aprendido también que en la India, aunque la vida no vale un duro, la gente la conserva a cualquier precio. Un campesino se cargó el otro día a una familia porque la creía apestada. Además, hemos visto a cientos de personas trasladándose de un lugar a otro con la agilidad del que no tiene otra cosa que un pañuelo. En las catástrofes aéreas de Occidente algunos pasajeros han muerto por intentar recuperar la Samsonite o el falso bolso de Loewe con el alma dentro.

Suele decirse de los apestados que son bombas humanas porque llevan dentro el microorganismo infeccioso. La bomba humana se diferencia de la divina en que

aquella no es más que un amasijo de vísceras dentro de un cuerpo con eczema, mientras que ésta está constituida por un bolso de finísima piel curtida a mano, en cuyo interior late el alma de un occidental.

Las dos, tarde o temprano, estallan, pero no sabemos cuál mata más.

Hipoteca

La economía es rara. Ahora que las cosas te iban razonablemente bien; ahora que con la caída de los comunismos y la vigencia atroz del *sálvese quien pueda* creíste que podrías poseer algo propio sin sentir vergüenza; ahora que empezabas a acariciar la idea de tener una casa, una oquedad propia incrustada en el interior de otras veinte o treinta oquedades; ahora que soñabas ver correr a tus hijos por un pasillo tan tuyo como tu conducto estomacal; ahora que habías empezado a elegir cortinas para las ventanas, muebles para la cocina; ahora que sólo te faltaba vencer una resistencia interna para atreverte a tener lo que quizá no llegaron

a tener tus padres ni tus abuelos; ahora, justo ahora, llega un ministro —el ministro más bien— y dice que no, que no es momento, que los salarios están subiendo mucho y que el exceso de consumo exige medidas de ajuste para contener la inflación. El cuadro macroeconómico, al parecer, es preocupante. Es preciso reducir el déficit público, elaborar unos presupuestos moderadamente restrictivos y endurecer los créditos para conseguir un crecimiento económico semejante al de los países de la Comunidad. Y tú, que no has sabido nunca lo que es el cuadro macroeconómico, que asocias la palabra deflación a un particular modo de tristeza y que el déficit público te parece alto, tan lejano como el Ministerio del Ejército, te has acercado al banco, porque en todo ese lenguaje te parecía advertir una amenaza, para conocer las condiciones del crédito hipotecario con el que pensabas comprarte una casa, y al

enterarte de los intereses que tendrías que pagar, la casa se te ha venido abajo.

Ahora te acuerdas de haber leído en algún sitio que Kafka se murió sin entender en qué consistía la inflación y, en parte, fue eso lo que le mató. Tú te morirás sin tener una casa y ni siquiera puedes quejarte porque el ministro dice que no eres un experto, que no entiendes nada, que te calles. Qué mundo.

Censos

Para rellenar el cuestionario sobre Censos de Población Civil y Viviendas 1991 hace falta paciencia y un estado de ánimo más bien tirando a triste. No es un trabajo imposible, pero tiene sus complejidades. Conviene, pues, antes de ponerse a ello, sentirse un poco abatido, un poco alejado de las cosas y gozar de unas condiciones ambientales propicias: nada de niños cerca, el televisor apagado y mucha lluvia al otro lado de los cristales. Si a uno le gustan los crucigramas o el juego de la oca, ya lleva mucho adelantado, porque el censo no es más que un laberinto de cuadritos por el que hay que moverse con la agilidad de

una ficha en el interior de un tablero de parchís. Sólo tiene 24 hojas, un tríptico explicativo, un pliego de consejos y otro papel parecido a un damerograma maldito.

Yo sé cómo me llamo, dónde vivo y de qué; conozco mi número de identificación fiscal, el nombre de mis hijos y su fecha de nacimiento. También sé mi nacionalidad, mi estado civil, mi lugar de origen y el tipo de gas que se utiliza en mi vivienda. Es decir, puedo contestar casi todas las preguntas de este diabólico cuestionario; lo que más me cuesta es encontrar la casilla adecuada. Carezco de la agilidad de movimientos necesaria. Por ejemplo, leo: «Sólo si se ha respondido 10, 11 o 12 en la pregunta anterior.

¿Está emparentado con alguna persona inscrita en la tabla de la página 2?» Yo qué sé. Ahora tengo que volver a la página 2, buscar los apartados 10, 11 y 12, comprobar que los he rellenado mal,

volver a empezar...

Luego hay una zona muy triste donde has de confesar los retretes que tienes en tu casa, y todo así. Es muy desalentador, aunque ya comprendo que no pueden preguntarme qué tal me llevo con mi faringitis, porque es anticonstitucional y sobre todo porque no les importa.

Relaciones humanas

Coincidió en el ascensor del hotel, cuando bajaba a desayunar, con una mujer que hablaba por el móvil.

—¿Y dices que los niños han dormido de un tirón? —preguntaba en ese instante.

Le debieron de contestar que sí. El interlocutor era, imaginé yo, su marido, que le daba el parte doméstico mientras preparaba el desayuno de los críos antes de llevarlos al colegio. Tras colgar, la mujer se quedó pensativa. Me pareció que le molestaba que sus hijos hubieran dormido bien. En esto, nuestras miradas se cruzaron y ella consultó una carpeta de trabajo, como para revisar la agenda

del día. Entonces abrí involuntariamente la boca y dije:

—No le crea.

—¿Cómo dice?

—Que no le crea. Todos los hombres, cuando su esposa sale de viaje, aseguran que los niños duermen bien, para culpabilizarla. Es como si dijeran: «Duermen mal cuando estás tú porque los malcrías o porque les dejas ver la tele, o porque no les lees, una vez que están en la cama, el cuento adecuado.»

La mujer sonrió educadamente, preguntándome si lo decía por experiencia, y le aseguré que sí.

—Mis hijos ya son mayores —añadí—, pero cuando eran pequeños y mi mujer tenía que viajar por razones de trabajo, siempre le decía que habían cenado bien, que habían dormido de un tirón, y que se habían levantado sin protestar.

—¿Y era mentira?

—Siempre era mentira.

—¿Entonces?

—No sé, está en nuestra naturaleza molestar a las madres.

Entramos juntos en el comedor y compartimos mesa. Ella trabajaba en el área de marketing de una empresa de electricidad y tenía que viajar mucho, lo que fastidiaba a su marido, que se vengaba asegurándole que los niños dormían bien cuando ella faltaba. Se quedó más tranquila una vez que la convencí de que habían dormido mal. Por mi parte, llamé a casa para ver cómo estaba el perro y se había pasado la noche vomitando.

Eutanasia y tabaco

No se asusten por lo de ese sujeto británico que falleció después de que un hospital se negara a atenderle porque era fumador. Los que no fuman también se mueren por falta de cuidados médicos, pero ya no son noticia. O sea, que lo de atacar ahora a los fumadores por el costado sanitario es para mantener la ficción de que todavía hay cierto orden en el mundo. Vamos, que si usted va a que le operen y le explican que hay una lista de espera confeccionada con determinados criterios, usted sale de allí con la idea de que las cosas marchan. Igual que se discrimina a los que fuman, se podría discriminar a los que se

masturban o a los que se mean en la cama. Da lo mismo, el caso es mantener la apariencia de que hay unas reglas del juego, porque lo contrario desmoraliza mucho a la población.

Así pues, mientras los gobiernos intentan transmitir la idea de que la conducta pulmonar determina tus relaciones con la administración sanitaria, el Papa, por su parte, intenta hacernos creer que todavía hay cosas buenas y malas. Todo forma parte de la misma operación. Si aceptamos que fumar es muy malo y que la eutanasia es un crimen, dejamos de ver a la gente que está mal de la salud por no comer o padeciendo de llagas por no haberse muerto a tiempo. De ese modo, insensiblemente, se filtra en nosotros la idea de que la realidad actúa de acuerdo con determinadas pautas en las que resulta más beneficioso instalarse que no.

Pero es mentira: el único orden que ha prevalecido es el del dinero. Lo sabe el

Papa, que tiene su Iglesia llena de acosadores sexuales de niños, y lo saben los gobiernos, que permiten que un traficante del tamaño de Al Kassar pase el verano en su palacio marbellí, mientras choricillos del tres al cuarto llenan de sida sus prisiones. Les dirán que Al Kassar no fuma y que a lo mejor está fuera por eso, por no fumar. No se lo crean, lo que pasa es que, cuando tienes pasta, da igual que proceda del Banco Ambrosiano o del tráfico de armas: te atienden el primero en todas partes. Si dejan de fumar, que no sea por miedo a morir.

Ex fumadores españoles

A mí me gustaría que dejáramos de hablar de una vez del tabaco, pero no nos lo permiten. Vamos, que es que ya hay un día mundial del tabaco que, más que eso, parece un día mundial de la necrológica, de la esquila, un día mundial de la muerte. Dice la esquila de ese día mundial que el tabaco es el responsable de tres millones de muertes anuales en el mundo. La cifra, curiosamente, coincide con la de los españoles que han dejado de fumar: tres millones también. A lo mejor, los tres millones de muertos se han reencarnado en los tres millones de ex fumadores españoles por la cosa del karma. O sea, que tienen que pagar esa

deuda contraída en vidas anteriores y hasta que no lo consigan no dejarán de reencarnarse en ex fumadores españoles.

Vaya castigo. Yo he dejado de fumar en cuanto he leído la noticia, aunque, más que por no morirme, por miedo a reencarnarme en un ex fumador español. No tengo nada contra los españoles, yo mismo he sido español varias veces. Y ex fumador. Ahora mismo soy las dos cosas y no me arrepiento. Pero conviene variar, la repetición es un castigo enorme. Además, cada vez que me he reencarnado en un ex fumador, he vuelto a caer en el vicio, porque yo tengo la costumbre de caer en los vicios que abandono. Los abandono por eso, porque me gustan demasiado, de ahí que vuelva a caer cuando la tentación aprieta. Es decir, que dejo las cosas por la misma razón que las tomo. Y con lo de ser español me sucede lo mismo: siempre que me he reencarnado en un español he fumado como un carretero. Y es que se

pasan tantos nervios con esta nacionalidad que parece imposible sobrellevarla a pelo.

Yo me imagino sin fumar siendo danés, por ejemplo, incluso siendo un gran danés. Es cierto que los daneses se suicidan mucho, pero no es por no fumar, sino por el clima. A mí no me importaría suicidarme si viviera en un clima tan áspero. Lo que no soporto es ser ex fumador y español al mismo tiempo. Una cosa o la otra, porque las dos constituyen un exceso de virtudes insoportable para un temperamento tan vicioso como el mío.

Luna

Parece que estos días se ha cumplido algún aniversario de la llegada del hombre a la Luna. Es curioso, se dice así, «la llegada del hombre», como si hubiéramos llegado todos. A lugares así, como a la presidencia del Banesto, se llega solo o no se llega. El caso es que se continúa haciendo retórica sobre un suceso que modificó muy pocas vidas, algunas para mal. Fue en el año 69 y estaba comiendo un bocadillo de calamares en un bar de San Blas cuando por el grasiento televisor del establecimiento salió un buzo disfrazado de astronauta diciendo una frase histórica al tiempo que posaba su pie

izquierdo —por qué el izquierdo— sobre una especie de desierto californiano. Más de quinientos millones de personas lo habían visto en directo, pero el directo en España lo pasaron a altas horas de la madrugada y los que al día siguiente coincidimos en aquel bar de San Blas teníamos el sueño muy pesado. Así pues, contemplamos el acontecimiento con algunas horas de retraso y quizá por eso no nos emocionamos tanto como Hermida.

La verdad es que las preocupaciones de los que nos habíamos reunido en aquel bar para conspirar o huir del calor eran muy otras. El problema no era cómo llegar a la Luna, sino cómo llegar a fin de mes o cómo llegar a Móstoles, donde un amigo insensato se había comprado un piso con vistas al mar después de firmar 200.000 letras. Ahora parece que hay metro, pero en 1969 había que hacer parte del camino en diligencia y se llegaba muy sudado. Sin embargo, al

llegar a Móstoles encontrabas algo, aunque fuera una cerveza, pero en la Luna no encontraron más que cuatro piedras con las que se ha hecho menos negocio que con el Muro de Berlín. Ya lo dijo otro astronauta: «No fuimos a la Luna a recoger rocas ni a conseguir información científica; no fuimos tampoco a mejorar nuestras técnicas electrónicas. Fuimos, simplemente, a ganar a los rusos.» Ya ven ustedes, en 1969 no sabían que Rusia era el Tercer Mundo.

Tropismos

Parece que un soldado del que se aseguraba que había desertado ha aparecido ahora, dos o tres años después de su *fuga*, seriamente roto y con indicios de haber padecido alguna violencia antes de morir. Por otra parte, cada cierto tiempo, sin prisa pero sin pausa, nos llega la noticia de un suicidio llevado a cabo en la terrible soledad de las garitas. Nuestros soldados no mueren a manos del enemigo exterior, que quizá no existe, sino sofocados por las contradicciones interiores del sistema que teóricamente han de defender. Por eso ahora se va a rebajar la *mili* a nueve meses, para ocultar el olor que despiden nuestros muertos.

Cada tantos muertos, cada tantos escándalos, una pequeña rebaja que suavice la ira de la población civil. Qué vida. Las sociedades muy jerarquizadas, como la militar o el sistema comunista soviético, tienden a la autoaniquilación porque a través de la vía jerárquica lo que mejor se transmite es la estupidez. Ello no quiere decir que los mandos sean tontos, sino que cuando sus órdenes llegan a la base se han convertido en una tontería. Supongamos que el ministro del Ejército, que es listo como el hambre, dice que convendría tener más limpios los cuarteles. A partir de ahí, y por vía jerárquica, comenzará a producirse una serie de circulares, de manera que cuando el deseo del ministro alcance el último escalón, el del soldado, puede llegar convertido en una orden tan absurda como que hay que barrer el campo. En mis tiempos de soldado, otros compañeros y yo barrimos el campo varias veces. Nadie que haya llegado a

general o a ministro puede dar una orden tan absurda. Eso espero. O sea, que las jerarquías, cuando son muy rígidas, tienden a la oligofrenia como las plantas tienden a la luz. Un tropismo. Cuando ese tropismo se da en la sociedad civil recibe el nombre de burocracia, pero sigue tratándose de una tontería, lo que pasa es que no produce muertos.

Estupro

Vamos a contarlo otra vez: un ginecólogo llamado Sáenz de Santamaría ha ingresado en prisión por practicar un aborto a una niña de catorce años que venía siendo violada desde los ocho por su tío. Parece que tenemos una ley minusválida que despenaliza el aborto en caso de violación. Pero ahora resulta que lo que padeció la niña durante esos seis años de horror no fue una violación continuada, sino un estupro repetido. Eso dice la ley. Por lo visto, la distancia entre una violación y un estupro está marcada por el grado de resistencia de la víctima. O sea, que la niña no se defendió como debía de aquel adulto de cincuenta

años que la amenazaba de muerte si contaba a alguien lo que estaba pasando.

Ahora la Fiscalía de Málaga se niega a redactar un informe favorable al indulto para este ginecólogo que piensa que el cuerpo de una mujer es algo más que un mero receptor de la violencia del macho. Ignoro si el Gobierno necesita de ese informe para indultarle; en cualquier caso, la discusión sobre estos temas de burocracia legal no sirve más que para encubrir el horror que late en el fondo del asunto. Desde los ocho a los catorce años esta niña fue relegada a la categoría de cosa, de objeto, de asunto sexual, por un hombre que disponía de ella como otros disponen de una muñeca hinchable. ¿Tendremos que explicar al Gobierno, último responsable de que Germán Sáenz de Santamaría continúe en la cárcel, la diferencia entre un peluche y un ser humano? Parece que sí; a juzgar por este y otros acontecimientos recientes, parece que sí.

No nos interesan las discusiones entre Leopoldo Torres y la Fiscalía de Málaga: sólo sirven para que nos habituemos al horror. Llevan diez años gobernando, diez; hagan leyes inteligentes, aplicables, e indulten a ese hombre antes de que lo *estupren* en la cárcel.

El empleo

El corresponsal de este periódico en Alemania nos contaba el lunes que miles de mujeres de la ex RDA se hacen esterilizar por miedo a perder el empleo. Parece que en el nuevo orden el puesto de trabajo ha dejado de ser un medio de ganarse la vida para convertirse en un dogma de la teología de la convergencia. El empleo es un fin en sí mismo, y un fin de tal calibre que para su consecución vale todo. Las mujeres de la ex RDA han visto el rostro del capitalismo y se están arrancando los ovarios como Edipo se arrancó los ojos cuando vio la cara del destino.

Las mujeres de la ex RDA se están

vaciando, se están quedando huecas, para tener lo que en el papel mojado de las constituciones sigue siendo un derecho. En las clínicas extirpadoras les dan, con el alta, un certificado de oquedad que muestran al patrón y gracias al cual se les permite ocupar un hueco en la cadena de trabajo. La condición para llenar ese hueco es que ellas mismas alberguen un vacío infinito en sus entrañas. Y en su corazón.

La mayoría de las mujeres de la ex RDA que se deshabitan para siempre no han tenido hijos. Están cambiando la posibilidad de tenerlos por un sueldo, y aunque es cierto que un sueldo no produce cuando se le acaricia la misma ternura que un hijo, también es verdad que una existencia sin salario —incluso si se trata del salario del miedo— resulta impracticable.

Es muy tranquilizador que entre nosotros no pasen estas cosas. Lo malo es que pasan otras. Muchas mujeres me han

contado que han sido rechazadas al optar a un puesto de trabajo con el argumento de que tarde o temprano se quedarían embarazadas; algunas han preferido jurar que eran estériles. Es duro, pero al menos ya sabemos que la condición para sobrevivir en el nuevo orden es la de estar huecos. También nosotros, los hombres.

Adecuaciones

Sabemos más o menos cómo se destruyen los excedentes de trigo, leche o soja para que no caigan los precios; sabemos también que se trabaja activamente para que tales excedentes no lleguen siquiera a producirse. Por eso hay que sacrificar vacas o cerrar minas o reconvertir siderurgias, y se hace a cualquier precio, según se ve. Es cierto que a corto plazo estas intervenciones provocan desajustes sociales, paro, pobreza, odio y melancolía, pero también es verdad que de este modo preparamos un futuro en el que la adecuación entre los tomates que se siembren y las ensaladas que se preparen será perfecta.

En el paraíso comunitario del que disfrutarán nuestros hijos, cada vez que alguien consuma un boniato sabrá que ese tubérculo fue sembrado para él, del mismo modo que cada vez que use un condón lo hará con la conciencia de que se fabricó pensando en ese *polvo*. La adecuación entre la oferta y la demanda alcanzará tal equilibrio que las gallinas pondrán los huevos con el nombre del destinatario inscrito en la cáscara.

Pero yo me pregunto si los expertos en adecuaciones, que con tanta exactitud han previsto las vacas que hay que sacrificar, las gallinas a las que hay que retorcer el cuello o los obreros que hay que enviar a la desesperación, han calculado también qué hacemos con los excedentes de realidad que nos sirve la prensa. Yo, hay días en que en la página tres del periódico ya estoy lleno y no puedo digerir la foto del niño somalí o de la madre bosnia, como no puedo comer más de un plato de espaguetis sin

enfermar. Quizá sea imposible actuar sobre estos excedentes sin dañar al tiempo el libre derecho a la información, pero alguien tendría que hacerse cargo de toda esa realidad que no nos cabe.

A lo mejor podría donarse a la Iglesia para que la repartiera entre los pobres.

Nichos

Cuenta Konrad Lorenz que los peores enemigos de los peces de coral son sus propios congéneres, porque comen lo mismo. Algunos aficionados poco leídos se compran un acuario y meten en él un número de peces aproximadamente iguales en la creencia de que la semejanza dispara aquellos mecanismos de solidaridad que favorecen una convivencia pacífica. A los pocos días observan, aterrados, que el más fuerte ha matado a unos cuantos, condenando a los que quedan a refugiarse en los rincones más inhóspitos del acuario, donde mueren de hambre y desasosiego.

Desde una perspectiva ingenua se

tiende a pensar que la peor agresión es la que viene de fuera de la familia, pero no siempre es así; no lo es, desde luego, en el caso de los peces de coral estudiados por Lorenz, entre quienes la disputa por el mismo nicho ecológico hace que las peleas entre congéneres resulten más sangrientas que las que se producen entre animales de distinta especie. La agresión intraespecífica resulta uno de los medios de selección natural más inquietantes cuando uno intenta acercarse a la naturaleza con bondad franciscana. De todos modos, aunque el descubrimiento de este mecanismo entre los peces de coral es relativamente reciente, se sabe desde hace siglos cómo viene actuando entre los individuos de la especie humana; de ahí el dicho *homo hominis lupus*, que quiere decir que somos un peligro para nuestro vecino.

Del grado de virulencia que en los próximos meses llegue a alcanzar la batalla electoral entre el PP y el PSOE

podremos deducir, pues, si se disputan el mismo nicho ecológico o simplemente tratan de trazar la frontera entre sus espacios naturales. Lo que pasa es que algunas de las dentelladas que empiezan a intercambiar nos hacen sospechar que se alimentan de lo mismo. De ser así, producirán idénticos detritos.

Embarazo

He leído que hay un proyecto para equiparar la baja por maternidad a la baja por enfermedad, y me ha sorprendido mucho que el invento no produjera ningún escándalo. A lo mejor se hace con la mejor intención, quizá para reducir papeleos o para homologar bultos, no sé, pero me parece un desastre que a alguien se le ocurra esa idea y que ese alguien no tenga jefes o amigos que le expliquen que identificar embarazo con enfermedad significa dar un salto de considerables proporciones hacia atrás.

Gran parte de los métodos de parto sin dolor, que con mayor o menor fortuna han circulado entre nosotros,

están basados precisamente en lograr que la embarazada desate ese vínculo imaginario que une gestación y enfermedad. Parece claro que en un medio donde culturalmente la preñez se asocia a alguna clase de dolencia, la mujer encinta esté obligada a sufrir si no quiere ser un bicho raro. Pues bien, ahora llega una comisión de trabajo ministerial y se carga toda esa cultura incipiente de un plumazo, diciéndole a la mujer que es una enferma potencial permanente que se transforma en una enferma en el acto en el momento mismo de la concepción.

Imagino que en el equipo que está pariendo ese proyecto no hay ninguna mujer, porque a estas alturas es difícil responder a una agresión de ese calibre. Pero me pregunto cómo mirarán a sus mujeres embarazadas esos hombres que seguramente se pasan el día hablando de sinergias en los despachos, aunque ellos mismos no consigan coordinar los impulsos de sus neuronas. Para

embarazo patológico, la concepción de ese proyecto. Se podría decir que no es más que un formulismo, pero las fórmulas son significativas, como las palabras, y un papel en el que se sustituye el término maternidad por el de enfermedad es un papel que contiene pensamiento.

Viva el Papa

Quizá, después de todo, el mercado no sea tan perverso como algunos se empeñan en demostrar. A mí la salida al mercado del próximo libro del Papa me está haciendo reconsiderar muchas de mis posiciones anteriores. Juan Pablo II podría haber elegido una modesta editorial católica, que hiciera, de salida, una pequeña tirada, y confiar en las virtudes de su libro, que sin duda las tiene, para que acabara convirtiéndose por sí mismo en un *best seller*. Sin embargo, ha preferido invertir el proceso: en lugar de escribir un libro condenado a ser un éxito de ventas, ha fabricado directamente un éxito de ventas con la

confianza de que finalmente se convierta en un libro. Los *best sellers* tienen esta facultad de hacer un libro de lo que en principio no era más que un conjunto de hojas encuadernadas.

O sea, que la religión está entrando en el mercado, o el mercado en la religión, no sé, de forma que la Iglesia está a punto de convertirse al fin en un objeto de consumo. No es sólo por el libro del Papa, por el que han comenzado a pagar los editores anticipos celestiales, sino porque el último catecismo, por ejemplo, desbancó en Estados Unidos de los primeros puestos de éxitos de ventas a todas las novelas de psicópatas. Eso por no hablar de los monjes de Silos, que se han forrado con un disco de cantos gregorianos. Si ya hasta la misa dominical se critica en la prensa con la misma devoción que una obra de teatro. A Cristo le falló el olfato comercial cuando expulsó del templo a los mercaderes: no imaginaba el pobre el

futuro del mercado.

La ventaja de que la religión pase por el aro del mercado es que la desactiva, la desfundamentaliza. O sea, que nadie se la cree, o se cree en ella del mismo modo que en un lavavajillas. Esto es muy ventajoso para los escritores; si no, que se lo pregunten a Rushdie.

¡Viva el Papa!

Porno duro

El primer club de la castidad creado en España se ha llenado de socios enseguida. La castidad, según me enseñaron los curas, es la virtud opuesta a la lujuria, de la que a su vez predicaban que era el apetito desordenado de los deleites carnales. Cuando me hice mayor comprendí que no existe ninguna clase de apetito carnal que no sea un poco desordenado. Pedirle orden a los apetitos carnales es tanto como obligar a los cónyuges a hacer sus cosas sin concupiscencia. El Papa actual, por cierto, recomendaba los intercambios carnales sin concupiscencia, lo que viene a ser lo mismo que hacer una tortilla de patata

sin patata, es decir, una perversión tan sofisticada que desconcierta a temperamentos venéreos normales como el mío.

Con lo del club de la castidad inaugurado en Granada sucede algo parecido: uno presiente que hay mucho vicio en ese impulso asociativo, aunque la verdad es que se trata de un vicio tan sutil, tan raro, que uno no alcanza a comprender el placer que produce. Muchas cosas del marqués de Sade tampoco las comprendo: ya digo, soy una persona de gustos sencillos, de desórdenes normales, de ahí mi envidia por toda esta gente que es capaz de reunirse en clubes privados para disfrutar de placeres sexuales que se salen de lo habitual.

Me los imagino en sus reuniones dominicales hablando todo el rato de cómo no hacerlo, y me excito muchísimo, porque es que es muy provocador: ¿ustedes se imaginan un grupo de chicas

y de chicos de no más de veinticinco años hablando dos horas seguidas de no hacerlo? Porno duro, ya digo, como lo de montártelo sin concupiscencia. A lo mejor ellos logran sus objetivos, no digo que no, pero como difundan mucho sus actividades van a hundir a la población en un delirio venéreo sin precedentes. Y esotampoco es.

Ahorrar costes

El sistema sanitario inglés ha decidido que en el futuro no tratará las enfermedades «autoinfligidas», refiriéndose, por ejemplo, a la obesidad, ya que a partir de cierta edad cada uno es responsable de su peso (y de su rostro, según algunos). Entre las enfermedades autoinfligidas se incluyen también las derivadas del consumo del tabaco u otras drogas. El asunto parece razonable hasta que uno se pregunta si existen las enfermedades «heteroinfligidas». El siguiente paso será decir que si el cuerpo no reacciona adecuadamente frente a un virus, «será por algo». Algo habrá hecho usted para

que el sistema inmune no funcione como Dios manda. El sistema sanitario inglés es experto en culpabilizar al usuario, sobre todo desde que pasara por encima de él, con todas sus vértebras, la Dama de Hierro.

Hablar de enfermedades autoinfligidas significa además negar la existencia del subconsciente. Nadie se come una hamburguesa de mil calorías por razones ideológicas. Se come porque no se puede hacer otra cosa. La razón te dice que es un disparate, pero el inconsciente te empuja a ello con la fuerza de un tren de mercancías. Dios mío, no debería comerme esta hamburguesa; Dios mío, no debería fumarme cuatro paquetes de cigarrillos; Dios mío, no debería casarme... Lo cierto es que no se hacen todas estas cosas por placer. El placer se lo lleva esa bestia llamada inconsciente. Creo que era Lacan el que afirmaba que Dios es el inconsciente. ¿De qué hablamos, pues,

cuando hablamos de enfermedades autoinfligidas?

El cuerpo social también tiene inconsciente, también tiene Dios. Por eso hay guerras autoinfligidas y calentamiento global autoinfligido y bosques incendiados autoinfligidos. Sadam Hussein y Bush son evidentemente

enfermedades autoinfligidas, pero no por eso debemos resignarnos a ellas. Al contrario, quizá debamos preguntarnos por qué los votamos o los toleramos del mismo modo que nos preguntamos por qué nos gustan tanto las comidas que provocan colesterol. La teoría inglesa del autoinfligimiento es, en fin, un invento neoliberal. Para ahorrar costes.

Echarse al monte

Me pregunté en qué consistía estar bien informado y no encontré, más allá de los tópicos habituales, una respuesta satisfactoria. Desde luego, no consistía en tener muchos datos de la realidad. La CIA y los servicios de inteligencia de Estados Unidos manejan datos por un tubo sin que ello les haya librado del 11 S. Tras la caída de las Torres Gemelas, se descubrió que había antecedentes de sobra para haber evitado la tragedia. Pero no se evitó porque, pese a los datos, carecían de información. También después del último atentado terrorista (fallido por fortuna) a bordo de un avión, hemos sabido que la inteligencia

norteamericana había sido advertida de esa posibilidad por el padre mismo del terrorista. Una vez más, disponían de los datos, que no supieron sin embargo convertir en información.

Quizá, pues, estar bien informado consista en que lo que sepas de la realidad te permita actuar. Nosotros (y la CIA y los servicios secretos de todos los países en general) sabemos de la realidad más cosas de las que nunca tuvo al alcance ser humano alguno a lo largo de la historia. Y sin embargo, vivimos como paralizados. Quiere decirse que el exceso de información (de datos en realidad) no nos hace más sabios, sino más pasivos, más sumisos, menos valientes. El exceso de información, por lo que se refiere, por ejemplo, a la seguridad aérea, se ha traducido en que además de quitarnos el cinturón y los zapatos y la chaqueta en los controles, nos hagan también una radiografía, o una biopsia, ahora no caigo.

Oiga, si el problema no era que nos miraran poco. El problema es que ustedes no leyeron los informes que tenían sobre la mesa. O que si los leyeron no los supieron interpretar. O que, si los supieron interpretar, les pareció que un atentado, de vez en cuando, viene bien para meter miedo a la población y justificar así la venta de escáneres. No sé, francamente. Lo cierto es que cuando después de haber leído mis cuatro periódicos diarios advierto que sé menos que antes de haberlos leído, no puedo dejar de preguntarme en qué consistiría, para mí, estar informado. En otras palabras, de estarlo, ¿seguiría llevando la vida que llevo o me habría echado ya al monte? Y lo que es más importante: ¿a qué monte?

Viajes

Dos jóvenes, en la mesa de al lado, discutían acerca de si, para llevar una vida plena, era más conveniente empezar militando en la extrema izquierda y acabar en la extrema derecha o al revés. El que parecía más informado buscó ejemplos reales y no encontró en la extrema izquierda a ningún millonario procedente de la extrema derecha. En el caso contrario, sobaban los ejemplos.

—Fíjate en Fulano, y en Mengano —añadió citando casos concretos de personas que, habiéndose apuntado en su juventud a todas las revoluciones, gozaban de una tranquila madurez en despachos con moqueta. El interlocutor

dudaba.

—Que haya sido bueno hasta ahora —dijo— no quiere decir que vaya a ser bueno eternamente. La desbandada hacia la extrema derecha ha dejado libre un nicho de mercado muy goloso en la extrema izquierda.

Utilizaban una nomenclatura de periódico económico. Quizá eran liberales. Por lo demás, parecían dos amigos del alma, pues aun en los momentos de mayor desacuerdo fluía entre ellos una corriente subterránea de afecto. Tal vez habían hecho juntos la primaria. En eso, entró en el bar una chica cuyos pechos calificaron de OPAS sin ponerse de acuerdo en el adjetivo (¿hostiles?, ¿amigables?). Para el más informado eran hostiles, aunque admitió que podrían dar juego en la renta variable. Coincidieron sin embargo en que, por su manera de vestir, se trataba de una «puta radical de centro». Deduje que los putos radicales de centro

pertenecían a las zonas templadas de la realidad. «Esa mercancía —añadió el enterado— está muerta.»

A continuación valoraron el hecho de que la exaltación de Castro volviera a proporcionar beneficios económicos. «Ese mercado se va a abrir de nuevo, pero hay que comprar las acciones ahora, cuando nadie cree en él, y hay que comprarlas desde posiciones de extrema derecha, para que la operación resulte más creíble.» Finalmente, decidieron que uno viajaría desde la extrema izquierda a la extrema derecha y el otro desde la extrema derecha a la extrema izquierda. «Nos encontraremos en el centro, cuando vuelva a estar de moda, y nos forraremos», concluyeron tras pedir la cuenta.

Padres e hijos

Para variar, decidí tomarme el gintonic de media tarde en un hotel de cinco estrellas. Los bares de los hoteles de cinco estrellas son por lo general lugares cerrados, con mucha madera, en los que uno se siente a salvo del frío del invierno, incluso a salvo del frío del verano (cuando uno lleva el frío dentro, la estación del año importa poco). También se siente uno a salvo de la realidad, que no para de dar la lata. En la mesa más cercana a la mía había un hombre maduro y un chico de unos veinte años, hijo del anterior según deduje enseguida. El padre tomaba un whisky y el hijo un Cola Cao. Intuí que se encontraban allí

para hablar de «hombre a hombre», o eso había pretendido el progenitor, porque el hijo no entraba al trapo. Ya el hecho de que hubiera pedido un Cola Cao, en vez de una bebida de adultos, era un modo de decir a su señor padre que vivían en mundos diferentes. Cogí la conversación en un momento en el que el padre expresaba una curiosa idea acerca de las opiniones, políticas o de otra naturaleza.

—Las opiniones —decía— son buenas para las personas sin recursos.

Se tienen opiniones cuando no se tiene otra cosa y nosotros tenemos un patrimonio que administrar y que un día será tuyo.

—¿Y si yo prefiero las opiniones al dinero? —respondió el hijo.

—Sal a la calle y pregunta a dos o tres indigentes qué prefieren, si tener una opinión o tener donde dormir esta noche y qué cenar antes de acostarse.

—Todo el mundo tiene opiniones —insistió el chico.

—Todo el mundo con complejo de inferioridad. Cuando uno está seguro en la vida, no necesita tener ideas acerca de esto o de lo otro. Además, es mentira que la gente tenga opiniones. Son las opiniones las que tienen a la gente. El Estado lo sabe, y los poderosos también, por eso ponen en circulación opiniones todo el rato. Mientras la gente opina, no piensa en otras cosas.

El chico se hundió en un silencio rencoroso. Yo permanecía perplejo. Si el padre me hubiera parecido un cínico, me habría puesto mecánicamente del lado del joven y aquí paz y después gloria. Pero no era un cínico, sólo era un malvado. Un malvado al que hacía daño la distancia impuesta por el chico. Sin duda, quería a su hijo y pretendía salvarlo de la compulsión estimativa (patología que consiste en tener opiniones acerca de todo). El hombre, pensé, quería que su hijo fuera feliz, pero dentro de la idea que él tenía de la

felicidad. La idea de felicidad del hijo iba por otro lado. El padre se autoafirmaba con su poder económico y el hijo con sus ideas políticas (que atentaban, me pareció, contra el poder económico del padre). No les sería fácil encontrar un territorio común desde el que discutir. Para empezar, el padre se había equivocado al pretender hablar con él en el bar de un hotel de cinco estrellas. Quizá si lo hubiera citado en un café de mala muerte, es decir, en un espacio más familiar para el chico, las cosas habrían ido mejor.

En esto sonó el móvil del hijo, que rechazó la llamada tras observar de quién procedía.

—Era mamá —dijo.

—¿Y por qué no lo has cogido?

—No importa, ahora te llamará a ti.

En efecto, no habían transcurrido 30 segundos cuando sonó el móvil del hombre.

—Dime —dijo.

Mientras escuchaba, el hombre puso

cara de pesadumbre. Al final, colgó y se dirigió al chico.

—Se acaba de morir el perro —dijo.

—Pero si ni siquiera estaba enfermo.

—Un ataque, ya sabes que era muy viejo.

El chico a duras penas lograba contener las lágrimas. El hombre apoyó su mano en el brazo del hijo unos segundos, en gesto de solidaridad, y luego apuró su whisky.

Mientras se levantaban de las sillas, el joven preguntó por qué su madre había intentado localizarle primero a él.

—Porque el perro era tuyo —dijo el padre, y abandonaron el bar.

Apuré mi gin-tonic y pedí otro con patatas fritas. Me había impresionado el modo en que la muerte del perro había irrumpido en la realidad para mejorarla. El suceso había servido al menos para que el padre y el hijo se sintieran unidos momentáneamente. Me pareció que la frase

«porque el perro era tuyo» había llenado de autoestima al joven. Algo, en todo caso, había sucedido en esos últimos instantes. En cuanto a las opiniones, esa noche no pude dejar de pensar en cuáles tenía yo y cuáles me tenían a mí. Comprobé con sorpresa que la mayoría me tenían a mí.

Puntos de articulación

En la mesa de al lado había un padre y un hijo, aquél de unos sesenta y éste de unos treinta. El padre llevaba corbata a la manera del que no tiene otro remedio. Se trataba, pues, de una corbata ajada, sin gracia, una especie de apéndice corporal, de víscera exterior, si no fuera una contradicción en los términos. Una corbata entrañable por su pertenencia a lo íntimo y porque provocaba afecto. El hijo, por su parte, vestía una cazadora negra, de un material sintético, sobre una camiseta roja de manga corta con el título de una película en el pecho. El padre daba cuenta de un whisky con hielo en vaso bajo y el hijo, de un zumo

de piña. Yo había pedido un gin-tonic, el de media tarde.

Se notaba que habían quedado allí para resolver una cuestión incómoda, pues las dificultades de comunicación resultaban evidentes. Iban de un lugar común (el trabajo, la salud, el tiempo) a otro aportando a cada uno de estos asuntos un interés de cartón piedra. En algún momento, pensé, alcanzaran el meollo del asunto, si hubiera meollo.

—Tengo problemas con las articulaciones —dijo el padre en el momento en el que me servían el gin-tonic.

—¿Los codos? —preguntó el hijo.

—Y los tobillos.

Tras permanecer un rato en silencio, el hijo añadió.

—Qué curiosas, las articulaciones.

—Curiosas por qué.

—Porque unen piezas rígidas. Si las piezas no fueran rígidas, las articulaciones no serían necesarias.

—¿Quieres decir que las articulaciones son el resultado de un defectooriginal?

—Creo que sí.

Con el primer sorbo a mi gin-tonic, pensé que ambos, padre e hijo, se encontraban rígidos. De hecho, parecían buscar, sin dar con él, un punto capaz de articular aquella conversación errática. Reflexioné acerca de mi propia relación con el mundo. El mundo era tan rígido como yo. El mundo y yo no nos entendíamos, jamás nos habíamos entendido. Pero lográbamos, mal que bien, articularnos. El gin-tonic era, de hecho, una articulación, y una articulación compleja, por cierto, como la del tobillo. Si tenía más hielos de los precisos, malo; si tenía menos, malo también. Si su temperatura no era la adecuada, el gin-tonic se aguaba enseguida. Si la proporción entre la ginebra y la tónica no se atenía al canon, mejor ni probarlo. El mundo y yo nos

articulábamos, entre otras cosas, gracias al gin-tonic, pero se trataba de una articulación frágil, vulnerable. Los esguinces de gin-tonic estaban a la orden del día, más que los esguinces de tobillo.

Cuando salí de mi ensimismamiento, el hijo decía al padre que por qué no iba al grano.

—¿A qué grano? —preguntó el padre.

—No sé —respondió el hijo—, me habrás llamado por algo, ¿no?

—Por verte, por saber de ti.

—Mira, papá, nos conocemos hace muchos años. Para saber de mí, lo que es una novedad, bastaba con telefonear.

—Está bien, te lo diré: voy a tener un hijo.

—¿Que vas a tener un hijo? ¿Un hijo de quién?

—De una mujer con la que estoy desde hace un par de años.

—¿Y no la conozco?

—No.

Me parecía increíble estar presenciando aquella escena. El mundo

era un disparate (de ahí mis problemas de articulación con él, de ahí la necesidad del gin-tonic). El joven parecía perplejo, como si se preguntara qué necesidad tenía su padre de tener otro hijo teniéndole ya a él.

—O sea —añadió el padre—, que vas a tener un hermano.

—Pero ¿cómo voy a tener yo un hermano si en lo que estoy es en la edad de tener hijos? De hecho, estaba a punto de decirte que Mercedes está embarazada.

—¿Qué Mercedes?

—La chica con la que vivo, no la conoces. No pensábamos dar la noticia hasta dentro de un mes, porque sólo está de cuatro semanas. Pero creo que me la has machacado.

El padre y el hijo, embarazados los dos en todos los sentidos posibles, se miraron con perplejidad. A continuación, el hijo dejó un billete sobre la mesa y se fue sin un gesto, sin un adiós, sin un

beso. El padre miró alrededor y su mirada coincidió con la mía durante unos instantes. Él pidió otro whisky y yo otro gin-tonic.

Un dinerillo póstumo

Simenon sigue vivo en los muertos actuales. Vean, si no, esa noticia según la cual un italiano guardó a su difunta madre en un armario durante más de tres años para seguir cobrando su pensión. Hay hijos que no se despegan de la teta ni después de enterrarla. Los comentaristas, engañados por lo obvio, han comparado apresuradamente la noticia con un argumento de Hitchcock. Pero la atmósfera moral, que es lo que cuenta en este tipo de relatos, es de Simenon. El autor belga nos habría contado mejor que el cineasta norteamericano esos tres años durante los que el hijo tuvo que fingir que

mamá continuaba viva para seguir cobrando los 900 euros que constituían sus únicos ingresos. Unos ingresos póstumos, si me lo permiten. Recuerdo ahora la extrañeza que me producía, de pequeño, la expresión «hijo póstumo». Y el terror de descubrir su significado. En mi época sólo se podía ser hijo póstumo por parte de padre, pero ahora, con los avances de la medicina, también las muertas pueden parir sin mayores complicaciones. Así las cosas, no era más que una cuestión de tiempo la aparición de la pensión póstuma, que es como una leche negra, si me permiten la imagen, como un alimento inverso, como un dinero negativo que sirve más para morir que para vivir. Y así vegetó este hombre durante los tres años en los que sobrevivió a su madre: agonizando con los 900 euros mensuales de su pensión, que quizá antes habían sido de su padre. Una pensión caducada hace más daño que un yogur fuera de fecha. De

hecho, mató a Mirco Sartori, que sólo tenía treinta y cuatro años, de forma fulminante.

Dice la noticia que el pobre hombre iba todos los meses al ambulatorio de la Seguridad Social para solicitar las recetas de las medicinas de su madre. De este modo, hacía creer a todo el mundo que continuaba viva. Esas rutinas son las que habría contado magistralmente Simenon que, como todos los grandes, se adelantó a su tiempo. Es de suponer que, si existe el más allá, la madre haya recibido a su vástago como se recibe al hijo pródigo. Otra expresión, «hijo pródigo», que, quizá por la esdrújula, también me dio mucho que pensar en su época. Descanse en paz.

El otro

Cuando me dijeron que no puedo ser Juan José Millás en Internet porque alguien se lo ha pedido antes que yo, mi primer impulso fue poner una denuncia. Luego, como el abogado me salía más caro de lo que valgo, decidí dejar las cosas como están. Ese loco que pretende ser yo no tiene ni idea, pues, de la vida que le espera. Si ha de pasar en la existencia digital por la mitad de lo que yo he pasado en la analógica, no tardará en salir corriendo de mi cuerpo. Entretanto, me divierte asomarme cada día al ojo de cerradura de la Red y ver a qué se dedica mi reflejo cibernético. De momento, no se dedica a nada: está ahí el

pobre, en medio de un escaparate desolado, esperando que alguien lo compre. Pero quién va a comprarlo.

¿Quién va a comprar un Juan José Millás binario, por favor? No tiene ni idea el individuo que se ha metido en mi pellejo lo que me cuesta venderme cada día. Y eso que en la versión analógica sé arreglar enchufes y reparar grifos y colgar cuadros y lavar y planchar y cambiarle al coche la batería y el aceite.

El único que podría comprarme soy yo, y no porque no pueda vivir sin mí, sino por lástima. En las películas de esclavos, siempre me identificaba con el esclavo que no compraba nadie. No importa al precio que me pongas, muchacho, no lograrás venderme ni a mí mismo: mi lástima no llega a tanto. Y, cuando llega, es compensada por un golpe de ira, porque hoy por hoy me detesto más de lo que me deseo. Si tuviera que elegir entre darme veinte duros y darme un tiro, me pegaría un

tiro, no lo dudes. Ignoro cuánto has pagado por ser yo, pero por poco que sea has hecho un mal negocio. Antes de lo que te imaginas, vendrás a pedirme de rodillas que me haga cargo de mí mismo, tiempo al tiempo.

Pero no me intereso. Ni bañado en oro volvería a ser yo. Estoy hasta los huevos de la versión original, que dicen que es la buena, de modo que no quiero ni imaginar cómo serán las copias. Agradecería, pues, que te apropiaras también del familiar Juanjo Millás antes de que tenga un momento de debilidad y lo haga yo por pena. No olvides tomar Almax para el ardor de estómago, y Trankimazin para la angustia. Para la culpa no he encontrado nada todavía.

Aseo de jefes

Las relaciones interpersonales son muy complicadas. Vean, si no, esa curiosa noticia según la cual la policía se tiñó el pelo de verde para presionar a sus jefes. ¿Qué más dará a los mandos que lleven el cabello de uno u otro color? En fin, cada uno protesta como puede. Yo tuve un jefe al que le sentaba fatal que me hiciera el cojo, de modo que cuando teníamos conflictos laborales me pasaba la mañana renqueando.

—¡Deja de cojear! —gritaba como un energúmeno.

Yo le decía que me dolía el pie y nunca encontró la manera de demostrar lo contrario. Era un jefe psicossomático. Le

llamábamos así, El Psicósomático, porque se apropiaba de cualquier síntoma que pasara cerca de él. De hecho, los días que yo cojeaba para quejarme de esto o de lo otro, él regresaba a casa cojeando también. En cierta ocasión empecé a quejarme del estómago y a las dos horas hubo que llevarle a urgencias con un ataque de apendicitis. Un día hice como que me había quedado ciego de repente y al salir de la oficina le pilló un coche por cruzar la calle sin mirar. Eso dijeron, pero yo creo que fue por cruzar la calle sin ver. Era muy fácil hacerle la vida imposible.

Tuve otro jefe que clausuró una zona de los servicios y colocó un cartel en el que ponía: «Aseo de jefes.» Todos los días, a las diez de la mañana, le pedía la llave a la secretaria y se retiraba a meditar. No recuerdo cómo, conseguimos hacer una copia de la llave y le dejábamos anónimos absurdos pegados al espejo: «Aquí hizo pis un empleado normal y corriente en febrero

del 79.» Incomprensiblemente, estas notas le daban rabia en lugar de darle risa...

—¿Quién ha escrito esto? —gritaba hecho una furia, agitando el papelito en el aire.

—Pero si sólo tiene llave usted —respondíamos con expresión ingenua, como si se tratara de un fenómeno paranormal. Cambió la cerradura siete veces, pero siempre lográbamos sacar una copia. Al final le hicimos creer que el autor de las notas era él mismo y que las escribía con una parte de sí mismo de la que no era consciente.

—Como el estrangulador de Boston —añadíamos, insinuando que podía acabar matando ancianitas si no se controlaba un poco.

Al final renunció a tener un aseo para él solo, aunque era lo que más ilusión le hacía de ser jefe, y quitó el cartel, que logré llevarme a casa, de recuerdo. Todavía anda dando vueltas por ahí.

Mi jefe, en cambio, ya no da vueltas, ni siquiera camina en línea recta: falleció de la próstata y en el velatorio fue muy comentada, entre risas, esta manía suya tan territorial.

Al que le sustituyó le molestaba mucho que oyéramos la radio, aunque ello no afectara a nuestro trabajo, que consistía en poner a la derecha los papeles que otro había puesto a la izquierda. Como le gustaban los trámites, llevó a cabo la prohibición a través de una circular difícil de entender donde se argumentaba que la empresa nos pagaba por disponer de nuestro cuerpo y de nuestra mente durante toda la jornada laboral. Según él, la radio nos arrebatava la mente, que por otra parte jamás llegamos a utilizar para cambiar de sitio los papeles ni para comunicarnos con él.

Un día se me ocurrió ponerme unos cascos en las orejas escondiendo en el cajón el extremo de los cables. Cuando se acercó con expresión de

triunfo para echarme la bronca y vio que no había radio, se quedó helado. Sufrió lo indecible el pobre, pues yo de vez en cuando sonreía ensimismado, como si estuviera oyendo un programa muy gracioso. Al poco, todo el mundo llevaba cascos y todo el mundo sonreía ensimismado.

El hombre hizo varios borradores de circular intentando prohibir los cascos, pero los rompió todos por temor al ridículo. Más tarde, uno de los compañeros nos confesó que oía voces a través de los cascos y aquello sirvió de tema de conversación durante varios meses. No hay nada como un jefe prohibidor para estimular la imaginación de la gente.

El caso es que los policías de Madrid se tiñeron de verde para molestar a Cotino. No conozco personalmente a Cotino, pero parece muy susceptible. Lo más probable es que tenga un servicio para él solo en el que pone «Aseo de

jefes.»

Si no da resultado lo del pelo, yo recomendaría a los policías que se hicieran los cojos. Seguro que es una de las cosas que más le molestan. La cojera, al mismo tiempo, humanizaría mucho a los policías de proximidad. O sea, que ganamos todos. Ánimo.

Monólogos al lado del estanque

La crisis ha llegado al parque del Retiro en forma de maná para los echadores de cartas: controlo su clientela y me parece que ha aumentado en los últimos domingos.

La gente no va a que le digan el futuro cuando es feliz, que la felicidad es muy absorbente y no deja hueco más que para la dicha. La gente se sienta o se derrumba frente al astrólogo cuando no tiene nada que perder, cuando no pueden predecirle nada peor de lo que ya le pasa.

—Vas a conocer a un señor extranjero

—oí que le decía un echador a una dama vestida de negro.

Parece que los señores extranjeros pueden volver a funcionar como príncipes rescatadores. Uno creía que el extranjero estaba desmitificado desde que nos habíamos convertido en emigrantes de nosotros mismos. Pero hay quien piensa que no, que la felicidad viene de afuera, sin darse cuenta de que se puede ser de fuera habiendo nacido dentro.

Ayer, en el Retiro, a la hora del crepúsculo, mientras los brujos echaban las cartas a las señoras de negro, las familias echaban miguitas de pan a los peces del estanque.

—Parecen ratas —dijo un niño.

Es verdad, el modo en que sus cuerpos grises hervían en torno a la comida evocaba un grupo de roedores despedazando una inmundicia. Al otro lado del estanque, entre las estatuas, se apreciaba una multitud de gente quieta,

como a la espera de que el crepúsculo pasara para ponerse en movimiento.

Me senté en un banco, junto al tenderete de una pareja argentina que hace guiñol. A mi lado había un tipo en chándal comiéndose un helado y sonriendo. Tenía el cuello agrietado por alguna enfermedad e intentaba cubrirse las llagas con la mano libre.

—No puedo dejar de hablar conmigo mismo —dijo. Compuse un gesto neutral, que no invitaba a hablar, aunque tampoco a callarse. Decidió seguir:

—O sea, empiezo a hablar cuando me levanto y ya no paro hasta la noche. Es agotador.

—¿De qué te hablas? —pregunté.

—De todo. El semáforo está rojo, por ejemplo, y me digo vaya, está rojo, a esperar tocan. Entonces se pone verde y digo bueno, vamos a cruzar, que para eso hemos realizado la inversión, la espera. Entonces me fijo en alguien y cambio de conversación. Ése es igual que mi

padre, digo, mi padre tendría la edad de ése si viviera. Bueno, es todo el rato así, diciéndome cosas. Resulta agotador.

El sol se había puesto a nuestra espalda; las personas perdían identidad, transformándose en siluetas. Todo continuaba en movimiento, pero a la vez todo parecía quieto, como si la gente no avanzara a pesar de mover los pies.

—Por lo visto, le pasa a todo el mundo —continuaba el del cuello agrietado—; todo el mundo mantiene un coloquio permanente consigo mismo, lo que pasa es que no se dan cuenta. Yo me he dado cuenta desde lo de la enfermedad porque cuando vas a morir te enteras más de las cosas.

En esto observé que un tipo metía en el bolsillo de otro unas pinzas largas, de madera, extrayendo con sorprendente limpieza unos billetes que recogió un tercero. Vi pasar a la dama oscura destinada a conocer a un señor de fuera; movía la cabeza como si se diera la razón.

De súbito, tuve el sentimiento de que yo era real, como todo cuanto sucedía a mi alrededor en aquel crepúsculo infinito.

—Sigue hablando —rogué al sidoso, y me hundí en ese modesto bienestar que sólo proporcionan las cosas reales.

Confusión

Antes de que hubiera terminado de desenvolver el regalo de cumpleaños, sonó dentro del paquete un timbre: era un móvil. Lo cogí y oí que mi mujer me felicitaba con una carcajada desde el teléfono del dormitorio. Esa noche, ella quiso que habláramos de la vida: los años que llevábamos juntos y todo eso. Pero se empeñó en que lo hiciéramos por teléfono, de manera que se marchó al dormitorio y me llamó desde allí al cuarto de estar, donde permanecía yo con el trasto colocado en la cintura. Cuando acabamos la conversación, fui al dormitorio y la vi sentada en la cama, pensativa. Me dijo que acababa de hablar

con su marido por teléfono y que estaba dudando si volver con él. Lo nuestro le producía culpa. Yo soy su único marido, así que interpreté aquello como una provocación sexual e hicimos el amor con la desesperación de dos adúlteros.

Al día siguiente, estaba en la oficina, tomándome el bocadillo de media mañana, cuando sonó el móvil. Era ella, claro. Dijo que prefería confesarme que tenía un amante. Yo le seguí la corriente porque me pareció que aquel juego nos venía bien a los dos, de manera que le contesté que no se preocupara: habíamos resuelto otras crisis y resolveríamos ésta también. Por la noche, volvimos a hablar por teléfono, como el día anterior, y me contó que dentro de un rato iba a encontrarse con su amante. Aquello me excitó mucho, así que colgué enseguida, fui al dormitorio e hicimos el amor hasta el amanecer.

Toda la semana fue igual. El sábado, por fin, cuando nos encontramos en el

dormitorio después de la conversación telefónica habitual, me dijo que me quería pero que tenía que dejarme porque su marido la necesitaba más que yo. Dicho esto, cogió la puerta, se fue y desde entonces el móvil no ha vuelto a sonar. Estoy confundido.

Viva el silencio

Siempre creí que vivir solo consistía en hacer lo que a uno le diera la gana, pero consiste justamente en lo contrario. El otro día, por ejemplo, puse en el periódico, contra mi voluntad, un anuncio por palabras que decía así: «Asturiano vicioso, piecitos pequeños, supermiembro garantizado. Llámame.» No soy asturiano, ni vicioso y calzo un 42. Lo copié todo de la sección de contactos. Además, odio esta clase de reclamos, no sé por qué lo hice. O quizá sí: por vivir solo. Cuando estaba con mi mujer, en lugar de hacer disparates veía la televisión, que es lo que de verdad me gusta. Pero entonces no lo sabía: entonces

soñaba con una vida de aventuras nocturnas, me imaginaba recorriendo la Gran Vía a las doce de la noche, tomando copas aquí y allá, contratando prostitutas que, lejos de cobrarme, me entregarían la recaudación implorándome que volviera a visitarlas.

Luego, nunca fui a la Gran Vía por la noche, me da miedo salir a esas horas, así que me quedaba en casa, igual que cuando estaba casado, viendo los programas que antes veía con mi mujer, sólo que sin poderle echar la culpa a nadie. A mí me gusta lo más tirado de la tele, pero con coartada, y la coartada entonces era ella. De manera que qué iba a hacer; un día arrojé el aparato a la basura porque me pareció que un soltero con tele es dos solteros, y puse el anuncio del asturiano vicioso. Enseguida empezaron a llamarme seres completamente repugnantes preguntando por el precio. Yo los mandaba a todos a la mierda, no se

daban cuenta de que no era una cuestión de dinero, sino que lo que de verdad necesitaba yo era amor o, mejor que eso, costumbre. Muchos matrimonios han fracasado por lo mal vista que está la costumbre cuando es la salsa de la vida. Mi mujer y yo estábamos habituados el uno al otro y ya no necesitábamos ni hablar. De hecho, cuando decidí separarme llevábamos un mes sin decirnos nada. La gente cree que los matrimonios tienen que hablar para mantenerse en forma, pero eso es mentira: se habla cuando no se tiene nada que decir. Yo en la oficina, por ejemplo, no paro de contar historias porque mis compañeros ni me van ni me vienen. Sin embargo, en la iglesia permanezco callado, porque las cosas que tengo que confesar a Dios son tan esenciales que sólo en el silencio se articulan.

De todo esto me doy cuenta ahora, claro. Cuando estábamos juntos, la odiaba porque creía que ella era la

culpable de no hacer lo que me diera la gana, aunque no sabía qué es lo que me daba la gana, excepto lo de ir a la Gran Vía a contratar prostitutas, o a dejarme contratar por ellas, lo que en el fondo no es más que una fantasía un poco tonta. Es importante, pues, que las parejas silenciosas no se dejen engañar por toda esa propaganda, que hasta la Reina, cuya obligación es ser neutral, ha dicho en el libro de Pilar Urbano que los matrimonios tienen que hablar, o sea, que la Monarquía se ha puesto también del lado de la conversación. De manera que si uno no habla acaba sintiéndose un bicho raro y tarde o temprano se divorcia.

Yo ahora hablo mucho, no paro, porque entre quienes me llaman hay también asturianos que llevan años en Madrid y echan de menos las brumas matinales o los chubascos vespertinos. A éstos les doy un poco de cuerda porque se refieren a Asturias igual que yo a mi

mujer: como si se tratara de un miembro amputado. Pero uno no mantiene conversaciones con los miembros: yo al menos nunca les digo nada a mis dedos ni a mis antebrazos. De manera que, aunque nunca he hablado tanto como ahora, jamás me he sentido tan vacío, tan torpe. Echo de menos las horas que pasaba en el sofá viendo la tele junto a ella; a veces, me acercaba la mano distraídamente y yo, tomándola entre las mías, le contaba mecánicamente los dedos, primero del pulgar al meñique, luego del meñique al pulgar, siempre con idéntico resultado. Daría cualquier cosa por dejar de ser un asturiano vicioso con supermiembro garantizado y volver al silencio del matrimonio. Hay gente que sale por la noche porque no tiene con quién quedarse, del mismo modo que hay quien habla porque no tiene qué callar. Total, que a ver si promocionamos un poco el silencio. Por mi parte, no tengo nada que añadir. Muchas gracias.

Una cuestión de carácter

Hace algún tiempo estuve tres o cuatro días con el carné de conducir caducado y lo pasé fatal. No me atrevía a coger el coche, por supuesto; es más, lo miraba con miedo, aunque él me provocaba con sus curvas y sus faros, como diciéndome: «Tómame.» Pero, la verdad, me daba pánico sufrir un percance y resistí a la tentación. Además, se me ocurrió telefonar a Tráfico para preguntar qué podría ocurrirme, y una máquina parlante, expendedora de respuestas angustiosas, que atiende a esta clase de llamadas existenciales, me aseguró que estaba prohibidísimo conducir con el carné pasado de fecha y

preferí no hacerlo. Cada uno es como es. Una vez me tomé un yogur que había caducado el día anterior y estuve una semana lleno de remordimientos, y de síntomas. Al final fui al médico y me dijo que no tenía nada, recomendándome que no fuera tan aprensivo.

—No es un problema de aprensión — le dije—. Si un yogur está caducado, está caducado.

Por las noches soñaba que conduciendo el coche en esta situación irregular atropellaba a un anciano y el seguro se negaba a hacerse cargo de los gastos, de manera que tenía que arruinar a mi familia para pagar la indemnización y el entierro. Por si fuera poco, el juez decretaba prisión sin fianza, cumpliéndose de este modo una de las profecías del prefecto de disciplina de mi colegio, que se pasaba la vida asegurándome que acabaría en la cárcel. Fueron unos días horribles, ya digo, y sin haber cogido el coche. No quiero ni

imaginar lo que me habría ocurrido de atreverme a ir con él hasta Serrano.

Renové el carné, pues, a toda velocidad, y el mismo día de estrenarlo, al regresar a casa de una cita laboral, me detuvo una patrulla que estaba haciendo controles rutinarios de alcoholemia. Yo no había bebido nada, ni gota, pero se me puso una cara de culpable impresionante y un temblor etílico me recorrió prácticamente todo el cuerpo humano. Los agentes se miraron el uno al otro como felicitándose de haber pescado por fin a un infractor. Sin duda, voy a dar positivo, me dije. Siempre pienso que soy culpable mientras no se demuestre lo contrario. Es la educación que me dieron los curas y los militares, con perdón. En unos segundos visualicé el drama que se me venía encima. Me quitarían el carné recién renovado y tendría que dar explicaciones a mi mujer y a mis hijos por haber conducido borracho. Dirán ustedes

que también podría contarles la verdad, pero la verdad en situaciones tan patológicas carece de valor. Es mejor construir una mentira aceptable, perdonable: «Me encontré con un sargento de la mili (con perdón) y me invitó a tomar unas cañas.» O bien: «Me dolía una muela y entré en un bar a enjuagarme la encía con un chupito de ginebra, para desinfectar.»

Milagrosamente, el aparato funcionó con equidad y dio negativo. No me lo podía creer, no estoy acostumbrado a que los aparatos se pongan de mi parte en situaciones difíciles. La verdad es que los guardias tampoco podían creérselo y me hicieron soplar otra vez con idénticos resultados. Al final pensaron que quizá me pasaba otra cosa y preguntaron si me encontraba bien.

—Un poco culpable nada más — respondí—, pero ya ha pasado todo gracias a Dios.

—¿Seguro que puede conducir sin problemas?

—Seguro, seguro. Acabo de renovar el carné, imagínense.

Salí pitando de allí, pero tardé dos horas en recuperar las pulsaciones normales. En casa no dije nada, pero como me notaron muy alterado tuve que mentir de todos modos.

—Es que me he encontrado con un sargento de la mili (con perdón) que había perdido un ojo haciendo maniobras.

Viene todo esto a cuento de la admiración que me producen personas como Pedro Areitio, que siendo director de Tráfico fue capaz de coger el coche sin carné, sin seguro, sin permiso de circulación y no sabemos si ebrio, puesto que logró que no le hicieran el control de alcoholemia. Personalmente, me parece un caso de seguridad personal envidiable.

¿Dónde habrá estudiado este hombre, que a pesar de ser de derechas va por la vida con la convicción de que es inocente mientras no se demuestre lo contrario? Más aún: incluso cuando se demuestra, es capaz de liar las cosas de tal manera que le hace a uno dudar. Ahora que se ha quedado sin trabajo, yo lo pondría al frente de la Consejería de Salud Mental. Si llevaba tan bien Tráfico sin carné, haría una labor psiquiátrica excelente estando loco.

Pactar

No hay una historia de España: hay varias, del mismo modo que en cada uno de nosotros no hay una biografía, sino siete u ocho. Otra cosa es que sólo mostremos una, para no asustar a los seres queridos. Tampoco hay una historia de la literatura: hay mil. De hecho, es un disparate estudiar juntos a Campoamor y a Kafka, incluso a Borges y a Canetti, aunque todos escriban. Y al lado de esas mil historias manifiestas, hay también una historia de la literatura invisible, por la que vagan los autores que no permanecieron. Por eso es tan difícil sacar adelante un plan de humanidades y ponerse de acuerdo en

lo que somos o dejamos de ser.

Tú mismo, hablando con tu hermano, te habrás preguntado muchas veces si tuvisteis el mismo padre, pues parece que no, que el suyo y el tuyo, pese a ser el mismo, fueron, oyéndoos hablar, distintos. Y es que en un padre caben muchos padres también, igual que en un individuo caben cien. Si es imposible, pues, ponerse de acuerdo sobre la novela familiar, cómo vamos a ponernos de acuerdo sobre la dinastía de los Austrias. No sabemos quién es nuestro padre y pretendemos saber quién fue Felipe II, además de un psicópata. Estos desacuerdos fundamentales no impiden, sin embargo, que las familias sigan siendo familias ni que se reúnan a comer el día de Navidad. Y es que por debajo de las diferencias hay algo intangible que nos une. A veces se da la circunstancia de que familias españolas, incluso españolistas, comen ese día tan señalado en un restaurante

chino, ya ves tú. Eso es porque hay una fuerza capaz de congregarnos: a lo mejor, una fuerza económica, porque los chinos son más baratos que los gallegos.

Es justo en el momento de aceptar que no tenemos el mismo padre ni la misma historia ni las mismas ideas; en el momento de admitir que uno mismo es a la vez el vecino de enfrente, cuando surge con fuerza la impresión de que algo había en aquel padre que era común a todos los hermanos y en aquel país que era común a todos sus habitantes. Quiere decirse que conviene pactar, o intentarlo al menos, porque por alguna razón absurda sigue valiendo la pena comer juntos una vez al año, aunque sea en un chino.

Vidas

Acaba de llegarme el catálogo de una importante editorial con las novedades del otoño y al repasarlo encuentro un libro titulado: *Ricky Martin, su verdadera historia*. Dios mío, me digo, si yo todavía no conozco la falsa. En cosas así percibe uno que ha comenzado a quedarse fuera de la realidad. Ahora que estaba razonablemente satisfecho de mi existencia, pues había logrado abandonar el tabaco y aprender un inglés de aeropuerto enormemente útil, me doy cuenta de que no sé nada de Ricky Martin. Tengo este libro para ponerme al día de su verdadera vida, pero dónde enterarme de la falsa, que es la que ha

dado lugar a que publiquen la auténtica. Desesperado, miro el catálogo de arriba abajo sin hallar documentación sobre el tema.

Es normal que uno se irrite cuando encuentra dentro de sí lagunas culturales de este tamaño. Pero la irritación es poca cosa comparada con la envidia de saber que hay gente con una vida falsa y otra verdadera, es decir, gente con dos vidas. Y eso que el tal Ricky Martin apenas ha cumplido veinte años. Veinte años y ya lleva vividas dos vidas, una de ellas, según este catálogo, perfectamente documentada. Con esto no quiero decir que la otra carezca de acreditación, sino que yo no la conozco. De ahí el sentimiento de no estar suficientemente al día. Dos vidas, en fin. A este paso, cuando tenga mi edad habría vivido cuatro o cinco, o sea, la verdadera, la falsa, la apócrifa, la mística y la maldita, pongamos por caso. Y de todas ellas podremos encontrar un libro

ilustrado, como éste, con fotografías a color.

Personalmente, daría las vidas que me quedan por vivir, incluida la verdadera, por una vida falsa. Tiene que ser apasionante levantarte cada día de una cama aparente y pasar el año viajando por países ficticios, cantando ante públicos inexistentes que aplauden de mentira. Lo que no sé es si la vida falsa se vive antes de la verdadera o se pueden construir las dos a la vez. Después de todo yo he aprendido inglés al tiempo que dejaba de fumar. Aunque lo primero no es verdad. Y lo segundo tampoco. ¿Me habré hecho yo una vida falsa también sin darme cuenta?

A vueltas con la copia

«Soy una persona auténtica», declaraba un político en campaña a un periodista. En la comunicación cotidiana, llamamos falsos a los individuos que no cumplen lo que prometen o que no dicen lo que piensan. Pero, tomada la expresión en su literalidad, un sujeto falso sería una copia de un individuo verdadero. En tal caso, habría personas falsas del mismo modo que hay Levis falsos, Adidas falsas o relojes de marca falsos. El asunto de lo verdadero y lo falso, así como la frágil línea que separa una cosa de la otra, va cobrando importancia a medida que aumentan las posibilidades de copiar la realidad. Un disco pirata se

escucha exactamente igual que uno legal. Recientemente, el Museo Reina Sofía de Madrid decidió reproducir una escultura desaparecida de sus almacenes. La nota de prensa, si no recuerdo mal, decía que en el futuro se consideraría a la copia como original. A todos los efectos. No hay mucho más que añadir.

La piratería empieza a llegar a sectores hasta ahora vírgenes. A las personas, por ejemplo. Quizá haya por ahí individuos no auténticos en el sentido literal de la palabra; individuos que son copia de otros. De modo que se encuentra usted en la calle con un hermano de su mujer, se detiene a saludarle, toma un café con él mientras hablan de la familia, etc., y a lo mejor no es el hermano de su mujer, sino una copia que le han sacado ilegalmente.

—Pero si era igual de tonto que mi cuñado, igual de gordo, igual de pesado...

Lo que usted quiera, pero no era su

cuñado. Yo tengo un libro pirata de García Márquez (*Cien años de soledad*) absolutamente idéntico al de verdad. Lo compré como curiosidad en una calle de Bogotá. Lo leí de vuelta, en el avión, sin encontrar nada que delatara su condición. Al llegar a casa lo coloqué en la estantería junto al verdadero y ahora no sé cuál es cuál. En algunos productos, podría darse la circunstancia de que la copia fuera más verdadera, en un sentido metafísico, que el original. Digo todo esto porque ayer iba por la calle y me vi pasar por la acera de enfrente. De no haber sabido que yo era el original, habría dudado, francamente.

Álter ego

En la mesa de al lado, dos chicas hablaban de un videojuego, *Los Sims*, que es el precursor del ya famoso *Second Life*. Ambas estaban enganchadas a él porque les permitía vivir vidas alternativas en las que, curiosamente, no hacían cosas muy diferentes de las de la vida real.

—Ayer —dijo una— tenía una cena en casa, con los vecinos, pero no salió bien, no fui una buena anfitriona. Además, mi marido dio la nota. No sé qué voy a hacer con él.

No se refería a sí misma, claro, sino al personaje que interpretaba en el videojuego, pero su identificación con él era tal que hablaba en primera persona.

A veces, como en la cafetería había mucho ruido, me perdía fragmentos de la conversación y luego me costaba distinguir cuándo discutían acerca de la vida real y cuándo acerca de la virtual. Daba la impresión de que las conexiones entre ambas estaban cruzadas, de manera que las puertas de una conducían a las habitaciones de la otra. Esto a mucha gente le parece escandaloso, pero así funcionábamos también antes de la aparición de los videojuegos. Nuestros «yoes» fantásticos interactuaban (e interactúan) con los reales por un sistema parecido al que mantiene unido el deseo con la realidad. Los lectores de novelas conocen muy bien el grado de identificación que puede llegar a producirse entre el lector y el personaje. Las cosas nuevas, en fin, lo son siempre en un grado relativo.

—Tuviste un hijo, ¿no? —preguntó de repente una de las chicas.

—Sí —respondió la otra—, pero se me

murió la semana pasada.

Comprendí enseguida que se de trataba de un hijo virtual, pero la noticia, así como la expresión de la chica al confesarlo, me produjo un raro desasosiego. También a ellas, pues a partir de ese instante la conversación adquirió un tono algo sombrío. Luego, al advertir que estaba pendiente de lo que decían, bajaron la voz y me dejaron solo. Pagué el café y salí a la calle que, con las luces recién encendidas y los suelos brillantes por la lluvia, parecía la calle de un videojuego en el que yo era, claramente, el álgter ego de alguien real. Pero ¿de quién?

Enhorabuena

Conviene leer las estadísticas para saber en qué casilla de la realidad se encuentra uno. Por lo visto, España es el segundo país con más gordos de Europa, después de Grecia. Somos también los segundos en demencia senil, aunque a dos pasos del primero, como es lógico, ya que sólo contamos con 66 psiquiatras por cada millón de habitantes: la cifra más baja de la UE. En esto al menos somos los últimos, que es un modo de ser los primeros. Sin embargo, tenemos más pediatras que niños, pues nuestros índices de natalidad están por los suelos. Todo esto, en un mercado verdaderamente global, carecería de

importancia, porque se exportarían los excedentes de ancianos con demencia senil y se importarían niños para equilibrar la balanza de pagos. O bien cambiaríamos pediatras por psiquiatras para enjugar el déficit. Es muy posible que por un pediatra español obtuviéramos dos o tres psiquiatras norteamericanos.

Más aún: si sólo exportáramos pediatras gordos, y los psiquiatras que nos dieran a cambio fueran delgados, el negocio sería redondo. Pero la estadística no dice cuántos pediatras gordos tenemos, aunque quizá también seamos los segundos en eso. Somos los segundos en casi todo. Lo ideal, pues, sería que los pediatras que nos quitáramos de encima, además de gordos, fueran dementes. De esta forma nos libraríamos de un golpe de todo lo que nos sobra: pediatras, gordos y locos, que no sabemos de dónde salen. Como dice Rato, dependemos de cosas que están fuera de nuestro control,

así que, por las mismas razones misteriosas por las que sube la gasolina, te despiertas un día y tienes la casa llena de pediatras.

Pero todo es susceptible de empeorar: si algo malo puede pasar, pasa. Imaginemos que a los pocos niños que nos quedan les entra demencia senil, lo que no sería raro pasándose la vida entre adultos locos. O que engordan sin excepción, lo que sería lógico, dado que sólo comen hamburguesas y bollos rellenos de materia fecal. Imaginemos que, una vez gordos y dementes, les ataca el complejo de Peter Pan y deciden estudiar pediatría para no crecer. Frente a ese panorama, si usted es flaco, psiquiatra y está en sus cabales, se encuentra en la casilla adecuada. Enhorabuena y viva la estadística.

Los sueños se cumplen

Nos invitaron, para despedir el verano, a una comida con intelectuales y artistas. A mi izquierda había una estrella de la televisión que me informó de que tenía dos hijos adoptados, un chinito y una chinita. Le di la enhorabuena e intenté que habláramos de otra cosa, pero entonces me preguntó cuántos hijos adoptados teníamos mi mujer y yo. Al decirle que ninguno perdió completamente el interés por mí.

A mi derecha había un famoso guionista de cine que me dijo, sin que yo le hubiera dado pie, que acababa de adoptar a una niña boliviana. Le di la enhorabuena y le pregunté si había visto

la película de Verhoeven sobre el hombre invisible. Pero él no tenía interés en hablar de cine, sino de la adopción. Quiso saber cuántos hijos adoptados tenía yo y le dije que ninguno.

—Pero estarás en trámites —insistió.

—Pues no, no estoy en trámites —manifesté un poco avergonzado.

El guionista de cine perdió todo el interés por mí y se puso a hablar de niños adoptados con su vecino de la derecha. Alcancé a oírle que el problema de los niños polacos es que son iguales que nosotros y al final parecen hijos biológicos. La pareja que había frente a mí hablaba de la burocracia de la adopción y se intercambiaban consejos para actuar de un modo u otro según los países. Mi mujer se encontraba al otro extremo de la mesa y me pareció, por la mirada que intercambiamos, que se encontraba también un poco aislada. Como todavía estábamos en el segundo plato y comprendí que el tema

dominante eran los hijos, intenté contar a la estrella de la televisión algunas cosas de los míos.

—Pero ¿no me habías dicho que no tenías ningún hijo adoptado? —preguntó.

—Es que son biológicos.

—Ah, eso —dijo con una mueca de asco.

Salí de la comida hecho polvo y cuando me reuní con mi mujer me contó que a ella le había sucedido lo mismo.

—Pero ¿en qué mundo vivimos tú y yo —dijo— que ni nos habíamos enterado de que ya no se adoptan posturas, sino niños?

—Chica, yo leo todos los días varios periódicos y no había caído —respondí abochornado.

—No los leerás bien —aseguró.

En efecto, al llegar a casa echó un vistazo al primer periódico que vio sobre la mesa y me dijo que Woody Allen y

Soon Yi acababan de adoptar otra hija, la segunda, creo, o la tercera.

—Pero Woody Allen se casa luego con ellas —dije yo—. Más que la adopción, practica una suerte de incesto atenuado.

Mi mujer dijo que eso no tenía gracia y estuve de acuerdo. Entonces entró llorando nuestro hijo pequeño.

—Pero ¿qué te pasa?

—Unos niños me han dicho que soy hijo biológico.

Mi mujer y yo nos miramos con lógica preocupación, pero yo actué con unos reflejos increíbles. Le dije que no se lo creyera. Que le habíamos traído de Pakistán: el primer país que se me ocurrió, vete a saber por qué. El niño se quedó más tranquilo y se marchó otra vez a jugar con sus amigos adoptados.

—¿Crees que has hecho bien engañándole? —preguntó mi mujer.

—Ya tendrá tiempo de enterarse de la verdad —respondí yo—. Acuérdate de que le dijimos demasiado pronto que

los Reyes Magos eran los padres y lo pasó fatal. Cuanto más tarde se entere de que es biológico, mejor.

—Pero los niños son muy crueles y se lo dirán.

—Pues nosotros le diremos lo contrario y lo juraremos sobre la Biblia si es preciso.

Esa noche releí un ensayo de Freud, con perdón, en el que dice que todos hemos tenido de niños la fantasía de que éramos adoptados. De ese modo, soportamos las carencias de nuestros mayores y soñamos con un futuro en el que nuestros verdaderos padres vendrán a rescatarnos de la menesterosa condición en que hemos caído. Lo curioso de los sueños es que se cumplen. Quizá ahora se está cumpliendo masivamente ese viejo sueño de la humanidad, lo que me parece muy bien. Pero alguien debería explicarnos cómo ayudar a los hijos biológicos a sobrevivir con el peso de no ser más que lo que

parecen. Después de todo, ellos son inocentes de las inclinaciones de sus padres.

No tenemos remedio

Piensa uno a veces que el fracaso del marxismo se debió a que pretendía una conquista ya realizada: que fuéramos iguales. Estos primeros días del verano se asoma uno a las autopistas, a las playas, a las piscinas, a los chiringuitos de moda con música de actualidad, y comprende que todos estamos cortados por el mismo patrón. Somos iguales, en fin, incluso demasiado iguales. Menuda conquista. Lo difícil, digámoslo de una vez, es erigirse en diferente. De hecho, no se sabe de nadie que haya pasado a la historia por ser semejante a los otros, sino por ser distinto a todos. Einstein, Sócrates, Napoleón, Freud y el propio

Marx tenían poco que ver con sus congéneres, de ahí las pasiones que despertaban. Hitler y Franco, también, aunque son amores distintos.

Me pasa un coche grande, incluso muy grande, por la izquierda y en los breves segundos que permanecemos a la misma altura el otro me mira con desprecio. Aunque no nos conocemos, trata de constatar la diferencia entre él y yo, y la encuentra en que su automóvil corre más. Enhorabuena. Por mi parte, me siento distinto a él en que no tengo prisa por llegar a ningún sitio. Enhorabuena también. Los dos hemos adquirido en un momento la porción de diferencia que nos permite ir tirando. A lo mejor mañana nos cruzamos dando un paseo por la misma playa y comparamos con idéntico gesto nuestros cuerpos o la intensidad de nuestras miradas. Y los lunes, por decirlo todo, son idénticos a los martes y a los miércoles y a los jueves... De hecho, el domingo es el

resultado de la lucha por construir un día diferente al resto de la semana. Lo que pasa es que nos ha salido mal, porque es peor y porque no hay nada más parecido a un domingo que el anterior, sobre todo en verano y con el flotador a cuestas.

Así las cosas, cualquier filosofía que pregone la semejanza está condenada al fracaso: lo que nos gusta es la diferencia. La única igualdad en la que estamos todos de acuerdo, la de oportunidades, sólo tiene sentido si sirve para que nuestros hijos sean desiguales el día de mañana. Qué pesadilla. Sin duda, es cosa del calor. Y de las vacaciones, tan parecidas a las del año pasado, y las del otro. Muchos se van al Caribe para ser distintos y en ese mismo instante se vuelven idénticos. No tenemos remedio.

A ver si voy a estar bien

El avión alcanzó la altura de crucero a las cinco y media de la tarde: la hora aproximada del gin- tonic. La azafata me lo sirvió con unos frutos secos, obsequio de la casa. Tenía por delante un par de horas de ausencia absoluta de tensiones. Ni siquiera sabía muy bien adónde me dirigía, puesto que había aceptado el compromiso para quitarme de en medio durante el tiempo que durara el viaje. Ni teléfono ni ordenador ni proyectos ni decisiones, sólo una novela en edición de bolsillo que, con suerte, ni siquiera abriría. El primer sorbo me trajo la paz y el segundo la afianzó. Cerré los ojos y comencé a buscar entre mi catálogo de

ensoñaciones la apropiada para el momento y el lugar.

En esto, mi compañero de asiento comenzó a agitarse. Volví en mí y me pareció que se ahogaba. La azafata, muy profesional, dijo que se trataba de un episodio de hiperventilación, recomendándole que se aplicara a la boca la bolsa de vomitar a fin de introducir en el organismo cantidades mayores de anhídrido carbónico. Yo había visto alguna de estas situaciones en el cine, pero siempre me parecieron un poco teatrales. Sin embargo, sucedían también en la realidad. La azafata, agachada junto al asiento, nos explicaba que la hiperventilación solía acompañar a los ataques de ansiedad. Consistía en aportar al organismo más oxígeno del necesario, generando un desequilibrio entre los niveles de los dos gases que intervenían en la actividad respiratoria (CO_2 y O_2). El truco de la bolsa funcionó y el

pasajero recuperó enseguida el ritmo normal.

Pero ya no pude continuar ensoñando porque la azafata me pidió que le hablara, para contribuir a calmarle. El hombre me dijo que aunque sufría aquellos episodios con relativa frecuencia, no lograba acostumbrarse a ellos. Yo le confesé que si bien padecía ataques de ansiedad un día sí y otro también, no había atravesado nunca por la experiencia de la hiperventilación. «Entonces no son verdaderos ataques de angustia», dijo él. Como no era cuestión de competir por ver quién era más neurótico, le pedí a la azafata otro gin-tonic, esta vez sin almendras, que no me cobró. Cuando llegamos a destino, escondí en el bolsillo de mi chaqueta la bolsa de vomitar, por si acaso. La llevo desde entonces encima como un talismán, pero no la he necesitado. A ver si voy a estar bien.

La moral

En el transcurso del mismo telediario donde relataron las últimas atrocidades de África se enteró de que le había tocado el cupón de los ciegos. Así no resultaba fácil acompañar la vida privada a las convulsiones de la historia universal. ¿Quiénes eran más reales, se preguntó aquellos días de gestiones bancarias y decisiones inversoras, los ciegos o los negros? Mientras su dinero empezaba a reproducirse en el interior de la cuenta a plazo fijo, los refugiados continuaban cayendo de hambre y sed dentro del televisor. A él le habría gustado sentirse culpable para estar más cerca de sus contemporáneos, pero no sabía dónde se

encontraban los Grandes Lagos ni era capaz de imaginarse cuarenta mil muertos juntos. De todos modos, se apuntó a una ONG.

A los pocos días empezó a tener mal sabor de boca y un malestar creciente en la región hepática. Dejó de comer angulas durante una semana sin que las cosas mejoraran. Su mujer le pidió que fuera al médico, pero él se negó intuyendo que aquellos jugos amargos que notaba al despertar en la garganta procedían, más que de sus vísceras, de las entrañas de África, quizá de aquel lago —¿el Victoria?— al que iban a parar los cadáveres sin cabeza y con las manos atadas a la espalda que descendían por los ríos. Aquello no era agradable, pero África empezó a tener el mismo grado de realidad que su cuenta corriente. La historia universal y la suya se aproximaban.

Ya no se sentía culpable por la indiferencia con la que escuchaba en el

telediario las noticias de Zaire: les prestaba la misma atención perpleja que a su autopsia. Pero notaba un cosquilleo de felicidad al oír el número de los ciegos, que le parecía una rareza hiperreal semejante a la de los documentales del National Geographic. Se murió sin saber si aquello había sido moralmente bueno o malo.

Centroeuropa

La ventaja de que haya un filtro único, el mercado, entre la nada y la realidad es que podemos regular el tamaño de las dos con una simple llave de paso. Que se produce una escasez de niños, por ejemplo, se ofrecen 200.000 pesetas por alumbramiento y santas pascuas. Es lo que han hecho en Peñolite, un pueblo de Jaén que merecería ser centroeuropeo de no encontrarse tan al sur. Lo deseable es que no fuera preciso incentivar el embarazo para que la gente perdiera el pánico a nacer, pero hay que ser realistas y dejarse de maximalismos trasnochados. El estado del bienestar está para corregir los

excesos que se producen entre la oferta y la demanda y eso es lo que ha hecho el Ayuntamiento de ese pueblo: aminorar el alcance que un mercado laboral tan reformado como el nuestro tiene sobre la reproducción.

Coincidiendo con esta novedosa iniciativa comercial, la policía de Rosenheim, una pequeña ciudad alemana, detenía a una pareja que ofrecía niños para ser torturados a placer (del torturador, desde luego), a través de una red telefónica de transmisión de datos. Por la suma de un millón de pesetas, los interesados podían adquirir una niña de entre diez y catorce años para maltratarla «sin límite», bien entendido que si el cliente se pasaba y la mercancía se quedaba en el sitio había que pagar un suplemento de 250.000 en concepto de eliminación de residuos sólidos.

Quizá no resulte políticamente correcto aplaudir a la pareja

centroeuropea, pero gracias a ella muchos niños sin precio, y, en consecuencia, también inexistentes, entraban al ser tasados en el circuito de la realidad. La diferencia entre las 200.000 del pueblo de Jaén y el millón de Alemania se explica por los piensos que consumen las criaturas hasta la edad de ser violadas.

Todo está previsto.

Trabajo temporal

Monté una empresa de trabajo temporal para actuar de intermediario en la dialéctica del amo y el esclavo (siempre me ha gustado la filosofía), pero me pareció de mal gusto seleccionar directamente a mis empleados, así que contraté a mi vez los servicios de otra empresa de trabajo temporal para tal fin.

—¿Qué va a necesitar? —me preguntaron.

—No sé, quizá una secretaria y un par de personas o tres que atiendan el teléfono.

—Para esos menesteres los tenemos con ocho carreras y siete idiomas.

—Me gusta mucho el ruso.

Mándemelos con ruso.

—Y con inglés, desde luego.

—¿Con inglés? ¿Para qué quiero empleados con inglés en una empresa de trabajo basura? A ver si me entiende: lo del ruso es por un capricho personal.

Me enviaron una gente estupenda, aunque la secretaria tenía el defecto de saber inglés. Parece que es imposible encontrarlas sin este idioma que constituye una verdadera plaga laboral. Yo le he prohibido que diga *good morning*, porque no la entiende nadie. En honor a la verdad, he de añadir que hay días en los que no se le nota el inglés. Ha aprendido a disimularlo. Pero no hay forma de borrarlo de su currículum, lo hemos probado todo.

Funcionamos bastante bien, con aceptables resultados económicos, pero de momento sólo trabajamos para empresas de trabajo temporal como la nuestra. Nos piden que les seleccionemos gente para seleccionar

gente, aunque parezca absurdo. Hemos llegado a ofrecer personas sin inglés, aunque eso todavía no se valora suficientemente. Me estoy haciendo millonario con la misma dialéctica del amo y el esclavo a la que Nietzsche

no consiguió sacarle ni dos duros, por teórico. Lo curioso es que cuanto más paro hay, más éxito tenemos en toda Europa. Y es que no vendemos trabajo, sino dialéctica. La gente está muy necesitada de dialéctica y la compra a cualquier precio. El que no trabaja es porque no quiere.

La fe

Hay gente convencida de ser vasca, francesa o española, y que está dispuesta lógicamente a morir o a matar por ello. Algunos carecen de este privilegio, pero lo compensan creyéndose que son del Real Madrid o del Atlético, lo que les permite acuchillarse mutuamente y llamar hijo de puta al árbitro. Entre quienes no tienen patria ni club, hay muchos que por suerte para ellos han nacido con una potencia sexual insólita, lo que les autoriza a hacer las cosas por cojones. Estamos llenos de carencias, sin duda, pero nos sobran proveedores de sentido, al contrario que a las moscas o a las cucarachas, las pobres, que ignoran

por qué hacen esto o lo otro. Y es que todavía, entre quienes no creen en la patria ni en el fútbol ni en las gónadas, hay gente convencida de que Dios está más cerca del Opus Dei que de los jesuitas, o de los jesuitas más que de los dominicos. Total, que además de atribuir esta realidad calamitosa a una inteligencia superior, piensan que Dios se comporta como el socio de un club que hace su quiniela semanal y pone un uno a las religiones monoteístas, una equis a las politeístas y un dos a las extirpaciones de clítoris en campo contrario. De hecho, a un redentorista no se le pasaría por la cabeza hacerse escolapio, del mismo modo que un vasco no se metería a andaluz ni atado, con lo difícil que es aprenderse un himno nuevo y una idiosincrasia. Además, está demostrado científicamente que los que no pertenecen a un grupo tienen el perímetro craneal más pequeño. Todo esto significa que hay gente convencida

de que la Tierra es plana, por lo que al llegar a sus bordes se precipita uno en el vacío. Matamos o circuncidamos para no caer en el abismo de decir *good morning* cuando todo el mundo sabe que se dice buenos días. Lo que hace falta es que sea para bien. Felices Pascuas.

La vida

Según estudios de toda solvencia, el alto índice de fracaso escolar se debe a la falta de conexión entre los planes de estudio y la realidad. En otras palabras: que el principio de Arquímedes o el pretérito imperfecto del verbo amar, por poner dos ejemplos sencillos, no tienen nada que ver con la vida. A lo mejor ya nadie desaloja la misma cantidad de agua que el volumen de su cuerpo al introducirse en la bañera. Ni nadie amó a alguien en un tiempo remoto y le apetece expresarlo en esta forma verbal: yo amaba, tú no, él etcétera. Yo amaba a Beatriz. «Lleva cuidado, chico, que estás empleando el pretérito imperfecto del

verbo amar y eso no tiene nada que ver con la realidad.» No entiende uno a qué llaman vida, ni a qué estudios.

Personalmente, si no hubiera aprendido a hacer análisis sintácticos, no sabría desmontar mis estados de ánimo y echaría la culpa de todo lo que me pasa al portero, al jefe o al Gobierno. Quizá otras cosas no, pero la gramática sí tiene mucho que ver con la realidad. En cierto modo, la construye. Por otra parte, de no haber sabido en su día lo que representaba Atenas, lo mismo me habría ido de viaje de novios a Albacete, que, con todos los respetos, no es lo mismo. Tampoco soy capaz de imaginar cómo sería sin haber cultivado las cuatro reglas, pues no hace uno otra cosa a lo largo del día que sumar o restar afectos, dividir emociones, multiplicar panes y peces. Y de no haber aprendido a leer, tampoco habría tenido acceso a aquellas novelas por cuyos túneles logré huir de una

existencia hostil, casposa, cutre, inhabitable: la existencia española y de las jons.

Y es que continuamos llamando realidad a cualquier cosa, no aprendemos. De modo que hay días en los que se asoma uno a la ventana, o a los pactos municipales, y le dan ganas, en efecto, de coger la mochila de su hijo y correr al colegio, para huir de la quema. En otras palabras, que

visto lo visto quizá sería preferible que los planes de estudios continuaran alejados de la realidad. Vida y cultura no deberían ser cosas diferentes, pero si llegaran a serlo y hubiera que elegir, uno preferiría quedarse con la cultura. La vida da asco, con perdón del asco.

El tamaño de las cosas

Michael Herr, en *Despachos de guerra*, dice que uno es tan responsable de lo que hace como de lo que ve. En ese libro, donde periodismo y literatura, información y expresión, alcanzan un grado de consanguinidad irrepetibles, cuenta cómo llegó al Vietnam con la buena conciencia de un periodista que sólo iba a mirar y cómo se sintió finalmente implicado en todo lo que pasaba ante sus ojos. Desde el momento en que uno acepta que también es responsable de lo que ve, la percepción de la existencia se modifica totalmente.

Tengo delante de mí un recorte de periódico, una foto, en la que aparece,

sobre la hierba, una especie de muñeca rota, una mujer medio descoyuntada, con las faldas subidas hasta el muslo y el ombligo al aire, cuyo aspecto general sugiere que ha sido estrangulada, quizá violada, y que ahora espera al juez encargado de levantar su cadáver. No se trata de eso, sino de un reportaje sobre moda aparecido recientemente en una revista australiana. El titular dice: «Vive deprisa... Una moda de morirse.» No hace mucho, una marca de relojes utilizó para anunciarse a un conjunto de mujeres claramente anoréxicas. Verdaderos esqueletos con los labios pintados te incitaban a consumir el producto que colgaba de sus brazos.

Pessoa lo decía de otro modo: «Uno es del tamaño de lo que ve.» Tenemos, pues, la estatura moral de las campañas que acabo de citar, y de todo el horror que pasa, sin ser combatido, ante nuestros ojos cada día. Acabo de leer, por ejemplo, que una fundación estadounidense ha

denunciado a la marca de calzado deportivo Nike por explotar a menores de edad: sus productos se fabrican en Indonesia por niños de once años que cobran a dieciocho pesetas la hora de trabajo. No es preciso ir a ninguna guerra para advertir que uno está implicado moralmente en lo que cuenta.

Más aún: no es preciso ir a ninguna guerra para conocer la guerra: está aquí, entre nosotros, en esas campañas de publicidad mutiladoras del pensamiento, en los zapatos de deportes que nos ponemos para bajar grasas y en los fuegos artificiales del Ariane 5. Si es verdad que tenemos el tamaño de lo que vemos, no hemos crecido mucho. Lo malo es que somos los responsables del tamaño de las cosas.

El juego y las reglas

Yo también he leído lo del canibalismo en China durante la Revolución Cultural. Ya sé que los rojos se comían a la gente de orden, que si querías demostrar que eras un rojo de verdad y no un vendido, te tenías que comer al fascista de tu cuñado delante de algún comisario político. Lo he leído: parece que en las cafeterías chinas te ponían hamburguesas hechas con picadillo de la burguesía, de ahí su nombre, y que en las carnicerías colgaban a los capitalistas de los mismos ganchos que en otras partes cuelgan a los cerdos, y no es raro: el Partido Comunista había lanzado por entonces la consigna de

«comerse a las clases enemigas», y como estaban en plena revolución cultural, aprendiendo a leer, lo interpretaron literalmente. Lo que no dice la noticia es si lo hacían con gusto (lo de leer) o por obligación, aunque conociendo a los comunistas seguro que encontraban placer en ello. Son caníbales por naturaleza.

En fin, que lo he leído, además también sé que Mao era un sátiro, un ogro, que se comía a las adolescentes crudas. Lo sé todo, y no pasa nada, créanme, no pasa nada, excepto que ya no hay esperanza para nadie, en ningún sitio. Si sumamos debidamente descontextuadas las barbaridades llevadas a cabo a lo largo de la historia por los representantes de las diferentes concepciones de la realidad, no se salvan ni los representantes, ni los conceptos, ni la realidad, no se salva nadie, nada. Somos unos salvajes, dicho está. Lo mejor sería empezar de nuevo la partida; cada

uno se lleva sus muertos a casa, repartimos las cartas, y al primero que rompa las reglas del juego lo expulsamos de la partida para siempre.

Lo malo es que ya no hay juego, ni partida, sólo hay reglas, y con frecuencia es preciso violarlas para mantener las reglas, del mismo modo que hacen falta sujetos sin ideología para defender las ideologías. Así que lo que no hay es esperanza, yo también lo he leído, lo de China, y qué. No pasa nada, somos mayores, comemos de todo y además nos engorda. Vale.

Ejercicios de retórica

Vaya usted a la cocina de su casa, reúna un paquete de arroz, otro de harina, una bolsa de sal, una tarrina de mantequilla y una botella de leche. Observe durante un rato el conjunto y considere que ese torpe aliño alimentario sería un tesoro ahora mismo en Rusia, por ejemplo. Pero si a usted le da pereza reunir tantas cosas, abrir tantos armarios, ir de aquí para allá, tome de la nevera una botella de agua mineral e imagine la riqueza que su posesión significaría en algunos lugares de África. Resulta fácil pensarlo, pero comprenderlo es más arduo. Digamos la verdad: no hay manera de entenderlo, del mismo modo

que no se puede concebir que las 225 personas más ricas del mundo posean tanta riqueza como el 47 por ciento del resto de la humanidad. Busque usted otro modo de expresarlo, si tiene la suerte de saber matemáticas, y llegará en cualquier caso a la conclusión de que, se mire por donde se mire, el asunto es más bien salvaje. Tanto prevenirnos en la escuela de la ley de la selva y no era más que esto: que unos pocos vivan muy bien a costa de muchísimos que lo pasan fatal.

Lo toleramos porque no lo comprendemos. ¿Cómo explicar, si no, que

haya policías que por un sueldo modesto defiendan un orden semejante? Y cuando hablo de policías me refiero también a los jueces y a los alcaldes y a los coroneles y a los peritos industriales, por no mencionar a los creativos de publicidad y a los poetas de la experiencia. No se amontonen: también me incluyo yo. Si un servidor hubiera entendido de verdad lo que significa reunir sin esfuerzo, sobre la

encimera, en cuestión de segundos, la riqueza mencionada al principio de este artículo, ya habría saltado por la ventana o me habría metido en la boca el tubo del gas.

Pero aquí estoy, ya ven, haciendo ejercicios de retórica con el arroz y la sal, la mantequilla y el aceite que no tienen en Rusia. Decía mi madre que con las cosas de comer no se juega, pero estaba equivocada la pobre, como en tantas otras cosas. Si con algo hemos acabado jugando es con las cosas de comer. El mundo es un Palé o un Monopoly, o quizás un Monopalé. Lo mejor, para ganar, es no entender sus reglas. El mundo va bien.

Mucha maña

Cuando el forense observa el interior de un cráneo perforado por una *parabellum*, no ve sino una habitación en la que se ha ido la luz. Pero cuando el que se asoma a ese agujero practicado en la nuca es un patriota, lo que contempla es un caserío lleno de gente feliz, ataviada con trajes regionales, y jóvenes de mirada pura que entonan canciones en las que se exaltan las virtudes raciales de su pueblo. Después de esa visión, si uno no despega el ojo de la calavera, aparecen, de frente y de perfil, vitoreados por los ancianos y los niños, los generales del ejército de salvación desfilando detrás de un animal

(a veces, una cabra).

Para edificar una patria no hace falta ningún talento específico. Hay generales que con un pelotón de fusilamiento y una fábrica de caspa funcionando las veinticuatro horas del día han construido dominios que están en los libros de texto y en las enciclopedias. Lo que se necesita es constancia, voluntad y, desde luego, mucha disciplina. Por eso, la patria, que en algún momento ha llegado a relacionarse con la épica, es, en realidad, un género de incompetentes. Se levanta sin inspiración, sin planos ni presupuestos, a base de colocar un cadáver sobre el anterior procurando no salirse de la línea. Por no presupuestar, no se presupuestan ni los muertos, que unas veces son mil y otras un millón, depende del espacio que quieras ocupar en los fascículos y del número de estatuas que pretendas.

Hay gente que se asoma a un cráneo perforado y no encuentra más que un

cuarto frío, con la chimenea apagada. Los buenos patriotas, sin embargo, ven un anticipo de la gloria. La obsesión de acertar en la nuca tiene su porqué: es desde donde más perspectiva nacional ofrece el orificio. Para construir una patria, en fin, las ideas, en general, son un incordio, pero hace falta en cambio mucha maña.

Etiopía

Sorprende oír que el Gobierno etíope constituye un problema para la distribución de la ayuda humanitaria. No se le habría ocurrido a uno pensar que en ese país hubiera un gobierno. Ni siquiera que ese país fuera un país. Cuando hablan de Etiopía, lo que nos muestran por televisión no es más que un grupo escultórico de mujeres flacas sosteniendo a niños esquemáticos cuyas extremidades dibujan geometrías rigurosas. Siempre están de pie y siempre parecen esperar algo o a alguien que no llega. Da la impresión de ser un país de madres e hijos fantasmagóricos, porque tampoco salen hombres nunca, no, jamás. Sólo

esas mujeres enigmáticas, altas, huesudas, abrazadas a niños abstractos en medio de un territorio inexistente, mítico. El detalle realista, aunque delirante, son las moscas que se agolpan a la entrada de las fosas nasales de los niños. Nadie las espanta porque a nadie espantan. Eso, se dice uno, no puede ser el icono de una nación. Pero lo es.

Pura necesidad, en fin, disfrazada de pura metafísica. Casi lamenta uno, asistiendo a ese espectáculo de huesos que al abrazarse chocan entre sí como los lápices dentro de un plumier, que sea tan difícil morirse. Lo peor, con todo, es que habiendo en aquel país real una sequía que se prolonga desde los sesenta, no se le haya ocurrido a nadie un modo de hacerles llegar agua, aunque sea con burbujas. Si en unas guerras somos culpables por acción, en ésta lo somos por omisión. Con la mitad del dinero empleado en el conflicto, o lo que fuera, del golfo Pérsico, se habrían podido

lubrificar todos esos ojos que no lloran por economizar fluidos.

Pero la realidad ha adquirido las características de un icono y el hambre funciona ya como un reclamo comercial. Desde Benetton, creemos que la sed es un logotipo. Cada vez que la televisión saca esas imágenes tan ilusorias, la voz en *off* debería recordar que pertenecen a un país real, con sus subsecretarios y sus pólizas. Sólo de ese modo será posible una ayuda real también, y no esta cosa de buenos sentimientos que practicamos durante la digestión del plato de lentejas. Etiopía. Busque usted la palabra en la enciclopedia y verá cómo esos esqueletos tan artísticos son ciertos.

Nada

Si todos los países se preguntaran compulsivamente qué son acabarían respondiéndose lo mismo que nosotros: nada. Qué narices es Francia. O Alemania, o Suiza, o Dinamarca. No es que no tengan su historia, o su historieta, pero la historia y la historieta son humo frente al silencio cosmológico. No somos nada, qué le vamos a hacer. Precisamente por eso, por la nada que nos consume, nos llenamos de banderas, de escudos y de cabras. Si la Legión, pongamos por caso, fuera algo en sí misma, no necesitaría acudir a un cuadrúpedo para hacerse entender y definirse frente al mundo. Le bastaría con salir al escenario

y decir aquí estoy yo (en ese sentido, quizá sea mejor que continúen expresándose a través de la cabra). Lo que diferencia el territorio del ser del de la nada es la profusión de desfiles de moda o militares que se producen en el último.

Total, que no conviene estar preguntándose todo el día qué somos, a menos que a uno le guste hurgar en la herida. Los amigos existencialistas que no lograron superar la fase crítica del de dónde venimos acabaron suicidándose, porque la cruda realidad es que no venimos de ninguna parte ni vamos a ningún sitio. Somos como un domingo por la tarde en un pueblo con estación de cercanías donde a veces llueve. Por eso, los franceses, que inventaron la angustia y saben de qué va la cosa, no se preguntarían nunca algo semejante. Ellos dicen a todo que sí. *Madame Bovary, c'est moi*, aseguraba Flaubert para no discutir.

De manera que ponerse en cuestión sin cesar es como ir al doctor por un resfriado: pura hipocondría. Lo malo es que el médico, si insistes en que te duele aquí, acaba operándote, y nosotros ya nos hemos hecho la cirugía varias veces sin encontrar nada, porque España, como Francia, no es nada. Tómese usted estas pastillas.

Teologías

Paradójicamente, todo lo que el universo tiene de real se debe a su costado fantástico o imaginario. En efecto, hay que poner en marcha una fantasía delirante para conseguir que un recién nacido llegue a ser general de división u obispo de la diócesis Madrid-Alcalá, cosas absurdas donde las haya. Y no sufran las madres de los interfectos, siempre hay destinos peores. Recuerden, si no, aquella frase de un personaje de Billy Wilder:

«No le digas a mi madre que soy periodista; dile que trabajo en un burdel.» Queremos señalar, en fin, que gracias a lo ficticio, sea el fajín o el

báculo, somos cruelmente verdaderos. «Es un sueño», dicen las chicas cuando reciben la corona de Miss España. Y llevan razón: tal disparate no puede ser verdad, a menos que haya sido mentira previamente.

Uno no sabe a quién pudo ocurrírsele el tricornio, la mitra, o ese objeto que llevan en la cabeza los doctores honoris causa, aunque no sea carnaval. Lo malo de estas monstruosidades es que saltan a veces de la cabeza a la realidad y así nos va. En otras palabras, que si no hubiera cargos alucinatorios como el de obispo de Barcelona o presidente de la Conferencia Episcopal, tampoco existirían unos señores reales llamados Rouco, Carles o Arzalluz.

Y si no existiera la Conferencia Episcopal Española, que sobre el papel es un despropósito literario digno de Lewis Carroll, quizá no existirían el botafumeiro ni Fraga Iribarne, que son creaciones fantásticas de la mente

comparables a los anuros o al condón. Lo que no sabemos es de qué mente puede haber salido todo esto. De ahí la existencia de la teología, que, aunque al decir de Borges, pertenece al género fantástico, al final va a ser la única ciencia capaz de explicarnos la realidad. Entretanto, si ustedes no quieren tener problemas hagan como que todo les parece lógico.

Un siglo de muerte

Un matrimonio británico anda haciendo gestiones para que les autoricen a tener un nieto con el semen de su difunto hijo. La ley es contraria a que los cadáveres se reproduzcan, lo que no deja de ser curioso a finales de un siglo en el que todavía gobiernan los hijos de muertos tan ilustres como el marxismo y el existencialismo, o el situacionismo, un suponer. Vuelve uno la vista justo en el instante de colocar el pie sobre la primera baldosa del dichoso XXI y ve a un grupo de *hippies* fantasmales agitando sus pañuelos blancos con la cabeza llena de guirnaldas. Si vas a San Francisco, no olvides ponerte flores en la cabeza, decía

la canción, y aún no hemos logrado averiguar qué tenía que ver una cosa con otra. Vuelve uno la vista, en fin, y ahí están Marx y Lenin despidiéndose atónitos de una Rusia harapienta, entregada al vodka y a la prostitución. Tantos libros, tantos análisis sesudos, tanto movimiento obrero, tanta leche, para encontrarnos al cabo de los años con Bakunin en la cola de una empresa de trabajo temporal dirigida por un señor con barba revolucionaria.

Así las cosas, qué necesidad hay de que los hijos tengan padres. Al contrario, eliminando un eslabón generacional reducimos costos o costes, que nunca sé cómo se dice, y optimizamos la producción y la reproducción, que es el sueño de Superlópez y de cualquier jefe de recursos humanos que se precie. El problema es darle nombre a este nuevo individuo, ya que técnicamente no es un huérfano, ni siquiera un hijo póstumo.

Estamos hablando, pues, de hijos de muertos en el sentido literal de la palabra.

Hasta hoy mismo eso era una figura retórica, un juego literario. Pero en el momento en el que se desregule la reproducción y los difuntos tengan tanto derecho como el que más a procrear, esto se va a llenar de fantasmas, de espíritus, de individuos virtuales como el nieto de esa pareja británica tan luchadora. El siglo XXI será un siglo de muertos o no será. En estas fechas tan señaladas, si no dices una tontería de este tipo, no eres nadie. Personalmente, creo que con esto he cumplido. Feliz año.

Inestabilidad

Nos encontrábamos ya cerca de mi casa, cuando el taxista fue avisado por un colega de que había en nuestro camino un control de alcoholemia. Como resultara imposible dar la vuelta o escapar por una calle lateral, el conductor me confesó que llevaba dos copas, pues había comido con unos amigos de la infancia a los que hacía años que no veía. «¿Y qué quiere que le haga?», pregunté. «Que se ponga al volante — respondió—, como si usted fuera el taxista y yo el pasajero.» Me pareció una propuesta absurda a la que respondí con una sonrisa de desconcierto. Mientras sonreía, vi en sus ojos, a través del espejo

retrovisor, un movimiento de pánico que produjo también en mí alguna inquietud. En cuestión de segundos me puso al corriente de su situación, responsabilizándome del drama familiar que se le vendría encima si le retiraban la licencia. Aunque intenté defenderme, lo cierto es que al cabo de un momento, dada mi debilidad de carácter, estaba al volante del taxi, con el conductor detrás.

Alcanzado el control, un guardia hizo señas de que nos echáramos a un lado. Luego se acercó, me informó acerca de sus propósitos y me pidió que soplara, lo que hice con miedo, pues aunque no había bebido creo que el organismo puede, en situaciones de estrés, producir todas las sustancias existentes. Por fortuna, estaba limpio y me dejaron seguir. Como no era cuestión de detenerse a unos metros del control para realizar el cambio, y dado que mi domicilio se encontraba muy cerca, continué conduciendo hasta el portal,

donde el taxista, tras mirar el contador, sacó un billete, me lo dio, abrió la puerta, salió del coche y se metió en mi casa, todo con una rapidez tal que no fui capaz de reaccionar. Además, apareció enseguida otro cliente que me pidió que lo llevara a toda mecha al aeropuerto. Qué inestable es la realidad, pensé arrancando.

La radio triste

Hay un cuento de Cheever, *La radio triste*, en el que una mujer se hunde en una depresión porque su aparato de radio, debido a una rareza técnica, comienza a captar todas las conversaciones de las casas vecinas. Lo que entristece a esta mujer es la comprobación de que las vidas que le rodean son tan estériles como la suya. Uno necesita creer que hay grietas en la realidad por las que se accede a formas de vida superiores. Los norteamericanos, por ejemplo, acaban de condenar al actor inglés Hugh Grant porque ese chico constituía para ellos una de esas salidas. No le perdonan que se

comporte como todos después de haberle ascendido a los altares. Cada sociedad crea sus santos. En Estados Unidos, los chicos de COU pueden ir al instituto con pistola, pero no deben practicar el sexo dentro del coche porque eso desprestigia mucho, qué le vamos a hacer.

La vida es dura. Yo tengo en casa un teléfono inalámbrico y cuando lo utilizo desde la cocina se llena el auricular de conversaciones ajenas. Y, entonces, me pasa lo mismo que a la mujer de *La radio triste*, que me hundo en profundas depresiones, porque no escucho nada de interés. Todo el mundo tiene un cuñado al que han de operar de una hernia o un hijo que se ha dejado suspender la EGB para fastidiar las vacaciones familiares. Ni siquiera en las conversaciones amorosas hay morbo, porque el lenguaje del amor está tan codificado como el de la tristeza y por más que orientes la antena no consigues escuchar nada que tú mismo no hayas dicho cien veces.

Así que el cuento de Cheever fue en realidad una premonición, porque su *radio triste* está por todas partes. Hoy puedes comprar por cuatro duros un receptor del tamaño de un garbanzo y escuchar lo que se dice en cien metros a la redonda. Lo malo es que todo el mundo dice lo mismo y eso desazona mucho. Y si te niegas a comprar el receptor, da lo mismo, porque la prensa te servirá en primera página los estertores de Hugh Grant, que jadea como cualquiera de nosotros. De manera que no hay salvación, te puedes deprimir, pero sin hacerte ilusiones: tu depresión no será más elevada, ni más profunda que la mía. La vida es dura.

Sin receta

Últimamente veo a mucha gente con perros portátiles o de bolsillo. Son animales encuadrados en piel, pero de un tamaño tan manejable que puedes llevarlos a cualquier parte sin llamar la atención. Y calman la ansiedad tanto como un pastor alemán o un San Bernardo. Todo el mundo necesita compañía, en eso estamos de acuerdo, pero no todo el mundo tiene un piso de doscientos metros o un jardín en el que recluirla cuando te cansas de ella. Por eso están muy bien estas compañías pequeñas, tipo yorkshire, que llegado el caso pueden hacer sus necesidades en el bidé y dormir en una caja de zapatos.

Cada día aumenta más el prestigio de lo pequeño: acuérdense de los primeros teléfonos móviles y compárenlos con los de ahora, que tienen el tamaño de un paquete de tabaco, incluso de un paquete de tabaco *light*, sin que las conversaciones hayan perdido por eso su grado de toxicidad.

Históricamente hablando, fue la industria farmacéutica la primera en darse cuenta de la importancia de lo pequeño. De hecho, las píldoras, que podrían tener el tamaño de un bocadillo, suelen ser diminutas. Y cuanto más pequeñas, mayor es su eficacia. Los ansiolíticos apenas tienen el tamaño de un guisante, pero hacen compañía, le relajan a uno, le ayudan a evacuar las preocupaciones como un diurético de la obsesión, que es de lo que se trata.

El otro día me encontraba sentado a la barra de una cafetería y le oí decir a la señora de al lado que tenía jaqueca. Al

poco metió la mano en el bolso y en lugar de sacar una pastilla, extrajo un caniche venido a menos, un yorkshire quizá. Pensé que se lo iba a tragar con un vaso de agua (sin masticar, rogué mentalmente), pero dejó que correteara un poco por la barra y enseguida lo volvió a guardar más aliviada. Y los dan sin receta. Elmundo es un prodigio.

Guerras de religión

Pongo la radio con cuidado, por si estallara al encenderla, mientras la taza de café da vueltas en el interior del microondas, y entre catástrofe y catástrofe mundial, un locutor nos previene de que el dios Tráfico se ha levantado de mal humor. Quizá no se le ofrecieron suficientes sacrificios durante la semana. El caso es que la M-30 está cortada a la altura de Vallecas y en la M-50 ha volcado un camión lleno de gallinas o de tripas de cerdo dejando absurda la vía de circunvalación. La lluvia, por su parte, ha convertido las calles del centro en una ratonera. El locutor insiste en que deje usted su coche

donde está y use el transporte público.

Dios mío, me digo, esto no es una información, es un parte de guerra. Quizá no me he despertado todavía. Protegiéndome los ojos con la mano izquierda, para que si el aparato revienta no se me incrusten las esquirlas en los ojos, muevo la aguja de la radio en busca de una situación real, soportable, medible, acogedora, y me entero involuntariamente de los atascos de la calle Velázquez, de Serrano, del trombo de la Castellana, del infarto de la Gran Vía. Entonces, continúo diciéndome, la gente no va a trabajar, sino a la guerra.

—Va a trabajar, pero tiene que pasar previamente por la guerra para satisfacer al dios Tráfico, que suele despertarse muy colérico y no se calma hasta media mañana, después de haber devorado a tres vírgenes y cuatro padres de familia, a ver si te enteras.

Me pongo la corbata y camino disciplinadamente hasta la primera

parada del autobús. Bajo la marquesina nos encontramos cuatro o cinco personas. Nadie, excepto yo, se ha dado cuenta de que vamos a la guerra. La gente cree que va a la universidad o a ganarse la vida, o a dejar al niño en casa de su madre. He dicho que estábamos bajo la marquesina cuatro o cinco personas, pero no me he expresado bien: en realidad somos cuatro o cinco bultos. No hay entre nosotros mayor relación que la que se podría establecer entre media docena de sacos de patatas abandonados en la vía pública. Desvío la mirada hacia la acera de enfrente y veo más bultos caminando de acá para allá sin orden ni concierto. Vienen de la guerra o vana ella, según.

El autobús abre sus puertas, accedemos a él y nos reunimos con otros bultos que se desplazan de un lugar a otro del campo de batalla. Algunos de estos bultos, pienso, no regresarán a casa por la noche y dentro de una semana o dos veremos su foto en las estaciones de

tren o en las tiendas de los aeropuertos. Algunos, con suerte, saldrán por la televisión y se harán famosos por haber desaparecido. En la guerra es preciso mantener alta la moral de los combatientes. Los que sobreviven tienen que ver que el Alto Estado se ocupa de los caídos por el dios Tráfico y la patria Tal.

Un movimiento brusco del autobús me lanza contra el bulto situado delante de mí y le pido perdón con una abertura muy práctica que tengo en la parte superior del cuerpo, llamada boca. No me responde. Se trata de un paquete de mala calidad. Vete a saber lo que llevará dentro. No todo lo que está cerrado tiene por qué contener un tesoro. El prestigio de las cosas cerradas es absurdo. A todos nos gusta quitarle la cinta a un regalo, abrir la caja, poner cara de sorpresa... Pero a veces las cajas no tienen más que porquerías. Me pregunto de qué situación histórica procederá el prestigio

de las cosas cerradas y entonces me doy cuenta de que soy un bulto pensante, aunque intransitivo. Todos los bultos son intransitivos dentro del autobús. Para ir a la guerra conviene dejarse en casa los sentimientos, incluso las heridas: al fin y al cabo no las vas a necesitar. En la guerra hay heridas para dar y tomar. La mayoría de los individuos vuelve a casa con siete u ocho cada día.

Los que vuelven, porque he pasado por delante del escaparate de una pastelería donde veo la foto de una chica muy joven, muy joven, con el rótulo de Desaparecida, en la parte superior. No se ha entregado a Tráfico porque lo sabríamos. Debe de haberla devorado otra divinidad: quizá una secta religiosa o una nave extraterrestre. Imagino a su madre yendo de tienda en tienda con la foto, pidiendo permiso para pegarla en el escaparate. Dios mío, me digo, esto es la guerra y no me había dado cuenta hasta esta mañana, al encender la radio y

escuchar el parte que oigo todos los días.
Un día uno se levanta más despierto y
advierde dónde está y estamos en la
guerra, o en la religión (no hay que
olvidar a Tráfico) o quizá en una guerra
religiosa. Viva la Edad Media.

Perro mundo

Al Gobierno chino le ha dado un ataque de gusto literario y nos ha hecho saber que Gao Xinjian, el Nobel de Literatura, es una basura. Nosotros no hemos leído a este señor y no podemos opinar, pero hemos visto las ejecuciones rituales de los presos comunes en China (ligadas al tráfico ilegal de riñones e hígados) y podemos afirmar que el Gobierno chino es, políticamente hablando, una porquería. Con esto no queremos descalificar sus opiniones artísticas. Conocemos críticos literarios, cuya vida personal es un desastre, que sin embargo aciertan en sus juicios. En cualquier caso, los españoles somos

menos duros: aunque no tenemos ningún aprecio por Echeagaray, estamos orgullosos de que le dieran el máximo galardón de la Academia sueca. El premio Nobel, cuando no ayuda a la literatura, ayuda al turismo. No sabemos qué tienen los gobernantes de aquel país en contra del turismo.

Para lo que sí nos ha servido esta reacción china es para darnos cuenta de que finalmente en materia de gustos literarios lo bueno es siempre aquello que nos da la razón. Hay gente que lee asintiendo o negando con la cabeza. Cuando se asiente mucho, el libro es bueno. Cuando no, es malo. Quiere decirse que la literatura viene a ser una terapia de apoyo, porque no pretende tanto curarnos como darnos la razón. Cuando el lector y el crítico sufren la misma patología, el libro será bueno. Lo ideal, para que todos nos lleváramos bien, sería que el reparto de libros en los suplementos literarios los hiciera un

psiquiatra en lugar de un redactor jefe: «Esa novela para ti, que es de un obsesivo, te va a encantar. Y esta otra para ti, que es de un paranoico, etcétera.»

Lo malo es que a veces dan las novelas de los escritores paranoicos a los críticos obsesivos y las de los obsesivos a los paranoicos, y nadie sale contento, como es lógico. Pues eso es lo que ha ocurrido ahora, que le han dado el Nobel a un chino que vive en París y que no es partidario de los campos de concentración. Por eso le ha salido al Gobierno una crítica tan dura. Perro mundo.

Como ahora

Cuando los ordenadores sean tan pequeños que se puedan implantar detrás de una ceja, nos conectaremos a Internet en cualquier momento del día o de la noche y sin que nadie de los que nos rodean se dé cuenta. Así, estaremos en el sofá del salón, viendo aparentemente la tele, pero nuestro cerebro estará jugando con Google Earth, buscando quizá el barrio de una amante, localizando su casa, haciendo un zoom sobre su azotea o sobre la ventana de su dormitorio. Podrá uno ir en el autobús al tiempo que entra y sale de las páginas webs preferidas u odiadas o lee la Wikipedia por orden alfabético. Bastará

un ligero movimiento de la ceja, quizá un pensamiento, para navegar por la Red, pues la Red estará entonces dentro de nuestra cabeza. Parpadaremos y saldremos de una carpeta o de un archivo para meternos en otro sin que a nadie le sea posible revisar nuestro historial ni nuestros correos electrónicos ni nuestras direcciones digitales favoritas.

A lo mejor estará uno junto a su esposa, atendiendo aparentemente al telediario, pero sus neuronas permanecerán enganchadas a una página pornográfica en la que una chica está desnudándose para meterse en la ducha. Y será imposible saber en dónde se encuentra cada uno en realidad. El carnicero te dirá buenos días, buenas tardes o en qué puedo ayudarle, mientras por el interior de su cráneo desfilan imágenes que no podemos ni sospechar. En esa situación, el marido, excitado por lo que tiene dentro de la cabeza, pondrá la mano sobre el muslo de la esposa,

excitada por lo que tiene dentro de la suya, pues los dos se habrán conectado a Internet mientras fingían escuchar a Ana Blanco, y así, cada uno con su página web preferida dentro de la bóveda craneal, se arrancarán la ropa y se revolcarán en el sofá y consumarán una cópula inesperada. O sea, todo exactamente como ahora.

Compañeros de gimnasio

En la mesa de al lado, un hombre le dice a una mujer que si hubiera hecho en una bicicleta real los kilómetros que ha hecho en la estática, podría haber llegado a Estocolmo.

—¿Por qué a Estocolmo? —pregunta la mujer.

—No sé, porque está lejos.

—Porque está lejos, no —responde ella—; hay muchas ciudades que están lejos. Podrías haber dicho Moscú.

—En Moscú hace mucho frío.

—En Estocolmo también.

—No había caído.

—Pues entonces por algo habrás dicho Estocolmo.

—No sé.

—Esfuézate un poco, hombre.

El hombre pide al camarero otro café y piensa, o hace como que piensa.

Al final, dice:

—En mi casa, siempre que se hablaba de un lugar muy alejado, se mencionaba Estocolmo. «Eso está más lejos que Estocolmo», decía mi padre cuando alguien se iba a vivir a una urbanización de las afueras.

—No cuela —dice la mujer.

—¿Por qué no cuela?

—Porque no, porque esa frase no la dice nadie. Se dice el Quinto Pino o donde Cristo dio las tres voces, pero Estocolmo jamás ha sido el paradigma de la lejanía. Continúa pensando.

—No sé, quizá por la Sirenita.

—La Sirenita está en Copenhague.

—Pues yo creí que estaba en Estocolmo.

—No mientas, todo el mundo sabe dónde está la Sirenita.

Mientras el hombre y la mujer

mantienen esta curiosa conversación, intento averiguar los lazos que les unen. No creo que sean un matrimonio. Los matrimonios no hablan tanto. Tampoco amantes. Los amantes pasan poco tiempo en los bares y sólo hablan de sexo o de sus familias respectivas. Tampoco es una conversación de compañeros de trabajo. Qué raro.

—No sé —dice ahora el hombre—. Estocolmo es la capital de Suecia y las suecas eran un mito en mi juventud. Tenían fama de ser muy ardientes. Yo soñaba con tener una novia sueca, pero no conocí en Madrid a ninguna. Durante varios veranos, planeé viajar a Estocolmo con un compañero de la facultad. Pero nos pareció que estaba demasiado lejos. Un año llegamos a Alemania.

—¿Llegasteis a Alemania en bicicleta estática?

—No, mujer, en auto-stop.

La mujer se queda meditando unos segundos. Da un sorbo a su bebida, se

retira la melena, observa a su compañero de mesa con cierta distancia. Alfin, dice:

—Si de verdad es eso, resulta decepcionante.

—¿Por qué va a resultar decepcionante?

—Porque es una vulgaridad. Ponte en mi lugar: alguien te dice que si hubiera hecho en una bicicleta real los kilómetros que ha hecho en la estática habría llegado a Estocolmo. ¿Tú qué piensas?

—Yo no pienso nada.

—¿Cómo no vas a pensar nada? Si es muy misterioso, por favor. Alguien que hace dos horas diarias de bicicleta estática con la fantasía de que está cruzando Europa para llegar a Suecia es, por fuerza, alguien interesante, misterioso, profundo. Imagínate los paisajes que tienes que cruzar, las ciudades que tienes que atravesar, los lugares en los que tienes que dormir... ¿Cuánto se tarda en llegar a Suecia en bicicleta? ¿Cuarenta, cincuenta días? Uno

no puede hacer ese esfuerzo brutal por el simple hecho de que las suecas son ardientes. Tiene que haber otra motivación.

—Lo siento, no se me ocurre. Pero, ya que estamos en ello, dónde imaginas tú que vas cuando caminas en la cinta mecánica.

—Imagino que recorro el pasillo de la casa de mis padres, que era muy largo, y muy oscuro, en dirección a su habitación. Pero nunca llego.

—¿Por qué no llegas nunca?

—Porque la cinta mecánica es como la bicicleta estática: siempre estás en el mismo sitio.

—No puede ser por eso. Si no llegas, será por otra cosa. Quizá por las mismas razones por las que yo no voy a Suecia.

Frente a esta respuesta, la mujer observó al individuo con una intensidad sentimental estremecedora, como si acabara de encontrar al hombre de su vida. Quizá lo había encontrado. Salieron

del bar más juntos de lo que habían entrado, rozándose las manos con disimulo. Deduje que eran compañeros de gimnasio.

El mundo está lleno

Visité en el hospital a una amiga que acababa de tener una niña de la que todo el mundo decía que era muy guapa (sus ojos, su boca, sus manitas...). Para no parecer machista, yo señalé que me parecía una niña muy inteligente. Todo el mundo me miró raro. Al salir del hospital, mi mujer me preguntó por qué había dicho aquella tontería. «Por no quedar como un machista», dije. «Pues has quedado como un idiota», dijo ella. «¿Por qué?», insistí yo. «Porque un bebé no puede ser inteligente, ni tonto, ni simpático, un bebé sólo puede ser guapo o feo, pero cuando es feo se dice también que es guapo, por educación.»

Yo me acababa de recuperar de una trombosis en la que había perdido parte de la información que poseía sobre el mundo. Recordaba que no estaba bien alabar en exceso la belleza de las mujeres (como si carecieran de otras cualidades), pero ignoraba que eso no contaba para los bebés. Un recién nacido también podía tener seis dedos, pero eso no se consideraba tampoco, sorprendentemente, una virtud. Pensé en ello durante la noche, tras tomarme la pastilla para dormir que no me durmió. Para ser inteligente o tonto, deduje, se requería un poco de biografía, aunque no mucha. Apenas los niños empiezan a ir a la guardería, los profesores comienzan a calificarlos de despiertos o de curiosos o de apáticos... Aprenden a ser lo que serán, quizá lo que les ordenamos que sean.

A las dos de la madrugada, y como la pastilla para el sueño continuara sin actuar, pensé que me habían recetado un

somnífero tonto. Guapo, porque tenía buen aspecto, pero tonto, porque no hacía su trabajo. A un somnífero sólo le pedimos que nos duerma y que no nos atonte demasiado al día siguiente. A un recién nacido sólo le pedimos que sea guapo. Bostecé al tiempo de preguntarme en qué consistía la inteligencia e intenté recordar a las personas más inteligentes que había conocido antes de la trombosis. Todas ellas aprobaban por los pelos los test utilizados para medir el talento. Y es que hay (aparte del oficial) muchas clases de talento. De hecho, el bebé (guapo o feo) ha de ser muy inteligente para sobrevivir. Pero no hay inteligencia mayor que la de los que parecen listos siendo tontos. Y de éstos está lleno el mundo.

El tema de mi vida

Me llama desde Valencia un amigo que ha perdido en el quirófano una pierna. Hacía años que no sabía nada de él. Hay amistades que se disuelven de este modo: uno deja de llamar, el otro no responde a su silencio y el tiempo hace el resto. Este amigo y yo planeamos en su día atracar un banco. Sin víctimas, claro, somos así de flojos. La primera condición que pusimos es que no hubiera muertos o que, de haberlos, fuéramos nosotros. Eso significaba que debíamos atracar el banco con pistolas de juguete: un golpe de verdad con armas de mentira. O un atraco falso con resultados verdaderos. Ya saben que me fascina esta

relación entre lo fingido y lo real.

Acabo de leer, por cierto, que el 25% de los licenciados rusos exhiben títulos falsos con los que ejercen profesiones auténticas. La cuarta parte de los universitarios de aquel país no son universitarios, pero resulta imposible distinguirlos de los que sí lo son. Me entero de que más de setenta ingenieros de una fábrica de aviones situada en Siberia eran falsos. Pero los aviones volaban realmente. Todavía surcan los cielos. Ese aparato que pasa ahora por encima de su cabeza podría haber sido construido por los ingenieros en cuestión. Por 5.000 dólares, en Rusia, consigues un diploma de una carrera sin prestigio (no sé, Filosofía, Literatura, Antropología). Para ser alguien de verdad (médico, empresario, economista) has de aflojar entre

20.000 y 40.000 dólares. El título más falsificado (y quizá el más barato) es el de Derecho. El reportaje decía que el 30% de

los policías rusos trabajaban gracias a una titulación falsa. El problema de los policías falsos es que detienen como los de verdad, del mismo modo que los jueces falsos te llevan a cárceles auténticas. Un dato más: la ganadora del Premio Mejor Profesor de Rusia fue, en 2007, Marina Petrova, cuyo título era falso también.

El hecho de que la mejor profesora fuera una impostora da que pensar, pues tiene cierta lógica. Un catedrático falso ha de esforzarse más que uno verdadero, para que no se le note. Lo que sucede al final es que lo falso resulta más eficaz que lo auténtico en todos los terrenos. Yo he ido a consultas médicas de gente que ha estudiado en Estados Unidos y me han despachado en minuto y medio, de mala manera, como si uno fuera un trapo. La mayoría de los médicos verdaderos (no se amontonen: quien dice médico dice abogado, traductor o sastre) son una peste: meros expendedores de

recetas. Los falsos, en cambio, te dedican media hora, como si fueras un ser humano, y además no paran de formarse, de estudiar, para compensar su carencia. Si yo tuviera que ir en Rusia al ginecólogo (es un decir) elegiría al que ha conseguido el título en el mercado negro, por razones obvias.

Venía todo esto a cuenta del atraco que planeábamos mi amigo, el de la pierna amputada, y un servidor de ustedes. Dimos al asunto del atraco tantas vueltas teóricas que nos quedamos sin fuerzas prácticas. Ahora tengo mi cuenta en la sucursal que pensábamos asaltar y quien me atraca a mí todos los meses es el banco, a base de comisiones, intereses y céntimos que parece que no van a ningún sitio. Lo primero que ha de aprender un banquero es a asaltar al personal. Tampoco es tan extraño: piensen que muchos de los que poseen el Premio Nobel de la Paz tuvieron que asesinar previamente a mansalva. Les

dan el premio por eso, por dejar de matar.

Pues bien, me llama este antiguo compañero de atracos imaginarios y me cuenta que ha perdido en el quirófano una pierna (por ir a un cirujano verdadero, me dan ganas de decirle).

—¿Desde dónde? —pregunto tontamente.

—Desde la mitad del muslo —dice él.

La noticia me impresiona, claro. Le pregunto entonces si puedo ayudarle en algo y dice que sí, que necesita dinero para la prótesis. Al día siguiente le hago una transferencia. ¿Se la hago por amistad? No estoy seguro. Creo que es un modo de agradecer al destino que se haya fijado en su pierna y no en la mía. O, sea, puro egoísmo, pura mezquindad, todo en esta vida es muy sórdido, qué le vamos a hacer. El caso es que a los dos meses he de viajar a Valencia para una cuestión de trabajo y le llamo por teléfono. Salimos a cenar y no le noto

nada raro al andar.

—Es que estas prótesis alemanas son fabulosas —dice él.

Como no tengo el valor de pedirle que me la enseñe, hago como que me lo creo. Pero vuelvo a Madrid cabreado, con la sensación de que me ha sacado con una pierna artificial falsa (¿parece o no parece una redundancia?) una pasta verdadera. O sea, el tema de mi vida.

Disculpen las molestias

Una vez vi morir a un anciano desde la habitación de mi hotel. Había llegado a aquella ciudad para pronunciar una conferencia. Mi ventana daba a una estrecha calle del casco antiguo. Al correr las cortinas vi, en el edificio de enfrente, un dormitorio iluminado con una lámpara desnuda. En una cama adosada a la pared agonizaba un hombre mayor rodeado de su familia: una hija, supongo, y un hombre a quien tomé por el marido de ésta, además de un nieto de unos quince años que entraba y salía con gesto de aburrimiento. Corrí de inmediato las cortinas y me retiré hacia el interior, temeroso de ser sorprendido

violando aquella escena íntima. Luego, mientras me duchaba, la repasé una y otra vez hasta que me pareció el producto de una alucinación. Tras ponerme algo encima, volví a mirar y confirmé que en la casa de enfrente se asistía a un deceso con la mirada neutra con que se espera que el microondas caliente el café.

La ventana carecía de visillos y la luz encendida era un reclamo para la contemplación de la agonía, pero no les preocupaba la posibilidad de dar el espectáculo. Parecía que el anciano se moría todas las tardes, de otro modo no podía entenderse la sencillez con que le levantaban la cabeza para ayudarle a respirar mientras hablaban entre sí con el gesto que empleamos para referirnos a las cosas banales. A media tarde, llegaron más parientes que quizá habían sido avisados de la proximidad del fin.

Entraron en la habitación y contemplaron al viejo con respeto,

aunque sin expresión de dolor. En un momento dado, apareció en el umbral de la puerta un gato que se escondió debajo de la cama. Poco antes de que vinieran a recogerme para llevarme al lugar de mi intervención, el anciano expiró.

Empecé la conferencia relatando este extraño caso sin lograr conectarlo al tema que había preparado, por lo que provoqué en la audiencia un desconcierto incómodo. A mí, sin embargo, me parecía tan significativo que durante la cena volví a hablar de ello sin conseguir interesar a mis anfitriones. De esto hace un año y aún no he dado con un contexto en el que la historia tenga algún sentido. Así que he decidido escribirla para librarme de ella. Disculpen las molestias.

Metales no ferruginosos

Un tío mío que falleció hace poco, a los noventa años, con las funciones un poco perturbadas, se pasó los últimos meses de su vida contando a quien quisiera oírle que había sido espía. La familia, sobre todo la familia política, se reía mucho de aquella ocurrencia, y cuando le pedían detalles, describía con sorprendente precisión un hotelucho de París, ciudad a la que nunca había viajado, donde por lo visto pasaba información (nunca nos dijo sobre qué) a una secretaria inglesa que trabajaba a su vez para los rusos. Le hacía dudar a uno. Todavía tengo en la cabeza la descripción de aquella mujer flaca y tocada

eternamente con un sombrero de ala ancha, que respondía al sobrenombre de Leo. Mi tío pensó en abandonar el espionaje alguna vez, pero eso significaba dejar de ver a Leo, de quien se había enamorado.

Acabo de leer en el periódico que Melita Norwood, una anciana inglesa de ochenta y siete años, fue espía del KGB. Lo ha contado un chivato ruso en un libro de memorias. Lo más probable, pienso yo, es que la pobre Melita ni siquiera se acuerde a estas alturas de aquella actividad. No es raro que en la vejez se olviden las cosas que han sucedido y se recuerden en cambio las que no ocurrieron jamás. Esto es lo que le pasaba a mi tío, que recordaba sucesos irreales. Al leer, sin embargo, la noticia de Melita Norwood y ver su foto en los periódicos no he podido dejar de preguntarme si no sería ella el contacto con el que mi tío se encontraba en las afueras de París. La realidad y la ficción se anudan a veces de este modo

sorprendente. Por otra parte, de Melita se dice que era secretaria de la Asociación Británica de Investigación de los Metales no Ferruginosos. Y eso sí que no hay quien se lo crea, aunque sea verdad. ¿Cómo va a haber una institución dedicada al estudio de los metales no ferruginosos? Si a un escritor se le ocurre meter en una novela una asociación de este tipo los lectores le abandonan en el primer capítulo. Resulta más verosímil lo de mi tío, aunque fuera mentira. Aunque fuera mentira, me repito, observando la foto de Melita Norwood. Pero ¿lo fue?

El cerdo

La realidad global está llena de contradicciones. Comprar unos vaqueros, por ejemplo, constituye un acto de explotación a distancia, pues lo más probable es que hayan sido confeccionados en un sótano roto por una anciana que trabaja quince horas diarias a cambio de dos duros. Sin embargo, jamás hubo tantas organizaciones a través de las cuales apadrinar (por dos duros también) a un niño africano que llevará gafas gracias a ti, aunque nunca te vea. Lo difícil es dar con la proporción entre los pantalones que puedes comprar y los niños que debes apadrinar para mantener el

equilibrio ecológico del alma. Nunca el mercado de la buena conciencia estuvo tan surtido, pero nunca fue tan difícil saber si es más rentable para la salvación personal teleapadrinar a un preso político o comprar tarjetas de la Unicef. Quizá lo mejor fuera tirar por la calle de en medio y armar un lío como el que vimos en Seattle la semana pasada, aunque ya no tengamos edad.

A veces, compras para tu hijo pequeño un cuento lleno de valores democráticos y cuando llegas a casa te das cuenta de que la manipulación de ese material didáctico se ha llevado a cabo en Taiwán, por un esclavo de seis o siete años. Puedes, para aliviar la culpa, domiciliar en tu banco el tratamiento de un leproso hindú o de un sudanés con escorbuto. Pero no hay quien te quite el sabor amargo, el retrogusto, que diría un enólogo, de educar a tu hijo con libros en cuya encuadernación se ha dejado las yemas de los dedos un niño de su edad.

Es imposible dar un paso, en fin, sin perpetrar una miseria o, lo que es peor, sin ejercer la caridad, la pena.

Toda esta confusión se resume en un anuncio de prensa que estos días me ha llamado la atención. «Le criamos su cerdo», dice. Y es verdad, lo crían, lo matan, y te envían sus partes por una mensualidad inferior a la que normalmente daríamos a una ONG. Ese cerdo, al que nunca veremos la cara porque está globalizado, somos nosotros mismos. Habría sido imposible hallar una metáfora mejor del mundo. Amamos a distancia, matamos a distancia, y nos devoramos unos a otros a través del mercado global. Hemos vuelto al canibalismo sin haber llegado a salir de él. ¿Qué hacer?

La realidad es una pesada

Estaba en el bar, tomándome el gin-tonic de media tarde sin meterme con nadie, cuando mi atención fue requerida por una policía municipal que, al otro lado de la cristalera del café, parecía buscar apoyo en una señal de tráfico. Lo primero que vi fue su pistola. A continuación reparé también en su melena, pues se había quitado la gorra, que sostenía en una mano (no viene a cuento cuál). Me pareció que había en el conjunto algo que desentonaba. Agucé mis sentidos y me pareció que la mujer lloraba. No puede ser, me dije, dando un sorbo al gin-tonic. ¿Qué rayos hace una policía de uniforme llorando en medio de

la calle? Aparté la mirada y seguí con mi monólogo interior, pues al tercer o cuarto sorbo del gin-tonic suelo ponerme muy hablador conmigo mismo. Me digo y me contradigo con una rapidez y un ingenio de los que ya me gustaría disfrutar en la vida real.

Cada poco, y a mi pesar, volvía la vista a la calle, para ver si la policía había desaparecido. Pero allí continuaba la mujer, y cada vez era más evidente que lloraba. Ahí estaba, con su pistola, con su porra, con su uniforme, y echando unas lágrimas que intentaba ocultar fingiendo que tosía. Salí a la calle, porque no era cuestión de cerrar los ojos sin sentirse mal y me acerqué a la chica (la llamo así porque era muy joven).

—¿Le ocurre algo, agente? —pregunté manteniendo la distancia de seguridad.

—Nada —dijo con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Si no le ocurriera nada —añadí de manera poco amable—, no estaría

llorando a lágrima viva en medio de la calle.

La agente se sorbió los mocos, miró a su alrededor para comprobar que estábamos solos y confesó que acababa de recibir una llamada que la había trastornado un poco.

—¿Qué clase de llamada? —pregunté con un tono de interrogatorio policial completamente involuntario.

—Se trata de un asunto personal —dijo ella.

—Pues si no puedo hacer nada por usted —concluí un poco molesto por su reserva—, vuelvo al bar.

—Sí, sí, déjeme, por favor. Se me pasa enseguida.

Me di la vuelta pero, antes casi de que comenzara a andar, la policía me llamó, confesándome que acababan de confirmarle por teléfono que iba a ser madre. Su petición de adopción había sido aceptada después de más de dos años de burocracias.

—Es usted el primero en saberlo —

dijo.

Me pareció una responsabilidad excesiva. Yo estaba tomándome mi gin-tonic de media tarde, sin meterme con nadie, como he señalado al principio, y no tenía por qué aguantar estas embestidas de la realidad. La realidad, maldita sea, nos persigue a todas partes. Tendrían que abrir espacios libres de realidad del mismo modo que hay espacios libres de humos. Yo no tenía ningún interés en ser el primero en saber que aquella chica iba a recibir a un bebé en adopción. Ni el segundo, ni el tercero. Yo sólo quería tomarme un gin-tonic tranquilamente, construyendo diálogos imaginarios y brillantes en el interior de mi cabeza. De todos modos, no fui capaz de reprimirme y pregunté si había sido niño o niña.

—Niña —dijo la policía—, mírela si quiere.

Yo no quería mirarla, pero la mujer había sacado ya el móvil para mostrarme la foto de su hija, que acababan de enviarle por *sms*. Se trataba de una cría

vietnamita muy graciosa, la verdad.

—Tiene nueve meses —dijo la agente.

—Lo que dura un embarazo —dije yo por decir algo (en la realidad no soy tan ingenioso como en mis fantasías).

—¿Ha avisado ya a su marido? —añadí.

—Está de viaje y tiene el móvil desconectado, por eso ha sido usted el primero en conocer la noticia.

Me sentí como un taxista al que se le pone una mujer de parto dentro del coche. Yo estaba, en ausencia de personas más próximas, y contra mi voluntad, ayudándole a parir la buena nueva. Por mi gusto, habría roto el cordón umbilical entre la policía y yo en aquel instante. Pero me faltó valor, de modo que la invité a entrar en la cafetería para reponerse.

—No puedo beber nada —dijo—, porque estoy de servicio.

Pedí agua para ella y otro gin-tonic para mí. También pedí un vaso vacío en el que puse un poco de mi consumición,

para celebrar el suceso.

—Brindar con agua —dije— da mala suerte.

Elevamos los vasos y ella apenas mojó los labios. Luego regresó a su territorio —la calle— dejándome un poco trastornado.

Un ataque de sentimentalismo

En el salón del hotel rural donde pasé el fin de semana había una especie de libro de firmas en el que la gente escribía unas frases y estampaba su nombre. Mientras esperaba a mi mujer, que se había quedado en la habitación, arreglándose para salir a cenar, me senté en una butaca de orejas, tomé el libro, y leí algunos de estos mensajes. Por lo general, eran estupideces acerca de lo feliz que se había sido en aquel lugar. Abundaba la fórmula: «En este hotel me reencontré con mi esposa» (o con mi marido).

También se hacían numerosas alusiones al paisaje en el que estaba situado el hotel, que era de un pintoresquismo algo tópico: se encontraba al lado del mar, cerca de un acantilado en el que daban más ganas de suicidarse que de ser feliz (a mí al menos). Muchos huéspedes aludían a los desayunos, donde abundaba la bollería supuestamente casera. Una colección, en fin, de lugares comunes propia de gente convencida de que hay algo verdadero en los lugares «con encanto».

En esto, al pasar una página, mis ojos tropezaron con la firma de mi ex mujer. Había escrito una nota en la que daba las gracias a la dirección del hotel por haberla ayudado a ser feliz con Antonio. Hacía años que no sabía nada de Julia y me hizo gracia que me llegaran noticias suyas de este modo. Era forense y me dejó por un endocrino (Antonio). Su vida, como se ve, eran las vísceras. Yo soy dermatólogo. Detesto las

profundidades, siempre me quedo en la superficie de las cosas. Eso nos separó. Cuando llegó mi mujer, cerré el libro y exageré mis muestras de admiración por lo guapa que se había puesto para disimular mi turbación. No le conté nada del encuentro que acababa de tener con mi pasado.

Lo cierto es que durante toda la noche estuve dándole vueltas a la historia. No creo en el destino ni nada semejante, pero me parecía una casualidad excesiva aquel encuentro. Normalmente no voy a sitios con encanto, los detesto por lo que tienen de decorado. Me encontraba allí porque mi mujer se había empeñado en que celebráramos de ese modo nuestro aniversario. Le di el gusto por no discutir y metí un par de novelas policíacas en la maleta, para pasar el trago. También era raro que hubiera caído en la tentación de mirar el libro de firmas. No contienen más que un cúmulo de estupideces. No entiendo que

personas sensatas y maduras caigan en la sensiblería de exponer sus sentimientos (nada originales por cierto) a la vista del que quiera verlos. Todo era muy raro, en fin.

Cuando mi mujer se durmió, bajé al salón del hotel y tomé de nuevo el libro de firmas. Busqué la nota de Julia y la leí tres o cuatro veces. Comprendí entonces que lo que me había llamado la atención era que había en ella algo de despedida de la vida. Agradecía haber sido feliz con Antonio, pero al modo del que ya no lo será más. Leyendo sus palabras con atención, se advertía en ellas una amenaza, como si estuviera desahuciada ya que el viaje hubiera constituido su despedida de la existencia. No soy una persona con imaginación, de modo que era difícil que me montara una novela de estas características si la realidad no me daba pie para ello. Los médicos conocemos bien las perífrasis que se utilizan para decirle a alguien que se va

a morir, incluso para decirnos a nosotros mismos que vamos a morir, y la frase de Julia en aquel absurdo libro de firmas olía a necrológica. De modo que allí estaba yo, a las tres de la mañana, en una puta casa con encanto, leyendo el epitafio de la que había sido mi primera mujer. Tuve un momento de debilidad, quizá una bajada de azúcar, y me eché a llorar. Mis lágrimas cayeron sobre las letras de Julia y corrieron la tinta, lo que me pareció una profanación. Una profanación, me repetí a mí mismo entre hipidos, qué estupidez. No sé lo que es una profanación. No había habido hasta entonces nada que no me pareciera profanable. No había llorado desde que era pequeño. No había tenido aquel ataque de sentimentalismo jamás. ¿Qué me estaba ocurriendo?

No sé lo que me estaba ocurriendo, pero lo cierto es que tomé el bolígrafo y me puse a escribir en el maldito libro una

nota de agradecimiento por haberme puesto en contacto de súbito con mi pasado. Bueno, empezó siendo eso, una nota de agradecimiento, pero al final se convirtió en una carta en la que fui capaz de decirle a Julia todo lo que había sido incapaz de decirle, Dios me perdone, durante los años que habíamos estado casados. Me despedí de ella, en fin, de un modo decente, y al amanecer me metí en la cama. Me desperté al mediodía y vi una nota en la que mi mujer me decía adiós: había leído mientras desayunaba el maldito libro de firmas. No somos nadie.

Viva la simbiosis

Leo en este mismo periódico un excelente reportaje sobre las bondades de la basura, que está en peligro de extinción no ya por la manía que tenemos de llevárnosla a la boca, sino porque se ha descubierto que la porquería de algunos constituye un tesoro para otros. Lo que hace falta ahora es crear una red de tuberías que comuniquen los vertederos ahítos con las despensas hambrientas para no desperdiciar nada, nada. Lo que es malo en tu ecosistema resulta un manjar en el de tu primo. El problema es, pues, de canalizaciones y no de asco, como se podría pensar. La bilis es un líquido verdoso más bien

repugnante, pero a los chinos les quita los dolores de cabeza y el picor de ojos.

Por eso tienen unos siete mil osos con una cánula por la que les sacan la bilis y la conducen al mercado. Como los osos tienen la manía de arrancarse la cánula, los chinos, que pertenecen a una cultura milenaria y todo eso, se han visto obligados a inmovilizarlos durante los veintidós años que dura la producción de bilis en un sujeto normalmente constituido. Ahora, Brigitte Bardot, entre otras, ha logrado que los chinos empiecen a liberar osos, así que no sabemos qué van a hacer los chinos con la conjuntivitis. A lo mejor se ven obligados a ejecutar más presos comunes para ver si alguno de sus jugos les sirve de colirio. A estos presos, debidamente fusilados, les sacaban ya el hígado y los riñones, que están más caros, si cabe, que la bilis. Los chinos tienen una infraestructura ejemplar de conducción de basura orgánica con la que equilibran

la balanza de pagos, como es lógico.

A veces hay problemas para dirigir la basura orgánica al usuario adecuado y se hace preciso establecer una normativa. En Alemania, aun sin ser una cultura milenaria, le acaban de denegar un trasplante cardiaco a una turca por no saber alemán.

—Al haber menos corazones que peticiones —han dicho los médicos—, tenemos que establecer unos criterios de selección.

Los criterios de selección se hacen a base de basura mental debidamente reciclada, para que resulte intelectualmente comestible. Hay gente que se encarga con gusto de establecer esos criterios. La noticia no decía si le habían pedido a la turca la tabla de multiplicar, pero si disminuyen los residuos orgánicos y aumentan las solicitudes habrá que llegar a ello, digo yo dentro de mis limitaciones, pues no pertenezco a una cultura milenaria ni

nada parecido. Lo raro, con todo, es que le hayan pedido a la paciente turca hablar alemán, cuando lo normal, en las ETT al menos, es que te pidan inglés. Ya no sabe uno qué idioma estudiar. Los que son buenos para jefe de departamento son malos para las enfermedades coronarias. Lo ideal sería aumentar el número de ejecuciones (en China, claro está). Después de todo, si algo les sobra a los chinos son chinos, etcétera.

En culturas menos milenarias, como la cultura militar chilena, valga la contradicción, prefieren comerse sus propias inmundicias antes que alimentar con ellas los juzgados. El sueño de los generales sería colocar una cánula que fuera desde el ano de la institución castrense o castrante hasta su boca, para crear un circuito cerrado de mierda. De hecho, frente a la oportunidad que les ha dado la justicia de depurar responsabilidad, y que los jugos de esa limpieza orgánica se canalizaran hacia

fuera del Ejército, ellos han manifestado que prefieren la septicemia a la depuración. Eso, al menos, es lo que ha venido a decir, delante del mismísimo Ricardo Lagos, que es el presidente de la nación, el general Ricardo Izurieta, que es el jefe del Ejército. Seinfeld, el protagonista de la serie homónima de Canal+, dice que él, cuando saca a pasear al perro, recoge los excrementos en una bolsa de plástico, como está mandado. Si un extraterrestre, añade, pudiera ver la escena, pensaría, lógicamente, que el que manda es el perro. Ésa es la pregunta del millón: ¿quién manda?

Sea, en fin, para alimentar a otros o a uno mismo, lo importante es que el debate sobre las basuras está sobre la mesa. ¿Qué hacer con el resultado de la digestión de nuestros alimentos, de nuestras ideas, de nuestras culturas milenarias? La respuesta está en el reportaje mencionado al principio: «Hay que cambiar las relaciones de mercado

por las de simbiosis.» Arriba, pues, la simbiosis. Y viva la fotosíntesis. ¿Cuándo nos llevará el Señor?

Demagogia en vena

Como la droga está prohibida, el Gobierno ha habilitado unas salas para que usted se pinche sin temor a ser detenido y con todas las garantías higiénicas. Dado que desde el punto de venta ilegal a la narcosala legal hay setecientos metros, las autoridades están dándole vueltas también a la idea de poner unos todoterrenos a disposición de los usuarios. En las salas de venopunción (así las llaman) habrá además personal especializado en analizar la droga ilegal que usted acaba de adquirir sin problemas, para decirle si está adulterada o no y en qué grado, de modo que usted sepa si corre peligro de muerte al

inyectársela. En tal caso, no se la cambiarán por otra, pues se supone que usted ya es mayor para decidir por sí mismo si se la pone y muere o si sale en pleno mono a dar un tirón de mil duros para comprar otra dosis con menos arsénico. A todos nos parece mal que la droga se mezcle con matarratas o con mármol pulverizado, pero de eso no tiene la culpa nadie: es un efecto secundario de la prohibición. El caso es que no se puede medir su calidad hasta después de adquirida porque hacerlo antes significaría vulnerar la ley. No intente usted entenderlo. Se impone el tirón, en fin, o el atraco a punta de navaja, que aunque también están prohibidos son más rápidos que hacer las cosas bien.

La droga es una mercancía muy curiosa en el sentido de que siendo completamente ilegal circula por todas partes, y en unas cantidades sorprendentes. Muchos piensan que se

podría legalizar para que circulara menos sin tener en cuenta que la droga mueve aproximadamente un tercio de la realidad. Legalizarla significaría ilegalizar de hecho la tercera parte de la realidad. Treinta partes de cada cien. A ver quién se atreve.

Si te pones a pensarlo, son más las cosas prohibidas, pero toleradas, que las obligatorias, aunque inalcanzables. Si uno cae, por ejemplo, en la

ingenuidad de leer la Constitución, y de creérsela, advertirá enseguida que tenemos derecho a un montón de cosas que no existen. Pensemos en la cantidad de gente que carece de un trabajo digno o de una vivienda digna, aunque dispone de narcosalas desinfectadas para meterse heroína por un tubo. Lo curioso es que la heroína no aparece por ninguna parte en la Carta Magna (así la llaman) ni como obligación ni como derecho. Y quien habla de la vivienda o del trabajo, puede hablar de la sanidad también, pues hay más colas para operarse que para pincharse. Y de momento se muere más gente en las listas de espera que en las salas de venopunción.

Con todas estas contradicciones se podría escribir un artículo demagógico estupendo si la realidad no se le hubiera adelantado a uno. La realidad es muy demagógica, en fin. Busca votos más que soluciones. La realidad consigue que el invento de las narcosalas pase por una

acción progresista cuando es algo así como prohibir la atmósfera, pero habilitar espacios legales para consumir el oxígeno previamente prohibido. Y lo cierto es que cuele. ¡Qué autoridades más tolerantes tenemos!, se dice uno a sí mismo, cuando no hacen otra cosa que premiar con la mano izquierda lo que castigan con la derecha. Así, mientras hablan de las bondades del empleo fijo con una boca, aseguran con la otra que hay que flexibilizar el mercado de trabajo (así lo llaman). Y al mismo tiempo de declararse partidarias de la sanidad pública contratan médicos condenados por traficar con enfermos entre el ambulatorio y la consulta privada.

La realidad tiene muchas bocas, de manera que puede decir con cada una lo que quiera llevando razón puntualmente con todas. El otro día la pantalla del aeropuerto de Barajas anunciaba que ya había salido un vuelo que continuaba en tierra. Eso es lo que uno llama una

pantalla demagógica. Los pasajeros estaban atónitos porque uno tiende a creer más en las pantallas que en su propia percepción de las cosas. A mí me dicen por la megafonía que mi vuelo ha salido, aunque ni siquiera se haya embarcado, y pienso que lo he perdido por mi culpa. La realidad siempre cuenta con el sentimiento de culpa de los otros, aunque ella es completamente amoral cuando no descaradamente obscena. Quiere decirse que uno no está contra las narcosalas, sino contra el absurdo. O sea, que por una parte están bien, aunque por otra son una locura. Lo malo es que a los que nos ganamos la vida con la demagogia nos la han puesto más cara que la heroína. Casi preferiríamos que la prohibieran con una mano para incitar a su consumo con la otra. Todos tenemos derecho a vivir. Lo dice la Constitución.

Pollo asado

Recuerdo, como si hubiera sido ayer, la primera vez que vi un pollo asado: estaba dando vueltas en un asador, junto a otros compañeros de infortunio, y supe que se trataba de eso, de un pollo asado, porque lo había visto dibujado mil veces en las historietas de Carpanta. Carpanta era un hambriento de tebeo que vivía debajo de un puente y que siempre soñaba con pollos asados. Su creador, José Escobar, acaba de morir sin conocer seguramente la influencia que en la imaginería de toda una generación tuvieron sus pollos asados.

El pollo asado pasó del tebeo a la realidad gracias a los piensos

compuestos. Hasta entonces había sido una comida de ricos, porque sacar un buen pollo adelante era tan caro como proporcionar una carrera universitaria a los hijos. O sea, que lo que yo conocí, más que un pollo propiamente dicho, fue la bisutería del pollo. Con los piensos compuestos alcanzaban la adolescencia en quince o veinte días, pero no sabían igual que los que crecían lentamente; eso decía mi padre, pero yo no puedo dar fe de ello porque nunca me llevé a la boca un pollo de crecimiento lento. Para mí lo importante es que se parecieran a los que soñaba Carpanta, y tengo que reconocer que estaban calcados. Sin embargo, no todo fue felicidad con la popularización del pollo asado, porque no nos podíamos comer la piel, que era lo que más me gustaba, ya que —según mi padre también— en la piel se depositaban las hormonas que engordaban a estos bichos. Por lo visto, si te comías la piel, te crecían las tetas. Pasé la mitad de mi

adolescencia bajo el terror de que me crecieran las tetas por culpa de esta afición mía a la piel churruscada del pollo. Qué vida.

La noticia del fallecimiento de José Escobar me ha traído a la memoria recuerdos sorprendentes. No sabemos de qué manera nos determinan las imágenes de la infancia. Yo acabo de entender por qué, cuando salgo del baño, todavía me miro los pechos con temor: porque no he perdido la afición a la piel.

Leer entre líneas

A la vista del reglamento del servicio militar aprobado la semana pasada por el Consejo de Ministros, no es nada raro, la verdad, que los objetores de conciencia se reproduzcan como hongos. Según tal reglamento, no se podrá ordenar a los soldados la realización de actividades ajenas al servicio, ni se estará obligado a obedecer órdenes que vayan contra la Constitución o las leyes vigentes. ¿Cómo se va a meter uno en un sitio en el que es necesario explicitar que no se deben hacer cosas contrarias a las leyes o a la Constitución? ¿Acaso hasta la aprobación de ese reglamento era normal que te mandaran hacer cosas ajenas al servicio o

contrario a las leyes y te tenías que aguantar?

En cuanto al saludo, el nuevo reglamento dice que en lugares de trabajo o encuentro frecuente, los soldados sólo deberán saludar a sus superiores la primera vez que coincidan con cada uno o cuando se dirijan a ellos. A mí me parece que esto es de sentido común, vamos, que no es necesario escribirlo. Lo malo de convertirlo en norma escrita es que proporciona una visión tan absurda del servicio militar que no es raro, ya digo, que los jóvenes pregunten enseguida que dónde se objeta. Por lo visto, en este reglamento se ratifica también que la asistencia a los actos religiosos será voluntaria. ¿Por qué se ratifica? ¿Es que hay cuarteles donde todavía no se había entendido que no se puede obligar a nadie a acudir a misa?

Lo normal es que la aprobación de esta normativa consiga el efecto contrario al deseado, porque la gente sabe leer

entre líneas lo que los autores de la norma han escrito entre líneas. Y lo que han escrito resulta francamente desolador. Además, uno sabe que no hay norma capaz de enmendar la falta de sentido común. O sea, que si lees ese reglamento como si fuera el negativo de la realidad imperante te quedas de piedra. En cierto modo, es muy literario porque dice las cosas sin decirlas. Gracias a él, sabemos cuál es el verdadero estatus del soldado. Las reclamaciones, como siempre, al maestro armero.

La muerte a plazos

Una mujer estuvo muerta en su piso durante tres años sin que nadie se diera cuenta, ya que su banco continuó pagando los recibos de la comunidad, de la luz, y quizá las letras del televisor o de la lavadora. En otras palabra, que al cadáver le funcionaban las constantes vitales. Antes te daba un *shock* hepático, pongamos por caso, y te quedabas en el sitio. Se podía vivir sin otros órganos, pero sin hígado no podías ir ni a la esquina.

Ahora, hasta que no entra en crisis la cuenta corriente, no das electroencefalograma plano. Es como un riñón a distancia que te tiene enganchado

a la realidad con la eficacia de un respirador. Quienes creen en ella vivirán, aunque estén muertos.

Para los fallecidos tiene que ser incómodo continuar ligados a la existencia a través de la sucursal bancaria, aunque conozcan mucho al director y sean amigos de la cajera. Llega un punto en que lo que a uno le apetece es descansar y dejar, en fin, de bombear sangre o dinero al cuerpo místico. Estremece esta inercia económica, este último y prolongado estertor de la cuenta corriente empeñada en liquidar las cuotas del microondas o del entierro a plazos. Una de las ventajas de morirse es que puedes decir ahí os quedáis con toda tranquilidad. Sólo faltaba que nos tuviéramos que ir al otro mundo con las preocupaciones de éste: que si el grifo de la cocina gotea, que si el niño tose, que si la televisión hace rayas... Todo eso se va al carajo, con perdón, cuando uno la palma. ¿Por qué, pues, tienen que

continuar palpitando la supercartilla del Santander o el libretón del BBV como un corazón delator? Pues porque se han convertido, pese a quien pese, en una función vital. O sea, que si no tienes movimientos bancarios, estás muerto, aunque te encuentres bien.

De hecho, el caso contrario al de la señora de la noticia es el de un individuo que se quedó en paro a los cincuenta y tras consumir sus ahorros con la minuciosidad con la que un cuerpo en huelga de hambre agota las grasas acumuladas en el pánículo adiposo, fueron las autoridades y lo sacaron de su casa sin dirigirle la palabra, como a un difunto.

—Pero si estoy vivo —gritaba él.

Y en cierta medida lo estaba: sus riñones drenaban bien, su estómago aullaba de hambre tres veces al día, su sangre repartía el oxígeno por todas las células del cuerpo... Pero la cuenta corriente, esa vesícula infame, había

dejado de bombear dinero al torrente social. Se trataba de un zombi, en fin, al que hasta sus vecinos rehuían por miedo al contagio.

Así que no es fácil distinguir a los muertos de los vivos. Estamos todos muy mezclados. A veces, vas en el autobús o en el metro, observas los rostros de la gente y no es fácil adivinar que esa señora de ojos chispeantes, por ejemplo, acaba de sufrir un infarto bancario y está más muerta que viva, aunque continúe yendo de un lado a otro por la inercia de ir de acá para allá. Mientras que ese vecino del que no tenemos ninguna noticia desde hace más de tres años se encuentra completamente fallecido en su bañera, aunque nos engañen sus parpadeos bancarios.

Creo recordar que hace un par de años, también en Madrid, falleció una señora asomada a la ventana y estuvo varios días así, observando la calle con su mirada vacía de opinión hasta que a

alguien le pareció raro que no cambiara de postura. El movimiento, como vemos, es muy importante para saber si alguien ha muerto o no. Y la señora a la que nos venimos refiriendo desde el principio tenía muchos movimientos bancarios. La antigua enciclopedia Espasa, en su artículo muerte, explicaba que para asegurarse de que alguien había fallecido convenía aplicarle un espejo a los labios, o una cerilla encendida al dedo gordo del pie. Si se empañaba el espejo o el dedo reventaba después de haberse hinchado como un globo, es que el cadáver estaba vivo. En la actualidad, habría que aplicar el espejito o la cerilla a la cuenta corriente. Es más, hoy día una buena autopsia no debería conformarse con el análisis de las vísceras, sino que debería hurgar en la situación patrimonial del muerto, en el caso de que la situación patrimonial no sea directamente una vejiga.

Por todo ello, lo ideal es que la muerte

clínica y la económica coincidan en el tiempo, incluso en el espacio. Lo contrario no hace más que crear problemas. Ahora bien, mientras no logremos esta sincronía obitatoria, yo prefiero, por razones de comodidad, que la muerte clínica preceda a la económica. Por lo que si me disculpan voy a prepararme la bañera.

La lógica

Según un tribunal de Nápoles, la violación no es delito cuando la víctima lleva vaqueros. Ni cuando el agresor lleva toga, deducimos nosotros de tan pintoresca resolución aun sin disponer de jurisprudencia sobre el caso. La justicia es el reino de la lógica. Si en Chile no existe una orden de busca y captura contra Pinochet, es porque no ven la relación entre el general y los muertos. Un asesino que se precie ha de tener más cuidado con no dejar lógica que con no dejar huellas. Si la víctima, en fin, llevaba vaqueros, que se fastidie. La justicia, aunque ciega, tiene una pasión sin límites por el raciocinio. Y es que cuando

perdemos unos sentidos se acentúan otros. Al quedarse sin vista, la ley ha desarrollado anormalmente el sentido común, pues hay que tener un sentido común muy anormal para llegar a tales conclusiones.

Ahora bien, supongamos que se dan las dos circunstancias a la vez: el agresor lleva toga y la víctima vaqueros. Lo lógico, piensa uno, es que en tales casos (rarísimos, si hemos de decirlo todo) la víctima pague una indemnización al agresor, ya que, de haber sabido éste que la damnificada iría vestida de tal guisa, no tendría que haber pasado por la humillación de ponerse una toga para violarla, con lo mal vistas que están las togas, por favor. Hay víctimas cuya culpabilidad debería ser, en buena lógica, doble, o triple. Pensemos en la cantidad de hombres que se ven obligados a acosar con toga por una falta de previsión de las acosadas, cuyo deber ciudadano es anunciar si van a salir de

casa con faldas o a lo loco.

Todavía hay otro supuesto jurídico en el que algunos consideran que no hay violación, y es cuando el juez, además de con toga, actúa iluminado. Es decir, cuando viola oyendo dentro de su cabeza unas voces que le ordenan cargarse, por ejemplo, la libertad de expresión. En tales supuestos, y por mucho que el agresor togado se empeñara en violar a la víctima en las posturas más ofensivas que quepa imaginar, quedaría libre de cargos y podría volver a abusar de cuantas víctimas con vaqueros o con libertad de expresión atravesaran inocentemente su juzgado. Lo curioso es que para llegar a todo esto, por lo visto, hay que hacer oposiciones.

Lo normal

La familia tradicional siempre fue un lugar raro, cuando no una fuente de perversiones, de locura. Ahí tienen a ese señor de Córdoba que penetró analmente a su hijo de cuatro años, viéndose obligado a desgarrarle, a su pesar, por no presentar el violado las medidas adecuadas. Pues bien, ahora resulta que según el juez se trata de «un hombre de intachable conducta, que goza del afecto y consideración de sus convecinos, así como del cariño de su esposa e hijos». Un modelo, en fin. Al magistrado le ha conmovido más la rectitud moral del violador que el desgarramiento anal (por no hablar de la fractura psíquica) del niño.

Qué hombre tan selectivo, tan curioso.

Uno no le desea la cárcel a nadie, desde luego, pero no sabe qué es peor, si que haya padres violadores o jueces para quienes la violación es normal cuando se practica en familia. Se supone, aunque evidentemente es mucho suponer, que un magistrado ha de ser una persona equilibrada, culta, y que debería tener el instinto de proteger al más débil de la cadena, en este caso al niño de cuatro años al que su bondadoso papá violaba mientras se duchaban juntitos, en familia. Asegura el juez que el niño asumía lo sucedido y que resultaba conmovedor ver cómo abrazaba a su padre. ¿Y qué va a hacer el pobre? También las niñas a las que arrancan el clítoris buscan la protección de sus castradores. Pero eso es una patología, por favor, no una demostración de amor filial. ¿No ha oído hablar su ilustrísima, o lo que sea, del síndrome de Estocolmo? Yo no sé si el acusado debería ir a la cárcel o al

psiquiátrico, no he hecho oposiciones, pero de lo que no me cabe la menor duda es de que el niño necesita ser protegido de las obsesiones venéreas de su padre y de la comprensión del tribunal que ha solicitado su indulto para que regrese toda la familia a la bañera.

¿Qué le pasa a la justicia? Hace poco, en Madrid, un loco en libertad provisional mató a una mujer que llevaba meses pidiendo protección a gritos. Ahora, en Córdoba, otro juez pretende poner en libertad a un perverso que se lo monta con su propio hijo debajo de la ducha. ¿De dónde son estos seres vestidos de negro? ¿A qué dedican el tiempo libre? Aunque casi prefiere uno no saberlo.

Barbacoas familiares

No es verdad que en el campo haya silencio. Lo sé porque estoy en el campo y a pocos metros de mí hay un individuo conduciendo un cortacésped que suena como una avioneta. Lleva dos horas jugando a pilotar el cortacésped, y se ha colocado incluso unas gafas de aviador de la Segunda Guerra Mundial. En el resto del cuerpo, sin embargo, sólo lleva un bañador tipo tanga de un color indefinido, pero horrible. Para amenizar el trabajo ha puesto a todo meter una casete con el *Corazón partido*, de Alejandro Sanz, a quien Dios confunda. A lo mejor el campo fue en tiempos otra cosa pero hoy es un espanto. Los únicos animales

que ves son de tu especie, y es una especie ruidosa y sucia. Una familia de cuatro personas puede organizar más ruido y más basura que una manada de jabalíes. De hecho, nunca he conseguido ver a una familia de jabalíes, y eso que esta zona, según me han dicho, está llena. Se ve que los jabalíes son gente discreta.

A veces tengo la fantasía de que voy paseando por el bosque y tropiezo con una familia de toros haciendo una barbacoa de seres humanos. No comprendo por qué no se animan. Según los caníbales, los seres humanos sabemos a pollo de granja gracias a las porquerías que comemos. No hay como comer mal para saber bien. Fíjense en los cerdos de corral, que sólo comen mondas de melón con las que fabrican unos jamones que le hacen a uno perder el sentido, o el sentío, para que rime con el corazón partío que me taladra la cabeza mientras avanzo penosamente por la pantalla del ordenador hacia la línea 33. Por otra

parte, si hay algún animal que se merezca ser asado en una barbacoa, ése es el ser humano.

Uno de los peores incendios de este verano fue provocado por una barbacoa familiar. Estoy seguro de que se trataba de una familia que oía a todo trapo el *Corazón partío* mientras uno de los cuñados, en bragas, segaba el césped con una avioneta. El de aquí al lado no piensa parar hasta que derribe a otro cortacésped, pues en su fantasía, como digo, es un piloto de la Segunda Guerra Mundial. Suceden pocas desgracias, para lo que nos merecemos.

Despido voluntario

Estoy hablando con mi jefe, de nada en particular y de todo. Yo estoy a este lado de la mesa, porque nos encontramos en mi despacho (ha entrado a tomarse un café, dice) y él al otro, como un visitante. Se ha quemado la punta de la lengua con el café, pero insiste en abrasarse: no tiene paciencia, no espera, ni siquiera sopla antes de acercarse el vaso a los labios. Seguramente cree que el café debería obedecerle, pero los líquidos son muy rebeldes. Le digo eso mismo, que los líquidos son muy rebeldes. «En qué sentido», pregunta. No sé en qué sentido, pero afirmo que es más manejable una tormenta de sólidos que de líquidos. Se

queda meditando y luego pregunta por un expediente. Mientras hablamos, comienzo a mirar con apariencia furtiva una esquina de la mesa donde hay una bandeja con papeles, como si ocultara algo en ella. Mi jefe lleva sus ojos a la bandeja. Ha picado. Cuanto más mira, más violento me pongo yo, como si debajo de los papeles escondiera una pistola. Resulta tan fácil fastidiarle que da pena. Al poco, se levanta, finge que estira las piernas yendo de un lado a otro del despacho con el vaso de plástico en la mano y en una de éstas, al pasar cerca de la bandeja, mueve con apariencia casual los papeles. No hay nada, claro. Yo, de todos modos, me pongo a toser teatralmente, como para distraer su atención. Al tío no se le quita de la cabeza que oculto algo. Finalmente se va. El juego ha salido tan bien que yo mismo me levanto, rodeo la mesa (es muy grande) y me acerco a la esquina sospechosa. Revuelvo los papeles y doy

con uno que no es mío. Se trata de una carta del director de recursos humanos dirigida a mi jefe. En ella se le recomienda prescindir, para hacer frente a la crisis, de una serie de trabajadores, yo entre ellos. Al rebobinar recuerdo que fue mi jefe el que comenzó a mirar con inquietud hacia la bandeja, no yo. Fue él el que me indujo a pensar que entre aquellos papeles había algo inquietante, y no al revés. Podría romper la carta, fingir que no la he visto, hacerme el distraído, pero lo cierto es que se me ha puesto cara de muerto. Espero dos, tres, cuatro días, a recibir la notificación de despido y como no llega, presa de la impaciencia, me largo de forma voluntaria. Todas las historias están escritas al revés.

La mudanza mental

Hay gente que se quiere pero no se soporta, y gente que se soporta pero no se quiere. La pareja de la que voy a hablar pertenece a la primera categoría. Curiosamente, él se llamaba Pedro y ella Petra. Se conocieron en la universidad, donde él estudiaba Filosofía y ella, Económicas. Sus compañeros los llamábamos, por chiste, Petro y Pedra. Estaban hechos y deshechos, de forma simultánea, el uno para el otro. Cuando permanecían juntos se detestaban y, cuando separados, se añoraban. Al poco de terminar la carrera, Pedro aprobó unas oposiciones a profesor de instituto. Petra se colocó en el negocio de su padre,

que tenía tiendas de zapatos. Se casaron por primera vez un mes de enero y se divorciaron, por primera vez también, un mes de diciembre. Una ironía del destino quiso que tuvieran gemelos, un chico y una chica idénticos físicamente, aunque con caracteres opuestos, como para metaforizar las semejanzas y diferencias que unían y desunían a sus padres. Los hijos, ya mayores, viven en la actualidad fuera de España, él en un país de habla inglesa pobre y ella en un país de habla francesa rico. Él escribe regularmente a su hermana cartas en inglés, idioma que la chica desconoce, y ella a él cartas en francés, que él no comprende. Por qué no utilizan el idioma común que les une, es un misterio.

La última vez que llamé a Pedro lo noté decaído.

— ¿Ocurre algo? — pregunté.

— Estoy separándome de Petra en este instante.

Según me contó, tenía la casa llena de cajas que los operarios de la mudanza

llenaban de libros de filosofía y bajaban al camión. Petra había decidido irse de viaje para no asistir al espectáculo, pues cada separación le hacía más daño que la anterior, del mismo modo que cada reencuentro le proporcionaba una dicha desconocida. Aquellos libros de filosofía habían ido y venido tantas veces como Pedro se había largado y vuelto. Eran, en fin, unos libros muy viajados que también sufrían lo suyo con aquellas mudanzas. Eso era al menos lo que creía Pedro, que quizá para olvidarse de su propio dolor no cesaba de exclamar:

—¡Pobres libros!

—No pienses en los libros ahora —le dije—, piensa en ti.

—Yo soy, en gran medida, mis libros

—dijo él.

Por otra parte, amaba tanto a la mujer a la que no soportaba que se le caía el alma a los pies al imaginar la tristeza que sentiría a su regreso, cuando viera la casa medio vacía. Los cuadros propiedad de

Pedro habían dejado, al descolgarlos, una marca sobre la pared. Su armario vacío continuaba oliendo al humo de los puros del que estaban impregnados sus trajes. Sus maletas habían dejado un hueco imposible de rellenar en el trastero... Aunque aquellas separaciones eran para quienes los conocíamos pura rutina, ellos las vivían con una pasión inverosímil, como si jamás antes se hubieran producido. Mientras hablábamos, un operario se dirigió a mi amigo para preguntarle algo y nos despedimos.

A los pocos días volví a telefonarle, para ver cómo se encontraba y echarle, si fuera necesario, una mano. Me contó que el día de la mudanza, cuando ya todas sus pertenencias se encontraban dentro del camión, pidió a los operarios que volvieran a subirlas al piso.

—Todavía están los libros dentro de las cajas —me dijo—. A ver si encuentro un hueco y vuelvo a colocarlos en su sitio.

En apariencia, había realizado la separación más breve de su historia, pero en la realidad había sido la más grande, pues aquella mudanza, según dijo, no había sido tanto física como mental. Estuvo un cuarto de hora explicándome en qué consistía una mudanza mental, haciéndome ver que eran las únicas que valían la pena. Gracias a esa mudanza mental podría seguir conviviendo con una mujer a la que amaba con todas sus fuerzas, pero a la que no soportaba cerca de sí. Cuando Petra regresó a casa y vio que se había mudado y desmudado el mismo día, comprendió que aquello era para siempre, y que nunca más volverían a separarse. Escribieron a sus hijos para comunicarles la buena nueva. A él se la dieron en inglés y a ella

en francés, aunque luego, en un lapsus delator, enviaron a cada uno la carta del otro.

Miss Kafka

Sólo hay algo más absurdo que ser Miss: dejar de serlo. No imagino a nadie dimitiendo de ese dudoso honor:

—Pongo mi título a disposición de...

¿A disposición de quién habría que poner el título de Miss Sevilla, de Miss Tarancón, de Miss Perales del Tajuña? Ni idea.

Quiere decirse que en esta vida se puede dimitir de todo (o de casi todo) menos de Miss, y no por nada, sino porque no causaría ninguna conmoción. Supongamos que Miss España 1975 se presenta mañana en el Ministerio del Interior (o en aquel del que dependan las misses, que ahora no caigo) y renuncia a

su título. ¿Sería de noticia de primera página? ¿Dejaría un agujero cósmico en la memoria colectiva? ¿Tendríamos que cambiar la información de los libros de texto? No es probable. La memoria es frágil. Si no somos capaces de recordar quién era el ministro de la Vivienda en aquellas fechas, cómo recordar el rostro de la Miss, cuando todas soniguales.

Se da sin embargo el caso de que a Miss Cantabria 2007 le acaban de arrebatarse el título, lo que ha sido noticia de primera página en más de un periódico. Cuando se lo dieron, ni nos enteramos, ésa es la verdad, porque no salió en ningún sitio. Curiosamente, ahora que ha perdido el título es más famosa que cuando lo tenía. Contradicciones del sistema. Pero ella, en vez de mostrarse agradecida por la fama, que era lo que buscaba, ha decidido poner una denuncia. Una especie de efecto bola de nieve, en fin, que nos tendrá entretenidos durante algunos

días.

La causa por la que la han desposeído del título es completamente arbitraria (por haber sido madre), pero aquella por la que le dieron el título también. De ahí que la chica haya pasado por dos situaciones absurdas, una al ser nombrada y otra al ser desnombrada. Si ganara el juicio (y como no hay dos sin tres) incurriría en una situación absurda más y en tal caso habría que darle el título de Miss Kafka, con perdón de *La Metamorfosis*. ¿Abriría el nombramiento de Miss Kafka las páginas de Cultura de algún periódico? Quizá no, pero su desnombramiento sería un excelente titular de Primera. Qué mundo.

Todo es confusión

La vocación de las armas es matar. Una pistola que hubiera llegado al final de su vida útil sin haber hecho un solo disparo, sería una pistola frustrada, inútil. La sola idea de que un arma hubiera pasado de la fábrica a la chatarra sin sentir jamás el placer de haber escupido una bala resulta sobrecogedora. Años, años y más años a la espera de que las paredes interiores del cañón recibieran la caricia del proyectil al modo en que el semen acaricia el alma del pene... No es probable que se haya dado un solo caso de esta naturaleza. Todas las pistolas, suponemos, son cargadas en un momento u otro, si no para matar a

alguien, para practicar al menos la puntería contra una diana. Las armas, que se inventaron para un fin malo, pueden tener efectos colaterales benéficos: cuando gracias a ellas se salva a un inocente, por ejemplo. Es un consuelo. Puesto que las hemos inventado, de algún modo tendremos que justificarlas. Cuando fallecieron mis padres, hallé entre sus pertenencias un viejo revólver que llevé, ingenuamente, a comisaría. Los expertos lo examinaron y me lo devolvieron, pues se trataba de una antigualla inútil que quizá, dijeron, tuviera algún valor como pieza de coleccionismo. Lo guardo en un cajón, preguntándome a menudo cuántas balas disparó, y contra quién, durante su vida útil.

Además del revólver, mis padres me dejaron dos cajones de medicinas sin utilizar, la mayoría de ellas caducadas. La vocación de las medicinas es curar como la de las armas es matar.

Un fármaco que termine su vida útil sin haber curado a nadie es un fármaco frustrado. Hay en todas las casas más fármacos frustrados que revólveres fracasados. Un porcentaje altísimo de cápsulas contra la diarrea o el estreñimiento (por decir algo) pasan del laboratorio a la basura sin haber conocido el placer de penetrar en un cuerpo. A lo mejor, los antibióticos caducados que encontré en la casa de mis padres habrían curado las heridas provocadas por el revólver que también les pertenecía. Pero no coincidieron en el tiempo. Quizá, cuando los muertos del revólver, ni siquiera se habían inventado los antibióticos. Las medicinas tienen, como las armas, efectos colaterales. Pero suelen ser malos. Todo es confusión.

Surrealismo cotidiano

Vi una pegatina en un farol: «Señora muy seria se ofrece para cuidar niños y planchar.» Me pareció extraña la especialización: cuidar niños y planchar. Nada de quitar el polvo, hacer camas, preparar la comida, atender las llamadas... Sólo planchar y cuidar niños. Y la señora era muy seria.

¿Qué se entiende por señora muy seria, una mujer antipática, sin sentido del humor, muy cumplidora? Cuando había dejado el farol atrás regresé a él, por si no hubiera leído bien. Pero ponía lo mismo. Me pareció una de esas pequeñas muestras de surrealismo que ofrece la vida cotidiana y que se nos escapan por

no estar atentos. De modo que cuidar niños y planchar. ¿Todo al mismo tiempo o una cosa después de otra? De otro lado, decía planchar, pero no decía qué. La ropa, dirán algunos. ¿Y por qué una mujer tanquisquillosa no lo especificaba?

Total que arranqué el número de teléfono y continué andando hasta el quiosco, donde compré el periódico. Ya en el bar, con el café delante, saqué el móvil y telefoneé a la señora muy seria.

—¿Hace usted otras cosas, además de planchar y cuidar niños?

—No, señor.

—¿Y cuida a los niños mientras plancha?

—Tampoco, una cosa después de otra, pues la plancha provoca muchos accidentes.

Le di las gracias, colgué y hojeé el periódico por encima, sin prestarle mucha atención, enganchado como estaba al asunto de la señora seria. Esa tarde, en casa, preparé unos cartelitos en

los que escribí: «Señor serio escribe necrológicas y da de comer a las palomas.» Anoté mi móvil y pegué diez o doce por los faroles de mi barrio. Lo curioso es que no han dejado de llamarme, unas personas para que les escriba la necrológica, otras para que dé de comer a las palomas, y unas terceras para que haga las dos cosas a la vez. Pido 12 euros la hora, lo que no sabía si era caro o barato hasta que volví a llamar a la señora seria, que cobraba 20 euros por planchar y quince por cuidar niños. O sea, que pone más atención a la ropa que a los niños. El mundo es un lugar hermoso y extraño, pero sobre todo terrorífico.

La acera de enfrente

Las vías de circunvalación tienen la propiedad de acercar las cosas que se encuentran lejos y de alejar las cosas que se encuentran cerca. Gracias a la M-40 llegas en un santiamén a Boadilla del Monte, pero tardas horas en alcanzar el edificio que ves frente a tu casa, aunque esté al otro lado de la vía. Si pudieras cruzarla a pie no te llevaría más de dos minutos.

Pero atravesar la M-40 es más peligroso, mucho más, que cruzar un río infestado de tiburones. En la M-40 no hay tiburones, pero está llena de Seats y Renaults y de Citroëns, aunque tampoco faltan los Jaguars, los Mercedes ni los

Hondas. En un río del Amazonas, si llevas cuidado y sólo pisas por las piedras, tienes la posibilidad de no despertar a ningún anfibio. Pero los automóviles permanecen despiertos las 24 horas, y no hay piedras por las que vadear el peligro.

Una anciana de setenta y cuatro años fue devorada el otro día por un Twingo al atravesar a pie la M-40 a la altura de la carretera de Colmenar Viejo. Por lo visto, iba a una romería que se celebraba en la ermita de Nuestra Señora de Valverde. La ermita podía verse desde el otro lado de la carretera: estaba ahí mismo, como el que dice, y, sin embargo, resultó inalcanzable.

Las cosas que se encuentran al otro lado de las vías de circunvalación son un puro espejismo, una ilusión óptica. No digo que no se pueda acceder a ellas a pie, pero se tarda horas, o días, y es necesario cruzar puentes imposibles o túneles laberínticos. De ahí que mucha gente

prefiera jugarse la vida y tirar por la calle de en medio, que en lugar de conducir a la acera de enfrente conduce al más allá.

No es raro que lo que más deseamos esté al lado mismo de nosotros y, sin embargo, no sepamos cómo acceder a ello. Personas que duermen juntas viven a miles de kilómetros y personas separadas por océanos se encuentran la una al lado de la otra. No sabemos qué cosas unen y qué cosas separan.

Las vías de circunvalación, que tan cerca nos ponen lo lejano, nos alejan de nuestros vecinos de enfrente, a veces también de nosotros mismos. Cerca/lejos, como dentro/fuera o arriba/abajo son conceptos variables, relativos, engañosos. Hay una dimensión subjetiva de la distancia como hay una dimensión interior del tiempo. Hay segundos que duran una vida y milímetros cuyo recorrido cuesta una existencia.

Las ciudades están prescindiendo de las calles a marchas forzadas. La calle

parece una cosa del pasado. En Miami, que para muchos es un modelo a seguir, no hay calles en el sentido tradicional de la palabra.

Un día salíamos Rosa Regás y yo de la Feria del Libro de Miami, y al ver la torre de nuestro hotel allí mismo, apenas a unos metros, decidimos ir dando un paseo. Los de la editorial intentaron desanimarnos con el argumento de que la zona era insegura; pero, como eso no nos dio miedo, tuvieron que confesarnos finalmente que era imposible llegar al hotel a pie, pues no había una sola acera en el trayecto.

Y era verdad, no había aceras, luego no había calles. Si nadie nos hubiera advertido de esa carencia singular, habríamos caminado como dos locos por una especie de M-40 infinita en la que quizá habríamos perecido arrollados por un Renault o por un Honda, no me fijé en la variedad automovilística del lugar, pero

devoraban tanto o más que los nuestros.

En otras palabras, teníamos el hotel a dos pasos, pero era inalcanzable, como un espejismo. La M-40 y su antecesora espiritual, la M-30, están produciendo en Madrid espejismos de ese tipo. «Voy allí», te dices, porque estás viendo el edificio frente a tus narices, pero no encuentras el modo de llegar sin jugarte la vida. Ésta es precisamente una de las características de los espejismos: que darías la vida por ellos. A veces la das, como esa anciana que se empeñó en cruzar la M-40 para buscar refugio en la ermita de Nuestra Señora de Valverde. Tan cerca, tan lejos.

Las vías de circunvalación son buenas para llegar a Boadilla o a Pozuelo, pero no sirven para llegar a uno mismo, que es hacia donde se dirigía esa mujer de setenta y cuatro años cuando corría en dirección a la romería.

La desaparición de las calles, de las aceras, es la consecuencia lógica de la

supresión de los pasillos en las casas. En los dos casos se trata de eliminar la sensación de tránsito, que no es económicamente rentable.

Los arquitectos y urbanistas deberían leer, o releer, el *Viaje a Ítaca*. Sin duda, es importante llegar a Boadilla, no lo niego. Pero ¿qué tienen en contra de que uno llegue a la acera de enfrente?

Cuento de Navidad

Había dos posibilidades, una cara y la otra barata: o marcharse a una isla donde no se notara la Navidad, o adoptar frente a ella una actitud en la que lo que no se notara fuera él. La primera era imposible por razones económicas; en cuanto a la segunda, no sabía ni cómo se le había podido ocurrir, pues al repasarla le pareció una tontería. Hacía estas cavilaciones mientras bajaba por Serrano en dirección a Alcalá mirando los escaparates como si los leyera. El caso es que había recorrido la mitad de la calle sin resolver nada. Había visto cosas apropiadas, pero caras; otras tenían un precio razonable, pero no eran

apropiadas; finalmente, había un tercer grupo de regalos que, siendo apropiados, resultaban baratos en exceso. Por eso, a medida que se reducían las posibilidades contemplaba los escaparates con una atención que empezaba a parecerse a la inmovilidad de la angustia.

Algunas señoras llevaban abrigos de piel y se veían perros de diferentes tamaños paseando con desgana a sus dueños. En esto, advirtió que había llegado a la altura del Museo Arqueológico y, en un impulso impremeditado, atravesó la calle y entró en él. Enseguida, se dejó llevar por la lógica arquitectónica del recinto y lo recorrió lentamente atravesando la Edad del Bronce y la del Hierro y la prehistoria de las islas Baleares; después, con la misma falta de intención, penetró en la arqueología ibérica, y fue en una de estas salas donde inopinadamente comenzó a cojear. Así, tras recorrer sin prisas el patio árabe, llegó a la Edad Media, donde

le esperaba el arte visigodo y donde — otra extrañeza como la de cojear— se emocionó frente a la Corona Votiva de Recesvinto, perteneciente al tesoro de Guarrazar.

Emocionado y cojo, recorrió el resto del museo y al final compró dos catálogos, libros y algunas postales de lo que más le había llamado la atención. Ya tenía todos los regalos resueltos. Una vez en la calle comprobó que aunque todavía se notaba la Navidad, él había dejado de notarse a sí mismo, como si la ansiedad y la angustia —cimientos de su identidad— hubieran sido sustituidas por la emoción y la cojera. Cojeó, pues, hasta la oficina, donde nadie advirtió los cambios operados en su modo de andar o en su mirada, y luego se marchó a casa para ocultar los regalos que intercambiaría con su mujer y sus hijos el día de Nochebuena. Tampoco allí notaron que cojeaba ni que estaba emocionado.

Durante los días siguientes se acentuaron las alteraciones. Volvió un par de veces al Arqueológico, donde se había obsesionado con una humilde pieza prehistórica, hecha en barro, que parecía empeñada en transmitirle a través de los siglos un mensaje de su creador. Por otra parte, la cojera, al obligarle a caminar despacio, le ofrecía una visión inédita de la realidad. La vida empezaba, en fin, a tener el brillo que suelen ver en ella los resucitados.

La solución barata se había impuesto, aunque un poco al margen de su voluntad; el caso es que él había dejado de notarse como se deja de notar la Navidad en una isla del Caribe. Durante las cenas percibía algunas miradas de extrañeza procedentes de su mujer y de sus hijos, quienes, sin embargo, a pesar de la cojera y de la emoción, no se dieron cuenta de que en realidad era otro hasta el día de Nochebuena, cuando llegó la hora de intercambiar regalos y él sacó las

postales y los libritos que había comprado en el Arqueológico. Llamaron al 092 y al poco fue a recogerlo un coche de la Policía Municipal que lo abandonó en un frenopático. Al firmar el registro de entrada, una burbuja de felicidad le estalló en el agujero del pecho donde antes tenía alojada la angustia, al advertir que además de emocionado y cojo también se había vuelto zurdo.

Cambiar de casa

Cambiar de casa puede parecer, en una mirada poco atenta, como cambiar de piel. Pero es más que eso. Los espacios de la vivienda están interiorizados de tal modo que moverse por ellos acaba constituyendo una forma de moverse por el interior de uno mismo. Cuando vamos de la cocina al cuarto de trabajo, en busca de las gafas que hemos olvidado sobre la mesa, no estamos haciendo un recorrido exterior a nosotros mismos, sino un viaje íntimo a través de una geografía imaginaria en la que están implicadas todas las habitaciones en las que hemos vivido. Esas oquedades físicas se han transformado con el tiempo en espacios

morales que visitamos cada vez que nos lanzamos desde el pasillo a la aventura, en apariencia intrascendente, de atravesar la casa.

Si cierras los ojos y reproduces las sucesivas habitaciones de tu vida, comprobarás que con la suma de todas ellas podrías construir una vivienda que al final sería una réplica de ti mismo. Tendría lugares inaccesibles, porque hay habitaciones que no hemos conseguido alcanzar, aunque hayamos dormido en ellas. Habría también espacios oscuros, húmedos, que representan esas formaciones cavernosas de la conciencia que frecuentas poco. Y lugares llenos de corrientes de aire, como los pulmones, de los que te retiras cuando comienzan los primeros fríos de septiembre. Y escaleras, multitud de escaleras que todavía no has averiguado si servían para bajar o para subir. No digo nada de los pasillos, porque en ellos, por lo general, hemos tallado minuciosamente nuestros

primeros miedos a lo desconocido. Ellos representan, más que ninguna otra figura arquitectónica, la inestabilidad de lo real, pues los hay que por la noche se convierten en callejones que nunca tendremos el valor de atravesar.

Cada vez que hacemos una mudanza, nos juramos que será la última, pero no es cierto, siempre reincidimos. Y aunque procuramos comunicar a todo el mundo la nueva dirección, podemos jurar que habrá una carta, quizá la única que valía la pena, que se perderá. Por eso nos cambiamos también, para conservar la impresión de que tenemos algo que, aunque importante, es irrecuperable.

Good morning, good morning, good...!

Nunca he estado en América, pero antes de trabajar como cajera en el hipermercado, cada vez que escuchaba un villancico me imaginaba en Nueva York, en cuya Quinta Avenida tenía un ático desde el que se veía un anuncio de Coca-Cola y un Papá Noel gigante de un centro comercial de Central Park. Estaba casada y hablaba con mi marido en inglés porque los dos éramos de allí, claro. Sólo sabíamos decir *good morning*, pero lo repetíamos muchas veces, en diferentes tonos, y parecía que manteníamos una conversación.

Madrid y Nueva York no tienen nada que ver. Aquí, la realidad es como es, o sea, que la Gran Vía, por mucho que te empeñes, es la Gran Vía y Cuatro Caminos es Cuatro Caminos. La Quinta Avenida, en cambio, sin dejar de ser la Quinta Avenida, es al mismo tiempo una película. De hecho, muchas veces he intentado imaginarme en un ático de Bravo Murillo, contemplando enamorada los anuncios navideños de las tiendas situadas en los alrededores, y no puedo; enseguida hay algo que me saca de la fantasía.

Además, si pienso en Bravo Murillo, enseguida me viene a la cabeza la plaza de Castilla, que no sé por qué me recuerda a su vez a Onésimo Redondo; el caso es que cuando aparece el pobre Onésimo se rompe la magia, o peor todavía: me imagino que estoy casada con un bruto que entra en el ático con las manos manchadas y se pone a decir ordinarieces. En cambio, si digo para mis

adentros Quinta Avenida, en lugar de Onésimo Redondo se me aparece Robert Redford. En fin, que no tiene nada que ver una cosa con otra. Tú oyes la palabra aeropuerto, por poner otro ejemplo, y si tienes la mala suerte de que a continuación dicen Madrid, te imaginas una estación de tercera donde aterrizan de milagro aviones cochambrosos con gente cargada de gallinas que se pone a comer chorizo cular en los mostradores de facturación. Pero esa misma palabra, colocada al lado de Nueva York, te trae a la cabeza un mundo lleno de hombres recién afeitados, con maletines de piel oscura, y mujeres con abrigos de visón.

En mi versión americana llevaba una vida muy sencilla, sobre todo durante estas fechas tan señaladas. Un día normal, por ejemplo, yo estaba colocando los últimos adornos de Navidad en el árbol, cuando entraba mi marido quitándose la nieve de los hombros. Me

daba un beso muy suave en los labios y decía: «*Good morning, good morning, good morning, good morning, good morning, good morning.*»

Es que trabajaba en una agencia de publicidad, y tenía problemas con un anuncio que siempre colocaban boca abajo en el periódico, así que estaba un poco preocupado. Pero yo le tranquilizaba enseguida, diciéndole: «*Good morning, good morning, good morning, good morning.*»

Luego, nos servíamos un whisky y salíamos a la terraza para ver los anuncios luminosos de los tejados. Desde la calle llegaba el ruido lejano de los coches, y los destellos de las luces intermitentes, todo ello disuelto en una especie de niebla muy acogedora que, al respirarla, te traía el sabor de la verdadera Navidad.

El problema es que, desde que trabajo como cajera en el hipermercado, me paso ocho horas oyendo villancicos y he

llegado a detestar a mi marido americano más que a Onésimo Redondo.

Y el ático me parece una cárcel, aunque esté en la Quinta Avenida. Total, que Madrid continúa siendo lo de siempre, un lugar sin magia, sucio, triste, donde el metro es el metro y las esquinas son las esquinas, pero ocho horas seguidas de Nueva York me agotan demasiado. Además, con *Los peces en el río*, que es el villancico que más suena por la megafonía, me sale una *Quinta Avenida* española que me desasosiega mucho. A mí, el que me gustaba era *Blanca Navidad* en inglés, pero ése no lo ponen nunca. Total, que estas fiestas me han convertido en una mujer triste, sin patria, o, peor aún, en un ser procedente de un país imposible, donde los hombres tienen la mirada de Robert Redford y el temperamento de Onésimo Redondo. ¡*Good morning, good morning, good morning, good...!*, o sea, ¡qué desastre!

Los grandes inventos

Después de que inventáramos el tiempo y cayéramos dentro de él como un sabio dentro de su probeta, vimos que había que planear también el modo de pasar las tardes de los sábados y las mañanas de los domingos y las Semanas Santas y los puentes. Ya que disponíamos de horas, años, días, lustros, vísperas y maitines, por qué no hacer algo útil, nos dijimos. De esa necesidad de gastar el tiempo que era lo único que entonces nos sobraba nacieron Constantinopla, Alejandría, Atenas, Londres, Washington, París, Ginebra, Nueva York, en cuyo interior volvimos a caer igual que antes nos habíamos precipitado al

interior del tubo de ensayo en el que fabricábamos el tiempo.

Una vez dentro de las ciudades, y con el tiempo casi sin estrenar en el bolsillo, hubo que hacer cosas para combatir el ocio, y así se inventó la división del trabajo y apareció la clase obrera, que al principio no fichaba porque ni siquiera había jefes de personal en las empresas. Entonces inventamos la empresa moderna, y al asomarnos para mirarla bien, nos venció el peso de la cabeza y caímos dentro de ella igual que un constructor de cepos mete la pierna sin querer en uno para osos. Como había mucho espacio libre, casi tanto como tiempo en la etapa anterior, hubo que hacer muchos despachos para los jefes de producción y para los directores de recursos humanos, y para los responsables del producto, etcétera. Así fueron surgiendo los departamentos, las divisiones, las subsecretarías...

Total, que ya teníamos controlado el

tiempo, la ciudad y la empresa. Entonces, o quizá antes, porque la historia no es lineal, se nos ocurrió la repetición, que da mucha tranquilidad. Así aparecieron las Navidades, que al principio estaban también fuera de nosotros, como en un terrario experimental, aunque luego caímos dentro, según tenemos por costumbre, de forma que ahora son ellas las que nos consumen, lo mismo que el tiempo, la empresa y la ciudad. Nos gusta ser devorados por nuestros propios monstruos, qué le vamos a hacer. Viva el doctor Frankenstein y felices fiestas.

La Ostrería

Han cerrado La Ostrería, un establecimiento de vanguardia que asaba pollos asados (perdonen la redundancia) en López de Hoyos, y ofrecía platos combinados al público. El plato combinado ahora mismo es una porquería más, pero hace años era tecnología punta alimentaria. Después de él sólo cabía esperar esa pastilla del tamaño de una gominola que tomada con un vaso de agua nos quitaría el hambre para dos o tres días. La pastilla no llegó, y el combinado fue deteriorándose hasta alcanzar las manifestaciones pictóricas y fotográficas que de él conocemos en la actualidad. Muchos afirman que no se

puede degradar más, pero hace poco, cerca de Santo Domingo, vi uno que incluía dos salchichas al microondas en nata líquida y huevos escalfados. Las perversiones del estómago, como las del sexo, no tienen límites conocidos. De hecho, suelen ir asociadas. Junto a Ballesta, han puesto un «restaurante erótico» al que entra gente delgada con expresión libidinosa. Da miedo asomarse.

En cuanto al pollo asado, qué vamos a decir. Constituyó para nosotros una experiencia gastronómica fundacional. Personalmente, cuando vi al alcance de mi tenedor la primera pechuga con la piel churruscada, el mundo me pareció perfecto para haber sido hecho en siete días y consideré lógico que los mamíferos nos comiéramos unos a otros con naturalidad.

—Los pollos no son mamíferos —
advirtió mi hermano.

No le llevé la contraria porque sacaba sobresaliente en ciencias naturales y

estaba más informado que yo de la cuestión, pero a mí aquella carne me parecía muy semejante a la nuestra. De hecho, comprendí entonces el canibalismo, aunque luego lo he rechazado por razones culturales. Jamás he visto una gallina viva, pero siempre las he imaginado con dos grandes senos de los que maman, insaciables, sus polluelos. En algunos dibujos animados salen así y están muy atractivas. Tal vez la genética arregle ese error de la naturaleza y consiga crear, ahora que *Dolly* se ha hecho adulta y ha tenido hijos, un pollo criado con leche materna, o maternizada al menos.

En fin, que debemos mucho a La Ostrería, donde no vi, sin embargo, una ostra jamás. Seguramente las darían en la trastienda: en el restaurante, quiero decir, donde nunca entré porque me parecía un lujo excesivo. La barra, en la última época en la que yo frecuenté el establecimiento (primeros ochenta), tenía forma de

herradura y era muy fácil escuchar las conversaciones de la gente mientras tomabas un plato combinado que habría firmado sin ningún pudor Andy Warhol.

A esas alturas, ya había rechazado el pollo por razones humanitarias y me alimentaba más bien de conversaciones ajenas. Generalmente son malas, pero en La Ostrería cacé alguna que todavía recuerdo, aunque nunca he sabido cómo utilizar. Un día, por ejemplo, una señora que, vete tú a saber por qué, comía allí con su yerno tres veces por semana, dijo:

—Imagínate que voy tan tranquila en el taxi, cuando veo una cucaracha en el suelo. Se lo digo al conductor y qué crees que me contesta. Pues que habrá entrado por el sumidero. Entonces coge de la guantera un tapón del tamaño del de un lavabo y me lo da para que lo tape. No te lo vas a creer, pero había, en efecto, un agujero en el suelo del coche. Yo ya no sabía si estaba en una bañera o en un taxi,

la verdad.

Por lo que pude averiguar, el taxista era un loco de los sumideros, pues vivía convencido de que nos conectaban con dimensiones místicas, así que tenía uno en el colchón y otro en el sofá, además de tres en el tresillo.

Ahora, cerrada con unos tablones mal dispuestos, La Ostrería me parecía a mí también un sumidero por el que desaparecían los pollos asados de la infancia, y los primeros platos combinados de la adolescencia. Estuve a punto de asomarme para ver qué quedaba de la barra y todo lo demás, pero tuve miedo de ser aspirado por aquella cloaca del tiempo, y preferí observarlo todo desde la acera de enfrente, donde aún se mantienen en pie Sirera y El Arca de Noé, dos tiendas de la época en cuyos escaparates todavía podemos vernos con pantalones cortos. Y que duren. Amén.

Tortilla francesa

El descubrimiento del correo fue, como el de las alcantarillas, una de las sorpresas más estimulantes de mi infancia. El primer buzón del que tengo memoria estaba en Ros de Olano, esquina a la plaza de Getafe. Al principio se trataba de un bulto incomprensible plantado en medio de la acera, pero la vida entonces estaba llena de ganglios absurdos (como ahora, en fin) por los que a nadie se le ocurría preguntar. Y no sólo aparecían en las calles. A veces, tropezaba uno también con ellos en las oraciones gramaticales. Recuerdo, por ejemplo, el Ave María, que terminaba así: «Y bendito es el fruto de tu vientre

Jesús.» El vientre aquel no dejaba de ser también un buzón misterioso, sobre todo si tenemos en cuenta que los niños venían de París.

Después de averiguar para qué servían aquellas formaciones misteriosas que florecían en las esquinas, todavía creí durante mucho tiempo que bastaba con echar un papel escrito por la ranura del buzón para que éste recorriera el universo por túneles misteriosos en busca de su destinatario. Las cartas han perdido todo el prestigio desde que el único que nos escribe es el banco, pero entonces un sobre cerrado era un sobre cerrado: un cofre cuyo contenido podía cambiar nuestra existencia. El correo es sin duda uno de los grandes inventos de la humanidad, y el buzón, una escultura sorprendente, cuya belleza, como la de la maquinaria del reloj, procede de la necesidad de los elementos que la componen. Nada hay menos retórico que un buzón y, sin embargo, pocas cosas tan

conmovedoras. Cada vez que tropezamos con uno dan ganas de echarle algo de comer. Pero sólo comen papel escrito.

—Comen lo que le echés, imbécil.

Esto es lo que me decía un amigo del barrio: que los buzones eran omnívoros. Acabábamos de aprender aquella palabra, omnívoro, y algunos no hacían más que buscar el momento de utilizarla, como cuando un mañoso se compra una herramienta multiuso y anda metiéndola en todas partes para amortizarla. Yo mantenía que no eran omnívoros sin dar una propuesta alternativa. Evidentemente, no eran herbívoros, ni insectívoros, ni carnívoros, pero no conocía ninguna palabra que sirviera para designar a los comedores de papel escrito. Frente a esta incapacidad lingüística, mi amigo oponía la fuerza de los hechos: no le gustaba la mortadela ni la tortilla francesa fría, de manera que los días que su madre le hacía un bocadillo

con tales ingredientes, los deslizaba por la boca del buzón sin que éste le hiciera ascos.

—¿Lo ves? Pues si le echas una hoja de lechuga se la come lo mismo.

Omnívoros, son omnívoros.

Hasta ese instante yo sólo creía que eran omnívoras las alcantarillas, además del hombre, del que constituían una prolongación, pero no había más remedio que rendirse a la evidencia. De todos modos, continué echándole papeles escritos, pues me parecía una dieta más adecuada a sus necesidades físicas que los embutidos y el huevo. Una cosa es que comiesen de todo y otra que todo les sentara bien.

Un día sorprendí al cartero extrayéndole las cartas al buzón por la puerta de atrás y quedé más afectado que cuando me enteré de que los Reyes Magos eran los padres: nunca habría podido imaginar que los buzones se abrieran, o que no estuvieran conectados

entre sí, de modo que le pregunté por qué metía todas aquellas cartas en un saco y me corrigió afirmando que se trataba de una saca. Luego he oído hablar muchas veces de la «saca de Correos», pero entonces no habría sido capaz de imaginar que esos receptáculos de tela tuvieran femenino. Es más, no conseguí verle a la saca ningún órgano sexual delator, por lo que me quedé muy confundido. En esto apareció entre las cartas una tortilla francesa arrojada allí dentro, sin duda, por mi amigo, y el cartero, que era omnívoro, se la comió de un bocado (eran los años del hambre). Fue un día de revelaciones biológicas sorprendentes sobre las que no hallé ninguna explicación en el libro de ciencias naturales.

Al día siguiente coincidí con mi amigo arrojando cosas al buzón y le conté lo ocurrido, pero era muy obstinado y pensó que se trataba de un invento mío para demostrar que los buzones no

comían de todo. Más tarde desvié mi atención de los buzones al vientre (bendito es el fruto de tu vientre Jesús) y descubrí la importancia de la coma (la que falta entre los términos vientre y Jesús). Ahora ya lo entiendo todo. Lo malo es que ha coincidido con una época en la que no comprendo nada.

Bienvenidos a casa

Julián y Rosa abrieron al casarse una cuenta corriente (vulgar, decían ellos en broma) en el Central Hispano de su barrio, Moratalaz, donde ingresaban sus respectivas nóminas y desde la que salían cada mes las cuotas del crédito hipotecario gestionado con la misma entidad para la compra del piso. Aparte del crédito, tenían domiciliados en la cuenta los pagos aplazados de una enciclopedia, una cristalería, un ordenador y desde luego las facturas de la luz, el teléfono, el gas y demás gastos fijos.

Con los años, la complejidad de la cuenta creció, no ya por el reflejo de la

prosperidad laboral de ambos y su consecuente bonanza económica, sino por los intereses y los nuevos créditos, y porque a ella fueron a parar también los recibos del colegio de los niños, los del seguro de vida, de accidentes y las cuotas de los planes de pensiones que el terrorismo institucionalizado de baja intensidad les obligó a abrir con la llegada de las primeras canas.

Pasado el tiempo, con los chicos ya fuera de casa y ellos dos maduros, aunque todavía jóvenes, decidieron divorciarse. Rosa, que era doctora en Medicina, revisó la añeja cuenta corriente del Central Hispano y diagnosticó que el nodo se había convertido en nódulo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julián.

—Al principio no era más que un punto donde se cruzaban nuestros intereses —señaló ella—, pero ahora es un depósito de ácido úrico. Creo que hemos comido demasiado marisco. No

va a ser fácil decidir lo que le corresponde a cada uno.

—Tonterías —dijo él, que no estaba dispuesto a dejarse llevar en esos momentos difíciles por el sentimentalismo.

Finalmente, aplicando unos criterios en parte financieros, en parte médicos, deshicieron el depósito y se lo repartieron con la mejor de las voluntades, procurando que cada uno se llevara lo justo, en función de su tendencia a consumir percebes y de las cantidades aportadas a la creación del depósito. Julián, por pereza, prefirió quedarse con la titularidad de la cuenta corriente, rogándole a ella que se diera de baja cuanto antes, aunque sin prisas. Las cosas estaban resultando demasiado civilizadas para estropearlas por una tontería.

Permaneció asimismo en el piso, por pereza también. Sus ganas de quedarse donde estaba contrastaban con las ansias

de Rosa por comenzar una nueva vida. Durante el reparto, en un momento en el que se cruzaron en el pasillo, ella con un humidificador en los brazos y él con una butaca que trasladaba del cuarto de estar al salón, ella le dijo con ternura:

—Cometes un error. Deberías cambiar algo de lugar, además de la butaca. Cancela, aunque sólo sea eso, la cuenta del Central Hispano y ábrete una en el BBV. Estos movimientos simbólicos tienen más importancia de la que parece.

—¿Y por qué en el BBV? —preguntó él.

—Porque yo me la he abierto en el Santander y no quiero que coincidamos en ningún lugar.

Julián hizo un gesto de escepticismo y se sentó en la butaca, delante del televisor, encendiendo un cigarrillo reseco que extrajo de un paquete de Winston oculto en un cajón desde que tres años antes hubiera dejado de fumar.

A Rosa le sentó muy bien la cuenta

corriente del Santander. De pequeña, había veraneado un par de veces en Cantabria, y cada vez que hacía una gestión en la sucursal del barrio al que se había trasladado recordaba sus playas, sus prados, su humedad. En cierto sentido, aquel paisaje era el horizonte moral hacia el que había que dirigirse de cara a la madurez. Por eso, cuando imaginaba la cuenta de Julián encerrada en el Hispano, un banco cuyo nombre evocaba tendencias centralistas y medio patriotas, sentía un poco de pena por su ex marido, y se preguntaba cómo ella misma había podido soportar tantos años atrapada en aquella entidad.

Un día Julián compró el periódico al ir a la oficina y vio en la primera página, con gran despliegue, la noticia de la fusión entre el banco de su ex mujer y el suyo.

Le hizo gracia y estuvo a punto de enviarle por correo una nota irónica. Finalmente, por la noche decidió llamarla

por teléfono y al otro lado saltó el contestador rogándole que dejara un mensaje.

—Bienvenida a casa —dijo él tras unos segundos de duda, y se sentó a ver la tele en la única butaca que había cambiado de lugar desde que ella se fuera.

El peligro de las esquinas

De vez en cuando regresa uno al barrio de su infancia y encuentra todo tan cambiado que le cuesta reconocerse en ese mundo hasta que un olor, un rótulo, una esquina, le devuelve de golpe al lugar del que quizá no debería haber salido. Hace años fui con mi madre a Galerías Preciados (actual FNAC) y al acabar las compras nos extraviamos por las calles de detrás de la Telefónica, en cuyas esquinas había mujeres para mí del todo incomprensibles.

—No mires —dijo mi madre mientras aceleraba el paso.

Y yo agaché la cabeza, aunque continué indagando de reojo sin

comprender lo que veía y, lo que es peor, sin atreverme a preguntar qué era aquello que turbándome tanto carecía de nombre. Suelo tener muy pocos sueños recurrentes; uno de ellos guarda relación con estas mujeres que le llaman a uno desde las esquinas aparentando que anhelan su sexo cuando por lo visto sólo desean su dinero.

El dinero está por otra parte tan sexualizado que muchos hombres confunden una paga extra con una erección y un golpe de suerte en los negocios con un aumento de la potencia venérea. Lo hemos visto hace poco, con la inauguración del euro. Parecía que estrenábamos otra cosa: un órgano productor de eyaculaciones asombrosas. De hecho, y según los telediarios, todo el mundo hizo negocio con esa moneda invisible. Ahora han adquirido los mercados un tamaño más normal, pero si el euro posee la capacidad de recuperación que se le

supone puede volver a eyacular oro sobre las bolsas en cualquier momento. Lo que todavía no sabemos es si se excita más con las fantasías de dentro o con las imágenes de fuera. Ignoramos, en fin, si se trata de una moneda onanista, como la libra esterlina, o heterosexual, como el dólar americano.

Pero nos hemos desviado del asunto. Hablábamos de las calles y de los cambios que experimentan durante nuestras ausencias. Lo más parecido a ellas, en el periódico, son los anuncios por palabras. Empecé a leer los periódicos por esa sección, husmeando sus rincones tipográficos con la misma actitud con la que se vagabundea por los callejones del casco antiguo de una ciudad desconocida.

Veía, con la misma pasión que los escaparates, las ofertas de trabajo, las ventas de objetos de segunda mano, las demandas de servicio doméstico... Siempre había alguna sorpresa nueva a la

vuelta de la esquina, al atravesar un anuncio. Con los años, aparecieron reclamos nuevos: detectives, contactos personales, astrología, promesas sexuales y hasta gente que pretendía curar la eyaculación precoz a través de teléfono... Lo divertido de ese callejeo impreciso es justamente que al lado de una oración a san Lucas Tadeo puede aparecer una «viuda caliente» o «una modelo de Play Boy» excitándole el euro o la peseta al lector, y junto a ellas, con sólo cambiar de columna, se presenta un señor dispuesto a comprar una residencia de ancianos en Madrid o alrededores.

Hacía tiempo que no visitaba los anuncios por palabras y ayer, al volver a ellos con la frente marchita (ya se comprende que la nieve del tiempo ha blanqueado mi sien) sentí una turbación semejante a la de aquel día en el que nos perdimos mi madre y yo por los aledaños de la Red de San Luis. Ahora, en todas las esquinas de esta publicidad

polvorienta y acogedora, como de casco antiguo y roto, hay fotografías de mujeres ofreciéndose al lector en las posturas más inverosímiles. Ignoro desde cuándo se produce exactamente este fenómeno, pero puedo asegurar que hace tres o cuatro años no se daba. Y los textos también han cambiado mucho. De repente, hay una «ejecutiva» que te lo hace debajo o encima de la mesa de su despacho, donde tú prefieras. Y una «anticuaria» cuyos reveses económicos la han conducido a esta esquina de papel para hacerlo «por la voluntad». Y aparece completamente desnuda una tal Vanesa que asegura ser ninfómana y necesitar sexo a todas horas. Pero lo más sorprendente, al menos desde que yo no visitaba la sección, es el modo en que han llegado hasta nosotros los hábitos sexuales de Clinton y Monica Lewinsky. No sé si se podría calificar el hecho de colonización cultural, pero lo cierto es que muchas demestas mujeres

aseguran hacerlo todo, todo, con la boca.
Observándolas entre perplejo y asustado
me pareció oír la voz de mi madre.

—No mires.

E hice como que no miraba, aunque
continué observándolas de reojo sin
entender qué hacían allí. Y, lo que es
peor, sin atreverme a preguntar.

Normalidad en Barajas

Un compañero de motín, en Barajas, me hizo una revelación sorprendente:

—Este aeropuerto se construyó con una mentalidad bélica. Está en una hondonada, y junto al río, para beneficiarse de la niebla, que es el mejor camuflaje natural.

—¿Me está usted diciendo que se trata de un aeropuerto clandestino?

—En cierto modo, sí. Está hecho para que no se vea desde el aire durante parte del invierno.

—Pero esa situación es un disparate para un aeropuerto civil.

—¿Y quién le asegura que es usted un civil? —dijo con una carcajada.

Por primera vez tuve miedo de que nos militarizaran. En mi juventud había oído hablar de esa posibilidad fantástica. Llegaba alguien con cuatro estrellas en el hombro, te tocaba con una varita mágica inversa y quedabas convertido en un cabo primera.

Miré a mi alrededor y vi a cientos de pasajeros dando gritos frente a los mostradores de facturación, donde los empleados de las compañías habían comenzado a batirse en retirada. Busqué, para aferrarme a algo real, la torre de la iglesia de Barajas, pero al otro lado no se veía más que una gasa blancuzca que se tensaba en algunos puntos, como presionada por un muñón de oscuridad.

—Niebla de puré de guisantes —le oí decir a mi informador—. Es la peor para aterrizar y despegar, pero desde el punto de vista del camuflaje resulta perfecta.

—Pero nosotros no nos queremos camuflar —dije yo—. Nosotros queremos viajar.

—¿Se atreve a despreciar las ventajas de un aeropuerto invisible? ¿Se imagina que ahora mismo tuviéramos que tapar los aviones con follaje?

En esto, avanzó hacia nosotros un grupo de guardias civiles en perfecta formación y yo hui hacia la terminal 3 por miedo a ser militarizado. Ni en mis peores pesadillas se me había ocurrido tal posibilidad. Una señora llena de niños, de bolsas y de dificultades respiratorias corría junto a mí. Me dijo llorando que había perdido a su marido.

—Yo no soy —le dije aterrado. Sólo faltaba que además de hacerme cabo me convirtieran en padre de familia numerosa.

—Ya sé que no es usted, idiota. Se lo digo para que me eche una mano con los niños.

Cuando me disponía a cargar con uno de los pequeños pasó por encima de nosotros un grupo de cincuenta o sesenta pasajeros, entre los que desapareció la

señora con las bolsas y la prole. Por lo visto habían anunciado la salida de un vuelo, de cualquier vuelo. La gente había dejado de mostrarse selectiva. Unas horas antes pretendía volar a Ibiza, a Valencia, a Málaga... Ahora sólo quería salir de aquel aeropuerto infernal a cualquier precio. Quizá tenían miedo de que la niebla se levantara de repente y fuéramos bombardeados por el enemigo. ¿Qué enemigo?, me dije. Entonces apareció dentro de mi cabeza el rostro de Arias-Salgado y comprendí que con un individuo así todo era posible. Después de todo, continuaba construyendo pistas como un loco en un aeropuerto condenado a permanecer oculto bajo la niebla durante buena parte del invierno.

Estaba recuperando mis pertenencias, esparcidas por el suelo, cuando se me acercó un individuo con expresión clandestina y me ofreció cinco tarjetas de embarque de reventa.

—¿Está usted loco? —le dije—. Esto no

es el fútbol.

—Usted verá, pero por un precio de risa podría volar a Londres o a Estocolmo, desde donde hay aviones seguros a Málaga, Valencia, o Nueva York. Esto se va a convertir enseguida en una ratonera.

Militarización, estraperlo, colas, caos, gritos, guerra civil... Todo aquello de lo que venía huyendo históricamente este país se reproducía de súbito en el aeropuerto de Barajas. Abandoné espantado mis bultos, busqué la salida, cogí un taxi al vuelo y regresé a casa hecho polvo.

Mientras me alejaba del escenario de guerra, volví la cabeza y contemplé atónito las luces de aquel aeropuerto clandestino, secreto, en cierto modo inexistente. Esa noche, en *Hora 25*, leyeron un parte de AENA, según el cual, si no habían salido más vuelos era porque las tripulaciones o las aeronaves, al contrario del aeropuerto, no estaban

preparadas. La situación era perfectamente normal. Entonces, ¿qué me pasaba a mí? ¿Por qué tenía aquel cuadro de angustia?

La bolera

En Madrid hay muchos lugares espantosos en los que pasar la tarde durante estas fechas tan señaladas, pero pocos igualan el horror de la bolera, o de las boleras, porque hay varias. Se encuentran en lugares cerrados, sin comunicación directa con el exterior, y están peor iluminadas que la conciencia. Como en la conciencia también, se escucha todo el rato un ruido como de cabezas que chocan entre sí sin que del golpe salga ninguna idea, ninguna absolución. En la bolera puedes pasar la tarde de mirón, tomándote unos perritos calientes reventados y viéndole el culo a los jugadores y jugadoras a la hora de

lanzar. En ningún sitio como en éste ve uno a tanto individuo de espaldas.

Hay quien toma carrerilla, hay quien camina como si diera un paseílo, hay quien anda sin ganas, como por obligación, pero todos se inclinan fatalmente del lado de la bola en el momento de soltarla e intentan dirigir su trayectoria con los ojos, sin perder, hasta que llega a su destino, esa rara postura en que quedaron congelados. Luego se vuelven y uno les ve fugazmente de cara, y se pregunta si preferiría vivir en un mundo con más cara que espalda, o viceversa.

En las boleras suele haber una barra donde va a parar gente rarísima que ni juega ni cuida de nadie que juega. Son perversos que acuden a ese infierno de bolas a contemplar cuerpos. No porque ellos carezcan de cuerpo y quieran saber cómo son esas raras formaciones orgánicas, no.

Curiosamente, el mirador de cuerpos

tiene un cuerpo propio con el que puede hacer lo que le venga en gana. Pero no le llena, y va a la bolera a contemplar los de los otros. Se trata, pues, de un narciso al revés, un perverso, en fin. Pues bien, estos perversos fuman sin parar y observan sin pasión a los adolescentes de espaldas. Curiosamente, no hay una iconografía de la espalda. San Sebastián, sin ir más lejos, siempre sale de frente. Y Cristo crucificado, también. Y las meninas. El perverso va a la bolera a contemplar la espalda de los otros porque no ha logrado todavía ver la suya. Este individuo (varón, indefectiblemente) es también quizá un poco paranoico. Cuando camina por la calle trata de imaginar cómo le verán los que van detrás de él. No sabe que nadie le mira, pero él está convencido de que sí. Por eso es un paranoico, además de un perverso. Los males del alma crecen como hongos. Así que mientras las madres de los preadolescentes que celebran el

cumpleaños en la bolera hablan de los peligros de la anorexia y de la bulimia, de las drogas y el alcohol y el tabaco, el perverso resbala su mirada por las espaldas de los niños y las caderas de las niñas completamente invisible a las obsesiones de las mujeres, convencidas de encontrarse en un sitio inocente en el que ni siquiera se corren peligros físicos, pues las bolas no tienen marcha atrás.

Cuando el perverso se cansa de fumar, de tomar cervezas y de contemplar espaldas abandona el taburete y toma el metro para regresar a casa. El vagón está lleno a esas horas y hay muchas personas de frente; qué le vamos a hacer. El perverso mataría con gusto a los que están de frente, pero él mismo no consigue colocarse de espaldas todo el tiempo. Muchas veces compara el rostro de las personas con sus espaldas y concluye indefectiblemente que la espalda de la humanidad es mejor que su cara. Mejor en todos los sentidos.

Al perverso no le importaría solicitar un favor a las espaldas, pero es incapaz de pedirselo a un rostro que le mira con las aletas de la nariz dilatadas o el ceño fruncido. A su jefe lo odia de frente, pero de espaldas le parece un profesional intachable. Deberían inventarse unas mesas de oficina donde la gente se pudiera sentar de espaldas, hacer la contabilidad de espaldas, comerse el bocadillo de las once de espaldas.

Antes de subir a casa, el perverso entra en la iglesia de su barrio y enciende una vela a san Antonio por el placer de hacer fuego. Entonces ve los confesionarios y se pregunta si sería posible fabricar uno en el que la gente se arrodillara de espaldas sin necesidad de quebrarse los huesos.

Cuando entra en casa, su mujer le pregunta que de dónde viene y él dice que ha habido un problema informático en la oficina. Pero lo dice mientras ella trastea en la cocina, de espaldas a él. Está

enamorado de su espalda, así que cuando se vuelve la odia. Esa mirada, esos pechos, esos labios, le han destrozado la vida. En la cama se pone de espaldas a ella y sueña con un universo en forma de bolera. Y quiere que sea mañana para volver a contabilizar espaldas mientras las madres hablan de la anorexia.

Yo, tú, él

No existe, que un servidor sepa, una historia del delirio. Ignoramos por tanto cuándo irrumpió en la existencia o de qué modo influyó en la historia del progreso. Sí estamos en condiciones de afirmar, en cambio, que casi todas las grandes obras de arte están tocadas de un modo u otro por esta patología. Quizá, por tanto, en la historia de la literatura o la pintura se encuentre, oculta, una historia del delirio. También sabemos que cuando surge, en torno a un delirio equis, un consenso social de proporciones gigantescas, éste pasa a formar parte de la realidad. Por eso no siempre es fácil diferenciar un delirio de

un suceso objetivo. Hay delirios tan bien establecidos que el mero hecho de ponerlos en cuestión puede costar la vida al ponente (véase la historia de las religiones).

En definitiva, que hemos llegado a un punto en el que resulta francamente difícil decir «esto es un delirio, esto no es un delirio», como el que dice «esto es una lenteja, esto es una alubia». La banca mundial (incluso la local), ¿es un delirio? Quizá sí en la medida en que adopta muchas características de la religión. Las sedes centrales de los grandes bancos, por ejemplo, se parecen mucho a los templos por la profusión de mármoles y por el respeto que inspiran al creyente (o impositor). Si usted recibiera una llamada, pongamos por caso, de Emilio Botín o de Francisco González, su turbación sería mayor que si se le apareciera la Virgen (tampoco creemos, con excepciones, a los que aseguran que la Virgen les habla). La banca es un

delirio tan potente que cuando se viene abajo todos los gobiernos acuden a apuntalarla. No hay forma de dejar de creer en la banca sin que se derrumbe el edificio entero. No todo el mundo va a misa, pero todos nos confesamos con el cajero automático dos o tres veces por semana.

Viene esto a cuento de que ayer mismo, mientras me tomaba el gin-tonic de media tarde, un individuo le aseguraba a otro en la mesa de al lado que el «yo» era un delirio, consensuado desde los tiempos más remotos, sí, pero un delirio. Salí del bar con mal cuerpo porque en el fondo me pareció que llevaba razón. El «yo» es un delirio; el «tú» son dos delirios; y el «él», evidentemente, tres delirios. Mundo de locos.

Averías

A mucha gente le parece una condena vivir bajo la amenaza de la muerte. Pero hay sucesos tan ciertos como ella e igual de pavorosos. Todos sabemos, por ejemplo, que un día la lavadora se estropeará e inundará tu cocina y la del vecino. Puede que no sea hoy, ni mañana, ni al año que viene, pero sucederá, no lo dudes: está escrito. También está escrito que el coche te dejará tirado. Y que el microondas dejará de funcionar. Y que al llegar ese momento aciago no encontrarás en cajón alguno la garantía del aparato, ni el teléfono del fabricante, nada. Tampoco darás con un fontanero cuando el desagüe

del lavavajillas se reviente y tengas que achicar agua con la fregona en una mano y el teléfono móvil en la otra. Tan verdad es esto que te digo como que el ordenador sufrirá un colapso la única vez que no hayas hecho una copia de seguridad.

Así las cosas, no entendemos por qué se habla tanto de la muerte y tan poco de las averías. Muchos preferiríamos morirnos antes que enfrentarnos a la reparación de la nevera. Y eso cuando vale la pena repararla, porque, cuando no, es una crueldad llenarla de catéteres y parches que no hacen sino prolongar el sufrimiento de los yogures. Conviene aceptar que también la nevera se tiene que morir, aunque sea alemana, e investigar si hay un modo de deshacerse de ella distinto al de abandonarla clandestinamente en la acera. No estamos preparados para afrontar la propia muerte, es cierto. De hecho, vivimos como si no se hubiera muerto

nadie, pero tampoco nos enseñan a plantar cara a la agonía de los electrodomésticos ni a los achaques de la cisterna del retrete o del calentador del gas, que en el fondo son un reflejo de nuestros achaques.

Si hay alguna verdad fundamental es que todo hijo de mujer padecerá algún drama doméstico a lo largo de su vida. O que cometerá la locura de hacer obras en el cuarto de baño. Pero vivimos como si no, porque si fuéramos conscientes de que la realidad es tan frágil estaríamos mirando todo el día los desagües, que se atascan cuando les volvemos la espalda. El infierno existe y estriba en que se te estropee la calefacción o se te acabe el butano en unas fechas tan señaladas como las presentes. Feliz año.

Ese jersey con cremallera

Yo tenía un jersey de cremallera y cuello alto como el de Francisco García Escalero, el mendigo psicópata. Cuando el domingo pasado vi la foto que publicaba el periódico, en la que aparece cogido de la mano de su hermano, me puse pálido. Aquel niño podía ser cualquiera de los que en los años sesenta dábamos patadas por los descampados y solares colonizados hoy por la M-30. Además, aunque algunos nos hemos librado por los pelos de la mendicidad, continuamos enganchados a la psicopatía. De momento, teníamos un jersey idéntico al suyo. Al principio, recuerdo, aquellos jerséis nos parecían

estupendos; llevaban tanta lana y tanta cremallera o tanto cuello, y tan alto, no sé, que creímos que eran el colmo de la riqueza. Pero enseguida comprendimos que no, porque el mismo día de estrenarlo, al salir a la calle, comprobamos que todos llevaban uno igual. Aprendimos de golpe la diferencia entre uniforme y traje.

Creo que cuando la cremallera penetró en nuestros ámbitos ya estaba un poco desprestigiada entre la clase media. Por eso se devaluó enseguida, por eso, y porque una cremallera, si te paras a pensarlo, es una tontería, o sea, una cosa con dientes que encajan entre sí y que al principio da gusto subir o bajar porque parece que estás cargando un arma. Todavía guardo en los oídos el centelleo auditivo que se producía al cerrarla con la resolución con que otros se colocan un chaleco antibalas. Y en la lengua conservo el sabor especial de la lana mojada o húmeda, de chuparla, porque a

lo mejor no tuvimos chupete y nos agarrábamos a cualquier cosa. Por eso todavía nos chupamos los cuellos de las camisas cuando vemos la tele.

Yo creo que el jersey de Francisco García Escalero, si no es el mío, es desde luego idéntico al que tuve yo unos años antes de que le sacaran esa foto. Y las sandalias también; todavía me duelen las cicatrices que me dejaron sus hebillas en esa ladera del pie que no sé cómo se llama. Además, para qué nos vamos a engañar, también nosotros soñábamos con matar, aunque luego la vida, que es muy rara, nos llevó por otros caminos. Yo recuerdo que estuve a punto de matar a toda mi familia cuando leí un libro de un asesino francés titulado *Yo, Pierre Riviere, habiendo matado a mi padre, a mi madre y a mi hermano*, lo que pasa es que no conseguí nunca reunirlos a todos, de manera que me hice escritor por otras vías. Lo curioso de Pierre Riviere es que, a pesar de ser analfabeto, escribió una

novela corta que te pone los pelos de punta y que interesó a todos los intelectuales franceses de la época. Yo soñaba con eso, con que se fijaran en mí todos los intelectuales franceses, desde Camus a Sartre, pasando por Merleau Ponty y Michel Foucault, pero los pobres se murieron sin que yo hubiera llegado a matar a nadie, ya ven, y no por falta de ganas, que tengo en la cabeza a un par de hijos de perra que tarde o temprano me la pagan. A lo mejor es que me desprendí de aquel jersey demasiado pronto, cuando vi que la cremallera era una cosa de pobres, y al desclasarme con ese centelleo militar que producían los dientes al abrirse, me atonté un poco, porque enseguida empezó a darme pena todo el mundo.

La verdad es que estamos todos un poco tontos, porque en un país normal ya habrían retirado a un novelista para que empezara a escribir la vida de Francisco García, que no tiene nada que

envidiar a la de los personajes de *A sangre fría* ni al de *La canción del verdugo*. O sea, que es que continuamos esperando que nos lleguen de América las novelas que explican el mundo. Es una pena, porque si alguien fuera capaz de levantar, con la habilidad de un Mailer o un Capote, la biografía de Francisco, habría escrito un libro de historia.

Historia de la basura

Todos los días, mientras desayuno, pasa por delante de mi ventana el camión de la basura. Somos muy puntuales el camión y yo, cada uno a lo suyo. Yo lo contemplo con cierta melancolía, porque pienso en la historia de la basura y así, sin darme cuenta, doy un repaso también a mi existencia. No siempre se han depositado los desperdicios en bolsas de plástico. Cuando yo era pequeño, el cubo se forraba por dentro con papeles de periódico. Pero era un arte hacerlo de tal manera que al volcarlo salieran las inmundicias formando un solo cuerpo. Cada uno lo volcaba donde podía. Cerca de mi casa había un

descampado donde yo iba a vaciar el nuestro y a espiar a una huérfana, una traperera, que iba a ver si se nos escapaba entre las porquerías algo de valor. En aquellos tiempos una monda de naranja podía ser un tesoro. Pero como yo estaba enamorado de la huérfana, a veces metía entre las cáscaras una naranja entera, la de mi postre. Mi postre era verla reír.

Luego, un día, llegaron a casa unos señores de uniforme que le hicieron firmar a mi padre unos papeles. En la comida me enteré de que en el futuro se haría cargo de la recogida de basuras un camión del Ayuntamiento. Recuerdo que mi padre elogió mucho aquel avance; según él, el progreso se notaba en cosas así. Nos explicó que en Suecia las autoridades recogían por la mañana las inmundicias domésticas para incinerarlas por la tarde. A mí me habían contado esa semana en el colegio que en Suecia la gente se suicidaba mucho, porque no era feliz a pesar del nivel de vida, así

que decidí que también yo me daría un tiro si el precio del progreso consistía en no volver a ver nunca a mi huérfana.

Desde entonces siempre pensé que era el Ayuntamiento el que se hacía cargo de la recogida de las basuras. Y resulta que no: esta semana me he enterado de que lo hace una empresa privada llamada Fomento de Construcciones y Contratas que, para más señas, es de las hermanas Koplowitz. La verdad es que me he quedado perplejo: no podía imaginar que Alicia y Ester vivieran de la recogida de basuras, igual que la niña aquella de mi infancia. Pensé que los Albertos las habían dejado en mejor situación, o que les pasarían al menos una pensión digna. Y no se han conformado con reducirlas a esa condición: según leo en el periódico, han intentado quitarles también el humilde negocio de las basuras. O sea, que el Ayuntamiento sacó recientemente a subasta la cosa, y ellos presentaron una

propuesta para hacerse con el negocio. Afortunadamente, por una vez ha triunfado la justicia y las hermanas Koplowitz se han hecho con el contrato. El trabajo es muy duro, pero eso les permitirá vivir dignamente, sin tener que pedir nada a nadie.

Para mí, en cierto modo, esto ha sido como regresar a la infancia. Ahora, por la mañana, mientras contemplo por la ventana el camión de la basura, me acuerdo de aquella niña huérfana y me hago la fantasía de que ha crecido, convirtiéndose en dos. Esto no es raro: hay mucha gente que se divide cuando crece. Lo raro es volver a vivir con esta intensidad la infancia. El cubo de la basura ha cobrado de nuevo un significado especial. No se me ocurre tirar en él cosas húmedas, qué asco. Y los cartones de leche desnatada los friego con Fairy antes de deshacerme de ellos, igual que los envases de yogur. En fin, procuro que mi basura esté muy limpia

para que Alicia y Ester no le hagan ascos. Y de vez en cuando, si ando bien de dinero, meto dentro un regalo, no una naranja, que hoy día una naranja la tiene cualquiera, sino un libro de poemas encuadernado en piel, o un perfume. Detalles. En cuanto a los posos del café, me los como porque oscurecen mucho la basura.

El regreso

Maribel Verdú ha vuelto a las marquesinas del transporte público vestida del mismo modo que la vimos marcharse, y ésa es la demostración de que por debajo del caos permanecen los valores esenciales. Puede caer la bolsa, fallarnos nuestro mejor amigo, o derrumbarse el índice Nikkei; nada es seguro, excepto que la Verdú se manifiesta en ropa interior con las primeras lluvias del otoño para proporcionarnos a las ocho de la mañana ese escalofrío de extrañeza que produce un desnudo a la intemperie. Muchas noches, dándole vueltas a la vida en la cabeza mientras cambiamos de lado entre

las sábanas, tenemos la tentación de salir a buscarla para que duerma en el sofá del salón, pero no puede ser porque está atrapada entre dos láminas de cristal selladas con procedimientos herméticos. Y aun en el caso de que rompiéramos el vidrio, como hacen algunos desesperados los fines de semana, no lograría salir, puesto que se encuentra en una dimensión fotográfica de la que no se ha inventado el modo de escapar sino para caer en las angostas redes de Internet.

Entre tanto, en la calle, y al abrigo precisamente de la marquesina que se ve desde mi dormitorio, ha parido estos días una perra, produciendo un arrebató místico en la vecina:

—No se comprende a los ateos cuando uno ve estos espectáculos de la naturaleza —me dijo.

—¿Y cómo negar la existencia del diablo —añadí yo— frente a este anuncio de sujetadores?

La señora estuvo de acuerdo conmigo en líneas generales, pero se fue a buscar a su marido y entre los dos rescataron a los animales de la intemperie, mientras yo fingía esperar el autobús.

—Cuando sea millonario —le dije a Maribel una vez que nos quedamos solos—, me compraré una casa enorme, y en el medio del salón, que mantendré a una temperatura constante las 24 horas del día, colocaré una de estas marquesinas con tu foto y me sentaré a leer el periódico hasta que llegue el autobús.

—Pero no llegará nunca —dijo ella desde su dimensión fotográfica.

—De eso se trata. Lo peor de los autobuses en esta época del año es que nos arrancan de tu compañía como la uña de la carne.

—¿Con qué sujetador crees que estoy mejor, con éste o con el amarillo?

—El amarillo es más espectacular, pero éste me parece más conmovedor. Se te ve menos frágil, como si las heladas y

las lluvias nocturnas no te afectaran tanto.

—El frío es el mismo con uno que con otro, así que no digas cosas raras. A mí lo que me hace tiritar son los monólogos interiores de la gente. Y el uso que dan a los teléfonos móviles. Lleva cuidado, que por ahí viene un cura.

En efecto, se puso un sacerdote a mi lado y nos tuvimos que callar. Al rato, viendo que el religioso levantaba disimuladamente los ojos de su libro de rezos para mirar a Maribel, dije:

—¿Verdad que no se comprende la existencia del ateísmo frente a estas manifestaciones de la lencería?

El cura se alejó un poco y produjo un bisbiseo venéreo con el movimiento de los labios. Luego llegó una señora coja y al poco apareció el autobús. Lo tomé porque me había quedado frío, y fui hasta Diego de León revisando el estado de las marquesinas en las que se manifiesta Maribel. Tomé nota de una

con los cristales rotos en la avenida de América, y de otra donde la humedad había penetrado en el interior de la urna causándole una dermatitis en el hombro derecho, junto al tirante del sujetador. Telefoneé al Ayuntamiento desde una cabina, para que arreglaran cuanto antes los desperfectos, pero creo que no me hicieron caso. Pretendían que hiciera un parte por escrito o algo así.

Luego me senté en otra marquesina y estuve haciendo compañía a Maribel, aunque no pudimos hablar, porque había gente con monólogos interiores y teléfonos móviles. Entonces recordé los tiempos en los que una ardilla podía recorrer la Península de norte a sur saltando de árbol en árbol del mismo modo que yo podía ahora atravesar Madrid yendo de una foto a otra de la Verdú sin caerme, y me pareció ver en el paralelismo de estas redes una verdad fundamental. Dios no juega a los dados, sino a la moda. El caso es, a lo mejor, que

existe. Buenos días.

Las maletas y la muerte

Los muertos y las maletas están curiosamente asociados. En los accidentes de automóvil, junto al cadáver, siempre hay una maleta abierta, con las tripas al aire. Echándoles un vistazo a esas vísceras, sobra hacer la autopsia al conductor. Hay maletas para un día, para un fin de semana, para un puente, y para toda la eternidad. Las maletas de los puentes largos se piensan para una semana, pero si uno las observa atentamente, enseguida advierte que estaban preparadas también para llegar al más allá. ¿Qué hace, si no, esa corbata oscura entre todas las prendas deportivas? ¿Por qué los zapatos negros,

de cordones, si íbamos a estar todo el tiempo en el campo?

¿Y a quién se le ocurriría meter una sartén entre las camisas? Sólo a alguien con miedo a llegar, en vez de a Benidorm, a un lugar en el que habría que empezar de nuevo, desde abajo.

Es sabido que en los accidentes aeronáuticos mucha gente perece porque regresa a coger su maleta entre las llamas. Quizá parezca absurdo, pero lo cierto es que podemos vivir sin otros órganos, pero no sin maleta. Uno conoce a gente a la que han extirpado la vesícula, el estómago, el intestino, el apéndice, pero no sabemos de nadie a quien hayan extirpado la maleta y continúe vivo. Cuando te echan de casa, te ponen la maleta en la puerta. Muchas de esas personas que acaban de quedarse a la intemperie parecen en realidad zombis, muertos en vida. Los ves por las grandes ciudades, pidiendo limosna con una mano mientras se aferran a la maleta con

la otra, y te das cuenta de que están en el penúltimo escalón. Para saber cuánto van a durar, no hay que hacerles un chequeo médico: hay que revisar las pertenencias de su maleta. Ahí se ve todo mejor que en los posos del café.

En las fotos que nos llegan de Grozni se ven muchos muertos, pero también muchas maletas. Maletas de cartón, de tela, de piel, incluso maletas de madera. Cuando las maletas se manifiestan de ese modo, en masa, es porque está a punto de producirse una masacre. Las maletas y la muerte siempre han estado extrañamente anudadas.

Chuletas de palo

Trato de imaginar que soy una de esas personas que mata a otra porque le han rayado el coche, es decir, por un quítame allá esas pajas, que viene a ser lo mismo. A ver, me pongo en situación: supongo que salgo de mi casa, me acerco a mi automóvil, estacionado en las cercanías y, ¡maldición!, tiene una raya en un costado. Intento cabrearme mentalmente, pero no me sale, joder, no me sale, no me sale. ¿Me pasa algo raro? ¿Soy anormal? Venga, hombre, finge que te duele como una herida en la ingle. Una herida en la ingle, una herida en la ingle; eso me pone. ¿Quién rayos me ha provocado esta herida? Miro a un lado, a

otro, y observo a un tío saliendo de una panadería con cara de culpable.

—Usted me ha rayado la ingle.

—No, señor, yo sólo le he rayado el coche.

—Perdone, me he equivocado de persona.

Cuando llego a la esquina me doy cuenta de que tenía que haberle matado también por rayarme el coche. Por otra parte, si fuera una persona normal, de las que confunden su coche con su pene, le habría matado de todos modos, por la cercanía entre el automóvil y la ingle, o entre el pene y el coche o entre la ingle y el pene, no sé, me hago un lío. No sirvo para matar, racionalizo demasiado las cosas. Doy la vuelta para buscar al individuo que sólo me había rayado el coche (no la ingle ni el pene), pero ya no está, se ha fugado con la barra del pan debajo del brazo. Qué desastre de hombre (yo).

Tras este duro ejercicio imaginativo,

me levanto del sofá, voy a la cocina y bebo un vaso de agua con expresión meditativa. Si no logro ponerme en los zapatos de quienes matan porque les han rayado el coche, jamás podré escribir sobre asesinos en serie. Salgo a la calle, doy una vuelta a la manzana, me meto en un bar. A mi lado, en la barra, dos hombres conversan.

—O sea —dice uno—, que le pido chuletas de palo y me dice que tiene que meterme también alguna de riñonada. Pero si yo las quiero de palo, insisto, yo soy el comprador y usted el vendedor, y usted tiene que darme lo que yo le pida. Y dice el tío que tiene que dar salida también a las de riñonada.

Lo he resumido. El hombre lo contaba con más detalle. Escuchándole, veías la carnicería, los corderos muertos, las morcillas, las moscas, los chorizos... A medida que se adentraba en el relato, el hombre iba poniéndose rojo de ira, como si estuviera viviendo de nuevo la

situación. Ahí es nada, un carnicero que por cada cinco chuletas de palo te da una de riñonada... ¿Es o no es para cabrearse?

—¿Y cuándo dices que te ocurrió eso?

—pregunta el interlocutor.

—No sé, hace dos o tres meses.

Hacía dos o tres meses y todavía le duraba el cabreo. Me quedé asombrado. Imaginé al hombre metiéndose en la cama cada día con la historia de las chuletas en la cabeza. Lo vi contándosela a sí mismo una y otra vez, alimentando un odio infinito hacia el carnicero, al que no mató, dijo, porque tenía un cuchillo así de largo en la mano. Me pregunté si yo era de esa clase de persona capaz de matar a un carnicero por culpa de un par de chuletas de riñonada. Salí a la calle, caminé un poco y entré en el mercado del barrio. Me acerqué a la carnicería y pedí un kilo de chuletas de palo. El carnicero puso manos a la obra. Enseguida advertí que de vez en cuando

introducía una chuleta de riñonada.

—Oiga, oiga —dije—, que le he pedido chuletas de palo.

—Es que también he de sacar las de riñonada —respondió el hombre en buen tono.

—Claro —añadí yo haciéndome cargo.

Pagué, me fui a casa con las chuletas, las freí y me comí tres o cuatro dándole vueltas a la situación, para ver si me entraba el cabreo. Pero no me entró, incluso me gustaron más las chuletas de riñonada que las de palo. Entonces sonó el teléfono. Lo descolgué. Era mi madre. Estaba indignada por algo que no entendí y que me pareció una nadería.

—¿Y a ti qué te parece? —dijo.

—Pues que es una tontería, mamá, no te disgustes por eso.

En qué momento se me ocurrió decirle que no se disgustara. ¿Y qué iba a hacer ella si no se disgustaba? Creo que me llamó calzonazos antes de colgar, pero tampoco me ofendió. Si acaso, me

dio pena. Al día siguiente, cuando cogí el coche para ir a trabajar, descubrí que tenía una raya en el costado. Miré a un lado y a otro, para ver si había algún sospechoso cerca, pero todo el mundo iba a lo suyo. Me metí en el coche, arranqué, puse la radio y al rato se me olvidó la raya. ¿Soy o no soy un desastre?

Reclamar

La competitividad ha acabado, paradójicamente, con el servicio de posventa. Ahora las empresas rivalizan por ver quién trata peor al cliente tras el coito. Con ello, ha desaparecido también la pequeña venganza de cambiar de proveedor, puesto que todos los bancos te tratan igual de mal; todas las compañías telefónicas te dejan tirado una vez que firmas el contrato; todas las empresas aéreas se lavan las manos después de haberte vendido el billete. A lo más que puedes aspirar, si la marca que te ha estafado tiene un logotipo grande en su fachada, es a descargar tu ira en una línea 902, donde se concentra lo

que pomposamente llaman la Atención al Cliente.

Pura retórica. Si investigas un poco, te darás cuenta de que el teleoperador (así los llaman) no sabe si trabaja en una tabacalera o en una planta atómica. Lee de manera mecánica unas respuestas absurdas de la pantalla de un ordenador. Si tu protesta se sale del formato, te desvía a un supervisor que añade algo un poco más absurdo a lo ya dicho hasta que cuelgas el teléfono en defensa propia. La ira te puede salir muy cara, porque las líneas 902, al ser especiales, tienen un sobreprecio que paga el que llama, o sea, el damnificado. Por otra parte, la persona a la que gritas con desesperación, además de ignorar de qué le hablas, no está ahí para arreglarte la vida, sino para recibir con paciencia tus improperios. No la han contratado para ayudarte, sino para soportarte. Mide tus palabras: podrías estar insultando a tu hijo o al hijo de un amigo que ha hecho

un máster en biología molecular, aunque, como es lógico, ha acabado atendiendo un teléfono en el que la gente le grita cosas que no entiende por 60.000 pesetasal mes.

Antes se hablaba mucho de fidelizar al cliente. Con ese verbo horrible se quería decir que las empresas intentaban seducirle a uno para que siempre comprara el coche o la lavadora de la misma marca. Pero ahora, del mismo modo que sólo buscan trabajadores temporales que no sepan si venden material quirúrgico o cuchillos de cocina, sólo les interesan los clientes ocasionales que no tengan tampoco mucha idea de si lo que compran es un horno o un lavavajillas. En cuanto a la gasolina, bajará cuando aumente la competencia.

Técnicas de mercado

Las puertas del metro se abrieron y entró un hombre con el rostro oculto tras una careta del pato Donald que fue a colocarse en un extremo del vagón para dirigirse desde allí al público.

—Buenos días, señores y señoras. Disculpen el disfraz, pero me da vergüenza que me vean la cara, pues soy una persona relevante a la que la vida ha arrojado cruelmente a la mendicidad. Les pido una ayuda en compensación por los buenos ratos que en otra época les he hecho pasar cada vez que encendían la televisión. Dios no quiera que ninguno de ustedes ni de su familia se vea obligado a ocultarse de este modo para

conseguir un pedazo de pan.

Dicho esto, el hombre atravesó el vagón con la mano extendida bajo la mirada curiosa de la gente. A mi lado iban dos señoras que se habían subido en Ciudad Lineal con unas bolsas de la compra llenas de pimientos rojos.

—Es Torrebruno —dijo una de ellas.

—Pero si Torrebruno murió hace un par de años o tres —respondió la otra.

—Por eso va con la careta, para que no nos demos cuenta de que está muerto.

Las dos mujeres se echaron a reír estrepitosamente y yo mismo no pude contener una media sonrisa al imaginarme a Torrebruno apareciéndonos en el metro a estas alturas de la vida.

Junto a este arranque de humor sentí no obstante un escalofrío y después de entregarle una moneda con cierta aprensión, no pude dejar de mirarle mientras se alejaba de espaldas con la goma de la careta atravesándole la nuca:

me pareció que había conseguido más dinero del que habitualmente logran los indigentes en el metro, y cuando llegamos a Quintana fui detrás de él hasta el siguiente vagón donde dijo lo mismo antes de extender la mano.

Nadie hizo en esta ocasión ningún chiste. Por el contrario, la gente miró al hombre de la careta con respeto y la mayoría hurgó en sus bolsillos en busca de unas monedas. A todo esto, quizá por sugestión, me pareció que su voz me sonaba de la tele o quizá de la radio, efectivamente, pero no conseguí ponerle un rostro.

En cualquier caso, poseía un timbre muy convincente y tenía cierta capacidad para seducir más por la vía de la solidaridad que la de la pena. En Ventas volví a seguirle por curiosidad hasta el siguiente vagón, observando que un par de jóvenes en los que ya había reparado anteriormente hacían lo mismo.

No sé por qué, se me ocurrió que

había entre los jóvenes y el indigente de la careta una misteriosa conexión. Los dos tomaban notas en un bloc de espiral y me pareció que hacían comentarios críticos sobre la actuación del pedigüeño. Me acerqué disimuladamente a ellos en el momento en el que uno decía:

—Es que este Gutiérrez es un genio, no me digas que no. Ha conseguido más de dos mil pesetas en un rato.

En Pirámides no tuve más remedio que bajarme, pues llegaba tarde a una cita, pero el suceso continuó persiguiéndome todo el día. Por la noche se lo conté a un vecino con el que suelo tomar una cerveza antes de cenar y me dijo que el pato Donald y los otros dos jóvenes eran estudiantes de una escuela privada de negocios de mucho prestigio.

—Un sobrino mío —añadió— estudió Empresariales en la Complutense y ahora está haciendo un máster en esa escuela. Salen con una formación increíble.

Por lo visto, uno de los ejercicios consistía en desarrollar acciones de marketing para ver qué alumno lograba pedir limosna con mayor eficacia.

Y había ganado el tal Gutiérrez, obteniendo con su original acción unos beneficios equivalentes al salario medio de un médico especialista. En segundo puesto había quedado una chica que pedía limosna de espaldas, detrás de un cartel en el que había escrito: «Mendigo de espaldas porque se me cae la cara de vergüenza.»

Siempre me fijo mucho en la gente que pide dinero en el metro, porque no sabe uno cómo van a irle las cosas ni lo que vamos a necesitar en el futuro, pero no me había imaginado que la mendicidad formara ya parte de las reglas del mercado hasta el punto de ser estudiada por las escuelas de marketing.

Desde entonces me fijo más y he notado que los pobres ya no me conmueven por su aspecto, o por la

historia que cuentan, sino por su agresividad comercial. Antes era un mero usuario de la pobreza, pero ahora me he convertido en un crítico y no sé si me gusta.

Comprender el mundo

Ya sé lo que es un socialdemócrata, de manera que estoy a punto de comprender el mundo. Un socialdemócrata es un señor que está a favor de los derechos humanos, aunque ello no le impide defender la organización económica que los vulnera, y es que el socialdemócrata es, por encima de todo, un liberal. Se puede decir al revés y resulta lo mismo: un socialdemócrata es un señor que está a favor del progreso económico sin que ello le impida denunciar con energía los excesos de esa progresión sobre las clases menos favorecidas.

El socialdemócrata en lo que más cree

es en el individuo, pero no ignora que allí donde el individuo falla debe estar el Estado para poner un parche. Esto también se puede decir al revés y queda bien: un socialdemócrata es aquel que está dispuesto a jugarse la vida en la defensa del Estado, siempre y cuando ese Estado no recorte la iniciativa individual.

El socialdemócrata debe estar dispuesto a todo, absolutamente a todo, en la defensa de las libertades. Desconfiad de los socialdemócratas con escrúpulos, de los que son incapaces de reconocer que también la democracia tiene alcantarillas: son rojos encubiertos o fascistas reciclados que se ocultan bajo la capa de la honestidad para confundir a las mentes ingenuas. El socialdemócrata, en fin, es un tipo tan liberal que, aun creyendo en la justicia y en el progreso, puede comprender la necesidad de sus contrarios. Los socialdemócratas siempre son tolerantes con los que no lo son, porque creen que hay personas

equivocadas tan honestas y solidarias como un socialdemócrata. En esto, se parecen a la Iglesia: Tarancón acaba de decir lo mismo de algunos agnósticos. Y es que la socialdemocracia es como una Iglesia, donde lo mismo se puede castigar el aborto con la pena de muerte, que combatir el fuego con las llamas de la Inquisición. La socialdemocracia, como la Iglesia, no tiene miedo a contradecirse porque no es dogmática. Por eso dura tanto, porque la socialdemocracia es un chollo.

La hora de comer

Cada vez que se cumple algún aniversario de la llegada del hombre a la Luna, me llaman de la radio y me preguntan que qué hacía yo mientras sonaba en todo el mundo la frase histórica del pequeño paso para un hombre, pero un gran paso para la humanidad. Y digo lo mismo, claro, porque las cosas son como son y yo siempre he estado más interesado en labrarme un porvenir que en forjarme un pasado. O sea, que me estaba comiendo un bocadillo de calamares fritos en un bar con el suelo lleno de cáscaras de mejillones y cabezas de sardinas. Tenían encendida en un extremo de la barra una

televisión grasienta hacia la que mirábamos todos porque nos habían dicho que se trataba de un acontecimiento histórico, aunque lo verdaderamente histórico para nosotros habría sido que el bocadillo fuera de jamón de Jabugo, o, mejor aún, que no hubiera sido un bocadillo, sino un chuletón de Ávila, pongo por caso, con pimientos fritos.

Dirán ustedes que Armstrong no pisó la Luna a la hora de comer, pero es que yo lo vi en diferido, al día siguiente, y pensé que sucedía en ese momento, de manera que cada vez que contemplo aquellas imágenes, se me repite el bocadillo de calamares, que estaban fritos en un aceite que merecería haber sido de colza. No me pareció mal que el hombre llegara a la Luna, sino que tenía la sensación de que se trataba de un asunto que no me concernía. A veces se da este divorcio entre lo histórico y lo personal, como entre la macro y la microeconomía,

que cada una va por su lado, qué le vamos a hacer.

Es sabido que hay quien hace la historia y hay quien la padece. La habilidad de quienes la hacen consiste en hacer creer a los que la padecen que son protagonistas de algo. Pero no es cierto: aquel pie que pisó hace no sé cuántos años el improbable suelo lunar no era el mío. Mientras se pisaba la Luna, en este planeta nuestro se pisoteaban demasiadas cosas. Aún se pisotean. Y la hora de comer continúa siendo la hora del hambre para mucha gente. Eso es lo histórico. Vale.

Vaya por Dios

Están creciendo como hongos las agencias que facilitan las relaciones interpersonales. O sea, que si a usted le da pereza conocer gente por los sistemas de toda la vida, se apunta a una de estas agencias y le dan el conocimiento hecho; con la ventaja, además, de que sólo le relacionan con gente de su clase. Es decir, que si usted es rico, le ponen en comunicación con ricos; si inteligente, con inteligentes; si alto y delgado, con altos y delgados y así de forma sucesiva. Por eso, lo primero que le hacen es una ficha, para conocer sus gustos. Si a usted le gusta la novela francesa del siglo XIX, le ponen en contacto con especialistas en

Flaubert.

Ahí es donde este tipo de agencias suele fallar. Yo conozco a muchos aficionados a la novela del XIX, o eso dicen, que lo que les gusta es el ambiente de la prostitución.

Los gustos son una cosa muy rara. El otro día leí unas declaraciones de una adicta al Opus Dei en las que afirmaba que monseñor Escrivá tenía el culo duro de azotárselo. Por lo visto, llevaba un cilicio portátil y en cuanto tenía un rato se metía en cualquier sitio y se azotaba. Un vicio como otro cualquiera. En Irán, sin embargo, los azotes se utilizan para castigar a la población. Ahora mismo acabo de leer en el periódico que un periodista de aquel país ha sido condenado a recibir 74 latigazos por mentir. Lo que para unos es un castigo, para otros es una delicia.

Por eso es importante que te hagan bien la ficha. Si te gusta flagelarte, te gusta flagelarte y ya está. A lo mejor

tienes la suerte de coincidir en la misma agencia con un juez iraní y te arreglan la vida. El problema, por lo visto, es que algunas personas mienten y entran diciendo que lo que más les gusta es la novela francesa del XIX, cuando con lo que de verdad disfrutan es con el *reality show* español del XX. Y así no hay manera de entenderse.

Por eso, según oí en la radio, no somos felices: por utilizar poco estas agencias y por mentir sobre nuestros gustos cuando nos decidimos a hacerlo. Vaya por Dios.

Una chica sin acreditación

Esta semana no he estado de suerte, la verdad, quizá porque el martes fue también 13, el caso es que sólo me ha tocado un apartamento en la playa, una bicicleta de montaña, tres televisores y un fin de semana en Alcocéber. A mí me tocan muchas cosas porque trabajo en casa y cojo el teléfono siempre que suena, por si me llaman de Hollywood para encargarme un guión de psicópatas. Pero el teléfono sólo suena ya para que una señorita te diga que eres un afortunado porque te acaba de tocar un apartamento en régimen de multipropiedad. Lo del apartamento está bien; lo malo es que para hacerte cargo de estos bienes has de

pasar un fin de semana en lugares absurdos y soportar reuniones de las que no te dejan salir hasta que les compras una enciclopedia. Claro que si al final caes y firmas, te regalan dos apartamentos más en Torrevieja. Yo nunca he estado en Torrevieja, pero por las cosas que leo en los anuncios y por los apartamentos que me tocan continuamente allí, tiene que ser un lugar infernal.

Así que me tocó un apartamento, ya digo, pero lo rechacé. Le expliqué a la señorita del teléfono que soy prácticamente el dueño de Torrevieja y que no deseo poseer más riquezas infernales por ahora. Al día siguiente sucedió lo de la bicicleta de montaña y también renuncié. Por los televisores, como comprenderán, no voy a molestarme después de haberme desprendido de los apartamentos, ¿dónde iba a meterlos? Además, para hacerme cargo de ellos tenía que asistir

previamente a la presentación de una enciclopedia juvenil en un hotel con aire acondicionado, y a mí el aire acondicionado me acatarra.

Una mala semana, ya digo; no hacían más que tocarme porquerías y encima no me llamaron de Hollywood para lo del guión: a lo mejor tengo que ir renunciando a ese sueño y retirarme a Torre vieja para convertirme yo mismo en un psicópata. Sin embargo, el viernes comenzaron a arreglarse un poco las cosas. Estaba escribiendo una historia de violadores para Hollywood, porque me gusta tener preparadas las cosas antes de que me las pidan, cuando sonó el timbre de la puerta. La abrí, con gesto de fastidio, para espantar enseguida al mendigo de turno o al vendedor de máquinas de coser, y me encontré al otro lado con una mujer menuda cuya sonrisa me fascinó por algo que no sé.

—Sólo serán dos minutos — me dijo.

La invité a pasar, pero se ve que

mi aspecto le dio miedo, porque cuando escribo guiones de locos para Hollywood se me ponen los pelos de punta y se me extravía un poco la mirada.

—Podemos hacerlo aquí mismo —añadió—. Es un instante. Soy del Ayuntamiento y estamos realizando una encuesta. ¿Conoce usted algún cementerio de Madrid?

—Todos —respondí con expresión sombría.

—¿Y le parece que los cementerios de nuestra Comunidad están dotados de las medidas de seguridad necesarias?

—A mis seres queridos, que yo sepa, no les han robado hasta ahora ningún hueso.

—Nada más, muchas gracias. Dígame su nombre.

Se lo di y desapareció por la escalera antes de que se me hubiera ocurrido pedirle la acreditación. O sea, que lo más probable es que no fuera del Ayuntamiento, sino de una empresa

privada que quizá va a montar un cementerio en la Comunidad y está haciéndose con un fichero de la gente con más probabilidades de suicidarse. Así que un día de éstos me comunicarán por teléfono que acaba de tocarme, en régimen de multipropiedad, un sepulcro con sistema de apertura retardada, es decir, una tumba segura en la que podrán descansar mis restos un mes al año, o dos, si se acostumbran a reposar en temporada baja. Lo malo es que para hacerme cargo de ella tendré que asistir a una reunión con aire acondicionado en la que me regalarán un apartamento en Torre vieja. ¿Y para qué quiero yo un nicho en Torre vieja teniendo una tumba como Dios manda en Madrid? ¡Menuda historia de psicópatas para Hollywood! A ver si me llaman.

El móvil

El problema de comprarte un teléfono móvil es que luego no te llamen. El otro día me invitó a comer un viejo amigo que nada más sentarse a la mesa colocó sobre el mantel su teléfono con el gesto con el que un policía habría colocado su pistola o un matón sus atributos sexuales. Yo me asusté un poco al principio, aunque no le debía nada: habíamos quedado en aquel restaurante para recordar viejos tiempos y hacer un repaso amable a nuestras vidas. Luego, cuando nos sirvieron el vino y los aperitivos, intenté olvidarme del trasto, aunque no era fácil, pues estaba muy cerca de mi copa y parecía una cucaracha muerta.

En cualquier caso, quien no podía olvidarse de él era mi amigo, que cuando llegó el primer plato comenzó a mirarlo con odio, porque no sonaba. A partir de ahí, la comida se convirtió en una pesadilla, pues la tensión no dejó de aumentar. Uno no puede colocar un móvil sobre la mesa y que luego no suene sin sentirse profundamente humillado. El caso es que tengo una capacidad innata para hacerme cargo de las humillaciones de los otros, así que comencé a pasarlo peor que él. Cuando nos sirvieron el postre, habría dado todo lo que tengo porque el teléfono sonara, pero tengo muy pocas cosas y no sonó. Mi amigo estaba verde. Entonces llegó el café y se me ocurrió una idea: le agradecí que hubiera desconectado el teléfono para que pudiéramos hablar con tranquilidad. Aquello no sirvió sino para aumentar su sensación de fracaso, pues era demasiado evidente que me había invitado a comer para mostrarme cómo despachaba

asuntos urgentes a través de la cucaracha inalámbrica.

Al despedirnos, se le saltaron dos lágrimas que atribuyó a la emoción de la despedida, aunque los dos sabíamos que lloraba porque no le habían llamado. No puedes comprarte un móvil si no tienes garantizado que suene seis o siete veces durante una comida: es muy humillante. Para solucionarlo, Telefónica tiene un servicio despertador que puedes programar para recibir una llamada tras otra con intervalos mínimos de un cuarto de hora. No hay más que telefonar al 096 y marcar, con cuatro cifras, la hora a la que quieres que te avisen. Sale caro, pero es muy eficaz. Tomen nota.

Primer aviso

El otro día, en el contestador automático de mi teléfono, una voz angustiada había dejado el siguiente mensaje: «Mamá, soy yo, Cristina, que si puedo cenar hoy en tu casa, sólo te llamo para eso, para saber si puedo cenar contigo esta noche, avísame, por favor, no dejes de avisarme, estaré toda la tarde aquí, soy Cristina.»

Evidentemente, no soy la madre de Cristina, así que se quedó sin cenar la pobre, y yo también, pues no fui capaz de freír un par de huevos conociendo el drama de esa pobre chica. Algunas voces anónimas son como microorganismos que te infectan el día, y no hay Frenadol que

las pare.

Al día siguiente de lo de Cristina llegué a casa, le di a la tecla del contestador y alguien dijo: «Pedro, que lo de Luis, por fin, era maligno y encima Marisol se ha roto un brazo. A mamá no le hemos dicho nada todavía porque con las crisis respiratorias que tiene últimamente no lo soportaría. Nacho, por fin, va a repetir el COU.» Evidentemente, tampoco soy Pedro, no conozco a Luis ni a Marisol, y me importa un rábano que Nacho repita el COU, pero me amargó la vida esa acumulación de desgracias ajenas, qué quieren que les diga. Cuando llevas dos días seguidos escuchando mensajes de este calibre, el receptáculo donde se aloja la cinta del contestador empieza a parecerse un nicho ecológico donde se reproducen microorganismos perjudiciales para la salud emocional, así que desinfecté la cinta, pero al regresar del trabajo escuché: «Miguel, es la última vez que me das un plantón porque

esta misma tarde me voy a suicidar.»
Tampoco soy Miguel, pero estuve tres días con mala conciencia buscando una muerte violenta en la sección de sucesos, y así no se puede vivir.

De manera que hoy, decidido a defenderme, he marcado al azar unos números hasta dar con un contestador en el que he grabado el siguiente mensaje: «Marta, que vengas enseguida porque Manolito se ha caído por el hueco de la escalera y Ricardo se ha tragado una cuchilla de afeitar, pero no me puedo mover de casa porque no tengo con quién dejar al bebé. Date prisa.» Ha sido un desahogo, la verdad, me he quedado más ancho que largo. Y pienso subir el tono si la guerra se prolonga. El que avisa no es traidor.

Ulises

Cada español vio el año pasado una media de 22.000 anuncios. Así que a simple vista, sin echar mano de la calculadora, es como si nos fusilaran 2.000 veces al mes, unas sesenta al día. Cruzas por delante de la tele para rescatar de los suburbios de la librería un libro de poemas y recibes seis ráfagas o siete que te dejan en el sitio, aunque tus deudos no lo adviertan: también ellos han sido ejecutados varias veces desde que se levantaran de la cama. Con el libro en la mano vuelves sobre tus pasos, y mientras abandonas la habitación decidido a no volver la vista a la pantalla, el electrodoméstico continúa

ametrallándote a traición no para que caigas, no es tan malo, sino para que, verticalmente muerto, salgas a la calle a comprar una colonia, un coche, unas gafas de sol, un cursillo de inglés, una hipoteca o una caja de compresas extrafinas y aladas congeladas para amortizar la inversión del microondas.

Ya en la parada del autobús abres el libro y tropiezas, lo que son las casualidades de la vida, con unos versos de Ángel González que se refieren a los reclamos publicitarios de la civilización de la opulencia: «No menos dulces fueron las canciones / que tentaron a Ulises en el curso / de su desesperante singladura, / pero iba atado al palo de la nave, / y la marinería, ensordecida / de forma artificial, / al no poder oír mantuvo el rumbo.»

Si miras alrededor, verás otros Ulises atados, como tú, al palo de un libro. Sólo que esto es un autobús y no una nave, y que en lugar de regresar a Ítaca vuelves a

la oficina. Cómo no caer, aunque sea un instante, en la tentación de escuchar lo que dice la sirena de Calvin Klein, de Mango, o de Winston, que te susurra al oído obscenidades cancerígenas. Veintidós mil anuncios, 2.000 al mes, unos sesenta al día. No hay héroe capaz de resistirlos ni Penélope que lo aguante. Estamos listos.

Fusión

Cuesta imaginar al Santander y al Central Hispano fornicando, sea en la postura del infiel o en la del misionero. Espero que el National Geographic dedique un monográfico a este apareamiento brutal, de duración todavía indeterminada. Una vez vi en la tele la cópula entre dos elefantes de distinto sexo y tardaban horas en acoplar sus moles. Entre tanto, gemían con una desesperación tal que la selva se quedaba absurda, como un domingo por la tarde. Pero no es preciso irse tan lejos: a un par de adolescentes delgados les puede llevar lo suyo ensamblar las diferencias.

Por lo visto, los dos bancos habían

estado manoseándose durante meses los recursos humanos, las estrategias comerciales, las divisiones de patrocinio y las glándulas económico-financieras. Y al tocarse con la delicadeza característica del mundo animal estos y otros órganos todavía más recónditos, gemían como dos armarios de tres cuerpos en celo. El Central, al alcanzar el clímax, tenía duros, como piedras, los efectivos de caja, mientras que al Santander se le humedeció de gusto toda la contabilidad digital. Aun así, no dejaron de decirse cochinas a propósito de nuestros créditos hipotecarios, cartillas de ahorro y otras vesículas que hemos aportado a la unión. Cuando el mugido de placer llegó a la prensa, nos quedamos atónitos, como un grupo de roedores presenciando el apareamiento de dos rinocerontes.

Hemos observado, conteniendo el aliento, el abrazo de Botín y Amusátegui, y se notaba que sólo se quieren por su dinero (que, curiosamente, es el nuestro).

Da lástima que estímulos tan bajos sirvan para crear uniones más duraderas que el amor. Dos jóvenes se besan en la esquina de mi calle y no saben los pobres dónde meter las manos, como si temieran tocarse la cuenta corriente en lugar del corazón.

La piedra de Sísifo

Cuando todos los bancos se hayan fusionado y no haya más que un banco, cuando todos los hipermercados sean un solo hipermercado verdadero, cuando el mundo haya devenido al fin en una gran superficie con un solo periódico y un solo Estado y un acontecimiento único (ya decidiremos cuál más tarde), necesitaremos también un idioma universal, y ahí es donde aparece el esperanto, mal llamado inglés por las escuelas de idiomas que te lo enseñan en diez meses. En diez meses sólo se aprende el esperanto, que es una lengua construida pieza a pieza como el motor de un coche. Pero no nos pongamos

exigentes. Cuando todas las academias de la lengua se fundan entre sí y no haya más que una, como debe ser, ya decidirá su único académico si lo que hablamos es inglés o esperanto. Lo importante no es el nombre de las cosas, sino que sólo haya una de cada, es decir, un pensamiento único y una neurona única para que no nos demos cuenta de que los que se fusionan por la tarde acaparando todo el alfabeto para las empresas resultantes (BBVA pongamos por caso) son los mismos que dan vivas por la mañana a la competencia y al libre comercio. En qué quedamos.

En todo caso, lo mejor vendrá después de todo esto. Y es que una vez

que tengamos un idioma universal, un esperanto (llamémosle inglés si ustedes quieren) lo lógico es que nos pongamos a construir una torre única, una torre que llegue hasta el cielo para ser como Dios, a quien tan bien le salió su propio proceso de fusiones. Acuérdense, si no, de la

cantidad de dioses que había en Grecia y en Roma, y de lo mal que acabaron llevándose unos con otros, hasta que decidieron fusionarse, en fin, abaratando costes y creando sinergias y generando economías de escala. Pues bien, empezaremos la torre, la torre única, la torre de Babel, y Dios nos confundirá de nuevo con la invención de los idiomas, y nos dispersaremos una vez más y empezaremos de nuevo la cultura. La cosa es dar vueltas, como Sísifo con su piedra. Lo que hay que procurar es que haya una sola piedra sobre la que edificar la nueva Iglesia. Viva el eterno retorno.

Misterio

Un conductor mató el otro día a una niña por mirar un cartel publicitario donde aparecía una mujer en bragas y sujetador. He podido ver el anuncio, cuya magia, como la de todo lo irreal, es excesiva. Nos morimos por cosas irreales y matamos por ellas también, según se puede ver. Lo que en los accidentes se denomina «fallo humano» suele ser el producto de un reclamo fantástico. Unas veces el anuncio está fuera, en la calle, y otras dentro, en el corazón. Basta con atender a esa llamada unos segundos para causar la catástrofe real. ¿Por qué lo malo resulta siempre tan palpable y lo bueno tiene esa calidad de lo soñado?

Misterio.

Lo cierto es que los días del muchacho que atropelló a la niña serán ahora un infierno real, sin que en el paraíso inexistente de la mujer de satén (pronúnciese «satán» para darle un toque diabólico) se haya derramado una lágrima. Parece que en el momento de redactar estas líneas continúa la modelo intacta dentro de su mundo, produciendo estragos emocionales en las personas de carne y hueso que pasan a su lado. Una fotografía no sustituye a la realidad, la representa. ¿De dónde obtienen esa fuerza los pronombres?

El autor de la campaña de lencería fina, por su parte, se debatirá entre el orgullo y la culpa. Que una imagen creada por ti posea la capacidad de anular la voluntad y los reflejos del espectador hasta ese punto es como para felicitarse, desde luego, si no fuera porque entre el mensaje publicitario y su receptor hay ahora una mancha de

sangre, una muñeca rota. A veces es preciso pasar por encima de cadáveres reales para alcanzar lo que nos vende la propaganda. Pero ¿por qué sólo nos vende materia inexistente? ¿Y de dónde nos viene esta rara disposición a entregar la vida (preferiblemente la de otros) para hacernos con ella? Misterio.

Un fallo

Han descubierto en los ordenadores un defecto gracias al cual usted podría, a través del suyo, entrar en el disco duro del mío y comerse mi *Menú*, además de hacerse sus necesidades en *Mi Maletín*. Puede usted, en fin, invadirme, entrar en la novela que tengo a medias y cambiarle el argumento o quitárselo. Tampoco le sería difícil, aunque no le creo tan generoso, hipócrita lector, mi semejante, mi hermano, volcar en mis archivos una obra maestra mientras yo me dedico a la meditación trascendental. El fallo informático en cuestión es deslumbrante, como todos los errores, y abre una grieta insospechada a la solidaridad o a la

barbarie. La noticia ha tenido poca repercusión porque la gente no cree todavía mucho en la cibernética, e incluso a quienes tienen ordenadores les parece increíble que, mientras ellos duermen, un señor de Zamora esté manipulando su *Fastopen*. Pero imagínense que un error de fabricación en las neveras permitiera que yo me introdujera en la suya. En otras palabras, que abre el refrigerador y ve que de la pared del fondo sale una mano que toma un yogur y desaparece con él como por arte de magia. Seguramente se llenaría de pánico, hasta advertir al menos que a través de una rendija del suyo puede usted alcanzar las viandas del mío. Más aún, imaginemos que un error en la fabricación de las camas diera lugar a que con una sencilla operación pudiera usted aparecer en la de su vecina y viceversa. El escándalo haría época y sería titular de primera página en todos los periódicos. Sin embargo, la noticia de los

ordenadores ha aparecido en un borde de la sección de «Sociedad», como si careciera de importancia. Lo que revela la poca fe que tenemos en el disco duro, al que confiamos sin embargo nuestra cuenta corriente y nuestro diario íntimo. Qué raro.

Monjas

Había estado mirando ferreterías en la Red, en busca de un destornillador que por lo visto gime al alcanzar el tornillo su capacidad de penetración, cuando, ya de regreso, caí sin querer en un convento de monjas virtual. Lo sorprendente es que las religiosas que se veían en pantalla parecían analógicas, por lo que pensé que habían sido víctimas de un engaño. Ahora hay muchos avispados que venden en Internet parcelas o páginas que no sirven para nada. El convento estaba a la intemperie. Cualquier pirata que cayera en él por casualidad podría hacer barbaridades. Yo mismo, en otro tiempo, habría cogido una antorcha virtual y le

habría prendido fuego por los cuatro costados, mientras sonaba el himno de Riego en la unidad correspondiente de mi ordenador. Los años nos quitan dogmatismo, y antorchas, no sé, el caso es que puse un correo electrónico a las monjas advirtiéndoles del peligro que corrían. Si los piratas habían entrado en la mismísima página web de la Guardia Civil haciendo atrocidades, qué no harían con ellas.

Al poco, las monjas me pidieron el número de la tarjeta de crédito, preguntando si quería yemas de Santa Teresa o magdalenas de Santa Rita y cuántas unidades. Volví a gritarles que se fueran de allí, que les habían colocado la página en un callejón de la Red especialmente oscuro y podían ser víctimas de un filibustero informático. La respuesta fue la misma. En la Red todo el mundo está loco por las tarjetas de crédito. No has abierto la boca y ya te están pidiendo la Visa o la American

Express. El dinero analógico no sirve para nada. Lo malo es que con la tarjeta entregas el alma y luego no hay forma de encontrarla, pues la Red es infinita. A muchos condenados, cuando llegan al infierno y preguntan que qué han hecho, Luzbel les enseña la tarjeta de crédito que en su día entregaron en Internet a cambio de sabe Dios qué clase de servicio y tienen que agachar la cabeza avergonzados.

Al día siguiente, volví a entrar en el convento por curiosidad y vi a unos bárbaros digitales disfrazados con los hábitos de las monjas. Los crucifijos estaban boca abajo, las estatuas descabezadas, y en lugar de dulces vendían sustancias químicas. Por no hacer caso.

Doce años

Entré en la Red a esa hora de la madrugada en la que el insomnio se convierte en remordimiento, y tras callejear sin rumbo por las zonas del ocio y la cultura, intentando creer que era eso lo que necesitaba, ocio y cultura, tropecé con un grupo de gente que hablaba de nada con un virtuosismo envidiable. Había quienes, como yo, se habían levantado temprano y quienes no se habían acostado. Unos empezarían a trabajar en breve y otros acababan de llegar de la oficina. Nos hablábamos, pues, desde distintos horarios y desde estaciones del año diferentes.

«Aquí amanecerá dentro de un rato»,

escribí. «Aquí acaba de comenzar el invierno», respondió alguien cuyas intervenciones anteriores me habían llamado la atención por su formidable simpleza. Se trataba de una mujer evidentemente digital que firmaba como Sonia Segunda, aunque no había en el grupo ninguna Sonia Primera, y que se fijó en mí, o eso me pareció, pues había sido la única que respondió a mi «hola» cuando me colé en la conversación. «Hola Billga», había escrito así, sin coma entre una palabra y otra. En la Red me hago llamar Billga o Gates, alternativamente, para parecer más digital.

Le dije que hacía colección de voces y que me habría gustado registrar la suya en mi magnetofón. «Pues eso lo podemos arreglar Billga», añadió, y yo no me atreví a contradecirla, porque ese «lo podemos arreglar» me pareció una entrega que disparó mi fantasía en todas las direcciones equivocadas. Llevaba

meses intentando atraer a la realidad analógica a una mujer digital y pensé que quizá podría quedar con ella en algún sitio. Estaba dispuesto a viajar a donde fuera necesario. Le hablé, pues, de la posibilidad de vernos en un espacio real y no dijo que no. Entonces le pregunté cuántos años tenía y respondió que doce. Me quedé helado esperando la llegada de la brigada anticorrupción cibernética, pero no llegó, de modo que salí de Internet a cien por hora y cerré el ordenador de golpe. Luego, aturdido por el descubrimiento de que había ángeles de doce años virtuales, como Dios manda, regresé a la cama de la que ese día no salí.

Amantes

Cuando, al poco de quedarse viuda, la esposa analógica hizo la autopsia al ordenador de su marido y descubrió que el muerto había tenido una pasión virtual con una mujer del otro lado del océano, su primer impulso fue remitir un correo airado a la amante. Luego pensó que bastaría con comunicarle el óbito para que dejara de enviar mensajes al vacío. Pero no hizo nada de esto, sino que se sentó al ordenador del difunto y, haciéndose pasar por él, escribió una carta voluptuosa a la adúltera digital. Jamás había escrito una carta de amor a una mujer y le sorprendió que resultara tan excitante. La amante del muerto no

percibió la diferencia y el idilio continuó creciendo entre las grietas de las semanas y los meses.

Un día, cuando aquel ardor cibernético había alcanzado temperaturas sobrecogedoras, la adúltera transoceánica, en un arrebato de sinceridad, confesó que era un hombre. «Soy un hombre —escribió—, pero qué importa el sexo frente a una pasión como la nuestra, imposible de conseguir en la vida real, incluso en la literatura.» La viuda analógica no pudo reprimirse ante tal muestra de honradez y confesó a su vez que él era en realidad una mujer. «Soy una mujer —respondió—, quizá al principio de nuestra relación era un hombre, pero ese hombre murió y tú hiciste nacer de él una mujer enamorada.» Sorprendidos por haber funcionado tan bien y durante tanto tiempo pese al malentendido, continuaron alimentando la relación con la esperanza quizá de que no fuera el último. Las posibilidades de

que uno de ellos fuera un guardia urbano de noventa y dos años o una adolescente con granos de catorce tampoco eran descartables.

Una noche, a la viuda analógica le dio un infarto mientras navegaba por la Red en busca del marido muerto y falleció en el acto. Tras el sepelio y todo lo demás, sus hijos, que eran culturalmente digitales, hicieron la autopsia al ordenador de la madre, que ya en su día hubiera pertenecido al padre, y al analizar los restos sin digerir de las emociones halladas en el tracto intestinal del disco duro, se quedaron espantados ante la complejidad de los temperamentos analógicos que habían leído a Sartre, de modo que, avergonzados, destruyeron las pruebas.

La muerte del otro

Sorprende la decisión de esa chica británica de abortar de uno de sus gemelos. Si se hubiera desprendido de los dos, ni siquiera nos habríamos enterado. Parece, pues, que hay algo profundamente perturbador en esa noticia digna de ocupar unas líneas en los tratados sobre el doble. Y es que esa mujer se ha cargado de golpe todas las mitologías sobre la gemelidad y sobre la completud en consecuencia. Habríamos entendido que hubiera abortado de los dos, o que no hubiera abortado de ninguno, pero su salomónica acción nos pone los pelos de punta, porque sólo se puede tomar desde una conciencia que

vive al margen de las convenciones culturales más arraigadas. Así que no sabe uno cuál de los gemelos ha tenido más suerte, si el malogrado o el viable.

Y es que una madre capaz de abortar a medias sólo podrá mirarte a medias, y quererte a medias, o sea, que te tratará medianamente bien o medianamente mal, según tenga un temperamento optimista o pesimista, que de eso no nos han informado. Aunque por otra parte piensa uno que a lo mejor, con las características culturales que se le presumen, quizá ni se haya dado cuenta de que ha dejado al vivo medio muerto y al muerto medio vivo. Esa chica ignora que Rómulo habría sido imposible sin Remo y Ortega sin Gasset. Tiene que ser una marciana, en suma; de otro modo no se entiende que no haya oído, o leído (si supiera leer) ninguna historia de gemelos separados que desarrollan hábitos idénticos y encuentran un destino semejante. No es necesario que esas

fantasías sean absolutamente ciertas; basta con que hayan anidado en el imaginario colectivo para que tengan una eficacia simbólica contra la que no se puede atentar así como así.

De manera que todos esos movimientos de solidaridad que despertó en asociaciones pro vida y organizaciones religiosas han tenido más que ver con el mordisco que la joven británica asestaba al mito que con la inyección que le ponía al feto. No se trataba tanto de salvar una vida como de evitar que se hundiera una cultura montada sobre la existencia del *otro*. Esta chica se ha cargado al otro de un modo irresponsable. Si no es una insensata, es una extraterrestre. En cualquier caso, conviene vigilarla.

El enigma

En Francia hay una señora a la que han metido en el *Libro Guinness de los récords* porque tiene 120 años, que es una edad de muerte. En el *Guinness* se entra cuando no se puede alcanzar otra clase de gloria. Así que es un libro lleno de monstruosidades, un libro tumor, un museo de los horrores que, leído deprisa, produce carcajadas, pero visto a cámara lenta da mucho miedo. No digo yo que esta señora sea un monstruo, al contrario, parece muy simpática. Pero transmite esa cosa inquietante de las cosas pasadas de fecha. ¿Me como el yogur que caducó ayer mismo o lo tiro a la basura, a pesar del hambre que se pasa en el mundo?

Esta señora está evidentemente caducada, lo que no quiere decir que haga daño, pero sí que da cierta aprensión dormir con su fotografía.

Se llama Jeanne Calment, y dejó de fumar a los 117 años. Estas noticias siempre las lees cuando has dejado el tabaco hace una semana y estás buscando argumentos para volver. A su cumpleaños asisten cada año reporteros, ministros, cadenas de televisión y curiosos. Lo que más llama la atención es lo de los ministros. La señora dice que se ha hecho a la idea de que podría vivir siempre, que es una idea terrorífica, como la de los yogures que no caducan o el pescado que no se descompone. Ya decía yo que daba miedo.

Lo mejor es que apenas duerme. Cierra los ojos, eso sí, pero en lugar de dormir viaja a lo largo de su vida como quien recorre una casa llena de habitaciones. Está prácticamente sorda y ciega, lo que le facilita aislarse del mundo

exterior para emprender estas aventuras. Es la demostración viva de que el cuerpo es un castillo en el que te puedes encerrar y echar la llave por debajo de la puerta. Sólo necesitas alcanzar esa edad en la que la Seguridad Social se hace cargo de ti y te pone una sonda. Si eres un fenómeno del tipo Calment, mejor, porque te echan por el tubo productos de gran calidad y que no están pasados de fecha. Por lo visto, conoció a Vincent van Gogh, del que dice que era feo como un piojo. Todo esto está muy bien; se trata de una señora directa, simple, sin secretos, como seremos todos a esa edad. Sólo tiene un enigma: ¿por qué diablos dejó de fumar hace tres años?

Muchedumbres familiares

Soy el cuarto, empezando por arriba, de un conjunto de nueve hermanos (todos vivos, o casi). Lo que más recuerdo de mi situación familiar es que cuando los mayores iban al cine, yo era pequeño, aunque cuando les tocaba el turno a los pequeños yo era mayor. Me pasé la infancia sin salir de casa, y luego, de mayor, me dio pereza, de manera que sigo sin salir. Éramos, en fin, una familia numerosa. Hay gente que ha salido de una familia numerosa con ganas de repetir, pero son los menos. Yo odiaba al hijo único de mi clase (entonces era una rareza ser hijo único) por pura envidia, porque lo tenía todo, o eso es lo que

pensaba yo. Lo raro es que con frecuencia lo dejaba todo y se venía a jugar a mi casa, en donde, aparte de gente, no había nada que valiese la pena. Siempre queremos lo que no tenemos: los hijos únicos, hermanos; los procedentes de muchedumbres familiares, una habitación para nosotros solos, aunque sea sin vistas.

Leo que las familias numerosas han descendido en un 42 por ciento en cinco años, pese a las recomendaciones del Papa, y que el Gobierno estudia conceder el carné a las de tres hijos. Ignoro qué ventajas puede otorgar hoy día ese papel; el de mi época era humillante. Cada vez que mi madre sacaba el carné para adquirir algo un poco más barato, a mí se me caía la cara de vergüenza, porque, más que un carné de muchos, me parecía un carné de pobres, y la pobreza estaba entonces muy mal vista. Hoy no, hoy sabemos de gente que ha reunido un modesto patrimonio, de 200 millones de

pesetas, por ejemplo, y no le importa que lo sepa todo el mundo. Las costumbres cambian.

Mi madre, además de sacar el carné de familia numerosa frente a cualquier situación de peligro, tenía una costumbre muy humillante que consistía en preguntar en las tiendas si hacían descuento. «¿Hacen ustedes descuento?», decía, y yo me escondía debajo del mostrador, de donde en realidad tampoco he salido todavía. No pidan ustedes el carné, aunque tengan veinte hijos, si quieren que los niños salgan de casa. Y del mostrador.

Mucha suerte

No dejan de suceder cosas raras. Hace poco, en Madrid hubo una huelga de joyeros para protestar contra la inseguridad. De algún modo tienen que llamar la atención si les atracan un día sí y otro no, ya lo sabemos; pero una huelga de joyeros es un acto más bien surrealista. No se imagina uno a nadie desesperado por no poder adquirir un anillo de brillantes de diez millones de pesetas, la verdad. Además, sólo pararon un día, cuando todos sabemos que las huelgas, en el comercio, comienzan a molestar a partir del quinto o sexto. El problema de los joyeros es que cuanto más tiempo paran, más se evidencia la

inutilidad de su acción. De hecho, no les exigieron establecer unos servicios mínimos, que habría sido lo lógico. Lo desesperante, en fin, es que te duelan las muelas y no des con una farmacia abierta en la que comprar un Nolotil. Un brazalete de oro con incrustaciones de diamantes no le quita a uno el dolor de cabeza, aunque cueste cien millones. Más bien se lo produce. Está demostrado científicamente.

Se le ocurre a uno que quizá podrían haber hecho una huelga a la japonesa. En lugar de cerrar, pues, deberían haber abierto las veinticuatro horas, para vender el doble. Claro que si abriendo todo el día vendieran el doble, ya se les habría ocurrido a ellos. Y además en ese caso no sería una huelga a la japonesa, sino una mejora de la productividad. Queda la huelga de celo, que consistiría en cumplir todas las especificaciones del reglamento para tardar mucho en vender una joya.

Pero ¿a quién le importa que a la condesa de Romanones tarden quince días, en vez de dos, en montarle una gargantilla? A nadie. Probablemente ni a la propia condesa, que no creo que exista. Y de existir, es muy probable que esté arruinada, como todas las condesas.

Total, que cuantas más vueltas le damos al problema, siempre con afán de ayudar, más delirante nos parece. Así las cosas, lo increíble es que haya joyerías. Al menos, la huelga ha servido para que empecemos a hacernos esta clase de preguntas. No hay mal que por bien no venga. Gracias y mucha suerte en sus reivindicaciones, compañeros del metal.

Creo que me he hecho mayor

Me pregunta un vecino que por qué salgo de casa todas las mañanas a la misma hora y regreso al rato con cuatro o cinco periódicos sin sus sartenes (las abandono en la primera papelera con la que tropiezo). Por hábito, digo yo, observando las manchas de tinta que los diarios han dejado sobre la manga de mi chaqueta (tengo que llevarla al tinte). Mi vecino, un prejubilado joven, me observa con curiosidad. No comprende que una persona como yo, familiarizada con la Red, continúe enganchada al mundo analógico. No sabe que antes de salir a

comprar la prensa le he echado un vistazo a través de Internet. Además, he escuchado la radio y he visto la tele. Me lo sé todo, pues. Continúo comprando los periódicos de papel por hábito.

Pero no sólo por hábito. Creo que los compro para descansar un momento, para detener el mundo unos instantes. La diferencia entre el periódico digital y el analógico es que en el primero, cuando llegas a la última página, ya ha cambiado la primera. Leer un diario en el que las noticias no se modifican, ni desaparecen, apenas las has atravesado rebaja la ansiedad. Es muy tranquilizador saber que, cuando te encuentras en «Deportes», la sección de «Nacional» continúa idéntica a sí misma. Y no porque la realidad nacional no haya cambiado, sino porque no hay modo de incorporar los cambios al papel impreso. Deténgase el mundo unos instantes, dennos ustedes un respiro. Ya sabemos

que el mundo gira y gira en el espacio infinito con amores que comienzan, con amores que terminan, con las penas y alegrías de otra gente como yo. Pero finjamos que ha dejado de girar unos instantes, el tiempo de la lectura de un diario de papel.

Tropiezo con mi vecino al día siguiente y le confieso que sigo comprando los periódicos de papel también para hacerme la ilusión de que la realidad se detiene a ratos. Entonces me pregunta qué rayos hago con las sartenes. Cuando le digo que las abandono en una papelería, me pregunta si no me importaría dárselas a él. Comprendo entonces que no lee ninguna clase de diarios. Que su única preocupación era qué hacía yo con las sartenes. Y comprendo en ese mismo instante que me he hecho mayor.

Piratería viral

Son las siete de la mañana y estoy trabajando. A esta misma hora, hay un loco sentado frente a su ordenador inventando un virus informático que luego me enviará para hacerme polvo. Cuando me llega un correo electrónico con un virus, suelo mirar la hora del envío y siempre ha sido durante la madrugada. Los locos no duermen. La locura no necesita dormir, porque se alimenta precisamente del insomnio. Cuanto menos duerme la locura, más loca está. La sensatez, en cambio, necesita unas horas de descanso. Cuanto menos duerme la sensatez, menos sensata es, si pudiera decirse de este modo. Sé lo que

digo porque yo duermo y no duermo. No dormir me enloquece y dormir me aplaca. Cuando alcanzo determinado punto de locura, doy una cabezada y regreso al mundo de los cuerdos, que por cierto no tiene nada que envidiar al de los locos.

Ahora mismo, pues, hay unos cuantos locos pariendo un virus digital que destruirá los archivos de usted y los míos, a menos que nuestro antivirus lo intercepte. Mucha gente dice que los que fabrican el virus y el antivirus son los mismos. Tiene su lógica. Pero lo que quería decir es que también en el lado de acá, en la realidad analógica, hay locos creando virus analógicos para las guerras bacteriológicas que no sabemos cuándo empiezan ni cuándo acaban porque no se ven. La diferencia entre el loco de los virus digitales y el de los analógicos es que el de los últimos está a sueldo del Estado, o de los Estados. En el ejército de Estados Unidos, el país más

poderosos de la Tierra, hay locos geniales estudiando el modo de cargarse poblaciones enteras lanzando unos polvos al espacio. Como sus estudios son secretos, no sabemos si el asma del abuelo procede de ahí. No sabemos qué virus son verdaderos o falsos.

El 40% de los discos vendidos en el mundo son piratas, es decir, falsos, pero no hay modo de distinguirlos de los verdaderos. Ocurre lo mismo con los virus. Muchos de ellos son piratas, pero, al contrario de los discos, no están hechos ni distribuidos por las mafias, sino por los poderes legalmente establecidos. Socorro.

Tortilla de patata

La lectura de titulares de periódico constituye uno de los mejores ejercicios para mantener en forma el músculo de la extrañeza, que tiende a atrofiarse cuando no se usa. Fíjense en éste: «Un tercio de los adolescentes ve la televisión sin ningún criterio.» Lo que quiere decir que dos tercios la ven con criterio. Pero ver la tele con criterio constituye una especie de contradicción en los términos. Es como decir que un tercio de los alcohólicos bebe con conocimiento de causa. O que un tercio de los heroinómanos elige la cantidad que se pincha. Hay cosas que no pueden ser. Si las dos terceras partes de la población se parara a pensar,

antes de manipular el mando a distancia, con qué criterio apretar este botón o este otro, la mitad de los programas no existirían. Pero qué digo la mitad, ni siquiera un tercio (lo más probable es que ni siquiera existiera la tele).

Ver la televisión no constituye un ejercicio filosófico, ni una decisión existencial. Ver la tele, tal como está (y quizá no pueda estar de otra manera) es como beber a morro. Y uno no bebe a morro para disfrutar del caldo, sino para narcotizarse. Parece que no, pero en estas breves líneas ya hemos cultivado un poco la extrañeza frente a la realidad, y quedándonos sólo en el titular. Si usted es de esas personas a las que les gusta profundizar y lee la noticia entera, la extrañeza se puede convertir en estupefacción, pues los datos se han obtenido de un estudio muy serio cuya procedencia le ahorro. De lo que se trata ahora no es de estar más informados, sino más extrañados.

Muchos se preguntarán la ventaja que le encuentra uno a ser extraño. No tiene ninguna, la verdad. Por el contrario, constituye una fuente de marginación, de soledad, de aislamiento. Así las cosas, no se entiende bien por qué uno querría extrañarse continuamente de todo. La única excusa que se nos ocurre es que esa actitud no se elige. Se nace extraño como se nace cojo, o tuerto, o mediopensionista. Un tercio de los mediopensionistas come sin criterio. Los otros dos tercios se llevan la comida de casa. Yo era mediopensionista, pero mi madre no tenía tiempo ni para hacerme unatortilla de patata.

CAJÓN DE SASTRE

Bajo el volcán

En Colombia hay un volcán llamado Galeras que escupe medio kilo de oro al día. Los volcanes siempre han sido fuente de atención por parte de los científicos y de las mentes imaginativas como la de Julio Verne: su *Viaje al fondo de la Tierra* constituía en realidad un viaje al fondo de uno mismo. Nada hay tan parecido al paisaje de la conciencia como el interior caliente y oscuro de un volcán.

Conozco algunas islas volcánicas — Lanzarote y Madeira, entre otras—, y mantengo que basan su fascinación en el hecho de que nos ayudan a ver fuera lo que llevamos dentro. Las erupciones volcánicas dejan convertido al paisaje en

un conjunto de escorias en cuyos túneles sólo se reproducen a gusto los reptiles. Los materiales que arroja la conciencia cada vez que se pone en erupción no son por lo general muy diferentes; tampoco la fauna que más tarde aparece entre sus túneles.

Dicen que una ciudad de Perú, Arequipa, se encuentra situada a los pies del volcán Misti, que por lo visto en ciertas épocas electriza el aire de tal modo que sus habitantes se ponen de mal humor y dejan de dirigirse la palabra durante semanas enteras. Mis fuentes documentales no aclaran si después de esta erupción de mal humor se vuelven más oscuros, es decir, más sabios.

Pero lo del volcán Galeras es nuevo. A mí no me extraña que vomite, pues lo cierto es que le estamos metiendo los dedos hasta la garganta a la madre Tierra para obtener de ella todos los recursos que guarda en su interior y que, según las voces más sensatas, son limitados. A

lo mejor este último vómito, que tanto nos complace, resulta ser, más que un regalo, una enfermedad.

Se me ocurre que ese oro del volcán de Colombia pudiera ser la bilis de la Tierra; los borrachos saben muy bien que cuando se meten el dedo en la garganta para aliviarse un poco, lo último que expulsan es la bilis. Quizá las producciones del Galeras contengan un significado parecido: expulsa oro porque no le queda otra cosa en el estómago.

El caracol

El campo tiene sus incomodidades, pero constituye una curiosa fuente de información existencial. Hace una semana apareció en el cuarto de baño un caracol. Durante un par de días permaneció quieto, pegado a la pared externa del bidé, como meditando sobre la vida. Después de eso comenzó a desplazarse en busca de la misma abertura por la que se había colado en esa dimensión tan hostil, o extraña. Cada día, al levantarme, observaba su posición y el pobre, en lugar de acercarse a la ventana, se alejaba cada vez más de ella trepando por un alicatado que tenía que resultar del todo incomprensible para su falso pie

(o pseudópodo, como nos gustaba decir en la clase de ciencias naturales). Finalmente, en un arranque de piedad le ayudé a llegar fuera.

¿Qué habrá pensado el animal —me pregunté— de esta rara experiencia? Un día acudí a una fiesta absurda a la que había sido invitado por error y cuando intenté huir me interné sin darme cuenta en la zona privada de la vivienda y tuve que mantener una conversación incomprensible con unos marcianos a quienes sólo me unía el gusto por el whisky de centeno. Habría dado cualquier cosa por que una mano caritativa me hubiera tomado entre sus dedos, como yo al caracol, arrojándome por la ventana, para devolverme de golpe a la dimensión que me era propia. No tuve esa suerte y hube de deambular por toda la casa hasta las tres de la mañana, un poco borracho, si he de decirlo todo, hasta que logré dar con la puerta de salida y encontré un paisaje

reconocible. A muchos les podrá parecer todo esto una exageración, porque se me ha olvidado señalar que la vivienda pertenecía a un arquitecto y, en consecuencia, ni las ventanas ni las puertas ni la cadena del retrete se encontraban donde uno supone que han de hallarse estos artefactos de uso común.

Personalmente, nada me unía a los caracoles, hasta este momento, pero desde ahora siento por ellos un afecto especial, no ya por la tranquilidad con la que afrontan las situaciones más difíciles que quepa imaginar, sino por su tendencia a extraviarse, con la que tanto me identifico. Si encuentran un caracol en su bañera, trátelo bien, que a lo mejor soy yo. Gracias.

Drácula y los niños

Estaba firmando ejemplares de mi última novela en unos grandes almacenes, cuando llegó una señora con un niño en la mano derecha y mi libro en la izquierda. Me pidió que se lo dedicara mientras el niño lloraba a voz en grito.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Nada, que quería que le comprara un libro de Drácula y le he dicho que es pequeño para leer esas cosas.

El niño cesó de llorar unos segundos para gritar al universo que no era pequeño y que le gustaba Drácula. Tendría seis o siete años, calculo yo, y al abrir la boca dejaba ver unos colmillos inquietantes, aunque todavía eran los de

leche. Yo estaba un poco confuso. Pensé que a un niño que defendía su derecho a leer con tal ímpetu no se le podía negar un libro, aunque fuera de Drácula. De modo que insinué tímidamente a la madre que se lo comprara.

—Su hijo tiene una vocación lectora impresionante. Conviene cultivarla.

—Mi hijo lo que tiene es un ramalazo psicópata que, como no se lo quitemos a tiempo, puede ser un desastre.

Me irritó que confundiera a Drácula con un psicópata y me dije que hasta ahí habíamos llegado.

—Pues si usted no le compra el libro de Drácula al niño, yo no le firmo mi novela —afirmé.

—¿Cómo que no me firma su novela? Ahora mismo voy a buscar al encargado.

Al poco volvió la señora con el encargado, que me rogó que firmara el libro, pues para eso estaba allí, para firmar libros, dijo. El niño había dejado de llorar y nos miraba a su madre y a mí

sin saber por quién tomar partido. La gente, al oler la sangre, se había arremolinado junto a la mesa. No quería escándalos, de modo que cogí la novela y puse: «*A la idiota de Asunción* (así se llamaba), *con el afecto de Drácula.*» La mujer leyó la dedicatoria, arrancó la página, la tiró al suelo y se fue. Cuando salían, el pequeño volvió la cabeza y me guiñó un ojo de un modo extremadamente raro. Llevo varios días soñando con él. Quizá llevaba razón su madre.

Maniobra

Cuando mis padres decidieron separarse, me preguntaron con quién quería irme a vivir, pero yo había cumplido treinta años y me pareció que podía ser el momento de independizarme. Además, no quería hacer daño al no elegido. Así que cada uno se fue por su lado en un curioso estallido familiar que no había estado en los cálculos de ninguno. Yo cogí un apartamento con mucho sol y una gran terraza para llevarme las macetas de mamá, que dijo que no quería volver a verlas. Las regaba con el cuidado que le había visto poner a ella, hablándoles a las hojas, y por las noches recorría el piso

revisando la llave del gas y los interruptores de la luz con la expresión concentrada de mi padre antes de que nos fuéramos a dormir. Todo iba bien hasta que a los pocos meses se presentó papá en casa y tras muchos rodeos me confesó que volvía con mamá. Por lo visto desde la semana siguiente a la separación no habían dejado de verse ni de comer juntos en restaurantes caros a los que no se les había ocurrido llevarme nunca. También iban al cine con frecuencia, y al teatro, y más de un fin de semana se habían escapado a París como dos jóvenes alocados, viviendo un romance impropio a todas luces. Total, que mientras yo regaba las plantas de ella y cultivaba las manías de él, siempre obsesionado con que a la azalea no le faltaran sus minerales, ni la luz del recibidor se quedara encendida al irme a la cama, ellos llevaban la vida que me correspondía a mí. El mundo al revés. Me dio vergüenza decir que yo también

quería irme a vivir con ellos y me he quedado más solo que la una. Lo peor es que no puedo dejar de pensar que todo ha sido una maniobra para echarme de casa. Por mi gusto, me casaría, pero no sé cómo se hace. Los geranios están bastante bien, pero la cisterna del retrete pierde agua.

La economía de trueque

Un día por la tarde estábamos viendo la televisión cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir mi madre y apareció al otro lado un individuo de dimensiones portentosas y aspecto bohemio que se identificó como el pintor Enrique Gran. En casa no teníamos tratos con artistas, ni con bohemios, por lo que a la amenaza de aquella presencia física imponente se sumó enseguida el desasosiego que produce la estética cuando se presenta sin avisar.

El pintor preguntó por mi padre, que era un hombre menudo y solía llevar zapatillas de cuadros y batín, e inclinándose hacia él en medio de un

pasillo de las dimensiones de un tubo, le dijo que tenía un grave problema y que un médico le había dicho que sólo Vicente Millás se lo podía arreglar.

El problema era que Enrique Gran había desarrollado de súbito una alergia a la pintura y que al poco de ponerse a trabajar le salían granos, o le picaba todo el cuerpo, no sé, el caso es que no podía acercarse a la paleta y los médicos no encontraban el antídoto para curarle. Mi padre no era médico. Se dedicaba a la electromedicina y fabricaba toda clase de aparatos, desde bisturís eléctricos a lámparas de quirófano, pasando por unos *electroshocks* portátiles de su invención que hicieron mucha fortuna en los manicomios de la época. De alergias no sabía nada, en fin, pero era un hombre que no podía meterse en la cama sin haberse introducido previamente un problema de orden práctico en la cabeza, a modo de ansiolítico. Se enfrentaba a ellos como a dificultades narrativas, de

forma que cuando daba con el hilo conductor del relato, se levantaba de la cama, se metía en su taller y a los pocos días salía con un artefacto entre las manos que también tenía algo de novela.

A la semana siguiente regresó Enrique Gran y mi padre le mostró una especie de casco de buzo que había construido con un cubo de la basura invertido y del que salían dos tubos que era preciso conducir hasta una ventana.

Un pequeño motor aspiraba el aire limpio por uno de los tubos y lo expulsaba, una vez usado, por el otro. El pintor se colocó el artefacto con la ceremonia con que otros se prueban en el sastre una chaqueta y dio unos pasos con él por el minúsculo salón de casa. Parecía un astronauta de los que años más tarde pisarían la Luna. Recuerdo que durante la retransmisión del acontecimiento, lo primero que dijo mi madre al ver descender a Neil Armstrong de la nave fue eso:

—Se parece a Enrique Gran con el artefacto de vuestro padre.

El pintor, en fin, se llevó el invento a su estudio, y pasados unos días mi padre fue a visitarle en compañía de mi madre, que se puso para la ocasión un collar de perlas Majorica: la pobre estaba convencida de que combinaban muy bien con el ambiente bohemio.

Sorprendieron, según contaban luego, al artista en plena faena, o sea disfrazado de astronauta, y mi padre quedó muy satisfecho de la movilidad de las extremidades y del rendimiento general del trasto. Gran, por su parte, estaba encantado y no sabía cómo manifestar su agradecimiento a mi padre, que no quiso cobrarle nada. Mi padre nunca fue capaz de poner precio a sus inventos. Siempre soñó con el regreso a la economía de trueque, donde las cosas que se intercambiaban entre sí las personas eran reales. Muchas veces, en sus últimos días, se empeñaba en explicarme los

mecanismos de esta forma de relación:

—Si a ti te sobran gallinas, pero te faltan conejos, te acercas a un vecino que le sobren conejos y le falten gallinas y hacéis un intercambio, ¿comprendes?

—Sí, papá.

A Enrique Gran le debía de pasar lo mismo, porque a los pocos días, un sábado por la tarde, sonó el timbre de la puerta y cuando mi madre fue a abrir apareció él con tres cuadros suyos bajo el brazo.

Las pinturas más importantes que habían lucido en las paredes de mi casa hasta entonces eran las de los calendarios de la Unión de Explosivos Río Tinto (aquellas mujeres cazadoras de cuya cintura colgaban unas perdices muertas, ¿recuerdan?), pero a Enrique Gran no le importó que sus hermosos cuadros convivieran con ellas. Murió la semana pasada, abrasado en su estudio de la calle Treviana, en Ciudad Lineal.

Por lo visto, tenía problemas para

moverse debido a una grave enfermedad.
Si mi padre hubiera vivido, le habría inventado un trasto para ir de un lado a otro a cambio de un dibujo.

Descansen en paz él y la economía de trueque.

Un misterio

Un sacerdote logró abandonar el tabaco y a los pocos días dejó de creer en Dios. Colgó, pues, los hábitos y consiguió trabajo como dependiente en una tienda de objetos religiosos. Vivía en una modesta habitación, una especie de celda con la cama de hierro y un lavabo. Por las noches solía tomar algo en un bar cercano, aunque lo que le interesaba, más que cenar, era contemplar a los fumadores. Observaba minuciosamente cada uno de sus gestos intentando comprender qué placer había podido encontrar él mismo, en otro tiempo, en el tabaco. Finalmente regresaba desalentado a su habitación y se hacía preguntas

esenciales que se diluían en el aire al alcanzar el techo.

Muchos domingos iba a la iglesia y observaba atentamente también a los creyentes para ver si era capaz de reconocer en ellos un fragmento, por pequeño que fuera, de sí mismo. Los curas le llamaban especialmente la atención y a veces los seguía por la calle hasta que su comportamiento comenzaba a resultar inconveniente. Un día conoció a una mujer que se enamoró de él, pese a que le había contado su vida, sus adicciones anteriores, sus dudas. Al poco la invitó a su habitación y pasaron la noche juntos en la cama de hierro. Después de hacer el amor por primera vez, él se puso boca arriba, contemplando el techo del dormitorio con expresión ausente, y en lugar de fumar, que es lo que apetece en esos momentos, le dieron unas ganas incontenibles de creer en Dios. Creyó en Dios diez minutos, el tiempo de un Marlboro, y le supo mejor

que el cigarrillo que encendemos al salir del cine. Hicieron el amor cuatro veces, y las cuatro veces, al terminar, consumió una porción de fe cuyo sabor despertó violentamente las glándulas de su conciencia, como la primera copa de un ex alcohólico que recae.

Regresó al convento, y al poco de iniciarse en los ritos de la vida monástica volvió a fumar de nuevo. Primero, después de comer. Luego, tras officiar la misa. Más tarde, todo el rato. Fumaba y creía en Dios de forma compulsiva. El tiempo que había permanecido sin tabaco y sin Dios le parecía un paréntesis letárgico. No volvió a ver a la mujer, de quien pensaba a veces si sería la Virgen.

La inmortalidad

Uno es del sitio de donde vio su primer muerto. El mío me salió al paso en la calle de Ros de Olano, esquina a Zabaleta. Venía de López de Hoyos (siempre íbamos o veníamos de allí: era la columna vertebral del barrio), cuando algo me llamó la atención en la acera de enfrente. Miré y vi dudar a un viejo de un modo raro, como si todo su cuerpo estuviera implicado en ese titubeo del alma. Luego me hizo una señal turbadora, a la que no respondí por miedo, y a continuación se desplomó sobre la acera. Era uno de esos días cegadores del invierno en los que el frío competía con la luz del sol y ganaban los

dos. En jornadas así, mucha gente se ponía periódicos debajo de la camisa para no ser atravesada por aquella atmósfera gélida.

El viejo no tenía abrigo, desde luego (quién lo tenía entonces). Llevaba una chaqueta gruesa, dada de sí, y una bufanda cruzada sobre el pecho de manera que los extremos se juntaban debajo de los brazos. Todo eso vi mientras caía, como si el que me muriera fuera yo y estuviera condenado a contemplar a cámara lenta cada uno de los detalles que me rodeaban.

Tardó siglos en alcanzar el suelo con la cabeza, donde ésta rebotó ligeramente, al tiempo que el bastón salía despedido a unos metros de su cuerpo. Sólo estábamos nosotros, el viejo y yo, en la calle, pero de súbito comenzó a aparecer gente de todos los rincones. Comprendí que la muerte tiene la misma capacidad absorbente que ahora atribuimos a los agujeros negros.

Me acerqué con prudencia, quedándome a unos metros del cadáver, por miedo a contagiarme, y oí cómo el grupo tomaba decisiones. Uno se quitó la chaqueta y tapó la cabeza de la víctima para que no pudiera mirarnos a nadie desde aquella condición recién adquirida. Luego, una voz autoritaria se elevó sobre las otras y pronunció: «No lo toquéis. El cadáver debe ser levantado por el juez.»

Mi imagen de los jueces era la proporcionada por los tebeos, que constituían nuestra mayor y casi única fuente de información sobre la realidad. No me imaginaba a uno de aquellos señores, que llevaban un gorro ridículo, levantando a pulso un cadáver, ni acababa de desentrañar el sentido de esa expresión que todavía me choca cuando la leo en los periódicos o la oigo en la radio.

Pero lo que verdaderamente me preocupaba era la idea de que aquel viejo

me hubiera contagiado la muerte. Y si he de ser sincero, creo que sí, que me la contagió. De hecho, desde aquel día soy mortal, aunque no sé el tiempo que me queda de vida. Nunca se lo confesé a nadie, pero por entonces había establecido la teoría de que si uno no veía nunca a un muerto, no fallecía nunca. A muchos les parecerá una idea disparatada, pero nadie se ha molestado en comprobarla. Todo el mundo, tarde o temprano, tropieza con un difunto que le contagia ese modo de caducidad.

Así que llegué a casa en un estado deplorable. Mi madre me preguntó qué me pasaba. «He visto un muerto.»

Le conté dónde, cómo. Le dije que no me había acercado demasiado con la esperanza de que ella me asegurara que continuaba inmortal, pero ni mencionó el asunto, y ésa fue la prueba más evidente de que me había transformado en un ser perecedero. Ser mortal implicaba unas responsabilidades tremendas, lo

comprendí enseguida. Si tenías los días contados, no podías perder el tiempo en memeces. Supe de inmediato que me haría comunista y que tendría que dejarme barba para darle mayor gravedad al asunto. A veces veía jugar a mis hermanos, todavía inmortales, aunque por poco tiempo, y me daba envidia su modo ingenuo de relacionarse con el mundo, sin compromisos ni obligaciones, puesto que tenían toda la vida por delante.

Uno es del lugar donde contempló su primer muerto y devino *ipso facto*, es decir, por ese mismo hecho, en mortal. A mí me tocó en la esquina de Ros de Olano con Zabaleta, un día de hielo y sol que levanta fuegos fatuos en el cementerio de la memoria. A esa luz contemplo de nuevo aquel cadáver como si hubiera sido el primero de la humanidad. En cierto modo lo fue. Ahora, siempre me detengo unos segundos en esa esquina para rezar por el

viejo y por mí, mientras me pregunto cuánto me quedará y, sobre todo, a qué muchacho inocente contagiare.

Un paso atrás

Una de las noticias del verano, al parecer, ha sido la presentación, en Londres, de un sujetador relleno de gel que da una turgencia increíble a la zona del pecho donde no hay pecho. Conste, en fin, que eso ya estaba inventado, como las alzas de los zapatos para parecer más alto o las uñas artificiales para arañar mejor. La novedad, pues, no es el artefacto en sí, sino el material utilizado: una resina sintética cuyo temblor evoca el de las tetas propiamente dichas, con perdón. En su deseo por fabricar un doble perfecto de sí mismo, el hombre va dando con materiales cada vez más sutiles, a veces más repugnantes también,

capaces de sustituir con éxito no ya sus zonas duras, sino sus fluidos y sus cartílagos y casi todas sus membranas. El eco informativo logrado por el sujetador de gel, que no es una vacuna contra el sida ni nada parecido, debe de significar algo que no acabamos de entender. Quizá sea un pequeño paso para un sujetador, pero un gran salto para el fetichismo universal.

El caso es que le cuesta a uno imaginar un fetichismo del gel. Hace años se puso de moda entre los niños (creo que todavía está a la venta) una cosa llamada «moco de elefante», que no era sino un gel de color verde que los pequeños deslizaban entre sus dedos para espanto de los padres, de los cuñados, incluso de los yernos. En toda casa que se preciara había un moco de elefante con el que uno tropezaba en las situaciones más inconvenientes, pues llegó a hacerse tan familiar que se dejaba en cualquier sitio. Ya se sabe que a los

niños les encanta jugar con sus productos corporales y que gran parte de la educación consiste en ir superando esas etapas de ensimismamiento narcisista para colocar el afecto fuera del propio organismo.

Pues bien, no estamos absolutamente seguros, pero nos parece que el sujetador de gel es en ese sentido un paso atrás. Muchos hombres cuyas madres hayan utilizado esa prenda íntima se quedarán fijados a su tacto y lo buscarán en el futuro, con desesperación, dentro o fuera del matrimonio. La lencería de hoy es la perversión de mañana. O quien siembra viento recoge tempestades. Más aún: el que avisa no es traidor.

El coleccionista

Durante una época de mi vida fui aficionado a los objetos. Quizá pensaba que se podía sobrevivir en ellos. Digo esto y me pregunto de qué rayos hablo cuando hablo de objetos. No me refiero, por ejemplo, a los cacharros de la cocina, pese a que son objetos. Jamás colocaría una sartén o un colador entre mi colección de fetiches, lo que sin duda es un error. Pocas cosas tan objetivas (de objeto) como una sartén. Hay una novela de Georges Perec, titulada *Las cosas*, que, si no recuerdo mal, contaba la relación de una pareja con los objetos que habían acumulado, más que en el interior de su casa, dentro de sus vidas. El ser humano

es fundamentalmente un inventor y un constructor de objetos. Debe de haber un desagüe invisible por el que desaparecen los objetos, un sumidero por el que se cuegan hacia la nada, pues la desproporción entre los puestos en circulación y los que quedan resulta asombrosa. Los museos arqueológicos, que son museos de objetos, apenas exponen la calderilla de la historia de las cosas.

Ignoro cuándo se inventó el sacacorchos, pero desde entonces se han

fabricado millones de esos artefactos. A lo largo de mi vida he visto cientos. Por mis manos han pasado decenas de sacacorchos que incomprensiblemente han desaparecido de mi existencia. ¿Qué fue de ellos?

¿Qué hicimos mis hermanos y yo con los que había en la casa de mis padres, cuando la vaciamos tras su fallecimiento? ¿Por qué en el cajón de los cubiertos de mi cocina sólo hay un

sacacorchos (que compré en Copenhague) y no la colección que en teoría debería haber? Es un misterio. Quizá haya un infierno de los objetos al que van a parar los cepillos de dientes y las cacerolas desechadas, por no hablar de los bolígrafos gastados, de los estuches de las plumas estilográficas, de las gafas viejas. ¿Qué fue, por cierto, de mis primeras gafas, incluso de mis penúltimas gafas? Desde que comencé a usarlas han pasado por mis narices y mi vida unos diez o doce pares. Jamás el par jubilado fue a la basura. Las guardaba en un cajón, por si acaso (¿por si acaso qué?) en el que ya no están. Han desaparecido, se han fugado. ¿Dónde andarán ahora todos esos pares de gafas con los que leí novelas buenas, malas y regulares, con las que iba al cine, con las que escribía poemas de amor (malos) que tampoco, por cierto, sé a dónde han ido a parar?

Los objetos, las cosas. Los he

cultivado con pasión. Luego los he descultivado. Me invadieron y me aburrieron. Comprendí que no podría sobrevivir en ellos, aunque ellos sobreviven en mí. Todavía conservo una pequeña colección de reptiles. Me fascinaban los reptiles (el objeto reptil, quiero decir). Allá donde veía uno, lo compraba. Tengo varios lagartos de México, muchos de ellos en forma de llamador de puerta. Tengo una maravillosa lagartija de oro que compré en Alemania. Tengo varias ranas (de piedra o de metal, pero también de plástico) que me volvían loco. La colección ha comenzado a decrecer desde que decidí regalar los reptiles uno a uno. Cuando me invitan a cenar en una casa, además de la consabida botella de vino, llevo un reptil. Tiene más éxito el vino, pero de lo que se trata es de hacerlos desaparecer poco a poco. Ya no me gustan los objetos, ya no encuentro placer en su posesión. En pocos meses o pocos

años más habrán desaparecido todos, sin dejar rastro.

Los libros pertenecen a la categoría objeto, sobre todo desde que se imprimen con malas tintas y en papeles de segunda. Tengo muchos libros de los años sesenta y setenta del pasado siglo cuya lectura, hoy, resultaría imposible. Cuando me apetece releerlos, compro una edición reciente. No están, pues, en las estanterías en su calidad de libros, sino de objetos. Me gustaría tener el valor de desprenderme de ellos, de tirarlos a la basura. Pero la familia lo entendería mal. Pensaría en un proceso de autodestrucción o algo parecido, cuando se trata de todo lo contrario. Ahora pienso que la vida guarda más relación con lo vacío que con lo lleno. Durante años, me rodeé de fetiches a través de los cuales me prolongaba o creía prolongarme. Hoy daría cualquier cosa por vivir en un espacio vacío. Los objetos me espían, escuchan mi respiración y

absorben parte de mis energías, de mi vida. Llevan años haciéndolo sin que yo lo advirtiera. Estoy en ellos, sí, pero en la medida en la que no estoy en mí. Cada vez que desaparece un objeto, desaparece una parte de mí por ese sumidero invisible por el que se va la vida. Quizá nosotros somos los objetos de alguien de cuyas energías nos alimentamos. Lo que no entiendo es por qué he venido negando la condición de objeto a las sartenes, a los ralladores de pan o a las cucharas de palo, que de repente tanto me gustan. Lo que quizá anuncia el comienzo de otra colección.

Me da apuro ir al baño

No sé si es en Ámsterdam donde han colocado, en medio de la calle, un retrete con las paredes hechas de ese cristal unidireccional, que te permite ver sin ser visto. Te metes en él y observas a los transeúntes yendo de un lado a otro mientras haces aguas mayores o menores o te masturbas, en el caso de que la cosa te excite. Y excitante resulta, desde luego, pues se trata de la experiencia más cercana a la de la invisibilidad. ¿Quién en su sano juicio no ha soñado con vivir esa situación en la que el mundo no te ve, pero tú ves al mundo? A lo mejor estás bajándote los pantalones en el momento en el que un guardia pasa al

lado de la cabina, o un cura se detiene frente a la puerta para encender un cigarrillo, o un juez pisa una piel de plátano y se da de bruces contra el suelo. Parece un retrete fabricado para exhibicionistas inversos, pues aunque te estás despelotando a la vista de todos, lo cierto es que nadie se escandaliza. Ni siquiera miran.

Imaginamos que muchas de esas parejas a las que les gusta hacer el amor (hacer el amor, qué cursilada) en las camas de las tiendas de muebles, disfrutarán muchísimo de este extraño invento, más extraño cuanto más piensas en él e imaginas situaciones a las que puede dar lugar, ya que por delante de estos retretes callejeros no sólo pasan los guardias y los curas y los jueces mencionados en el párrafo anterior: puede pasar, de súbito, tu madre, tu novia, tu profesor de lengua, tu carnicero, tu jefe de personal, tu hijo, tu sobrino... Y mientras ellos circulan

ajenos a lo que ocurre entre esas cuatro paredes de cristal, tus ojos no pierden detalle del exterior (sin descuidar por eso, o quizá gracias a eso, las necesidades fisiológicas o mentales que te llevaron al receptáculo).

Los tabiques se inventaron por algo. Tú colocas una pared (opaca, claro) en medio del desierto y ya has creado dos dimensiones. De hecho, nos pasamos la mitad de la vida preguntándonos qué hay al otro lado de las puertas. De cómo se manejen las puertas depende en gran medida, según Stephen King, que una novela de terror salga bien o mal. Por eso, un tabique de cristal es una especie de no-tabique. Si el cristal es de los llamados unidireccionales, estamos hablando de un medio tabique. El medio tabique es un invento absolutamente contemporáneo cuyas posibilidades permanecen apenas sin explorar. El retrete de *Ámsterdam* no deja de ser una

especie de atracción de feria pensada por una mente escatológica.

De momento, se nos ocurre que bastaría con dar la vuelta a los cristales para invertir la situación: que todo el mundo pudiera ver al usuario del retrete sin que éste, en cambio, fuera capaz de distinguir a nadie. En otras palabras, tú te encuentras en la soledad típica del que hace pis (para no ir a mayores) y lo mismo tienes a siete personas fuera de la cabina observando atentamente cada uno de los movimientos que llevas a cabo para aliviar la vejiga. Todo el mundo se descarga del mismo modo, quiere decirse que aunque un señor haciendo pis no debería en principio despertar ningún interés, lo cierto es que nos encanta mirarnos en los otros. Por eso tienen tanto éxito esos escaparates en los que de vez en cuando colocan a un ser humano echando la siesta sobre el colchón que el establecimiento promociona. ¿Hay algo más aburrido que un individuo

durmiendo? En teoría no, pero ahí tienes a las multitudes dándose codazos para asistir al espectáculo.

Tal es asimismo la base del éxito de los zoológicos en general y de la jaula de los monos en particular. En Madrid había hace años (ignoro si vive todavía) un gorila deprimido que permanecía durante horas sentado sobre un neumático de camión observando tristemente a los visitantes. Pues tenía un éxito enorme, ya ven ustedes. ¿Por qué? Sin duda porque nos veíamos en él. Mis hijos, ya mayores, aún me preguntan de vez en cuando por aquel animal cuya mirada les impresionaba vivamente porque en cada visita les recordaba a alguien de la familia.

Ver sin ser vistos. En ocasiones nos da la impresión de que los gobiernos y las empresas gozan ya de ese privilegio. Ellos disponen de cámaras de vídeo, de bases de datos, de espejos unidireccionales y de

encuestas por las que conocen nuestros gustos, nuestros hábitos de consumo, nuestros movimientos... ¿Y qué sabemos nosotros de ellos? Poca cosa. De hecho, cuando pasados los años se desclasifican los documentos secretos, nos enteramos de que aquello que creíamos que había sido así, había sido en realidad asá. Personalmente, y aunque no soy muy paranoico, me siento como atrapado en un recinto de cristales unidireccionales a través de los que soy observado sin saber por quién. Hay días en los que hasta me da apuro ir al baño.

El pasillo

Ninguna concepción arquitectónica ha logrado prescindir por completo de los pasillos. Y eso que en general están mal vistos por ser lugares de tránsito, como su nombre indica. En el cine y en las comedias de situación la gente aparece en el cuarto de estar, en la cocina, en el dormitorio, pero no es común verlos ir de una habitación a otra, como si moverse constituyera una pérdida de tiempo inexplicable. Los aviones representan mejor que ningún otro medio de transporte este afán por suprimir el espacio entre dos lugares. Te metes en un tubo cerrado y al rato, cuando se vuelven a abrir sus puertas,

apareces en un lugar al que no sabes a ciencia cierta cómo has llegado. Por el contrario, cuando se viaja en tren o en coche, el tiempo que se tarda en alcanzar el destino sirve para ir elaborando el miedo o el deseo de llegar.

El pasillo tiene una función importante, pues: no sólo sirve para cambiar de habitación, sino para ir de un sitio a otro de uno mismo. Ése es también el sentido de las calles: recorerte al tiempo que recorres la ciudad. Hay gente que vive instalada en su riñón o en su hígado. Otros (los menos, es verdad) no salen del cerebro más que para visitar la úlcera de colon, donde pasan el otoño y parte de la primavera. Esa inmovilidad es nefasta para la salud, sobre todo para la salud mental. Es preciso cambiar de escenario y para eso sirven los pasillos. Hay que reivindicarlos, pues.

Seguramente, el mejor observatorio para escribir una autobiografía es el pasillo. Si uno fuera capaz de recuperar

el miedo infantil a ir de la cocina al dormitorio de los padres a través de aquella pieza larga y angosta que unía las partes de la vivienda, comprendería también el terror paralizante que ha sentido frente a algunos cambios de su existencia. En el pasillo oscuro te hacías un hombre, o una mujer, pues te obligaba a enfrentarte con tu propios fantasmas colocándolos fuera, como si procedieran del interior de los tabiques de la casa. Y después de ese pasillo primordial vinieron otros muchos: el de los abuelos o los tíos, el del colegio, el del metro, el de la universidad... Bastaría con contar con precisión cómo te sentiste en cada uno de ellos para escribir la novela de tu vida. Quizá fue cuando alquilaste tu primer apartamento, donde no había pasillo porque en realidad no había nada (todo era dormitorio, salón y cocina al mismo tiempo), cuando sentiste que faltaba algo: te habían amputado el pasillo como a otros les amputan un

brazo.

Pero igual que a éstos, el pasillo desaparecido continuaba doliendo como un miembro fantasma. No se puede vivir sin un órgano tan importante a menos que uno decida dejar de crecer. La arquitectura contemporánea detesta esas formaciones largas y estrechas por miedo al movimiento. Pero cada vez que lo cortan, vuelve a salir, como el rabo de las lagartijas. Ellos verán.

Cuento de Navidad

Un día, por estas fechas, llegó a casa de algún modo inexplicable un jamón. Su presencia produjo en la familia un choque emocional indescriptible. Parecía una pata incorrupta más que un fiambre. Lo colgamos del techo de la despensa y cada poco íbamos a adorarlo en su soledad aromática. Mi madre nos explicaba cómo debía partirse y de qué grosor debían ser las lonchas, asegurando que en las profundidades de aquella carne oscura permanecía enterrado un hueso que serviría para hacer caldo. Pero si le preguntábamos cuándo comenzaríamos a comérselo, ella decía indefectiblemente:

—Cuando tengamos un cuchillo de cortar jamón.

No creáis que sirve cualquiera. Habíamos aceptado que aquel cuchillo específico debería aparecer de un modo extraordinario o sobrenatural en nuestras vidas y esperábamos su advenimiento con ansiedad religiosa. Entre tanto, por mi casa pasaban cada tarde amigos del colegio que venían a ver el jamón. Los recuerdo entrando en la vivienda sobrecogidos ya por lo que les habíamos contado, pero cuando abríamos la despensa y aparecía colgado del techo aquel resto porcino cubierto de grasa dorada y melancólica, la gente no llegaba a caer de rodillas, pero casi.

Y cuando mis padres tenían visita, después de haberles dado de merendar un café con galletas revenidas, mi madre se disculpaba por no haberles ofrecido un poco de jamón.

—Es que no tenemos cuchillo —añadía a modo de disculpa.

Como quiera que las visitas pusieran

un gesto de escepticismo, ella iba a la despensa y volvía con el fiambre en brazos, mostrándolo con el mismo orgullo que si se tratara de un hijo que hubiera terminado empresariales.

A los pocos meses, comenzaron a salirle gusanos de lo más hondo, pues quizá estaba mal curado, y no tuvimos la oportunidad de contemplar el milagro del hueso. En lugar de tirarlo a la basura, lo enterramos en el patio de atrás, como si hubiera fallecido, y hasta hace muy poco, siempre que pasábamos por delante de su tumba, derramábamos unas lágrimas. Felices Pascuas.

Conversaciones

A veces se oyen en el autobús historias que le alivian a uno de las que tiene que escuchar por la radio. Yo iba de pie, junto a dos chicas de instituto que acababan de iniciar una conversación trascendente.

—Cuando mi madre estaba embarazada de mí —decía una—, el médico le aseguró que iba a tener gemelos, así que lo prepararon todo para dos. Luego resulta que habían confundido su radiografía con la de otra y nací yo sola.

Al parecer, sus padres habían contado mil veces esta historia a quien quisiera escucharla y a quien no, demorándose en

el detalle de la espera del segundo hijo, hasta que se hizo evidente que no llegaría y dieron por concluido el parto.

—Como cuando en una cita a ciegas el otro se retrasa y hay un instante en el que sabes que no se va a presentar —añadió con gracia—, pero te queda la duda de que te haya mirado desde lejos a ver si le gustabas y resulta que no.

El caso es que la pobre chica había vivido toda su vida bajo la presión de ese gemelo inexistente, pues con el paso del tiempo adquirió la convicción de que sus padres le querían más que a ella.

—¿Crees que en las fiestas familiares —continuó— hablan de las matrículas de honor que saco en matemáticas o de lo que ayudo en casa, que me hago la cama desde que tengo siete años? Pues no; hablan continuamente del gemelo que no vino y de la cara de idiotas que se les quedó a los dos cuando el médico dijo que no había más inquilinos dentro del útero. Para matarlos.

Te ponía los pelos de punta hacerte cargo de los esfuerzos de aquella hija para ser querida por unos padres enamorados de un ser inexistente. Uno puede competir con una presencia real, pero cómo enfrentarse a un fantasma.

En esto, las chicas llegaron a su parada, se bajaron, y aunque las seguí disimuladamente ya no pude sino coger fragmentos incomprensibles de su conversación. Póngale cada uno el final que prefiera sin olvidar la posibilidad de que usted o yo seamos el hermano invisible de esa chica infeliz. Finalmente, todos nacemos incompletos y el lado del que carecemos el mejor. Qué vida.

El ferretero desconocido

La herramienta más fascinante de todas es la llamada «alicate universal». Sirve para enroscar y desenroscar, para apretar y aflojar, para cortar un alambre o pelar un cable. Parece mentira que todavía no se haya levantado un monumento a su inventor. Ya sé, ya sé que los inventores de las herramientas han sido por lo general seres anónimos, cuando no colectivos. Siempre que abro la caja de herramientas y contemplo toda esa riqueza instrumental, me pregunto por qué no hay ninguna estatua al inventor del destornillador o de la sierra de pelo. ¿A quién se le ocurrió, por cierto, lo de la sierra de pelo, que a mí lo mismo

me sirve para un roto que para un descosido? ¿Y la llave inglesa? ¿Quién fue el individuo que se durmió pensando un día en ese artefacto dotado de una ruedecilla que abre o cierra, en función del tamaño de la tuerca, las fauces aceradas? Si el descubridor de la llave inglesa no pasara a la historia del utillaje (en el caso de que exista esa historia) debería pasar sin duda a la de la escultura. ¿O no es la llave inglesa una verdadera obra de arte?

Pero yo comprendo que quizá los inventores de todos esos instrumentos que nos arreglan la vida sean anónimos, como el soldado desconocido, al que todavía no sabemos qué debemos, pero del que hay en todas partes una tumba simbólica con una llama ardiendo a costa del erario público. ¿Por qué, pues, no levantar un monumento al inventor anónimo de la llave inglesa o del destornillador de estrella? Muchos dirán que para dar con el destornillador de

estrella tuvo que haber antes el tornillo de cabeza estrellada, o que la llave inglesa no habría podido aparecer sin la tuerca hexagonal. Pero ésta es una discusión inútil, como la del huevo y la gallina. Yo levantaría un monumento a la gallina y otro al huevo. O mejor dicho, no levantaría un monumento a ninguno, pues tanto el huevo como la gallina me parecen dos simplezas dignas de alguien con un sentido del humor más bien extraño. Pero si aceptamos que haya piras funerarias dedicadas a generales de nombres impronunciables que ganaron batallas que ni nos iban ni nos venían, ¿por qué no homenajear a aquellos seres desconocidos gracias a los cuales nuestra caja de herramientas está llena de un utillaje tan perfecto que de hecho utilizamos a manera de prótesis?

Personalmente, detesto el bricolaje, pero adoro las herramientas. En mi casa, sobre la chimenea, en lugar de una reproducción de Matisse, tengo un

martillo de verdad. Y una manguera en el interior de una urna, con la orden de que se rompa en caso de incendio. Y constituye una obra de arte, aunque de carácter anónimo. Los ricos todavía van a las subastas y se gastan cantidades increíbles en cuadros con firma. No los comprendo. Yo, si alguna vez tengo dinero me compraré una ferretería a la que llamaré Thyssen Bornemisza, para dar el pego.

Nudos

Un nudo en el estómago, durante toda la semana he tenido un nudo en el estómago. Apareció el lunes a primera hora, cuando vi a un niño con una tartera a la espalda camino del colegio. Estrenaba vaqueros, camisa, miedo, y compartía con los adultos que salíamos a ganarnos la vida el frío matinal de estos últimos días de septiembre. Quizá sabía ya que el infierno son los otros, y llevaba un susto pequeño en la mirada. El año empieza ahora, no cuando dice el calendario; el año, o lo que sea esta sensación de estrenar la vida, comienza con el curso escolar, con la caída de la hoja, con el frío. También para los

adultos es esta una época difícil; miedos antiguos, dominados por la voluntad o la costumbre, se trenzan entre sí hasta formar un nudo de angustia que comprime lo que los forenses llaman el paquete intestinal. En esta fecha el paquete intestinal nos pesa tanto como a los niños la cartera. Para combatir sus efectos, fumamos como locos, tomamos docenas de cafés, nos compramos ropa o bebemos más whiskys de lo habitual. No sabemos qué hacer con la existencia y el temor de nuestros hijos a acudir al colegio, a crecer, es un espejo que nos devuelve una imagen desvalida y triste de nosotros mismos. El adulto es un ex niño, decía Paul Hazard, y nada más que un ex niño. Por eso me sorprende la visión utilitaria que tenemos de la infancia y de la adolescencia. En nuestra sociedad un niño no tiene ningún valor en sí mismo: o es un proyecto de adulto o no es nada. De esa negación nos pasarán factura un año de éstos. El lunes pasado el

ministro de Educación en una entrevista radiofónica decía, junto a la frase *progre* de que a la escuela no se va a sufrir, el disparate de que se iba a aprender cosas útiles para el día de mañana. ¿Qué les enseñan para el día de hoy? ¿Es que hoy no son? ¿Es que sólo nos sirven como proyecto de ingenieros, médicos o drogadictos?

Los físicos

Nueve físicos, reunidos en El Escorial para hablar del origen del universo en una jerga incomprensible, han conseguido llenos diarios y una cobertura informativa notable. Parece asombroso, pero hay que tener en cuenta que estuvieron todo el rato dándole vueltas a una cosa que llamaban la *materia oscura*. Yo me entero de que en un sitio dan una conferencia con ese título y pago lo que sea por entrar, aunque me garanticen que no voy a comprender nada. Por las mismas razones leí a ciegas el libro de Stephen Hawking sobre los agujeros negros, por eso, porque trataba de agujeros negros, y en cualquier sitio

donde se hable de materia negra o agujeros oscuros se está hablando de mí.

La gente acude a oír a estos físicos porque, aunque parece que hablan del universo, en realidad se dedican a levantar la biografía de quien les escucha. Por lo poco que he podido entender, esta materia oscura es el tejido del que está hecho el 90% del cosmos y, sin embargo, es indetectable, ciega, lo mismo que el deseo o la culpa, que siendo capaces de llenar un cuerpo, de saturar una identidad, resultan invisibles.

El secreto de estos físicos tan seductores es que no consiguen decir una palabra que no nos concierna a todos, seamos ingenieros, escritores, administrativos, militares o médicos. Por ejemplo, cuando George Smoot, uno de los nueve magníficos, habla del proyecto Explorador del Fondo Cósmico (COBE) parece que se está refiriendo a nuestro subconsciente, pues éste nos devuelve la misma luz ciega que a él el fondo

cósmico. Hace años, al leer que otro físico, Heisenberg, titulaba una de sus teorías con el nombre de *El principio de incertidumbre*, intuí que había más pensamiento literario en el índice de un libro de física que en toda la teoría literaria que daban en la Facultad de Letras.

Llevaba razón.

El moscardón

Ella llevaba diez minutos haciendo cola en la carnicería cuando vio revolotear en torno al dispositivo antiinsectos un moscardón de abdomen metalizado. Empezó a padecer por él, y cuando el animal se posó sobre la armadura de la que colgaban los tubos asesinos le gritó mentalmente que huyera. El moscardón pareció oírlo, pues, tras un movimiento de alerta, voló en dirección a la salida.

Cuando abandonaba el mercado vio al insecto detenido sobre un número de lotería que colgaba del pecho de un ciego. Lo compró y al día siguiente le tocó una cantidad modesta con la que

pudo terminar el mes. Días después, estaba sola en casa, por la tarde, aturdida por haber visto mucho tiempo la televisión, y decidió tomarse una copa de ginebra para aliviar la culpa de no haber limpiado los cristales. Pero no encontró la botella. Solía esconderla en sitios difíciles para que su marido no se enterara de que bebía, y luego, con frecuencia, no se acordaba de dónde la había guardado. Cuando ya empezaba a desesperarse oyó un zumbido y vio al moscardón posándose sobre aquella radio antigua que no funcionaba. Le dio la vuelta y encontró dentro la botella de ginebra.

A la semana siguiente, al pasar por delante de un bingo, vio al moscardón sobre la gorra del portero. Entró y en media hora ganó 10.000 pesetas. Se gastó la mitad en botellas que escondió por toda la casa. Esa noche colocó un montoncito de basura en un rincón de la cocina, y al poco vio llegar al moscardón, que se posó sobre una monda de naranja.

Luego, mientras miraba la tele junto a su marido, el animal permaneció en un pliegue del sofá, desde el que no dejaba de observarla. Al día siguiente, su marido estaba muerto; cuando se lo llevaban, el moscardón salió de la oreja del cadáver y se posó sobre su sillón favorito.

Júpiter

Están apedreando a Júpiter y eso, incomprensiblemente, nos llena de gozo. No sabe uno hacia dónde mirar, si hacia Júpiter o hacia los que miran a Júpiter con un entusiasmo de turistas en un país exótico. Yo no sé si esta lapidación es un asunto nuestro, la verdad, quizá no, sobre todo si pensamos que hemos de ver el espectáculo a través del agujero del telescopio, que es lo más parecido al ojo de una cerradura. Y no es que quiera minimizar el avance cultural que supuso el descubrimiento de este ojo, el de la cerradura, que ha llenado de fantasías eróticas las cabezas de cientos de millones de adolescentes. Pero a estas

alturas da un poco de vergüenza continuar asomándose a la realidad desde ese punto de vista.

Por otra parte, mientras en las alturas apedrean a Júpiter, aquí al lado, en Italia, un médico ha bombardeado con óvulos previamente fecundados *in vitro* el útero de una anciana de sesenta y tres años y la ha dejado embarazada, violando, según la Iglesia, el proyecto de Dios, de Zeus, de Júpiter, en fin, a quien la pedrea cósmica está dejando por cierto como un Cristo. Ya digo, no sabe uno hacia dónde mirar.

Entretanto, celebramos con gran alboroto el aniversario de la llegada del hombre a la Luna, un acontecimiento que quizá modificó el curso de la guerra fría, pero que no nos ha hecho más felices porque no somos más sabios desde entonces. La óptica y la mecánica van por delante del pensamiento, como las necesidades sociales van siempre por delante de las decisiones políticas. El caso

es que observando los rostros de los que miran a Júpiter por el ojo de la cerradura uno tiene la impresión de que somos extranjeros en un país exótico. El espectáculo es divertido, lo malo es que no tenemos adónde volver cuando se termine la gira. No sabemos aún de dónde venimos.

Moldes

Conocí a un sujeto que era capaz de sacar el vaciado de un paisaje con mirarlo. No le interesaba la realidad, sino su negativo, de manera que sólo podía percibir los volúmenes si los convertía mentalmente en su bulto gaseoso, en su matriz. Su casa estaba llena de moldes que albergaban los fantasmas de los objetos más dispares, cuyo vaciado había ido obteniendo a lo largo de una existencia hueca. Cuando nos presentaron, noté que me miraba con cierta ansiedad, hasta que logró obtener mentalmente mi matriz, o quizá mi ataúd. Una vez llevada a cabo esta operación, se relajó y comenzó a tratarme con la

naturalidad con la que se habría dirigido a un fantasma.

Cada vez que veo en los periódicos la foto de Taslima Nasrim o Salman Rushdie me acuerdo de este sujeto poseído por un temperamento desrealizador. Hay personas que te miran o te leen y te desrealizan porque no comprenden otro modo de relación con el universo. Lo malo es cuando esa mirada se convierte en un patrimonio cultural. Taslima Nasrim y Salman Rushdie han sido leídos por una cultura que les ha dado a elegir entre la desrealización y la muerte.

Taslina todavía tiene cierto cuerpo porque acaba de llegar al universo de los vaciados, donde quizá Rushdie le esté enseñando cómo se convierte uno en el molde de sí mismo. La condición de ambos es la del que sólo puede estar si no está, la del ausente; en cierto modo, ésa es también la condición de la escritura: a los libros se les llama volúmenes para disimular su condición fantasmagórica;

las palabras de su interior evocan la ausencia de todo lo que nombran. Taslima y Salman podrían ser los moldes de importantes volúmenes si conseguimos que no se inyecte en sus vaciados la escayola del olvido.

Suerte.

Eso fue todo

En la mesa de al lado, dos hombres hablaban de la vida. Uno de ellos decía que no estaba preparado para la edad que había alcanzado, sesenta y cinco años. «Hace veinte años —añadió—, cuando firmé la hipoteca, di por supuesto que me moriría antes de cancelarla, que la heredarían mi mujer y mis hijos. Creo que para vivir tanto tiempo es preciso que sucedan muchas casualidades cada día. Vale que en cuarenta años de ir a trabajar por el mismo camino no te caiga una teja, o que no caiga cuando pases tú. Pero te puede atropellar un coche, darte un infarto, te pueden asesinar por error. Yo he viajado mucho en tren, en avión,

en coche. Cada mes llevaba cuatro o cinco boletos de lotería para matarme. Después están las enfermedades. Pues nada, a lo largo de estos veinte años de hipoteca creo que he cogido dos catarros.»

—Pero la gente vive mucho —le contestaba el otro.

—La gente sí, pero yo nunca me consideré gente. Me parecía milagroso haber nacido. ¿Tú te has parado a pensar en la cantidad de coincidencias que se tienen que dar para que uno nazca?

—No estoy de acuerdo, la gente nace todos los días.

—La gente, la gente... Yo te estoy hablando de mí. Te aseguro que todo estaba en contra de que naciera. Pero nací, vale, no se puede hacer nada contra eso. Ahora bien, de nacer a vivir sesenta y cinco años, que son los que he cumplido, habiendo cancelado dos hipotecas, hay una distancia.

¡Pero si hay gente que no sobrevive ni a la

fecha de caducidad del yogur!

La conversación siguió un rato por estos derroteros absurdos, pero atractivos. El de los sesenta y cinco años se acababa de jubilar, lo que le enfrentaba, según dijo, a una etapa de la vida que ni por lo más remoto había pensado vivir. No sabía qué hacer. El otro le sugirió que aprendiera

inglés. Había un método de mil palabras. El 85% de la gente, añadió, sólo maneja mil palabras. El otro dijo que tal como se estaban poniendo las cosas sobreviviría a las mil palabras.

—Quizá me abra otra hipoteca, pero esta vez de cuarenta años, a ver qué pasa.

Pidieron otro café y eso fue todo.

Próstata

Dios y Luzbel coincidieron en la consulta del urólogo. Tras recibir malas noticias respecto a sus próstatas, Dios propuso que fueran a tomar un café. El diablo, que se jactaba de haber inventado la lucha de clases, se resistió, por miedo a que aquello dañara su reputación. Pero el Todopoderoso dijo que se lo debía: «No habrías podido descubrir la lucha de clases si yo no hubiera concebido previamente las clases.» Tras pedir las consumiciones, Dios le preguntó quién le había recomendado aquel urólogo, y si podía pagarlo. «Le compré el alma al poco de que terminara la carrera —dijo Satán— a cambio del éxito. Durante estos

años han pasado por sus manos las próstatas de los artistas más famosos, de los escritores con más prestigio, de los obispos con la mitra más larga... No me cobra nada con la esperanza de que en un arranque de generosidad le devuelva el alma. Si nos saca adelante, igual se la devuelvo.»

Dios le agradeció el interés por su salud, pero dijo que había pocas esperanzas. «Además —añadió—, estoy cansado de llevar esta doble vida. Predico la bondad, pero ya ves que la gente tortura y mata y se suicida en mi nombre. Al principio me divertía que resultara tan fácil proclamar una cosa y hacer otra, pero ha dejado de hacerme gracia. También tú estarías harto si tus seguidores fueran tipos como Bush o Bin Laden. La verdad es que habría dado cualquier cosa por tener entre mis filas a algunos de tus admiradores.» «Si te gusta Julio Iglesias —objetó el diablo—, no puedes pretender llenar los estadios con

aficionados a los Rolling. Tienes que ser un poco coherente.» «Hay algo —añadió Dios— que llevo muy mal, y es la sospecha de que al final tú has sido el más feliz de los dos.»

«No te creas —respondió el diablo— cuando me di cuenta de que yo, comparado contigo, era un pedazo de pan, se me vino el mundo abajo. Por

más empeño que ponía en hacer bien el mal, tú siempre me sacabas una cabeza de ventaja. Por decirlo rápido: yo debería haber inventado las clases sociales, desde luego, pero también la Inquisición, y el Opus y los cilicios de siete puntas.» «Total, que somos un par de fracasados», resumió el Creador llamando al camarero. Pagó la cuenta el diablo, porque Dios no llevaba suelto.

Una amistad rota

Me había despertado la sed. Una vez fuera de la cama, pensé en la posibilidad de comerme una naranja y decidí dirigirme a la cocina, pues las había visto la noche anterior, sobre la encimera. Me encontraba en la casa de unos amigos, en el campo, como invitado de fin de semana. La cocina se encontraba en el piso de abajo y la casa tenía mucha madera, por lo que abandoné la habitación con cuidado, para evitar los crujidos característicos de este tipo de construcciones. Aun así, los escalones gemían cada vez que ponía el pie en ellos, sobre todo si se pisaban por el centro. El suelo de abajo era, por fortuna,

de baldosa, pero la puerta de la cocina chirrió también lo suyo al abrirla.

Tomé una naranja grande y un cuchillo muy afilado y me puse a pelarla segregando jugos gástricos frente a la visión de la pulpa. En esto, cuando me encontraba a la mitad del trabajo, sentí algo a mi espalda, me volví, y distinguí en el quicio de la puerta una presencia entre blancuzca y transparente que inmediatamente desapareció. Como la visión no duró más de unas décimas de segundo, atribuí el suceso a un efecto óptico. Me comí la naranja sentado a una mesa larga, de madera, disfrutando de cada gajo, pero sin dejar de vigilar la puerta, por si el fantasma se manifestara de nuevo. En esto, oí crujir la escalera y al poco apareció en la puerta la silueta de mi amigo, que no podía dormir.

—Bebimos demasiado durante la cena —dijo.

—Sí —asentí yo ofreciéndole un gajo.

Como lo aceptara sin titubear, pelé

otra naranja que compartimos sentados el uno frente al otro. Me contó entonces la historia de la casa, que había pertenecido a la familia de su mujer, y que era una historia como tantas: una abuela dominante, un hijo esquizofrénico, un suicidio lejano...

Tuve la impresión de que trataba de impresionarme. Hacía viento afuera y los cristales de la ventana temblaban en el interior del marco, como baila una muela en una encía con holgura.

—A veces —dijo— me da miedo moverme por la noche por esta casa.

Tengo la impresión de que está llena de presencias.

—No sé si está llena —respondí—, pero yo acabo de ver una.

Tras explicarle lo ocurrido, aseguró sin género de dudas que se trataba de la abuela de su mujer.

—¿Por qué no su bisabuela?

—Porque la conflictiva —dijo— era la abuela.

Continuamos hablando y noté que mi

amigo estaba celoso de la visión que acababa de tener. Intuí que él había estado esperando una experiencia como la mía desde que se casara con su mujer. Le expresé mi teoría de que las cosas raras no ocurren cuando uno las desea, sino cuando lo desean ellas. Precisamente, durante una época que había vivido solo en un piso antiguo de Madrid, me pasaba las noches en vela, y no por miedo a los peligros reales, sino a los peligros metafísicos. No es que creyera en fantasmas o cosas semejantes (de día, al menos, no), pero el silencio de la noche lo amplificaba todo, lo distorsionaba. Al amanecer, cuando tenía que levantarme, caía rendido. Pero nunca ocurrió nada. Un día, en cambio, que no tenía miedo porque me había tomado un ansiolítico, sentí que alguien me soplaba en el cuello. Tras comprobar que las ventanas estaban cerradas, por si se tratara de una corriente de aire, continué sintiendo el soplido, que cesó al

amanecer sin lograr asustarme.

—Quiero decir —concluí— que las noches que uno tiene miedo no ocurre nada. Aquellas en las que todo está en orden, en cambio, pasan cosas raras. En otras palabras, los fantasmas se aparecen cuando dejas de darles importancia.

Mi amigo peló otra naranja que nos comimos en silencio y después volvimos a la cama. Me pareció, al despedirnos, que o bien había decidido no creerme, o bien había decidido odiarme, como si le hubiera arrebatado en una sola noche una experiencia que él esperaba desde hacía mil. Dormí tranquilo, sin importarme que los fantasmas —caso de existir— se pasearan por la habitación durante mi sueño. Resulta increíble que la gente se

asombro de los fantasmas y no se asombra de los cerdos. Un cerdo es, formalmente hablando, mucho más raro que el más raro de los fantasmas.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, mi amigo me obligó a contar de nuevo a su mujer la historia del fantasma nocturno. Comprendí que también ella llevaba años tratando de entrar en contacto con él. Noté, mientras narraba mi experiencia, su rencor, que disfrazó de incredulidad. Luego dejaron de llamarme y, en la práctica, hemos roto.

Sorteos

Cuando sonó el teléfono pensó que sería incapaz de levantarse si no se imaginaba a una multitud observando sus movimientos. Miró las sucias paredes del cuarto donde vivía e imaginó que se convertían en las gradas de un estadio lleno de gente, con todas las miradas puestas en él. Entonces abandonó el sofá y recorrió los dos metros que le separaban del teléfono jaleado por una muchedumbre enfebrecida que le daba ánimos para llegar hasta el auricular. Lo descolgó con el gesto de un actor consumado. «Diga», dijo con alguna desgana, como si la aclamación de que era objeto le viniera pequeña. Se oyó al

otro lado una voz de mujer que parecía encantada de haberse conocido. «Soy fulana de tal —dijo— del Primijuego. ¿Estaba usted viendo la televisión?» El sujeto respondió que no; las gradas habían desaparecido con muchedumbre y todo. A los pies del aparador había una cucaracha agonizante. «Entonces —añadió fulana de tal— no nos sabrá decir una combinación de la Bonoloto que acabamos de transmitir en directo.» El sujeto dijo que no y comenzó a sudar. «Bueno, no se preocupe —continuó fulana— sólo por el hecho de estar en casa y de que le hayamos telefoneado ha ganado usted 600.000 pesetas en billetes de lotería para el próximo sábado. ¿Le parece bien?» El sujeto dijo que sí, y a continuación tuvo que dar su nombre y apellidos. A fulana de tal le debían de sobrar unos minutos antes de dar entrada a la publicidad. Dijo: «Bueno, ¿y está ahí con su familia?» El sujeto miró la cucaracha y respondió

que sí. «Dígale a su mujer que se ponga, a ver si está contenta», añadió. Paralizado por el terror, pensando que su voz se estaba escuchando en todo el país, argumentó que su mujer era muda. «Qué experiencia tan interesante, compartir la vida con una muda —dijo fulana en un alarde de delicadeza—, ¿y sus hijos?»

«También», respondió el sujeto. Luego, en lugar de colgar el teléfono, secolgó a sí mismo.

Adiós

Llueve en Madrid, pero todo está en orden. Durante la noche llovió sin convicción, aunque con insistencia, con la voluntad del torpe. De madrugada, desde un taxi, vi el color oscuro de las calles mojadas y la arquitectura de los paraguas abiertos. Íbamos o veníamos de algún sitio con los pies húmedos y el corazón frío.

Luego, al amanecer, llovió un poco más y salió el sol. Habíamos fumado mucho y teníamos la garganta seca. En un hospital tomé un café. La sala de espera estaba llena de gente asustada que observaba a los otros intentando calibrar por su gesto la gravedad del caso.

Alguien oía un transistor como si esperara que a través de él le dijeran algo realmente importante para el curso de su vida. El médico de guardia tenía barba y llevaba una bata verde.

Nos fuimos de allí, porque había que hacer papeles, ver al juez, contratar la sala del tanatorio. En fin, toda la burocracia de la muerte.

Entretanto, las cosas iban despertando. Vi un helicóptero que sobrevolaba uno de los accesos más complicados a Madrid. Recuerdo que en una película italiana aparecía un helicóptero que simbolizaba la muerte.

Dos certificados de defunción; para incinerar un cuerpo hacen falta dos certificados de defunción y una nota a pie de página en la que el médico diga que no ve ningún inconveniente en incinerar ese cadáver.

Los taxistas corren mucho de madrugada, aunque el suelo esté mojado. Hablan a través de la radio con otros

compañeros; se intercambian pequeñas confianzas.

Estamos en una edad de pérdidas, lo malo es que a veces perdemos cosas o personas que nunca hemos llegado a tener.

Ácaros

Un amigo que fabrica colchones me ha contado que en cada uno de esos trastos vive una colonia de ácaros compuesta por cinco o diez millones de individuos. Los ácaros son unos bichos muy pequeños, de cuerpo discoide y globuloso, que tienen la cabeza pegada al tórax y un abdomen hinchado. Como pertenecen a la familia de los arácnidos, están provistos de cuatro pares de patas peludas en forma de estilete. Su respiración es traqueal o cutánea, según los casos, y están atravesados por un tubo recto, en cuya parte terminal hay unos conductos excretores. Al ser parásitos, poseen un aparato bucal

destinado a la succión bastante desarrollado.

Mi amigo me ha enseñado una película rodada con técnicas microscópicas en el interior de un colchón, y el espectáculo resultaba inquietante. En realidad, era como ver a gentes de otro planeta haciendo su vida. Observé que, por lo general, van de un lado a otro, como yo, sin dirigirse a ningún sitio. Algunos se detenían mucho rato en un lugar y hacían cosas con las patas, como si estuvieran en la oficina, pero la película no era lo suficientemente microscópica como para ver los papeles que movían. Otros se detenían al cruzarse con alguien y parecían discutir sobre asuntos particulares o de la colonia. Se abrazaban, en fin, hacían sus necesidades, dormían, se reproducían. Aunque sus rostros eran raros debido al excesivo desarrollo del aparato bucal, observé en algunos de ellos rasgos de

gente conocida, y eso me puso un poco enfermo. Imagínense lo que es comprobar que en el colchón donde uno duerme vive, por poner un ejemplo, una colonia de gente del PSOE. Y es que lo pequeño y lo grande se cruzan en un sitio donde ambos mundos resultan idénticos. No sé, quizá nosotros seamos los ácaros de alguien a quien producimos alergia. Ahora duermo en el suelo.

El periódico

El periódico recién comprado parece un traje limpio. Te lo llevas a la oficina como cuando vuelves del tinte con esa chaqueta del invierno pasado que tanto te gustaba y con la que estrenas el cuerpo la primera vez que te la pones. Meter las manos en sus bolsillos es como regresar a casa: los dedos reconocen enseguida sus pliegues, sus honduras y ese pequeño orificio por el que pierdes las monedas y que te comunica con el forro, que es la zona donde reside la conciencia de la ropa, que a veces es la tuya. A los dedos les gusta ese lugar porque ahí no tienen que aparentar que te obedecen y ejercitan con libertad sus propias manías: se

cruzan para conjurar algún hechizo, que son muy supersticiosos; se manosean como enamorados; sudan como adolescentes; y, a veces, si están desesperados o nerviosos, juegan a clavarse las uñas.

El periódico sin leer tiene la calidad de la chaqueta rescatada del tinte: está planchado y lleno de espacios familiares en los que a lo mejor encuentras algo que olvidaste hace tiempo. Por eso, no te lo pruebas hasta que te quedas solo, con el primer café y quizá el primer cigarrillo del día. Entonces, entras en él con la misma emoción con que las manos buscan temblores antiguos en los fondillos de la ropa limpia. Si te fijas en lo que hacen tus dedos cuando lees el periódico, comprobarás que no actúan bajo tus órdenes; en realidad, eres tú quien se pliega a sus necesidades. En complicidad con los ojos, que tampoco son tuyos, van de aquí para allá rastreando algo cuya existencia ignoras,

igual que cuando registran los bolsillos de esa chaqueta que llevas tiempo sin usar. Así, pasan las hojas antes de que te haya dado tiempo a leer lo de Solchaga, porque a ellos no les interesa lo de Solchaga, se lo saben; lo que buscan es ese roto que, como el agujero del bolsillo, les conecta con la conciencia de las cosas.

El hígado de los perros pequeños

Estaba discutiendo agriamente con mi esposa por la tarde, cuando recordé que por la mañana el horóscopo del periódico me había anunciado «armonía familiar y paz doméstica».

—¿Es esto armonía familiar y paz doméstica? —grité.

Se quedó de piedra porque da la casualidad de que es la autora del horóscopo. Vive de eso y de levantar cartas astrales.

—Si las cartas astrales te salen como los horóscopos, estás lista —añadí.

—No te pongas así —dijo ella intentando reconvertir la situación, para

que la realidad no contradijera su pronóstico.

—Me pongo como me da la gana — exageré para humillarla del todo y salí de casa dando un portazo.

Mientras paseaba, gozaba interiormente de la situación. Ella es muy buena discuidora y no tengo muchas oportunidades de salir victorioso de nuestras peleas. Pero esta vez le había hecho morder el polvo. Me compré una revista de perros, entré en un bar y pedí un gin- tonic. Mientras me lo bebía a pequeños sorbos, leí un artículo sobre el hígado del chihuahua, que por lo visto tiene el tamaño de una cucaracha grande. La comparación me extrañó. Se imagina uno a un chihuahua con una cucaracha grande dentro y, no sé, le da como asco. A partir de ese momento, el gin- tonic empezó a saberme a desinfectante, de modo que lo dejé a medias y me fui de nuevo a la calle.

A medida que andaba, la sensación de

placer con la que había salido de casa iba transformándose en un malestar indefinido. Escupí un par de veces sobre la acera (cosa que detesto), porque se me había quedado en la lengua un sabor a cucaracha muy desagradable. Pasó a mi lado una señora con un perro pequeño y al imaginar el hígado del animal, su tamaño y su forma, tuve que reprimir una arcada. El malestar, al cabo de media hora, se había convertido en un desasosiego insoportable. Si el hígado de un caniche, me dije, es del tamaño de una cucaracha, el de un hombre será del tamaño de una rata. Imaginé una rata en el lugar donde tenemos el hígado y tuve un ataque de angustia. Menos mal que había una farmacia cerca, donde entré para pedir auxilio.

—¿Qué le ocurre? —preguntó una señora con bata blanca en cuya solapa había un pequeño afiche en el que ponía «Titular».

—He sentido un mareo —dije.

La titular de la farmacia me invitó a que me sentara en una silla y me tomó la tensión, que estaba un poco baja.

—Tranquilícese —me dijo—, no es nada. Descansa usted unos minutos y listo.

Descansé unos minutos y cuando me sentí medianamente repuesto salí de nuevo a la calle. El malestar físico se había atenuado, pero ahora era presa de un malestar moral. ¿Por qué le había hecho eso a mi mujer? Recordando los orígenes de nuestra discusión, advertí que había sido yo quien la había provocado, quizá para demostrarle luego que hacía los horóscopos a lo loco, cuando no era así, pues acertaba casi siempre. Quizá era ese nivel de aciertos, pensé, lo que me molestaba, pues como solía leer el horóscopo a primera hora del día, tal vez luego me adaptaba a lo que decía, como si obedeciera órdenes. Tengo una capacidad de sugestión muy grande y mi mujer es muy bruja en el mejor

sentido de la palabra. ¿Hasta qué punto adivinaba lo que me iba a ocurrir a lo largo del día o se limitaba a indicármelo, para que yo siguiera sus instrucciones?

En cualquier caso, los remordimientos por el modo en que la había tratado pudieron más que mis celos, de modo que decidí volver y pedirle perdón. Cuando entré en casa, se encontraba escribiendo para el periódico el horóscopo del día siguiente, pero no me lo dejó ver.

—Si no confías en ellos —me reprochó—, qué voy a sacar con que lo leas.

Entonces le pedí perdón y fuimos a la cocina para prepararnos un té y un gin-tonic (el gin-tonic, para mí). Al dar el primer sorbo, me vino a la memoria el tamaño del hígado de los perros pequeños y me puse pálido.

Ella, al notar que me ocurría algo, se acercó y me acarició para que me tranquilizara. Yo me dejé hacer. Entonces

ella me hizo notar la «armonía familiar y la paz doméstica» de la que disfrutábamos en aquellos momentos. Al final, de un modo u otro, siempre llevaba la razón. Cuando labesé en la boca, dijo:

—Te parecerá una tontería, pero sabes a insecto.

Por fortuna no logró averiguar a qué clase de insecto.

El sistema nervioso central

Decidí celebrar el comienzo de las vacaciones con la ingestión de un centollo. No es época, ya lo sé, no se amontonan, a mí también me contaron de pequeño lo de los meses con erre. Pero yo lo hago todo fuera de época, soy un inadaptado, es mi carácter. De modo que llegué a la pescadería y pedí un centollo. El pescadero cogió uno cualquiera y lo pesó. Como el animal no se estaba quieto, le pregunté el modo de matarlo. Tengo un trauma con eso. A mi padre le tocó, cuando yo era pequeño, un pellizco en la lotería y compró una langosta. Jamás antes habíamos visto una langosta, pero bastaba que les gustara a

los ricos para que nos encapricháramos con ella. Lo mismo nos pasaba con las angulas y con los automóviles de importación. Pues bien, el pescadero le dijo a mi padre:

—La mete usted en agua fría con un puñado de sal gorda. Una vez que el agua rompa a hervir, cuenta veinte minutos y está lista.

La langosta estaba viva, de modo que cuando el agua empezó a calentarse comenzó a emitir unos gemidos que ponían los pelos de punta. A mí me sorprendió que un animal que no tenía labios ni lengua, que quizá no tenía garganta, fuera capaz de vocalizar el daño de aquel modo. En resumidas cuentas, que lo que prometía ser una fiesta de celebración se convirtió en un funeral. Nadie fue capaz de probar la carne de aquel bicho, que por otra parte parecía una caja fuerte. La alegría dura poco en casa de los pobres.

Como el recuerdo de la langosta me

ha perseguido siempre, pedí al pescadero que me indicara el modo de matar al centollo antes de meterlo en la olla.

—¿Y para qué quiere usted matarlo?
—preguntó.

—Para que no sufra —dije—. Estoy muy sensibilizado con el sufrimiento de los animales.

—No se preocupe —respondió a su vez—, el centollo no tiene sistema nervioso central. No se proyecte usted en el animal porque sus padecimientos físicos no tienen nada que ver con los de los mamíferos. Si se tratara de un perro, de un gato, incluso de una rata, yo sería el primero en pedirle que no lo hirviera en vivo. Todos estos bichos tienen sistema nervioso central y les afecta mucho el calor. El centollo no.

Tengo una idea muy vaga acerca del sistema nervioso central. En el prospecto de los ansiolíticos pone que son un «depresor del sistema nervioso central». Ahí, por lo visto, reside su eficacia, en

deprimir ese aparato. Le pregunté al pescadero qué era el sistema nervioso central.

—Pues viene a ser en lo físico — dijo— como la imaginación en lo psíquico. Los seres humanos sufrimos o nos alegramos por cosas que no han sucedido gracias a la imaginación. El sistema nervioso central está compuesto por el encéfalo y la médula espinal. Si a usted le aplican un hierro candente en la rodilla, el encéfalo envía el dolor, y el pánico, al resto del cuerpo a través de la médula.

Me quedé sorprendido por las explicaciones del pescadero hasta que me enteré de que era biólogo. Por lo visto, es la titulación que te piden ahora para despachar pescado. También sabía inglés, de modo que se ofreció a explicarme lo del sistema nervioso central en ese idioma, pero le dije que no.

Al salir de la pescadería me acerqué a la farmacia para comprar algo

contra los mosquitos, que odian a los veraneantes. Me dieron un aparato que emitía ultrasonidos.

—¿Será eficaz? —pregunté al dependiente.

—Mucho —me dijo— porque los mosquitos que pican son las hembras y sólo durante el periodo de fecundación, para alimentarse. Durante el periodo de fecundación las hembras huyen de los machos, a los que detectan por su zumbido.

El aparato en cuestión reproducía tal sonido. Le pregunté cómo sabía tanto y me dijo que era biólogo, como el pescadero, pero que a él le gustaba más la farmacia. Se ofreció a explicármelo en alemán, pues había estudiado en Berlín, pero le dije que no.

Me fui a casa con el centollo y con el aparato de ultrasonidos. Coloqué el centollo sobre la mesa de la cocina, para ver si el animal se atontaba un poco, y encendí el aparato de ultrasonidos, para

ahuyentar a las hembras sedientas de sangre. Lo creerán ustedes o no, pero los ultrasonidos mataron al centollo, por lo que pude cocerlo sin problemas de conciencia. Los mosquitos (las mosquitas en periodo de fecundación, para ser exactos) me picaron en cambio sin piedad, amargándome la noche. Es lo que tiene poseer un sistema nervioso central, que aunque te piquen en la muñeca, percibes la desazón en todo el cuerpo. La lobotomía, lo crean o no, tiene sus ventajas.

Impostores aristotélicos

Pasaron a vernos unos parientes de mi mujer que dijeron veranear aquí al lado. Cuando llevaban diez minutos intentando explicar quiénes eran y de qué rama familiar procedían, mi mujer y yo fingimos caer en la cuenta y les invitamos a un café. Decían ser hermanos, pero se parecían en todo a un matrimonio de los que no discuten. No sabíamos de qué hablar hasta que sacaron el tema de Aristóteles y del mundo sensible. Mientras los escuchaba, tuve de repente la revelación de que eran unos impostores, pero no dije nada para ver hasta dónde eran capaces de llegar. Llegaron a la diferencia entre sustancia y

accidente mientras agotaban una caja de pastas que habíamos abierto para ellos.

A los pocos días, unos vecinos con los que solemos tomar el aperitivo nos contaron que habían recibido una extraña visita de unos familiares lejanos que se habían pasado la tarde hablando de Aristóteles. Otro veraneante, al escucharnos, añadió que a él y a su mujer les había ocurrido lo mismo. Al final, toda la urbanización había recibido la visita de los impostores aristotélicos. Nadie los ha vuelto a ver, pero daríamos cualquier cosa por que volvieran, pues tenemos la convicción no expresada de que aquella visita fue lo más importante de nuestras vacaciones, quizá de nuestras vidas.

Marcianos pacíficos

Estaba en la cocina, preparando unas verduras para la cena, cuando se me apareció un tipo raro. Le pregunté si venía del espacio exterior, pues soy de los que creen en los extraterrestres, y me dijo que no, que venía del cuarto de estar.

—¿Entonces hay vida en el cuarto de estar? —pregunté asombrado.

—Sí —dijo, invitándome a que le acompañara.

(Como inciso, he de añadir que no entraba en el cuarto de estar desde que murió mamá porque da al norte y es muy frío. Hago la vida entre el dormitorio, donde duermo, lógicamente, y la cocina, donde como, veo la tele y leo el

periódico. Entre la cocina y el dormitorio hay un leve trecho de pasillo donde nunca, en todos estos años, había observado nada anormal.)

Le seguí, pues, hasta el fondo del pasillo y entramos en el cuarto de estar, donde descubrí, en efecto, una familia compuesta por el padre, la madre y una hija, además del marido de ésta, que era el marciano que se me había aparecido en la cocina. Daban la impresión de llevar allí años, si no siglos. Les pregunté si habían pensado abducirme y me dijeron que no tenían ningún interés, pues ya conocían mis costumbres y mi idioma, pero que agradecerían que les invitara a una pizza.

—¿Tampoco queréis operarme para ver cómo soy por dentro?

—Pues no, la verdad —respondió el padre de familia.

Al principio me decepcionó un poco que no quisieran abducirme ni operarme, porque me habría gustado contar la

aventura en la revista del más allá a la que estoy suscrito, pero después me pareció una ventaja, pues la anestesia tiene muchos efectos secundarios. El caso es que me hice un hueco entre ellos y vimos juntos la tele hasta las tantas. Les gustaba *Mira quién baila* y las pizzas congeladas, de las que tengo un cargamento en la nevera. Llevo varios meses viviendo con ellos, prácticamente sin salir del cuarto de estar y he comenzado a preguntarme si habrá vida en el dormitorio, pero aún no me he atrevido a comprobarlo, pues no todos los marcianos son tan pacíficos como los del cuarto de estar.

Diciembre

Leo en un periódico que en una guardería de Alcalá se daba a los críos comida para perros. En otro periódico encuentro un anuncio de la duquesa de Alba: ha perdido un perro de nombre *Jacinto*. El animal tiene una oreja caída y el rabo cortado; además es cojo. Se gratificará. Cambio de periódico y me entero de que un hipermercado ha sido denunciado por vender pescadillas con gusanos. Al mismo tiempo se celebra en Madrid un juicio contra un conocido restaurante en cuyos comedores se intoxicaron 436 personas que habían ido a celebrar una boda o una primera comunión. Según los expertos,

en las comidas que provocaron la intoxicación aparecieron microorganismos fecales; o sea, mierda pasada de fecha.

Entretanto, los árboles han perdido las últimas hojas y el cielo ha adquirido el color característico de estas fechas tan señaladas de diciembre. Abandono el paisaje escaso que ofrece la ventana y vuelvo a los periódicos. Si leo con paciencia pueden durarme todo el día. Veo ahora que en Alcalá de Henares, la misma localidad donde se alimentaba a los niños con basura, Alfonso Guerra sigue echando microorganismos fecales por la boca; me entero de que el Opus está infiltrado en el PP, y de súbito me siento muy desinformado. Conozco las habilidades infiltradoras de esa organización religiosa, pero hasta hoy creía que las venían utilizando para colocar a sus tecnócratas en el PSOE. Un personaje de Sabato contaba que había perdido el interés por la mujer amada al

conocer a su hermana. Eran muy parecidas, pero los mismos rasgos que en una evocaban lo bello, metaforizaban en la otra lo impuro: es lo que le ha pasado a algunos sectores de este país con Alfonso Guerra al conocer a su hermano Juan. Por la calle, en dirección a Alcalá, pasa un perro cojo y sin rabo. Quizá se llame *Jacinto* y sea duque.

Mañana

Si mañana vas al campo para reflexionar, no dejes de acercarte a ver los árboles, que a lo mejor te ocurre algo divertido. Debajo de un árbol, por ejemplo, se ahorcó Judas y perdimos el paraíso terrenal; debajo de un árbol descubrió Newton la ley de la gravedad y salió Buda del sobaco de su madre; debajo de un árbol se celebró la histórica merienda del PSOE, y debajo de un árbol aguardaba el vellocino de oro a los esforzados argonautas. Por cierto que también debajo de un árbol se aparece la Virgen todos los primeros sábados de mes en El Escorial (mañana mismo).

Los árboles son tan importantes en la

historia de la humanidad que los pueblos suelen adoptarlos como símbolo de su fundación o independencia. Por eso, siempre que uno va al campo debería acercarse a ver los árboles y aprender algo de ellos. Los manzanos son buenos para la perdición y los descubrimientos (Adán/Newton), mientras que los castaños resultan excelentes para ahorcarse (Judas). La higuera es muy buena para protegerse del sol, pero es peligroso quedarse dormido porque su sombra actúa sobre el sueño de un modo que te vuelve loco (Maupassant). El fresno resulta el más indicado para las apariciones marianas (El Escorial), y, en fin, la acacia es un comodín: lo mismo sirve para reflexionar que para dormir, además de ser un excelente paraguas durante las tormentas, pues no atrae, como el abedul o el pino, los rayos.

Por mucho que uno haya oído hablar de los árboles, o aunque los haya mirado incluso desde el tren, siempre

impresionan cuando se ven de cerca, porque tienen, según Descartes, la forma del conocimiento humano, cuya savia son las palabras. Su único defecto es que a veces no nos dejan ver el bosque, del mismo modo que las palabras nos ocultan la idea.

La peste

La peste, en la mitología, es hija de la noche y compañera del hambre. La transmite una pulga que encuentra igual de exquisitos los frutos sanguíneos de la rata y del hombre. Las ratas se la contagian entre sí por canibalismo; el hombre, a través de la respiración o de los besos. En la India, estos días, todos van con un pañuelo para evitar el aliento y los besos de los otros. La boca es una amenaza, como lo fueron en épocas remotas los puertos marítimos: la peste negra del siglo XIV entraba por los puertos y desde esas bocas se ramificaba a través de las arterias comerciales, creando focos pestilenciales en lugares

muy alejados de donde se había iniciado el primero. Causó más de veinticinco millones de muertos.

En las épocas de peste, los griegos tomaban un jorobado de cada una de las ciudades afectadas y lo arrojaban al mar para apaciguar el azote, ignoramos con qué resultados. Ahora, como no creemos en las virtudes inmolatorias de los jorobados, la peste se combate con tetraciclina, si la hay, y con los augurios del Fondo Monetario Internacional, que acaba de decretar el fin de la recesión, ignoramos con qué resultados. A algunos les cuesta asociar el comienzo de las vacas gordas con la epidemia de peste neumónica desatada en la India. No es fácil dar con el conducto que comunica una cosa con otra, pero en una economía globalizada, lógicamente, debería existir.

En el *Diario del año de la peste*, Daniel Defoe escribe: «Terrible fue la peste de Londres en el año 65; barrió cien mil almas y sin embargo me dejó vivo.» No

aclara si fue peor por barrer cien mil
almas o por dejarle vivo a él. De la de la
India tampoco sabemos si sobrecoge más
a los que mata o a los que perdona. La
peste es hija de la noche, compañera del
hambre y, ahora también, quizá sobrina
del FMI.

Así son las cosas

Cada vez que la poli se da una vuelta por los almacenes situados en la periferia de las grandes ciudades, descubre algo de interés. Ahora acaba de encontrar, en un hangar de las afueras de Madrid, un millón de peluches falsos de los Lunnis, esos personajes de la tele con los que los niños se van a la cama, o se levantan de ella, ahora no caigo. El titular de la noticia hablaba, literalmente de «peluches falsos», lo que evidentemente es erróneo. Un peluche sólo puede ser falso si es un falso peluche, es decir, si está hecho de un tejido que no es. Un peluche de piel, por ejemplo, no sería un peluche. Los peluches incautados en esta

ocasión por la policía eran verdaderos porque poseían todos los atributos que se esperan de un peluche, incluso el de dar miedo. Lo que el redactor de la noticia quiso decir es que aunque parecían Lunnis no eran Lunnis, pues carecían de documentación, de papeles, de carné de identidad. En todo lo demás eran idénticos a los Lunnis. Quiere decirse que el DNI hace al monje.

Usted, querido lector, y yo somos idénticos el uno al otro en la medida en que lo son los Lunnis. Estamos hechos del mismo material, tenemos el mismo número de órganos, de extremidades, quizá de pelos en la cabeza, e idéntico número de huesos. También damos miedo, que es algo que nos une con los Lunnis y los peluches en general. Pero si la policía me pillara en la periferia de Madrid haciéndome pasar por usted, me detendría porque yo no soy usted. Es lo que ocurre con ese millón de Lunnis, que siendo idénticos a los verdaderos no

disponían del certificado que acreditara su identidad. Eran unos indocumentados, unos «sin papeles».

Sorprende que para entrar en un país se pida a las personas lo mismo que a los muñecos de peluche. El problema de los que vienen en pateras no es que no sean hombres y mujeres como nosotros, sino que no tienen certificado de autenticidad. Usted los mira por arriba, por abajo, por el interior y se dice: «Coño, es como yo, o como mi cuñado.» De acuerdo, es como usted o como su cuñado de usted, pero no tiene papeles, lo que lo convierte en un hombre ilegal. Los Lunnis incautados en las afueras de Madrid son peluches idénticos a cualquier otro peluche, incluso pueden estar mejor cosidos que los peluches legales. Pero no tienen papeles, vaya por Dios, de modo que la policía los ha requisado y se encuentran detenidos en comisaría a la espera de que el juez decida qué hacer con ellos. Lo normal es

que el juez ordene destruirlos para que no se confundan con los verdaderos. Generalmente, se queman. Un millón de peluches quemados es un genocidio de peluches, un peluchicidio, pero las leyes están para cumplirse, aunque nos pongan los pelos de punta.

Ahora bien, imaginemos que un policía (corrupto o caritativo, no sabríamos cómo calificarlo) salva a uno de estos muñecos de la hoguera. Imaginemos que lo esconde y se lo lleva a casa y se lo regala a su hija pequeña como si se tratara de un peluche legal. La niña lo recibiría con gran alborozo y jugaría con él y dormiría con él y lo metería con ella en la bañera, etc. Los peluches son muy resistentes, duran toda la vida (toda la vida de ellos y la nuestra), de modo que la niña y el muñeco crecerían juntos sin que la hija del poli supiera que ha pasado su infancia junto a un muñeco ilegal, un muñeco que no debería estar en España porque no tiene papeles, no tiene carné de identidad, no

tiene acreditación.

¿Sería esa niña, de mayor, igual que las demás niñas que crecieron con peluches legales? No lo sabemos. El peluche imprime carácter. El peluche puede ser cualquier cosa menos ingenuo. Los peluches tienen un alma pequeña con la que se comunican con los niños, empujándoles a serobedientes o rebeldes, nervioso o tranquilos, estudiosos o vido tu peluche, así serás tú de mayor. Si tu peluche fue tranquilo, serás tranquilo; si nervioso, nervioso; si con tendencias criminales, con tendencias criminales... Si tu peluche fue chino, serás chino. El millón de peluches incautados en las afueras de Madrid procedía de China. Es probable que muchos de ellos —quizá veinte o treinta mil— desaparezcan en el trayecto que va de la comisaría al horno crematorio. Caerán en veinte o treinta mil hogares cuyos niños, de mayores, sin que ellos mismos lo sepan, serán chinos. Lo crean ustedes o no, así son las cosas.

Misterio

Me echaron del último bar a las seis de la mañana, pero no me veía con ánimos de conducir. Encendí un cigarrillo como el que se toma un consomé, para templar el cuerpo, y anduve un rato a la deriva. No había taxis o yo no era capaz de verlos. En esto, pasé por delante de una iglesia cuya puerta empujé y cedió. Tenía una nave central y dos laterales. En las laterales había pequeñas capillas consagradas a santos o vírgenes de escayola que me intimidaron ligeramente. Encendí una vela a san Aurelio porque mi padre se llamaba así, y otra a la Virgen de los Remedios, por mamá. Estaba arrepentido

de mi vida, como siempre a esas horas, y lloré un poco delante de san Cipriano. Unas lágrimas burocráticas, de trámite.

En esto, vi un confesionario con una puerta central y dos ventanillas laterales. Tenía sobre el asiento un cojín rojo muy blando, como de plumas. Parecía un hogar, de modo que entré, me senté, apoyé la cabeza en una de las paredes y me quedé dormido. Pasó un tiempo indeterminado antes de que me despertara la voz de una mujer que me hablaba desde la ventanilla derecha. Decía que había deseado mil veces la muerte de su marido, pero que ahora que había muerto se sentía sola y estúpida, además de culpable. Veía mucho la televisión, a veces programas sucios, indecentes, incluso había llegado a asomarse a una película pornográfica. Quería consejo y perdón. Le dije que los maridos se mueren con independencia o no de que se desee su muerte. Se mueren más maridos que esposas, añadí

absurdamente antes de darle la absolución.

Tras esta rara experiencia, abandoné el confesionario y salí a la calle. Había amanecido; el tráfico comenzaba a desperezarse. Miré el reloj y calculé que no me daría tiempo a pasar por casa antes de ir al trabajo. Algunos días iba directamente del bar a la oficina, así era mi vida. Comprendí que algo se había roto aquella madrugada, pero no sabía qué. De hecho, hice lo de todos los días y por la noche volví a incurrir en los bares. Al amanecer regresé a la iglesia y ocupé el confesionario. Al poco, se asomó por la ventanilla de la derecha la mujer del día anterior y comenzó a hablar. Entonces me pareció que lo que se había roto comenzaba a arreglarse, de forma misteriosa.

Nos tienen engañados

En la mesa de al lado un hombre le comentaba a una mujer que había ido en coche desde Barcelona hasta Madrid con el depósito de la gasolina vacío.

—Tenía pensado cargar al salir —añadió—, pero se me olvidó y luego ya no me di cuenta hasta que llegué a Madrid.

—Parece un milagro.

—A mí lo que me parece es que nos han hecho creer que los coches necesitan gasolina, pero que es mentira.

—¿Y por qué nos harían creer algo así?

—Pues por el negocio. Imagínate el dinero que mueve el petróleo.

La mujer se quedó pensativa, como

calculando los miles de millones de euros o dólares que saldrían de la circulación si la gente se diera cuenta de que los automóviles no necesitaban combustible. Luego, tras dar un par de sorbos a su copa, dijo:

—Y no es sólo el dinero, sino el rito. Poner gasolina tiene algo de ceremonia civil. Por eso las gasolineras se están convirtiendo en pequeños centros comerciales, en pequeñas iglesias, podríamos decir, si aceptamos que la catedral contemporánea es el centro comercial.

El hombre asintió con expresión reflexiva. Yo pedí otro gin-tonic y cambié de postura para que no advirtieran que estaba escuchándoles. Al rato, volvió a intervenir el hombre.

—Y hay más —dijo—. Está también la caca de los perros.

—¿Qué pasa con la caca de los perros?

—preguntó la mujer.

—Pues que a mí me extraña mucho

que nos den bolsas de plástico gratis para recogerlas y que en cada esquina haya un contenedor para guardarlas.

¿Por qué un Ayuntamiento que nos trata tan mal pone tanto cuidado en recoger la caca de los perros?

—No sé, ¿por qué crees tú?

—Pues porque ese excremento debe de tener un gran valor que nosotros desconocemos. ¿Quién te dice a ti que de la caca de los perros no obtienen una sustancia que cura el cáncer o algo así?

La mujer dijo que de momento iba a probar lo de la gasolina y pidió la nota. Yo también (quiero decir que también fui a probar lo de la gasolina).

El caso es chupar

En la mesa de al lado, mientras yo apuraba el gin-tonic de media tarde, una mujer y un hombre hablaban de intimidades sexuales. Ella le confesó que no podía hacer el amor (lo dijo así, hacer el amor) sin tener un chupetea mano.

—¿Un chupete? —preguntó el hombre extrañado, dando una honda calada a su Marlboro.

—Un chupete, sí, qué pasa.

—¿Un chupete de los de bebé, de los de toda la vida?

—Bueno, de los de toda la vida no. Me gustan más los planos porque se adaptan mejor a la cavidad palatina.

Juro que dijo «cavidad palatina», de

modo que en ese instante no tuve más remedio que volverme para ver el rostro de la mujer. Tendría cerca de cuarenta años y era muy delgada y morena, con mechas de color blanco. Sus ojos eran más redondos que ovalados, lo que provocaba en su mirada una expresión permanente de asombro. El labio superior, muy fino, se había adaptado a la forma del chupete y dejaba ver las dos palas, algo separadas, quizá también por la influencia de la goma. Sin ser guapa, gozaba de un atractivo extraño, quizá algo enfermizo. De hecho, al imaginármela con un chupete de bebé en la boca me excité y pedí otro gin-tonic porque el que tenía delante se había aguado con el hielo.

El hombre acabó su cigarrillo y encendió otro. Era uno de esos sujetos que chupan y muerden la boquilla como bebés. Lo sorprendente, con todo, es que le molestara la confesión de la mujer, a la que tachó, medio en broma, medio

en serio, de «viciosilla». Entonces ella respondió que la única diferencia entre el chupete y el cigarrillo era que el cigarrillo se encendía.

«El día que haya chupetes con luz — dijo— muchos fumadores cambiarán

el cigarrillo por el nuevo invento.» El hombre pagó y se levantó con expresión de urgencia, como si hubiera olvidado algo.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—A patentar el chupete con luz, antes de que nos roben la idea.

En esto me di cuenta de que yo llevaba un rato chupando, inconscientemente, un pedazo de hielo. El caso es chupar.

El as en la manga

Cuando murió mi padre, me tocó vaciar su armario. No me dieron problemas las camisas, de las que extraía la percha como si les arrancara el esqueleto, ni los pantalones, ni siquiera la ropa interior. Pero las chaquetas me lo hicieron pasar mal. Sostengo que es en esa prenda donde se concentra más identidad que en ninguna otra. Veía una chaqueta y veía a mi padre entero. Tenía una de espiguilla que por alguna razón le gustaba muchísimo. Cuando envejeció, comenzó a usarla para andar por casa, como si fuera un albornoz. Y le sentaba extrañamente bien, pese a que los bolsillos se habían convertido en bolsas y

las solapas habían perdido el apresto de sus mejores días. Lo recuerdo sin afeitarse, sentado frente a la tele, con aquella chaqueta vieja que le daba un aire un poco bohemio, descuidado. Parecía un viejo interesante.

Pues bien, ahí estaba la chaqueta, en el armario, de donde la saqué como el que extrae un órgano de un cuerpo. Sentí la tentación de ponérmela, pero no me atreví. Era como meterse en otra piel. Si persistía en hacerme mayor, ya tendría yo mi propia chaqueta. Revisé los bolsillos, por si hubiera algo en ellos. Cuando los padres mueren, los hijos buscamos desesperadamente mensajes suyos en cualquier parte. Siempre tenemos la impresión de que se fueron sin decirnos algo esencial para la vida. Quizá esa información esencial se encuentre en un libro, en el interior de una sopera, dentro de una caja de zapatos... Los bolsillos de la chaqueta esencial de mi padre estaban vacíos, pero

al ir a doblarla noté una dureza en la manga. Introduje la mano con miedo, como si la estuviera metiendo dentro de una madriguera, y tropecé con un as de copas sujeto al forro con un alfiler.

 Mi padre guardaba un as en la manga. Durante unos minutos permanecí perplejo. No era jugador de cartas, ni de ninguna otra cosa, por lo que

aquello sólo podía tener un carácter simbólico. Lo curioso es que mi padre tenía un pensamiento muy literal. La carta en la manga lo delataba. Fui al cajón donde guardaban la baraja con la que se jugaba en Navidad y no le faltaba el as. Lo había traído de otro sitio. Mi padre me dejó de herencia, además de la chaqueta, un secreto.

Inmigrantes natos

En la mesa de al lado un padre y un hijo hablaban de la vida (los padres y los hijos, con independencia del tema que les ocupe, siempre hablan de la vida). El padre le decía al hijo que del mismo modo que Valladolid sigue existiendo cuando el tren abandona su estación, la Edad Media continúa en pie después de que la humanidad haya pasado por ella.

—Se demostrará —añadía— cuando seamos capaces de viajar a través del tiempo.

—¿Entonces los neandertales continúan existiendo? —preguntaba el hijo.

—Claro, allí siguen, donde los

dejamos hace miles de años. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, por nada —respondía el hijo.

Como el padre insistiera, el chaval acabó confesando que estaba enamorado de una chica neandertal que había visto en un documental de la tele. Me llevé el vaso a los labios para disimular mi turbación al tiempo que el padre se llevaba un churro a la boca para disimular la suya.

—Pero sería una actriz que hacía de neandertal —decía el padre.

—Sí, pero los neandertales parecían buenas personas, mejor que los sapiens —argüía el hijo.

En esto, recordé que yo había visto también aquel documental en el que los neandertales no se metían con nadie. Dentro de su opacidad especulativa, parecían personas sensatas, bondadosas, solidarias. Y tenían habilidades raras, como la de masticar el cuero para ablandarlo y que les sirviera de abrigo. Recuerdo haber pensado que los

neandertales, en aquel documental, se comportaban como si no comprendieran nada, mientras que a los sapiens no había quien los aguantara de chulos. También yo me había identificado con los neandertales, que parecían inmigrantes en tierra extraña (servidor de ustedes es un inmigrante nato).

El caso es que el padre se quedó triste, como si le diera pena haber alumbrado a un hijo neandertal (la verdad es que el chico tenía las cejas muy juntas), mientras que a mí me pareció esperanzador que aún quedara gente así en el mundo, de modo que pedí otro gin-tonic para celebrarlo.

Verdades inútiles

Hay cerca de la urbanización un viejo agricultor, ya jubilado, que conserva una gallina. Por la tarde, los veraneantes acuden con sus hijos pequeños para mostrarles el animal y revelarles de dónde vienen los huevos, pues normalmente creen que vienen de la nevera. Los padres lo hacen con la mejor intención, convencidos de que ese conocimiento será enriquecedor para sus vástagos, pero lo cierto es que éstos regresan a casa espantados y no vuelven a probar un huevo frito hasta la universidad. La situación se repite desde hace tres o cuatro años sin que las autoridades prohíban al agricultor tener

esa gallina de carne al aire libre.

A veces, discuto con estos padres poseídos por un afán educador absurdo. Después de todo, resulta más verosímil (y también más higiénico) que el huevo proceda de la nevera que del culo de ese frenético animal, que quizá no sea de este mundo. Está la cuestión de la verdad, claro, pero todos sabemos que sólo hay algo peor que una mentira: una verdad inútil, y ésta lo es. Por si fuera poco, tras dos horas de discusión, cuando el crío se rinde y acepta por fin que tal vez el huevo proceda de la gallina, no hay modo de evitar que pregunte de dónde viene la gallina. Y ningún padre tiene las agallas suficientes para colocar a su hijo frente a la realidad desasosegante del círculo vicioso.

Pulpos, hongos, humanoides

Llaman del periódico diciendo que no me tome al pie de la letra lo de hablar de la realidad. Me salen unas últimas páginas tan tristes que parecen la primera.

—Cuando queramos que la última página sea la primera, ya nos encargaremos nosotros de darle la vuelta al periódico. Tú, a lo tuyo.

Tomo nota de la llamada de atención y voy con los ojos muy abiertos para detectar cualquier movimiento irreal. Pero está todo lleno de realidad, de cascotes. Nunca los telediarios ni los pulpos fueron tan reales. Da miedo. Por la noche, en lugar de cruzarme por el

pasillo con los espíritus habituales, me cruzo con gente verdadera en camiseta de tirantes. No recuerdo un verano tan real desde aquel otro de mi juventud en el que los americanos, huyendo también de su realidad, pisaron la Luna. Vi el alunizaje en un bar, tomándome un bocadillo de calamares, y no me pareció tan increíble que llegaran a la Luna, porque yo entonces intentaba llegar a fin de mes y me hacía cargo de las dificultades.

Así que, buscando desesperadamente algo irreal, veo en la prensa un anuncio de la revista *Enigmas*, que dirige el doctor Jiménez del Oso, con la siguiente interrogación: «¿Visitó un humanoide las tierras extremeñas?» Dios mío, estuve casualmente hace poco en Extremadura y a mí me pasa lo que a un paciente de Freud: que padecía de reproches obsesivos, así que, cuando leía en el periódico que se había descubierto una falsificación, pensaba que estaba

complicado en ella. Compró un ejemplar de *Enigmas* y lo primero que me llama la atención es que no es un ejemplar, sino dos. Uno de ellos, en forma de periódico, te lo regalan, lo mismo que ese frasco de champú adosado a la botella de gel. La relación entre el gel y el champú se entiende, pues cada producto lava una parte del cuerpo. Pero la relación de la revista enigmática con el periódico esotérico es redundante, pues las dos lavan la misma zona del cerebro.

En cuanto al humanoide extremeño, me apresuro a decir en mi descargo que no era yo, pues «el extraño visitante emitía un sonido que se asemejaba al de un compresor o al de una rueda al desinflarse». No hago esos ruidos. El reportero no explica qué le hicieron los extremeños al humanoide, pero, según *Enigmas*, el alcalde de Escorial, lugar de la aparición, «ha salido en defensa de sus vecinos respaldando hasta la saciedad la honestidad y nobleza de éstos». Hasta la

saciedad. Podía haber defendido el honor de sus vecinos hasta el agotamiento, hasta la muerte, hasta Cáceres, pero lo hizo hasta la saciedad. Pienso yo, sin ánimo de hablar de la realidad, que un alcalde jamás debería hartarse de defender el honor de sus vecinos, sobre todo si ha sido puesto en cuestión por un humanoide, extremeño o no.

Apenas me había repuesto del sobresalto paranoico del humanoide que visitó las tierras extremeñas, cuando tropiezo en otra revista con la foto robot del hombre que secuestró en su furgoneta a dos turistas alemanas y que, como es habitual, se me parece. Huyó, pues, hacia mi propio periódico en busca de un poco de paz y, buceando detrás de los sepelios, leo en un reportaje sobre extraterrestres que un tal Roger Leir afirma haber realizado ocho operaciones quirúrgicas a individuos con objetos de naturaleza extraterrestre implantados en la nuca. Me toco la nuca con la yema de

los dedos y, como es natural, noto un pequeño bulto pánico en la zona.

Todo ello sin dejar de leer que el 34% de los estadounidenses sospechan que ya hemos sido visitados por extraterrestres. Más aún: acaban de descubrir en Oregón (¿dónde, si no?) un hongo del tamaño de novecientos campos de fútbol. El titular dice que se trata de un hongo gigante por si no nos diéramos cuenta por nuestros propios medios. Si Carl Sagan levantara la cabeza y viera el retrato robot del hombre de la furgoneta, diría que se trata de un extraterrestre, y que soy yo. O que es un hongo, y que soy yo. O un humanoide extremeño, y que soy yo. Me pongo, pues, pese al calor, una bufanda para tapar el bulto de la nuca y salgo a comprar un pulpo que llevo a todas partes de la mano, o del tentáculo, para desviar la atención de la gente hacia el animal y que no me miren a la cara. Ni a la nuca. Y que les distraiga en lo posible de la carga de realidad o de amonal de

la primera página. Acompaño en el sentimiento a todo el mundo y quede claro que no soy el del retrato robot. Ni el humanoide. Ni, por supuesto, el pulpo.

Cambios

Llevaban veinte años durmiendo cada uno en el mismo lado de la cama, cuando una noche, entre sueños, ella ocupó el sitio de él y él el de ella. Para los dos resultó una novedad enfrentarse al cónyuge por un costado diferente al habitual. De hecho, el otro no parecía el cónyuge, sino un intruso que resultaba al mismo tiempo sorprendentemente familiar, como si se hubieran conocido en otra vida, o quizá en otro idioma. Esa madrugada hicieron el amor con una torpeza morfológica llena de hallazgos sintácticos, de manera que al levantarse decidieron extender el cambio a los otros ámbitos de la existencia. Así él comenzó

a ponerse a la izquierda de ella en la mesa y a su derecha en el sofá. En el coche, que habitualmente conducía él, la mujer ocupó el lugar del conductor.

Este mínimo cambio geográfico modificó sus vidas, haciéndoles tomar conciencia de unos territorios corporales inéditos. Entre tanto, sus fantasmas, abandonados en los lugares primitivos, continuaron relacionándose con la rutina anterior. Mientras ellos se abrazaban, en fin, con la extrañeza de dos adúlteros, sus espíritus continuaban jugando al matrimonio, de modo que enseguida devinieron en cuatro individuos, dos reales y dos imaginarios. Iban juntos a todas partes, con las posiciones respectivas invertidas, como la imagen que devuelve el espejo. En los restaurantes, aunque sólo reservaban mesa para dos, se sentaban en realidad cuatro y se pasaban la cena discutiendo sobre las ventajas de la rutina frente a las de la novedad sin ponerse de acuerdo.

Transcurrido el tiempo, regresaron por nostalgia a los lugares de siempre, encontrando sus huellas como las habían dejado. Enseguida, volvieron a ser dos, y a veces, cuando imaginaban la posibilidad de ser otra vez cuatro, sentían una pereza enorme.

Acuerdos

Me parece improbable que con el 51% de mí mismo pudiera eliminar al 49%, también de mí, que no soporto. A veces, la mano izquierda y la derecha no se ponen de acuerdo en una actuación venérea, por ejemplo, y aunque la derecha representa el 51% de las dos, pues me falta un dedo de la izquierda, al final ésta se lleva el gato al agua. Y no es que mis manos no sean demócratas de toda la vida, pero cuando los resultados de una votación son así de ajustados, intervienen consideraciones de otro tipo que exigen saber álgebra, además de sumar. Por otra parte, el dedo ausente (perdido en una discusión absurda por

ver qué mano sostenía el clavo y cuál el martillo) tiene, pese a no existir, una autoridad moral muy superior a la de la aritmética, de modo que su influencia resulta por lo general determinante. Las cosas, en fin, son más complejas de lo que piensa Arzalluz desde su caserío. Él mismo se pasa la vida hablando en castellano pese a que el 98% de sus neuronas quisiera hacerlo en euskera. Podría arrancarse las neuronas minoritarias, pero es dudoso que eso mejorara la situación. Además, y puesto que la realidad no es absolutamente simétrica, el 51% viene a ser la mitad de todo. La mitad no puede imponer sus criterios al conjunto, aunque se trate de la mitad poseedora del hígado, que es una bomba. Cuando las fuerzas están así de equilibradas, lo saludable es negociar. A veces, hablando, se da uno cuenta de que esas dos partes en apariencia antagónicas funcionan, después de articuladas, con la precisión de un reloj. Siendo usted,

Arzalluz, tan aficionado a las quimeras, parece mentira que no haya reparado en la existencia, pongamos por caso, del centauro, que constituye un ejemplo de alianza en el que ninguna de las dos mitades ha intentado imponer su naturaleza a la otra.

O la del basilisco, ese animal que procede del convenio colectivo entre un reptil y un gallo de corral. Usted se pone a menudo hecho un basilisco, de manera que mírese en el espejo y tome nota de cómo se relacionan sus porcentajes entre sí cuando le da el ataque. Si el 49% de un ave ha logrado sobrevivir al 51% de una serpiente, todo es posible. Lo que hace falta es buena voluntad.

Lo crudo y lo cocido

Hay gente que se va de vacaciones en otoño, para dar la nota, corriendo aventuras gastronómicas de fatales consecuencias psicológicas. De entre las más graves cabe destacar la adquisición de langosta viva al furtivo del pueblo.

—Mira, me la han dejado en 6.500, y no hay más que meterla en agua fría con un puñado de sal gorda y contar veinte minutos desde que rompa a hervir.

—Pero eso es una barbaridad. Fallecerá en medio de dolores insoportables. Y sin poder escapar del interior de la coraza. ¿Por qué no has traído unos boquerones en vinagre, o unos bígaros?

Lo más probable es que esta reflexión se la haya hecho usted a sí mismo antes de oírsele a su cónyuge. No importa: se defenderá de ella y de las miradas de espanto de sus hijos argumentando que los refinamientos gastronómicos exigen la comisión de algunas crueldades culinarias. Después de todo, la cocina es una forma de cultura y todo eso.

Así que meterá al animal en la olla, añadirá, además de la sal, dos hojas de laurel de su propia cosecha (hay que ser creativos) y permanecerá hipnotizado frente a aquella muestra de civilización, al menos hasta que los afilados gritos del bicho le devuelvan al estado de barbarie anterior: por si no lo sabía, este crustáceo emite al abrasarse un gemido espeluznante, que evoca un llanto ancestral, como si quien permaneciera atrapado en lo más hondo de esa cárcel orgánica fuera una versión infantil de nosotros mismos. Algunos cocineros poco cultos no pueden soportar esta exhibición

de progreso y sacan al bicho del agua hirviendo antes de que perezca. Mal hecho: seguramente tendrá ya quemaduras de primer grado en el 98% de su cuerpo y lo único que se consigue al detener el proceso cultural de la cocción es prolongar inútilmente el dolor de tan extraña criatura.

Desde luego, hay gente que por afán de superarse sobrevive al espectáculo, pero es muy raro que luego pueda probar bocado, no ya por asco o por remordimiento, sino por la dificultad que entraña arrancarlo de dentro de la armadura orgánica sin el utillaje adecuado. Además, la cabeza, que según las personas refinadas es lo mejor, está llena de vesículas incomprensibles con las que no sabe uno cómo relacionarse.

En fin, que lo que se había presentado como una fiesta gastronómica se convierte de súbito en una reflexión sobre la muerte que podría enturbiar sus merecidas vacaciones. Si usted quiere ser

culto, que no decimos que no, vaya al quiosco de la esquina, donde ahora mismo están desovando los fascículos, y adquiera las primeras huevas editoriales de la temporada sobre la Segunda Guerra Mundial. Entre tanto, continúe comiendo verduras y pescados a la plancha previamente muertos, como hace el resto del año.

Y que se los den sin anisakis, que es un gusano inocuo, pero repugnante.

Dios y el diablo

Mi padre tuvo durante algún tiempo en casa una incubadora artificial. Se trataba de una caja de madera, con la tapa de cristal, en cuyo interior, gracias a unas bombillas especiales, había una temperatura constante. Aunque nos dejaba contemplar el artefacto a cierta distancia, siempre quedó claro que el juguete aquel era suyo, lo mismo que el tren eléctrico. De repente, un día se presentaba en casa con un cucurucho de papel lleno de huevos que colocaba cuidadosamente en el aparato. Creo que los polluelos nacían al cabo de tres semanas, y la espera era excitante. Recuerdo haberme colocado

clandestinamente en el desván, que era el lugar de la incubadora, y pasar horas en la contemplación de aquellos huevos, intentando imaginar las sustancias que se espesaban en su interior para dar lugar a ese curioso bicho de dos patas y pico que para mí, pese a su domesticidad, siempre tuvo algo de animal quimérico, como el ornitorrinco.

Muchas veces asistí al nacimiento de los polluelos, que se anunciaba con un breve temblor en el huevo. A continuación la cáscara se quebraba ligeramente en algún punto y enseguida aparecía el animal, amarillo, húmedo, perplejo. Lo más impresionante de aquel espectáculo incomprensible era precisamente el rostro de perplejidad del bicho. Miraba a un lado y otro con la expresión del que ha salido del metro en Marte por error. Una incubadora no es lugar para venir a este mundo.

—Y pensar que hay gente que no cree en Dios —decía mi madre intentando dar

una clase de religión práctica.

Yo no decía nada, porque en casa estaba muy mal visto disentir de las manifestaciones teológicas, pero pensaba que los pollos de incubadora tenían todas las razones del mundo para ser unos ateos redomados. Quizá lo fueran. Ahora bien, visto cómo han evolucionado las cosas para estos pobres animales proveedores de dioxina, quizá hayan acabado creyendo en la existencia del diablo. Es lo que decía mi madre también en sus últimos días, al enterarse de los progresos de la ingeniería genética:

—Y pensar que hay gente que no cree en el diablo.

Radicales libres

A veces me hablan de proyectos para dentro de un año y me digo: qué pereza. Qué pereza tener que atravesar unas Navidades y una Semana Santa y un verano, además de un grupo de festivos que caen en jueves o en martes, para invitar al puente. Qué pereza los lunes y los miércoles y los sábados. No contentos con eso, los científicos continúan empeñados en dar con la fuente de la eterna juventud, de manera que podamos hacer proyectos para el siglo que viene. Qué pereza. Imagínense que se retrasa la edad de jubilación a los 175, y que no nos morimos hasta los 250. Ahora, si no eres

un loco de las obras, cambias el baño y la cocina una vez y te aguantan toda la vida. Cuando vivamos dos siglos y medio tendremos que tragarnos siete u ocho obras, quizá diez. Qué horror. Y ahora la gente se compra un coche a los 60 o los 75 años y sabe que con suerte será el último. Dentro de poco, a los 60 se aprenderá a conducir. Qué pereza.

Los hijos se quedarán en casa hasta que tengan 150 o 160. Y no empezarán el instituto hasta los 130. Imagínense lo que es controlar a un chaval de 130 años, con lo difíciles que son los de 14. Cuando vivamos 250 o 300 años, nos meteremos en hipotecas y plazos centenarios. Qué pereza, Dios mío, qué pereza no haber terminado de pagar el piso a los 170 años.

¿Cuántos domingos por la tarde caben por otra parte en tres siglos? Demasiados. Miles de domingos por la tarde llenos de fútbol y de carruseles deportivos y de cerveza amarga. Por

favor, aparten de mí este cáliz.

Con todo, lo que peor llevo de las investigaciones sobre la eterna juventud es la nomenclatura. Un equipo de investigadores de la Universidad de Manchester acaba de asegurar que los gusanos viven un 40% más cuando se les administra un fármaco que reduce los «radicales libres». Pero hombre, por Dios, si los radicales libres son la única cosa que nos consuela un poco de todo lo anterior. Quiere decirse, que más vale morir de pie que vivir con pereza. No fastidien.

Falsificación

Entré en una tienda de ahumados para comprar un cuarto de kilo de anguila y me atendió una mujer con una bata blanca y un gorrito verde. Si la vida fuese un viaje entre Sevilla y Bilbao, ella estaría a la altura de Despeñaperros, aunque lo llevaba sin desasosiego aparente. Yo le hablaba ya desde Burgos, quizá desde un poco más arriba, pero mis amigos dicen que parece que estoy en Burgos todavía. La gente es muy amable, sobre todo cuando no tiene otra cosa que hacer. Como si me hubiera leído el pensamiento, la mujer me preguntó qué edad le echaba. «Pues está usted a la altura de Despeñaperros —le dije— un

momento existencial difícil.» Me miró con expresión de asombro y se echó a reír. «En el caso de que la vida fuera un viaje entre Sevilla y Bilbao», añadí para que me entendiera.

«Según eso —dijo ella— usted está ya a la altura de Burgos.» Le dije que no, que un poco más arriba y no se lo podía creer. «El secreto —le confesé— no es otro que comer verduras, y frutas.» La verdad es que como carne a todas horas, pero las respuestas vegetarianas gozan de un prestigio increíble. Como la mujer no paraba de hablar, continué comprando cosas que no había previsto. Ya entrados en intimidades, me confesó que muchos días imaginaba que aquello que hacía, vender ahumados, era una representación teatral. «Es como si ahí detrás hubiera una butaca de patio llena de público que nos está viendo actuar a usted y a mí en este instante.» Volví la cabeza y no me costó nada imaginar trescientas o cuatrocientas cabezas

pendientes de nuestro diálogo. «Ése es mi secreto para atender bien a la gente, pensar que me miran», añadió.

Pagué con la VISA, pero la mujer dijo que mi firma no se parecía a la de la tarjeta. Hace años que no se parece, aunque nadie se fija en esos detalles. Ella, sin embargo, prefirió anular la compra y pasar el plástico otra vez por la máquina, pidiéndome que me esforzara en parecer yo. Lo hice, y falsifiqué mi firma de tal modo que resultó idéntica a la mía. Salí a la calle satisfecho, con el orgullo de haber realizado la curiosa hazaña de hacerme pasar por mí. Pero a eso es a lo que se dedica uno a partir de Burgos, pensé, quizá a partir de Madrid, aunque hay modos y modos de hacerlo.

Vamos a cambiar de vida

Jorge había estado tomando copas en aquel bar de moda hasta las tres de la mañana, por lo que le sentó bien el golpe de aire fresco que recibió en la cara cuando salió a la calle. Se encontraba en ese punto de la borrachera en el que la euforia predomina sobre cualquier otra sensación. Colocándose al borde de la calzada esperó la llegada de un taxi tarareando una melodía. En esto, pasó por delante de él otro transeúnte también un poco cargado de alcohol. Era un hombre joven, con aspecto de ejecutivo, que le preguntó si esperaba un taxi. Le respondió que sí.

—Pues me pondré a la cola —dijo

colocándose unos metros más abajo que él.

Tras unos minutos de espera, comenzó a caer una lluvia fina. El borracho segundo llevaba un paraguas plegable que ofreció al borracho primero.

—Gracias —dijo Jorge colocándose bajo su protección.

Mientras llegaba el taxi hablaron de música. El borracho segundo venía de un club donde tocaban jazz. A Jorge le gustaba el jazz y preguntó dónde se encontraba, para la siguiente ocasión. Una corriente de simpatía circuló de inmediato entre los dos. Era evidente que pertenecían a la misma cultura. Lo raro es que siendo ambos aficionados a la noche no hubieran coincidido hasta el momento.

Cuando llegó el taxi, Jorge se ofreció a dejar en su casa al recién conocido.

—No te molestes.

—Sí, hombre, que está lloviendo, venga.

Una vez dentro del automóvil se presentaron. El borracho segundo se llamaba Manuel. Tras discutir un poco sobre quién dejaba a quién en su casa, decidieron pasar primero por la de Manuel. El taxista era un tipo áspero que escuchaba uno de esos programas de radio en los que los insomnes cuentan sus intimidades sin pudor. Subió el volumen de la radio para hacer notar a los viajeros que le molestaba su conversación. Cuando llegaron a casa de Manuel, éste invitó a tomar una copa a Jorge, «la última».

—¿Vives solo?

—Sí.

—Pues vamos allá.

Manuel vivía en un apartamento grande, sin habitaciones. Sólo el cuarto de baño tenía puerta y era de cristal (un cristal opaco, desde luego, pero que dejaba pasar la luz). En las paredes había litografías de artistas que Jorge reconoció enseguida y en las estanterías, junto a los

libros, pequeñas esculturas mexicanas. Jorge pensó que si fuera soltero viviría en un lugar parecido. Con los años, en su casa se habían acumulado demasiados objetos, pues su mujer era de las que no se desprendían de nada. Él, por el contrario, tenía una tendencia a desprenderse de todo lo viejo. Si hubiera tenido valor, se habría desprendido también de su matrimonio. Pero, pese a que las cosas iban mal desde hacía tiempo, no tenía valor para divorciarse.

Manuel puso un disco y sirvió dos copas. Empezaron a hablar de cine y resultó que también en esto tenían gustos parecidos. Mientras hablaban, Jorge descubrió sobre la mesa de café una especie de abrecartasafiladísimo. Sin comprender por qué, se imaginó tomándolo entre sus manos y clavándoselo a Manuel en el pecho, quizá en la espalda. Dada su agudeza, penetraría sin problemas entre las costillas, alcanzando el corazón. Sabía a

la altura que debía atacar, pues era médico.

¿Sería un crimen perfecto?, se preguntó. Sí, sin duda. Nadie conocía la relación entre ambos. Sólo el taxista los había visto juntos, pero no se había fijado en sus caras, absorbo como estaba en el programa de radio. Lo mataría y se lavaría las manos. Luego borraría tranquilamente sus huellas dactilares, por si acaso, y bajaría las escaleras procurando no tropezarse con nadie. Ya en la calle, se alejaría caminando y tomaría un taxi en un sitio apartado del lugar de los hechos.

No lo mató, pero vivió la fantasía con tal intensidad que era casi como si lo hubiera hecho. Se despidió de Manuel a la seis de la mañana y llegó a su casa a las siete. Su mujer se acababa de levantar. Jorge se disculpó, por la hora, y algo nuevo pasó entre ellos porque hicieron el amor. Lo que había ocurrido es que Jorge acababa de descubrir la

posibilidad de llevar otra vida, una vida de asesino para ser exactos, y eso le reconciliaba con el mundo. Tras desayunar le dijo a su mujer: «Vamos a cambiar de vida.» Y eso fue todo.

Cuestión de precio

Si te fijas bien en esa avispa que se ha posado sobre el azucarero o que hace equilibrios en el borde del tarro de la mermelada, te das cuenta enseguida de que se trata de un bicho de tecnología punta: no pueden concentrarse tantas funciones en tan poco espacio. Por eso da pena matarla, aunque hay tantas que no importa, así que tomas la cuchara, el tenedor, o ese trozo de pan que va a sobrar y te la cargas para que no pique a los niños. Una menos. Si a las avispas hubiera que hacerlas a mano saldrían carísimas y no las podríamos matar así como así, porque lógicamente estarían protegidas. El hombre, comparado con la

avispa, es un ser tosco, pesado, lleno de estructuras óseas que envejecen fatal y de glándulas que no dan más que problemas.

Pero las avispas, lo mismo que el hombre, tienen frente al ordenador, por ejemplo, la ventaja de que se reproducen entre sí. Yo tengo un ordenador portátil, muy pequeño, que a veces aparece en cualquier rincón de la casa y dan ganas de pisarlo, como si fuera una cucaracha, para ver cómo suena. Pero no puedo, porque me salió carísimo. Cuando Bill Gates invente los ordenadores sexados y se reproduzcan como moscas nos los quitaremos de encima con un manotazo mientras decimos: «Qué ordenadores más molestos.» A las avispas las matamos porque nos salen muy baratas. Los hombres salen a muy buen precio también; por eso de vez en cuando puedes lanzar un proyectil sobre un mercado, como sucedió el otro día en Sarajevo, y cargarte a unos cuantos.

Total, se reproducen enseguida. Luego conviene condenar el hecho, para que no te crean insensible, pero la verdad es que mientras te horrorizas con la boca, te quedan las manos libres para aplaudir los ensayos nucleares franceses en Mururoa: fíjense en Aznar. La tecnología nuclear sirve para matar más personas y más avispas en menos tiempo. Y con mayor limpieza. Porque lo de Sarajevo fue una carnicería: veías a la gente, en las fotos, con la columna vertebral al aire libre y eso tampoco es. Lo que pasa, ya digo, es que salen tan baratos estos hombres que da igual. Lo que nos molesta son las fotos. Y las avispas. Que las prohíban, para que no nos amarguen el desayuno.

Una duda metafísica

En Arkansas han prohibido a Darwin porque les parece incompatible con la Biblia, lo que viene a ser lo mismo que prohibir la Biblia por no adaptarse a Darwin. En realidad, *El origen de las especies* y el Génesis son las dos caras de la misma moneda: ambos tratan de explicar algo inexplicable, que es nuestra presencia en este estercolero llamado mundo. A mucha gente le puede parecer más razonable proceder de un puñado de barro que de un mono, pero tan incomprensible es una cosa como la otra.

En Arkansas, en fin, están convencidos de que los hombres vienen del barro y las mujeres de las costillas y no quieren que

sus hijos estudien otra cosa por miedo a que se malogre alguna vocación científica. Y es que son enormemente rigurosos en la selección del material didáctico. Por ejemplo, tampoco permiten que sus niños jueguen con pistolas de plástico existiendo las de verdad. Y les disgusta que la gente dispare sobre blancos artificiales habiendo personas de carne y hueso a las que se puede abatir sin problemas. La verdad es que observando con detenimiento a los ciudadanos de Arkansas uno no tiene más remedio que aceptar lo que dicen los sabios: que la evolución carece de rumbo, que no va a ninguna parte y que el hombre no es la culminación de nada. Aunque quizá se equivoquen: es evidente que el ser humano constituye hoy por hoy el punto más alto de la estupidez en la cadena alimentaria, incluso en la cadena perpetua. En ese sentido, podríamos afirmar que la evolución se dirige a Arkansas, pasando por Marbella, lugares bíblicos donde los haya, en los que cada

día, desde la mañana hasta la noche, se cumplen el Génesis y el Apocalipsis en confuso desorden.

En Arkansas, en fin, acaban de prohibir a Darwin, que es como prohibir el Everest, y se han quedado tan anchos. O sea, que si no prohíben a Shakespeare o a Cervantes es porque no han oído hablar de ellos. Y aquí es donde le surge a uno la duda metafísica: ¿Cómo van a ser capaces de enseñar la Biblia si no saben leer? A ver si Darwin nos lo explica.

La culpa

Cuando leemos que las temperaturas de la Tierra son las más altas de los últimos doce mil años, no nos preguntamos cómo lo saben. Eso es porque tenemos una fe sin límites en la ciencia, incluso en la cienciología. Seguro que hay en Internet una página web donde son capaces de decirte qué tiempo tenían tal día como hoy hace sesenta siglos. En aquellas fechas no había lunes ni martes ni miércoles, pero había clima y la gente (es un decir, porque tampoco había gente propiamente dicha) iba a la playa. Como no tenían días de la semana, no sabemos con qué criterio descansaban. Pero a lo que íbamos: que no habíamos

tenido desde aquella época remota unas temperaturas tan altas como las actuales. Lo ha dicho el periódico.

Hace doce mil años tampoco había sentimiento de culpa. Ni días de la semana ni sentimiento de culpa. Quiere decirse que la gente no estaba todo el día atribuyéndose los efectos del calentamiento global. Tenían calor, desde luego, pero no se arrepentían de él los domingos, no porque no tuvieran domingos, que tampoco, sino porque no tenían remordimientos. A nosotros no nos falta de nada. Tenemos sábados y domingos, y enero y febrero. Y remordimientos.

—Niño, no te echas tanto desodorante que contribuyes al calentamiento de la atmósfera.

—¿Qué tiene que ver el calentamiento de la atmósfera con que yo huela de un modo u otro el sábado por la tarde?

—Pues que con el espray echas muchos gases a la atmósfera, de modo

que se ensancha el agujero de ozono y sucede el efecto invernadero, no sé si por este orden.

—¿Y quién dice eso?

—La ciencia, o la cienciología, ahora no caigo.

—Entonces va a ser que sí.

De modo que ya lo saben ustedes. Éste es el lunes o el martes o el miércoles más caluroso desde hace doce mil años. Y la culpa, a diferencia de entonces, la tiene usted, por el desodorante, o por el coche, o quizá por la estantería de metacrilato. Hace miles de años que no hacía tanto calor. Ni tanta culpa.

Oposiciones

Érase un hombre que quería ser hombre. A donde iba repetía que era un hombre y si alguien lo ponía en duda se abría con violencia la camisa y mostraba los pelos del pecho y los tatuajes de los hombros, todo ello acompañado de amenazas dirigidas al resto de los hombres que, sin negarse a ser lo que les había tocado ser, llevaban esa condición con modestia. El hombre que quería ser hombre, y que había nacido, por ejemplo, en España, se empeñó luego en ser español, de modo que se pasaba el día dando vivas a ese país y amenazando con una pistola a todos los españoles que aun admitiendo que al haber nacido allí no

les quedaba otro remedio que ser españoles, tampoco hacían de ello un oficio. Para afirmar su españolidad el español español colgó una bandera de su balcón, al modo de los vascos vascos o de los belgas belgas o de los alemanes alemanes. Más tarde decidió que necesitaba una religión y se hizo católico porque era lo que predominaba en su familia. Ello le condujo a odiar a los homosexuales y a los mahometanos, por este orden. Podría haber odiado también a los negros y a los japoneses, o a los ingenieros y a los catedráticos de literatura comparada, pero prefirió especializarse para resultar más eficaz. Enseguida, y como una cosa lleva a otra, se vio en la necesidad de hacerse taurino o antitaurino, eligiendo la primera de las opciones, pues siendo ya hombre, español y católico, le pareció que lo lógico era que le gustaran los toros. Y llegó a amarlos de tal modo que José Tomás se convirtió no ya en su modelo

de torero, sino en el de arquitecto, literato, pediatra, lingüista, cineasta, geógrafo e ingeniero de caminos. Le tocabas a José Tomás y sacaba la pistola de español y el odio de católico. Por fin, tras hacerse socio de un equipo de fútbol, se presentó a unas oposiciones a hombre y sacó el número uno.

La realidad digital

Cuando la realidad sea toda ella digital, sufriremos menos que ahora. No hay más que traducir una cosa a este lenguaje para que pierda sustancia. Fíjense en los relojes, por ejemplo, que se han quedado tontos desde que perdieron la esfera circular y las manillas. Además, abres uno de esos relojes digitales y resulta que no llevan nada dentro. Están menos torturados que los de mi infancia. Yo era un destriparrelojes. Mi padre le decía a mi madre que iba para mecánico. Pero se equivocaba; no los abría para arreglarlos, sino para entender el mundo. Pensaba, fascinado ante aquel juego de engranajes, que si

comprendía su naturaleza llegaría a dominar la mía. En aquella época, a Dios se le llamaba el relojero del universo. Hoy, con la invasión de los digitales, sería un desprestigio, porque un digital lo hace cualquiera: sólo necesita aire y una caja.

La realidad analógica es un asco: está llena de accidentes y de ruedas dentadas que al menor descuido te trituran. Y tiene más de dos elementos. Yo quiero apuntarme enseguida al pensamiento binario, donde todos los asuntos, por complicados que sean, se resuelven de un modo o de otro. Mi madre era de pensamiento binario, siempre decía *una de dos*: «Una de dos, o haces los deberes o te vas a la cama sin cenar.» Mi padre, sin embargo, tenía un temperamento *analógico*. Todo le parecía complicado: también era aficionado a los relojes. Mamá intentó traducir a mi padre al sistema digital, que entonces no se llevaba, y fracasó. Se murió analógico

total, confuso, sin haber llegado a comprender por qué las cosas habían sido así y no de otro modo.

A lo mejor es que era un hombre de pensamiento borroso. El pensamiento borroso se va a poner de moda enseguida, en competencia con el digital. El débil ya no se lleva porque conduce a la desesperación. Lo borroso quiere decir que más allá de tus narices sólo ves sombras, como los esclavos de la caverna. La diferencia es que los esclavos tomaban por realidad aquellas sombras, mientras que nosotros sabemos que no son más que borrones. No hay quien aguante esa visión. Yo quiero que me traduzcan al sistema digital, para no sufrir. Pagaría cualquier cosa, pero no sé dónde lo hacen.

El *chat*

Dentro de miles de años, cuando los antropólogos descubran nuestros restos, llegarán a la conclusión de que entre el homo digital y el analógico hubo intercambio cultural y genético, como se sospecha ahora que sucedió entre el Neanderthal y el sapiens. Y no se equivocarán. Hay, de hecho, mujeres digitales que se enamoran de hombres analógicos y hombres analógicos que hacen sus compras semanales en establecimientos digitales. Parece mentira que entre dos dimensiones de la realidad tan alejadas entre sí se produzca este ir y venir de semen o de productos gastronómicos.

Personalmente, aunque soy analógico, no es raro que por las noches me deslice como una sombra hasta mi estudio para abrir sigilosamente el ordenador y hacer incursiones en el territorio de los seres digitales. Me gusta ver sus campamentos, apreciar el fuego de sus hogueras, escuchar los cantos de sus mujeres y sus niños. Según los expertos, si a un Neanderthal le pusiéramos corbata y le soltáramos en la Quinta Avenida de Nueva York, pasaría por un Homo sapiens (de la variedad analógica, suponemos). Sin embargo, yo he intentado varias veces disfrazarme de digital al entrar en Internet, pero me descubren enseguida, creo, sobre todo, por mis particularidades sintácticas y ortográficas. Una vez conocí a una mujer virtual a la que, pese a mi procedencia analógica, no le disgustaba, y cuando intenté concertar con ella una cita fuera de la Red, en Cáceres o en Roma, no puse condiciones, me dijo que no, que los

analógicos matábamos mucho en esa clase de encuentros contra natura. Y me recordó dos o tres casos que la verdad es que le ponían a uno los pelos de punta.

Ahora he encontrado un *chat* donde caigo bien porque les gusta oír historias de mi matrimonio analógico y de mi reloj de esfera y de una máquina de escribir con la que construyo poemas geométricos. Luego, al amanecer, vuelvo a la cama y pienso que aunque la existencia virtual es la única llamada a sobrevivir, quizá los antropólogos del futuro sean capaces de reconocer que los hombres y mujeres reales mantuvimos, como el Neanderthal frente al sapiens, una postura de perplejidad que, aunque analógica, también dolía.

Rencor de clase

En la Universidad Autónoma de Barcelona han conseguido que unas ratas amnésicas recuperen la memoria a base de estimulación eléctrica. El método de trabajo es muy curioso, pero lo que más me interesa saber a mí es de qué se han acordado las ratas, porque recordar por recordar no es absolutamente recomendable. Depende de lo que te venga a la memoria. No es lo mismo recordar tus primeros pasos que tus primeras caídas, por ejemplo. En cuanto a las ratas, sería deseable que no recordaran nuestras caras porque no hacemos con ellas más que implantarles tumores o arrancarles la memoria para

luego quitarles los tumores y devolverles la memoria. Tienen que estar hartas de nosotros. Lo curioso es que es uno de los animales más odiados por la humanidad, cuando debería ser al contrario: deberían ser ellas quienes nos odiaran a nosotros.

Así las cosas, a dos páginas de donde venía la noticia de las ratas, leí que un cerdo había volado en primera clase en la compañía US Airways, porque según su dueña se trataba de un «animal terapéutico». El bicho pesaba 130 kilos, pero la dueña llevaba una receta del médico. Ahora hay médicos que recetan cerdos en lugar de valium para los nervios. Si te presentas en un mostrador de facturación con un cerdo de 130 kilos, no te admiten a menos que lleves una receta del especialista. En Estados Unidos está prohibido entrar con un frasco de aspirinas, pero puedes llevar un cerdo si de él depende tu equilibrio nervioso y todo eso.

Con todo, lo más emocionante es que

voló en primera. Yo volé una vez en primera por equivocación y llegué nuevo al destino porque pude estirar las piernas y dar una cabezada. Una compañía aérea norteamericana dice en su publicidad que si vuelas en la clase preferente llegarás sin tortícolis, lo que es tanto como garantizártela en turista.

El cerdo me ha hecho recordar con odio la clase turista del mismo modo que los estímulos eléctricos han devuelto la memoria a las ratas amnésicas. Pero en mi caso, el recuerdo ha puesto en marcha el rencor de clase (de clase turista). Por eso decía que a ver qué recuerdan las ratas, no vayamos a tener un disgusto.

Canguro

Unos vecinos que trabajan fuera de casa me dejaron el otro día a su hijo. Desde que han comenzado las vacaciones, el niño ha recorrido siete casas. No saben qué hacer con él. Habían contratado a una canguro que les ha fallado y no encuentran ninguna de su gusto. Les expliqué que, aunque en casa, yo trabajo también. Escribo al menos un artículo diario y he de preparar un par de conferencias comprometidas para las próximas semanas. Además, tengo entre manos la revisión de una novela que aparecerá en otoño. Mis vecinos me miraron como si fuera un tipo insolidario y se dieron la vuelta con el niño de la

mano. Me dio un ataque de culpa y les pedí que volvieran. Tras entregarme al niño salieron corriendo por si me arrepentía.

Una vez solos, mientras desayunábamos (no le habían dado ni un Cola Cao), me preguntó si era escritor. Le dije que sí. Entonces me contó que en su cuarto, por las noches, aparecía un fantasma. No había dicho nada a sus padres para no preocuparlos.

—¿Y en qué notas que hay un fantasma?

—Yo no lo noto, lo nota el hámster. Cuando apago la luz, se pone a dar vueltas por la jaula como un loco.

—A lo mejor —aventuré— es un animal de costumbres nocturnas.

—A lo mejor —respondió el crío resignado.

Me di cuenta entonces de la velocidad a la que fabricamos respuestas. Yo podía haber dejado el asunto en suspenso. Podía haber coqueteado un poco con la posibilidad de que el ratón del niño

percibiera cosas que nuestros sentidos no podían captar. Podía haber aceptado incluso la posibilidad del fantasma. Después de todo, creo en ellos, en los fantasmas.

¿Por qué me molestaba compartir esa creencia con el niño? ¿O tal vez pensaba que esa creencia le haría a él más daño del que me hace a mí?

Cuando intenté recuperar su confianza, el chaval se había encerrado en un mutismo que me dolió, de modo que al día siguiente llamé a sus padres y les pedí que me lo volvieran a dejar. Llevo varios días cuidando de él, a ver qué pasa. De momento, no ha ocurrido nada. A ratos, me da por pensar que fueron sus padres los que, conociéndome, le dijeron que me hablara de fantasmas, para convertirme en su canguro.

El aeropuerto

Cuando terminé los estudios, pasé algún tiempo buscando trabajo, hasta que advertí que no lo encontraría. Me había licenciado en Derecho sin vocación alguna, por hacer algo, aunque lo cierto es que tampoco había otra carrera que me sedujera. No obstante, para no preocupar a mis padres, que tenían pánico a la inactividad, salía todos los días de casa a primera hora y me pasaba la mañana dando vueltas por ahí, alternando largas caminatas con horas de café y de lectura de periódicos. Observaba mucho a la gente, pues se trata de la única actividad que no me fatiga. Si pagaran por observar, sería millonario. He

observado a las personas en las situaciones más variadas que quepa imaginar: en el interior de los autobuses o del metro, dentro de sus propios automóviles, en los museos, en las conferencias, en los mercados, en las tiendas de artesanía, incluso en el cine, pese a la oscuridad.

Un día, se me ocurrió ir al aeropuerto. Me coloqué junto a una de las puertas de Llegadas, como si esperara a alguien, y pasé varias horas observando a la muchedumbre. Cada dos o tres vuelos, me tomaba un té, para descansar. Me llamaban mucho la atención las personas que mostraban un pequeño cartel con el nombre de la persona a la que esperaban. Un día yo mismo puse un nombre cualquiera en una cartilla que desplegaba cada vez que llegaba un vuelo. Ponía nombres raros, extranjeros o supuestamente extranjeros. Un día que había escrito «Señora Kurtz», al abrirse las puertas que comunicaban con la

aduana, apareció una mujer que tras echar un vistazo a su alrededor reparó en mi cartel y se dirigió a mí, ofreciéndome su mano al tiempo que pronunciaba unas frases en alemán. Tras estrechar la mano que me tendía, le pregunté en inglés si había tenido buen viaje y me respondió en el mismo idioma. Tendría unos cincuenta años «muy bien llevados», y vestía con naturalidad, es decir, con elegancia (en opinión de los comentaristas de la tele, las personas naturales son elegantes). Me preguntó si acudiríamos directamente a la cita y le dije que sí.

—A menos que prefiera pasar antes por el hotel —se me ocurrió añadir al reparar en su equipaje.

—Primero a la cita y luego al hotel —dijo.

Mientras nos dirigíamos a mi coche, guardado en el parking del aeropuerto, mi cabeza funcionaba a cien por hora, atajando los problemas antes de que

aparecieran. Decidí decirle que el lugar elegido para la cita era una cafetería del centro. Al ver su expresión de extrañeza, añadí que habíamos tenido problemas con la calefacción en la oficina. Su paso era más enérgico que el mío, más decidido. Además, yo me había hecho cargo por cortesía de su equipaje —una maleta roja, de regulares dimensiones—, lo que aumentaba mi torpeza al caminar.

Ya en el coche, me dirigí al centro manteniendo con la señora Kurtz una conversación hecha a base de lugares comunes. Me dio la impresión de que conocía la ciudad, por lo que me dirigí directamente a la Gran Vía, concediéndome un poco de tiempo para decidir qué hacer una vez allí. Entonces, de súbito, en la intimidad del coche, me llegó su perfume, que poseía calidades remotas, como si lo hubiera percibido alguna vez en la infancia y luego hubiera desaparecido para siempre de mi vida. La memoria olfativa provocó en la visual

la imagen de un jazmín que había en la casa donde veraneaba de pequeño. Lamenté mucho en ese instante haber entrado en contacto con la señora Kurtz de este modo fraudulento, pues en otras circunstancias, pensé, quizá hubiera intentado algo con ella. Me gustan las mujeres maduras y no niego que tengo algún éxito con ellas. Por si fuera poco, la señora Kurtz hurgó entre los discos que se amontonaban desordenadamente en el salpicadero y me pidió que pusiera uno de Simon y Garfunkel, dúo al que, pese a mi edad, adoro.

Llegados al centro, detuve el coche junto a la puerta de una cafetería (la de la cita, supuestamente) y le pedí que entrara en ella mientras yo iba a aparcar. La señora Kurtz salió elegantemente del automóvil y desapareció en el interior del establecimiento. Yo arranqué y volví a casa, donde pasé un día muy triste, como si el azar me hubiera arrebatado a una persona que estaba destinada a mí

desde el principio de los tiempos. Por la noche, cuando mis padres estaban acostados, bajé al garaje, recogí la maleta de la señora Kurtz y la subí a mi habitación, donde la contemplé durante mucho tiempo sin atreverme a violarla. Después la escondí en el maletero y ahí continúa intacta desde entonces, hace ya casi cuatro años. Sueño que hay en su interior una revelación para la que aún no estoy preparado.

La «ropa»

En mi casa, cuando yo era pequeño, los domingos se comía «ropa». Llamábamos así a un animal que se alimentaba de la indumentaria de la gente. Si desaparecía una prenda, era porque una «ropa» se había colado en el dormitorio. Como se trataba de un animal muy astuto, no había manera de cazarlo. De hecho, la «ropa» que comíamos nosotros venía del mercado, donde mi madre la compraba a un precio, decía ella, «colosal». A mí me gustaba imaginar que las «ropas» se nutrían, sobre todo, de las prendas interiores de las mujeres. Con frecuencia, hacía incursiones clandestinas en los

cajones de mis hermanas y hundía mis aterrorizadas manos en su lencería de espuma, cuyo único defecto era el de no ser comestible. Por fortuna, la «ropa» convertía aquellos tejidos deliciosos en carne como el cordero transformaba la hierba en chuletas.

Pasado el tiempo, empezó a darme asco comer «ropa». A veces, se me quedaba una hebra de carne del animal entre los dientes y tenía la sensación de que era un trozo del calzoncillo de mi padre, o un nervio de la bragueta de mi hermano. Me di cuenta, además, de que el día que comíamos «ropa» se esfumaba «casualmente» un conejo de los que criábamos en el patio. Yo quería mucho a estos animales, a los que cuidaba y ponía nombre. Quizá por eso no me atrevía a preguntar qué era de ellos cuando desaparecían. En cualquier caso, una vez que se hizo patente esta correspondencia entre el menú de los domingos y la desaparición de los

conejos, vomitaba la comida a espaldas de mi madre, que no me lo habría permitido. Los tiempos eran difíciles y la «ropa», muy, muy cara.

Un día, de madrugada, me despertó mi hermano para despedirse, pues se iba al servicio militar. Ese día comimos «ropa», pero no desapareció ningún conejo, por lo que deduje que nos habíamos comido a Jacinto, al que me resultó imposible vomitar. Para mayor confusión, no volvió de la mili, donde murió manipulando una granada. Aunque de mayor comprendí que mi madre se había inventado la existencia de la «ropa» para que yo no sufriera por la desaparición de los conejos, siempre sentí que en algún plano de la realidad nos comimos, verdaderamente, a mi hermano.

Parecíamos niños

En la mesa de al lado dos hombres hablaban sobre el tiempo.

—No ha terminado el otoño —dijo uno— y ya estamos en Navidad.

—Ojalá estuviéramos en Navidad —dijo el otro—. Yo ya presiento la Semana Santa. Me parece que estoy escuchando una saeta.

—La Semana Santa de qué año.

—La de 2009. ¿Cuál va a ser?

—Es que yo me refería a la Navidad de 2010.

Mientras yo apuraba mi gin-tonic de media tarde, los dos hombres competían por ver a quién se le hacía el tiempo más corto. Luego hablaron de lo que duraba

el tiempo en la infancia.

—Un mes, cuando éramos niños, equivalía a un año de los de ahora. Duraba tanto el tiempo de entonces que en cierto modo aún no se ha agotado. Yo tengo años de la infancia sin consumir, no me dio tiempo a gastarlos.

—Yo tampoco los agoté. Duraban tanto que se te acumulaban. A veces llegaba enero y tú todavía estabas devorando septiembre.

—Así es, amigo.

El gin-tonic de media tarde proporciona alteraciones en la percepción de la realidad, por eso lo tomo (y le temo). Realmente, se trataba de una conversación increíble. Aquellos dos individuos devoraban el tiempo hacia delante a una velocidad de vértigo, pero tenían el tiempo de detrás completamente entero. Pedí otro gin-tonic y me puse a meditar sobre el asunto. En cierto modo, yo ya he vivido el otoño en el que estamos inmersos. A

veces tengo que hacer memoria para saber si nos encontramos en las vacaciones de verano, en las de Navidad o en las de Semana Santa. El tiempo, a partir de cierta edad, se apelmaza debido a que el cerebro deja de producir una sustancia (la serotonina o algo parecido) que modifica la percepción temporal. En ocasiones recuerdas algo que no sabes si ocurrió ayer o mañana. A partir de cierta edad, casi todas las cosas ocurren mañana, incluso la semana que viene. La semana que viene, sin ir más lejos, me hice un esguince en el tobillo derecho y no pude ir a la playa, cosa que es muy de agradecer porque detesto la playa, sobre todo si hace sol. Pero a lo que íbamos: que el tiempo se apelmaza y sucede todo a la vez, incluso al revés. Ahora bien, el tiempo de la niñez permanece ahí, sin usar, como un tesoro. Llevaban razón los dos hombres de la mesa de al lado, que pidieron otros dos whiskys.

—¿Te acuerdas de las tardes muertas de la infancia? —dijo ahora el que había comenzado la conversación.

—¿Que si me acuerdo? —respondió el otro—. Aquellas tardes fueron las más luminosas, las más vivas. Me acuerdo tanto del aburrimiento... No he vuelto a aburrirme tanto nunca como entonces. ¿Tú te aburres ahora?

—Ni de coña, hace mil años que no me aburro y no te puedes imaginar cómo lo echo de menos. A veces, cuando me meto en la cama, recupero mentalmente una de aquellas tardes y me viene el sabor del aburrimiento. Era magnífico.

—¿En qué posturas te aburrías tú?

—En todas: boca arriba, boca abajo, de medio lado... Tengo muy asociado el sol al aburrimiento. Los días más aburridos del verano solía hacer un sol insoportable.

Dios mío, parecía que hablaban de mí. Yo también tengo asociado el aburrimiento al sol, al calor, a la hora de

la siesta. Las horas de la siesta de la infancia eran como de chicle. Se estiraban y se estiraban sin romperse (no recuerdo ninguna tarde rota en la infancia, sí en la adolescencia). Recuerdo haber rezado para que llegara la noche. En ocasiones pensaba que se había estropeado el mecanismo del tiempo y que la tarde no acabaría nunca. Imaginaba que tuviéramos que vivir siempre en un mundo sin mañanas, sin noches, en un mundo de tardes y me daban ganas de suicidarme. Seguramente me hice escritor durante aquellas tardes de aburrimiento, durante aquellas tardes muertas y amortajadas, tardes de funeral, de aparecidos, tardes terribles. Qué hermosas, con el tiempo, aquellas tardes.

—No me va a dar tiempo —apuntó ahora uno de los hombres— a consumir todas aquellas tardes en los años que me quedan de vida, en el caso de que me queden años.

—A mí tampoco. Se estiraban tanto

que llegan hasta nuestros días.

—Y hasta los días de este señor que nos está escuchando —señaló el interlocutor refiriéndose a mí.

Les pedí perdón, pero me dijeron que no pasaba nada y me invitaron al tercer gin-tonic, que me tomé en su compañía. Parecíamos niños.

Problemas sucesorios

Siempre he intuido que las cosas no ocurrían necesariamente unas después de otras. En ocasiones el antes precede al después. Esto lo sabe muy bien la persona obsesiva, que sufre con antelación catástrofes que luego pasan de verdad. Hay desgracias, en fin, que salen antes de entrar, y la ciencia acaba de probarlo. *Nature*, como ustedes saben, publicó recientemente un artículo en el que se demuestra que un rayo puede superar la velocidad de la luz. Y lo que es más curioso, que se le ve salir antes de haberle visto entrar. Los científicos se pasan la vida poniendo en cuestión nuestra percepción de la realidad. Las

cosas sólo suceden unas después de otras, en fin, cuando vas a diez por hora, que es la velocidad de crucero del ser humano. Pero cuando uno logra superar la de la luz se muere antes de nacer, como Dios manda, y termina las novelas antes de comenzarlas.

Las vacaciones acaban de empezar y ya se han terminado. Caen las semanas tan deprisa que llega el sábado antes que el lunes. Lo sabíamos hace tiempo, pero nunca nos atrevimos a enviar un artículo a *Nature*. Han tenido que meter los sabios un rayo dentro de un tubo para que nos demos cuenta de que teníamos razón. Teníamos razón y complejo de inferioridad, por eso nunca nos atrevimos a decir que algunas cosas suceden antes de que lleguen a pasar. Hace poco, asistiendo al parto de un sobrino, tuve la convicción absoluta de que aquel niño era mi abuelo. Pero no se lo dije a nadie. Mi abuelo murió hace diez años y no estamos acostumbrados a

que la gente se muera antes de nacer. Ahora mismo voy a escribir una carta a *Nature* contando mi experiencia, por si les sirviera de algo.

He terminado este artículo antes de comenzar a escribirlo. Quiero decir que vi el final antes que el principio. O que lo vi salir antes de verlo entrar, como ustedes quieran. Es posible, en fin, comenzar la casa por el tejado, aunque no esté bien visto. Tampoco está bien visto enmendar la plana a Einstein y ese rayo que supera la velocidad de la luz lo ha hecho. Aquí paz y después gloria, o viceversa.

El dinero

Creíamos que el 65% de cada uno de nosotros era agua y resulta que no, que es coca. Casi el 70% de los billetes de curso legal tiene restos de esta droga. En cierto modo es como si acabáramos de descubrir que también el dinero posee un lado oscuro, un subconsciente que influye en su comportamiento inversor y que explicaría alguna de sus veleidades. Nosotros ignorábamos por qué hacíamos las cosas hasta que Freud descubrió ese espacio inmaterial desde el que recibimos órdenes. Puede que ahora entendamos también por qué el dinero actúa de forma tan loca, sobre todo cuando sus intereses entran en conflicto con los nuestros. Es

duro dejar de creer en los Reyes Magos, pero crecer también tiene sus ventajas. Creíamos que el dinero venía del Estado como los niños de París, y resulta que no, que viene de la coca, al menos en una cantidad cercana al 70%, más de la mitad.

Ahí está la razón de que no se legalice la droga. De hecho, tampoco está legalizado el subconsciente. Hay asuntos de naturaleza clandestina. La mayor parte del dinero que usted y yo ganamos con tanto esfuerzo, pues, pasa previamente por las ventanillas del narcotráfico, lo que significa que gran parte de la realidad desaparecería de un plumazo con su legalización. Así, del mismo modo que sin subconsciente nos quedaríamos en nada, sin estupefacientes se desvanecería el 70% de la banca, de las cárceles, de los complejos turísticos, de la industria del automóvil, de los yates. Hasta el Ministerio del Interior correría el peligro de convertirse en una tienda de ultramarinos con la muerte de esa

industria ilegal que, sin embargo, es el motor del mundo, o de su 70%.

Lo que no entendemos es por qué las autoridades no nos dicen la verdad. Ya sabemos que los niños no vienen de París. Podemos soportar que el dinero no venga del Banco de España o del de Inglaterra. También nosotros, cuando venimos del burdel, decimos que venimos de la iglesia. Nada es lo que parece, en fin. El 70% del dinero invertido por las autoridades en la lucha contra la droga procede de la coca. Lo que tiene su lógica y su falta de lógica. O sea, que se trata de una información neuroléptica, que no sé qué significa.

Vivir intensamente

Uno de los mitos más dañinos para la juventud es el de «vivir intensamente». Por vivir intensamente suele entenderse pasar mucho tiempo en la calle e ir de un lado a otro bebiendo cosas que dan ardor de estómago. En mi juventud también fuimos víctimas de la necesidad de vivir intensamente. «Vive deprisa, muere joven y haz un cadáver bonito», rezaba un eslogan de la época. El problema es que vivir deprisa no garantiza morirse antes. La mayoría de la gente que vivía deprisa continúa viva, pero con úlcera de estómago o piedras en el riñón. Además no quieren ni oír hablar de la muerte. Vivir intensamente no significa

nada. En todo caso no significa, como creen algunos, tomar muchos aviones. Durante una época me bajaba de un avión y me subía en otro y era la vida menos intensa que cabía imaginar. La intensidad llegaba cuando menos la esperabas y en los lugares más sorprendentes. Un día bajando las escaleras de un ministerio me crucé con un individuo cuya mirada no he logrado olvidar. Se detuvo delante de mí y estuvo unos segundos observándome. Aquello fue muy intenso, aunque no sé por qué.

Los sucesos más importantes de la vida son absurdos. El sentido es un cacharro digno de un «todo a cien». Las personas que presumiblemente han vivido de forma intensa te cuentan sus correrías a modo de historia. Quiere decirse que han necesitado hacer una reconstrucción que dota de coherencia a lo incoherente. Las mejores conquistas sexuales, por citar un campo que todo el mundo suele considerar excitante, son

siempre casuales. Es el recuerdo lo que lo convierte en una novela. Los profesores aseguran que los jóvenes no comprenden los procesos históricos, pero quién los comprende. La historia de la humanidad no tiene ni pies ni cabeza, de modo que lo raro es comprenderlos.

Escribimos y leemos novelas porque nos vuelve locos aquello de lo que carecemos: el sentido. La vida es lo contrario de una novela: le sobran casi todas las páginas y si hay alguna imprescindible no sabemos cuál es. Aceptar la falta de sentido: eso es vivir intensamente.

Luego empezó a llover

En la mesa de al lado a la que yo consumía mi gintonic un hombre y una mujer mantenían la siguiente conversación:

—Cuando me casé con tu hermana —decía él—, no podía imaginar que entre tú y yo pudiera surgir esto.

—Dices «esto» como si hubiera algo —respondía ella.

—Si no hubiera nada —añadía él—, de qué íbamos a estar tomándonos una copa a media tarde, solos, casi a escondidas.

—Pues entonces —concluía ella—, paga y vámonos.

El hombre echaba mano a la cartera,

pero no la llevaba encima. Tras el desconcierto inicial, le pedía a ella que se hiciera cargo de la cuenta. Pero ella había salido de casa sin el bolso. Entonces me ofrecí a invitarlos. «No, por favor», dijeron. «Sí, por favor —dije yo—, hoy por ti, mañana por mí.» Como no tenían más remedio, me dieron las gracias, dijeron al camarero que yo me haría cargo de su nota y salieron del establecimiento lanzando miradas huidizas a uno y otro lado, como dos adúlteros novatos o con sentimiento de culpa.

Su mesa fue ocupada por otra pareja, también de adúlteros, pero con más experiencia y sin sentimiento de culpa. Se trataba de un adulterio tan prolongado que parecía un matrimonio, por lo que no era raro escuchar de ella o de él observaciones o reproches característicos de un esposo o de una esposa. Me pareció que no tenían interés alguno, por lo que pedí la cuenta con

intención de irme a escuchar conversaciones a otro sitio.

Al echar mano de la cartera, me di cuenta de que la había olvidado en casa. Tras cavilar unos instantes sobre la situación, me dirigí a la pareja de adúlteros recién llegada explicándoles mi caso y pidiéndoles que me invitaran (omití que a mi consumición había que añadir la otra). Los adúlteros me miraron de arriba abajo, para cerciorarse de que no era un indigente, y aceptaron pagar mi cuenta con la expresión del que te perdona la vida. Di las gracias, salí y pasé por delante de un coche donde había una pareja besándose. Me detuve un instante para observar, y resultaron ser los cuñados a los que había invitado yo. El hombre abrió los ojos, me miró y yo levanté el pulgar en señal de éxito y de enhorabuena. Luego empezó a llover.

Porcentajes locos

Hay gente que se dedica a estudiar unas cosas rarísimas. Un catedrático de psiquiatría de Toronto, por ejemplo, acaba de llegar a la conclusión de que ser el menor de una familia de varones incrementa en un 30% la posibilidad de ser homosexual. No sabe este catedrático de Toronto lo agradecidos que le estamos.

— ¿Es usted homosexual?

— Sí, señor.

— ¿Y qué lugar ocupaba usted en su familia?

— Soy hijo único.

— Pues es una pena, porque de haber sido el cuarto en una familia de varones

habría tenido un 30% de posibilidades más.

—Pues lo siento, pero no puedo ser más homosexual de lo que soy.

Le habríamos perdonado esa tontería al doctor canadiense de haberla dicho en un curso de verano. Los cursos de verano, no sé si ustedes los siguen, están precisamente para decir tonterías, y para reírse. Pero no: lo ha dicho en un Simposio Internacional sobre el Sexo. Y seguramente llevaba gráficos y diapositivas, cuando lo normal, en un simposio sobre el sexo, es llevar cueros y ropa interior de fantasía.

Si yo hubiera acudido a ese simposio y hubieran abierto al final de la conferencia un coloquio, le habría preguntado al doctor canadiense qué puesto ocupaba él en su familia y qué posibilidades de quedarse tonto le brindaba ese sitio. Personalmente, soy el cuarto de una familia de nueve, todos vivos, y cuando los mayores iban al

cine, yo era pequeño. Pero cuando iban los pequeños, yo era mayor. Me pasé la infancia en casa, lo que aumentaba en un 30 o en un 40% las posibilidades de ser claustrofóbico. Sin embargo, soy agorafóbico. ¿Quién lo entiende?

El catedrático de psiquiatría aludido se llama Ray Blanchard. Lo digo porque todos los que se tratan con él tienen un 20% de posibilidades más de quedarse sonados. Tomen nota.

Alicatado hasta las cejas

Estaba tomándome mi gin- tonic de media tarde, sin meterme con nadie, cuando el individuo de la mesa de al lado se dirigió a mí:

—Perdone —dijo— ¿sabría usted decirme cuántos metros cuadrados tiene la provincia de Castellón?

Permanecí perplejo unos segundos. No estoy acostumbrado a que me pregunten por los metros cuadrados. Me preguntan la hora, como mucho, y no la doy para no intimar porque detesto a la humanidad y prefiero no tener tratos con ella.

—Ni siquiera sabía que Castellón era una provincia —dije para cortar la

conversación en seco.

—¿Y el Vaticano? ¿Sabe cuántos metros cuadrados tiene el Vaticano?

—Ni siquiera sé qué es el Vaticano — respondí con aspereza, llevándome el vaso a la boca.

—¿Y Mónaco? —insistió.

—¡Tampoco sé lo que significa Mónaco! —rugí.

El hombre desistió y regresó a sus pensamientos. Al poco, empezó a nacer dentro de mí un sentimiento de culpa. Que deteste a la humanidad no quiere decir que me sea ajena, lo que quiere decir es que me detesto a mí mismo en cuanto que formo parte de ella. Pedí otro gintonic, para ahogar la culpa, pero en lugar de eso salió a flote. Saqué, pues, mi iPhone del bolsillo, entré en Internet y busqué los metros cuadrados del principado.

—Mónaco tiene 1,95 kilómetros cuadrados —dije.

El hombre me lo agradeció de un modo exagerado. Detesto también las

muestras de gratitud excesivas, de modo que me arrepentí enseguida de mi buena acción. Como se empeñara en pagar mis consumiciones, tuve que explicarle que el gin-tonic, como el psicoanálisis, no me hacía nada si no me lo pagaba yo. Aun así, no hubo manera, de forma que pedí un tercero. Mientras daba cuenta de él, el hombre hacía sumas y restas en los márgenes de un periódico deportivo. Cuando le pregunté a qué rayos se dedicaba, dijo que a calcular el número de cuartos de baño que cabían en Mónaco. Como es lógico, pedí un cuarto gin-tonic y salí del bar alicatado hasta las cejas.

La vida misma

Estaba dando cuenta de mi gin-tonic de media tarde, cuando un tipo que regresaba de los servicios se quejó en voz alta de que los urinarios estuvieran demasiado altos. A continuación, pidiendo un café, se quejó de que la barra estuviera demasiado baja. El camarero, dirigiéndose a él con ironía, añadió:

—Lleve cuidado, estoy seguro de que el café le parecerá demasiado caliente.

El tipo gruñó y pidió un vaso con hielo en el que dejó caer el café recién hecho. Entonces me di cuenta de que lo conocía. Se trataba de un compañero de la facultad al que hacía mil años que no veía. Él también me reconoció y, para mi

vergüenza, vino a sentarse a mi mesa. Tras los saludos de rigor, me preguntó si me había fijado en el problema de los urinarios.

—Francamente, no —dije—, pero creo que si te resultan altos, la barra no te puede parecer baja. Es contradictorio.

—¿Y no puedo yo tener contradicciones? —preguntó con agresividad.

Comprendí que estaba hablando con un loco y le dije que sí, que yo mismo estaba lleno de ellas.

—Señálame una —dijo.

—Ahora no caigo —respondí.

—¿Estás lleno de contradicciones y no eres capaz de mencionar una sola? —preguntó con sorna.

—He ahí una —dije.

—¿Cuál?

—La de estar lleno y no recordar ninguna.

El tipo se hundió en un silencio rencoroso. Luego, tras averiguar que lo que yo tomaba era un gin-tonic, preguntó

si me había vuelto alcohólico.

—Un poco —dije por no decir ni que sí ni que no.

A continuación se fue al servicio y volvió quejándose ahora de que los urinarios estuvieran demasiado bajos. Y la barra demasiado alta, claro. Recordé que en la facultad parecía un tipo listo, con mucho futuro. Tras dejarse invitar, salió corriendo porque el aire acondicionado, dijo, estaba demasiado fuerte. Pero desde la calle me hizo un gesto de que el calor, allí, era excesivo. La vida, pensé yo.

No supo contestarme

En la mesa de al lado dos jóvenes (chico y chica) discutían acerca de si una batería de móvil descargada pesaría menos que una cargada.

—Lo lógico es que sí, que pese menos —dijo el chico.

—¿Y por qué hay que verlo a la luz de la lógica? —preguntó la chica.

—Porque lo que es lógico, sucede —dijo el chico—. Si tiras una moneda al aire, lo lógico es que caiga.

—El hecho de que caiga no significa que sea lógico. Suceden muchas cosas que no son lógicas.

—¿Qué cosas?

—No sé, la metamorfosis de los

insectos, por ejemplo. ¿A ti te parece lógico que para llegar a mariposa tengas que atravesar todos esos estadios, incluido el de gusano? ¿Qué necesidad hay de hacerlo tan complicado?

—No sé... —dudó el chico.

—Por favor, si es más difícil llegar a mariposa que a notario.

—¿Y los notarios te parecen lógicos? —preguntó el chico.

—¿Qué dices, hombre? ¿Cómo van a ser lógicos los notarios? Mi padre trabaja con varios y son un disparate.

Llegó mi gin-tonic, le di el primer sorbo y volví a aplicar el oído. Pero los jóvenes permanecieron en silencio, como si las últimas palabras los hubieran distanciado. Finalmente, al cabo de unos minutos, tomó de nuevo la palabra la chica. Dijo:

—Mira, Ricardo, yo no acabo de ver esto nuestro. Te tengo mucho afecto, pero creo que deberíamos tomarnos un tiempo para reflexionar. Un tiempo en el que

cada uno vaya por su lado.

— ¿Y qué tiene que ver esto con el peso de las baterías de los móviles?

— No sé, ¿qué tiene que ver?

—Has sido tú la que ha preguntado si una pila descargada pesa menos que una cargada. Lo habrás preguntado por algo, ¿no?

La chica hizo un gesto de hastío, como diciendo que el tema la superaba, y se levantó y se fue, con el chico detrás. Yo acabé el gin-tonic, salí a dar un paseo y luego volví a casa. Le pregunté a mi mujer lo de la batería, pero no supo qué decir. Vimos juntos el telediario.

Parejas

Estaba tomándome el gin-tonic de media tarde cuando en la mesa de al lado un chico empezó a contarle a su novia que unos extraterrestres le habían vaciado las entrañas, sustituyéndoselas por otras artificiales. Se notaba que eran novios en la preocupación con la que la chica escuchaba el relato.

—Pero ¿cómo te van a hacer eso los extraterrestres? —preguntaba la chica.

—Me llevaron a una nave en forma de plato sopero invertido. Medían un metro y medio y tenían unos ojos gigantesco. En cambio la nariz y la boca apenas se les notaban.

—Si éste es el precio de que apruebes

la oposición, se acabó —dijo ella
—. Si no puedes ser juez no puedes ser
juez.

Él tomaba un refresco sin alcohol y ella una copa de helado de la casa. El chico decía que desde que le habían cambiado los intestinos notaba el paso de los alimentos. Por lo visto le habían prometido que una vez estudiados se los repondrían de nuevo, a condición de que no le contara a nadie la experiencia, lo que significaba que la chica tendría que mantener la boca cerrada.

En esto, el opositor a juez advirtió que los estaba escuchando y se puso muy nervioso. Creo que pensó que yo era un extraterrestre en misión de vigilancia. «Vámonos de aquí», dijo. Y se fueron.

Ocuparon su lugar dos ancianos, también novios. No me pregunten por qué supe enseguida que eran novios. Se notaba. Además, cerca de la cafetería hay una residencia. Los tengo controlados. Ella le preguntó si había recibido alguna

visita nocturna y él dijo que no. «Yo sí — dijo ella—, un hombre vestido de marinero viene todas las noches y se queda parado a los pies de mi cama, observándome sin decir nada.» El hombre pensó que le estaba acusando de disfrazarse de marino para montar el número y dijo con mucho énfasis que él no tenía nada que ver. En esto, la mujer reparó en mí, que hice como que estaba a lo mío, y aseguró que el marino que se le aparecía por las noches era yo. Me dieron ganas de decir que no, que yo era un extraterrestre vigilando a los que se chivaban de que les habían cambiado las vísceras. En lugar de eso, pedí otro gintonic y esperé con paciencia a la tercera pareja de la tarde, a ver de qué iban.

Tensión conyugal

En la mesa de al lado un hombre maduro le decía a su mujer que estaba pensando en hacerse la cirugía estética.

—¿La cirugía estética para qué? — preguntaba ella.

—Para quitarme unos años de encima —respondía él.

—Mientras no te los quites de debajo, igual da —concluía ella con crueldad.

Vino el camarero, pedí el gin-tonic de media tarde y agucé el oído. Pero lo único que escuché fue un silencio rencoroso, hostil, granítico. Al rato, el hombre volvió a hablar.

—Te he comentado lo de la cirugía estética por cortesía —dijo—. No vayas a

creerte que te estoy pidiendo permiso. Ya soy mayor para hacer lo que me venga en gana con mi dinero.

Pese a la firmeza aparente de sus palabras, la actitud del hombre revelaba que en realidad sí necesitaba el permiso, o la complicidad al menos de su mujer para ponerse en manos del cirujano.

—Ya sé que tú has hecho siempre lo que te ha dado la gana —dijo ella.

—En cuestiones que eran personales, sí, claro, hasta ahí podíamos llegar. Y no saques ese tono, que parecemos un matrimonio.

—¿Es que no somos un matrimonio?

—Ya sabes a lo que me refiero.

El primer sorbo del gin-tonic me supo a gloria. Siempre es el mejor. Los demás sólo buscan reproducir los efectos del primero (quizá del primer gin-tonic de nuestra vida). La conversación del matrimonio resultaba perfecta para aquella tarde lluviosa, con la cafetería a media luz y los paraguas colgando del respaldo de las sillas como murciélagos

mojados. La mujer dijo que ella, en vez de hacerse la cirugía estética, se compraría un perro. Él dijo que no era lo mismo y ella respondió que por qué tenían que hacer siempre las mismas cosas. Entonces él pidió una copa de coñac y ella le dijo que se estaba auto-agrediendo, pues las bebidas concentradas le daban ardor de estómago. «Vale, no me haré la cirugía estética», se rindió él. «Ni yo me compraré el perro», concedió ella. Luego salieron corriendo porque llegaban tarde al cine.

Un chico raro

En la mesa de al lado, un joven de pelo largo le decía a una joven de pelo corto que si él fuera millonario se compraría un coche fúnebre y contrataría de chófer a un conductor del tanatorio.

—¿Un coche fúnebre? —preguntaba, incrédula, la chica.

—Sí, un Mercedes o un BMW, pero de muertos.

—A lo mejor está prohibido circular con ese tipo de vehículos.

—No veo por qué. Se trata de recordar que, aunque te vayan bien las cosas, eres tan mortal como el resto.

La chica se quedó pensativa, como si

evaluara la conveniencia de salir con aquel chico. El camarero me trajo el gin-tonic preparado, lo que me revienta. Prefiero que vierta la ginebra delante de mí, para comprobar la cantidad y la marca.

—¿Y tú y yo iríamos al cine en el coche fúnebre? —preguntó al fin la chica, restableciendo la comunicación.

—Si eres tan burguesa que no puedes ir en un coche de muertos...

—No tiene nada que ver con ser burguesa o no, me parece que es una cuestión de gusto.

—¿Quieres decir que tengo mal gusto?

—Quiero decir que estás un poco loco. O te lo haces.

El gin-tonic, misteriosamente, comenzó a saberme a cadaverina, así que lo dejé y pedí un whisky que sabía a madera, a madera de féretro. Me había amargado la tarde el crío, pero me quedé allí, para ver en qué acababa la cosa.

—Mira, Pedro, yo te quiero mucho —dijo la chica—, pero me fastidia que te

pases el día inventando cosas raras.
Además, tú nunca vas a ser millonario.

— ¿Por qué dices eso?

— Porque estudias Historia del Arte.

El chico se hundió en un silencio hosco del que salió para decir:

— Vamos a tomar una copa al bar del tanatorio.

— Al bar del tanatorio vas con tu madre — replicó la chica levantándose y dejándolo plantado.

El muchacho me miró con desconsuelo y le invité a sentarse a mi mesa.

Podría haber sido mi hijo.

Una explicación científica

Las cosas no son iguales por el lado de dentro y por el de fuera, eso está claro. De hecho, las prendas reversibles fascinan por lo que se percibe en ellas de anormal. Uno se las compra con la idea de ir cada día de un color, pero lo cierto es que luego siempre se llevan del mismo, porque uno de los lados, inexplicablemente, desarrolla enseguida una extraña vocación de forro. O de víscera. Nunca le hemos dado la vuelta a una lombriz, pero incluso ese animal tan poco complejo debe de tener el exterior un poco diferente al interior.

Sólo hay un ser, que se encuentra por cierto en la frontera entre el mundo

animal e inerte, al que le puedes dar la vuelta sin que nadie, ni él mismo, lo advierta: el calcetín. Es más: lo normal es que tengamos que mirarlo atentamente para no ponérselo del revés por las mañanas. Claro, que no todos los calcetines son iguales. Los que yo llevaba de pequeño, blancos y cortos por lo general, eran absolutamente inofensivos, como los gusanos de seda, que cultivábamos en cajas de zapatos. Los peligrosos, los enigmáticos, los impenetrables, eran los calcetines negros y largos de los adultos. Muchas veces me acercaba clandestinamente al armario de mi padre, tomaba entre mis manos uno de aquellos seres oscuros y alargados y me lo llevaba a mi cuarto, donde intentaba comprenderlo. Recuerdo que, con cierta aprensión, introducía la mano hasta el final y le daba la vuelta para comprobar, fascinado, que era incomprendible por ambos lados. Nunca logré averiguar de qué se alimentaban. Tampoco hoy, que

utilizo unos muy parecidos, he llegado a saberlo. Y, sin embargo, observándolos sobre la moqueta, tan largos y tan negros, he tenido con frecuencia la certidumbre de que hacían disimuladamente la digestión de algo: tal vez de nuestros callos o durezas. En ellos se simboliza para mí la complejidad simple del universo, al que imagino como un inmenso calcetín que unas veces está de un lado y otras de otro sin que sepamos cuándo ni por qué. De ahí, quizá, las variaciones en los estados de ánimo que van del lunes al martes o del martes al miércoles. Si no, es que no se explican.

El horizonte como droga

Continuamos buscando galaxias fuera y genes dentro. Como los extremos se tocan, llegará un momento en que al asomarnos a un gen veamos una galaxia y viceversa. La realidad —no lo digo yo, lo dicen los científicos— tiene forma de gusano enroscado: si consigues llegar a la boca y salir de ella, te metes sin darte cuenta en el culo y vuelves a empezar. La frontera entre el mapa genético y el cósmico es más delgada que una cuchilla de afeitar, aunque tan cortante como ella. Si limamos sus bordes, veremos finalmente que entre un elefante y una hormiga no hay diferencias sustanciales, ni siquiera de tamaño. Al fondo del

pasillo, o de la realidad, no hay otra cosa que un espejo que nos multiplica.

Lo que pasa es que es preciso aparentar que todo esto tiene sentido porque, en caso contrario, caeremos en las drogas, que atacan el azogue neuronal y craquelan la imagen espectral de la cornucopia. Dicen los expertos que está aumentando peligrosamente el consumo de «éxtasis», *crack* y alcohol. Por algo será, pensamos nosotros. Y resulta que sí, que es por la falta de horizontes. O sea, que la gente mira a derecha e izquierda y no ve más que espejos que le cierran el paso. Así que se da a las drogas con la esperanza de encontrar una grieta por la que asomarse al otro lado. Al otro lado hay más espejos, seguro, lo mismo que detrás de un gen se esconde una galaxia, pero entre tanto se va matando el tiempo.

El consumo de drogas, pues, no lo van a arreglar las actuaciones policiales, ni farmacéuticas, sino la imaginación

política. Cambien ustedes alcohol por horizontes. No hay mejor alucinógeno que un buen confín a oriente o a poniente, a norte o sur. Pero es que ahora ves lo mismo por todas partes. Hasta el presidente de China, del que esperábamos alguna novedad por venir de un país tan lejano, dice sobre el mercado las mismas cosas que los nuestros. En cuanto a los derechos humanos, calla también lo que se silencia aquí. Con este panorama tan estrecho no es raro que a uno le den ganas de atravesar la luna del armario, aunque sepa de antemano que el panorama, en el lado de allá, es idéntico. Por lo menos estará invertido, lo que ya es una novedad para ir tirando.

Lo duro y lo blando

En verano hay mucho personal desenterrando cosas. Cuando la gente normal está en la playa, entregada al hedonismo y a las drogas para olvidarse de quiénes son, los paleontólogos desentierran cadáveres de hace cinco millones de años para averiguar quiénes fuimos. Leí una entrevista con Juan Luis Arsuaga, el director de Atapuerca, en la que hablaba con pasión de la pelvis de Lola (la mujer de Elvis), que todavía no ha logrado encontrar, aunque lógicamente debería de estar cerca de la de su marido. O no tan lógicamente: la pelvis de mi abuela y la de mi abuelo tampoco están juntas. Fue la última

voluntad de los dos vivir toda la muerte separados, porque cuando fallecieron todavía no estaba autorizado el divorcio. Pero lo que yo quería decir es que si desenterrando cadáveres de hace cinco millones de años averiguamos tantas cosas de nosotros, qué no aprenderíamos desenterrando a mi abuela, que debe de estar en mejor estado. ¿No les sirve la pelvis de mi abuela, que además da la casualidad de que se llamaba Lola, como la de Arsuaga?

Quizá no, entre otras cosas porque lo interesante de mi abuela eran sus partes blandas. Éste es el drama de la paleontología: que busca lo que ya no está. Es cierto que de los huesos se puede deducir la carne. Pero una deducción no es lo mismo que un músculo. Las cuencas vacías de una calavera no nos dicen nada de la mirada de su propietario. Tampoco una botella vacía puede darnos información sobre la calidad del vino que contuvo.

Cuando nos ponemos a escarbar en la memoria, sin embargo, sólo encontramos objetos blandos. El tiempo, en la memoria, descompone lo duro, lo rígido, y deja en perfecto estado de conservación lo blando. Por eso la gente sólo tiene buenos recuerdos de la mili, de su infancia o de su profesor de matemáticas, aunque fuera un hueso. Ahora bien, de las partes blandas también es muy difícil deducir cómo fueron las duras. De hecho, no hay manera. O sea, que siempre nos quedamos a medias. Mi abuela, en la memoria de sus hijos, logró quedar como un ángel, pero su esqueleto era el de un sargento de caballería. ¿A quién hacer caso?

He visto

Ahora que soy mayor, lamento no haber escrito un diario de los hoteles por los que he pasado a lo largo de mi vida (escribo estas líneas desde uno) y de las cosas que he visto desde sus ventanas. He visto, por ejemplo, un cementerio rodeado de edificios altos. He visto agonizar a un anciano en el edificio de enfrente, lo he visto morir. He visto un patio interior oscuro en el que había anidado una golondrina. He visto un callejón con un *sex-shop* al que entraban hombres con la cabeza agachada y las solapas del abrigo subidas. He visto llorar a una adolescente y pelear a una pareja de novios. He visto un domingo

por la tarde desolado, con familias paseando de la mano. He visto el mar y he visto la luna. He visto un río por el que pasaban barcazas perezosas que no parecían de verdad. He visto a un perro devorando a un gato. He visto a un mendigo construyendo una casa de cartones. He visto a mi madre pasear conmigo de la mano, porque desde las ventanas de los hoteles se ven muchas alucinaciones. He visto temblar las copas de los árboles por influencia del viento. He visto aviones que despegaban y aterrizaban sin cesar. He visto un mercado con el techo roto. He visto puestos de verduras y de frutos secos. He visto dos o tres accidentes de coche. He visto una ciudad entera, a mis pies, he visto sus tejados y sus ventanas pequeñas y las humedades de sus paredes. He visto un edificio de oficinas con sus oficinistas, todos Clips de Famóbil. He visto un campo de fútbol y una plaza de toros, muy desasosegantes los dos. He visto a

un policía acariciando su pistola. He visto descampados. He visto vacas (sagradas y profanas). He visto desfiles militares. He visto manifestaciones de estudiantes. He visto una plaza de piedra con una fuente en medio. He visto cúpulas de iglesias que parecían flotar a la puesta del sol. He visto antenas de televisión. He visto cables de la luz. He visto zopilotes y cigüeñas. He visto restaurantes caros y baratos. He visto terrazas de verano. He visto jóvenes y viejos. He visto la selva y el desierto. He visto una muralla. He visto a un hombre tirando de una cabra. He visto un atraco. He visto a dos muchachos transportando un espejo gigantesco en el que se reflejaba la puerta de mi hotel...

Ginebra con tónica

En la mesa de al lado, dos chicas jóvenes, que evidentemente vienen de hacer ejercicio físico, reponen sus niveles de agua, minerales y azúcar con un refresco de moda. Yo habría dicho que beben algo, a secas (valga la paradoja), pero advierto que ellas, por su conversación, son conscientes de que la bebida es un combustible para el cuerpo. Por eso no toman agua, sino un mejunje que, además de hidratar, mineraliza y proporciona al cerebro un chute de glucosa.

—¿Te has preguntado alguna vez — dice la que se encuentra más cerca de mí— a qué sabe el líquido amniótico?

— ¿El líquido amniótico? Ni idea.

— Pues si a alguien se le ocurriera fabricar un refresco con ese sabor, se haría millonario. Imagínate, una bebida que nos retrotrajera a aquella época feliz.

— No se me había ocurrido.

— A mí, sí. Estuvimos nueve meses de nuestra vida alimentándonos de ese líquido, nos hicimos en él. Posiblemente, nos pasamos el resto de la existencia buscando su sabor.

— ¿Y a qué crees que se parece más, a la Coca-Cola o al Red Bull?

— Quizá a la Coca-Cola, pero sin burbujas.

La conversación de las chicas me admira, pero me descoloca. Yo habría dicho que lo más parecido al líquido amniótico es el gin-tonic, por sus efectos narcotizantes, aunque no por su sabor, claro. De otro lado, el líquido amniótico no produce resaca (a menos que consideremos que la vida es la resaca de aquella borrachera de nueve meses). El líquido amniótico, Dios mío, ¿cómo no se

le ha ocurrido todavía a nadie?

Sigo escuchando, pero las chicas han cambiado ya de conversación. Ahora hablan sobre alucinaciones. Afino el oído y escucho que la del líquido amniótico pregunta a su amiga por qué los locos oyen voces en su cabeza y no en su páncreas. Es cierto, me digo. Todos los locos oyen voces dentro de su cabeza. ¿Por qué no dentro de su estómago? En esto, se dan cuenta de que las observo y cambian de mesa. Pero yo ya he tomado notade todo.

Aún no amanece

Yo creo que las vidas humanas tienen formas geométricas, es decir, que las hay con aspecto de cubo, de trapecio o de círculo. La otra noche, en la radio, alguien dijo que la suya era idéntica a la de una calle de Madrid que empezaba en un vertedero y terminaba en un descampado. Las ciudades en las que se vive determinan mucho la geometría existencial. En ese mismo programa, por ejemplo, una señora aseguró que su vida tenía la forma de la plaza de Oriente.

—¿Y está también en obras? — preguntó la locutora.

La señora afirmó que sí, que estaban haciendo en su vida un aparcamiento

subterráneo, para que pudiera dejar el coche en él quien ella sabía. No quiso ser más explícita por si su marido, que trabaja de vigilante nocturno, estaba escuchando la radio. Otro oyente llamó para corroborar que el tiempo, efectivamente, posee propiedades espaciales y que el suyo, cuando ya había cumplido sesenta y cinco años, imitaba los volúmenes de la catedral de la Almudena, con sus capillas laterales, sus tumbas y todo lo demás, qué horror. A continuación, una señora de cincuenta años confesó que su existencia era réplica exacta de El Corte Inglés de Goya.

—Hace poco —añadió— me fui de ejercicios espirituales a la sierra, con unas amigas, y al hacer un examen de conciencia del pasado me di cuenta de que lo tenía dividido en secciones, como unos grandes almacenes. La planta baja, por ejemplo, contiene todo lo que me sucedió hasta los diez años: bisutería y bolsos de piel principalmente, aunque

también hay algo de perfumería y cosmética.

—¿Y la ropa interior?

—La ropa interior está en la cuarta planta, junto a los pensamientos de lencería fina.

Telefonaron los típicos bromistas que utilizan estos programas nocturnos para reírse de la gente. Uno, aguantándose la risa, aseguró que tenía un hijo de vida infudibuliforme y una hija que arrastraba desde hacía tiempo una existencia dactilada. También llamó gente arracimada, vermiforme, vesicular y ataudada.

Yo estaba en la cama, boca arriba, con las manos debajo de la nuca, porque no me podía dormir por culpa del calor o de los remordimientos, e imaginaba que mi vida tenía forma de pasillo. Es decir, que cuando pienso en ella desde esta edad en la que el pasado ocupa ya más que el porvenir no veo otra cosa que una sucesión de habitaciones dispuestas

linealmente. Todas ellas pertenecen a diferentes edificios madrileños, muchos de los cuales ya han desaparecido. Así, por ejemplo, uno de mis primeros recuerdos es el de un cuarto de estar donde hay un brasero y una radio, aunque no sabría decir si el calor procede de ésta o de aquél. Al abrir la puerta de esa habitación entro en una clase de matemáticas donde un energúmeno con sotana me pregunta a gritos la tabla de multiplicar. Huyo corriendo de esa agonía y penetro en el dormitorio de la adolescencia, que a su vez me conduce a una estancia sin identificar, llena de sombras, donde sedesnuda una mujer.

Tengo la impresión de que mi vida ha transcurrido sobre todo en lugares cerrados, porque de súbito alcanzo una habitación en la que se abre una boca de metro, me parece que la de Diego de León, por la que desciendo para tomar un tren que me lleva hasta una garita cuartelera, donde hago guardia con un

fusil que no sé manejar.

Una existencia, vista así, desde las habitaciones en las que uno ha consumido las horas, resulta poca cosa. Por eso me gustaban, más que la mía, las vidas de la gente que llamaba al programa. Una mujer de mi edad dijo que su pasado tenía la forma del barrio de Prosperidad, donde transcurrieron su juventud y su infancia, de manera que ahora, al evocarlas, recorría sin darse cuenta sus calles. Yo también soy de la *Prospe*, así que me fui imaginariamente a una biblioteca pública que entonces había en Marcenado, donde pasé muchas horas, y estuve esperando a esa mujer, por si nos conocíamos y podíamos recordar aquellos tiempos, pero no vino. Entre tanto, el programa, que tenía forma circular, se cerró y aún no amanecía.

Dios dirá

Hoy, mientras escribía a dos manos, entró por la ventana, arrastrada por el viento, la primera hoja seca del otoño. Qué cursilada, me dije; esta forma de presentarse sólo se le ocurre a una hoja. Y es verdad: nunca han entrado por la ventana langostinos, ni solideos, ni motores de cuatro tiempos, ni fajas de péndulo, ni generales de brigada. Sin embargo, por esta época, tarde o temprano viene a depositarse junto a la máquina de escribir una hoja seca de la que me da no sé qué deshacerme, por si fuera un mensaje. Quién va a escribirme a mí, me digo, y en un resto orgánico que se quiebra sólo con mirarlo. No lo sé,

pero no me atrevo a tirarla.

Quizá, reflexiono, debería quemarla en la chimenea, pero no tengo chimenea. Podría aplicarle el mechero, desde luego, aunque no me parece bien acabar de un modo tan prosaico con una hoja tan cursi. Además, gracias a ella, he pensado un poco en la muerte, por lo menos en la muerte de los otros: tengo un par de amigos que andan tocados del ala y el otoño es fatal para los que padecen enfermedades crónicas. La verdad es que a poco convencional que uno sea, una hoja seca evoca el fin de nuestras ilusiones y el comienzo de la artritis. La he puesto sobre el cuaderno en el que tomo notas de esto o de lo otro, y parece una mano disecada, aunque no ha perdido esa elegancia de las cosas naturales. Puesta al trasluz, muestra sus delicadas nervaduras, que parecen los tirantes y encajes de la ropa interior de una princesa republicana y laica. Las hojas de los periódicos envejecen de un

modo parecido, incluso se tuestan un poco cuando la intemperie actúa sobre ellas más de lo previsto por el circuito comercial. Personalmente, daría la vida a cambio de que un trozo de periódico, con la mejor de mis columnas, entrara este otoño por la ventana de quien yo me sé y se depositara junto a su máquina de escribir. Pero eso es imposible. La tumba de los artículos de prensa es el retrete o el contenedor de basuras de la esquina, qué le vamos a hacer. Conservaré esta hoja hasta el próximo otoño, y luego Dios dirá.

La conciencia

En la antigüedad teníamos más metros cuadrados que cosas. Ahora, en cambio, tenemos más cosas que metros cuadrados. Hace años, podías recorrer un pasillo de quince metros sin tropezar con un solo mueble. Ahora no puedes dar dos pasos sin estrellarte contra una bicicleta estática, una vajilla de Chillida o la armadura de una tienda de campaña. Mucha gente cambiaría los objetos por metros cuadrados; el problema es que la mayoría de esos trastos sólo tienen un valor romántico, que no cotiza ni en los mercadillos de pueblo. Ya me dirán para que sirve la maleta de madera con la que papá se fue a Alemania, el televisor en

blanco y negro que conservamos absurdamente debajo de una cama o la impresora portátil que compramos hace quince años por si acaso (¿por si acaso qué?).

Lo bueno, ahora lo comprendemos, eran los metros cuadrados. No hay cosa mejor que cien o doscientos metros cuadrados, todos juntos, sin más objetos que la foto del abuelo en la pared del pasillo y una alacena en el comedor. Construir viviendas pequeñas por sistema es como escribir frases cortas por obligación. La frase corta funciona bien como desván, como cuarto trastero, como altillo en el que introducir una o dos ideas pequeñas (las que caben en una columna, por ejemplo). Pero para vivir, para respirar, para estar a gusto, nada como un piso de seis o siete habitaciones, cuatro exteriores y tres interiores, además de la cocina, el baño y los aseos. Ahora, dada la escasez de metros cuadrados y la abundancia de cosas, ha aparecido un

negocio nuevo, el de los trasteros que guardan toda esa basura doméstica. Hemos vendido el alma (o los metros cuadrados) a cambio de cosas que brillaban, de espejuelos con los que no sabemos qué hacer. Deberíamos regresar a la frase larga, a la oración compuesta, al pasillo de 15 metros de largo. A la conciencia.

Un asunto menor

Estaba en la peluquería, dándole vueltas a un asunto de índole personal (de índole personal, qué bárbaro), cuando el peluquero anunció que me iba a quedar calvo enseguida. Y a ti se te va a morir tu madre, respondí para mis adentros. Las ampollas, añadió tratando de hipnotizarme con su mirada a través del espejo, tenían una eficacia probada. Pregunté cuánto costaban y me dijo que 120 euros (ciento veinte), casi veinte mil pesetas. Si me hubiera dicho treinta o cuarenta euros, tal vez me habría dejado timar para no discutir. Pero sentí que había sobrepasado todos los límites. Además, el que estaba calvo era él, no yo.

— ¿Tiene usted madre? — pregunté.

— Sí — me respondió.

— Pues cuídela y vaya a verla con frecuencia, que luego uno se arrepiente de no haberle prestado más atención.

El hombre, desconcertado, continuó cortándome el pelo mientras yo regresaba al asunto de índole personal (cada vez que escribo «índole personal» siento una punzada en el estómago). Pero ya no lograba concentrarme en él. Comencé a darle vueltas a la idea de que aquel tipo había intentado estafarme 120 euros (ciento veinte) y me pregunté si tengo la expresión característica de los que se dejan engañar, de modo que me dirigí a él de nuevo.

— Óigame, en confianza. Usted y yo sabemos que esas ampollas no sirven para nada. Y no me importa, están ahí, pertenecen a una marca conocida y usted cobra una comisión por cada caja. Pero por qué me ha elegido a mí.

El hombre se quedó pensativo y al

rato, en vez de responder a mi cuestión, preguntó por qué le había mencionado a su madre. Por mi parte, tras guardar silencio unos segundos, le pedí que me dijera por qué había intentado venderme unas ampollas que no servían para nada. No respondió. Yo tampoco volví a abrir la boca. Terminó su trabajo, pagué y me fui. La escena ocurrió hace tres días o cuatro días y cada poco regresa a mi memoria (a mi conciencia, si he decir la verdad) provocándome un malestar difuso. Se trata de uno de esos asuntos menores con una capacidad de emponzoñamiento mayor. La vida está llena de ellos.

A excepción de una Barbie

Ignoro cuándo empezaron a proliferar las tiendas de cosas inútiles, pero quizá surgieron como una reacción pendular al dominio anterior de las tiendas de cosas útiles. Si tuviera que dividir mi vida en dos partes, la primera de ellas pertenecería a aquella en la que no poseía nada susceptible de no ser utilizado y, la segunda, a aquella otra en la que la mayor parte de mis pertenencias no sirven para nada. Tengo hasta una Barbie que me regalaron en un programa de televisión en la creencia de que las coleccionaba (un malentendido largo de explicar). Por cierto, que se trata de una Barbie de colección a la que no me

atrevo a sacar de la caja porque parte de su valor reside en eso, en que jamás ha tomado el aire. De vez en cuando, la abro y me extasío ante la belleza de sus pestañas, la calidad de su melena, la turgencia de sus labios rojos (rojísimos), la delicadeza de sus senos, la longitud de sus piernas, etc. No es broma, tendrían ustedes que verla para comprender mi entusiasmo (a todas luces patológico). Lo más curioso de todo es que no tiene sexo. ¿Puede haber belleza sin sexo? He ahí la gran pregunta. Lo evidente es que hay sexo sin belleza.

Gran parte de los objetos que nos rodean evocan, precisamente, y por su fealdad, el sexo sin belleza. Debido a la crisis galopante con la que ha coincidido esta Navidad, no sería raro que nos dedicáramos a regalar «detalles». Los «detalles» salen baratos, pero son una peste. Equivalen, créanme, al sexo sin amor, o sea, a la genitalidad pura y dura. Cuídense de esos regalos

que matan el espíritu. Y lo matan porque son «cosas» a secas, es decir, su tráfico convierte tanto al que obsequia como a la persona obsequiada en meros objetos, en bultos sin alma. Regalen ustedes artefactos que, aunque baratos, se resistan a ser cosificados. Pongamos una buena serie de televisión (*Los Soprano, El ala oeste de la Casa Blanca, A dos metros bajo tierra...*). Pongamos un buen libro (incluso en edición de bolsillo). Pongamos un buen disco... Utilicemos, en fin, la crisis para personificarnos, para invertir el proceso cosificador en el que habíamos caído. Personalmente, preferiría que me regalaran una docena de huevos de granja a una «cosa» (excepto si se trata de una Barbie).

El diván

Si un día me animara a escribir una historia de los objetos, dedicaría un capítulo al diván, que fue el precursor del psicoanálisis. Hasta el descubrimiento del inconsciente, no se sabía muy bien para qué podía servir un mueble tan raro. Quizá Freud lo vio de pequeño en una tienda, acompañando a su madre a comprar una cama turca, y esa visión terrible de un mueble sin función determinó su vida. De hecho, no paró hasta que le encontró una utilidad que se plegara a sus formas: la del análisis. Personalmente puedo asegurar que si no me hubiera psicoanalizado, no habría tenido la oportunidad de usar nunca un

diván, que no es un bicho doméstico, pues para permanecer sentado resulta incómodo y para estar acostado insuficiente.

No le den más vueltas. El inventor del diván era un poeta que se anticipó en varios siglos al descubrimiento del psicoanálisis. Los poetas tienen intuiciones de este tipo. De todos modos, hay unos divanes más austeros que otros. El de mi analista, aunque bueno para la espalda, era terrible para los sentimientos porque tenía algo de catafalco o de mesa de autopsias. Siempre pensé que se lo había hecho un amigo aficionado al bricolaje, lo que no me parecía mal. La deconstrucción personal que se lleva a cabo en una sesión tiene mucho que ver con la terapia manual, sobre todo a la hora de ocultar las piezas que sobran cuando empiezas a montarte de nuevo.

Después de que me diera de alta, intenté comprarle el diván a mi analista, para continuar practicando en casa, por

mi cuenta. Ella lo interpretó como una resistencia a desprenderme de las menudencias anímicas que se me habían caído en la tapicería del mueble, como las monedas que se salen de los bolsillos cuando uno se sienta en los sofás y aparecen entre sus cojines meses más tarde. El caso es que no me lo vendió y ahora a veces meto la mano en los bolsillos psíquicos, buscando una manía para defenderme de algo que me duele y no encuentro ninguna porque se quedaron todas en el diván, como la calderilla del alma. ¡Qué loco, el inventor de ese trasto!

El lugar de la virtud

Adquirí en el mercadillo del pueblo, por sólo nueve euros, un reloj que, una vez en casa, resultó atrasar un minuto al día. Un minuto al día no es nada, total, siete a la semana, pero a mí me dolía como una llaga en el paladar. Al poco, vi uno idéntico en otro tenderete y me lo compré también. Por casualidad, éste adelantaba un minuto diario, justo lo que el otro atrasaba. Me puse el que atrasaba en la muñeca izquierda y el que adelantaba en la derecha. Así, si en uno eran las dos menos un minuto, en el otro eran las dos y un minuto. Habiendo sido educado en la idea de que en el centro está la virtud, deducía sin problemas que

eran las dos en punto.

Los cálculos no resultaban siempre tan sencillos, pues había ocasiones en las que en uno eran las siete y trece y en el otro las siete menos trece, lo que me obligaba a efectuar operaciones aritméticas para las que no estoy dotado. Me acostumbré, no obstante, a vivir así, y con el tiempo yo mismo llevaba en unas cosas idéntico retraso al adelanto que llevaba en otras. Perdía por el lado izquierdo las plusvalías que obtenía con el derecho o describía el martes lo que había escrito de más el lunes. Comprendí entonces que la virtud no está en el punto medio, sino un poco desplazada, pero no logré averiguar hacia qué lado.

La caca

Dos científicos españoles acaban de descubrir un excremento de bacteria en una roca procedente de Marte. Hubo vida, pues, en el planeta rojo y quizá, ¿por qué no?, una organización existencial compleja. Después de todo las condiciones de su suelo son muy parecidas a las del nuestro. Sin duda, habría bacterias árabes e israelíes y vascas y españolas y del Real Madrid. Habría bacterias escritoras y bacterias pintoras con sus respectivas academias. Y proliferarían también los círculos de bacterias empresariales y los campos de golf y las organizaciones de consumidores. Todo lo que podemos

imaginar. Dirán ustedes que con el trabajo que da ser microorganismo a secas, buena gana de complicarse la vida intentando ser además irlandés o belga o alemán, y premio Nobel de Farmacia o doctor *honoris causa* por la Complutense. Pero es que eran de Marte. Por eso llamamos marcianas a las personas raras.

Esas bacterias pudieron estar evolucionadísimas. Quizá tenían sus pirámides y sus agencias de viajes y su premio Cervantes y su Torre de Londres. Probablemente eran contradictorias y fabricaban pianos por un lado y hachas para cortar los dedos por el otro. A lo mejor había bacterias con mitra, que estaban convencidas de representar a Dios, y bacterias con cuernos, que hacían misas negras convencidas de adorar al diablo. Y bacterias que al regresar de la oficina se sentaban frente a la tele mientras su prole aprendía a sumar, restar y dividir en la habitación de al lado. En una organización de ese tipo no

faltarían tampoco los directores de recursos humanos, ni los cobradores del frac, ni los jefes de prensa, que publicarían artículos con la firma de otro y lanzarían bulos para hacer creer a la población que convenía invertir o desinvertir o que era peligroso salir de casa por las noches.

Todo esto puede sonar fantástico. Por eso hemos situado la acción en Marte. Aun así, va a ser muy difícil que ustedes se crean el final, donde se demuestra que los marcianos pusieron más talento en una caca que en todas sus manifestaciones culturales. De hecho, los científicos están leyendo esa caca porque su literatura no ha resistido el paso del tiempo.

Yo ya he tomado nota.

Todo va a peor

Tuve problemas con los controles de brillo de mi nuevo ordenador portátil y telefoneé a la casa para que me echaran una mano. Cogió el teléfono una señorita tan seductora que temí haber llamado a un teléfono erótico. Le dije un poco cortado que no me funcionaban los controles de brillo y ella me hizo las preguntas que te hace el pediatra cuando llevas al niño a la consulta.

—Espero que no sea nada físico —añadió luego—, porque si es físico no creo que podamos arreglarlo por teléfono.

A mí me parece que son más difíciles de arreglar los daños psíquicos, pero no

dije nada porque cada vez que decía algo me ruborizaba. Quedó en mandarme un *driver* a través del correo electrónico para ver si se arreglaba la cosa. Personalmente, no sé lo que es un *driver*. Tampoco sé lo que es la amoxicilina, pero si el pediatra me dice que le ponga al niño amoxicilina se la pongo. Confío mucho en los pediatras y en las señoritas. A las dos horas abrí el correo electrónico y, en efecto, había allí una cosa con aspecto de *driver*. Se lo administré al sistema y todo siguió igual, por lo que volví a llamar por teléfono a la señorita.

—Que le he dado el *driver* al niño, y sigue igual que antes.

—Entonces va a ser un daño físico —respondió—. No podemos arreglarlo por teléfono.

La chica lo dijo compungida, creyendo que me daba un disgusto, pero yo estaba encantado de que mi portátil no tuviera problemas psicológicos; es más, en ese instante

decidí no curarle el daño físico. A veces los llevas a que les arreglen el brillo y les estropean el fastopen, que es una facultad del alma.

Me coloqué, en fin, unas gafas de sol para contrarrestar el brillo y me puse a escribir un artículo sobre el hedonismo. Le había oído decir al Papa que es muy fácil caer en el hedonismo y no salía de mi asombro, pues a mí el hedonismo me huye desde la infancia. No comprendo por qué persigue a los católicos, que lo detestan, pudiendo hacer conmigo lo que quiera. En estas conjeturas estaba, cuando apareció en la esquina inferior derecha de la pantalla un monigote llamado *Ayudante de Office*, que empezó a hacer tonterías al tiempo que me decía lo siguiente:

—Parece que está usted escribiendo una carta. ¿Desea obtener ayuda?

Aturdido por aquella intromisión, le dije que no estaba escribiendo una carta y le ordené ocultarse.

Al cabo del rato, sin embargo, pensé que lo que de verdad me pedía el cuerpo era escribir una carta. Quizá, me dije, hacer lo que te pide el cuerpo sea una forma de hedonismo. De modo que abandoné el artículo sobre el hedonismo y me puse a practicarlo con una carta al sumo pontífice, ya ves tú mis vicios. Quería preguntarle por qué persigue con esa furia a los homosexuales, que no le han hecho nada, y recibe en audiencia a Haider, sabiendo de sobra que las prácticas sexuales del fascismo parecen sacadas de una autopsia como la que ha tenido que hacerle a Antonio Fonseca un forense de pago (el de la Seguridad Social dice que no vio los hematomas porque el muerto era negro y había poca luz). Esas prácticas sexuales con hematomas, le sugería yo al Papa, sí que son de ponerle a uno los pelos de punta, aunque no sean pecado.

En esto, apareció de nuevo el *Ayudante de Office* y no dijo nada, pero se

puso a hacer tonterías en la parte inferior de la pantalla. Ya saben las tonterías a las que me refiero: a veces, se le enciende una bombilla, como si hubiera tenido una idea mejor que la tuya, y otras veces mira de reojo el texto y se rasca la cabeza como si dijeras cosas disparatadas o irreales. Harto ya de sus insinuaciones, pinché el icono correspondiente y le pedí que se ocultara. La respuesta fue sorprendente:

—Ya me ha ocultado varias veces — dijo—. ¿Desea ocultarme de nuevo o desactivarme permanentemente?

Le ordené en un arranque de ira que se desactivara permanentemente y al poco me atacaron los remordimientos. Temí haberlo enviado al infierno, porque en la papelera de reciclaje miré y no estaba. Angustiado, llevé el ordenador al taller, para que restituyeran al *Ayudante de Office* y lo han restituido, pero creo que no es el mismo. Éste es menos hedonista, y se parece a Haider. Además, me han

estropeado el fastopen, así que ahora, sobre el problema físico, tenemos uno psicológico. Todo va a peor.

Resurrección

Cuando yo era pequeño, durante la Semana Santa no se podía cantar, y sólo hablábamos para transmitirnos cuestiones de orden práctico. Los niños nos pasábamos el día buscando el modo de burlar la prohibición oral; recuerdo que durante la comida pedíamos mil veces que nos acercaran la jarra del agua o el salero. Además, lo pedíamos por favor, lo que en nosotros era inusual, para alargar las frases y prolongar el placer de escuchar nuestra voz en medio de aquellos silencios sepulcrales. La Semana Santa se convertía así en un ejercicio de retórica permanente. De súbito alguien decía: «Voy a hacer la

cama» o «me marchó a comprar el pan.» En realidad, nadie pretendía hacer la cama ni comprar el pan, lo que queríamos era hablar, pero sólo se podía hablar de cosas prácticas. La cosa práctica era la bula que permitía utilizar la lengua, del mismo modo que el donativo a la Iglesia te liberaba de la prohibición de comer carne.

Crecimos de ese modo. Toda la generación que hoy ocupa el poder creció buscando excusas para poder hablar, porque la Semana Santa metaforizaba el silencio de las otras semanas del año, en las que tampoco se podía hablar de muchas cosas. También recuerdo que el domingo de Resurrección, en Valencia al menos, nos vengábamos del silencio anterior a gritos. Las primeras horas de la mañana de ese día constituían una cacerolada impresionante: nos armábamos de sartenes, de pucheros, de cucharas, de todo aquello, en fin, capaz de producir ruido y recorriamos las

habitaciones y el pasillo golpeando las paredes y gritando como locos. No articulábamos ideas, sólo sonidos. O sea, que crecimos entre el gusto por la retórica y el placer del grito.

A veces me pregunto si no continuamos apresados entre esos dos registros, porque mentimos bien y gritamos mejor, pero tenemos dificultades para articular ideas. La Resurrección, para mí al menos, consistiría en eso, en abandonar la retórica y el grito para instalarnos en la reflexión. Este domingo lo intentaré, lo juro.

El rosario de su madre

Está demostrado científicamente: la mayoría de los taxistas que llevan un rosario colgado del espejo retrovisor tienen peor carácter que los que llevan unos zuecos asturianos. Además son casi todos pinochetistas.

Les ha venido Dios a ver con el asunto este del torturador chileno, porque hasta ellos mismos se habían dado cuenta de que no podían continuar reivindicando a Franco sin mostrarse necrófilos o necrófagos y asustar a la clientela.

Pinochet, aunque en avanzado estado de putrefacción, todavía se mueve, por lo que se le pueden dar vivas sin que le confundan a uno del todo con Millán

Astray, el novio de la muerte.

El otro día tomé un taxi en López de Hoyos y en cuanto vi el rosario de su madre oscilando a manera de péndulo bajo el retrovisor me dije malo malo. Comenzaban en ese instante las noticias de las dos y pedí al taxista que subiera un poco el volumen de la radio, para ver cómo andaba el mundo.

El individuo me miró con expresión airada y, sospechando que esperaba oír algo estimulante sobre Pinochet, se limitó a llevar la mano hasta el receptor fingiendo que giraba el mando para dejarlo como estaba.

Como no quería discutir, avancé la cabeza y torcí el rostro colocando la oreja en dirección al aparato. Pensé que quizá viendo padecer de aquel modo a un cliente, el servidor público se conmovería, pero no. Entonces, me dirigí de nuevo a él:

—Creo que no me ha oído usted. Le he pedido que suba la radio, por favor.

—Pero si la he subido —protestó.

—Pues todavía no la oigo —insistí.

De mala gana, se inclinó sobre el aparato y fingió una vez más que subía el volumen cuando en realidad lo puso algo más bajo.

Luego perdió la mirada en el tráfico, para no enfrentarse a mi gesto de perplejidad. El crucifijo del rosario se movía a manera de péndulo, pero en lugar de hipnotizarme, que es para lo que sirven los péndulos, y los crucifijos, me exasperó.

Estaba, pues, dándole vueltas al modo de responder a aquella provocación cristiana cuando advertí que el sujeto tenía forrado el taxi con duras advertencias a los fumadores, así que saqué un paquete y encendí un cigarro.

El hombre me observó desconcertado a través del espejo y durante unos segundos no fue capaz de reaccionar. Debía de ser el primer pasajero que se rebelaba desde la ascensión o la asunción

de Álvarez del Manzano a la alcaldía. No obstante, pasado el primer momento de estupor, se volvió ligeramente y escupió por la comisura:

—No se puede fumar en este coche.

—No me había dado cuenta — respondí cortésmente, y fingí que apagaba el cigarro en el cenicero con un gesto semejante al utilizado por él para fingir que subía el volumen de la radio. Luego continué dando caladas con naturalidad, mientras aparentaba escuchar las noticias de la radio.

El hombre se quedó seriamente preocupado y al poco, ya con la seguridad menos entera, insistió:

—Creo que no me ha entendido usted. En este coche no se puede fumar.

—Pero si ya he apagado el cigarro — dije, y volví a llevarlo al cenicero con el gesto de aplastar la brasa, aunque manteniéndolo encendido.

—Está bien —dijo—. Yo subo la radio y usted apaga el cigarro.

—Pero si la radio está muy alta,

hombre de Dios. Y el cigarro ya está apagado hace un rato —respondí echándole el humo a la cara sin contemplaciones.

Entonces detuvo el coche a la derecha, obligando a frenar bruscamente al de atrás, y gritó:

—¡Deje de fumar ahora mismo!

—No me da la gana —respondí en voz baja. Se acercó un guardia para ver qué pasaba, y yo dije que no estaba dispuesto a apagar mi cigarro hasta que él no subiera la radio.

Como esta gente tan agresiva tiene mucho miedo a la autoridad, cedió al fin de mala gana y subió el volumen justo en el momento en el que decían que hasta el 2 de diciembre no sabríamos si Pinochet era inmunodeficiente a secas.

Entonces me bajé del coche, y ya desde la acera dije humildemente al taxista:

—Ave María Purísima.

—¡Sin pecado concebida, imbécil! —vociferó él. Y eso fue todo.

Genéticas

Las necrológicas de hoy, gracias a la programación genética, podrán funcionar como los natalicios de mañana. Dentro de nada, cuando nazca Borges, por ejemplo, se podrán decir de él a priori las tonterías que por lo general decimos a posteriori: «Me encontraba en casa revisando la traducción de mi última novela al finlandés cuando sonó el teléfono y lo descolgué de manera inocente pensando que se trataría de mi editor norteamericano, de mi agente sueca o de mi representante japonés. Pero no, era un ginecólogo argentino, según el cual acababa de nacer Borges. Como un autómatas, me acerqué a la ventana (es un

hecho que todos los necrólogos se asoman a la ventana) y contemplé la calle, el tráfico, la gente. Acababa de nacer el autor de *El Aleph* y los semáforos seguían funcionando. Incluso mis obras, que con el tiempo tanto le deberían, seguían traduciéndose y reeditándose sin pausa, como si el mundo ignorara lo que acababa de suceder. Qué raro.» «No recuerdo cómo se llamaba el ginecólogo, quizá Lautaro o Federico. Sólo sé que cuando colgué el auricular pensé que muchos años después yo mismo disfrutaría de la amistad de aquel ciego al que, paradójicamente, acababan de alumbrar. Ya recuerdo, aunque todavía no ha sucedido, el día en el que lo vi en un café de Ginebra y me acerqué a él presentándome como Rodríguez, el autor de la novela *El que a buen árbol se arrima*, a lo que el maestro respondió: “Buena sombra le cobija.” Su cultura clásica era impresionante. Y ahora mismo acaba de nacer. Dios mío.» No sabemos si

dará tanto prestigio ser el *natólogo* de Borges como ser su necrólogo. Lo único cierto es que podremos cobrar dos veces el mismo trabajo con arreglos mínimos. Ahora hay que averiguar si las ediciones críticas podrán sustituir también a las autopsias.

Qué raro

A los tres meses de dejar de fumar me regalaron un móvil del tamaño de un paquete de tabaco. Lo llevaba en el mismo bolsillo donde antes guardaba los cigarros, y después de comer sacaba el teléfono y tiraba de la antena, que tenía las dimensiones de un Marlboro. No llegué a fumármela, aunque no por falta de ganas. En lugar de eso, hablaba con algunas de las personas cuyos números estaban memorizados en el trasto. «En realidad —solía advertir al interlocutor— estoy fumándote más que hablando contigo, no me hagas mucho caso.» La mayoría eran ex fumadores que habían sustituido el paquete por un móvil y se

hacían cargo de la situación.

Enseguida me di cuenta de que en cierto modo continuaba fumando como un loco. No encendía ningún cigarrillo, pero tampoco dejaba de pensar en ellos. Toda mi vida giraba en torno a esa ausencia que intentaba sustituir con el volumen del móvil en el mismo bolsillo donde antes llevaba el paquete de tabaco. Era como esas personas que aseguran haber abandonado una relación sentimental que les hacía daño, aunque son incapaces de hablar de otra cosa. Más que haber dejado el tabaco, pues, me había convertido en el tabaco, ardiendo igual que él, con una brasa que tras consumir el alma discurría implacable hacia la boquilla, arrasándolo todo. Me hacía más daño la abstinencia que la nicotina, por lo que decidí dejarlo de verdad. En otras palabras: olvidarlo.

Guardé el móvil, pues, en un cajón con cerradura y tiré la llave a la alcantarilla, para no caer en la tentación

de cogerlo cuando lo oyera sonar. Y me compré un paquete de tabaco que tenía el tamaño del móvil, para sustituir una cosa por otra. Cuando me daban ganas de fumar, sacaba el paquete del bolsillo, extraía a medias uno de los cigarrillos, como si fuera la antena, y fingía hablar con alguien. Lo malo es que un día me respondió otro ex fumador desesperado y al poco di con mis huesos en el frenopático, donde el psiquiatra me aseguró que fumar no era tan grave. «¿Y hablar por teléfono?», pregunté. «Tampoco», dijo. De manera que ahora hago las dos cosas a la vez, sin culpa, habiendo alcanzado un grado de sosiego inexplicable. Qué raro es todo.

Hombres y perros

Numerosas, y muy variadas, son las historias que hablan de la solidaridad entre los perros y los hombres, por un lado, y de la crueldad que los hombres ejercen sobre los hombres, especialmente sobre los que fuman, de otro. Lo raro es dar con un caso clínico en el que se resuman las dos patologías y, sin embargo, existe. Lo contó el otro día Basilio Losada, el traductor del recién aparecido *Viaje a Portugal*, de José Saramago, y creo que vale hacerlo público para ser más conscientes del mundo en el que vivimos.

La historia sucede en una universidad norteamericana, cuyo nombre omitiré

para no perjudicar a terceros. Allí, en un lugar rodeado de bosques con ardillas que comen de las manos de los alumnos, transcurre, apacible, la vida escolar. Los profesores tienen sus casas cerca de la universidad, de manera que cuando abren la puerta lo primero que ven es un conjunto de árboles que invitan con su silencio a la meditación.

Por lo visto, uno de los profesores de la universidad a la que nos referimos es fumador. Naturalmente, nadie allí conoce este vicio oculto que, de ser descubierto, le costaría la expulsión de tan idílico paisaje académico. El hombre arrastra desde hace años una doble vida, ya que ni siquiera su mujer lo sabe. Si algún día se enterara de que ha estado viviendo con un drogadicto, probablemente se suicidaría al pensar en esos besos impregnados de nicotina que intercambió con él; eso, en el caso de que se besen en la boca, pues ya sabemos lo higiénica que es aquella sociedad. En cualquier caso, el

desprestigio social sería tan insoportable que de todos modos tendría que poner fin a su vida.

Pues bien, este dulce y feliz matrimonio tiene un perro, un San Bernardo, que es el único que conoce el vicio oculto de su amo. De manera que cuando ve que está nervioso, porque necesita una dosis, le coloca la pata sobre la rodilla y ladra. Entonces, la mujer del profesor dice: «Saca al perro, ¿no ves que quiere hacer sus cosas?» Así, el animal y el hombre se internan en el bosque y cada uno, detrás de un árbol, hace lo suyo. Conmovedor, ¿no?

Un fallo aleatorio

Me dijeron en el servicio de posventa que mi ordenador tenía un fallo aleatorio. Como lo aleatorio es aquello que depende de la suerte o del azar, y a mí un ordenador me parece una cosa muy precisa, rogué que me repitieran el diagnóstico e insistieron en que se trataba de un fallo aleatorio.

«¿Qué me quiere decir con eso?», pregunté. «Pues que unas veces funciona y otras no, pero no es posible saber de qué depende.» «¿Y tiene arreglo?»

«Sí, señor, bastaría con cambiar la placa.»

Cambiar la placa costaba 280.000 pesetas y el ordenador me había costado 175.000. Por un momento, pensé

que el mundo se había puesto patas arriba. Cuando uno habla con un técnico informático, espera de él un discurso sujeto a una lógica según la cual el componente de una cosa no puede ser más caro que la cosa. Un botón, por ejemplo, no puede costar más dinero que el traje al que va cosido; ni una rueda de bicicleta, el doble que la bicicleta. Estos disparates se le ocurren, con suerte, a un novelista y, aun así, tiene que contarlos de tal modo que resulten verosímiles. Yo creo que mi irritación provenía de que el técnico que tenía delante se estaba comportando como un novelista, mientras que yo insistía en comportarme como un técnico: me resistía a creer que un ordenador pudiese padecer enfermedades aleatorias o que la parte de algo pudiese ser más valiosa que el todo.

Salí de la tienda avergonzado de mi comportamiento, tan impropio de un presunto escritor, y envidiando la capacidad literaria del técnico que me

había atendido. Naturalmente, no cambié la placa, de manera que ahora, en lugar de un ordenador, tengo una ruleta. Unas veces funciona y otras no, de forma aleatoria. Cuando funciona, me pongo a escribir, y, cuando no, me voy al casino. Por lo general, lo que gano con el ordenador lo pierdo en la ruleta. Pero estoy más tranquilo que antes, porque he aceptado que todo depende de cosas que están fuera de nuestro control: aleatorias.

La metástasis del cerdo

La comunidad científica internacional está muy excitada porque estos días han conseguido operar a distancia a un cerdo de silicona. El cerdo yacía en un quirófano de Milán, bajo la mirada atenta de un robot cuyos brazos eran manejados por control remoto desde California. Parece que consiguieron extirparle un tumor, que previamente le habían colocado en el hígado. El sueño del hombre, desde que empezó a inventar cosas, consiste en reproducir un fenómeno en un lugar distinto del que se ejecuta. De ahí la aparición del teléfono y la radio, que llevan mágicamente la palabra a territorios muy alejados de

donde se pronuncia; o de la televisión, gracias a la cual podemos ver aquí lo que sucede allí.

Lo curioso es que ese empeño en reproducir un fenómeno en un lugar distinto del que se presenta primero es llevar a la práctica la definición de la metástasis. Lo que combatimos por un lado con las tecnologías más sofisticadas lo alimentamos concienzudamente por otro. Ahora, por ejemplo, nos acabamos de enterar, gracias a una denuncia de la Organización Internacional del Trabajo, de que unos doscientos millones de niños trabajan en el mundo en condiciones infrahumanas. Eso quiere decir que cuando usted y yo compramos un perfume o un juguete para nuestros hijos estamos irremediablemente colaborando a la explotación de esos niños. Y la OIT habla de los niños porque afortunadamente la infancia sigue doliéndonos un poco en Occidente. Pero imagínense la cantidad de adultos y

adultas que trabajan para nosotros en los países del sudeste asiático en condiciones de capitalismo manchesteriano.

Igual que somos capaces de operar a un cerdo a distancia, lo que seguramente no está mal, podemos explotar por control remoto a cientos de millones de personas, lo que está fatal, entre otras cosas porque el paro de aquí es consecuencia de la explotación de allí. El cerdo de silicona, representando al género humano, era toda una metáfora. O quizá una metástasis. Vale.

El mensaje del náufrago

Hoy es el último día del año.

Mientras escribo estas líneas, las horas se deslizan hacia poniente como una flecha hacia el centro de la diana. Sabemos que esto de los años y las semanas y los meses es una convención, un acuerdo, un pacto, un convenio, en fin, al que hemos llegado entre todos tras unos miles de años de convivencia. Pero el hecho de que sea una convención no aminora su fuerza.

A lo mejor, un día descubrimos que también el hígado era una convención, y el páncreas, y las transaminasas. Cómo saber dónde está la frontera entre las convenciones y los órganos.

Seguramente, el catarro es una convención, la más universal de todas, junto a la úlcera de duodeno. Pero el conocimiento de ello no reduce la secreción nasal ni el dolor de las vísceras.

El día ha amanecido con una lluvia fina. Me desperté a las siete, leí un poco y me dije que hoy no escribiría. ¿Para qué? Mañana no hay periódicos y pasado mañana un artículo como éste será una antigualla insoportable. Sé que cuando lo acabe y lo meta por la abismal grieta del fax tendré la misma impresión de improbabilidad que el náufrago al arrojar la botella con su mensaje dentro.

El fax, en días como hoy, parece un océano: no sabes dónde puede ir a parar lo que introduces en él. El fax es otra convención: hemos llegado al acuerdo de que el artículo que metes por un sitio sale por otro que a lo mejor está a 500 kilómetros de distancia, pero eso no es posible. ¿Cómo va salir por una grieta de allí la hoja que yo introduzco en la de

aquí? Eso no se lo cree nadie; de hecho, es una de las convenciones que más está costando sacar adelante: la mayoría de la gente, después de poner un fax, llama al destinatario para asegurarse de que ha recibido el mensaje, porque es que le parece increíble.

La convención del fin de año segrega más jugos digestivos que un hígado. Por eso no quería que llegaran las doce sin desearles lo mejor para el próximo año, aunque les llegue con retraso, o no les llegue porque lo devore el fax. Felicidades.

Fantasmas

Hace poco coincidí en un acto público con la viuda de un escritor deslumbrante, a la que estuve a punto de decir que diera recuerdos a su marido. Quizá imaginé que ella seguía teniendo trato con él, o quizá yo no había incorporado aún su muerte a mi vida. El caso es que faltó muy poco para que cometiera una indelicadeza imperdonable, por lo que volví a casa aturdido y durante las horas siguientes pensé en el asunto sin lograr extraer de él ninguna idea tranquilizadora. Peor aún: cuantas más vueltas le daba, mayor era mi confusión entre el más allá y el más acá. Pensé que quizá los fantasmas se

manifestaban de este modo y que yo estaba siendo visitado por el del escritor fallecido, al que, por otro lado, no sabía qué decir. Le declaré mi admiración, desde luego, que ya le había atestiguado en vida, y me dieron ganas de preguntarle cómo le iba ahora, pero me reprimí como delante de su viuda. En todo caso, no llegué a escuchar su voz ni nada semejante. Su manera de aparecerse, si se trataba de eso, consistía en provocarme una suerte de extrañeza de la que aún soy víctima mientras escribo. A mí no me habría extrañado que me diera recuerdos para su mujer, pero no lo hizo.

Al poco, me enteré por el periódico del fallecimiento de Carlos

Castaneda, un antropólogo, o lo que fuera, cuyos libros marcaron mi biografía lectora. No hace mucho, precisamente, había releído *El libro del ensueño*, donde el célebre brujo nos enseñaba a viajar a lo más profundo de la materia mientras

dormimos. Con Castaneda me sucedió lo contrario que con el escritor al que me refería al principio: nunca se me ocurrió pensar en él como en alguien de este mundo. Por el contrario, imaginaba que sus textos llegaban hasta nosotros desde el más allá. De hecho, mucha gente dudaba de su existencia real, por lo que su necrológica tenía también un sabor imaginario que todavía conservamos en la boca.

A veces, los vivos y los muertos coincidimos en la misma dimensión como en la sala de espera del dentista, pero el miedo al dolor no nos permite vernos. Los fantasmas existen, pues, y nosotros, los vivos, somos los de los muertos.

Actividades asmáticas

Era de noche en mi mundo analógico cuando adopté la apariencia de hombre digital y me introduje en la Red. Mi familia y las moscas dormían. Los peces, con los ojos abiertos, permanecían suspendidos entre dos aguas dentro de su bola de cristal. La cisterna gemía, como si se desangrara con la gota que dejaba escapar cada cuatro segundos, a veces cada cinco. La nevera, asmática, perdía el resuello en el arranque mientras el reloj del microondas parpadeaba con dos ceros, lanzando destellos verdes al pasillo, como solicitando que una mano caritativa lo pusiera en hora. De la calle, a través de las ventanas y filtrada por sus

visillos blancos, llegaba una luminosidad lechosa (de leche desnatada, se entiende). Aunque la casa estaba fría, las sombras ardían.

Mi versión digital es tan rudimentaria que los nativos de la Red me detectan enseguida. Ahí va, dicen señalándome en los *chats* y en los foros y en las consultas médicas virtuales. Ha vuelto el analógico, se ríen, caricaturizando mi aspecto. A quién quiere engañar con ese disfraz digital del paleolítico. Yo cambio continuamente de acera, o de calle, o de página web. Pero basta que abra la boca o que escriba cuatro palabras para denunciar mi condición. Ayer estuve en un sitio de gente que ve marcianos y cosas así, y ni ahí me dejaron en paz. De todos modos, me quedé. Una muchacha de Cuenca, y a propósito de mi presencia, tan fuera de lugar, aseguraba haberse cruzado en el pasillo de su casa analógica con la versión virtual de su padre en camiseta de tirantes, lo que a todo el

mundo le pareció una contradicción imposible. Yo les dije que utilizaba camiseta de tirantes, lo que les hizo gracia y me dieron un poco de cuerda.

Entonces alguien contó que estaba teniendo una visión según la cual un perro analógico estaba siendo atropellado en ese instante por un automóvil analógico en una calle analógica de Madrid. No había acabado de contarle cuando escuché el ruido de un frenazo. Dejé el ordenador, me asomé a la ventana y vi el perro muerto y al coche dándose a la fuga en medio de la calle desierta. Cerré el portátil y regresé a la cama con mi pesado cuerpo hecho a base de átomos. En el momento de cerrar los ojos, el motor de la nevera cesó en su actividad asmática.

Inventos

Muchos creíamos que el cajero automático se había desprendido de la filosofía bancaria con la naturalidad con la que la baba se desprende del cuerpo del caracol. Ni se nos pasó por la cabeza que hubiera que inventarlo. Pero lo cierto es que se le ocurrió a un tal John ShepherdBarron, mientras se estaba en la bañera, igual que a Arquímedes el principio homónimo. Cabe preguntarse en qué estaría pensando ShepherdBarron para que se le viniera a la cabeza un aparato con tantas ranuras, unas para dar y otras para tomar. Fantasías eróticas que en apariencia no van a ningún sitio se concretan luego en artefactos

enormemente útiles para la humanidad. A estas alturas, no podríamos vivir sin el cajero automático (ni sin la licuadora de frutas, que es una representación mecánica de perversiones como la coprofilia y la lluvia dorada).

Tampoco podríamos vivir sin el fotomatón. El fotomatón compite en número de ranuras con el cajero automático y de los dos aparatos obtienes una imagen de ti mismo. La diferencia entre uno y otro es que el cajero te da conversación y te pregunta, por ejemplo, en qué idioma deseas copular con él. Según algunos estudios, mucha gente pide el saldo en francés, porque la respuesta, tanto si es buena como mala, suena mejor que en castellano. Nunca — aconsejan estos estudios — se debe pedir el saldo en alemán, porque si tienes mucho suena como si tuvieras poco y, si tienes poco, parece que te insulta al tiempo de darte la información. El segundo idioma más solicitado es el

gallego, también por su capacidad para dulcificar las malas noticias. Es el que uso yo.

Lo cierto es que al final tanto el fotomatón como el cajero te retratan. Y por lo general sacan lo peor de ti: el fotomatón, ese rictus de hiena que los años no han hecho sino acentuar; el cajero, esa nómina tísica con la que no vas a ningún sitio. Quiere decirse que de la relación con las rendijas casi siempre salimos mal parados (y peor cuanto más orgánicas parecen). Tendríamos que inventar un aparato sin boca, sin oídos, sin culo... Una especie de caja hermética en la que no pudiéramos meter nada ni sacar nada. Un objeto absolutamente puro, un poema. Lo difícil sería comercializarlo.

La llave de la vida

En todas las habitaciones de hotel hay un interruptor de la luz que no apaga ni enciende nada. Lo accionas 10, 20, 30 veces, atento a la más pequeña manifestación luminosa, y todo permanece imperturbable. Al final renuncias a averiguar su utilidad, pero te acuestas con la sospecha de que quizá no hayas sido capaz de adivinarla. Tal vez haya en esa habitación una instancia que tus sentidos no perciben y cuyas lámparas dependen de esa llave. A veces, te despiertas en medio de la noche diciéndote: ya sé, es el interruptor de la nevera, o el de la luz del armario, o el del secador del pelo. Pero te levantas en ese

mismo instante, pruebas y no, no era el mando de ninguna de esas cosas.

De todos modos, vuelves a la cama preocupado, preguntándote si habrás dejado encendida o apagada una lámpara que no eres capaz de ver en algún escondrijo de la habitación. Te acuestas con un poco de angustia, ignorante de lo que has hecho, como si cupiera la posibilidad, por ejemplo, de que hubieras electrocutado a alguien cada vez que lo accionabas. Después de todo, tampoco nosotros sabemos qué o quién manipula el interruptor del que dependen nuestras vidas. A lo mejor, te encuentras pletórico, eufórico, radiante, y al segundo siguiente estás muerto sobre las escaleras del metro, como si alguien, desde la habitación de un hotel situado en una ciudad remota, hubiera accionado la llave de la que dependía nuestra luz.

A todo esto, son las cinco de la madrugada, no has pegado ojo. Tienes que levantarte a las seis y media para no

perder el avión de las nueve. Tal vez los aviones se caen porque alguien toca una cosa que no debe en una habitación que no es la suya. En mi casa, al menos, la televisión cambia de canal de forma caprichosa. Según el técnico, estoy en manos de un vecino con un mando a distancia de una potencia inusual. ¿De quién dependen estos cambios de humor que me matan? ¿Quién maneja el mando a distancia de mis estados de ánimo, de mis emociones? Justo cuando suena el despertador, me entra el sueño de forma caprichosa. En recepción, mientras liquido la factura, pregunto para qué rayos sirve el interruptor que me ha tenido en vela toda la noche y me dicen que en esa pared que digo no hay ninguno.

Turismo de grandes almacenes

Me metí en unos grandes almacenes huyendo de la lluvia y me parecieron muy curiosos. Había de todo lo que necesitaba y de lo que no necesitaba. Como lo que más gusta es lo que no necesito, acudí a la sección de relojería para echar un vistazo. Vi un cartel en el que habían escrito: «Por la compra de un reloj de 600 euros le regalamos un seguro antiatraco de 6 meses.» Pregunté a una señorita qué significaba aquello y me dijo que si me robaban el reloj a punta de pistola o de cuchillo me daban uno nuevo.

—Pero ¿tantas posibilidades hay de que me atraquen? —pregunté.

—A mi hija le robaron ayer a la luz del día el móvil, así que usted verá.

Me quedé pensativo, francamente. Comprarte un reloj con la idea de que te van atracar da mal rollo. Generalmente no pienso que me va a suceder nada malo. Y no me sucede. Jamás me han asaltado. Seguro que si me compraba el reloj comenzaba a sucederme toda clase de catástrofes. Se lo dije a la señorita:

—Me compraría el reloj, pero tengo miedo de que me suceda algo malo.

—Nosotros se lo aseguramos por seis meses, pero le tienen que atracar, claro.

—¿Y si muero en el atraco le darían un reloj nuevo a mis herederos?

—Cabe suponer que sí, aunque tendría que consultarlo.

Finalmente decidí no comprármelo. Después de todo me encontraba allí para refugiarme de la lluvia. Continué dando vueltas por la sección y tropecé con una

zona de relojes de pared. Pregunté a una señorita si también esos relojes incluían un seguro antiatraco. Me dijo que sí, pero a condición de que lo llevara en la muñeca. Lo dijo de broma, creo, porque me pareció que se aguantaba la risa. Vi otro cartel que decía: «Hermetizamos relojes.» Me pareció muy fuerte lo de hermetizar relojes, de modo que salí corriendo de la sección. Me asomé a la calle, pero no había dejado de llover. Compré un paraguas sin seguro antiatracos (y sin hermetizar) y abandoné el establecimiento. Llegué a casa sin que me asaltaran. Qué vida.

Gente que cuenta tu vida

En la mesa de al lado, un hombre y una mujer, ambos de mediana edad, hablaban. El jueves pasado, decía el hombre, me morí. Y el viernes resucité. Pegué el oído, claro, y escuché la siguiente historia: el hombre había viajado a Sevilla por razones de trabajo. Tras comer con un cliente en un restaurante céntrico, salió a la calle y decidió caminar hasta el hotel, que se encontraba a veinte minutos. El calor propio de esta época estaba atenuado por una brisa húmeda muy agradable. Por lo demás, él caminaba despacio y por la sombra, de modo que logró disfrutar del paseo. Al poco, sin embargo, comenzó a

sentirse mal. No se trataba de un malestar localizable, dijo, sino de una especie de desazón corporal («en absoluto anímica», subrayó) que iba en aumento a medida que se acercaba al hotel. En su empeño por describir los síntomas, añadió que era como si tuviera fiebre, pero sin fiebre. Las articulaciones y los músculos enviaban al cerebro las señales características de una temperatura alta, pero él se tocaba la frente y le parecía normal. En esto, pasó por delante de una farmacia y entró a comprar un termómetro con el que se encerró en el servicio de una cafetería. Se lo puso debajo de la lengua y comprobó enseguida que su temperatura, en efecto, era normal.

Pues bien, llegó al hotel, subió a su habitación, se desnudó y se metió en la cama. Me voy a morir, se dijo. Por alguna razón, sabía que aquello que le ocurría era la muerte. Pero se trataba de una muerte hasta cierto punto dulce.

Los músculos se aflojaban y él se iba, se iba, se iba lentamente hacia el más allá, sin dramatismos de ninguna clase. Y se fue. Se murió, dijo a su compañera de mesa mientras apuraba el café. «¿Y qué pasó luego?», preguntó ella. «Pues que al día siguiente, a las once de la mañana, resucité con toda naturalidad. Me incorporé y me encontraba bien, en forma, como si no me hubiera ocurrido nada. Y aquí estoy, de hecho, pero con la seguridad de haber vuelto del más allá.» La mujer miró el reloj y dijo: «Vamos, que se nos hace tarde.» Pagaron los cafés, se levantaron, y salieron de la cafetería. Lo curioso es que aquello que el hombre contó me había ocurrido a mí hacía unos meses en Vigo. Pero no me había atrevido a contárselo a nadie.

Sedución

En la mesa de al lado un individuo maduro le contaba a una chica joven que una vez había visto ahogarse a un niño en una piscina.

—Vigilaba la casa de la piscina —añadió—, porque había en ella una mujer que me gustaba mucho. Todo empezó porque mis hijos me regalaron unos prismáticos para el campo. Como nunca me ha gustado el campo, me pareció un regalo absurdo que acabó en un cajón de la mesa del despacho. Un día, a la hora de comer, con la oficina completamente desierta, los cogí y me puse a observar los alrededores. No hay nada que ver en esa zona, pero de repente descubrí

entre los edificios un chalet que había resistido milagrosamente el acoso de la especulación. Tenía un jardín trasero muy descuidado, con una piscina de azulejos, y vivían en él, además de la mujer que te digo, su hijo y un matrimonio mayor que parecían los abuelos del crío.

El hombre se llevó la jarra de cerveza a los labios y miró a su alrededor antes de continuar. Yo fingí encontrarme enfrascado en la lectura del periódico. Señaló que estaba hablando del mes de agosto del 90. La ciudad se había quedado vacía, como siempre en esas fechas, y la oficina funcionaba a medio gas.

—Mi familia —dijo— se había ido a la playa. El caso es que me aficioné a espiar la vida de estas personas que los prismáticos acercaban increíblemente a mis ojos. Parecía que podía tocarlas extendiendo la mano. Normalmente, mientras el niño jugaba alrededor de la

piscina, la madre leía en una tumbona, lanzando de vez en cuando al hijo una mirada o una advertencia. Me volvía loco la mujer, que llevaba siempre unos bikinis extremadamente pequeños. La veía como por el ojo de una cerradura. De hecho, la situación me recordaba una época de mi infancia en la que veía desnudarse a la hermana de un amigo a través del ojo de la cerradura del cuarto de baño. Antes había cerraduras así.

—¿Cerraduras cómo? —preguntó la chica.

Al hombre no le gustó la interrupción, pero explicó que las cerraduras antiguas abrían en las puertas un agujero lo suficientemente grande como para ver qué ocurría al otro lado.

—Ideales para mirones como tú —añadió la joven.

—Todo el mundo era mirón entonces, resultaba imposible no serlo con aquellas cerraduras —respondió el hombre claramente incómodo.

—Todos no —insistió la chica—; eso

es como decir que todos eran espadachines cuando había espadas o tuberculosos cuando había bacilo de Koch.

—¿Qué tiene que ver la tuberculosis con lo que te estoy contando?

—Tiene que ver porque era una enfermedad con mucho morbo, una enfermedad de escritores que por lo visto aumentaba la potencial sexual. Seguramente resultaba tan atractiva como mirar por el ojo de las cerraduras. El hombre mayor se sumió en un silencio rencoroso y punitivo

Resultaba evidente que estaba castigando a la chica por interrumpir su relato. Supuse que eran un jefe y una secretaria a la que el primero trataba de seducir. La chica comprendió que había forzado demasiado la situación y pidió que continuara.

—¿Que continué el qué? —preguntó él a su vez, fingiendo haberse olvidado del relato.

—Lo de la piscina, lo de la mujer y el niño —respondió la chica en un tono con el que evidentemente intentaba hacerse perdonar.

—Creí que no te interesaba.

—Pues me interesa.

El hombre carraspeó y continuó la historia como si hiciera una concesión:

—Aquel día —dijo—, no sé por qué, el niño estaba solo. Corría alrededor de la piscina con una carretilla de plástico. De repente, tropezó, cayó al agua y comenzó a braccar con desesperación delante de mis ojos. Yo esperaba que la madre o la abuela aparecieran de un momento a otro, pero el tiempo pasaba sin que saliera nadie. Lo insoportable era que no podía hacer nada, pues aunque el espectáculo ocurría al alcance de mi vista, yo estaba lejísimos de aquella casa. Sólo podía mirar, lo que me pareció una forma de acompañar al niño en su agonía. Miré hasta que murió y esa misma tarde me deshice de los

prismáticos. Me quedó un sentimiento no de culpa, pero sí de inutilidad, tremendo. No sé por qué te cuento esto.

Yo sí lo sabía: estaba intentando seducir a su interlocutora, que, por su expresión, cayó finalmente en la trampa.

Una vivienda loca

Les voy a contar la primera vez que vi una mujer muerta. Yo tenía diez o doce años y vivíamos en un barrio de casas bajas y rotas, como de posguerra. Frente a una de estas casas, que estaba cerca del colegio, nos deteníamos mi amigo Rubio y yo al regresar por las tardes a nuestros hogares. Nos llamaba la atención porque por un lado parecía habitada y, por otro, deshabitada. Tenía un pequeño jardín, con una verja verde, en el que crecían cardos y plantas de segunda categoría. Incapaces de resolver si allí vivía alguien o no, decidimos finalmente que estaba habitada por una familia de fantasmas. Para un par de

niños alucinados se trataba de una opción perfectamente verosímil. Jugábamos, pues, a asustarnos con aquellos seres medio transparentes cuyos cuerpos veíamos flotar al otro lado de los cristales.

La casa, a primera vista, era una de tantas pero, quizá por la disposición asimétrica de las ventanas, producía un hechizo especial. Podríamos decir que era una casa bizca. Y loca. Me preguntarán qué entiendo por una casa loca. Pues una casa en la que las habitaciones tengan algo de glándula. Una casa que te recorre a medida que tú recorres sus habitaciones. Si nos daba pánico entrar en ella, era precisamente por la posibilidad de no saber salir. Era una casa con cualidades morales, como si en vez de estar construida con ladrillos, estuviera hecha con el material de la conciencia. Cuando te alejabas de ella, sentías que te miraba con sus ventanas bizcas hasta que desaparecías

de su vista. A mí me daba pánico pasar cerca si iba solo. De hecho, solía dar un rodeo.

Rubio era más valiente que yo. A veces tiraba piedras contra la fachada en un intento de que la casa se manifestase, que hablase, que dijese algo, pues lo más turbador de ella era su neutralidad, una neutralidad psicótica, absorbente, semejante a la imparcialidad terrible del abismo. Nadie ni nada respondía nunca a aquellas pedradas. En los días más cortos del invierno, cuando volvíamos del colegio, ya era de noche. Rubio y yo nos quedábamos temblando delante de la casa durante al menos media hora. Temblábamos de frío, claro, pero sobre todo de miedo. Pero se trataba del miedo que provoca un acantilado. Un miedo que te llama por tu nombre. A veces, nos parecía ver el brillo de una llama detrás de los cristales, pero la mayor parte del tiempo la casa permanecía apagada.

Un día, ya en primavera, Rubio acertó

con una de sus pedradas en un cristal. Salimos corriendo, claro, y no nos detuvimos hasta llegar a casa con el corazón fuera del cuerpo. Tardamos cuatro o cinco minutos en recuperar la respiración. Luego, al ver que no nos había seguido nadie, regresamos cautelosamente al lugar del crimen. La casa continuaba tan neutral como siempre, y tan loca, y tan bizca. Cuando Rubio me propuso que entráramos, le dije que aquella indiferencia era una trampa, pero él insistió, tachándome de cobarde, de manera que al final no tuve más remedio que seguirle. La verja del jardín gimió, como era su deber, al abrirla, pero la puerta de la vivienda estaba cerrada y no cedió a nuestros empujones. Fuimos entonces a la parte de atrás y vimos otra puerta de dos hojas, una de las cuales permanecía abierta. Rubio se asomó y dio un par de gritos, para asegurarse de que no había nadie. Salieron un gato y un murciélago. Luego

no sucedió nada.

Tras esperar todavía unos segundos, iniciamos la expedición. Tal como yo había imaginado, a medida que entrábamos en la casa, ella entraba de un modo raro en nosotros (todavía la llevo dentro). En la parte de abajo había un par de habitaciones, una cocina y un aseo, todo en avanzado estado de descomposición. En la parte de arriba había tres habitaciones y una mujer muerta, sobre una cama muy deteriorada. La mujer era lo único que parecía fresco en aquel paisaje roto. Rubio y yo nos llevamos la mano a la boca con espanto al mismo tiempo e iniciamos el descenso por la escalera cuyos peldaños, de madera, gemían como ratas cada vez que poníamos el pie sobre ellos. Nos movíamos a cámara lenta, como si tuviéramos miedo a despertarla.

¿Por qué sabíamos que la mujer estaba muerta y no dormida? Ésta es la

pregunta que nos hicimos durante los días siguientes, mientras comentábamos obsesivamente el suceso, que juramos guardar el resto de nuestras vidas en el más absoluto de los secretos. Es la pregunta que me hago desde entonces una vez al mes. Lo curioso es que, aunque estuviera viva (y dormida), para mí fue la primera muerta de mi vida. Así de contradictorias son las cosas. La semana pasada murió mi amigo Rubio y me pareció que ya era hora de romper el secreto. Descansen en paz los dos, mi amigo y la mujer que marcó nuestra infancia.

Nieve

Un día, de pequeño, me desperté en medio de la noche y me asomé a la ventana. La calle estaba nevada. Enfrente de mi casa había una fuente pública, de granito. Me fijé en las formas que la nieve había adoptado en cada una de sus partes y no se me escapó la perfección con que los copos habían cubierto unas, dejando al aire libre otras. El conjunto tenía algo de pintura, como si un artista hubiera pasado su pincel por aquel trozo del paisaje urbano al que daba mi dormitorio. Un gato dejó unas huellas diminutas sobre la superficie blanca de la acera. La calle, pese a la hora, resplandecía. Parte de aquel fulgor

se colaba en la habitación. Estuve así, embobado frente al espectáculo, varios minutos, limpiando con la manga de la chaqueta del pijama, cada poco, el cristal, que se empañaba con mi aliento. Finalmente el frío me hizo volver a la cama.

Pese a la excitación, volví a dormirme enseguida, agradecido por el privilegio de haber visto la nevada unas horas antes que los demás. En el desayuno, cuando todos pronunciaran frases de asombro, yo contaría mi experiencia nocturna. O quizá no: me acusarían de mentir. Tenía pocos años, pero había aprendido que no es bueno mostrar determinadas singularidades en público. Me guardaría aquella experiencia para mí solo, pues. No necesitaba compartirla para que me hiciera feliz. Estaba, por otra parte, habituado al secreto. Se empieza a escribir porque se tiene un secreto que sólo la página en blanco escucha sin juzgar, sin censurar, sin rechazar.

El caso es que al día siguiente, cuando me desperté, fui corriendo a la ventana y no había nieve. Quiero decir que no había nevado. Ustedes dirán que fue un sueño, pero no, no fue un sueño. Sé que estaba despierto cuando lo vi. Fue una de tantas cosas inexplicables que nos pasan a lo largo de la vida y que olvidamos, o negamos, para no complicárnosla. El caso es que de todas formas tuve que guardar el secreto. Y no se lo había desvelado a nadie hasta hoy que, al levantarme, he visto la calle nevada una vez más. Por fortuna, no la he visto yo sólo: también el quiosquero y el panadero y el vecino estaban de acuerdo en que había nevado.

Notas

[1] El llamado «Negro de Banyoles» fue retirado del museo en el año 2000.

<<

[2] Se refiere a la tragedia ocurrida en agosto del año 2000, en la que falleció toda la tripulación del submarino nuclear de la Armada de Rusia, K-141 *Kursk*. <<



Juan José Millás

Articuentos completos

Por fin los articuentos completos de Juan José Millás, ese híbrido de artículo periodístico y relato breve que posee la perfección, la eficacia y la funcionalidad de un insecto. Con ellos llega a las manos del lector el sobresalto, el caos, la carcajada o el miedo provocados por la irrupción de lo inaudito en una realidad que hasta ahora creíamos conocer.

Los articuentos abrirán en tu vida rendijas por las que podrás asomarte a ti mismo, a tu soledad, a tu matrimonio, a tus obsesiones o manías... Cada uno de ellos es el ojo de esa cerradura por el que siempre quisiste contemplar el otro lado de la vida. A través de ese ojo verás a los que te habitan y a los que te deshabitan. Tras su lectura, todos los objetos que te rodean perderán su inocencia. Jamás volverás a abrir de forma rutinaria una lata de sardinas o un armario empotrado.

El articuento es un modo de trasgresión que proporciona una vida nueva al lenguaje cotidiano. Cada uno de estos textos contiene un grado impresionante de energía en relación a su insignificante masa. Cuando esa energía estalla en la mente del lector, saltan los diques del tópico, del lugar común, de la vulgaridad, y el mundo se reordena de otro modo.

Seix Barral Biblioteca Breve

